



Archipiélago malayo

*Tierra del orangután y
del ave del paraíso. Una narración de viajes
con estudio del hombre y de la naturaleza*

ALFRED RUSSEL
WALLACE

Traducción de
Isabel Vericat



SECCIÓN DE OBRAS DE CIENCIA Y TECNOLOGÍA

ARCHIPIÉLAGO MALAYO

ALFRED RUSSEL WALLACE

Archipiélago malayo

*Tierra del orangután y del ave del paraíso.
Una narración de viajes con estudio del hombre
y de la naturaleza*

Traducción de
ISABEL VERICAT

Prólogo de
HUGO DIEGO BLANCO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en inglés, 1869
Décima edición, 1890
Primera edición, 2024

[Primera edición en libro electrónico, 2025]

Wallace, Alfred Russel

Archipiélago malayo. Tierra del orangután y del ave del paraíso. Una narración de viajes con estudio del hombre y de la naturaleza / Alfred Russel Wallace ; pról. de Hugo Diego Blanco ; trad. de Isabel Vericat Núñez. — México : FCE, Conahcyt, 2024

640 p. : illus. ; 23 × 17 cm — (Colec. Ciencia y Tecnología)

Título original: Malay Archipelago: The Land of the Orang-Utan, and the Bird of Paradise. A Narrative of Travel with Studies of Man and Nature

ISBN 978-607-16-8360-1 (FCE)

ISBN 978-607-8273-36-2 (Conahcyt)

1. Historia natural – Archipiélago malayo 2. Etnología – Malasia 3. Malasia – Descripción y viajes I. Diego Blanco, Hugo, pról. II. Vericat Núñez, Isabel, tr. III. Ser. IV. t.

LC DS601.W18

Dewey 574.91598 R693a

Distribución mundial

Esta publicación forma parte del proyecto “Plataformas de difusión científica: narrativas transmedia para México” del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, apoyado por el Conahcyt en el año 2023.



Título original: *Malay Archipelago: The Land of the Orang-Utan, and the Bird of Paradise. A Narrative of Travel, with Studies of Man and Nature*

D. R. © 2024, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México
www.fondodeculturaeconomica.com
Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: 55-5227-4672

Diseño de portada: Teresa Guzmán Romero

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-8360-1 (FCE)

ISBN [pendiente] (electrónico-pdf, FCE)

ISBN 978-607-8273-36-2 (Conahcyt)

ISBN [pendiente] (electrónico-pdf, Conahcyt)

Impreso en México • *Printed in Mexico*

SUMARIO

<i>Prólogo</i>	9
<i>Prefacio a la primera edición</i>	21
<i>Prefacio a la décima edición</i>	25
 PRIMERA PARTE. <i>Geografía física</i>	 [27]
 SEGUNDA PARTE. <i>Islas indomalayas</i>	 [51]
 TERCERA PARTE. <i>El grupo Timor</i>	 [169]
 CUARTA PARTE. <i>El grupo Célebes</i>	 [227]
 QUINTA PARTE. <i>Las Molucas</i>	 [295]
 SEXTA PARTE. <i>El grupo Papúa</i>	 [403]
 SÉPTIMA PARTE. <i>Razas humanas</i>	 [569]
 <i>Nota del autor</i>	 585
<i>Apéndice</i>	587
<i>Índice analítico</i>	623
<i>Índice general</i>	637

PRÓLOGO

En un salón particularmente amplio del museo de la ciudad británica de Derby, una joven estudiante de biología observa los alargados brazos del esqueleto de un orangután, camina alrededor de la vitrina, esquivo el reflejo de su propio rostro y después abre una pequeña libreta blanca para anotar las características óseas de aquel mamífero. En esa misma libreta se encuentra escrita la frase de un poeta religioso con la que la joven estudiante imagina las posibilidades del trabajo y la habilidad de los naturalistas del siglo XIX: “Las cuatro estaciones del hombre son el oído, la vista, la palabra y el tacto”. El mundo de la naturaleza, para ser expresado mediante palabras, necesita antes ser escuchado, observado, sentido. La exploración de ríos, islas y selvas no es sólo un método de investigación sino también una disposición que antecede a cualquier conocimiento. La estudiante de biología admira el esqueleto del orangután aunque ignora la historia que se encuentra encerrada en aquella vitrina. No sabe que un naturalista inglés convirtió la isla de Borneo en el escenario de sus afanes científicos y que, en el año de 1855, navegó innumerables veces entre los signos de admiración y las preguntas que lo acompañaban en su viaje por el río Sarawak, coleccionando mariposas y disparando con su escopeta a cuanto primate se cruzaba por su camino. Alfred Russel Wallace había experimentado las mismas sensaciones cuando algunos años antes viajó en una expedición con objetivos similares por el río Amazonas en busca de peces, insectos y aves al lado de su amigo Henry Walter Bates. Las amistades son otra de las formas del destino y en las conversaciones entre Wallace y Bates se reunieron la voluntad con la entomología y las expectativas con las exploraciones de campo. Esencial enseñanza fue la que adquirió Wallace de Bates, sobre todo si recordamos que el primero tuvo que abandonar la escuela a los catorce años de edad y educar su espíritu mediante la lectura y las conversaciones con amigos inteligentes.

El itinerario del esqueleto del orangután muestra de diversas maneras las múltiples relaciones de la ciencia con la naturaleza. La distancia que existe entre un animal que se desplaza con saltos y la ayuda de lianas por los inmensos árboles de Borneo y el esqueleto clasificado con sustantivos latinos en un museo británico revelan, al mismo tiempo, la transformación de la naturaleza en objeto de

estudio y la intención del estudio de las transformaciones de la naturaleza. El esqueleto de un orangután se convierte así en un objeto que tiene historia y que presupone una aventura existencial e intelectual. Porque Alfred Russel Wallace no sólo tuvo que leer el diario que Darwin escribió en un laboratorio flotante como lo fue el *Beagle* y el *Ensayo sobre el principio de la población* de Thomas Robert Malthus para reflexionar y convertir en suyos los temas de la historia natural, también se vio precisado a viajar, naufragar, caminar y cazar, ir en busca de la complejidad del mundo, para entonces sí admirar la naturaleza como si se tratara de un libro abierto, donde los insectívoros y los roedores, los quelonios y los marsupiales son signos del idioma de la historia natural y los topos, los chacales, las tortugas y los elefantes son palabras de un lenguaje que es necesario traducir e interpretar. Un científico que es al mismo tiempo un cazador y un explorador, que es al mismo tiempo un taxidermista. Los libros, la selva, los pantanos y las montañas son su laboratorio.

El *Archipiélago malayo* fue escrito por Wallace después de un viaje de exploración que realizó entre 1854 y 1862. Esta obra constituye una pieza importante en la historia de la teoría de la evolución y de la biología moderna; de ahí la relevancia de la presente edición, que es la primera elaborada en lengua española. *Archipiélago malayo* nos ofrece además un acceso privilegiado al episodio singular, motivo de variadas controversias, y que se refiere a la relación entre Wallace y Darwin y la paternidad de la teoría de la selección natural y el origen de las especies, pues fue precisamente Ternate, capital de la isla Halmahera (Gilolo) en las Molucas, el lugar desde donde Wallace envió a Darwin el 12 de marzo de 1858 un pequeño ensayo y una carta donde resumía su interpretación de la teoría de la selección natural y la evolución de las especies casi dos años antes de que Darwin publicara *El origen de las especies*. El 18 de junio de 1858, cuando Darwin ha leído ya la carta y el ensayo de Wallace, el naturalista del *Beagle* hace partícipe de su asombro y, en cierta medida, desasosiego a Charles Lyell, el autor de los *Principios de geología*. Lyell había recomendado a Darwin en diferentes ocasiones la pertinencia de publicar un resumen de sus teorías antes de dar a conocer la monumental obra que pensaba escribir. Esto es lo que explican el tono y ciertas frases con las que el autor de *La descendencia del hombre y la selección sexual* se dirige a Lyell: “Sus palabras —escribe resignadamente Darwin— se han cumplido con creces: debería haberme anticipado. Eso dijo usted cuando le expliqué aquí mi teoría de que la ‘selección natural’ depende de la lucha por la existencia.” Pero Darwin había hecho de la paciencia el sustento de su método de trabajo y desde su regreso del viaje a bordo del *Beagle*, en 1836, dedicó buena parte de su tiempo

al estudio comparativo de millares de especies diferentes, así como a la realización de minuciosos estudios que, si bien anudaban sus experiencias de observador y teórico de la naturaleza, no abordaban de manera directa el estudio de la evolución.

Darwin había publicado otros libros antes de escribir *El origen de las especies* en 1859. Veinte años antes las librerías de Londres exhibieron en sus escaparates la primera edición del célebre *Diario de las investigaciones sobre la geología y la historia natural de los países visitados durante el viaje del H.M.S. Beagle, bajo el mando del capitán FitzRoy de 1832 a 1836*. Los cinco volúmenes de su zoología aparecieron entre 1840 y 1843, y los tres volúmenes de las *Observaciones geológicas en América del Sur* hechas sobre el *Beagle* salieron de la imprenta de 1842 a 1846. Tras ocho años de investigaciones, Darwin presentó la monografía sobre los cirrípedos en cuatro volúmenes, editados de 1851 a 1854. Cuando llegó a Down, en el condado de Kent, la carta de Wallace en 1858, Darwin había ocupado ya varios años en el estudio de la selección natural y la evolución de las especies. “Nunca he visto una coincidencia más sorprendente —confesará a Lyell—. ¡Si Wallace tuviera la copia de mi esquema hecha en 1842 no podría haberlo resumido mejor! Sus mismos términos son ahora los títulos de mis capítulos.”

No exagera Darwin cuando califica de asombrosa la coincidencia de sus ideas con las de Wallace, pues no sólo los razonamientos sobre los procesos de la naturaleza eran semejantes, también las palabras con las que se referían a ellos. Wallace había publicado en *Annals and Magazine of Natural History* en 1855 un ensayo titulado “Sobre la ley que ha regido la introducción de nuevas especies”. Darwin leyó con interés dicho trabajo y dirigió al propio Wallace algunos comentarios en una carta fechada en Moor Park, el 1º de mayo de 1857. Darwin inicia su misiva agradeciendo a Wallace las líneas que éste le había escrito desde la isla Célebes el 10 de octubre del año anterior.

Con estas referencias podemos entender que existía una estimulante línea de correspondencia entre el sobrio científico nacido en Shrewsbury el 12 de febrero de 1809, cuyo abuelo —Erasmus Darwin— fue en su época un reconocido filósofo de la naturaleza, y el vivaz naturalista nacido en 1823, que lo mismo se entusiasmaba por el socialismo de Robert Owen que por el espiritismo. Cuando Darwin inició el viaje a bordo del *Beagle*, Wallace tenía tan sólo nueve años y en aquel tiempo sobrevivía con dificultades al lado de una familia pobre y numerosa en Monmouthshire, en el sur de Gales. De la respuesta de Darwin a Wallace podemos detenernos en un párrafo que anuncia ya el cruce de preguntas y conclusiones que compartieron ambos pensadores en el origen de la teoría de la selec-

ción natural y la evolución de las especies. “Deduzco claramente de su carta, y aún más de su trabajo publicado en los *Annals* hace un año o más, que nuestro razonamiento ha sido en gran medida semejante y que hemos llegado a conclusiones parecidas.” Wallace y Darwin se encontraban lejos de las construcciones de árboles genealógicos de la descendencia animal, que habían ocupado la atención de los destacados filósofos de la naturaleza que les antecedieron. Ambos consideraban únicamente como una curiosidad en la historia del pensamiento la opinión de Empédocles, según la cual la unión casual de las partes del cuerpo de los animales terminó por formar los organismos conocidos. De esta forma una especie de improvisada danza reunió manos, cabeza, dedos, antebrazos, pies, y realizó las más diversas combinaciones. Siguiendo el juicio con el que Julian Huxley inicia su libro sobre Darwin, en donde afirma que la teoría de la evolución fue un descubrimiento que revolucionó los dominios de la biología, podemos detenernos a considerar la circunstancia que llevó a dos pensadores a resolver de la misma forma un problema que habían acometido por diferentes caminos. Más que una feliz coincidencia, el encuentro intelectual entre Wallace y Darwin es un acontecimiento que subraya la originalidad de los procesos de pensamiento en donde las influencias culturales y la capacidad de análisis y deducción son sólo la punta de un iceberg prodigioso. En cierto sentido la noticia que Darwin recibió al leer la carta de Wallace en 1858 debe de haber sido considerada como un acontecimiento previsible más que como una sorpresa, pues un año antes el mismo Charles Darwin escribía a Alfred Russel Wallace una carta que es necesario tomar en cuenta: “Respecto del trabajo en los *Annals*, estoy de acuerdo en la certeza de su ensayo, casi palabra por palabra, y me atrevería a decir que coincidirá usted conmigo en que es muy raro descubrir en uno un asentimiento tan absoluto a un trabajo teórico; porque es lamentable el modo en que cada hombre saca sus propias diferentes conclusiones de idénticos hechos”.

En la misma correspondencia Darwin recuerda que hacía más de veinte años que había iniciado su primer cuaderno de notas “sobre la cuestión de cómo y en qué modo se diferencian mutuamente las especies”. Conociendo estas cartas, resulta paradójico que la expedición de Wallace al archipiélago malayo despertara en Darwin singulares expectativas y que el producto de dichas expectativas haya sido en algún momento el abatimiento y la tristeza del naturalista del *Beagle*. Escuchemos las opiniones de Charles Darwin sobre este asunto:

No sabía que pensaba usted permanecer tanto tiempo en el archipiélago malayo. Me gustaría beneficiarme con la publicación de sus viajes allí antes de que salga mi libro,

pues sin duda recogerá una enorme cosecha de datos... Me asombra saber que espere usted estar fuera todavía tres o cuatro años más. ¡Qué maravillosa cantidad de cosas habrá visto y qué zonas tan interesantes, el gran archipiélago malayo y las partes más ricas de Sudamérica!

Un año después el mismo Darwin confesaba a su consejero y amigo Lyell sus sentimientos después de haber leído el resumen de la teoría de Wallace: “He escrito esta carta lleno de tristeza, y lo hago ahora para poder olvidarme del asunto algún tiempo; estoy agotado de tanto meditar... Mi buen y querido amigo, perdóneme esta estúpida carta dictada por sentimientos estúpidos”. Wallace ignoraba el efecto que había producido su correspondencia y continuaba su recorrido por el grupo de islas de las Molucas, incrementando sus colecciones de mariposas y aves entre la espesura de Buru, Makian y Ternate. En *Las musas de Darwin*, José Sarukhán ha recreado las condiciones en las que Alfred Russel Wallace escribió su original ensayo “Sobre la tendencia de las variedades a diferenciarse indefinidamente de los tipos originales”. El escenario dista mucho de parecerse a la sala de lectura de la biblioteca del Museo Británico, pues Wallace ocupa una choza frágil y deteriorada por un inclemente tifón que se ha enseñoreado del mar de las Molucas. Pero eso no es todo: Wallace delira y ha padecido intermitentes fiebres los últimos cinco días provocadas por un ataque de malaria y que la quinina administrada por el doctor Perkins apenas empieza a controlar. En las alucinaciones febriles se reproducen con imágenes desproporcionadas las obsesiones intelectuales de Wallace. José Sarukhán ha descrito con literaria emoción algunas escenas en donde Wallace transita de las convulsiones a los episodios de lucidez:

La angustiante imagen —se puede leer en *Las musas de Darwin*— de la enorme araña, los cientos de ejemplares de mamíferos, aves, reptiles, insectos y peces que había cazado con su rifle y sus redes, empezaban a desfilar en un escenario lleno de palmas, al parecer bailando o saltando al compás de una tonada que solamente podía distinguirse en forma de un ondulante zumbido: él era el único asistente a ese espectáculo... el desfile duró horas y los animales, sólo uno de cada especie, parecían no terminar de aparecer por el lado derecho del escenario...

La enfermedad y el padecimiento interrogan al científico autodidacta, que desde muy joven hizo de la lectura uno de sus más privilegiados métodos de educación, porque, antes de lograr sus hallazgos en el libro abierto de la naturaleza,

Wallace encontró en ciertos libros las señales que su intuición e inteligencia convertirían en los principios de la teoría de la selección natural. Además del *Ensayo sobre el principio de la población* de Malthus y del diario del viaje de Darwin a bordo del *Beagle*, la *Geología* de Lyell y *Vestigios de la historia natural de la creación* de Robert Chambers fueron lecturas propicias. Fue también un libro —el de Humboldt sobre sus viajes a México y Sudamérica— el que terminó por convencerlo de la necesidad de emprender una expedición por el Amazonas, empresa que llevó a cabo entre los años de 1848 y 1852 al lado de su amigo Henry Walter Bates, quien, tiempo después, también colaboraría con Darwin. Sin saber por qué, Wallace tuvo que reconocer que la fatalidad fue otra invitada en el viaje por el Amazonas. En los primeros años permaneció quieta y al final del itinerario hizo acto de presencia. El buque en el que regresaba a Londres se incendió y la tripulación corrió el riesgo de perecer en el accidente. Junto con la embarcación se hundió una colección de miles de aves disecadas, escarabajos y mariposas, cuadrúpedos y caracoles de tierra. El fuego y el mar guardaron para sí los secretos de una colección de historia natural pero no fueron lo suficientemente implacables para desanimar a un hombre que creía más en su voluntad que en sus ideas.

De Wallace se sabe que, en el curso de su vida, pudo creer en las ideas socialistas de Owen y también en los milagros de la virgen de Lourdes. Fue simpatizante de la frenología, es decir, aquella teoría de Gall según la cual el carácter y las facultades mentales de los hombres se podían definir partiendo de la conformación anatómica del cerebro. Y, aunque al final de su vida recibió una pensión del gobierno inglés, existió una época en la que pensaba que el Estado no debería apoyar las investigaciones científicas por la misma razón que no tiene la obligación de apoyar a las fábricas de alfombras, pues ambas son actividades particulares que pueden ser sostenidas por quienes se dedican a ellas. En la *Historia de las teorías biológicas* Emanuel Rádl juzga la influencia que las debilidades espiritistas de Wallace tuvieron en su pensamiento al final de sus días: “Según opinión de Wallace —dice Rádl—, Dios, el creador, ha intervenido tres veces en la historia del mundo. La primera vez, al crear la sustancia viviente; la segunda cuando, después de haber alcanzado esta sustancia un grado más alto, le inculcó la conciencia, y la tercera, cuando le dio al hombre el alma”.

Pero Wallace siempre supo escuchar la voz íntima de los ríos y las selvas, y gracias a sus ideas y a pesar de sus ideas pudo observar el mismo movimiento en la naturaleza que Darwin, pragmático y medido, identificó. En el capítulo que Daniel J. Boorstin dedica a los pensadores que iniciaron la tarea de *clasificar toda*

la creación, podemos encontrar las palabras con las que el propio Wallace describe su principal hallazgo, que llegó a convertirlo en coautor de la idea de la selección natural.

Sufría graves accesos intermitentes de fiebre —recuerda Wallace— y cada día tenía que acostarme durante varias horas cuando no sobrevenían las oleadas de calor y de frío sucesivas; en ese tiempo no tenía nada más que hacer que pensar sobre temas que me interesaban particularmente. Un día algo me hizo recordar el *Ensayo sobre el principio de la población* de Malthus, que había leído doce años antes. Reflexioné sobre esa clara exposición de “los controles positivos del crecimiento”, enfermedades, accidentes, guerras y hambre, que mantenían el aumento de la población de las razas salvajes en un porcentaje muy inferior al de los pueblos más civilizados. Entonces se me ocurrió que esas causas o sus equivalentes actúan de manera continua también en el caso de los animales y, dado que los animales crían por lo general a un ritmo mucho más rápido que el de los hombres, la destrucción natural atribuible a estas causas debe ser enorme para que no se dispare el número de ejemplares de cada especie... pues de lo contrario, hace mucho tiempo que el mundo estaría atestado de los animales que se reproducen con mayor rapidez...

Desde su viaje a bordo del *Beagle* Darwin quedó profundamente impresionado por el tema de la modificación de las especies animales. Cuando sus amigos más cercanos le propusieron que diera a conocer un resumen de sus descubrimientos, él mismo reconoció que iba muy despacio debido en parte a su mala salud, pero también a que era “un trabajador muy lento”. Si comparamos las dos noches que Wallace ocupó para escribir su ensayo sobre la selección natural con los tres meses que Darwin invirtió para escribir únicamente el capítulo sobre el hibridismo, podemos entender por qué Darwin trabajó más de veinte años en sus investigaciones para poder escribir *El origen de las especies*. Pero seguramente Darwin no fue justo en la apreciación del ritmo “lento” de su trabajo, pues de no haber sido por la perseverancia y la paciencia con las que acumuló evidencias que después sirvieron para ilustrar con ejemplos sus ideas, ninguna genial propuesta sobre la selección natural podría haber sido escuchada por una comunidad de naturalistas que estaban más que convencidos de la inmutabilidad de las especies. “Es una bajeza por mi parte preocuparme de la prioridad”, escribió Darwin a su confidente Hooker. Por su parte Wallace recordó en los siguientes términos el razonamiento que lo llevó a coincidir con Darwin:

¿Por qué mueren algunos animales y viven otros? La respuesta era evidente, los mejor dotados eran los que vivían. Los más sanos eran los que escapaban de los efectos de la enfermedad; de los enemigos, los más fuertes, rápidos o astutos; del hambre, los mejores cazadores o los que digerían mejor, y así sucesivamente. Entonces se me ocurrió de repente que este proceso automático necesariamente había de mejorar la raza, porque de cada generación inevitablemente morirían los inferiores y quedarían los superiores, es decir que sobrevivían los mejor dotados. Esperé con ansia a que me pasara la fiebre para poder comenzar a tomar notas con el fin de escribir un artículo sobre este tema.

Gracias a la intermediación de Lyell, Darwin pudo salir de su estado de desasosiego y resolver de una manera conveniente el asunto de la “prioridad”. La propuesta de Lyell intentaba, en primer lugar, proteger el trabajo de Darwin y defender su prioridad como teórico de la selección natural; en segundo lugar, pretendía reconocer el mérito de Wallace en la formulación de dicha teoría, y, en tercer lugar, vencer la propia negativa de Darwin, quien consideraba deshonroso publicar su resumen después de haber leído el de Wallace. Los sentimientos de Darwin se encontraban cautivos en una ambigua circunstancia: por un lado lo abatía la tristeza al darse cuenta de que estaba a punto de perder la prioridad en los estudios que le habían ocupado la mayor parte de su vida, y por otro lado temía que la publicación en esos momentos de sus ideas pudiera interpretarse como una actitud deshonestas. “Wallace podría decir —conjeturaba Darwin—: ‘No pensó usted en publicar un extracto de sus teorías hasta que recibí mi comunicación. ¿Es justo que se aproveche de que yo, libremente y sin que usted me lo pidiera, le informara de mis ideas y que impida de este modo que yo me adelante?’” Aunque Darwin había escrito un resumen de sus ideas en 1844, sólo dos personas podían testificar este hecho, pues él pensó que aún no era oportuno publicarlo. Años después, también Asa Gray conoció las ideas de Darwin sobre el tema de la selección natural a través de una carta. Fue en esas condiciones en las que Darwin escribió a Lyell:

Me gustaría muchísimo publicar ahora un resumen de mis teorías generales, en doce páginas más o menos; pero no logro convencerme de que pueda hacerlo honradamente. Wallace no dice nada de publicarlo; le adjunto su carta. Pero como yo no había pensado sacar a la luz resumen alguno, ¿puedo hacerlo honradamente aunque Wallace me haya enviado un esquema de su doctrina? Preferiría quemar mi libro entero antes de que él u otro cualquiera pensara que he obrado indignamente.

¿No cree que el hecho de que él me haya enviado el esquema me ata las manos?... Nuestra única diferencia reside en que yo llegué a mis conclusiones a partir de los efectos de la selección natural en los animales domésticos. Me gustaría enviar a Wallace una copia de mi carta de Asa Gray, para demostrarle que no le he robado su teoría.

El 1º de julio de 1858 fueron presentados ante la Linnean Society por sir Charles Lyell y sir J. D. Hooker el ensayo de Wallace, fragmentos del esquema de Darwin escrito en 1844 y parte de una carta dirigida por el propio Darwin al doctor Asa Gray. Junto a las comunicaciones científicas que los socios de la Linnean Society escucharon aquel día, también pudieron enterarse de las circunstancias del caso gracias a una carta preliminar que Charles Lyell y Joseph Hooker leyeron:

El señor Darwin estimó tan grande el valor de las teorías que en él se exponían —apuntan Lyell y Hooker— que propuso en una carta obtener del señor Wallace la autorización que le permitiera publicar el ensayo lo más pronto posible. Convinimos de total acuerdo en este primer paso con la condición de que el señor Darwin no ocultara del público, como quería, la memoria que escribió sobre el mismo tema y que, como ya dijimos, uno de nosotros había leído detenidamente en 1844, y cuyo contenido habíamos conocido ambos en secreto durante muchos años. Cuando expusimos esto al señor Darwin, él nos dio permiso para utilizar su memoria como consideráramos conveniente, etc.; y al adoptar nuestra presente determinación de presentar aquélla a la Linnean Society, le explicamos que no sólo tenemos en cuenta las relativas pretensiones de prioridad de él y de su amigo, sino también los intereses de la ciencia en general.

Debido a la originalidad del tema, los hombres de ciencia que escucharon aquella noche las teorías de Darwin y Wallace apenas si esbozaron los perfiles de una tímida discusión; de hecho, como el mismo Darwin llegó a reconocer, ambas comunicaciones “llamaron muy poco la atención”. Hooker tenía la razón al afirmar que en aquellos días la vieja escuela de naturalistas necesitaba un poco de tiempo para armarse y organizar el contraataque. Sólo un profesor de Dublín se ocupó de aquella reunión, pero en su reseña anotó que dentro de lo que contenían aquellas comunicaciones podía considerarse como falso lo que se quería pasar por nuevo y viejo lo que se encontraba de verdadero. El profesor de Dublín ignoraba que el día en que Lyell y Hooker leyeron los trabajos de Darwin y Wal-

lace se convertiría, años después, en un momento fundamental en la historia de la ciencia moderna.

Al leer el *Archipiélago malayo* ingresamos a una parte importante de aquella historia y nos acercamos también al mundo de las experiencias y las ideas de un pensador que no convirtió la verdad en complacencia: Alfred Russel Wallace.

HUGO DIEGO BLANCO

*A Charles Darwin, autor de El origen de las especies,
le dedico este libro no sólo como muestra de mi estima y amistad
sino también para expresarle mi profunda admiración
por su talento y sus obras*

PREFACIO A LA PRIMERA EDICIÓN

Mis lectores naturalmente se preguntarán por qué me tardé seis años en escribir este libro después de mi regreso, y yo me siento obligado a responderles plenamente esta cuestión.

Cuando en la primavera de 1862 llegué a Inglaterra, me encontré rodeado por un cuarto lleno de embalajes que contenían las colecciones que de cuando en cuando había enviado para mi uso particular. Estas cajas contenían casi 3 000 aves disecadas pertenecientes a unas 1 000 especies y, por lo menos, 20 000 escarabajos y mariposas de unas 7 000 especies, además de algunos cuadrúpedos y conchas de caracoles de tierra. Gran parte de ellos no los había visto en años y, como mi estado de salud era entonces bastante delicado, tardé mucho tiempo en desembalar, seleccionar y clasificar todos los especímenes.

Muy pronto decidí que, hasta que no hubiera avanzado algo en la denominación y descripción de los grupos más importantes de mi colección y hubiera dilucidado algunos de los problemas más interesantes relativos a su variación y distribución geográfica, que ya había vislumbrado mientras los coleccionaba, no haría el intento de publicar la narración de mis viajes. En realidad, hubiera podido mandar imprimir de inmediato mis notas y diarios, dejando toda referencia a cuestiones de historia natural para un futuro trabajo, pero sentí que hubiera sido insatisfactorio para mí, además de decepcionante para mis amigos y poco aleccionador para el público.

Desde mi regreso en 1868 he publicado 18 artículos en *Transactions* o *Proceedings* de las Linnean Zoological and Entomological Societies, en los que he descrito o catalogado parte de mis colecciones. Además, he publicado otras 12 colaboraciones en diversas publicaciones periódicas científicas sobre temas más generales relacionados con ellas.

Aproximadamente 2 000 de los coleópteros de mis colecciones y muchos centenares de mariposas ya han sido descritos por varios y eminentes naturalistas, ingleses o extranjeros, pero queda todavía un número mucho mayor por describir. Entre aquellos a los que la ciencia les está obligada por su abnegado trabajo, debo mencionar a F. P. Pascoe, postrer presidente de la Entomological Society of London, quien llevó a cabo, casi por completo, la clasificación y descripción de

mi gran colección de escarabajos longicornios (en la actualidad en su poder), la cual comprende más de 1 000 especies, de las que por lo menos 900 no habían sido descritas hasta ahora y son nuevas en las vitrinas europeas.

Los órdenes de insectos restantes, que abarcan probablemente más de 2 000 especies, están en la colección de William Wilson Saunders, quien ha encargado la mayor parte de ellos a buenos entomólogos para que los describan. Únicamente los himenópteros ascienden a más de 900 especies, entre las que se encuentran 280 diferentes clases de hormigas, de las que 200 son nuevas.

Los seis años de retraso en la publicación de mis viajes me permiten, así pues, ofrecer lo que espero sea un interesante e instructivo esbozo de los principales resultados a los que se ha llegado hasta ahora mediante el estudio de mis colecciones, y como los países que tengo que describir no son frecuentemente visitados ni se escribe mucho sobre ellos, aparte de que sus condiciones físicas y sociales no están sometidas a un cambio rápido, creo y espero que mis lectores saldrán ganando y no perdiendo al no haber leído mi libro hace seis años y en este lapso quizás haber olvidado todo sobre él.

Ahora quiero dedicar unas palabras a mi plan de trabajo. Mis viajes a las diversas islas estuvieron regidos por las estaciones del año y los medios de transporte. Visité algunas de las islas dos o tres veces a intervalos prolongados y, en algunos casos, tuve que hacer el mismo viaje cuatro veces. Un orden cronológico hubiera confundido a mis lectores; nunca hubieran sabido en dónde se encontraban, y mis frecuentes referencias a los grupos de islas, clasificadas de acuerdo con las particularidades de sus producciones animales y su población humana, les hubieran resultado casi ininteligibles. He adoptado, por lo tanto, un orden geográfico, zoológico y etnológico, pasando de una isla a otra en lo que parece la sucesión más natural, transgrediendo así lo menos posible el orden en el que personalmente las visité.

Divido el archipiélago en cinco grupos de islas de la manera siguiente:

- I. Islas indomalayas, que comprende la península malaya y Singapur, Borneo, Java y Sumatra.
- II. Grupo Timor, que comprende las islas de Timor, Flores, Sumbawa y Lombok, junto con otras más pequeñas.
- III. Célebes, que comprende también las islas Sula y Buton.
- IV. Grupo de las Molucas, que comprende Buru, Ceram, Bacan, Gilolo y Morti, junto con las pequeñas islas de Ternate, Tidore, Makian, Cayoa, Amboina, Banda, Goram y Matabello.

- V. Grupo de las Papúas, que comprende la gran isla de Nueva Guinea, junto con las islas Aru, Misal, Salguati, Waigeo y algunas más. Las islas Kai se describen en este grupo en razón de su etnología, aunque zoológica y geográficamente pertenecen a las Molucas.

Los capítulos relativos a cada una de las islas de estos grupos van seguidos de otro sobre la historia natural del grupo correspondiente. Así, se puede dividir la obra en cinco partes y cada una de ellas versa sobre una de las divisiones naturales del archipiélago.

El primer capítulo es introductorio y trata de la geografía física de toda la región; el último es un bosquejo general de las razas humanas del archipiélago y territorios circundantes. Con esta explicación y una referencia a los mapas que ilustran el trabajo espero que mis lectores sepan siempre en dónde se encuentran y en qué dirección van.

Estoy plenamente consciente de que mi obra es demasiado breve en relación con la extensión de los temas que trata. Es un mero boceto; pero, en la medida de su alcance, he intentado trazarlo con precisión. Casi todas las partes narrativas y descriptivas fueron escritas en el mismo lugar al que se refieren y las he modificado únicamente en algunas palabras. Los capítulos sobre historia natural, así como otros pasajes del libro, han sido escritos con la esperanza de provocar un interés sobre las diversas cuestiones relacionadas con el origen de las especies y su distribución geográfica. En algunos casos he podido explicar mis puntos de vista detenidamente; pero en otros, debido a la mayor complejidad del tema, he considerado preferible reducirme al planteamiento de los hechos más interesantes que componen el problema, cuya solución ha de buscarse en los principios desarrollados por Darwin en sus obras. Es de suponer que las numerosas ilustraciones agreguen interés y valor al libro. Se han elaborado a partir de mis propios dibujos, fotografías o especímenes y se han seleccionado los temas que verdaderamente ilustran la narración o las descripciones.

Tengo que agradecer a los señores Walter y Henry Woodbury, a quienes tuve el placer de conocer en Java, una serie de fotografías de paisajes y de nativos que me ha sido de gran ayuda. William Wilson Saunders tuvo la amabilidad de permitirme representar las singulares moscas con cuernos; y agradezco a Pascoe que me haya prestado dos de los muy poco comunes longicornios que aparecen en la lámina de escarabajos de Borneo. Todos los demás ejemplares representados pertenecen a mi propia colección.

Como el objetivo principal de mis viajes fue la obtención de especímenes de historia natural, tanto para mi colección particular como para proporcionar duplicados a museos y aficionados, voy a hacer un recuento general de los ejemplares recogidos y que llegaron a Inglaterra en buen estado. Debo advertir que, por regla general, empleé a uno o dos criados malayos, y a veces hasta tres, que me ayudaron en la recolección. Durante tres años gocé de los servicios de un joven inglés, Charles Allen. Estuve únicamente ocho años fuera de Inglaterra pero como recorrí unos 22 500 kilómetros por el archipiélago e hice 60 o 70 viajes diferentes, con los preparativos y pérdidas de tiempo correspondientes a cada uno de ellos, no creo haber empleado más de seis años en la recolección.

Mis colecciones orientales ascienden a:

<i>Especímenes</i>	<i>Clases</i>
310	Mamíferos
100	Reptiles
8 050	Aves
7 500	Conchas
13 100	Lepidópteros
83 200	Coleópteros
13 400	Otros insectos
125 660	Especímenes de historia natural

Ahora sólo me resta mostrar mi agradecimiento a todos aquellos amigos que me proporcionaron su ayuda e información. Estoy especialmente en deuda con el Council of the Royal Geographical Society, gracias a cuyas valiosas recomendaciones obtuve una importante ayuda de nuestro gobierno y del de Holanda; y a William Wilson Saunders, cuya amabilidad y generoso incentivo en la primera etapa de mi viaje me fueron de gran utilidad. Estoy también enormemente agradecido con Samuel Stevens (quien fungió como agente mío), tanto por el cuidado que brindó a mis colecciones como por la incansable diligencia con que me proporcionó informaciones útiles y cualquier cosa que necesitara.

Espero que ellos y todos los demás amigos que se interesaron de cualquier modo en mis viajes y colecciones encuentren en la atenta lectura de mi libro un vago reflejo de los placeres de que personalmente disfruté entre los panoramas y objetos que en él describo.

PREFACIO A LA DÉCIMA EDICIÓN

Desde que fue publicada esta obra hace 20 años varios naturalistas han visitado el archipiélago y, para ofrecer a mis lectores los últimos resultados de sus investigaciones, he agregado notas a pie de página en los casos en que los datos que doy o las conclusiones a las que llego han sido modificados por descubrimientos posteriores. He hecho también algunas modificaciones de palabras al texto para corregir pequeños errores o confusiones. No obstante, estas correcciones y agregados no son numerosos y la obra sigue siendo básicamente la misma de las ediciones anteriores. Quiero añadir que mis colecciones completas de aves y mariposas se encuentran en la actualidad en el Museo Británico.

*Parkstone, Dorset
Octubre, 1890*

PRIMERA PARTE

GEOGRAFÍA FÍSICA

Si observamos el globo o un mapa del hemisferio oriental, entre Asia y Australia percibiremos una serie de islas grandes y pequeñas enlazadas entre sí, que forman un grupo que se distingue de los grandes bloques de tierra y que prácticamente carece de conexión con ellos. Situada encima del ecuador y bañada por las templadas aguas de los grandes océanos tropicales, esta región goza de un clima más uniformemente cálido y húmedo que casi cualquier otra parte del globo y abunda en productos naturales desconocidos en otros lugares. Los frutos más ricos y las especies más valiosas son aquí indígenas. Produce las flores gigantes de la *Rafflesia*, la gran ornitóptera de alas verdes —princesa de las tribus de mariposas—, el gran orangután de aspecto similar al ser humano y las esplendorosas aves del paraíso. La región está habitada por una particular e interesante raza del género humano, la malaya, que no se encuentra en ninguna otra parte fuera de los límites de este trecho insular, y de ahí que reciba el nombre de archipiélago malayo.

Para el ciudadano inglés común, ésta tal vez sea la región menos conocida del globo. En ella nuestras posesiones son escasas y pequeñas, apenas algunos de nuestros viajeros van a explorarla y en muchas colecciones de mapas es casi ignorada por estar dividida entre Asia y las islas del Pacífico.¹ Por lo tanto, pocas personas se dan cuenta de que, en conjunto, es comparable a las divisiones originales del globo y de que algunas de sus diferentes islas son más grandes que Francia o que el Imperio austriaco. No obstante, el viajero pronto adquiere otras ideas. Navega durante días y hasta semanas recorriendo las costas de alguna de estas grandes islas, tan extensas que para sus habitantes son como un vasto continente. Descubre que los viajes entre esas islas se calculan comúnmente en semanas y meses y que sus diversos habitantes se conocen tan poco entre ellos como las razas nativas de la parte norte del continente americano con las del sur. Pronto llega a considerarla una región aparte del resto del mundo, con sus propias razas humanas y sus propios aspectos naturales; sus propias ideas, sentimientos, costumbres y modos de hablar, y con un clima, una vegetación y una vida animada enteramente peculiares.

Desde muchos puntos de vista, estas islas forman un conjunto geográfico compacto y viajeros y hombres de ciencia así las han considerado, pero un estu-

¹ Desde que se estableció la British North Borneo Company se conoce más la región, pero las colonias holandesas todavía se frecuentan poco.

dio más minucioso y detallado de ellas en varios aspectos nos revela el hecho insólito de que son divisibles en dos porciones casi iguales en extensión que difieren ampliamente en sus productos naturales y que en realidad forman parte de dos de las divisiones originales de la tierra. Esto pude comprobarlo con bastante detalle en mis observaciones de la historia natural de las diversas partes del archipiélago; y, como en la descripción de mis viajes y de mi residencia en las múltiples islas tendré que referirme continuamente a este aspecto y esgrimir hechos que lo sustenten, he juzgado conveniente empezar con un esbozo general de los rasgos característicos de la región malaya para conferir mayor interés a los hechos que se expondrán más adelante y hacer más comprensible la repercusión que tienen en el tema general. Así pues, procedo a esbozar los límites y la extensión del archipiélago y a destacar los rasgos más sobresalientes de su geología, geografía física, vegetación y vida animal.

I. DEFINICIÓN Y LÍMITES

POR RAZONES que dependen principalmente de la distribución de la vida animal, considero que el archipiélago malayo abarca la península malaya hasta Tenasserim y las islas Nicobar al oeste, las Filipinas al norte y las islas Salomón más allá de Nueva Guinea al este. Todas las grandes islas incluidas en estos límites están conectadas entre sí por otras, innumerables y más pequeñas, de modo que ninguna está claramente separada del resto. Con pocas excepciones, todas gozan de un clima uniforme y muy similar y están cubiertas de una exuberante vegetación selvática. Tanto si estudiamos su forma y distribución en los mapas como si viajamos de una isla a otra, nuestra primera impresión será que forman un todo conexo cuyas partes están estrechamente relacionadas unas con otras.

II. EXTENSIÓN DEL ARCHIPIÉLAGO Y LAS ISLAS

EL ARCHIPIÉLAGO malayo se extiende más de 6 400 kilómetros de longitud de este a oeste y tiene aproximadamente 2 100 kilómetros de extensión de norte a sur. Ocuparía un espacio igual al de toda Europa desde el extremo occidental hasta Asia Central, o cubriría la parte más extensa de Sudamérica y se extendería mucho más allá del continente por los océanos Pacífico y Atlántico. Incluye tres islas más grandes que Gran Bretaña y en una de ellas, Borneo, cabrían todas las islas británicas, que quedarían rodeadas por un mar de selva. Nueva Guinea, aunque de forma menos compacta, es probablemente más grande que Borneo. Sumatra tiene aproximadamente la misma extensión que Gran Bretaña; Java, Luzón y Célebes son cada una más o menos del tamaño de Irlanda. Otras 18 islas tienen en promedio el tamaño de Jamaica; más de un centenar son tan grandes como la isla de Wight, y las islas e isletas de menor tamaño son innumerables.

La extensión absoluta de territorio que contiene el archipiélago no es mayor que Europa Occidental de Hungría a España, pero, por el modo en que la tierra está partida y dividida, la variedad de sus productos está más en consonancia con la inmensa superficie sobre la que se extienden las islas que con la extensión de tierra que contienen.

III. CONTRASTES GEOLÓGICOS

UNO DE LOS PRINCIPALES cinturones volcánicos del globo atraviesa el archipiélago y produce un insólito contraste entre el panorama de las islas volcánicas y el de las que no lo son. Con las marcas de los volcanes activos y las de cientos extinguidos se podría trazar una línea curva que atravesara toda la longitud de Sumatra y Java y, a partir de ahí, recorriera las islas de Bali, Lombok, Sumbawa, Flores, las Serwatty, Banda, Amboina (hoy Ambon), Bacan (antes Batchian), Makian, Tindore, Ternate y Gilolo hasta la isla Morty. Allí hay una leve pero clara interrupción o cambio de dirección de unos 320 kilómetros al oeste, donde el cinturón volcánico comienza de nuevo en el norte de la isla Célebes y pasa por Siau y Sanguir hasta las islas Filipinas, por cuya parte oriental continúa en línea curva hasta llegar a su extremo septentrional. Desde la curva del extremo oriental de este cinturón en Banda, avanzamos 1 600 kilómetros sobre una zona no volcánica hasta llegar a los volcanes observados por Dampier en 1699, en la costa nororiental de Nueva Guinea, y allí se puede trazar otro cinturón volcánico que atravesaría Nueva Bretaña, Nueva Irlanda y las islas Salomón hasta los límites orientales del archipiélago.

En toda la región ocupada por este vasto cinturón de volcanes, y en una anchura considerable a cada uno de sus lados, los terremotos son muy frecuentes y hay pequeños temblores a intervalos de pocas semanas o meses, en tanto que otros más graves, que sacuden aldeas enteras y producen daños en vidas y propiedades, tienen lugar casi cada año en una u otra parte de la zona. En muchas de las islas, los años de los grandes terremotos constituyen las épocas cronológicas de los habitantes nativos, que se valen de ellos para recordar la edad de sus hijos, así como para determinar las fechas de muchos acontecimientos importantes.

Aludiré sólo someramente a las múltiples erupciones terribles que han tenido lugar en esta región. En la cantidad de daños producidos en vidas y propiedades y en la magnitud de sus efectos no han sido superadas por otras que se conozcan. La erupción del Papandayang en Java, en 1772, destruyó 40 poblaciones cuando toda la montaña estalló en repetidas explosiones y dejó un gran lago en su lugar. Con la gran erupción del Tomboro en Sumbawa, en 1815, murieron 12 000 personas; las cenizas oscurecieron el aire y cayeron tupidamente sobre la tierra y



FIGURA III.1. *La Gran Bretaña y Borneo en la misma escala. Alfred Russel Wallace, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

el mar en unos 500 kilómetros a la redonda. Incluso hace muy poco, después de que yo abandonara el país, una montaña que no había estado activa en más de 200 años de repente entró en actividad. La isla de Makian, una de las Molucas, en 1646 quedó dividida por una violenta erupción, la cual dejó en uno de los lados una enorme grieta que se extendió hasta el centro de la montaña. En 1860, la última vez que la visité, estaba cubierta de vegetación hasta la cima y albergaba 12 aldeas malayas muy pobladas. El 29 de diciembre de 1862, después de 215 años de inactividad total, estalló repentinamente de nuevo, devastando y alterando completamente el aspecto de la montaña; arrasó con la mayoría de los habitantes, lanzando tales volúmenes de cenizas que oscureció el aire en Ternate,

a unos 65 kilómetros de distancia, y destruyó casi totalmente las cosechas en esa isla y las de alrededor.¹

La isla de Java contiene más volcanes, activos y extintos, que cualquier otra zona conocida de igual extensión. Son aproximadamente 45 en número y muchos de ellos ofrecen los más bellos ejemplos de un cono volcánico a gran escala, simple o doble, con cimas enteras o truncas, y de un promedio de 3 000 metros de altura.

En la actualidad ya se ha confirmado que casi todos los volcanes se han ido formando lentamente por la acumulación de materia —lodo, cenizas y lava— que ellos mismos expulsan. Las aberturas o cráteres, sin embargo, con frecuencia varían de posición, o sea que un territorio puede estar cubierto por una serie más o menos irregular de colinas en cadenas y bloques que sólo de vez en cuando se elevan en altos conos, y, aun así, el conjunto puede ser producto de una verdadera actividad volcánica. Así se formó la mayor parte de Java. Hubo alguna elevación, sobre todo en la costa meridional, donde se encuentran extensos acantilados de piedra caliza de coral, y puede ser que haya un sustrato de rocas estratificadas más antiguas. Pero a pesar de todo, Java es esencialmente volcánica, y esa noble y fértil isla —el verdadero jardín de Oriente y tal vez en conjunto la isla tropical más rica, mejor cultivada y mejor gobernada del mundo— debe su existencia a la misma actividad volcánica que en ocasiones aún devasta su superficie.

La gran isla de Sumatra muestra en proporción a su superficie un número mucho menor de volcanes, y una parte considerable es de origen no volcánico.

Al este, la larga hilera de islas que van desde Java, pasando por el norte de Timor hasta llegar a Banda, es probablemente de origen volcánico. La propia isla de Timor consiste en rocas estratificadas antiguas, pero se dice que tiene un volcán próximo a su centro.

Yendo hacia el norte, Amboina, una parte de Buru y el extremo occidental de Ceram, la parte norte de Gilolo y todas las pequeñas islas que la rodean, el extremo norte de Célebes y las islas de Siau y Sanguir, son totalmente volcánicas. El archipiélago filipino contiene muchos volcanes activos y extintos, y probable-

¹ Hace menos tiempo, en 1883, la isla volcánica de Krakatoa estalló en una terrible erupción cuyas explosiones se oyeron hasta Ceilán, Nueva Guinea, Manila y Australia Occidental. Las cenizas se esparcieron por un área tan extensa como el Imperio alemán. Grandes olas marinas fueron la causa principal de destrucción, devastando muchas poblaciones y aldeas de las costas de Java y Sumatra y causando la muerte de 30 000 a 40 000 personas. Los trastornos atmosféricos fueron de tal magnitud que las ondas aéreas dieron tres veces y cuarto la vuelta al globo y, a la puesta del sol, las partículas más finas que flotaban en las partes más altas de la atmósfera produjeron sorprendentes colores en el cielo, siendo visibles en todas partes del mundo hasta más de dos años después de la erupción.

mente quedó reducido a su condición fragmentaria actual por los desmoronamientos que acompañan a la actividad volcánica.

A lo largo de esta gran línea de volcanes se encuentran signos más o menos palpables de levantamientos y hundimientos de la corteza terrestre. La cadena de islas al sur de Sumatra, una parte de la costa meridional de Java y de las islas al este, los extremos oriental y occidental de Timor, partes de todas las Molucas, las islas Kai y las Aru, Waigeo y todo el sur y el este de Gilolo consisten, en gran medida, en levantamientos de roca de coral que corresponden exactamente a la que se está formando en los mares adyacentes. En muchos lugares observé las superficies inalteradas de los elevados arrecifes, con grandes masas de coral que sobresalen en su posición natural, y cientos de conchas de apariencia tan nueva que costaba creer que habían estado poco más de unos años fuera del agua. En realidad, es muy probable que esos cambios hayan tenido lugar en el transcurso de unos cuantos siglos.

Las longitudes de estos cinturones volcánicos unidas abarcan unos 90° o una cuarta parte de la circunferencia total del globo. Su anchura es de aproximadamente 80 kilómetros, pero en una extensión de casi 322 kilómetros a cada uno de sus lados se encuentran pruebas de actividad subterránea en rocas de coral de elevación reciente o en barreras de arrecifes de coral que indican una sumersión también reciente. En el foco o centro mismo de la gran curva de volcanes se encuentra la extensa isla de Borneo, en la que no se ha observado todavía ningún signo de actividad volcánica reciente y donde los terremotos, tan característicos de las regiones aledañas, son enteramente desconocidos. La isla de Nueva Guinea, igualmente grande, ocupa otra zona no agitada en la que hasta la fecha no se ha observado ningún signo de actividad volcánica. A excepción del extremo oriental de la península septentrional, la gran Célebes, isla de forma rara, carece totalmente de volcanes y hay razón para creer que la parte volcánica formaba en otro tiempo una isla aparte. La península malaya tampoco es volcánica.

Por tanto, la primera y más obvia división del archipiélago sería de acuerdo con regiones volcánicas y regiones tranquilas, y uno esperaría que a esa división correspondieran algunas diferencias en el carácter de la vegetación y de las formas de vida. Sin embargo, esto es así en muy pequeña medida y veremos de inmediato que, aunque este desarrollo de incendios subterráneos sea a escala tan vasta —ha amontonado cadenas de montañas de 3000 a 3600 metros de altura, ha desgarrado continentes y elevado islas desde el fondo del océano—, tiene el carácter de una actividad reciente que todavía no logra borrar las huellas de una distribución más antigua entre tierra y agua.

IV. CONTRASTES DE VEGETACIÓN

SITUADAS inmediatamente encima del ecuador y rodeadas de extensos océanos, no es sorprendente que las diversas islas del archipiélago estén casi siempre revestidas de una vegetación selvática desde el nivel del mar hasta las cimas de las montañas más altas. Ésta es la regla general. Sumatra, Nueva Guinea, Borneo, las Filipinas y las Molucas, así como las partes no cultivadas de Java y Célebes, son territorios selváticos, a excepción de unos pocos trechos pequeños y sin importancia que se deben quizás, en algunos casos, a cultivos antiguos o a incendios accidentales. A este respecto, existe sin embargo una importante excepción en la isla de Timor y en todas las pequeñas islas que la rodean, donde no hay en absoluto selva como la que encontramos en otras islas, y esta característica se extiende en menor grado a Flores, Sumbawa, Lombok y Bali.

En Timor, los árboles más comunes son eucaliptos de varias especies, tan característicos de Australia, con sándalos, acacias y otros tipos en menor abundancia. Están esparcidos por todo el país con más o menos densidad, pero nunca como para merecer el nombre de selva. Bajo ellos crecen hierbas toscas y escasas en las colinas más áridas y un pasto exuberante en los lugares más húmedos. En las islas entre Timor y Java hay con frecuencia territorios más tupidos de bosque en los que abundan árboles espinosos y llenos de púas. Raras veces alcanzan gran altura y en plena época de sequía pierden casi todas las hojas, permitiendo que el suelo se abraze bajo ellos, lo cual contrasta enormemente con la vegetación húmeda, umbría y siempre verde de las demás islas. Esta peculiar característica, que se extiende en menor grado a la península meridional de Célebes y al extremo oriental de Java, se debe muy probablemente a la proximidad de Australia. El monzón del sudeste, que dura como dos terceras partes del año —de marzo a noviembre— y que sopla en las partes septentrionales de ese territorio, produce un grado de calor y sequedad tales que asimila la vegetación y el aspecto físico de las islas adyacentes a los propios. Un poco más al este, en Timorlaut y las islas Kai, predomina un clima más húmedo y los vientos del sudeste soplan desde el Pacífico, atravesando el estrecho de Torres y las selvas húmedas de Nueva Guinea, y, en consecuencia, todas las isletas rocosas están revestidas de verdor hasta la cima. Más al oeste de nuevo, como los mismos vientos secos soplan sobre una

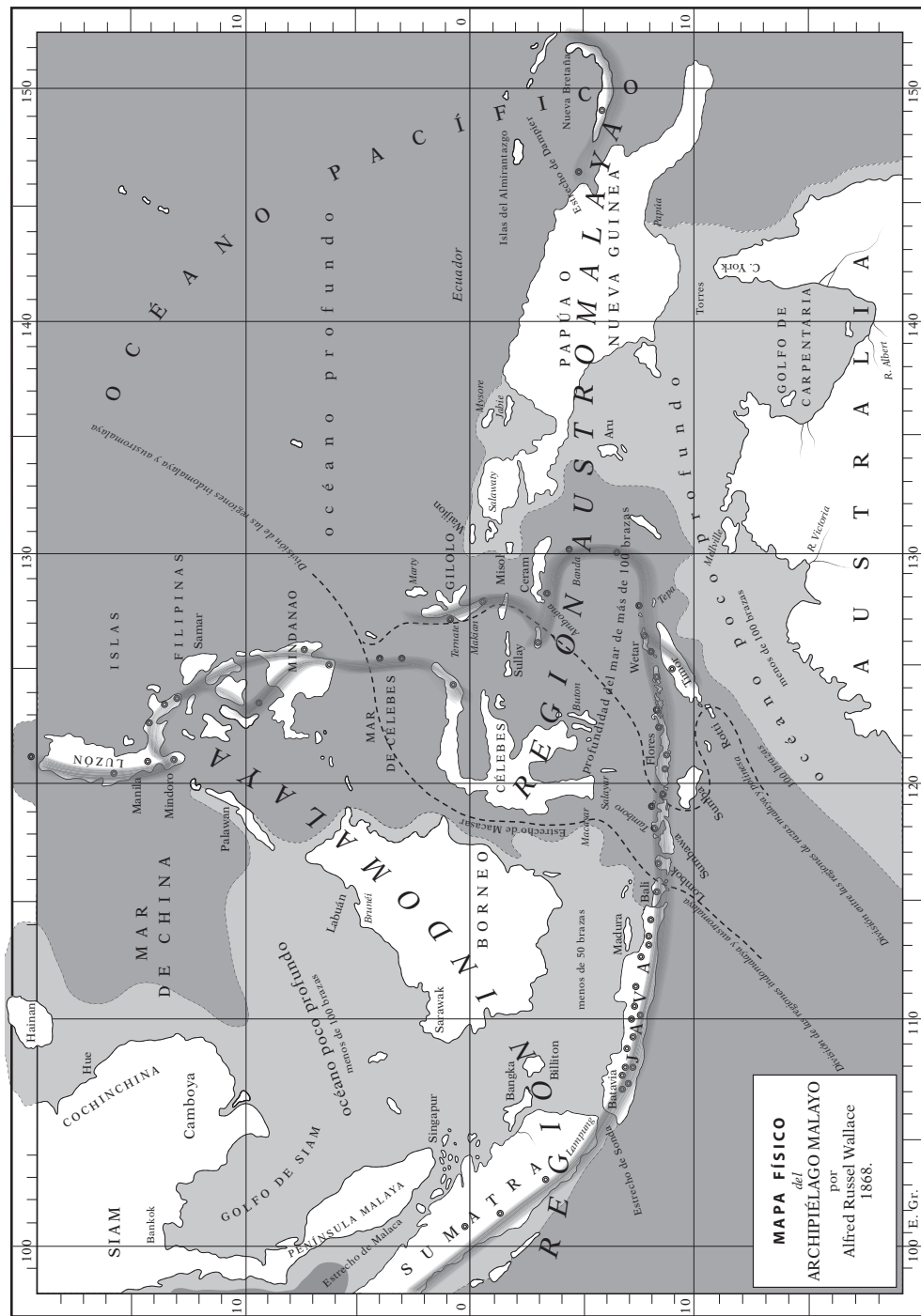
parte cada vez más amplia del océano, tienen tiempo de absorber humedad reciente y así encontramos la isla de Java con un clima mucho menos árido, hasta el punto de que en el extremo este, cerca de Batavia, llueve más o menos todo el año y las montañas están recubiertas por todas partes de vegetación con una frondosidad sin igual.

V. CONTRASTES EN LA PROFUNDIDAD DEL MAR

GEORGE WINDSOR EARL, en una ponencia que leyó en la Royal Geographical Society en 1845 y después en un folleto titulado *Sobre la geografía física del sudeste de Asia y de Australia*, que data de 1855, fue el primero en señalar que un mar poco profundo conectaba las grandes islas de Sumatra, Java y Borneo con el continente asiático, con lo cual concordaban en general sus producciones naturales, mientras que un mar similar, poco profundo, conectaba Nueva Guinea y algunas de las islas adyacentes a Australia, todas caracterizadas por la presencia de marsupiales.

Aquí encontramos una clave del contraste más radical en el archipiélago; siguiéndola con detalle llegué a la conclusión de que se puede trazar una línea entre las islas que las dividiría de modo que una mitad pertenecería verdaderamente a Asia en tanto que la otra mitad estaría relacionada con no menos certeza con Australia. Las denomino respectivamente las divisiones indomalaya y austromalaya del archipiélago (véase la figura v.1).

No obstante, en su folleto, Earl argumenta en favor de una conexión anterior por tierra de Asia y Australia, mientras que, en mi opinión, las pruebas, tomadas en su conjunto, nos muestran una separación ininterrumpida. A pesar de esta y de otras importantes diferencias entre nosotros, no cabe duda de que a él le corresponde el mérito de haber indicado por primera vez la división del archipiélago en dos regiones, australiana y asiática, que yo he tenido la suerte de establecer por medio de una observación más minuciosa.



Los volcanes activos se indican con ● Los cinturones volcánicos se indican con

VI. CONTRASTES EN LAS PRODUCCIONES NATURALES

PARA comprender la importancia de este tipo de hechos y su repercusión en la distribución anterior de tierra y mar, es necesario considerar los resultados a que han llegado geólogos y naturalistas en otras partes del mundo.

Es ya un hecho aceptado en general que la distribución actual de las cosas vivas sobre la superficie de la Tierra es primordialmente el resultado de las últimas series de cambios que ésta ha sufrido. La geología nos enseña que la superficie de la Tierra y la distribución de tierra y agua están cambiando lentamente en todas partes. Nos enseña además que las formas de vida que pueblan esa superficie también han cambiado lentamente durante cualquier periodo del que dispongamos de alguna referencia.

Ahora no es necesario decir nada sobre *cómo* se han producido esos cambios, y las opiniones pueden diferir al respecto. Pero en cuanto al hecho de que *se han producido* cambios desde las eras geológicas más tempranas hasta el momento actual, y de que no dejan de producirse, no existe ninguna diferencia de opinión. Todo estrato consecutivo de roca sedimentaria, arena o grava es una prueba de que han tenido lugar cambios de nivel, y las diferentes especies de animales y plantas cuyos restos encontramos en estos sedimentos demuestran que se produjeron cambios correspondientes en el mundo orgánico.

Así pues, si damos por supuestas estas dos series de cambios, podemos remontarnos directamente a ellos para explicar la mayoría de las peculiaridades y anomalías en la distribución de las especies. En nuestras propias islas, con unas cuantas excepciones irrelevantes, todo cuadrúpedo, ave, reptil, insecto y planta se encuentra también en el continente adyacente. En las pequeñas islas de Córcega y Cerdeña hay algunos cuadrúpedos e insectos y muchas plantas bastante peculiares. En Ceilán, conectada más estrechamente a la India que Inglaterra a Europa, muchos animales y plantas son diferentes de los que encontramos en la India y endémicos de esa isla. En las islas Galápagos casi toda cosa viva indígena es endémica, aunque se parezca mucho a otras clases que se encuentran en las partes más próximas del continente americano.

Muchos naturalistas admiten que estos hechos sólo se pueden explicar por el mayor o menor tiempo transcurrido desde que las islas emergieron desde el fondo del océano o quedaron separadas del continente más cercano, y la profundidad del mar que ha intervenido en el proceso es la que indica en general, aunque no siempre, la dimensión de ese periodo. El enorme grosor de muchos sedimentos marinos que se extienden en amplias áreas nos muestra que el desmoronamiento muchas veces continuó —con periodos intermitentes de calma— durante épocas de inmensa duración. En general la profundidad del mar producida por estos derrumbes nos dará, por tanto, una dimensión del tiempo. Cuando se toma en consideración la introducción continua de nuevos animales y plantas procedentes de los territorios en torno, siendo el conducto esos medios naturales de diseminación que tan bien explicaron Charles Lyell y Darwin, ambas dimensiones se corresponden casi exactamente de un modo sorprendente. Inglaterra está separada del continente por un mar muy poco profundo y sólo en muy pocos casos nuestros animales y plantas han empezado a mostrar diferencias respecto a las especies continentales correspondientes. Córcega y Cerdeña, separadas de Italia por un mar mucho más profundo, presentan diferencias mucho mayores en sus formas orgánicas. Cuba, separada de Yucatán por un estrecho más ancho y más profundo, difiere más marcadamente y la mayoría de sus productos son especies distintas y únicas, mientras que Madagascar, separada de África por un profundo canal de casi 500 kilómetros de anchura, posee tantos rasgos característicos que nos indican que la separación tuvo lugar en una antigüedad muy remota o incluso pone en duda si estos dos territorios estuvieron alguna vez completamente unidos.

Regresando ahora al archipiélago malayo, encontramos que la gran extensión de mar que separa las islas de Java, Sumatra y Borneo unas de otras, así como de Malaca y Siam, es tan poco profunda que los navíos pueden anclar en cualquier parte porque pocas veces supera las 40 brazas de profundidad. Y si llegamos hasta la línea de las 100 brazas, incluiremos a las islas Filipinas y Bali, al este de Java. Si estas islas se separaron por tanto unas de otras y del continente por la inmersión de extensiones de tierra, llegamos a la conclusión de que la separación fue relativamente reciente ya que la profundidad a la que ha llegado a sumergirse la tierra es tan poca. También hay que destacar que la gran cadena de volcanes activos en Sumatra y Java nos proporciona una causa suficiente de esa subsidencia, porque las grandes masas de materia que lanzaron han acabado con los ciimientos alrededor de la zona. Y tal vez ésta sea la verdadera explicación del hecho observado con frecuencia de que los volcanes y las cadenas volcánicas se

encuentran siempre cerca del mar. El hundimiento que producen en torno a ellos formará con el tiempo un mar, si es que no existía con anterioridad.¹

Pero cuando estudiamos la zoología de estas tierras encontramos lo que nos es más necesario: pruebas muy sorprendentes de que en otro tiempo esas grandes islas debieron formar parte del continente y quedaron separadas de él sólo en una época geológica muy reciente. El elefante y el tapir de Sumatra y Borneo, el rinoceronte de Sumatra y las especies afines de Java, el ganado salvaje de Borneo y el que durante mucho tiempo se supuso endémico de Java, hoy se sabe que habitan en una u otra parte del sudeste asiático. Ninguno de esos grandes animales pudo cruzar los brazos de mar que ahora separan estos territorios y su presencia nos indica simplemente que debió existir una comunicación por tierra desde el origen de las especies. De los mamíferos más pequeños, una considerable proporción es común a cada una de las islas y al continente, pero los inmensos cambios físicos que debieron producirse durante la ruptura y el hundimiento de regiones tan extensas llevaron a la extinción de algunos en una o más de las islas, y, en algunos casos, parece que hubo tiempo suficiente para que se produjera un cambio de especies. A veces las aves y los insectos ilustran este mismo punto de vista, porque cada familia y casi cada género de estos grupos que se encuentran en cualquiera de las islas existen también en el continente asiático, y en un gran número de casos las especies son totalmente idénticas. Las aves nos proporcionan uno de los mejores medios para determinar la ley de la distribución porque, aunque a primera vista parecería que las barreras acuáticas que mantienen separados a los cuadrúpedos terrestres podrían ser fácilmente traspasadas por las aves, en la práctica no es así; pues si dejamos de lado las tribus acuáticas que son predominantemente errantes, el hecho es que las otras —y en especial los Passeriformes, o verdaderas aves de percha, que forman la inmensa mayoría— están con frecuencia tan estrictamente limitadas por los estrechos y brazos de mar como los propios cuadrúpedos. Como ejemplo de las islas a las que me refiero está el hecho notorio de que Java posee numerosas aves que nunca cruzan a Sumatra, aunque ambas islas están separadas por un estrecho de sólo poco menos de 25 kilómetros de anchura y con islas en medio del canal. En realidad, Java posee más aves e insectos característicos que Sumatra o Borneo, lo cual indicaría que se separó del continente mucho antes. Le sigue en individualidad orgánica Borneo, mientras que Sumatra es casi tan idéntica en todas sus formas animales a la península de

¹ En la actualidad, la mayoría de los geólogos creen que la subsidencia está producida por el peso de cada nuevo depósito de materiales en el mar o en la tierra. Las acumulaciones de rocas o cenizas procedentes de volcanes serían, por tanto, una de las causas de los hundimientos.

Malaca que se puede llegar a la conclusión de que fue la isla que se desmembró más recientemente.

Por lo tanto, el resultado general al que llegamos es que las grandes islas de Java, Sumatra y Borneo se asemejan en sus producciones naturales a las partes adyacentes del continente, casi tanto como se podría esperar de regiones tan separadas aun cuando todavía formaran parte de Asia. Y esta estrecha similitud, unida al hecho de que la amplia extensión de mar que las separa es tan uniforme y tan poco profunda, y por último la existencia de la larga cadena de volcanes en Sumatra y Java, que han expulsado enormes cantidades de materia subterránea y formado extensas mesetas y elevadas cadenas montañosas, proporcionándonos una *vera causa* de la existencia de una línea paralela de hundimientos, todo nos lleva irremediablemente a la conclusión de que, en un época geológica muy reciente, el continente de Asia se extendía mucho más allá de sus límites actuales en dirección al sudeste, incluyendo las islas de Java, Sumatra y Borneo, llegando probablemente hasta la línea actual de sondas de 100 brazas.

Las islas Filipinas concuerdan en muchos aspectos con Asia y las otras islas, pero presentan algunas anomalías que parecen indicar que quedaron separadas en un periodo anterior, y desde entonces han estado sometidas a muchas revoluciones en su geografía física.

Si dirigimos ahora nuestra atención a la parte restante del archipiélago, encontraremos que todas las islas, desde Célebes y Lombok al este, muestran un parecido casi tan próximo con Australia y Nueva Guinea como las islas occidentales con Asia. Es de todos sabido que los productos naturales de Australia difieren de los de Asia más de lo que los de cualquiera de las cuatro antiguas partes del mundo difieren entre sí. De hecho, Australia es un caso singular: no tiene simios ni monos, ni gatos ni tigres, ni lobos, osos ni hienas; tampoco tiene ciervos ni antílopes, ovejas ni bueyes; ni elefantes, caballos, ardillas o conejos; en suma, ninguno de los tipos conocidos de cuadrúpedos que encontramos en cualquier otra parte del mundo. En vez de éstos, tiene sólo marsupiales, canguros y zarigüeyas, wómbats y el ornitorrinco con su característico pico de pato. En lo que respecta a las aves es casi igualmente peculiar. No tiene pájaros carpinteros ni faisanes, familias que existen en todas las demás partes del mundo; pero en cambio tiene los pavos de penacho que construyen terraplenes, los melifágidos, cacatúas y loros de lengua de cepillo que no se encuentran en ninguna otra parte del globo. Todas estas características sorprendentes son también propias de las islas que forman la división austromalaya del archipiélago.

El gran contraste entre las dos divisiones del archipiélago en ninguna otra parte se revela tan abruptamente como al pasar de la isla de Bali a la de Lombok, donde ambas regiones están muy próximas. En Bali encontramos barbudos, zorzales fruteros y carpinteros; al cruzar a Lombok dejamos de verlos, pero encontramos abundancia de cacatúas, pájaros fraile y pavos de penacho, igualmente desconocidos en Bali² o en cualquiera de las islas más al oeste. El estrecho tiene allí unos 25 kilómetros de anchura, de modo que se puede cruzar en dos horas de una gran división de la tierra a la otra, con diferencias tan esenciales en su vida animal como las que existen entre Europa y América. Si viajamos desde Java o Borneo hasta Célebes o las Molucas, la diferencia es todavía más sobresaliente. En las primeras, las selvas abundan en monos de muchas clases, gatos monteses, ciervos, civetas, nutrias y numerosas variedades de ardillas. En las últimas nada de esto sucede; pero el cuscús de cola prensil es casi el único mamífero terrestre que se ve, excepto por los jabalíes, que se encuentran en todas las islas, y ciervos, que probablemente son de reciente introducción, en isla Célebes y las Molucas. Las aves más abundantes en las islas occidentales son pájaros carpinteros, barbudos, trogones, zorzales fruteros y de hoja, a los que se ve todos los días y que forman los grandes rasgos ornitológicos del país. En las islas orientales éstos son totalmente desconocidos y los melifágidos y los loros pequeños son las aves más comunes, o sea que el naturalista se siente en un nuevo mundo y casi no se da cuenta de que ha pasado de una región a otra en unos cuantos días sin perder de vista tierra en ningún momento.

La inferencia a la que hemos de llegar a partir de estos hechos es sin duda que el conjunto de islas al este más allá de Java y Borneo, tal vez con la excepción de Célebes, forma esencialmente parte de un continente australiano o Pacífico anterior, aunque puede ser que algunas en realidad nunca hayan estado unidas a él. Este continente se debió desprender no sólo antes de que las islas occidentales se separaran de Asia, sino probablemente antes de que el extremo sudoriental de Asia se elevara por encima de las aguas del océano; porque se sabe que una gran parte del territorio de Borneo y Java es de formación bastante reciente a nivel geológico, mientras que la gran diferencia de especies, y en muchos casos también de géneros, entre las producciones de las islas malayas orientales y Australia, así como la gran profundidad del mar que ahora las separa, nos llevan a concluir que hubo un periodo comparativamente largo de aislamiento.

² Se me informó, no obstante, que había unas cuantas cacatúas en un lugar al oeste de Bali, lo cual muestra que las producciones de estas islas se están entremezclando.

Es interesante observar que entre las mismas islas un mar poco profundo siempre sugiere una conexión de tierras reciente. Las islas Aru, Misal y Waigeo, así como Jobie, coinciden con Nueva Guinea en sus especies de mamíferos y aves mucho más que con las Molucas, y descubrimos que todas ellas están unidas a Nueva Guinea por un mar poco profundo. De hecho, la línea de 100 brazas en torno a Nueva Guinea marca con exactitud la extensión ocupada por las verdaderas aves del paraíso.

Hay que destacar además —y se trata de un punto muy interesante relacionado con las teorías sobre la dependencia de las formas especiales de vida respecto a las condiciones externas— que esta división del archipiélago en dos regiones, caracterizada por una sorprendente diversidad en sus productos naturales, no corresponde de ningún modo a las principales divisiones físicas o climáticas de la superficie. La gran cadena volcánica atraviesa ambas partes y no parece causar ningún efecto en la integración de los productos de ambas. Borneo se parece mucho a Nueva Guinea, no sólo en su enorme tamaño y ausencia de volcanes sino también en la variedad de su estructura geológica, en la uniformidad de su clima y en el aspecto general de la vegetación selvática que cubre su superficie. Las Molucas son la contraparte de las Filipinas en estructura volcánica, suma fertilidad, selvas frondosas y terremotos frecuentes; y Bali, con el extremo oriental de Java, tiene un clima casi tan seco y un suelo casi tan árido como el de Timor. Aun así, entre estos grupos de islas que se corresponden, contruidos como si siguieran el mismo modelo, sometidos al mismo clima y bañados por los mismos océanos, existen los mayores contrastes posibles cuando comparamos sus producciones animales. La antigua doctrina —según la que las diferencias o similitudes en las diversas formas de vida que habitan los diferentes territorios se deben a diferencias o similitudes físicas equivalentes en los mismos territorios— en ningún otro caso se encuentra ante una contradicción tan palpable y directa. Borneo y Nueva Guinea, tan parecidas físicamente como pueden serlo dos territorios distintos, son zoológicamente tan extremas como dos polos opuestos; en tanto que Australia, con sus vientos secos, abiertas planicies, desiertos pedregosos y clima templado, produce a pesar de todo aves y cuadrúpedos que están estrechamente relacionados con los que habitan las selvas calientes, húmedas y exuberantes que cubren las llanuras y montañas de Nueva Guinea.

Con el fin de ilustrar con mayor claridad los medios a través de los que yo supongo que este gran contraste se produjo, vamos a considerar qué ocurriría si dos divisiones de la tierra con fuertes contrastes llegaran a aproximarse a través de medios naturales. No hay dos partes del mundo que difieran tan radicalmente en

sus producciones como Asia y Australia, pero la diferencia entre África y Sudamérica es también muy grande, y nos valdremos de esas dos regiones para ilustrar la cuestión que estamos planteando. Por una parte tenemos babuinos, leones, elefantes, búfalos y jirafas; por otra, monos araña, pumas, tapires, osos hormigueros y perezosos; en cuanto a las aves, los cálaos, turacos, oropéndolas y melifágidos de África contrastan enormemente con los tucanes, guacamayas, picotereros y colibríes de América.

Ahora vamos a tratar de imaginar que se produjera un lento alzamiento del fondo del Atlántico y que, al mismo tiempo, terremotos, temblores y actividad volcánica en la tierra produjeran volúmenes cada vez mayores de sedimento que se derramarían por los ríos, de modo que, gradualmente, los dos continentes se irían extendiendo e incorporando tierras de nueva formación y de este modo el Atlántico, que ahora los separa, quedaría reducido a un brazo de mar de unos cientos de kilómetros de anchura. Al mismo tiempo, también podemos suponer que emergerían nuevas islas en medio del canal, y, como las fuerzas subterráneas variarían en intensidad e irían alternando sus puntos de mayor actividad, estas islas a veces quedarían conectadas con el continente a uno u otro lado del estrecho y otras quedarían separadas de él. En ocasiones, varias islas se unirían entre sí y otras se separarían de nuevo, hasta que al fin, después de muchas y largas épocas de este tipo de actividad intermitente, habría un archipiélago irregular de islas que llenaría el canal oceánico del Atlántico, en cuyo aspecto y modo de agrupación no encontraríamos nada que pudiera indicarnos cuál de ellas había estado conectada a África y cuál a América. Sin embargo, las plantas y los animales que poblaran estas islas nos revelarían con certeza esta parte de su pasado. En las islas que formaron parte del continente sudamericano podríamos estar seguros de encontrar aves tan comunes como picotereros, tucanes y colibríes, además de algunos de los peculiares cuadrúpedos americanos; en tanto que en las islas que se hubieran separado de África lo que encontraríamos serían cálaos, oropéndolas y melifágidos. Alguna porción de la tierra emergida puede que hubiera tenido alguna conexión temporal con ambos continentes y por tanto contendría un cierto nivel de mezcla en sus seres vivos. Éste parece haber sido el caso de Célebes y de las Filipinas. Otras islas, aunque muy próximas entre sí como Bali y Lombok, mostrarían, cada una de ellas, ejemplos sin ninguna mezcla de las producciones de los continentes de los que directa o indirectamente formaron parte en otro tiempo.

En mi opinión, en el archipiélago malayo tenemos un caso exactamente paralelo al que acabamos de imaginar. Disponemos de indicios de un vasto continente, con fauna y flora peculiares, que se ha ido resquebrajando en forma gradual

e irregular; la isla Célebes marcaría probablemente su extremo más occidental, más allá del cual había un amplio océano.³ Al mismo tiempo, parece que Asia ha ido extendiendo sus límites en dirección al sudeste, primero en un bloque sin fisuras y después separado en islas tal como lo conocemos ahora y que casi entra en contacto real con los fragmentos esparcidos del gran territorio meridional.

Cuando consideramos el tema desde esta perspectiva, son obvias la importancia y afinidad entre historia natural y geología, no sólo para interpretar fragmentos de animales extintos que se encuentran en la corteza terrestre, sino para determinar los cambios que ha habido en la superficie y que no han dejado huellas geológicas. Ciertamente es un hecho maravilloso e insólito que un conocimiento preciso de la distribución de aves e insectos nos permita trazar el mapa de tierras y continentes que desaparecieron bajo el océano mucho antes de las primeras tradiciones de la raza humana. Allí donde el geólogo puede explorar la superficie de la Tierra, puede leer gran parte de su historia pasada y determinar aproximadamente sus últimos movimientos sobre y bajo el nivel del mar. Pero donde ahora se extienden océanos y mares, sólo le queda especular sobre los datos muy limitados que le ofrece la profundidad de las aguas. En ese momento entra el naturalista, que le permite llenar esta gran brecha en la historia del pasado de la Tierra.

Uno de los objetivos principales de mis viajes fue conseguir pruebas de esta naturaleza y fui recompensado en mi búsqueda de estos rastros con un gran éxito, o sea que dispuse de medios para trazar con cierta probabilidad los cambios por los que ha pasado una de las partes más interesantes de la Tierra. Se podría pensar que los hechos y las generalizaciones que doy aquí ocuparían un lugar más adecuado al final y no al principio de un relato de los viajes que me proporcionaron los datos. En algunos casos puede que esto sea cierto, pero me ha sido imposible narrar como deseo la historia natural de las numerosas islas y grupos de islas del archipiélago sin hacer constante referencia a estas generalizaciones que aportan tanto a su interés. Después de este esbozo general del tema, podré demostrar cómo se pueden aplicar los mismos principios a cada una de las islas pertenecientes a un grupo y a todo el archipiélago, logrando así que el relato de los muchos y nuevos animales raros que las habitan sea más interesante e instructivo que si los hubiera tratado como simples hechos aislados.

³ Un estudio ulterior del tema me llevó a la conclusión de que la isla Célebes nunca formó parte del territorio austromalayo, y esto es muy probable que indique la extensión más al este del continente asiático en un periodo muy temprano (véase *Vida en la isla* de este autor, p. 427).

VII. CONTRASTES DE RAZAS

ANTES de llegar al convencimiento de que las mitades occidental y oriental del archipiélago pertenecían a regiones originales y distintas de la Tierra, había agrupado a los nativos del archipiélago en dos razas radicalmente distintas. Y en eso difería de la mayoría de los etnólogos que habían escrito sobre el tema, porque era costumbre casi universal seguir la clasificación de Wilhelm von Humboldt y de Pritchard, que consideraban todas las razas oceánicas como modificaciones de un solo tipo. Sin embargo, la observación pronto me mostró que los malayos y los papúas difieren radicalmente en cada una de sus características físicas, mentales y morales, y mediante una investigación más cercana e ininterrumpida durante ocho años llegué al convencimiento de que podía clasificar a todos los pueblos del archipiélago malayo y de Polinesia bajo estas dos formas, como tipos de las mismas. Cuando se traza la línea que separa a ambas razas, uno se aproxima a la que divide a las regiones zoológicas pero un poco al este de la misma, circunstancia que en mi opinión es muy significativa de que son las mismas causas las que influyeron en la distribución del género humano y determinaron la gama de otras formas animales.

La razón de que no sea exactamente la misma línea la que limite a ambos mundos es bastante comprensible. El ser humano tiene medios de cruzar el mar que los animales no poseen, y una raza superior tiene poder para expulsar o asimilar a otra inferior. La empresa marítima y la civilización superior de las razas malayas les permitieron invadir una parte de la región adyacente, donde suplantaron totalmente a los habitantes indígenas cuando los había, y difundieron gran parte de su lengua, de sus animales domésticos y de sus costumbres mucho más allá del Pacífico, a islas en las que sólo han modificado ligeramente o nada las características físicas o morales de la gente.

Por tanto, creo que se puede agrupar a todos los pueblos de las diversas islas o con los malayos o con los papúas y que no se pueden trazar afinidades entre ambas razas. Creo además que todas las razas que se encuentran al este de la línea que he trazado tienen más afinidades entre ellas que con cualquiera de las razas del oeste de esa misma línea, o sea que las razas asiáticas incluyen a los malayos y que todas son de origen continental, en tanto que las razas de tipo papúa, inclu-

yendo a todas las que se encuentran al este de las anteriores hasta llegar a las islas Fiyi, no derivan de ningún continente existente, sino de territorios que existen ahora o han existido recientemente en el océano Pacífico. Estas observaciones preliminares permitirán que el lector capte mejor la importancia que concedo a los detalles de forma física o carácter moral que proporcionaré cuando describa a los habitantes de muchas de las islas.

SEGUNDA PARTE

ISLAS INDOMALAYAS

VIII. SINGAPUR

*(Esbozo de la ciudad y de la isla vistas
en varios de mis viajes de 1854 a 1862.)*

HAY POCOS lugares más interesantes para el viajero que llega de Europa que la ciudad y la isla de Singapur, porque nos proporcionan ejemplos de una variedad de razas orientales y de muchas diferentes religiones y modos de vida. El gobierno, la guarnición y los principales comerciantes son ingleses, pero la mayoría de la población es china y comprende a algunos de los comerciantes más ricos, a agricultores del interior y gran parte de los técnicos y jornaleros. Los malayos nativos en general son pescadores y barqueros y forman el cuerpo principal de policía. Los portugueses de Malaca aportan un buen número de empleados de oficina y pequeños comerciantes. Los klings de la India occidental forman un numeroso bloque de mahometanos que, junto con muchos árabes, se dedican al comercio menor y a las tiendas. Los criados y aguadores son todos bengalíes y existe una clase reducida pero sumamente respetable de comerciantes parsis. Además hay muchos marineros y criados domésticos de Java, así como mercaderes de Célebes, Bali y muchas otras islas del archipiélago. El puerto está repleto de buques de guerra y navíos mercantes de muchas naciones europeas, y cientos de praos malayas y juncos chinos, desde embarcaciones de varios centenares de toneladas hasta pequeños botes de pesca y sampanes de pasajeros. La ciudad contiene hermosos edificios públicos e iglesias, mezquitas mahometanas, templos hindúes, templos para ídolos chinos, excelentes casas europeas, almacenes enormes, exóticos y antiguos bazares de klings y de chinos, y extensos barrios de casitas chinas y malayas.

Entre los diversos tipos de gente que hay en Singapur, los más notorios y los que más atraen la atención del extranjero son los chinos, cuyo número e incesante actividad confieren al lugar el aspecto de una ciudad china. En general el comerciante chino es un hombre de rostro obeso y redondo con aspecto de formalidad e importancia. Viste el mismo estilo de indumentaria —blusón blanco y suelto y pantalones azules o negros— que el peón culí más humilde, pero de telas más finas, y siempre va limpio y aseado con su larga coleta adornada en la punta

con seda roja que le cuelga hasta los talones. Posee un elegante almacén o tienda en la ciudad y una buena quinta en el campo. Mantiene un caballo fino y una calesa y por las tardes se le ve dando un paseo con la cabeza descubierta para disfrutar de la fresca brisa. Es rico, propietario de varias tiendas de menudeo y de goletas mercantes, presta dinero a altos intereses y con buenas garantías, cierra buenos tratos y cada año engorda y se enriquece más.

En el bazar chino hay centenares de tienditas en las que se encuentra una variada colección de quincallería y mercería, y los precios son prodigiosamente baratos. Se pueden comprar barrenas pequeñas a centavo, hilo blanco de algodón a cuatro ovillos por medio centavo y navajas, sacacorchos, pólvora, papel de escribir y muchos otros artículos tanto o más baratos de lo que se pueden adquirir en Inglaterra. El tendero tiene buen carácter; muestra todo lo que tiene y no parece importarle cuando no se compra nada. Rebaja un poco el precio pero no tanto como los klings, que casi siempre apuntan al doble de lo que están dispuestos a aceptar. Si se le compra algo, después intercambia conversación con el cliente cada vez que éste pasa por su tienda y le invita a entrar y sentarse a tomar una taza de té, y uno se pregunta cómo puede ganarse la vida en un lugar donde tantos venden los mismos e insignificantes artículos. Los sastres se sientan *a* la mesa, no *sobre* ella, y tanto ellos como los zapateros trabajan bien y barato. Los barberos están muy atareados en rasurar cabezas y limpiar oídos; para esta última operación disponen de una extensa gama de pinzas pequeñas, espátulas y cepillos. En las afueras de la ciudad hay veintenas de carpinteros y herreros. Los primeros parece que se dedican sobre todo a hacer ataúdes y cajas para ropa pintadas y adornadas con refinamiento. Los segundos son en su mayoría armeros y taladran a mano los cañones de las armas con barras de hierro macizo. Se les ve a diario en esta tediosa operación, y tienen la habilidad de terminar un arma primorosamente con cerrojo de pedernal. Por todas las calles hay aguadores, vendedores de verduras, fruta, sopa y *agar-agar* (gelatina hecha de algas marinas) que profieren gritos tan poco inteligibles como los que se escuchan en Londres. Otros acarrean un aparato de cocinar portátil en un palo equilibrado por una mesa al otro extremo y sirven comida de mariscos, arroz y verduras por dos o tres centavos. Por todas partes se ven culíes y barqueros que esperan clientela.

En la parte interior de la isla, los chinos talan árboles en la jungla y los sierran en tablones; cultivan hortalizas que van a vender al mercado y pimienta y *gambir*, importantes artículos de exportación. Los jesuitas franceses han fundado misiones en esta parte interior de China que según parece son muy fructíferas. Yo una

vez viví varias semanas con el misionero de Bukit-tima, cerca del centro de la isla, donde se ha construido una linda iglesia que cuenta con unos 300 conversos. Durante mi estancia, conocí a un misionero que acababa de llegar de Tonkín, donde había vivido muchos años. Los jesuitas aún trabajan a conciencia como en otros tiempos. En Cochinchina, Tonkín y China, donde todos los instructores cristianos están obligados a vivir clandestinamente y pueden ser objeto de persecución, expulsión y a veces muerte,¹ todas las provincias, incluso las que se encuentran más en el interior, tienen una misión jesuita permanente que se incrementa constantemente con nuevos aspirantes que han aprendido en Penang o Singapur las lenguas de los territorios a los que van a ir. Dicen que en China hay cerca de un millón de conversos; en Tonkín y Cochinchina más de medio millón. Un secreto del éxito de estas misiones es la estricta economía con la que rigen sus gastos. Un misionero tiene asignadas unas 30 libras al año, con lo que vive en donde se encuentre. Así se puede mantener un gran número de misioneros con medios muy limitados, y los nativos, al ver que sus instructores viven en la pobreza y sin ningún exceso, se convencen de que son sinceros en lo que predicán y de que han renunciado de verdad a amigos y casa, bienestar y seguridad por el bien de los demás. No es de extrañar que conviertan a la gente porque debe de ser una gran bendición para los pobres entre los que trabajan tener con ellos a un hombre al que pueden acudir en cualquier dificultad o tribulación, que los conforta y les aconseja, los visita en la enfermedad, los alivia en la necesidad y dedica toda su vida a su instrucción y bienestar.

Mi amigo en Bukit-tima era un verdadero pastor de su grey. Predicaba en chino todos los domingos y durante la semana tenía tardes para discusiones y conversaciones sobre religión. Dirigía además una escuela para enseñar a los niños. Su casa estaba abierta día y noche. Cuando un hombre acudía a él y le decía: “No tengo arroz para dar de comer hoy a mi familia”, le daba la mitad del que tenía en su casa por muy poco que fuera. Si otro le decía: “No tengo dinero para pagar mi deuda”, le daba la mitad de lo que contuviera su bolsa, aunque fuera el último centavo. De modo que cuando él estaba necesitado acudía a algunos de los más acomodados de su grey y les decía: “No tengo arroz en la casa” o “He dado mi dinero y estoy necesitado de esto y lo otro”. El resultado era que sus feligreses confiaban en él y lo querían porque estaban seguros de que era un verdadero amigo y no era otro el designio de su vida con ellos.

La isla de Singapur consta de un sinnúmero de pequeñas colinas de 90 a 120

¹ Desde que los franceses se establecieron en Cochinchina la situación cambió.

metros de altura, con la mayoría de las cimas cubiertas de selva virgen. La casa de la misión de Bukit-tima estaba rodeada de varias de estas colinas coronadas de bosques, muy frecuentados por leñadores y aserradores, que me proporcionaron un terreno excelente para recolectar insectos. De vez en cuando también había hoyos para atrapar tigres, cuidadosamente cubiertos de palos y hojas, y tan bien ocultos que más de una vez estuve a punto de caer en ellos. Tienen la forma de un horno para hierro, más anchos en el fondo que en la parte de arriba y con unos cuatro a seis metros de profundidad, o sea que es casi imposible que pueda salir de ahí una persona sin ayuda. Antes se clavaba una estaca puntiaguda en el fondo apuntando hacia arriba, pero después de que un desafortunado viajero murió al caer en uno de ellos se prohibió su uso. En torno a Singapur siempre rondan tigres rugiendo y matan un promedio de un chino por día, en especial a los que trabajan en las plantaciones de gambir, que se encuentran siempre en claros recientes de la jungla. En las tardes oíamos rugir a un tigre una o dos veces, y era una labor bastante inquietante buscar insectos entre los troncos caídos y los viejos aserraderos cuando uno de esos animales podía estar merodeando por ahí a la espera de la ocasión de saltar sobre nosotros.

Cuando el tiempo era bueno pasábamos varias horas en pleno día en esas partes de la selva, deliciosamente frescas y sombrías en contraste con los parajes ralos y al descubierto por los que teníamos que caminar para llegar hasta ellas. La vegetación era sumamente exuberante, formada por enormes árboles y una variedad de helechos, caladios y otra maleza, además de palmas trepadoras de ratán en abundancia. Los insectos eran abundantes y muy interesantes; cada día encontrábamos docenas de formas nuevas y raras. Aproximadamente en dos meses recogí por lo menos 700 especies de escarabajos, gran parte bastante nuevos, y entre ellos había 130 clases diferentes de elegantes longicornios (*Cerambycidae*), tan apreciados por los coleccionistas. Casi todos fueron recogidos en un mismo retazo de jungla de no más de tres kilómetros cuadrados de superficie; en mis consecutivos viajes al Oriente pocas veces encontré un lugar tan productivo. No cabe duda de que esta abundancia se debía en parte a algunas condiciones favorables de suelo, clima y vegetación y a la estación del año, muy luminosa y soleada, con suficientes chubascos para que todo se mantuviera fresco. Pero estoy seguro de que también dependía en gran medida de la labor de los leñadores chinos. Llevaban varios años trabajando en el lugar y durante todo ese tiempo lo abastecieron continuamente de hojas secas y marchitas, cortezas de árboles y abundante aserrín de los que se alimentaban los insectos y sus larvas. La consecuencia era la acumulación de una gran variedad de especies

en un espacio limitado, y fui el primer naturalista en llegar a recolectar la cosecha que ellos habían preparado. En el mismo lugar, y durante mis paseos en otras direcciones, obtuve una buena colección de mariposas y de otros órdenes de insectos, así que estaba bastante satisfecho de mis primeros intentos en la adquisición de conocimientos sobre la historia natural del archipiélago malayo.

IX. MALACA Y EL MONTE OFIR

(Julio-septiembre, 1854)

COMO en Singapur escaseaban las aves y muchas otras clases de animales, en julio partí a Malaca, donde pasé más de dos meses en el interior, e hice una excursión al monte Ofir. La vieja y pintoresca ciudad de Malaca está apiñada a lo largo de las orillas del pequeño río y consiste en calles estrechas con tiendas y viviendas que ocupan los descendientes de portugueses y los chinos. En los suburbios están las casas de los funcionarios ingleses y de unos pocos comerciantes portugueses, incrustadas entre arboledas de palmeras y árboles frutales, cuyo variado y hermoso follaje es un placentero descanso para la vista y proporciona una sombra agradable.

El antiguo fuerte, el gran palacio del gobierno y las ruinas de una catedral atestiguan la riqueza e importancia del lugar en otros tiempos, pues fue centro comercial del Oriente con la categoría del Singapur de ahora. La descripción de Linschott que transcribo a continuación, escrita hace 270 años [en 1599], muestra admirablemente el cambio que ha sufrido la ciudad:

Malaca está habitada por portugueses y por nativos del país llamados malayos. Los portugueses tienen aquí una fortaleza como en Mozambique, y no hay otra en todas las Indias, después de las de Mozambique y Ormuz, en la que los oficiales desempeñen su deber mejor que en ésta. Este lugar es el mercado de toda la India, China, las Molucas y otras islas de alrededor, desde cuyos lugares, así como de Banda, Java, Sumatra, Siam, Pegu, Bengala, Coromandel y la India, arriban barcos que entran y parten sin cesar cargados de infinidad de mercancías. En este lugar habría un número mucho mayor de portugueses si no fuera por la inconveniencia e insalubridad del aire, que es nocivo no sólo para los extranjeros sino también para los nativos del lugar. De ahí que todo el que vive en el país pague el tributo de su salud y sufra de una enfermedad que hace caer la piel y el cabello. Los que se libran de ella lo consideran un milagro, lo cual es motivo de que muchos abandonen el país, mientras que el afán de lucro induce a otros a arriesgar su salud y a hacer lo posible por soportar esta atmósfera. Cuentan los nativos que, en su origen, esta ciudad era muy pequeña y al

principio, a causa de la insalubridad del aire, sólo había seis o siete pescadores que la habitaban. Pero el número aumentó al reunirse pescadores de Siam, Pegu y Bengala que llegaron a construir la ciudad y adoptaron un lenguaje peculiar extraído de los modos más elegantes de hablar de otras naciones, de manera que en la actualidad la lengua de los malayos es la más refinada, precisa y celebrada de todo el Oriente. A la ciudad se le dio el nombre de Malaca y, por lo adecuado de su emplazamiento, creció en poco tiempo hasta alcanzar tanta riqueza que no tiene nada que envidiar a las ciudades y regiones más poderosas de alrededor. Los nativos, tanto hombres como mujeres, son muy corteses, y tienen fama de ser los más hábiles en cumplidos ya que les agrada componer y recitar versos e historias de amor. Su lengua está en boga en todas las Indias, como el francés lo está aquí.

En la actualidad, sólo alguna vez entra en su puerto una embarcación de más de cien toneladas, y el comercio está totalmente reducido a unos pocos e insignificantes productos de la selva y a los frutos que los árboles plantados por los portugueses producen ahora para disfrute de los habitantes de Singapur. Aunque está bastante sometida a fiebres, en la actualidad no es considerada muy malsana.

La población de Malaca está formada por varias razas. Los ubicuos chinos tal vez son los más numerosos y mantienen sus modales, costumbres e idioma; los indígenas malayos les siguen en número y hablan la lengua franca del lugar. En tercer lugar están los descendientes de los portugueses, una raza mestiza, degradada y degenerada, pero que todavía conservan el uso de su lengua vernácula, aunque lamentablemente mutilada en su gramática; y después están los gobernantes ingleses y los descendientes de los holandeses, todos los cuales hablan inglés. El portugués que se habla en Malaca es un útil fenómeno filológico. Los verbos han perdido en su mayoría las conjugaciones y una sola forma sirve para todos los modos, tiempos, números y personas. *Eu vai* se utiliza para “yo voy”, “yo fui” o “yo iré”. También se ha desprovisto a los adjetivos de sus terminaciones en femenino y plural, de modo que la lengua queda reducida a una maravillosa simplicidad y, con la incorporación de unas cuantas palabras malayas, se vuelve bastante embrollada para quien sólo ha oído el lusitano puro.

En costumbres estos pueblos son tan variados como en su idioma. Los ingleses conservan su levita, chaleco y pantalón y los abominables sombrero y corbata; los portugueses se inclinan por una chaqueta ligera o, con mayor frecuencia, sólo camisa y pantalón; los malayos visten su chaqueta nacional y el *sarong* (una especie de jubón), con calzones anchos; mientras que los chinos no se apartan lo más mínimo de su vestimenta nacional, la cual es en verdad imposible mejorar para

un clima tropical en cuanto a comodidad o apariencia. El pantalón holgado y la impecable blusa blanca, medio camisa medio chaqueta, son exactamente lo que debería ser el vestido en estas latitudes.

Tomé dos portugueses a mi servicio para que me acompañaran al interior, uno como cocinero y otro para cazar y desollar pájaros, que es una buena ocupación en Malaca. Primero me quedé dos semanas en una población de nombre Gading, donde fui acomodado en la casa de unos chinos conversos con los que me recomendaron los misioneros jesuitas. La casa era una simple choza, pero estaba limpia y me instalé con bastante comodidad. Mis anfitriones estaban iniciando una plantación de pimienta y gambir, y en el vecindario había enormes lavaderos de estaño en donde trabajaban más de mil chinos. El estaño se obtiene en forma de granos negros de lechos de arena cuarzosa y se funde en lingotes en toscos hornos de arcilla. El suelo parecía pobre y la selva era muy tupida, con maleza y sin insectos; pero, pero por otro lado, las aves eran abundantes y fui introducido de inmediato a los ricos tesoros ornitológicos de la región malaya.

La primera vez que disparé mi arma le di a uno de los pájaros más raros y bellos de Malaca, el eurilaimo rojinegro (*Cymbirhynchus macrorhynchos*), llamado por los malayos “pájaro de la lluvia”. Tiene aproximadamente el tamaño de un estornino, negro y rojo intenso, con rayas blancas en los hombros y un pico muy grande y ancho del más puro azul cobalto en la parte superior y anaranjado en la inferior, en tanto que el iris es verde esmeralda. Cuando la piel se seca el pico se vuelve negro opaco, pero aun entonces el pájaro conserva su belleza. Recién muerto, el contraste entre el azul brillante y los intensos colores del plumaje es extraordinariamente llamativo y hermoso. Los preciosos trogones orientales, con sus lomos café intenso, las alas maravillosamente dibujadas y el pecho carmesí, fueron también fáciles de conseguir, lo mismo que barbudos grandes y verdes (*Megalaema versicolor*): pájaros fruteros, algo parecidos a tucanes pequeños, de pico corto, recto y erizado, cuya cabeza, lo mismo que el cuello, está jaspeada con manchones azul intenso y carmesí. Uno o dos días después mi cazador me trajo un espécimen del podargo verde (*Calyptomena viridis*), que es como un pequeño gallo de roca, pero de un verde muy vivo y delicadamente marcado en las alas con rayas negras. Día tras día me traían bellos carpinteros, alegres alciones, cuclillos verdes y pardos con la cabeza roja aterciopelada y picos verdes, palomas de pecho rojo y melifágidos de colores metálicos, lo cual me mantenía en un estado continuo de agradable excitación. Después de 15 días a uno de mis criados le dio fiebre y, al regresar a Malaca, atacó al otro la misma enfermedad y también a mí. Tomando quinina en cantidades pronto me recuperé, conseguí otros

hombres y fui a quedarme al *bungalow* del gobierno en Ayer-panas acompañado de un joven, nativo del lugar, al que le gustaba la historia natural.

En Ayer-panas disponíamos de una casa confortable en la que nos quedamos y de mucho espacio para secar y conservar nuestros especímenes; pero, debido a la inexistencia de chinos industriosos que talaran árboles en el lugar, los insectos eran escasos en comparación, excepto las mariposas, de las que formé una colección muy hermosa. La manera en que obtuve un bello insecto fue interesante e indica cuán imperfecta y fragmentaria ha de ser por necesidad la colección de un viajero. Paseaba una tarde por uno de los caminos favoritos de la selva con mi escopeta cuando vi una mariposa posada en el suelo. Era grande, bella y del todo nueva para mí; me acerqué antes de que emprendiera el vuelo. Entonces observé que estaba posada en el excremento de algún animal carnívoro. Con la idea de que podía regresar al mismo lugar, al día siguiente después del desayuno tomé la red y, cuando me acercaba al lugar, tuve la satisfacción de ver a la misma mariposa posada en el mismo excremento y logré capturarla. Era una especie completamente nueva de gran belleza y Hewitson la ha denominado *Nymphalis calydonia*. No volví a ver otro ejemplar y sólo después de transcurridos 12 años supe de un segundo espécimen capturado en la parte noroccidental de Borneo.

Decididos a visitar el monte Ofir, situado en medio de la península y a unos 80 kilómetros y medio al este de Malaca, contratamos a seis malayos para que nos acompañaran y llevaran nuestro equipaje. Como teníamos intención de quedarnos por lo menos una semana en la montaña, llevamos buenas provisiones de arroz, bizcocho, mantequilla y café, un poco de pescado seco y algo de aguardiente, cobijas, una muda de ropa, cajas para insectos y aves, redes, armas y municiones. Se suponía que la distancia desde Ayer-panas era de unos 48 kilómetros. Nuestro primer día de marcha transcurrió a través de claros de selva y aldeas malayas y fue bastante agradable. Por la noche dormimos en casa de un jefe malayo que nos prestó su veranda y nos regaló un ave y unos cuantos huevos. Al día siguiente, el camino fue más agreste y montañoso. Atravesamos extensas selvas por brechas, muchas con lodo hasta las rodillas y muy molestos por las sanguijuelas de las que tiene reputación la zona. Estas pequeñas criaturas infestan las hojas y las hierbas junto a los caminos y, cuando un transeúnte pasa, se estiran a lo largo y al tocar alguna parte de la ropa o del cuerpo se desprenden de la hoja y se adhieren a él. Entonces trepan por los pies, piernas o cualquier otra parte del cuerpo y chupan hasta hartarse porque raras veces se siente la primera picadura con la excitación de la caminata. Al bañarnos en la tarde, encontrábamos generalmente media o una docena, la mayoría de las veces en las piernas pero a veces

en el cuerpo; yo hallé una que había chupado su dosis en mi cuello pero afortunadamente no encontró la vena yugular. Existen muchas especies de estas sanguijuelas de selva. Todas son pequeñas pero algunas están preciosamente marcadas con rayas de un amarillo intenso. Probablemente se adhieren a venados u otros animales que frecuentan las brechas de la selva y así han adquirido la particular costumbre de estirarse al escuchar el sonido de una pisada o de un roce en el follaje. Al comienzo de la tarde llegamos al pie de la montaña y acampamos junto a un bonito arroyo cuyas orillas estaban sobrepobladas de helechos. En estos parajes el malayo más viejo de la expedición solía cazar pájaros para los mercaderes de Malaca y había estado en la cima de la montaña, así que, mientras nos entreteníamos disparando y cazando insectos, él fue con otros dos a allanar el camino para nuestro ascenso.

Al día siguiente, temprano, después del desayuno, emprendimos el camino acarreando cobijas y provisiones porque pensábamos pasar la noche en la cumbre. Luego de atravesar una pequeña e intrincada selva y espesuras pantanosas a



FIGURA IX.1. *Helechos raros del monte Ofir. Dibujado en madera por Fitch, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

través de las que nuestros hombres habían abierto un sendero, salimos a una selva de maleza bella y alta, y bastante despejada, en la que caminamos sin tropiezos. Ascendimos varios kilómetros con paso firme por una subida no muy empinada con una escarpada barranca a nuestro lado izquierdo. Después encontramos una plataforma llana tras la que el ascenso fue más empinado y la selva más tupida hasta que salimos al *Padang-batu*, o “campo de piedras”, lugar del que habíamos oído hablar mucho pero no habíamos encontrado a nadie que nos lo pudiera describir de modo inteligible. Era una ladera escarpada de roca lisa que se extendía por toda la montaña mucho más allá de lo que alcanzábamos a ver. Tenía partes bastantes ralas pero en las grietas y hendiduras crecía una vegetación muy exuberante y las plantas de hojas de cántaro o utriculares eran las que más sobresalían. Estas maravillosas plantas nunca se dan bien en nuestros invernaderos y se ven poco desarrolladas. Aquí crecen como arbustos semitrepadores, con sus originales canastos de varios tamaños y formas colgando en abundancia de sus hojas y excitando continuamente nuestra admiración por su tamaño y belleza. Aparecieron por primera vez unas cuantas coníferas del género *Dacrydium* y en las espesuras que había encima de la superficie rocosa caminamos a través de arboledas de los espléndidos helechos *Dipteris horsfieldii* y *Matonia pectinata*, que sostienen grandes y extensas frondas palmeadas en sus esbeltos tallos de dos a dos y medio metros de altura. El *Matonia* es el más alto y elegante, sólo se da en esta montaña y no ha sido introducido hasta la fecha en nuestros invernaderos.

Fue muy sorprendente salir de la oscura, fresca y umbría selva por la que habíamos subido desde el principio y aparecer en esta loma rocosa caliente y abierta. Parecía que en un solo paso habíamos llegado de una vegetación de tierra baja a otra alpina. La altura, medida con un simpiezómetro, era aproximadamente de 850 metros. Nos habían dicho que en el Padangbatu encontraríamos agua, pero la buscamos en vano. Estábamos sumamente sedientos y finalmente recurrimos a las plantas de cántaro, pero el agua que contenían los canastos, una media pinta cada uno, estaba plagada de insectos y era poco apetecible. Cuando la probamos nos resultó sin embargo muy agradable al paladar, aunque bastante caliente, y todos mitigamos la sed con estos jugos naturales. Más adelante llegamos de nuevo a la selva, pero esta vez más enana y achaparrada que la anterior, y, pasando alternativamente por lomas y descendiendo por valles, llegamos a un pico separado de la verdadera cima de la montaña por una grieta considerable. Allí nuestros cargadores se rindieron y declararon que no podían seguir adelante con los fardos, y era cierto que la subida al pico más alto era muy escarpada. Pero en el lugar en que estábamos no había agua, aunque sabíamos de la existencia de un

manantial cerca de la cumbre, así que decidimos continuar sin ellos y llevar lo estrictamente necesario. Tomamos una cobija cada uno, nos dividimos la comida y otros artículos entre nosotros y continuamos sólo con el viejo malayo y su hijo.

Después de descender a la depresión entre las dos cimas el ascenso nos resultó trabajoso, porque la pendiente era tan empinada que muchas veces fue necesario treparla a gatas. El suelo estaba cubierto, además de por una vegetación de arbustos, de musgos sobre una capa de hojas marchitas y roca escarpada y nos tardamos una fatigosa hora en trepar hasta la pequeña cornisa que se encontraba justo debajo de la cima, donde un saliente de roca forma un refugio adecuado y una pequeña cavidad recoge el agua que escurre. Allí descargamos nuestros fardos y en unos cuantos minutos más estábamos en la cima del monte Ofir, a 1 220 metros de altitud sobre el nivel del mar. La cima es una pequeña plataforma rocosa cubierta de rododendros y otros arbustos. La tarde estaba clara y se podían ver a lo lejos las cadenas de colinas y valles cubiertas por todas partes de una selva interminable, con resplandecientes arroyos que serpenteaban entre ellas. Visto a distancia el territorio de selva es muy monótono, y ninguna de las montañas a las que he subido en los trópicos ofrece un panorama igual al que se ve desde Snowdon, las vistas panorámicas en Suiza son inmensamente superiores. Al hervir el café tomé medidas del punto de ebullición con un buen termómetro y también con un simpiezómetro, y después disfrutamos de nuestra cena y de la noble panorámica que se extendía ante nosotros. La noche era tranquila y apacible. Después de hacer una cama con ramas y troncos sobre la que extendimos las cobijas, pasamos una noche muy cómoda. Después de tomarse un descanso los cargadores nos siguieron; sólo cargaban arroz y afortunadamente no tuvimos necesidad del equipaje que dejaron tras ellos. En la mañana cacé unas cuantas mariposas y escarabajos y mi amigo consiguió unos cuantos caracoles de tierra; después descendimos del Padang-batu con algunos ejemplares de helechos y de hojas de cántaro.

Como el lugar donde habíamos acampado al principio al pie de la montaña era muy lóbrego, escogimos otro en una especie de pantano cerca de un arroyo sobrepoblado de plantas cingiberáceas en el que se podía hacer un claro con facilidad. Allí nuestros hombres construyeron dos pequeños cobertizos sin protección a los lados que sólo nos guarecían de la lluvia y vivimos en ellos una semana, cazando insectos, disparando y vagando por las selvas al pie de la montaña. Ésta era la tierra del gran faisán argus y oíamos continuamente su canto. Cuando le pedí al viejo malayo que intentara cazarme uno me contestó que, a pesar de que llevaba veinte años disparando a las aves de estas selvas, nunca había logrado atinarle a un faisán y sólo los había visto después de capturados. Es un ave tan tímida

y cauta y corre por el suelo en las partes más recónditas de la selva con tal rapidez que es imposible acercarse a ella. Sus sobrios colores y manchas en formas de ojos, que tan decorativas son cuando las vemos en un museo, deben armonizar muy bien con la hojarasca entre la que habita y que la hace casi invisible. Todos los ejemplares que se venden en Malaca han sido capturados en cepos y mi informante, aunque no había cazado ninguna, había capturado muchas en trampas.

Aquí aún hay tigres y rinocerontes y hace algunos años abundaban los elefantes, pero últimamente han desaparecido. Encontramos montones de excremento que parecían de elefante y rastros de rinoceronte, pero no vimos ninguno. No obstante, manteníamos una hoguera encendida toda la noche en caso de que alguna de esas criaturas nos visitara; aun así, dos de nuestros hombres declararon un día haber visto un rinoceronte. Cuando nos acabamos el arroz y las cajas ya estaban llenas de ejemplares, regresamos a Ayer-panas y unos cuantos días después continuamos hasta Malaca y de allí a Singapur. El monte Ofir tiene mala fama de fiebres y todos nuestros amigos se asombraron de lo temerarios que habíamos sido quedándonos tanto tiempo al pie de la montaña; pero ninguno de nosotros sufrió lo más mínimo y siempre recordaré con gusto mi viaje porque fue mi introducción a un paisaje de montañas en los trópicos orientales.

La brevedad y lo escueto del esbozo que acabo de ofrecer sobre mi visita a Singapur y a la península malaya se debe a que confíé básicamente en algunas cartas personales y en un cuaderno de notas que se perdió. También en un texto sobre Malaca y el monte Ofir que se envió a la Royal Geographical Society pero que no se leyó en público ni se imprimió debido a la falta de tiempo al final de la sesión. Con todo, no lo lamento porque se ha escrito mucho sobre estas partes, y siempre traté de pasar someramente el tema de mis viajes a las partes occidentales y más conocidas del archipiélago para extenderme más sobre las zonas remotas, acerca de las que casi no se ha escrito en lengua inglesa.

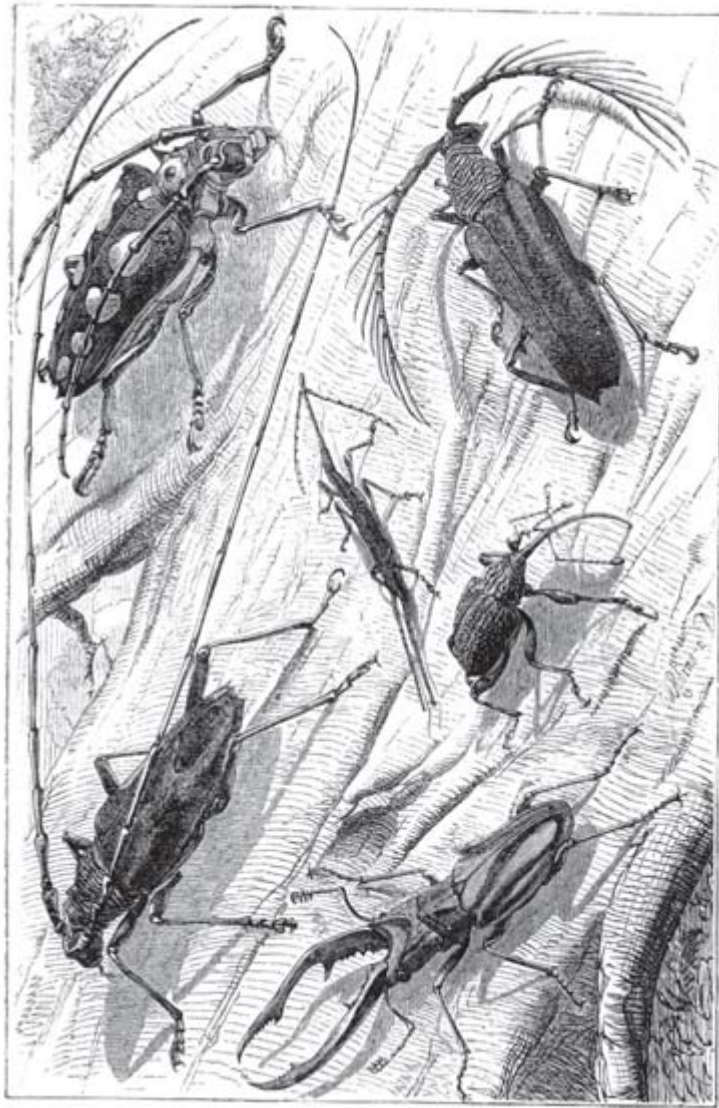
X. BORNEO

El orangután

LLEGUÉ a Sarawak el 1° de noviembre de 1854 y partí el 25 de enero de 1856. En el intervalo residí en muchas localidades diferentes y vi bastantes tribus dayaks así como malayos de Borneo. Fui invitado hospitalariamente por sir James Brooke y me hospedé en su casa cuando estuve en la ciudad de Sarawak entre un viaje y otro. Pero se han escrito tantos libros sobre esta parte de Borneo desde que estuve allí que evitaré entrar en detalles de lo que vi, oí y pensé de Sarawak y su gobernante. Me limitaré básicamente a mis experiencias como naturalista en busca de conchas, insectos, aves y del orangután, y a relatar un viaje por una parte del interior muy poco visitada por los europeos.

Los cuatro primeros meses de mi visita los pasé en varias partes del río Sarawak, desde Santubong, en la desembocadura, hasta las pintorescas montañas calizas y los campos de oro chinos de Bow y Bedé. Esta parte del país ha sido descrita tantas veces que la pasaré por alto, en especial porque, por estar en plena estación húmeda, mis colecciones fueron comparativamente escasas e insignificantes.

En marzo de 1855 decidí ir a las minas de carbón que estaban abriendo cerca del río Simunjon, un pequeño afluente del Sadong, situado al este de Sarawak y que se encuentra entre esta población y el Batang-Lupar. El Simunjon entra en el río Sadong a unos 32 kilómetros curso arriba. Es muy estrecho y sinuoso y está casi oculto por la alta selva, que en ocasiones casi confunde su ramaje por encima de su curso. Todo el territorio entre el río y el mar es una zona pantanosa completamente llana y cubierta de selva en la que sobresalen unas cuantas colinas aisladas y al pie de una de ellas están las minas. Desde el lugar de desembarco hasta la colina, los dayaks han construido un camino que consiste sólo en troncos de árbol extendidos de un extremo a otro. Los nativos caminan por ellos con los pies descalzos y cargan pesados fardos con la mayor facilidad, pero para un europeo con botas es muy resbaladizo, y como los múltiples objetos de interés llaman constantemente la atención, son casi inevitables unas cuantas caídas en la ciénaga. En mi primer paseo por este camino vi pocos insectos y aves, pero observé algunas orquídeas en flor muy bellas del género *Coelogyne*, grupo que después descubrí que era muy abundante y característico de la zona. En la vertiente de la colina



<i>Neocerambyx aeneus</i>	<i>Diurus furcellatus</i>	<i>Megacriodes saundersii</i>
<i>Cladognathus tarandus</i>	<i>Ectatorhinus wallacei</i>	<i>Cyrtopalpus wallacei</i>

FIGURA X.1. Escarabajos extraordinarios encontrados en Simunjon, Borneo. Dibujado en madera por E. W. Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

y cerca del pie de la misma, había un claro en la selva con unas cuantas casas bastante toscas en las que residían Coulson, el ingeniero, y unos cuantos trabajadores chinos. A mi llegada fui amablemente alojado en casa de Coulson, pero, como encontré el lugar muy adecuado para mis fines ya que me ofrecía grandes facilidades para recolectar especímenes, me hice construir una pequeña vivienda con dos habitaciones y una veranda. Permanecí allí casi nueve meses y recogí una gran cantidad de insectos, animales a los que dediqué mi principal atención porque las circunstancias eran especialmente favorables.

En los trópicos, una gran proporción de insectos de todos los órdenes y, en especial, del gran grupo predilecto de los escarabajos depende más o menos de la vegetación y en particular de la madera, de la corteza de árbol y de hojas en diversas etapas de descomposición. En la intacta selva virgen, los insectos que frecuentan estos sitios se esparcen por una inmensa extensión de territorio, en lugares en los que hay árboles caídos por la edad o la putrefacción o que han sucumbido a la furia de las tormentas; en 50 kilómetros cuadrados de territorio tal vez no haya tantos árboles caídos y en descomposición como en un pequeño claro de selva. La cantidad y la variedad de escarabajos y de muchos otros insectos que se pueden recolectar en un momento dado en cualquier localidad tropical dependerán, en primer lugar, de la cercanía inmediata de una gran extensión de selva virgen y, en segundo, de la cantidad de árboles que hayan cortado y sigan cortando en los últimos meses y se hayan dejado secar y pudrir en el suelo. Ahora bien, durante mis 12 años de recolección en los trópicos orientales y occidentales nunca había disfrutado de tantas ventajas al respecto como en las minas de carbón de Simunjon. Durante varios meses, de unos 20 a 50 chinos y dayaks trabajaron casi exclusivamente en hacer un gran claro en la selva y en formar una gran abertura para el paso del ferrocarril hasta el río Sadong, a poco más de tres kilómetros de distancia. Además instalaron aserraderos en diversos puntos de la selva y tumbaron muchos árboles para hacer vigas y tablones de madera. Cientos de kilómetros en todas direcciones se extendía una magnífica selva sobre llanura y montaña, roca y cenagal, y yo llegué al lugar cuando la estación de lluvias comenzaba a amainar y se prolongaba cada día la luz del sol, época que siempre me ha parecido la más favorable para la recolección. Las aberturas, los lugares con sol y las sendas atraían también a avispas y mariposas, y como ofrecí un centavo por cada insecto que me trajeran, obtuve de dayaks y chinos muchas y hermosas langostas y *Phasmidae*, así como un gran número de preciosos escarabajos.

Llegué a las minas el 14 de marzo, durante los cuatro meses anteriores había recogido 320 diferentes tipos de escarabajos, y, en menos de quince días, ya

había duplicado el número con un promedio de unas 24 especies nuevas por día. Llegué a reunir en un día 76 tipos diferentes, y de éstos, 34 eran nuevos para mí. A fines de abril tenía más de mil especies y después continuaron incrementándose a ritmo más lento. En Borneo conseguí en total unos dos mil tipos diferentes, todos los cuales, excepto un centenar, los recogí en una superficie de terreno no muy superior a tres kilómetros cuadrados. Los grupos de escarabajos más interesantes y numerosos fueron los longicornios y los *Rhynchophora*, que se alimentan principalmente de madera. Los primeros, caracterizados por sus elegantes formas y antenas largas, eran especialmente numerosos, alcanzando hasta casi trescientas especies, y de éstas, nueve décimas partes eran totalmente nuevas y muchas notables por su gran tamaño, extrañas formas y hermoso colorido. Los segundos corresponden a nuestros gorgojos y grupos afines, y en los trópicos son sumamente abundantes y variados. Se trepan con frecuencia a los troncos en descomposición, de modo que a veces conseguía 50 o 60 clases diferentes en un día. Mis colecciones de este grupo, procedentes de Borneo, superaron las 500 especies.

Mi colección de mariposas no era extensa, pero conseguí algunos ejemplares poco conocidos y muy bellos. La más extraordinaria fue la *Ornithoptera brookeana*, una de las especies más elegantes que se conozcan. Esta bella criatura tiene alas muy largas y puntiagudas y parece casi una palomilla esfinge de forma. Es de un negro aterciopelado y profundo, con una franja curva de manchas de color verde metálico que se extiende de un extremo a otro de las alas; cada mancha tiene exactamente la forma de una pequeña pluma triangular y tiene un efecto muy parecido al de una hilera del ala del trogón mexicano sobre un fondo de terciopelo negro. Las únicas marcas más son un ancho collar de un vivo carmesí y unos cuantos toques blancos y delicados en el margen exterior de las alas posteriores. Esta especie, que entonces era bastante nueva y a la que yo denominé como James Brooke, era muy rara. En ocasiones se la veía volar velozmente en los claros y de vez en cuando posarse un instante en lodazales y lugares cenagosos, de modo que sólo logré capturar dos o tres ejemplares. Me afirmaron que abundaba en otras partes del territorio y que se habían enviado a Inglaterra un buen número de ejemplares, pero hasta ahora todos machos, y por tanto no podemos conjeturar cómo es la hembra debido al aislamiento extremo de la especie y a la falta de una estrecha afinidad con cualquier otro insecto conocido.¹

Uno de los reptiles más raros e interesantes de los que encontré en Borneo fue una gran rana de árbol que me trajo uno de los trabajadores chinos. Me ase-

¹ Desde entonces se han capturado bastantes hembras. Se parecen al macho, pero tienen más color blanco y el resto de sus colores son menos vivos.

guré que la había visto descender en dirección oblicua desde un árbol alto como si volara. Al examinarla, vi que los dedos eran muy largos y palmeados hasta los extremos, de modo que, cuando se extendían, cubrían una superficie mucho mayor que la del cuerpo. Las extremidades anteriores también estaban bordeadas por una membrana y el cuerpo podía alcanzar una hinchazón considerable. El dorso y los miembros eran verde oscuro y brillante, la parte inferior del cuerpo y de los dedos amarilla, en tanto que las membranas palmeadas eran negras con rayas amarillas. El cuerpo tenía unos 10 centímetros de largo. Las membranas de cada pata posterior, cuando estaban totalmente extendidas, cubrían una superficie de 10 centímetros cuadrados, y las membranas de todas las patas desplegadas ocupaban unos 30 centímetros cuadrados. Los extremos de los dedos tienen discos dilatados para adherirse, lo cual muestra que la criatura es una verdadera rana de árbol, y es difícil imaginar que esta inmensa membrana de los dedos pueda tener sólo como objeto capacitarla para nadar. Por lo tanto, el relato del chino que la vio volar desde el árbol es más plausible. Éste es, en mi opinión, el primer caso conocido de “rana voladora” y es muy interesante para los darwinianos, ya que demuestra que la variabilidad de los dedos, que han sufrido modificaciones para nadar y trepar, se ha aprovechado para capacitar a una especie afín a atravesar el aire como el lagarto volador. Parece ser una nueva especie del género *Rhacophorus*, que consiste en ranas de tamaño mucho menor que ésta y con las membranas palmeadas de las patas menos desarrolladas.

Durante mi estancia en Borneo no dispuse de un cazador que trabajara con regularidad para mí, y como yo estaba totalmente ocupado con los insectos no pude formar una buena colección de aves y mamíferos, muchos de los cuales, no obstante, ya se conocen, pues son idénticos a las especies que se encuentran en Malaca. Entre los mamíferos había cinco ardillas, dos gatos monteses, el *Gymnurus rafflesii*, que parece un cruce de cerdo y mofeta, y el *Cynogale bennettii*, extraño animal parecido a la nutria con un hocico muy ancho revestido de largas cerdas.

Uno de los objetivos principales de mi estancia en Simunjon era ver al orangután —o gran simio de Borneo de aspecto humano— en sus guaridas nativas, estudiar sus costumbres y obtener buenos ejemplares de las diferentes variedades y especies de ambos sexos, jóvenes y adultos. Rebasé todos estos objetivos más allá de mis expectativas, y paso ahora a relatar mis experiencias en la caza del orangután o *mias*, como lo llaman los indígenas. Por la brevedad del nombre y su fácil pronunciación, es el que utilizaré con preferencia al de *Simia satyrus* u orangután.



FIGURA X.2. *Rana voladora*. Dibujado en madera por Keulemans.
Internet Archive Book Images, sin restricciones, vía Wikimedia Commons.

Sólo una semana después de mi llegada a las minas vi por primera vez un mias. Estaba buscando insectos a unos 400 metros de distancia de la casa cuando oí un susurro en un árbol cercano y, al alzar la vista, vi un gran animal de pelambre rojiza que se desplazaba lentamente colgándose de las ramas. Fue pasando de un árbol a otro hasta que se perdió en la selva, y ésta era tan pantanosa que no pude seguirlo. Sin embargo, esta manera de avanzar era muy poco habitual y es más característica de los *Hylobates* que del *Orang*. Yo supongo que este animal tenía alguna peculiaridad individual o bien el tipo de árboles que había en ese lugar hacía que fuera el modo más fácil de avanzar.

Aproximadamente dos semanas después me enteré de que había un mias comiendo en un árbol de la ciénaga que se encontraba justo debajo de la casa, tomé mi escopeta y me dirigí hacia allá con la suerte de que lo encontré en el mismo lugar. En cuanto me acerqué trató de ocultarse entre el follaje, pero disparé y el segundo tiro lo derribó casi muerto ya que las dos balas le habían entrado en el cuerpo. Era un macho, no del todo desarrollado y de apenas un metro de altura. El 26 de abril estaba cazando con dos dayaks cuando encontramos otro de



FIGURA X.3. *Orangután hembra. Dibujado en madera por Wolf, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

aproximadamente el mismo tamaño. Cayó al primer disparo, pero no parecía malherido porque inmediatamente volvió a trepar al árbol más cercano; volví a disparar y cayó de nuevo con un brazo roto y una herida en el cuerpo. Los dos dayaks corrieron de inmediato hacia él y lo agarraron fuertemente uno de cada mano mientras me pedían que cortara una rama para atraparlo bien. Pero aunque tenía un brazo roto y no era un animal desarrollado del todo, tenía demasiada fuerza para estos dos jóvenes salvajes y los jalaba acercándoselos a la boca a pesar de todos los esfuerzos que hacían por resistir, de modo que se vieron obligados a soltarlo para que no los mordiera gravemente. El mias empezó a trepar al árbol de nuevo y, para evitar complicaciones, le disparé al corazón.

El 2 de mayo encontré otro en un árbol muy alto cuando sólo llevaba conmigo una pequeña arma de calibre .80. Pero le disparé y, al verme, comenzó a aullar con una extraña voz parecida a una tos y se mostró muy furioso, rompiendo ramas con las manos y lanzándolas al suelo, cuando de pronto desapareció por las copas de los árboles. No intenté perseguirlo ya que era un terreno muy pantanoso, en algunas partes peligroso, y era fácil extraviarme en el anhelo de la persecución.

El 12 de mayo encontré otro que se comportó de modo muy parecido en sus aullidos y gritos furiosos, lanzándome ramas. Le disparé cinco veces y quedó

muerto arriba del árbol, sostenido en una horquilla que formaban las ramas de tal modo que era evidente que no iba a caer. Regresé a casa y por suerte encontré a algunos dayaks que vinieron conmigo y subieron al árbol para bajar al animal. Era el primer ejemplar plenamente desarrollado que obtenía pero era una hembra, ni mucho menos tan grande y notable como los machos adultos. No obstante, tenía casi un metro de altura y los brazos extendidos medían 1.98 metros de largo. Conservé la piel de este ejemplar en un barril de arrack y recompuse un esqueleto perfecto que después adquirió el museo de Derby.

Sólo cuatro días después, unos dayaks vieron otro mias cerca del mismo lugar y vinieron a avisarme. Era un ejemplar bastante grande y estaba a mucha altura en un árbol. Al segundo disparo cayó rodando pero se levantó casi de inmediato y empezó a trepar de nuevo. Al tercer disparo cayó muerto. Era también una hembra adulta, y cuando nos preparábamos para llevarla a casa encontramos otro muy joven tendido boca abajo en el pantano. Este pequeño ser tenía sólo unos 30 centímetros de longitud y evidentemente estaba asido a su madre la primera vez que ésta cayó. Por fortuna no parecía herido y, después de limpiarle el lodo que tenía en la boca, empezó a gritar y parecía bastante fuerte y activo. Cuando lo llevábamos a casa me agarraba la barba con las manos y se aferraba tan enérgicamente que tuve dificultades para librarme de él, porque habitualmente tienen los dedos doblados hacia adentro en la última articulación, de modo que forman unos ganchos perfectos. No tenía ni un solo diente pero unos días después le aparecieron los dos incisivos de la parte inferior. Por desgracia no disponía de leche para alimentarlo porque ni los malayos ni los chinos ni tampoco los dayaks consumen ese alimento; pregunté en vano por algún animal hembra que pudiera amamantar a mi pequeña criatura. Me vi obligado a darle agua de arroz en una botella con una canilla en el corcho y después de bastantes complicaciones aprendió a chupar bastante bien. Era una dieta muy precaria y la pequeña criatura no prosperaba muy bien con ella a pesar de que algunas veces le ponía azúcar y leche de coco para que fuera más nutritiva. Cuando le ponía el dedo en la boca lo chupaba con gran energía hundiendo las mejillas con todas sus fuerzas en un vano esfuerzo por extraer algo de leche; sólo después de insistir un largo rato renunciaba a ello con enojo y lanzaba un alarido muy parecido al de un niño en circunstancias similares.

Cuando lo agarraba o alimentaba estaba muy tranquilo y contento, pero cuando lo dejaba acostado invariablemente lloraba, y las primeras noches estuvo muy inquieto y llorón. Adapté una caja a modo de cuna con una estera blanda para acostarlo sobre ella, que se lavaba y cambiaba cada día; pronto vi que era neces-

rio lavar también al pequeño mias. Después de hacerlo unas cuantas veces le empezó a gustar la operación y, en cuanto estaba sucio, comenzaba a llorar sin parar hasta que lo sacaba y lo llevaba al caño de agua, momento en el que se callaba de inmediato, aunque retrocedía un poco al primer chorro de agua fría y hacía muecas ridículas cuando le caía en la cabeza. Disfrutaba mucho de que lo secaran y frotaran y cuando le cepillaba el pelo parecía totalmente feliz; permanecía acostado sin moverse con los brazos y las piernas extendidos mientras le cepillaba a fondo el largo pelo del lomo y los brazos. Los primeros días se aferraba desesperadamente con las cuatro patas a cualquier cosa que pudiera agarrar y yo tenía que tener cuidado de que mi barba no estuviera a su alcance, porque sus dedos se asían del pelo con más tenacidad que de cualquier otra cosa y no me podía deshacer de él sin ayuda. Cuando estaba inquieto se debatía con las manos en alto y trataba de encontrar algo a lo que agarrarse, y cuando tenía un pedazo de palo o un trapo en dos o tres de sus patas parecía bastante contento. A falta de algo más, muchas veces se agarraba sus propios pies y después de un rato cruzaba constantemente los brazos y se agarraba con cada mano el largo pelo que le crecía en el hombro opuesto. Pronto disminuyó la gran tenacidad de su modo de agarrarse y tuve que inventar algún medio para que ejercitara y fortaleciera sus miembros. Hice con este fin una corta escalera de mano de tres o cuatro peldaños sobre la que lo colgaba un cuarto de hora cada vez. Al principio parecía muy complacido pero no podía poner las cuatro patas en una posición cómoda y, después de cambiar varias veces de postura, se quedaba colgado de una sola mano hasta que se dejaba caer al suelo. A veces, cuando colgaba sólo de dos manos, soltaba una y la cruzaba al hombro opuesto agarrándose el pelo. Como esto parecía ser mucho más agradable que el barrote, acababa soltando la otra mano y se caía al suelo; se cruzaba de brazos y se quedaba tumbado boca arriba bastante satisfecho sin que pareciera que se lastimara en sus múltiples caídas. Como parecía que le gustaba tanto el pelo, traté de hacerle una madre artificial envolviendo un fardo con un pedazo de piel de búfalo y lo colgué a unos 30 centímetros del suelo. Al principio funcionó de maravilla, ya que podía extender sus piernas y encontrar siempre algo de pelo al que se aferraba con la mayor tenacidad. Tenía, pues, esperanzas de haber hecho al pequeño huérfano algo feliz; y así pareció durante algún tiempo hasta que empezó a recordar a su perdida madre y trató de mamar. Se agarraba lo más cerca posible de la piel y trataba de encontrar por todas partes algún lugar conveniente, pero como sólo conseguía mordiscos de pelo y lana se disgustaba mucho y aullaba violentamente hasta que después de dos o tres intentos lo dejaba estar. Un día tragó un poco de lana y pensé que se iba a ahogar, pero des-

pués de muchas convulsiones se recuperó. Tuve que deshacer la imitación de madre y renunciar a este último intento de ejercitar a la pequeña criatura.

Después de la primera semana me di cuenta de que podía alimentarlo mejor con una cuchara y darle alimentos un poco más variados y sólidos. Bizcochos empapados con huevo y azúcar y a veces batata, que comía con gran facilidad. Era una diversión infalible observar los curiosos cambios de semblante con los que expresaba aprobación o disgusto por lo que se le daba. El pobrecito se lamía, sumía las mejillas y ponía los ojos en blanco, expresando la más suprema satisfacción cuando recibía un bocado que le gustaba en especial. Por otra parte, cuando el alimento no era lo bastante dulce o sabroso, le daba vueltas al bocado dentro de la boca con la lengua como si tratara de extraer el sabor que tenía, después lo sacaba y lo dejaba entre los labios. Si se seguía dándole la misma comida, lanzaba un alarido y pateaba violentamente igual que un niño en un ataque de ira.

Después de haber tenido al pequeño mias tres semanas, afortunadamente encontré un mono joven de labio superior hendido (*Macacus cynomolgus*) que, aunque pequeño, era muy activo y se alimentaba solo. Lo puse en la misma caja que al mias e inmediatamente se hicieron excelentes amigos, sin que mostraran el menor temor uno por el otro. El pequeño mono se sentaba sobre la panza del otro o hasta en su cara sin la menor consideración. Cuando alimentaba al mias, el mono se sentaba junto a mí y recogía toda la comida que caía y a veces alargaba la mano para interceptar la cuchara. En cuanto yo acababa, él recogía todo lo que le quedaba pegado en los labios al mias y después le abría la boca para ver si todavía le quedaba algo dentro. Después se acostaba sobre la panza de la pobre criatura como en un cómodo cojín. El pequeño e indefenso mias se sometía a todos estos insultos con ejemplar paciencia, contento de tener algo caliente cerca de él a lo que se podía abrazar cariñosamente. Pero algunas veces se vengaba y, cuando el mono se quería alejar, el mias lo retenía todo el tiempo que podía por la piel de la espalda o por la cabeza o la cola y sólo después de muchos y enérgicos brincos el mono podía escapar.

Era curioso observar los diferentes actos de estos dos animales entre los que no podía haber mucha diferencia de edad. El mias, como un bebé muy chico, acostado boca arriba y bastante indefenso, rodaba perezosamente de un lado a otro, extendía sus cuatro patas al aire queriendo agarrarse a algo, pero apenas era capaz de dirigir sus dedos hacia un objeto concreto; cuando tenía hambre, abría la boca casi desdentada y expresaba sus necesidades con un chillido infantil. El pequeño mono, por otra parte, estaba en movimiento constante; corría y brincaba adonde quería, examinaba todo lo que había alrededor, agarraba los objetos

más pequeños con la mayor precisión, se columpiaba en el borde de la caja o trepaba por un palo y se procuraba cualquier cosa comestible que encontrara en su camino. Difícilmente podía haber un contraste mayor, y el bebé mias parecía todavía más indefenso en comparación.

Cuando lo había tenido cerca de un mes, comenzó a mostrar señales de saber desplazarse solo. Cuando se acostaba en el suelo, se empujaba con las piernas o rodaba y así conseguía avanzar con dificultad. Cuando estaba acostado en la caja, se alzaba hasta el borde en posición casi erecta y una o dos veces logró caer hacia fuera. Cuando estaba sucio o con hambre o simplemente abandonado, gritaba violentamente hasta que se le atendía, emitiendo un sonido parecido a una tos o a un bombeo, muy similar al que hace el animal adulto. Si no había nadie en la casa o no se atendía a sus llantos, después de un rato se callaba, pero en cuanto oía pasos comenzaba de nuevo más fuerte que nunca.

Después de cinco semanas le salieron los dos dientes frontales de la parte superior, pero en todo este tiempo no había crecido nada y seguía teniendo el mismo tamaño y peso que cuando lo encontramos. No cabe duda de que esto se debía a la falta de leche o de otro alimento igualmente nutritivo. Agua de arroz, arroz y bizcochos no eran más que precarios sustitutos, y la leche exprimida de coco que a veces le daba no le sentaba muy bien al estómago. Atribuí a esto un ataque de diarrea del que la criatura sufrió mucho, pero una pequeña dosis de aceite de ricino le sentó bien y se curó. Una o dos semanas después volvió a caer enfermo y esta vez de mayor cuidado. Los síntomas eran exactamente los de una fiebre intermitente acompañada de hinchazones sudorosas en los pies y la cabeza. Perdió completamente el apetito y, después de permanecer toda una semana en un estado deplorable, murió al cabo de casi tres meses de tenerlo conmigo. Lamenté mucho la pérdida de mi pequeño animal doméstico, al cual en cierto momento tuve la ilusión de criar hasta que llegara a adulto y pudiera llevarlo a Inglaterra. Durante meses me proporcionó diversión diaria con sus curiosos modales y la inimitable y ridícula expresión de sus pequeñas muecas. Su peso era de 1.6 kilogramos, tenía 35 centímetros de altura y sus brazos extendidos un ancho de 58 centímetros. Conservé la piel y el esqueleto y en la operación me di cuenta de que cuando cayó del árbol se debió romper un brazo y una pierna; no obstante, se habían vuelto a unir con tanta rapidez que sólo se notaban las hinchazones en los miembros allí donde se habían soldado irregularmente los huesos.

Exactamente una semana después de haber capturado a este interesante animalito, disparé con éxito a un orangután adulto macho. Acababa de llegar de una

excursión entomológica cuando Charles² entró corriendo y, jadeando por la carrera y la excitación, exclamó: “Tome la escopeta, señor; rápido, el mias es muy grande”. “¿Dónde está?”, pregunté tomando mi escopeta, que afortunadamente tenía un cañón cargado con proyectil. “Cerca, señor, en el camino a las minas, no puede escapar.” En la casa había por casualidad dos dayaks y les pedí que me acompañaran. Emprendimos la marcha no sin antes avisar a Charles que llevara todas las municiones lo más pronto posible. El camino desde el claro de la selva en el que vivíamos hasta las minas conducía por un lado de la colina y subía un poco la pendiente, y, paralelo a él, habían abierto un ancho tramo para una carretera en la que trabajaban varios chinos, de modo que el animal no podía escapar hacia la pantanosa selva que estaba más abajo sin antes descender y cruzar la carretera o ascender para bordear el claro. Caminamos con mucha precaución sin hacer el menor ruido y prestando atención a cualquier sonido que delatara la presencia del mias, deteniéndonos a veces para escudriñar el terreno. Muy pronto Charles se unió a nosotros en el lugar donde había descubierto al animal y, después de tomar las municiones y cargar el otro cañón, nos dispersamos un poco con la seguridad de que debía merodear por algún lugar cercano; probablemente había bajado de la colina y no había muchas oportunidades de que regresara. Después de un rato, oí un roce muy ligero sobre mi cabeza, pero al alzar la vista no vi nada. Me moví en todas direcciones para explorar cada parte del árbol bajo el que me encontraba, cuando oí de nuevo el mismo ruido pero más fuerte y vi que se sacudían las hojas como agitadas por el movimiento de algún corpulento animal trasladándose a algún árbol contiguo. Grité de inmediato a todos que acudieran y trataran de localizarlo para que yo pudiera disparar. No fue tarea fácil, pues el mias tenía el don de escoger lugares con denso follaje. No obstante, muy pronto uno de los dayaks me llamó, señaló hacia arriba y, al mirar, vi un gran cuerpo cubierto de pelo rojo y una enorme cara negra que miraba hacia abajo desde una gran altura, como si quisiera saber cuál era el motivo del alboroto allá abajo. Disparé al instante pero escapó enseguida, así que no pude saber si le había tocado.

Se desplazaba tan rápida y silenciosamente para ser un animal tan grande que tuve que pedir a los dayaks que lo siguieran y no lo perdieran de vista mientras yo cargaba mi arma. En ese lugar la jungla estaba llena de grandes fragmentos angulares de roca caídos de la montaña y tupida de enredaderas colgantes y entrelazadas. Corriendo, trepando y encaramándonos por ellas, dimos con el animal en la

² Charles Allen, muchacho inglés de 16 años, me acompañaba como ayudante.

copa de un árbol alto cerca de la carretera, donde los chinos lo habían descubierto y gritaban con la boca abierta de asombro: *Ya, ya, tuan, orang-utan, tuan*. Al ver que no podía pasar por allí sin antes descender, dio de nuevo la vuelta hacia la colina; le disparé dos veces y, en una rápida persecución, pude dispararle otras dos veces antes de que llegara al camino; pero todo el tiempo lograba ocultarse tras el follaje y protegerse con las largas ramas sobre las que caminaba. Una vez, mientras estaba cargando la escopeta, pude verlo espléndidamente y observar cómo se desplazaba a lo largo de una gran rama de árbol en posición semierecta; parecía un animal de gran tamaño. Ya en el camino, trepó a uno de los árboles más altos de la selva y pudimos ver que le colgaba una pierna inutilizada y rota por uno de los disparos. Entonces se instaló en una horquilla del árbol donde quedaba oculto por el espeso follaje y no parecía tener intención de moverse. Temí que permaneciera allí y muriera en esa posición, y como ya era casi el atardecer no daba tiempo para que talaran el árbol ese mismo día. Así pues, disparé de nuevo y entonces se volvió a desplazar y, al subir la colina, no tuvo más remedio que trepar a árboles más bajos; se instaló en las ramas de uno de ellos de manera que no podía caer y se quedó todo encogido como si estuviera muerto o a punto de morir.

Entonces quise que los dayaks subieran y cortaran la rama en la que descansaba el animal, pero tenían miedo y decían que no estaba muerto y que los atacaría. Empezamos a sacudir el árbol vecino, a estirar las plantas trepadoras y a hacer todo lo que pudimos para molestarlo, pero sin efecto alguno. Pensé que lo mejor sería que vinieran dos chinos con hachas y derribaran el árbol. Con todo, cuando el mensajero fue a darles el aviso, uno de los dayaks se armó de valor y trepó en dirección al animal, pero el mias no esperó a que se le acercara y se trasladó a otro árbol en el que se ocultó tras una tupida espesura de ramas y enredaderas que casi nos impedían verlo. Por suerte el árbol era pequeño, así que cuando llegaron los chinos con las hachas lo talaron sin demora, pero estaba tan sostenido por lianas y trepadoras a los árboles adyacentes que quedó sólo inclinado. El mias no se movió y empecé a temer que después de todo el esfuerzo no lo fuéramos a conseguir, ya que se acercaba la noche y había que derribar una media docena de árboles más para que cayera aquel en el que se encontraba. Como último recurso comenzamos a jalar de las enredaderas; esto sacudió el árbol y, en unos cuantos minutos, cuando ya habíamos abandonado toda esperanza, el animal se desplomó con gran estruendo y un golpe seco y duro, como un gigante, y lo era, con la cabeza y el cuerpo del tamaño de un ser humano. Era de la especie que los dayaks denominan *mias chappan* o *mias pappan*, y tiene la piel de la cara ensanchada de manera que se le forma un borde o pliegue a cada uno de los

lados. Los brazos extendidos medían 2.20 metros de un extremo a otro y de la punta de la cabeza a los pies medía 1.27 metros de altura. El tronco por debajo de los brazos tenía una circunferencia de 96 centímetros y era casi tan largo como el de un hombre, con las piernas sumamente cortas en proporción. Cuando lo examinamos vimos que estaba muy malherido. Tenía rotas ambas piernas. La articulación de una cadera y la rabadilla completamente destrozadas, y le encontramos dos proyectiles aplastados en el cuello y en la mandíbula. Aun así, cuando cayó estaba todavía vivo. Los dos chinos lo acarrearón a casa amarrado a un palo y Charles y yo nos ocupamos todo el día siguiente de la preparación de la piel y de hervir los huesos para reconstruir un esqueleto perfecto, que en la actualidad se conserva en el museo de Derby.

Diez días después, el 4 de junio, unos dayaks vinieron a avisarnos que el día anterior un mias casi había matado a uno de sus compañeros. Unos cuantos kilómetros río abajo había una comunidad dayak y sus habitantes habían visto a un gran orangután devorando los retoños de una palmera a orillas del río. Alarmado, el animal se retiró a la jungla cercana y un grupo de hombres, armados de lanzas y picos, se apresuraron a interceptarlo. El que iba al frente trató de atravesar con su lanza el cuerpo del animal, pero el mias la atrapó y en un instante agarró al hombre por el brazo y lo asió con la boca hasta clavarle los dientes en la parte superior del codo, que desgarró y laceró de un modo horrible. Si los demás no hubieran estado cerca, el hombre hubiera sido herido de gravedad, si no es que muerto, pues se encontraba bastante indefenso. Pero sus compañeros pronto remataron al animal con sus lanzas y hachas. El hombre estuvo enfermo mucho tiempo y nunca recuperó el pleno uso del brazo.

Me dijeron que el mias muerto yacía aún en el lugar donde yo le había disparado, de modo que les ofrecí una recompensa para que lo trajeran de inmediato y así prometieron hacerlo. Pero no lo trajeron hasta el día siguiente, cuando ya había entrado en proceso de descomposición, se le habían caído mechones de pelo y era inútil desollarlo. Lo lamenté mucho, pues era un precioso ejemplar de macho adulto. Le corté la cabeza y me la llevé a casa para limpiarla; encargué a mis hombres que construyeran una empalizada de un metro y medio de altura para cercar los restos, que pronto serían devorados por gusanos, lagartos y hormigas, dejando sólo el esqueleto. Tenía una gran cuchillada en la cara que en profundidad le llegaba hasta el hueso, pero el cráneo era un ejemplar excelente y los dientes extraordinariamente grandes y perfectos.

El 18 de junio tuve otro gran logro cuando conseguí un perfecto macho adulto. Un chino me dijo que lo había visto comiendo junto al camino que conducía

al río y lo encontré en el mismo lugar que al primer ejemplar al que había disparado. Estaba comiendo un fruto verde y ovalado, con una excelente carnosidad roja, parecida al macis que cubre la nuez moscada; al parecer era lo único que comía, escupiendo el grueso pellejo exterior y dejándolo caer en una lluvia constante. Ya había encontrado el mismo fruto en el estómago de otros ejemplares muertos por mí. Dos disparos fueron suficientes para que perdiera el equilibrio, pero quedó colgando bastante rato de una sola mano y al fin se desplomó aplastándose la cara contra el suelo, y quedó medio enterrado en el pantano. Estuvo quejándose y agitándose unos minutos mientras nosotros esperábamos a su alrededor que cada respiración fuera la última. Pero de repente, con un violento esfuerzo, se levantó, lo cual nos obligó a retroceder cerca de uno o dos metros, y casi en posición erecta se agarró de un pequeño árbol y comenzó a trepar. Otro disparo en la espalda hizo que cayera muerto. Encontramos una bala aplastada en la lengua que le había entrado por la parte baja del abdomen y atravesado todo el cuerpo, fracturándole la primera vértebra cervical. Aun así, después de esta horrible herida se levantó y empezó a trepar con bastante facilidad. Era también un macho adulto de casi las mismas dimensiones que los otros dos que había medido.

El 21 de junio disparé a otra hembra adulta que estaba comiendo el fruto de un árbol bajo; fue el único ejemplar que maté con una sola bala.

El 24 de junio un chino me llamó para que disparara a un mias que estaba, según me dijo, en un árbol cercano a su casa en las minas de carbón. Al llegar al lugar tuvimos alguna dificultad en encontrar al animal porque se había adentrado en la jungla y el camino era muy rocoso y difícil de atravesar. Lo encontramos finalmente sobre un árbol alto y vi que era un macho de gran tamaño. En cuanto disparé, subió todavía más alto y, mientras lo hacía, volví a disparar; vimos que tenía un brazo roto. Había llegado para entonces a la parte más alta de un árbol inmenso y comenzó de inmediato a romper las ramas de alrededor y a colocarlas cruzadas para construirse un refugio. Era interesante ver con qué precisión había escogido el mejor lugar y con qué rapidez extendió el brazo que no tenía herido en todas direcciones para romper ramas de buen tamaño con la mayor facilidad y colocarlas cruzadas unas con otras, de modo que en unos cuantos minutos había formado un lecho compacto de follaje que lo ocultaba completamente a nuestra vista. Era evidente que iba a pasar la noche allí y muy probable que se fuera temprano en la mañana si no estaba gravemente herido. Por lo tanto, disparé de nuevo varias veces con la esperanza de hacerle abandonar su refugio, pero, aunque estaba seguro de haberle dado, ya que a cada disparo se movía un poco, no

abandonó el lugar. Por fin se levantó y pudimos ver la mitad de su cuerpo; después se agazapó de nuevo, quedando visible sólo su cabeza sobre el borde del escondite. Tuve la certeza de que estaba muerto y traté de convencer al chino y a su compañero de que derribaran el árbol, pero era muy grande y ellos habían trabajado todo el día y no pude persuadirlos de que hicieran el intento. Al día siguiente, al amanecer, llegué al lugar y encontré al mias obviamente muerto, ya que se podía ver la cabeza exactamente en la misma posición que la víspera. Ofrecí a cuatro chinos un día de jornal para que cortaran el árbol de inmediato, puesto que en unas cuantas horas de sol empezaría a descomponerse la superficie de la piel; pero, después de examinarlo e intentarlo, decidieron que el árbol era demasiado grande y duro y desistieron del intento. Si hubiera duplicado mi oferta probablemente hubieran consentido, porque era un trabajo de no más de dos o tres horas; si mi estancia hubiera sido breve así lo hubiera hecho, pero, como residía allí y mi intención era quedarme varios meses más, no me convenía empezar a pagar demasiado, porque en el futuro no trabajarían para mí a tarifas más bajas.

Unas semanas después una nube de moscas zumbaba todo el día sobre el cadáver del mias, pero al cabo de un mes ya no se oía nada y era evidente que el cuerpo se estaba secando por el influjo de un sol vertical que alternaba con lluvias tropicales. Dos o tres meses después, a cambio de unos centavos, dos malayos subieron al árbol y bajaron los restos secos. La piel estaba casi entera envolviendo el esqueleto y dentro había millones de crisálidas de moscas y otros insectos junto con miles de escarabajos necrófagos de dos o tres especies. El cráneo estaba destrozado por las balas, pero el esqueleto estaba en perfecto estado excepto por un pequeño hueso de la muñeca que probablemente se había caído y algún lagarto se había llevado.

Tres días después de disparar a este ejemplar y perderlo, Charles encontró tres orangutanes pequeños juntos que estaban comiendo. Realizamos una larga persecución en la que tuvimos la oportunidad de observar cómo se abrían camino de un árbol a otro escogiendo siempre las ramas que estaban enredadas con las de algún otro árbol y agarrando varias ramas pequeñas juntas antes de aventurarse a columpiarse para alcanzar otro árbol. Esto lo hacen con tanta rapidez y precisión que avanzan entre los árboles a una velocidad de entre aproximadamente ocho y 10 kilómetros por hora y nosotros teníamos que correr para mantener su paso. Disparamos y matamos a uno, pero se quedó muy arriba entre las ramas de un árbol, y como los animales jóvenes no tienen tanto interés como los adultos no quise que lo cortaran para recuperar al animal.

Por aquellos días tuve la mala suerte de resbalar entre unos troncos caídos y me lastimé el tobillo; como al principio no me cuidé lo suficiente, la ruptura se convirtió en una llaga gravemente inflamada que no podía cicatrizar y me tuvo prisionero en la casa todo el mes de julio y parte de agosto. Cuando pude salir de nuevo decidí hacer un viaje río arriba por un afluente del Simunjon hasta Semabang, donde me habían dicho que había una comunidad dayak, una montaña con abundancia de frutos y muchos *orangs* y bellas aves. Como el río era muy angosto y tendría que navegar en una embarcación muy pequeña con poco equipaje, sólo llevé conmigo a un muchacho chino en calidad de sirviente. Cargué un barril de arrack medicado para meter en él las pieles de los mias y víveres y municiones para dos semanas. Al cabo de unos pocos kilómetros, la corriente se estrechó y se volvió muy sinuosa; todo el territorio a cada una de las márgenes estaba inundado. En las orillas había gran abundancia de monos: el *Macacus cynomolgus* común, el *Semnopithecus* negro y el mono de nariz extraordinariamente larga (*Nasalis larvatus*), del tamaño de un niño de tres años, una cola muy larga y nariz carnosa, más larga que la de un hombre narigudo. Cuanto más avanzábamos, más estrecho y sinuoso era el río; troncos caídos nos bloqueaban a veces el camino y otras una maraña de ramas y trepadoras se entrecruzaban por encima de él y las teníamos que cortar para abrírnos paso. Tardamos dos días en llegar a Semabang y no vimos casi ningún trecho de terreno seco en todo el camino. En la última parte del viaje se podían tocar los arbustos a cada lado durante kilómetros; otras veces nos retuvieron los pinos de tornillo (*Pandanus*), que crecen en abundancia en el agua y caen a través de la corriente. En otras partes, el canal estaba completamente lleno de hierbas flotantes, por lo que nuestro viaje fue una constante sucesión de dificultades.

Cerca del lugar de desembarco encontramos una bella construcción de unos 75 metros de largo, elevada sobre postes y con una amplia veranda y, al frente, una plataforma de bambú más amplia aún. Pero casi todos sus habitantes estaban fuera, de paseo en busca de nidos de pájaros comestibles o miel de abejas, y en la casa sólo quedaban dos o tres ancianos y mujeres con muchos niños. La montaña o colina estaba cerca, cubierta de una selva de árboles frutales, y el duriano o durión y el mangostán eran muy abundantes; pero las frutas no estaban maduras del todo a excepción de unas pocas. Pasé una semana en ese lugar con salidas diarias en varias direcciones por la montaña, acompañado de un malayo que se había quedado conmigo en tanto que los otros barqueros regresaban. Los tres primeros días no encontramos ningún *orang* pero cazamos un venado y varios monos. El cuarto día, no obstante, encontramos un mias que estaba comiendo en un árbol de durión muy alto y, después de ocho disparos, logré matarlo. Desafortunada-

mente quedó suspendido del árbol agarrado de las manos y tuvimos que dejarlo y regresar a casa, porque estábamos a varios kilómetros de distancia. Como pensé que probablemente caería en la noche, regresé al lugar temprano en la mañana y lo encontré en el suelo bajo el árbol. Para mi asombro y complacencia se trataba de un tipo diferente a los que había visto hasta entonces, porque, aunque era un macho adulto por su dentadura plenamente desarrollada y sus caninos muy largos, no tenía ningún signo de la protuberancia lateral en la cara y era como una décima parte más pequeño en todas sus dimensiones que los otros machos adultos. Sin embargo, los incisivos superiores eran más anchos que en las especies mayores, característica que distingue al *Simia morio* del profesor Owen, quien ya lo había descrito a partir del cráneo de un ejemplar hembra. Como estábamos muy lejos como para acarrear el animal a casa, me puse a trabajar y lo desollé allí mismo, dejando cabeza, manos y pies sin separar del cuerpo para terminar el trabajo en casa. Este ejemplar está ahora en el Museo Británico.

Al cabo de una semana y de no encontrar más *orangs*, regresé a mi casa de las minas, y con nuevas provisiones, esta vez acompañado por Charles, emprendimos el viaje por otro de los brazos del río, de naturaleza muy parecida, hasta un lugar llamado Menyille, donde había varias viviendas de dayaks pequeñas y una grande. Allí el lugar de desembarco era un puente de palos desvencijados que cruzaba una distancia considerable de agua. Pensé que era más precavido dejar el barril de *arrack* en un lugar seguro, colgado de las ramas de un árbol. Para impedir que los nativos se lo bebieran, dejé que varios de ellos vieran cómo metía en él serpientes y lagartos, aunque creo que esto no les impidió probarlo. Nos acomodamos en la veranda de la casa grande, adornada con grandes canastos de cabezas humanas disecadas, trofeos de generaciones anteriores de cazadores de cabezas. Había una colina cubierta de árboles frutales y algunos magníficos durianos con el fruto maduro cerca de la casa. Como los dayaks me consideraban un benefactor por haber matado al *mias*, animal que destruye muchos de sus frutos, nos dejaron comer todos los que quisimos y nos agasajamos con este emperador de los frutos en su perfección.

Al día siguiente de mi llegada, tuve la suerte de disparar a otro macho adulto del *orang* pequeño, el *mias-kassir* de los dayaks. Cayó muerto pero quedó atrapado entre las ramas del árbol. Como estaba muy deseoso de capturarlo, convencí a dos jóvenes dayaks que estaban conmigo de que derribaran el árbol, bastante alto, totalmente recto, con la corteza lisa y sin ninguna rama en 15 o 20 metros. Para mi asombro, me dijeron que preferían treparlo aunque fuera bastante complicado y, después de hablar entre ellos, dijeron que lo intentarían.

En primer lugar, fueron a una mata de bambú que había cerca y cortaron uno de los brotes más largos. Troncharon un pequeño pedazo de caña y, partiéndola por la mitad, hicieron un par de estacas fuertes como de 30 centímetros de longitud y afiladas en un extremo. Después cortaron un pedazo grueso de madera como mazo y, sirviéndose de él, introdujeron una de las estacas en el tronco del árbol y dejaron caer el peso del cuerpo sobre ella. Aguantaba, y esto pareció satisfacerles porque de inmediato comenzaron a hacer una cantidad de estacas del mismo tipo mientras yo los observaba con gran interés y me preguntaba cómo podrían subir a un árbol tan alto con la simple ayuda de estacas, cuando, si alguna de ellas fallaba estando ya a una cierta altura, sufrirían una caída mortal. Cuando terminaron dos docenas de estacas, uno de ellos comenzó a cortar un bambú muy largo y delgado de otra mata y preparó una cuerda con la corteza de un pequeño árbol. Entonces introdujeron firmemente una estaca a cerca de un metro del suelo, trajeron uno de los bambúes largos y lo plantaron cerca del árbol, amarrándolo fuertemente a las dos primeras estacas con la cuerda de corteza y utilizando las pequeñas muescas que habían hecho cerca del extremo de cada estaca. Uno de los dayaks subió a la primera estaca e introdujo una tercera a la altura de su cabeza; amarró a ella el bambú del mismo modo y después subió otro escalón apoyándose en un pie y fijando el bambú a la estaca inmediatamente superior mientras introducía la tercera. Ascendió de esta manera unos seis metros y, cuando el bambú se hizo más delgado, su compañero le alcanzó otro, que unió al anterior, amarrando ambos a tres o cuatro de las estacas. Cuando el segundo bambú también se terminó añadieron un tercero, y, poco después, alcanzaban las primeras ramas del árbol, sobre las que el joven dayak gateó y pronto hizo que el mias se desplomara. Yo estaba sumamente sorprendido por la ingeniosidad de este modo de trepar y admirado de cómo habían aprovechado las propiedades peculiares del bambú. La escala era totalmente segura, ya que si alguna estaca se soltaba o fallaba y cedía, la tensión se distribuiría hacia arriba y hacia abajo sobre varias de ellas. Entendí entonces el uso que tenía la línea de estacas de bambú clavadas en los árboles y que tantas veces había visto preguntándome con qué fin las habían puesto. El animal era de tamaño y aspecto casi idénticos al que había obtenido en Semabang y fue el único otro ejemplar del *Simia morio* que obtuve. En la actualidad se encuentra en el museo de Derby.

Disparé después a dos hembras adultas y a dos crías de diferentes edades, y todas las conservé. Una de las hembras, junto con varias crías, estaba comiendo frutos verdes en un duriano. En cuanto nos vio, empezó a romper ramas y lanzar los grandes frutos espinosos, dando señales de furia y produciendo una lluvia de

misiles tal que efectivamente impidió que nos acercáramos al árbol. Se ha puesto en duda este hábito de lanzar ramas cuando estos animales están irritados pero yo mismo lo he observado, como ya lo he narrado, por lo menos en tres ocasiones diferentes. La que se comportó siempre de este modo fue, sin embargo, la hembra mias y puede que esto sea así porque el macho confía más en su gran fuerza y en sus potentes colmillos, que hacen que no tema a ningún otro animal y no necesite ahuyentarlo, en tanto que el instinto maternal de la hembra la lleva a ese modo de defenderse a sí misma y a sus pequeños.

Cuando preparaba las pieles y los esqueletos de estos animales, me molestaron mucho los perros dayaks, que, como siempre están en un estado de semiinanición, tienen una voracidad especial por la carne animal. Tenía una gran cacero-la de hierro en la que hervía los huesos de los esqueletos y por la noche la tapaba con tablas poniéndoles encima piedras pesadas, pero los perros consiguieron quitar las tablas y llevarse la mayor parte de uno de mis ejemplares. En otra ocasión, royeron una buena parte de la caña de mis resistentes botas y hasta se comieron un pedazo de mi mosquitera en la que se había derramado aceite de una lámpara hacía unas semanas.

Al regresar corriente abajo, tuvimos la suerte de encontrar a un macho mias muy anciano que comía subido a unos árboles bajos que crecían a la orilla. El territorio estaba inundado en una gran extensión, pero con tantos árboles y troncos que el bote cargado no podía atravesar y, si lo hubiera hecho, habría ahuyentado al mias. Me metí en el agua, que me llegaba casi a la cintura, y vadeé hasta que estuve lo bastante cerca para disparar. Entonces lo difícil fue cargar de nuevo mi escopeta porque estaba a una profundidad en la que no podía sostener el arma lo bastante inclinada como para meterle el cartucho. Tuve que buscar un lugar menos profundo y, después de varios disparos en esas difíciles circunstancias, fue un placer ver que el monstruoso animal rodaba y caía al agua. Lo llevé amarrado a remolque hasta la corriente, pero los malayos se negaron a cargarlo en la embarcación y pesaba tanto que yo no podía hacerlo sin ayuda. Busqué a mi alrededor un lugar dónde desollarlo, pero no se veía ni un mínimo pedazo seco, hasta que, finalmente, encontré un grupo de dos o tres árboles viejos y troncos entre los que se habían acumulado unos cuantos centímetros de tierra por encima del agua y que era lo bastante grande para arrastrar al animal sobre él. Primero lo medí y era, con gran diferencia, el mayor de los que había visto porque, aunque la altura era la misma que la de los otros: aproximadamente 1.3 metros, los brazos extendidos medían 2.36 metros, es decir, unos 15 centímetros más que el anterior, y el inmenso y amplio rostro tenía unos 34 centímetros de ancho, en tanto

que el mayor que había visto hasta entonces medía sólo 29 centímetros. La circunferencia del tronco era de 1.1 metros. Por tanto, me inclino a pensar que la longitud y fuerza de los brazos, así como la anchura de la cara, continúa aumentando hasta edad muy avanzada, en tanto que la altura, desde la planta del pie hasta la coronilla, raras veces excede los 1.27 metros.

Como éste fue el último mias que maté y también la última vez que vi uno adulto, daré un bosquejo de sus costumbres y otros hechos relativos a él. Se sabe que el orangután habita en Sumatra y Borneo y hay buenas razones para creer que se reduce a estas dos grandes islas, en la primera de las cuales es sin embargo mucho menos frecuente. En Borneo abarca una amplia gama y habita en muchas zonas de las costas del sudoeste, sudeste, noreste y noroeste, aunque está principalmente confinado en las selvas bajas y pantanosas. A primera vista parece inexplicable que el mias fuera tan desconocido en el valle de Sarawak, mientras que abunda en Sambas, al oeste, y en Sadong, al este. Pero cuando observamos los hábitos y modos de vida del animal, encontramos suficientes razones de esta aparente anomalía en los rasgos físicos de la zona de Sarawak. En Sadong, donde lo he observado, el mias sólo se encuentra en territorio bajo, llano, pantanoso y cubierto al mismo tiempo por una alta selva virgen. De estos pantanos sobresalen muchas montañas aisladas, en algunas de las cuales se establecen los dayaks y están cubiertas de plantaciones de árboles frutales. Estos árboles son una gran atracción para el mias, que acude a comer los frutos todavía verdes y siempre se retira al pantano en la noche. Allí donde el terreno se eleva ligeramente y el suelo está seco, el mias ya no se encuentra. Por ejemplo, abunda en toda la parte inferior del valle de Sadong pero en cuanto se asciende por encima de los límites de las corrientes, donde el terreno, aunque todavía llano, tiene la altura suficiente como para mantenerse seco, el mias desaparece. Ahora bien, el valle de Sarawak tiene esta peculiaridad: aunque pantanosa, la parte inferior no está cubierta de una selva alta y continua sino que está poblada de palma de nipa; y cerca de la ciudad de Sarawak, donde el terreno está seco, éste en muchas partes es muy ondulado y está cubierto por pequeñas manchas de selva virgen y jungla de crecimiento secundario en el terreno que fue cultivado en otro tiempo por malayos o dayaks.

Por lo tanto, me parece que es probable que estos animales necesiten para su existencia un amplio espacio de alta selva virgen ininterrumpida que les permita vivir cómodamente. Este tipo de selvas forman su verdadero medio, en el que pueden vagabundear en todas direcciones con la misma facilidad con la que lo hace un indio en la pradera o un árabe en el desierto; pasan de una copa de árbol

a otra sin nunca tener que descender al suelo. Las zonas elevadas y secas son más frecuentadas por el hombre, están más interrumpidas por claros y jungla baja de crecimiento secundario que no se adapta a su modo peculiar de movilización y donde, por lo tanto, estaría más expuesto al peligro y se vería obligado a descender al suelo. En la zona de mias existe mayor variedad de frutos porque las pequeñas montañas que se elevan como islas son como jardines o plantaciones y hay árboles de las tierras altas en medio de las llanuras pantanosas.

Es curioso y muy interesante observar a un mias desplazarse tranquilamente a través de la selva. Camina resueltamente por algunas de las ramas más largas, en la posición semierecta que la gran longitud de sus brazos y la brevedad de sus piernas lo obligan naturalmente a adoptar. La desproporción entre esas extremidades aumenta al caminar sobre los nudillos y no sobre la palma de la mano, como haríamos nosotros. Siempre escoge las ramas que se entrelazan con las de un árbol adyacente; al acercarse a éste extiende sus largos brazos y, agarrando las pequeñas ramas del otro árbol y manteniéndolas juntas con ambas manos, trata de probar su resistencia y después se deja columpiar hasta alcanzar la rama siguiente sobre la que prosigue su marcha. Nunca salta ni brinca y ni siquiera parece apresurarse y, a pesar de todo, logra avanzar casi a tanta velocidad como una persona puede hacerlo en la selva bajo los árboles. Sus largos y vigorosos brazos le son de gran utilidad, pues lo capacitan para trepar con facilidad hasta los árboles más elevados y agarrar frutos y hojas tiernas de los brotes más jóvenes que no soportarían su peso, y también para recoger las hojas y ramas con las que forma su lecho. Ya he descrito cómo forma su nido cuando está herido, pero usa uno parecido para dormir casi cada noche. Este último está colocado más abajo, en un pequeño árbol de no más de seis a 15 metros de altura, probablemente porque es más caliente y está menos expuesto al viento que los de altura más elevada. Se dice que todo mias hace un lecho nuevo para dormir cada noche, pero yo diría que esto es poco probable, pues los restos serían mucho más abundantes, y aunque he visto varios cerca de las minas de carbón, debió haber muchos *orangs* en los alrededores todos los días, y en un año los nidos abandonados serían numerosos. Los dayaks dicen que cuando el clima es muy húmedo el mias se cubre con hojas de pandánea o con grandes helechos, y esto tal vez originó la historia de que construyen sus chozas con las hojas de los árboles.

El *orang* no abandona su lecho hasta que el sol ya está alto y el rocío de las hojas se ha secado. Se alimenta al mediodía, pero raras veces regresa al mismo árbol dos días consecutivos. No parece alarmarle mucho la presencia del ser humano, pues muchas veces se quedaban minutos mirándome hacia abajo y des-

pués se iban lentamente a un árbol contiguo. Después de descubrir a alguno tuve que ir muchas veces en busca de mi escopeta a unos 800 metros o más de distancia y casi en todos los casos lo volví a encontrar en el mismo árbol a mi regreso o a poco más de 100 metros.

Nunca he visto dos animales adultos juntos, pero tanto machos como hembras a veces van acompañados de crías, mientras que en otras ocasiones vi a tres o cuatro miembros jóvenes en compañía. Su alimento consiste casi exclusivamente en frutos y algunas veces hojas, vástagos y brotes tiernos. Parece que prefieren los frutos verdes, algunos de los cuales son muy agrios y otros intensamente amargos, en especial el grande y carnoso arilo rojo de un fruto que aparentemente es de sus predilectos. En otros casos comen únicamente la pequeña semilla de un gran fruto y casi siempre desechan y destruyen más de lo que devoran, y los desperdicios caen en una lluvia continua bajo el árbol en el que estén comiendo. El durión es uno de sus frutos favoritos y destruyen cantidades de este fruto delicioso allí donde lo encuentran rodeado de selva, aunque no cruzan claros para obtenerlo. Es una maravilla cómo este animal puede desgarrar y abrir este fruto, cuya corteza es gruesa y dura y está densamente cubierta de fuertes espinas cónicas. Es probable que arranque con los dientes primero algunas y después haga un pequeño agujero y desgarre el fruto con sus vigorosos dedos.

El mias rara vez baja al suelo, excepto cuando está acosado por el hambre, a buscar brotes succulentos en la orilla del río, o cuando en tiempo de sequía tiene que buscar agua, de la que en general encuentra suficiente en las cavidades de las hojas. Solamente una vez vi dos *orangs* jóvenes en tierra en una cueva seca a las faldas de la colina de Simunjon. Estaban jugando, erectos y agarrándose por los brazos. Sin embargo, se puede afirmar con bastante seguridad que el *orang* nunca camina erguido excepto cuando utiliza las manos para sostenerse en las ramas o cuando lo atacan. Las representaciones de este animal caminando apoyado en un palo son enteramente imaginarias.

Todos los dayaks coinciden en que el mias nunca es atacado por ningún animal de la selva, salvo dos raras excepciones. Los relatos que he escuchado al respecto son tan peculiares que los voy a transcribir prácticamente en las mismas palabras que usaron mis informantes, viejos jefes dayaks que han vivido siempre en los lugares donde el animal más abunda. El primero al que pregunté me dijo:

Ningún animal tiene la fuerza suficiente para atacar al mias y la única criatura que pelea con él es el cocodrilo. Cuando no hay frutos en la selva va a buscar comida a los márgenes del río, donde hay muchos brotes tiernos que le gustan y frutos que crecen

cerca del agua. Entonces el cocodrilo a veces trata de atraparlo, pero el mias se le echa encima y lo golpea con manos y pies, lo destroza y lo mata.

Agregó que había visto una vez esta pelea y que cree que el mias es siempre el vencedor.

Mi otro informante fue el *orang kaya*, o jefe de los dayaks Balow en el río Simunjon. Me contó:

El mias no tiene enemigos; ningún animal se atreve a atacarlo, excepto el cocodrilo y el pitón. Él siempre mata al cocodrilo por su mayor fuerza, montándose sobre él, abriéndole las mandíbulas y destrozándole la garganta. Si un pitón ataca a un mias, éste lo atrapa con las manos y lo muerde hasta que muy pronto lo mata. El mias es muy fuerte; no hay ningún otro animal en la selva tan fuerte como él.

Es muy notable que un animal tan grande, peculiar y de un tipo tan superior de forma como el orangután esté confinado a una comarca tan reducida: dos islas, y de las menos habitadas por mamíferos superiores. Porque al este de Borneo y Java, los cuadrumanos, los rumiantes, los carnívoros y muchos otros grupos de mamíferos disminuyen rápidamente y pronto desaparecen. Si además consideramos que casi todos los demás animales estuvieron representados en eras anteriores por formas similares aunque diferentes; que en la última parte del terciario Europa estaba habitada por osos, gamos, lobos y felinos; Australia por canguros y otros marsupiales; Sudamérica por tardígrados gigantes y hormigueros, animales todos diferentes de los que existen ahora aunque estrechamente afines a ellos, hay razones para pensar que el orangután, el chimpancé y el gorila tuvieron también sus ancestros. Con cuánto interés ha de esperar el naturalista el momento en que las cavernas y los sedimentos del terciario en los trópicos se puedan examinar a fondo para llegar a conocer la historia pasada y las primeras formas de los grandes monos de aspecto humano.

Ahora diré algo en relación con la supuesta existencia de un *orang* en Borneo tan grande como el gorila. Examiné personalmente el cuerpo de 17 *orangs* recién muertos, y todos los medí con precisión; además, de siete conservé el esqueleto. También conseguí dos esqueletos de animales muertos por otras personas. De esta extensa serie, 16 eran adultos, nueve machos y siete hembras. Los machos adultos de los grandes *orangs* sólo variaban en altura de 1.24 a 1.27 metros, medidos desde el talón para dar la altura del animal como si estuviera totalmente erguido; la extensión de los brazos abiertos era de 2.18 a 2.3

metros; y la anchura de la cara variaba de 25 a 34 centímetros. Las dimensiones que han dado otros naturalistas coinciden muy de cerca con las mías. El *orang* más grande medido por Temminck tenía 1.21 metros de altura. De veinticinco ejemplares recogidos por Schlegel y Müller, el macho más grande medía 1.24 metros; y el esqueleto más grande conservado en el Museo de Calcuta tenía, según Blyth, 1.25 metros. Mis especímenes provenían todos de la costa noroccidental de Borneo; los de los holandeses, de las costas occidental y meridional. Todavía no ha llegado a Europa ningún ejemplar que supere estas dimensiones, aunque el total de pieles y esqueletos debe de ascender a más de un centenar.

Es extraño, pues, que algunas personas afirmen que han medido *orangs* de tamaño mucho mayor. Temminck, en su monografía sobre el *orang*, dice que acaba de recibir noticias de la captura de un ejemplar de 1.6 metros de altura. Desgraciadamente, parece que nunca llegó a Holanda porque desde entonces no se ha sabido nada más del animal. St. John, en su *Life in the Forests of the Far East* ["Vida en las selvas del Extremo Oriente"], vol. II, p. 237, nos dice que un amigo suyo disparó a un *orang* que medía 1.57 metros desde el talón hasta la coronilla, ¡y tenía un brazo de 42 centímetros de circunferencia y una muñeca de 30 centímetros! A Sarawak sólo llegó la cabeza y St. John nos cuenta que él asistió a la medición, y que tenía 38 centímetros de ancho por 35 de largo. Desafortunadamente, ni siquiera se conservó este cráneo, porque ningún espécimen que corresponda a estas dimensiones ha llegado a Inglaterra.

En una carta de sir James Brooke, fechada en octubre de 1857, en la que acusa recibo de mis textos sobre el *orang*, publicados en *Annals and Magazine of Natural History*, me envía las mediciones de un ejemplar muerto por su sobrino, y las voy a transcribir tal como las recibí: "Tres de septiembre, 1867, hembra orangután muerta. Altura, desde la cabeza hasta el talón, 1.37 metros. Extensión de dedos a dedos a través del cuerpo, 1.85 metros. Anchura de la cara incluyendo callosidades, 28 centímetros". Ahora bien, en estas dimensiones hay un error obvio, porque, en todo *orang* medido hasta la fecha por un naturalista, una extensión de brazos de 1.85 metros corresponde a una altura de unos 1.06 metros, mientras que los ejemplares más grandes de 1.22 metros a 1.27 metros de altura siempre tienen una extensión de brazos de 2.20 metros hasta 2.33 metros. De hecho, es una de las características del género tener los brazos tan largos, de tal manera que el animal en posición casi erecta puede apoyar los dedos en el suelo. Una altura de 1.37 metros requeriría, por tanto, de una extensión de brazos de 2.43 metros, mínimo. Si fuera sólo de 1.82 metros en relación con esta altura, como

nos dicen las dimensiones citadas, el animal no sería un *orang*, sino un nuevo género de mono que diferiría materialmente en hábitos y modos de desplazamiento. Pero Johnson, quien mató a ese animal y conoce bien a los *orangs*, consideró evidentemente que sí lo era. Por lo tanto, nosotros tenemos que juzgar si es más probable que haya cometido algún error de 60 centímetros en la extensión de los brazos o de unos 30 centímetros en la altura. Este último error es de hecho el más fácil de cometer y haría que su animal coincidiera, en proporciones y tamaños, con los que existen en Europa. La facilidad con que uno puede engañarse respecto de la altura de estos animales lo demuestra muy bien el caso del orangután de Sumatra, cuya piel fue descrita por el doctor Clarke Abel. El capitán y la tripulación que mataron a este animal manifestaron que, cuando estaba vivo, rebasaba al hombre más alto y parecía tan gigantesco que ellos pensaban que medía 2.13 metros de altura, pero que cuando lo mataron y lo acostaron en el suelo encontraron que sólo medía 1.80 metros. Ahora bien, es casi increíble que la piel de un animal idéntico exista en el Museo de Calcuta, y Blyth, su último director, afirma “que no se trata en absoluto de un ejemplar de los de mayor tamaño”, lo cual quiere decir que tiene alrededor de 1.22 metros de altura.

Con estos ejemplos innegables de error en las dimensiones de los *orangs*, no es desorbitado concluir que el amigo de St. John cometió un error similar en la medición, o, mejor dicho, tal vez fue un error de memoria, ya que nunca constata que anotara las dimensiones *en el momento en el que fueron tomadas*. Y las únicas cifras que nos da St. John con su propia autoridad son que “la cabeza tenía 38 centímetros de ancho por 35 centímetros de largo”. Como mi animal más grande tenía 34 centímetros de un lado a otro de la cara, medido recién muerto, puedo entender bastante bien que cuando la cabeza llegó a Sarawak procedente de Batang-lupar, después de dos si no es que tres días de viaje, estaba tan hinchada por la descomposición que medía dos centímetros más que recién muerta. Así pues, y en suma, creo que se me permitirá decir que hasta la fecha no disponemos de las mínimas pruebas confiables sobre la existencia de *orangs* en Borneo de más de 1.27 metros de altura.

XI. BORNEO

Viaje al interior

(Noviembre de 1855-enero de 1856)

COMO se aproximaba la estación húmeda, decidí regresar a Sarawak y envié todas mis colecciones por mar con Charles Allen mientras yo me proponía remontar hasta las fuentes del río Sadong y descender por el valle de Sarawak. Como la ruta era algo difícil, llevé la menor cantidad de equipaje y sólo un criado, un muchacho malayo de nombre Bujon que conocía la lengua de los dayaks de Sadong con los que había tratado. Dejamos las minas el 27 de noviembre y al día siguiente llegamos a la población malaya de Gudong, donde me quedé el tiempo necesario para comprar fruta y huevos y visitar al *datu bandar* o gobernador malayo del lugar. Éste habitaba en una casa grande y de buena construcción, muy sucia por afuera y adentro; mostró mucha curiosidad por mis asuntos y en especial por las minas de carbón. Las minas inquietaban extraordinariamente a los nativos porque no podían entender los amplios y costosos preparativos para trabajar el carbón, ni podían creer que era para usarlo sólo como combustible, cuando la madera abunda tanto y se obtiene tan fácilmente. Era obvio que pocas veces llegaban al lugar europeos, porque muchas mujeres se escondían cuando caminaba por la aldea; una muchacha de unos diez o doce años que venía con un bambú lleno de agua del río lo dejó caer con un grito de horror y alarma en cuanto me vio, se dio la vuelta y se tiró al agua. Nadaba muy bien y no dejaba de mirar hacia atrás como si esperara que yo la fuera a seguir; gritaba con violencia todo el tiempo mientras una serie de hombres y muchachos se burlaban de su ignorante terror.

En Jahi, la siguiente aldea, la corriente era tan rápida a consecuencia de una inundación que mi pesada embarcación no podía avanzar y tuve que devolverla y continuar en otra muy pequeña y abierta. Hasta entonces el río había sido muy monótono, en las orillas había campos de arroz con sólo algunas pequeñas chozas de techo de caña que rompían la poco pintoresca línea de una ribera lodosa y coronada de hierbas altas, al fondo de la que se podía ver la parte alta de la selva tras el terreno cultivado. Unas pocas horas después de Jahi traspasamos los límites de cultivo y encontramos la maravillosa selva virgen que llegaba hasta el

borde del agua, con palmeras y enredaderas, nobles árboles, helechos y epífitas. En general las márgenes del río estaban inundadas y fue bastante difícil encontrar un lugar seco para dormir. A la mañana temprano, llegamos a Empugnan, pequeña aldea malaya situada al pie de una montaña aislada que ya habíamos visto desde la boca del río Simunjon. A partir de este lugar ya no se sintieron las corrientes y entramos en una zona de selva elevada de vegetación más bella, con grandes árboles que extienden sus ramas a través de la corriente y empinadas y térreas riberas que están revestidas de helechos y plantas cingiberáceas.

Al comienzo de la tarde llegamos a Tabokan, la primera aldea de los dayaks de las colinas. En un espacio abierto cerca del río había unos veinte muchachos jugando a algo parecido a lo que nosotros llamamos “base del prisionero”; destacaban sus adornos de cuentas y alambre de latón, sus pañuelos de vivos colores y las telas en la cintura, que constituían un panorama muy placentero. Cuando Bujon los llamó, dejaron de inmediato el juego y cargaron mis cosas hasta la “casa principal”, un edificio circular adjunto a la mayor parte de las aldeas de los dayaks y que sirve de alojamiento para forasteros, lugar de comercio, dormitorio de los jóvenes solteros y sala de la asamblea general. Se eleva sobre postes altos, tiene un gran hogar en medio, ventanas alrededor del techo y, en conjunto, es una morada muy agradable y cómoda. En las tardes se llenaba de hombres jóvenes y muchachos que venían a observarme. Se trataba en su mayoría de jóvenes intachables, y yo no podía dejar de admirar la simplicidad y elegancia de su vestimenta. Su único vestido es el largo *chawat*, o paño a la cintura, que cuelga adelante y atrás. Generalmente es de algodón azul y termina en tres franjas anchas roja, azul y blanca. Los que se lo pueden permitir llevan un pañuelo en la cabeza que o bien es rojo, con un estrecho borde de encaje dorado, o de tres colores como el *chawat*. Los aretes grandes y planos de latón en forma de luna, el pesado collar de cuentas negras o blancas, hileras de aros de latón en los brazos y las piernas y los brazaletes de concha blanca, todo contribuye a resaltar y destacar el color de la piel, de un puro café rojizo, y el cabello negro azabache. Si a todo ello se añade la pequeña bolsita que contiene betel para masticar y un largo y grácil cuchillo, ambos colocados invariablemente a uno de los lados, tenemos la indumentaria cotidiana del joven caballero dayak.

El *orang kaya* u hombre rico, como se denomina al jefe de la tribu, entró con varios de los ancianos y comenzó la *bitchara* o plática acerca de cómo conseguir una embarcación y hombres que me llevaran a la mañana siguiente. Como yo no podía entender ni una sola palabra de su idioma, que es muy diferente al malayo, no tomé parte en los procedimientos, pero estaba representado por mi mu-



FIGURA XI.1. Retrato de un joven dayak. Dibujado en madera por T. Baines, dominio público, vía Wikimedia Commons.

chacho Bujon, quien me traducía casi todo lo que se decía. En la casa había un comerciante chino y él también quería hombres para el día siguiente; pero cuando se lo insinuó al *orang kaya*, se le respondió enérgicamente que en aquel momento se estaba discutiendo el asunto de un hombre blanco y tenía que esperar otro día para que se pudiera tratar el suyo.

Cuando hubo terminado la *bitchara* y los ancianos abandonaron el lugar, pedí a los jóvenes que jugaran, bailaran o se divirtieran como acostumbraban; después de titubear un poco consintieron en hacerlo. Primero tuvieron una competencia de fuerza, con dos muchachos sentados uno frente al otro, los pies de uno contra los del otro y agarrando un palo en sus manos. Cada uno intentaba echarse hacia atrás para levantar a su adversario del suelo a base de pura fuerza o con un impulso repentino.

Después, uno de los hombres comprobó su fuerza contra dos o tres de los muchachos; y después cada uno se agarró un tobillo con una mano y, mientras uno de ellos permanecía en pie lo más firmemente posible, el otro se columpiaba

alrededor sobre una pierna para pegarle a la pierna que le quedaba libre al otro y trataba de derribarlo. Cuando terminaron de jugar estas competencias con diversos resultados, tuvimos un novedoso concierto. Algunos colocaron una pierna cruzada sobre la rodilla de la otra golpeando enérgicamente los dedos sobre el tobillo; otros se golpeaban los brazos contra los costados como un gallo cuando va a cantar, haciendo así una gran diversidad de sonidos de percusión, mientras otros, con la mano bajo la axila, producían una profunda nota de trompeta. Como todos llevaban el ritmo muy bien, el efecto no era desagradable en absoluto. Parecía que era una de sus diversiones favoritas y la mantenían con un gran ánimo.

Al día siguiente emprendimos el camino en una embarcación de unos nueve metros de largo por sólo 70 centímetros de ancho. La corriente cambió de naturaleza repentinamente. Hasta entonces, aunque veloz, había sido profunda y regular, encauzada entre empinadas márgenes. Ahora se precipitaba y encrespaba sobre un lecho de guijarros, arena o rocas que ocasionalmente formaban cascadas y rápidos, lanzando a una u otra orilla guijarros de bellos colores. Era imposible avanzar con los remos, pero los dayaks nos impulsaron con palos de bambú a gran velocidad y con gran destreza, sin perder el equilibrio en una embarcación tan estrecha e inestable, a pesar de que iban de pie y hacían mucho esfuerzo. Era un día luminoso y el ánimo esforzado de los hombres y la velocidad del agua que centelleaba en el brillante y variado follaje, que desde cada una de las orillas se extendía sobre nosotros, producían una viva sensación que me recordó mis viajes en canoa por las inmensas aguas de Sudamérica.

Llegamos temprano en la tarde a la aldea de Borotoi y, aunque hubiera sido fácil proseguir hasta la siguiente antes del anochecer, tuve que quedarme, pues mis hombres querían regresar y no podía conseguir sustitutos para continuar sin pasar por las conversaciones preliminares. Además, un hombre blanco era algo demasiado extraño como para permitir que se escapara y sus mujeres nunca los hubieran perdonado si, al regresar de los campos, se encontrasen con que no les habían guardado tal curiosidad para que ellas pudieran verla. Al entrar en la casa a la que fui invitado, se reunió una multitud de 60 o 70 hombres, mujeres y niños a mi alrededor y yo me quedé sentado una media hora como un animal raro, sometido por primera vez a la mirada escrutadora de un público inquisidor. Había brazaletes de latón en suma profusión, muchas de las mujeres tenían los brazos completamente cubiertos de ellos, así como las piernas desde el tobillo hasta la rodilla. Alrededor de la cintura llevaban una docena o más de aros de bello ratán teñido de rojo a los que se sujetaban las enaguas. Debajo de éstas llevan generalmente unos cuantos aros de latón, un cinto de pequeñas

monedas de plata y a veces un ancho cinturón también de latón. En la cabeza portan un sombrero cónico sin corona, formado de cuentas de varios colores y que mantiene su forma con anillos de ratán, constituyendo un fantástico tocado muy pintoresco.

En un paseo a una pequeña colina cerca de la aldea con cultivos de arroz, pude contemplar muy bien el panorama que empezaba a tener bastantes colinas y, hacia el sur, montañas. Tomé puntos de orientación y esbozos de todo lo que se veía, operación que causó gran asombro a los dayaks que me acompañaban y originó la petición de que mostrara mi brújula al regreso. Me rodeó entonces una multitud mucho mayor que la anterior y, cuando cené en medio de un círculo de unos cien espectadores que observaban ansiosamente cada uno de mis movimientos y criticaban cada bocado, mis pensamientos recurrieron involuntariamente a los leones en el momento de comer. Al igual que esos nobles animales, yo también estaba acostumbrado y no afectaba mi apetito. Los niños eran más tímidos aquí que en Tabokan y no pude persuadirlos de que jugaran. Me convertí, pues, en presentador de espectáculos; mostré en sombras la cabeza de un perro comiendo y les gustó tanto que acabó llegando toda la aldea a verla. El “conejo en la pared” no tiene efecto en Borneo ya que no hay ningún animal que se le parezca. Los muchachos llevan tocados de forma parecida a una peonza pero tejidos de cuerda.

A la mañana siguiente continuamos, pero el río era tan rápido y poco profundo y las embarcaciones tan pequeñas que, aunque no llevaba conmigo más que una muda de ropa, una escopeta y unos cuantos utensilios de cocina, fueron necesarias dos embarcaciones para trasladarme. La roca que aparecía de vez en cuando a las orillas del río era pizarra de arcilla endurecida, a veces cristalina, que se elevaba casi en vertical. A nuestra derecha e izquierda se elevaban montañas calizas, aisladas con sus blancos precipicios brillando al sol y que contrastaban maravillosamente con la exuberante vegetación que las revestía en otras partes. El lecho del río era una masa de guijarros, en su mayoría de puro cuarzo blanco, pero con abundancia de jaspe y ágata de un precioso veteado. Eran sólo las diez de la mañana cuando llegamos a Budw y, aunque había muchas personas a disposición, no pude convencerlas de que me llevaran a la próxima aldea. El *orang kaya* dijo que si yo insistía en conseguir hombres él por supuesto me los obtendría, pero cuando le tomé la palabra y le dije que tenía que conseguirlos me hizo una nueva amonestación. La idea de continuar ese día parecía tan contraproducente que tuve que claudicar. Me fui a pasear a los campos de arroz, que son muy extensos y cubren una serie de colinas y valles pequeños en los que la re-

gión parece fragmentarse, y tuve un panorama de colinas y montañas en todas direcciones.

Por la tarde llegó el *orang kaya* vestido de gala —una reluciente chaqueta de terciopelo pero sin pantalones— y me invitó a su casa, donde me ofreció un lugar de honor bajo un dosel de percal blanco y pañuelos de colores. La gran veranda estaba llena de gente y en el suelo había grandes platos de arroz con huevos crudos y cocidos a guisa de regalos. Un hombre muy anciano se vistió con ropa de vivos colores y muchos adornos y, sentado junto a la puerta, murmuró una larga plegaria o invocación, mientras rociaba el arroz que recogía de un cuenco que sostenía en la mano y otros golpeaban fuertemente varios gongs grandes y disparaban una salva de mosquetes. Empezó a circular una gran jarra de vino de arroz, muy agrio pero de sabor agradable, y pedí ver algunos de sus bailes. Las danzas eran, como la mayoría de las representaciones salvajes, aburridas y sin gracia; los hombres vestidos absurdamente como mujeres y las muchachas moviéndose tiesas y ridículas. Sonaban todo el tiempo seis u ocho grandes gongs chinos golpeados con los fuertes brazos de otros tantos jóvenes, y que producían una discordancia tan ensordecedora que me alegré de poderme escapar a la casa redonda, donde dormí muy cómodamente con media docena de cabezas humanas ahumadas y secas que colgaban sobre la mía.

El río era tan angosto en aquel lugar que las embarcaciones apenas podían pasar por él. Por tanto preferí caminar a la próxima aldea con la esperanza de ver algo del paisaje, pero me sentí muy contrariado porque casi toda la senda transcurría entre espesuras de bambú. Los dayaks cultivaban dos cosechas consecutivas en aquel terreno, una de arroz y otra de caña de azúcar, maíz y hortalizas. Después, la tierra descansa ocho o 10 años en barbecho y se cubre de bambúes y matorrales que muchas veces forman un arco sobre el camino y ocultan todo a la vista. Tres horas de caminata nos llevaron a la aldea de Senankan, donde tuve que permanecer de nuevo todo el día; consentí en hacerlo ante la promesa que me hizo el *orang kaya* de que al día siguiente sus hombres me llevarían hasta Senna, en el nacimiento del río Sarawak, atravesando otras dos aldeas. Me distraje todo lo que me fue posible hasta la tarde y caminé por la parte alta para ver el paisaje y registrar la orientación de las principales montañas. Después hubo otra audiencia pública con ofrendas de arroz y huevos y bebimos vino de arroz. Estos dayaks cultivan una gran extensión de terreno y suministran mucho arroz a Sarawak. Son ricos en gongs, charolas de latón, alambre, monedas de plata y otros artículos en los que consiste la riqueza de su pueblo. Las mujeres y los niños van muy adornados con collares de cuentas, conchas y alambre de latón.

Por la mañana esperé un poco, pero los hombres que iban a acompañarme no se presentaron. Cuando envié a buscar al *orang kaya* me enteré de que tanto él como otro jefe habían salido aquel día y, al preguntar la razón, me contestaron que no habían podido convencer a ninguno de sus hombres de que me acompañaran porque el viaje era largo y fatigoso. Como estaba decidido a continuar, dije a los pocos hombres que quedaban que los jefes se habían comportado mal, que haría saber de su conducta al rajá y que quería emprender el camino de inmediato. Todos los presentes dieron una excusa y fueron a buscar a otros; a fuerza de amenazas y promesas, y de Bujon, que recurrió a toda su elocuencia, logramos partir con dos horas de retraso. Los primeros kilómetros de camino transcurrieron por claros campos de arroz y el paisaje consistía en cimas pequeñas pero escarpadas y profundos valles sin un solo metro de terreno plano. Después de cruzar el río Kayan, afluente principal del Sadong, llegamos a las primeras estribaciones del monte Seboran; la senda continuaba por una cima abrupta y algo empinada desde la que se contemplaba un excelente panorama. Los rasgos eran los mismos que los del Himalaya pero en miniatura, como los describen el doctor Hooker y otros viajeros. Parecía una maqueta natural de algunas de esas vastas montañas a una escala de uno a diez: lo que en el Himalaya eran miles de metros aquí eran cientos. Descubrí entonces el origen de los bellos guijarros que tanto me habían gustado en el lecho del río. Ya no había roca pizarrosa, y las montañas estaban formadas de un conglomerado de arena y piedra que en algunas partes consistía en masas de guijarros compactos. Podría haber sabido que corrientes tan pequeñas no pueden producir tal cantidad de conglomerados y compuestos de los materiales más duros. Era evidente que se habían formado en eras pasadas por la acción de alguna corriente continental o marina antes de que la gran isla de Borneo emergiera del océano. La existencia de un sistema de colinas y valles, que reproduce en miniatura todas las características de una gran región montañosa, tiene una importante repercusión en la teoría moderna que sostiene que la forma del terreno se debe principalmente a la acción atmosférica y no a la subterránea. Cuando en tres kilómetros cuadrados de terreno hay ramificaciones de valles y barrancas que van en muchas direcciones diferentes, parece casi imposible atribuir su formación o incluso su origen a desmoronamientos y fisuras producidos por terremotos. Por otra parte, la naturaleza de la roca, que con tanta facilidad se descompone y es arrastrada por el agua, y la conocida acción de las abundantes lluvias tropicales son, en este caso al menos, causas suficientes para la formación de este tipo de valles. Pero la semejanza entre sus formas y contornos, su modo de ramificarse, las pendientes y cimas que los dividen, y los del gran panorama mon-

tañoso del Himalaya es tan notoria que llegamos inevitablemente a la conclusión de que las fuerzas que han actuado en los dos casos han sido las mismas; sólo difieren por el tiempo en que estas fuerzas han estado activas y en la naturaleza del material sobre el que han tenido que actuar.

Casi al mediodía llegamos a la aldea de Menyerry, bellamente situada en un risco de la montaña a unos 180 metros sobre el valle y desde la que se divisa una encantadora vista de las montañas de esta parte de Borneo. Desde ahí pude contemplar la montaña Penrissen, en el nacimiento del río Sarawak y una de las más elevadas de la zona, con una altura de unos 1 800 metros sobre el nivel del mar. Al sur de Rowan, y bastante alejadas, las montañas Untowan en territorio holandés parecían también elevadas. Al descender de Menyerry cruzamos de nuevo el Kayan, que bordea el risco, y ascendimos al desfiladero que divide los valles de Sadong y Sarawak y tiene unos 600 metros de altura. El descenso fue muy placentero. Un río, en lo profundo de una garganta rocosa, transcurría en dos brazos a cada uno de nuestros lados y fuimos descendiendo a uno de ellos, pasando por muchas hondonadas y sobre algunos precipicios a través de puentes de bambú hechos por los nativos. Algunos tenían varios cientos de metros de longitud y 15 o 20 de altura; un bambú liso de 10 centímetros de diámetro formaba la pasarela con un delgado barandal, también de bambú, que en ocasiones se bamboleaba tanto que únicamente se podía utilizar como guía y no como apoyo.

Al caer la tarde llegamos a Sodos, situada sobre un risco entre dos corrientes de agua y circundada de árboles frutales que impedían ver el paisaje. El alojamiento era amplio, limpio y cómodo y la gente muy servicial. Muchas de las mujeres y los niños no habían visto antes un hombre blanco y no podían creer que tuviera el mismo color de la cara en todo el cuerpo. Me suplicaron que les mostrara los brazos y el cuerpo, y como eran tan amables y afables me sentí obligado a satisfacerlos, así que levanté el borde de mis pantalones y les enseñé el color de mi pierna, que examinaron con gran interés.

Por la mañana temprano continuamos el descenso por un hermoso valle con montañas que se elevaban 600 y 900 metros en todas direcciones. El pequeño río aumentó rápidamente de tamaño hasta que llegamos a Senna, donde se había convertido en una considerable corriente abundante en guijarros y navegable para pequeñas canoas. Allí de nuevo se puede observar ese levantamiento de la corteza terrestre de roca pizarrosa con la misma inclinación y orientación que en el río Sadong. Cuando pedí una embarcación para descender la corriente, me dijeron que los dayaks del Senna nunca hacen ni usan embarcaciones. Eran montañeses que habían bajado a los valles hacía sólo 20 años y no habían adquirido

todavía nuevas costumbres. Pertenecen a la misma tribu que los de Menyerry y los de Sodos. Construyen buenos caminos y puentes y cultivan gran parte de la montaña, lo cual confiere un aspecto más placentero y civilizado al lugar que allí donde la población se traslada sólo en barcas y se limita a cultivar las márgenes de los ríos.

Tras alguna dificultad renté una embarcación a un comerciante malayo y encontré a tres dayaks que habían ido varias veces a Sarawak con malayos y pensaban que podían arreglárselas para llevarme. Resultaron muy torpes. La embarcación se les varaba continuamente y se golpeaba contra las peñas, y ellos perdían el equilibrio con tanta facilidad que casi volcaron la embarcación y estuvieron a punto de caer al agua, todo lo cual era un sorprendente contraste con la habilidad de los dayaks del mar. Al fin llegamos a un rápido verdaderamente peligroso en el que las embarcaciones se iban a pique con frecuencia y mis hombres no se atrevían a pasarlo. Nos alcanzaron unos malayos con un cargamento de arroz que, después de descender el rápido sin ningún problema, enviaron amablemente a uno de sus hombres para que nos ayudara. Como era de temer, mis dayaks perdieron el equilibrio en la parte crucial del recorrido; si hubieran estado solos con toda seguridad hubieran volcado la embarcación. El río se hizo entonces sumamente pintoresco, con claros en las riberas, con campos de arroz que permitían una buena vista del paisaje. Había bastantes graneros pequeños contruidos sobre los árboles, cuyo ramaje caía sobre el río, con una pasarela inclinada de bambú que permitía el acceso a ellos desde la orilla. De vez en cuando cruzaban la corriente puentes colgantes de bambú en los lugares en que los árboles, al caer sobre el río, eran propicios para su construcción.

Aquella noche dormí en la aldea de los dayaks de Sebungon y al día siguiente llegué a Sarawak atravesando un bellissimo paisaje con montañas de piedra caliza de formas fantásticas y blancos precipicios en todas direcciones, revestidos y festoneados por una exuberante vegetación. Las márgenes del río Sarawak están cubiertas de árboles frutales que proporcionan a los dayaks gran parte de su alimento. Abundan el mangostán, el *lansat*, el rambután, la nanjea, el yambo y el blimbing, pero el más profuso y apreciado es el durian o durión, fruto del que se conoce poco en Inglaterra, pero que tanto los nativos como los europeos en el archipiélago malayo consideran superior a los demás. El antiguo viajero Linschott escribió en 1599: "Es de un sabor tan excelente que supera en gusto a todos los demás frutos del mundo según los que lo han probado". Y el doctor Paludanus añade: "Este fruto es de naturaleza caliente y húmeda. A los que no están acostumbrados a él, al principio les parece que huele a cebolla podrida, pero en cuan-

to lo prueban lo prefieren a cualquier otro alimento. Los nativos le dan títulos de honor, lo exaltan y le componen versos”. Cuando se introduce a una casa, el olor suele ser tan desagradable que hay personas que no pueden soportar probarlo. Ése fue mi caso cuando lo probé por primera vez en Malaca, pero en Borneo encontré un fruto maduro en el suelo y, al comerlo al aire libre, me convertí de inmediato en un empedernido partidario del durión.

El durión crece en un árbol de la selva grande y alto que de alguna manera se parece al olmo en sus características generales, pero tiene una corteza más lisa y escamosa. El fruto es redondo o ligeramente ovalado, del tamaño de un coco grande, verde y cubierto de espinas cortas y fuertes, cuyas bases se tocan unas con otras y son, por lo tanto, algo hexagonales en tanto que las puntas son muy duras y afiladas. Es tan espinoso que si se rompe el tallo es difícil recogerlo del suelo. La corteza exterior es tan gruesa y dura que aunque caiga de muy alto no se rompe. De la base al ápice podrían trazarse unas líneas muy tenues sobre las que las espinas se arquean un poco; son las suturas de los carpelos y muestran por dónde se puede dividir el fruto con un buen cuchillo y mano enérgica. Las cinco células son de un blanco satinado por dentro y cada una tiene una pulpa ovalada color crema, e incrustadas en ella dos o tres semillas del tamaño de castañas. La pulpa es la parte comestible y su consistencia y sabor son indescriptibles. Una crema parecida a la mantequilla con un intenso sabor a almendras es lo que da la mejor idea del fruto pero, entremezclado con este sabor, hay otros que recuerdan al queso crema, la salsa de cebolla, el jerez dulce y otras incongruencias. Además la pulpa tiene una suavidad viscosa única y que acentúa su delicadeza. No es ácido ni dulce ni jugoso y, pese a todo, no se nota la ausencia de esas cualidades porque es perfecto tal cual es. No produce náusea ni ningún otro mal efecto y cuanto más se come más gusta. En realidad, comer durión es una nueva sensación que merece la pena un viaje al Oriente para experimentarla.

Cuando el fruto está maduro, cae por sí solo y la única manera de comer duriones en su perfección es agarrarlos del suelo; el aroma es entonces menos embriagador. Verde y cocido es una excelente verdura, aunque los dayaks lo comen también crudo. En una buena temporada de frutas, se preparan en conserva grandes cantidades en jarros y bambúes con sal, donde se mantienen todo el año; es entonces cuando adquieren ese olor tan desagradable para los europeos, pero los dayaks lo aprecian mucho como saborizante del arroz. En la selva hay dos variedades de duriones silvestres con frutos mucho más pequeños, uno de ellos de color anaranjado por dentro, y que son probablemente el origen de los duriones grandes e inigualables que nunca se dan en forma silvestre. Tal vez no sería

correcto decir que el durión es el mejor de los frutos porque no puede sustituir a los tipos subácidos y jugosos como la naranja, la uva, el mango y el mangostán, cuyas cualidades refrescantes y refrigerantes son tan benéficas y agradables; pero como alimento del más exquisito sabor es incomparable. Si tuviera que decidirme por dos frutos que representaran la perfección de las dos clases, escogería sin duda el durión y la naranja como el rey y la reina de estos frutos.

Sin embargo, a veces el durión es peligroso. Cuando el fruto empieza a madurar cae a diario, casi cada hora, y es frecuente que las personas que caminan o trabajan bajo los árboles tengan accidentes. Cuando un durión cae sobre una persona le produce una terrible herida porque las espinas desgarran la carne y el propio golpe es muy fuerte; pero es raro que cause la muerte, ya que la copiosa efusión de sangre impide la inflamación que de otro modo tendría lugar. Un jefe dayak me informó que había sido abatido por un durión que le cayó en la cabeza y pensó que le causaría la muerte, pero se recuperó en muy poco tiempo.

Poetas y moralistas, juzgando por nuestros árboles y frutos en Inglaterra, han creído que los frutos pequeños crecen siempre en árboles altos y por eso su caída era inofensiva para los seres humanos, en tanto que los grandes crecían en el suelo. No obstante, dos de los frutos más grandes y pesados que se conocen, la nuez de Brasil (*Bertholletia*) y el durión, crecen en árboles altos de los que caen en cuanto están maduros y con frecuencia hieren o matan a los indígenas. De esto podemos aprender dos cosas: en primer lugar, no sacar conclusiones generales de un punto de vista muy parcial sobre la naturaleza, y, en segundo, que los árboles y frutos, no en menor grado que las producciones diversas del reino animal, no parece que estén organizados con exclusiva referencia al uso y la conveniencia del ser humano.

Durante mis múltiples viajes a Borneo y en especial durante mis varias estancias con los dayaks, aprecié por primera vez las admirables cualidades del bambú. En las partes de Sudamérica que había visitado previamente estas hierbas gigantes eran relativamente escasas, y donde las había no eran muy utilizadas, pues su lugar lo ocupaban, para un cierto tipo de usos, la gran variedad de palmas y, para otros, las calabazas y las güiras. Casi todos los países tropicales producen bambú y, donde se da en abundancia, los nativos lo aplican a una diversidad de usos. Su resistencia, ligereza, suavidad, rectitud, redondez y oquedad, la facilidad y regularidad con la que se puede partir, sus múltiples tamaños, la longitud variable de sus nudos, la facilidad con que se puede cortar y hacer agujeros en él, su dureza exterior, la falta de olor o sabor pronunciados, su gran abundancia y la rapidez de su crecimiento y profusión, son cualidades que lo hacen útil para mu-

chos y diferentes fines que con otros materiales se requeriría mucho más trabajo y preparación. El bambú es uno de los productos más maravillosos y hermosos de los trópicos y uno de los regalos más valiosos de la naturaleza al hombre no civilizado.

Todas las casas de los dayaks se elevan sobre postes y suelen tener de 60 a 90 metros de longitud por 12 o 15 metros de anchura. El suelo siempre está formado de tiras de grandes bambúes casi planas y de unos siete centímetros de ancho, firmemente amarradas con ratán a las vigas del suelo. Cuando está bien hecho, es un piso delicioso para caminar descalzo sobre él, ya que las superficies redondeadas del bambú son muy suaves y agradables a los pies, además de que permiten un paso firme. Pero, lo que es más importante, constituyen una excelente cama poniendo una estera encima, ya que la elasticidad del bambú y su superficie redondeada lo hacen muy superior a un suelo más rígido y plano. Éste es un obvio ejemplo de un uso del bambú que no nos puede proporcionar ningún otro material sin que sea necesario mucho trabajo, ya que las palmas y otros sustitutos requieren mucha labor de corte y pulido y, una vez acabados, no son tan buenos. Cuando se necesita un suelo plano y tupido, se consiguen excelentes duelas con grandes bambúes divididos a lo largo y aplanándolos hasta llegar a formar duelas de 45 centímetros de ancho y dos metros de largo, con las que algunos dayaks construyen el piso de sus casas. Estas láminas, con el roce continuo y el humo de los años, se oscurecen y pulen hasta que parecen de nogal o roble y casi no se puede reconocer el verdadero material. El salvaje se ahorra así mucho trabajo, ya que sus únicas herramientas son el hacha y el cuchillo; cuando necesita tablones, tiene que cortarlos del macizo tronco de un árbol y dedicar días y semanas de trabajo para obtener una superficie tan lisa y bella como la que el bambú así tratado le proporciona. También cuando se necesita una vivienda temporal, ya sea para el nativo en su plantación o para el viajero en la selva, nada hay más conveniente que el bambú, con el que se puede construir una casa con una cuarta parte del trabajo y del tiempo que requerirían otros materiales.

Como ya lo he mencionado, los dayaks de las colinas en el interior de Sarawak construyen caminos para cubrir largas distancias de aldea a aldea y a sus cultivos, en cuyos trayectos tienen que atravesar muchas barrancas y hondonadas, e incluso ríos; o a veces, para evitar un gran circuito, continuar el camino pasando sobre un gran precipicio. En todos estos casos, los puentes que construyen son de bambú y el material se adapta tan admirablemente a este fin que cabe la duda de si hubieran intentado esas obras si no dispusieran de él. El puente dayak

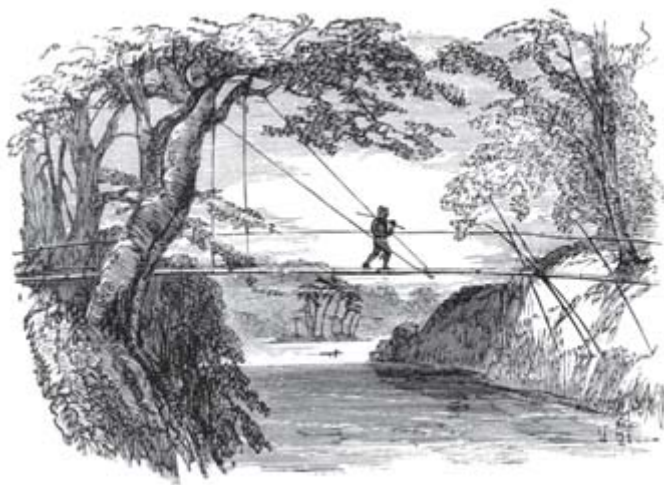


FIGURA XI.2. *Dayak cruzando un puente de bambú. Dibujado en madera por Fitch, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

es simple pero bien concebido. Consiste sólo en resistentes bambúes que se entrecruzan en forma de X y que se plantan sobre el suelo a unos cuantos centímetros de altura a cada extremo. En donde se cruzan están firmemente amarrados entre sí y también a un gran bambú que descansa en ellos y forma la única pasarela, con otro delgado y a menudo muy bamboleante que funge de barandal. Cuando se ha de cruzar un río se escoge un árbol que caiga sobre él, del cual se cuelga el puente, que también está reforzado con puntales oblicuos desde las orillas. Así se evita colocar postes en la corriente que podrían ser arrastrados por ella. Cuando se pasa un puente sobre un precipicio, se hace uso de árboles y raíces para apoyarse; las fisuras o hendiduras de las rocas sirven también de puntos de apoyo y, cuando no bastan, se clavan en los bordes o en la rama de algún árbol inmensos bambúes de entre 15 y 18 metros de longitud. Estos puentes los atraviesan diariamente hombres y mujeres que llevan pesadas cargas, de modo que pronto se descubre cualquier falla y, como los materiales están a la mano, se repara de inmediato. Cuando el camino pasa por un terreno muy empinado que en clima muy húmedo o seco se vuelve resbaladizo, el bambú se utiliza de otra manera: se cortan pedazos de un metro con muescas a cada uno de los extremos y se perforan agujeros en los que se clavan estacas, formando así peldaños firmes y cómodos con la mayor facilidad y rapidez. Es cierto que gran parte de esta obra se deteriora en una o dos temporadas, pero se puede remplazar

con tanta facilidad que resulta más económica que utilizar madera resistente y duradera.

Uno de los usos más sorprendentes que los dayaks dan al bambú es servirse de él para trepar a árboles altos clavando estacas del modo ya descrito en las páginas 83-84. Este método se usa constantemente para recolectar la cera, uno de los productos más valiosos del país. La abeja mielera de Borneo, en general, cuelga sus colmenas bajo las ramas del tapa, árbol que se eleva sobre los demás de la selva y cuyo tronco liso y cilíndrico llega a menudo a los 30 metros sin una sola rama. Los dayaks trepan estos altos árboles en la noche, construyendo sus escaleras de bambú a medida que van subiendo, y así tienen acceso a gigantescos panales que les proporcionan un festín de miel y abejas jóvenes, además de cera que venden a los comerciantes, con cuyo producto compran los codiciados alambres de latón, aretes y pañuelos de borde dorado con los que les encanta adornarse. Para trepar el duriano y otros árboles frutales, cuyas ramas comienzan a unos nueve a 15 metros de altura, los he visto usar únicamente las estacas de bambú sin el bambú vertical, que las hace un tanto más seguras.

La capa exterior del bambú, partida por la mitad y pulida hasta adelgazarla, es el material más fuerte para canastos; las caponeras para gallinas, jaulas de pájaros y trampas de pesca cónicas se elaboran muy fácilmente con un solo nudo, partiéndolo a lo largo en tiras estrechas que se dejan unidas en un extremo y colocando aros del mismo material o de ratán a distancias regulares. El agua de las casas llega a través de pequeños acueductos formados por grandes bambúes partidos por la mitad y apoyados sobre palos cruzados de diversas longitudes que le dan una caída regular. Bambúes delgados y unidos forman las únicas vasijas de los dayaks y hay una docena de ellas en el rincón de cada casa. Son limpias, ligeras y fáciles de acarrear, y en muchos sentidos superiores a las vasijas de barro para los mismos fines. También pueden ser excelentes utensilios de cocina; las verduras y el arroz se cuecen en ellas a la perfección y son muy útiles en los viajes. En vez de utilizar tarros o botellas, se puede conservar en ellas frutas o pescado salado, azúcar, vinagre y miel. En una cajita de bambú, preciosamente tallada y adornada, el dayak lleva el *sirih* y la cal para masticar betel; su machete de hoja larga va en una vaina de bambú. Su pipa favorita es un enorme narguile, que construye en unos minutos insertando oblicuamente un pequeño pedazo de bambú, a modo de hornillo, en un gran cilindro de unos 15 centímetros de fondo que contiene agua; a través de aquél el humo pasa a un tubo de bambú largo y delgado. Hay muchas otras cosas pequeñas para las que se usa el bambú a diario, pero ya he mencionado suficientes que muestran su gran valía. En otras partes

del archipiélago he observado muchas y nuevas aplicaciones y es probable que mis limitados medios de observación sólo me permitieran conocer la mitad de los usos a los que lo destinan los dayaks de Sarawak.

En lo que respecta a plantas, ahora voy a mencionar unos cuantos de los productos vegetales más notorios de Borneo. Las maravillosas plantas de hoja de cántaro o utriculares, que forman el género *Nepenthes* de los botánicos, alcanzan aquí su máximo desarrollo. Las cimas de las montañas abundan en ellas. Se arrastran por el suelo o trepan por las matas y los árboles bajos con sus elegantes canastos colgando en todas direcciones. Algunos son largos y gráciles, parecidos de forma a la hermosa esponja de encaje filipina (*Euplectella*), tan común ahora; otros son verdes, anchos y cortos, están variadamente teñidos y moteados de rojo o morado. Las plantas más bellas que se conocen de este género se obtuvieron en la cima del Kini-balou, al noroeste de Borneo. Una de las del género ancho, la *Nepenthes rajah*, puede contener hasta medio litro de agua en su cántaro. Otra, la *Nepenthes edwardsiana*, tiene un canasto estrecho de 50 centímetros de largo y crece hasta seis metros de altura.

Los helechos son abundantes, pero no tan variados como en las montañas volcánicas de Java, y los árboles de helecho no son tan copiosos ni tan grandes como en esa isla. Crecen a una altura bastante baja respecto del nivel del mar y en general son plantas esbeltas y delgadas de 2.5 a 4.5 metros de altura. Sin dedicar mucho tiempo a la búsqueda, en Borneo reuní 50 especies de helechos y no me cabe duda de que un botánico hubiera obtenido el doble. El interesante grupo de las orquídeas es muy abundante, pero, como ocurre en general, nueve décimas partes de la especie tienen flores pequeñas y poco llamativas. Entre las excepciones se cuentan las bellas *Coelogyne*, cuyos grandes racimos de flores amarillas adornan las selvas más sombrías, y esa planta tan extraordinaria, la *Vanda lowii*, que abunda especialmente cerca de algunos manantiales calientes a las faldas del monte Peninjauh. Crece en las ramas bajas de los árboles y sus raras espigas de flores a veces cuelgan hasta llegar al suelo. Tienen de dos a dos y medio metros de largo y están cargadas de grandes y hermosas flores de ocho centímetros de ancho que varían de color, de anaranjado a rojo, con manchas de un rojo violáceo oscuro. Medí una espiga que alcanzaba la extraordinaria longitud de tres metros y tenía 36 flores dispuestas en espiral sobre un tallo fino, casi como un hilo. Los ejemplares cultivados en nuestros invernaderos ingleses han producido espigas de flores de igual longitud y con un número mucho mayor de flores.

Las flores eran bastante escasas, como suele suceder en las selvas ecuatoriales, y sólo a largos intervalos hallé algo sobresaliente. Encontré algunas bellas trepa-



FIGURA XI.3. *Vanda lowii*. Dibujado en madera por Fitch, dominio público, vía Wikimedia Commons.

doras, en especial una hermosa *Aeschynanthus*, amarilla y carmesí, y una preciosa planta leguminosa con grupos de grandes flores, como la *Cassia*, de un vivo color púrpura. Una vez encontré una serie de pequeños árboles anonáceos del género *Polyalthea*, que producían un efecto muy sorprendente en la penumbra de la selva. Tenían unos nueve metros de altura, con sus finos troncos cubiertos de grandes flores rojas en forma de estrella, reunidas como guirnaldas, hasta el punto de parecer más una decoración artificial que un producto natural.

La selva es copiosa en árboles gigantescos con ramas cilíndricas o a modo de puntales; de vez en cuando el viajero se tropieza con una maravillosa higuera cuyo tronco es, a su vez, una selva de tallos y raíces aéreas. En ocasiones todavía más excepcionales, se encuentra con árboles que parece que han empezado a crecer en el aire y desde ese punto envían ramas hacia arriba y una complicada pirámide de raíces que desciende de 20 a 25 metros hasta el suelo, desplegándose de tal manera a cada uno de sus lados que una persona puede permanecer de pie en el centro con el tronco del árbol arriba de su cabeza. Árboles de esta natura-

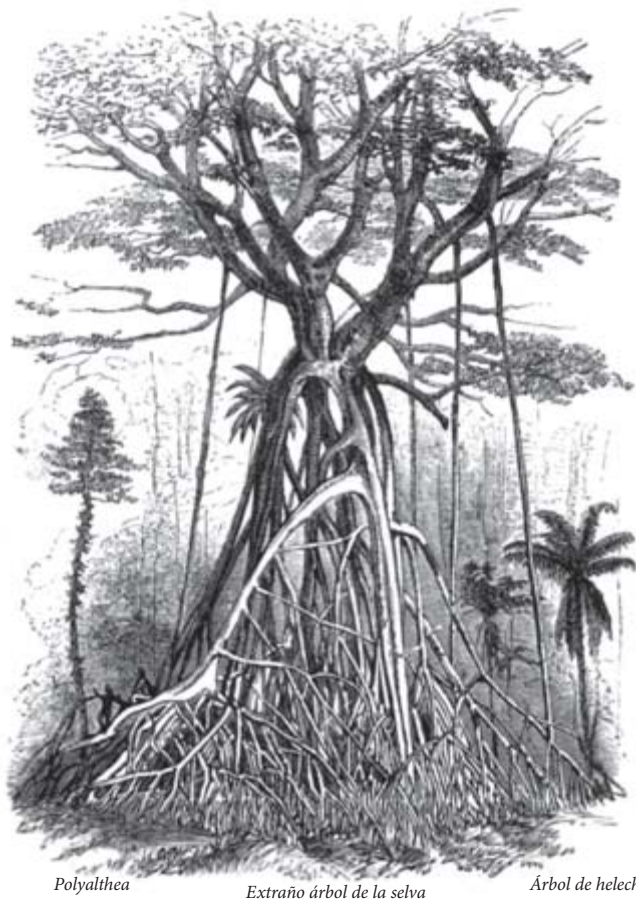
*Polyalthea**Extraño árbol de la selva**Árbol de helecho*

FIGURA XI.4. *Dibujado en madera por Fitch, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

leza se encuentran por todo el archipiélago, y la ilustración que incluyo (tomada de uno que yo solía visitar en las islas Aru) transmite cierta idea de su aspecto general. Creo que originalmente fueron parásitos y crecieron de semillas transportadas por pájaros y depositadas en algún entronque de ramas de otro árbol alto. Por eso fueron desarrollando raíces aéreas que abrazaron hasta destruir al árbol soporte, el cual acaba siendo sustituido por la modesta planta que al principio dependía de él. En el reino vegetal tenemos, pues, una verdadera batalla por la vida, no menos fatal para el vencido que en las luchas entre animales que podemos observar y comprender con mayor facilidad. La ventaja de un acceso más

rápido a la luz, al calor y al aire, que tienen las plantas trepadoras, la aprovecha en este caso un árbol que goza de medios para iniciar su vida a una altura que otros sólo pueden alcanzar después de muchos años de crecimiento, y sólo cuando la caída de algún árbol les deja espacio suficiente. Así es como en el clima cálido, húmedo y uniforme de los trópicos se ocupa cualquier lugar disponible para convertirlo en el medio donde desarrollar nuevas formas de vida especialmente adaptadas para aprovecharlo.

Al llegar a Sarawak a principios de diciembre, me di cuenta de que no habría oportunidad de regresar a Singapur hasta fines de enero. Acepté, por lo tanto, la invitación de James Brooke a pasar una semana con él y St. John en su casa de campo de Peninjauh, una montaña piramidal muy empinada y formada de roca basáltica cristalina, con una altura de unos 300 metros y cubierta de una exuberante selva. En ella hay tres aldeas dayak y, sobre una pequeña plataforma cerca de la cumbre, se encuentra la rústica residencia de madera a la que el rajá inglés solía ir a descansar y respirar aire puro. Está sólo a 32 kilómetros río arriba, pero el sendero que sube a la montaña consiste en una serie de escalas sobre precipicios, puentes de bambú sobre barrancas y grietas, sendas resbaladizas sobre rocas y troncos de árbol, y enormes peñas del tamaño de casas. Un manantial de agua fresca bajo el saliente de una roca que se encontraba justo bajo la casa nos ofrecía la oportunidad de baños refrescantes y de agua potable deliciosa. Los dayaks nos traían a diario canastos repletos de mangostanos y lansats, dos de los frutos subácidos tropicales más deliciosos. Para Navidad (la segunda vez que la pasaba con James Brooke) regresamos a Sarawak, cuando todos los europeos tanto residentes en la ciudad como en otros puestos disfrutaban de la hospitalidad del rajá, que poseía en grado sumo el arte de hacer que todos se sintieran cómodos y contentos a su alrededor.

Unos días después regresé a la montaña con Charles y un muchacho malayo de nombre Alí. Me quedé allí tres semanas con el objetivo de hacer una colección de conchas de tierra, mariposas y palomillas, helechos y orquídeas. En la colina los helechos eran bastante copiosos y reuní una colección de unas 40 especies. Pero lo que más ocupado me mantuvo fue la gran abundancia de palomillas, que en algunas ocasiones pude capturar. Como durante mis ocho años de viajes por el Oriente nunca encontré ningún otro lugar en que estos insectos abundaran tanto, puede resultar interesante determinar las condiciones precisas en que esta vez los obtuve.

A un lado de la casa había una veranda desde la que se divisaba una vertiente de la montaña densamente cubierta de selva hasta la cumbre a la derecha. Los

tablones de madera de las paredes de la casa estaban blanqueados con cal. En cuanto se hacía de noche, colocaba la lámpara sobre una mesa arrimada a la pared y con pinzas, fórceps para insectos, red y cajas para coleccionarlos a mi lado, me sentaba a leer un libro. Algunas veces sólo una solitaria mariposa nocturna venía a visitarme en toda la tarde, mientras que otras noches caían en una lluvia continua y me tenían ocupado hasta pasada la medianoche cazándolas y prendiéndolas con alfileres. Llegaban literalmente a miles. Esas buenas noches fueron muy pocas. Durante las cuatro semanas que pasé en total en la colina, sólo gocé de cuatro noches realmente buenas que siempre fueron de lluvia y, la mejor de ellas, de diluvio. Pero las noches húmedas no siempre eran propicias, porque una noche lluviosa con claro de luna no produce casi nada. Estaban representadas todas las familias principales de mariposas nocturnas y la belleza y variedad de las especies era muy grande. En las noches buenas pude capturar de 100 a 500 mariposas, y en cada ocasión la mitad o dos terceras partes de esta cantidad eran especies distintas. Algunas se posaban en la pared, otras en la mesa y muchas volaban hacia el techo, de modo que tenía que desplazarme por toda la veranda hasta que podía atraparlas. Con el fin de mostrar la extraña conexión entre el estado del tiempo y el grado en que a las mariposas les atraía la luz, aportó una lista de mis capturas cada una de las noches de mi estancia en la colina:

<i>Fecha</i>	<i>Número de mariposas</i>	<i>Observaciones</i>
1855 (diciembre)		
13	1	Buena luz de estrellas
14	75	Llovizna y niebla
15	41	Aguacero y nubes
16	158	(120 especies) Lluvia continua
17	82	Húmeda, algo claro de luna
18	9	Buena, claro de luna
19	2	Buena, claro de luna luminoso
31	200	(130 especies) Oscura y ventosa; fuerte lluvia
1856 (enero)		
1	185	Muy húmeda
2	68	Nubes y aguaceros
3	50	Nubes
4	12	Buena
5	10	Buena
6	8	Muy buena

7	8	Muy buena
8	10	Buena
9	36	Aguacero
10	30	Aguacero
11	260	Fuerte lluvia toda la noche y oscuridad
12	56	Aguacero
13	44	Aguacero, algo claro de luna
14	4	Buena; claro de luna
15	24	Lluvia; claro de luna
16	6	Aguacero; claro de luna
17	6	Aguacero; claro de luna
18	1	Aguacero; claro de luna
<i>Total</i>	<i>1 386</i>	

Resulta, pues, que en 26 noches reuní 1 386 mariposas nocturnas, pero más de 800 las capturé en cuatro noches muy húmedas y oscuras. El éxito que allí obtuve me hizo abrigar la esperanza de que, en condiciones similares, podría obtener una abundancia de estos insectos en cualquier isla; pero, por muy raro que parezca, durante los seis años siguientes nunca pude conseguir colecciones que se aproximaran a la de Sarawak. La causa la puedo entender bastante bien por la ausencia de una u otra condición esencial que allá se daban en combinación. A veces la temporada de sequía era el impedimento; con más frecuencia la estancia en una ciudad o aldea que no estaba cerca de la selva y con las luces de las casas de alrededor que contrarrestaban la atracción; con más frecuencia aún, la estancia en una vivienda oscura y con techo de palma, techo muy alto en cuyos recovecos toda mariposa se perdía en cuanto entraba. Esta última era la mayor desventaja y la verdadera razón por la cual ya no pude volver a hacer una colección de mariposas nocturnas. Después ya no volví a vivir en una casa aislada en la jungla y con veranda de tablones blanqueados con cal, construida precisamente así para evitar que los insectos se escapen a la parte alta de la casa y queden fuera del alcance. Después de mi larga experiencia, de numerosos fracasos y de un solo éxito, estoy seguro de que si un grupo de naturalistas hiciera un viaje en yate para explorar el archipiélago malayo o cualquier otra región tropical y la entomología fuera uno de sus objetivos principales, sería bueno advertirles que llevaran una pequeña veranda de marco plegable o una tienda de campaña de lona blanca en forma de veranda para colocarla en cualquier situación favorable y así obtener una buena colección de lepidópteros nocturnos y también raros ejemplares de

coleópteros y otros insectos. Aprovecho para hacer esta sugerencia porque nadie sospecharía la enorme diferencia en los resultados que produce un aparato así y porque considero el haberlo descubierto como una de las rarezas de la experiencia de un coleccionista.

Cuando regresé a Singapur me llevé al muchacho malayo, Alí, quien me acompañó después por todo el archipiélago. Charles Allen prefirió quedarse en la casa misión y después consiguió trabajo en Sarawak y en Singapur, hasta que se reunió conmigo cuatro años más tarde en Amboina, en las Molucas.

XII. BORNEO

Los dayaks

Los usos y costumbres de los aborígenes de Borneo han sido descritos con gran detalle y con información mucho más completa de la que yo dispongo por James Brooke, Low, St. John, Johnson Brooke y muchos más. No me propongo volver sobre el tema sino que me limitaré a dar un esbozo, desde un punto de vista personal, del carácter general de los dayaks y de las características físicas, morales y sociales que se han observado con menos frecuencia.

El dayak es muy afín al malayo y menos al siamés, al chino y a otras razas mogoles. Todas éstas se caracterizan por tener la piel café rojizo o amarillento en diversas tonalidades, el pelo lacio y negro azabache, barba corta o escasa, nariz bastante pequeña y ancha y pómulos altos. Pero ninguna de las razas malayas tiene ojos oblicuos, tan característicos de los mongoles más típicos. La estatura promedio de los dayaks es bastante mayor que la de los malayos, pero es considerablemente inferior a la de la mayoría de los europeos. Tienen formas proporcionadas, manos y pies pequeños y pocas veces o nunca la corpulencia tan frecuente en malayos y chinos.

Me inclino a clasificar a los dayaks sobre los malayos en capacidad mental, y en talante moral son sin duda superiores a ellos. Simples y honestos, se convierten en presa de comerciantes chinos y malayos, que los saquean y defraudan continuamente. Son más vivaces, más habladores y menos herméticos y desconfiados que los malayos y, por tanto, más agradables como compañeros. Los muchachos malayos tienen poca afición a los deportes y juegos activos que, por el contrario, constituyen una característica de la vida de los jóvenes dayaks, que, además de juegos al aire libre de habilidad y fuerza, poseen una variedad de diversiones de puertas adentro. Un día de lluvia en una casa dayak, cuando unos cuantos muchachos y hombres jóvenes estaban conmigo, se me ocurrió divertirlos con algo nuevo y les mostré cómo hacer “la cuna del gato” con un pedazo de cuerda. Para mi gran sorpresa, conocían muy bien el juego, incluso mejor que yo, y después de que Charles y yo habíamos hecho todas las combinaciones que conocíamos, uno de los muchachos me tomó la cuerda de las manos y formó muchas otras figuras nuevas que me pusieron en aprietos. Después me enseñó una serie de trucos nuevos con pedazos de cuerda que parecían ser una de las diversiones favoritas entre ellos.

Incluso estos temas aparentemente irrelevantes pueden ayudarnos a apreciar mejor el carácter y la condición social de los dayaks. Aprendemos de este modo que estos pueblos han superado el primer estadio de la vida salvaje, cuando la lucha por la existencia absorbe todas las facultades y todo pensamiento o idea está relacionado con la guerra, la caza o la satisfacción de necesidades inmediatas. Estas diversiones indican una capacidad de civilización, una aptitud para disfrutar otros placeres además de los meramente sensuales, que pueden aprovechar para elevar su vida intelectual y social.

El talante moral de los dayaks es sin duda de alto nivel, afirmación que puede parecer extraña a aquellos que sólo han oído de ellos como cazadores de cabezas y piratas. Los dayaks de la colina, de los que estoy hablando, nunca han sido piratas, ya que nunca se acercan al mar, y la caza de cabezas es una costumbre que se remonta a las pequeñas guerras entre aldeas y tribus, lo cual no implica una reputación moral peor que la costumbre del comercio de esclavos hace cien años, que implicaba una falta de moralidad general en todo el que participaba en él. Frente a esta mancha en su reputación —que en el caso de los dayaks de Sarawak ya ha dejado de existir— hay muchos buenos puntos en su favor. Son sinceros y honestos en sumo grado y ésta es la causa de que muchas veces sea imposible obtener de ellos una información concreta, ni siquiera una opinión. Dicen: “Si le dijera lo que no sé, podría decirle una mentira”; y cuando relatan voluntariamente cualquier hecho real, se puede tener la seguridad de que dicen la verdad. En una aldea dayak los árboles frutales tienen cada uno su dueño y muchas veces me sucedió que, al pedirle a un habitante que me recogiera unos frutos, me respondiera: “No puedo, porque el propietario del árbol no está aquí”, y no parecen contemplar la posibilidad de actuar de otra manera. Tampoco toman nada que pertenezca a un europeo. Cuando vivía en Simunjon, venían continuamente a mi casa y recogían pedazos de periódico viejo o alfileres inservibles que yo había desechado y me pedían como un gran favor si se los podían llevar. Los delitos violentos —aparte de la caza de cabezas— son casi desconocidos. En 12 años, bajo el gobierno de James Brooke, se dio sólo un caso de asesinato en una tribu dayak, y fue cometido por un forastero que la tribu había adoptado. En otros y varios asuntos de moralidad están por encima de la mayoría de los no civilizados, e incluso por encima de muchas naciones civilizadas. Son moderados en la comida y la bebida, y la indecorosa sensualidad de chinos y malayos les es desconocida. Tienen la falla usual de todos los pueblos en estado semisalvaje: apatía y lentitud. Pero por muy molesto que pueda resultar a los europeos que entran en contacto con ellos, no se puede considerar una gran

ofensa o un argumento con suficiente peso para contrarrestar sus muchas y excelentes cualidades.

Durante mi estancia con los dayaks de las colinas, quedé muy sorprendido por la obvia inexistencia de las causas que en general frenan el aumento de la población, a pesar de que había claros indicadores de estancamiento o cifras que aumentaban lentamente. Las condiciones más favorables para un rápido aumento de la población son: abundancia de comida, clima sano y matrimonios tempranos. Allí existen todas estas condiciones. La comunidad produce muchos más alimentos que los que consume y el sobrante lo intercambia por gongs y metal para armas, vasijas antiguas y adornos de oro y plata que constituyen su riqueza. En general no padecen enfermedades, los matrimonios se celebran cuando son jóvenes, aunque no mucho, y no existen hombres o mujeres mayores solteros. ¿Por qué, entonces —nos tenemos que preguntar—, no se ha producido un aumento en la población? ¿Por qué las aldeas dayaks son tan pequeñas y están tan diseminadas dejando nueve décimas partes del territorio aún cubiertas por la selva?

De todos los controles de la población en los países salvajes que menciona Malthus —hambruna, enfermedad, guerra, infanticidio, inmoralidad e infertilidad de las mujeres— el último es al que le da menor importancia y le confiere dudosa efectividad; pese a ello, me parece que es el único capaz de explicar el estado de la población en los dayaks de Sarawak. La población de Gran Bretaña está aumentando y llegará a duplicarse en unos 50 años. Para que así sea, es evidente que cada matrimonio ha de tener un promedio de tres hijos que vivan hasta casarse a la edad de 25 años aproximadamente. Añadamos a éstos los que mueren en la infancia, los que no se casan y los que lo hacen ya tarde y no tienen descendencia; el número de hijos producto de cada matrimonio deberá llegar a un promedio de cuatro o cinco; sabemos que las familias de siete u ocho hijos son muy comunes y las de 10 y 12 de ningún modo raras. Pero, a partir de indagaciones que hice en casi todas las tribus dayaks que visité, puedo afirmar que las mujeres pocas veces tienen más de tres o cuatro hijos y un viejo jefe me aseguró que nunca había conocido a una mujer que tuviera más de siete. En una aldea formada por 150 familias, sólo una tenía seis hijos vivos y sólo seis familias tenían cinco hijos; la mayoría sólo dos, tres o cuatro. Si comparamos estas proporciones con las de los países europeos, es evidente que el número de hijos por matrimonio apenas llega al promedio de tres o cuatro. Y como hasta en los países civilizados la mitad de la población muere antes de los 25 años, sólo nos quedan dos para remplazar a los padres. Mientras continúe esta situación, la población perma-

necerá estancada. Claro que se trata de una mera ilustración, pero los datos que he presentado parecen indicar que sucede algo de este tipo y, si es así, no es difícil entender la pequeñez y casi estancamiento de la población en las tribus dayaks.

La siguiente pregunta que nos tenemos que hacer es: ¿cuál es la causa del pequeño número de nacimientos y de hijos vivos en una familia? El clima y la raza pueden tener algo que ver, pero una causa más real y eficaz puede ser, en mi opinión, el duro trabajo de las mujeres y las pesadas cargas que acarrear constantemente. Una mujer dayak, en general, pasa todo el día en el campo y lleva cada noche a casa una pesada carga de verduras y leña, a menudo varios kilómetros de distancia y por caminos pesados y montañosos. Con no poca frecuencia tiene que trepar por las piedras de una montaña rocosa y ascender por losas resbaladizas hasta una altura de unos 300 metros. Además, trabaja una hora cada noche moliendo el arroz con un pesado mazo de madera que fuerza violentamente todo su cuerpo. Comienza esta clase de trabajo a los nueve o 10 años de edad y no cesa hasta que llega a la extrema decrepitud. No debemos maravillarnos, pues, de que su progenie sea tan escasa sino más bien sorprendernos ante los logros de la naturaleza, que impide el exterminio de la raza.

Uno de los efectos más ciertos y benéficos de la civilización avanzada será el mejoramiento de la condición de estas mujeres. El precepto y el ejemplo de las razas superiores harán que el dayak se avergüence de su vida ociosa mientras su compañera, más débil, trabaja como una bestia de carga. A medida que aumenten sus necesidades y el refinamiento de sus gustos, las mujeres tendrán más deberes en el hogar y entonces dejarán de trabajar en el campo, cambio que ya ha empezado a tener lugar en las tribus afines de malayos, javaneses y bugis. La población aumentará entonces con mayor rapidez, serán necesarios sistemas agrícolas mejores y una cierta división del trabajo para obtener los medios de subsistencia; surgirá un estado social más complejo a partir de las simples condiciones sociales que se dan ahora entre ellos. Pero ¿con esta lucha más ardua por la existencia que entonces tendrá lugar, aumentará o disminuirá la felicidad de la gente? ¿No levantará pasiones el espíritu de competencia y entrarán en acción crímenes y vicios, ahora desconocidos o dormitando? Son problemas que sólo el tiempo puede resolver, pero es de esperar que la educación y un buen ejemplo de los europeos puedan evitar gran parte del daño que con frecuencia se ocasiona en casos análogos y que podamos aludir por fin a un ejemplo de pueblo no civilizado que no se haya corrompido y, finalmente, no haya sido exterminado al entrar en contacto con la civilización europea.

Unas cuantas palabras a modo de conclusión sobre el gobierno de Sarawak. Sir James Brooke encontró a los dayaks oprimidos y aplastados por la más cruel tiranía. Los comerciantes malayos los defraudaban y los jefes malayos les robaban. Sus mujeres y niños eran capturados y vendidos como esclavos y las tribus hostiles obtenían permiso de sus crueles gobernantes para saquearlos, esclavizarlos y matarlos. Cualquier tipo de justicia o desagravio por estas afrentas era totalmente inalcanzable. Desde que James Brooke se encargó del territorio todo esto acabó. Se impartió la misma justicia a malayos, chinos y dayaks. Se castigó a los impunes piratas procedentes de los ríos situados más al oriente y se los confinó a sus territorios; los dayaks, por vez primera, pudieron dormir en paz. Sus mujeres e hijos quedaron libres de la esclavitud; dejaron de incendiar sus casas y las cosechas y frutos les pertenecían y podían venderlos o consumirlos ellos mismos. ¿Quién podía ser el extranjero desconocido que había hecho todo esto por ellos y no pedía nada a cambio? ¿Cómo podían entender sus motivaciones? ¿No era natural que se negaran a creer que era un ser humano? No habían tenido ninguna experiencia de pura benevolencia por parte de un humano con un gran poder. Por lo tanto, llegaron a la conclusión de que se trataba de un ser superior que había venido a la tierra a bendecir a los oprimidos. En muchas aldeas en las que no lo habían visto, me hacían extrañas preguntas acerca de él: ¿Era o no tan viejo como las montañas? ¿Podía resucitar a los muertos? Creían firmemente que les podía conceder buenas cosechas y que sus árboles fueran copiosos en frutos.

Para formarse una opinión sobre el gobierno de James Brooke no hay que olvidar que controló Sarawak sólo con la buena voluntad de sus habitantes nativos. Tuvo que tratar con dos razas, y una de ellas, los malayos mahometanos, despreciaba a la otra, los dayaks, por salvajes y esclavos que sólo servían para ser saqueados y robados. Protegió a los dayaks y los trató invariablemente como, en su opinión, iguales a los malayos y, a pesar de todo, se ganó el afecto y la benevolencia de ambos. Pese a los prejuicios religiosos de los mahometanos, los persuadió de que modificaran algunas de sus peores leyes y costumbres y de que adaptaran su código penal al del mundo civilizado. Yo creo que el hecho de que su gobierno continúe aún después de 27 años —pese a sus frecuentes ausencias por mala salud, a las conspiraciones de los jefes malayos y a las insurrecciones de los buscadores de oro chinos, que se han superado gracias al apoyo de la población nativa, y pese a los problemas financieros, políticos y de política interior— se debe únicamente a las múltiples y admirables cualidades que poseía James Brooke y, en especial, a la de haber convencido a la población indígena con

cada uno de los actos de su vida de que los gobernaba, no para sacar provecho de ellos, sino para su bien.

Desde que estas líneas fueron escritas, su noble espíritu nos ha abandonado. Pero aunque los que no lo conocían puedan mofarse de él por aventurero entusiasta o tacharlo de déspota de corazón implacable, el testimonio universal de todos los que lo conocieron en su país de adopción, fueran europeos, malayos o dayaks, será que el rajá Brooke era un gran gobernante, sabio y bondadoso, un amigo bueno y leal, un hombre admirable por sus talentos, respetado por su honestidad y valor, amado por su hospitalidad, amabilidad y accesibilidad genuinas y por la bondad de su corazón.¹

¹ El actual rajá, Charles Johnson Brooke, sobrino de sir James, ha seguido gobernando de acuerdo con el espíritu de su antecesor. Ha extendido sus territorios mediante acuerdos amistosos con el sultán de Bruni y ahora abarcan gran parte de la zona noroeste de Borneo, manteniendo en todos ellos la paz y la prosperidad. Cincuenta años de gobernar razas en pugna y antagónicas, con su consentimiento y el apoyo continuo de los jefes nativos, es un logro del que pueden estar orgullosos los amigos y compatriotas de sir James Brooke.

XIII. JAVA

Pasé tres meses y medio en Java, del 18 de julio al 31 de octubre de 1861. Describiré someramente mis desplazamientos y observaciones sobre la gente y la historia natural del país. Para los que quieran conocer cómo gobiernan Java los holandeses y por qué obtienen cada año grandes ingresos, a la vez que la población aumenta y sus habitantes están satisfechos, recomiendo el estudio de la excelente e interesante obra de Money, *How to Manage a Colony* [“Cómo administrar una colonia”]. Yo coincido sinceramente con los hechos y las conclusiones principales de ese trabajo y creo que el sistema holandés es el mejor que se puede adoptar cuando una nación europea conquista, o adquiere posesión de, un país habitado por gentes industriosas pero semibárbaras. En el relato que haré del norte de Célebes mostraré cuán fructífera ha sido la aplicación de este sistema a un pueblo en una etapa muy diferente de civilización respecto a los javaneses y entre tanto voy a describir con la mayor brevedad posible en qué consiste ese sistema.

La forma de gobierno que rige hoy en Java consiste en conservar toda la gama de gobernantes nativos, desde jefes de aldea hasta príncipes, quienes, con la denominación de regentes, gobiernan distritos de una extensión aproximada a la de un pequeño condado inglés. Junto a cada regente hay asignado un residente holandés o residente ayudante, que es considerado como “hermano mayor” y cuyas “órdenes” asumen la forma de “recomendaciones” a las que implícitamente se obedece. Junto a cada residente ayudante hay un controlador, especie de inspector de todos los gobernantes nativos de jerarquía inferior, que periódicamente visita todas las aldeas del distrito, examina los procedimientos de los tribunales indígenas, escucha quejas contra el principal u otros jefes nativos y vigila las plantaciones del gobierno. Esto nos lleva al “sistema de cultivo”, que es el origen de toda la riqueza que los holandeses extraen de Java y objeto de muchos abusos en este país por ser lo contrario del “comercio libre”. Para comprender sus usos y efectos benéficos, es necesario mencionar los resultados que comúnmente ha tenido el comercio libre de los europeos con los pueblos no civilizados.

Los nativos de climas tropicales tienen pocas necesidades y, cuando las han satisfecho, no son propensos a trabajar por cosas superfluas si no es mediante un fuerte incentivo. Con gente así es casi imposible la introducción de cualquier cul-

tivo nuevo o sistemático, a no ser mediante órdenes despóticas de los jefes a los que se han acostumbrado a obedecer como los hijos obedecen a los padres. La libre competencia de los comerciantes europeos introduce, sin embargo, dos poderosos alicientes: las bebidas alcohólicas y el opio son una tentación demasiado fuerte para que muchos de los salvajes se resistan a ella, y para obtenerlos venderán lo que tengan y trabajarán para conseguir más. Otra tentación a la que no se resisten son las mercancías a crédito. El comerciante les ofrece telas de vivos colores, navajas, gongs, armas y pólvora, por las que pagará con alguna cosecha que tal vez aún no ha plantado o con algún producto que aún se encuentra en la selva. No tiene la previsión suficiente para quedarse sólo con una cantidad moderada, ni bastante energía para trabajar desde temprano hasta tarde para salir de deudas. La consecuencia es que acumula una deuda tras otra y muchas veces permanece, durante años o toda su vida, como deudor y casi un esclavo. Esta situación existe en cualquier parte del mundo en la que hombres de raza superior comercian libremente con una raza inferior. No cabe duda de que extiende el comercio durante un tiempo, pero desmoraliza al nativo, impide la verdadera civilización y no lleva a ningún aumento permanente de la riqueza del territorio, así que el gobierno europeo de aquel país se lleva a cabo con pérdidas.

El sistema que introdujeron los holandeses consistía en persuadir a las comunidades, por medio de sus jefes, de dedicar una parte de su tiempo al cultivo del café, azúcar y otros productos valiosos. A los trabajadores, dedicados a limpiar el terreno y formar las plantaciones bajo la vigilancia del gobierno, se les paga un salario fijo, es cierto que bajo, pero aproximadamente igual al existente en todos aquellos lugares donde la competencia europea no los ha elevado artificialmente. El producto se vende al gobierno a un precio bajo y fijo. De las ganancias netas, un porcentaje es para los jefes y el resto se divide entre los trabajadores. En los años buenos este excedente es bastante considerable. En conjunto, la gente está bien alimentada y va decentemente vestida, ha adquirido hábitos de constancia en el trabajo y el arte de un cultivo científico que será de gran utilidad para ella en el futuro. No hay que olvidar que el gobierno invirtió capital durante años sin obtener ningún beneficio, y si ahora obtiene un gran ingreso, es de un modo mucho menos gravoso y más provechoso para la gente que cualquier sistema de impuestos que pudiera implantarse.

Pero, aunque el sistema sea bueno y se adapte tanto al desarrollo de las artes y la industria en pueblos semicivilizados como al beneficio material del país gobernante, no se pretende que en la práctica se lleve a cabo a la perfección. Las relaciones de opresión y serviles que existen entre los jefes y el pueblo, y que han

continuado sin interrupción durante, a veces, mil años, no se pueden abolir de inmediato. Y es inevitable que esas relaciones produzcan algún daño hasta que se difunda la educación y la infusión gradual de sangre europea logre natural e insensiblemente su desaparición. Se dice que los residentes, deseosos de lograr un gran aumento en la producción de sus distritos, a veces han presionado a la gente para que trabaje sin interrupción en las plantaciones, y eso ha hecho que disminuyan sus propias cosechas de arroz y que el resultado haya sido la hambruna. Si algo así ha sucedido no ha sido para nada común, y habría que atribuirlo a un abuso del sistema por la falta de sensatez o de humanidad en el residente.

Últimamente se ha publicado en Holanda y se ha traducido al inglés un relato titulado *Max Havelaar, o las subastas de café de la Compañía Neerlandesa de Comercio*, y, con nuestra acostumbrada parcialidad respecto de todo lo relacionado con el sistema colonial holandés, esta obra se ha ensalzado en exceso, tanto por sus propios méritos como por la impactante exposición de las iniquidades del gobierno holandés en Java. Para mi gran sorpresa, yo la encontré tediosa y retorcida, llena de digresiones inútiles. Su único objetivo es mostrar que los residentes holandeses y los ayudantes de residentes se hacen los desentendidos ante las extorsiones de los príncipes nativos y que en algunos distritos los nativos tienen que trabajar sin cobrar y permitir que se lleven sus productos sin que les den nada a cambio. Todas las denuncias de este tipo están burdamente destacadas con cursivas y mayúsculas, pero, como los nombres son todos ficticios y nunca se dan datos, cifras ni detalles, es imposible verificarlas o responderlas. Aun cuando no estén exagerados, los hechos que se relatan no son ni mucho menos tan abominables como los de la opresión que ejercieron los comerciantes de libre iniciativa sobre los plantadores de índigo, ni como las torturas que aplicaron los recolectores de impuestos nativos en la India bajo el gobierno británico, con las que los lectores de periódicos en Inglaterra estaban tan familiarizados hace unos cuantos años. Sin embargo, no sería justo imputar esa opresión, en ninguno de ambos casos, a una forma concreta de gobierno, sino que se debe a la flaqueza de la naturaleza humana y a la imposibilidad de acabar de inmediato con la huella de siglos de despotismo por un lado y de obediencia servil a los jefes por otro.

Hemos de recordar que el pleno establecimiento del poder holandés en Java es mucho más reciente que el de nuestro gobierno en la India y que ha habido varios cambios de gobierno y en el modo de extraer ganancias. Hasta hace poco tiempo los habitantes estaban bajo el mando de sus príncipes nativos, y no es fácil acabar con la reverencia excesiva que sienten por sus antiguos amos ni disminuir las opresivas exacciones que estos últimos acostumbraban a exigir siempre.

Disponemos, sin embargo, de una gran prueba para comprobar la prosperidad e incluso la felicidad de una comunidad que podemos aplicar a este caso: la tasa de aumento de la población.

Es por todos admitido que cuando un país aumenta rápidamente su población la gente no puede estar muy oprimida ni muy mal gobernada. El sistema actual de extraer beneficios mediante el cultivo de café y azúcar, vendidos al gobierno a un precio fijo, comenzó en 1832. Antes de eso, en 1826, el censo de la población era de 5 500 000, en tanto que a principios de siglo se calculaba en 3 500 000. En 1850, cuando el sistema de cultivo llevaba funcionando 18 años, el censo de la población era de más de 9 500 000, es decir, un aumento de 73% en 24 años. En el último censo, en 1865, la población ascendía a 14 168 416 habitantes, o sea, un aumento de casi 50%, tasa de crecimiento que doblaría la población en unos 26 años. Como Java —con Madura— tiene una extensión geográfica de 62 000 kilómetros cuadrados, esto nos da un promedio de 228 personas por kilómetro cuadrado, justo el doble de la populosa y fértil presidencia de Bengala, según datos proporcionados por Thornton en *Gazetteer of India*, y una tercera parte más que la de Gran Bretaña e Irlanda en el último censo. Si, como es mi opinión, esta vasta población está en conjunto feliz y contenta, el gobierno holandés debe pensarlo bien antes de cambiar abruptamente un sistema que ha producido tan excelentes resultados.¹

Tomada en su conjunto y considerada desde cualquier punto de vista, Java es probablemente la isla tropical más bella e interesante del mundo. No ocupa el primer lugar en tamaño, pero tiene más de 966 kilómetros de longitud y de 96 a aproximadamente 193 kilómetros de anchura. En superficie es casi igual a Inglaterra. Es sin duda la isla más fértil, productiva y poblada de los trópicos. Todo su territorio es de una magnífica variedad, con montañas y selvas. Tiene 38 montañas volcánicas y algunas de ellas se elevan hasta 3 000 o 3 700 metros de altura. Algunas están en constante actividad y entre todas manifiestan casi todos los fenómenos producidos por la acción de fuegos subterráneos, a excepción de lava regular, que nunca se da en Java. La humedad abundante y el calor tropical del clima propician una exuberante vegetación que reviste a estas montañas, muchas veces hasta las cimas, en tanto que selvas y plantaciones se extienden por sus laderas. Los productos animales, en especial aves e insectos, son bellos y variados y presentan formas muy peculiares que no se encuentran en ninguna parte del globo. El suelo es sumamente fértil en toda la isla y se pueden cultivar con facili-

¹ En 1879 la población había aumentado aún más, hasta alcanzar más de 19 millones, y, en 1894, llegó a los 25 millones.

dad todos los productos de los trópicos, junto con muchos de las zonas templadas. Java posee también una civilización, una historia y antigüedades propias, de gran interés. La religión brahmánica floreció en ella desde una época que se remonta a tiempos desconocidos y prosperó hasta el año 1478, cuando la mahometana la invalidó. La antigua religión iba acompañada de una civilización que no ha sido igualada por los conquistadores. Esparcidas por todo el país, y sobre todo en la parte oriental, enterradas en elevadas selvas y templos, hay tumbas y estatuas de gran belleza y grandeza, y las ruinas de extensas ciudades, por donde ahora vagan sin ser molestados tigres, rinocerontes y toros salvajes. En la actualidad, una civilización moderna de otro tipo se está extendiendo por el territorio. Buenos caminos recorren el país de un extremo a otro; los gobernantes europeos y nativos colaboran en armonía y la vida y la propiedad están a salvo como en los Estados mejor gobernados de Europa. Por eso creo que Java puede pretender ser la mejor isla tropical del mundo, tan interesante para el turista que busca escenarios nuevos y bellos como para el naturalista que desea estudiar la variedad y belleza de la naturaleza tropical o para el moralista o el político que quieren resolver el problema de cómo se puede gobernar mejor al hombre en condiciones nuevas y diversas.

El buque de correo holandés me trasladó de Ternate a Surabaya, principal ciudad y puerto en la parte oriental de Java, y, después de emplear dos semanas en empacar y enviar mis últimas colecciones, inicié un corto viaje al interior. Viajar en Java es fastuoso pero caro, ya que la única manera es alquilar un carruaje y después pagar media corona por poco más de kilómetro y medio por los caballos de posta, que cambian a distancias regulares cada nueve y medio kilómetros y se desplazan a unos 16 kilómetros por hora de un extremo a otro de la isla. Para cargar todo el exceso de equipaje son necesarios carros de bueyes o culíes, y como este modo de viajar no se ajustaba a mis medios, decidí hacer sólo un corto viaje al distrito que se encuentra al pie del monte Arjuna, donde me habían dicho que había grandes selvas y tenía la esperanza de conseguir buenas colecciones. A lo largo de muchos kilómetros después de Surabaya, el territorio es llano y está cultivado, pues se trata de un delta —o llanura de aluvión— regado por muchos afluentes. En torno a la ciudad, los signos evidentes de riqueza y de una población laboriosa son muy agradables, pero, más adelante, la ininterrumpida sucesión de campos abiertos, bordeados de hileras de bambú con las esporádicas construcciones blancas y altas chimeneas de un ingenio azucarero, vuelve muy monótono el paisaje. Los caminos están trazados en línea recta a lo largo de varios kilómetros y bordeados de hileras de tamarindos polvorientos. Hay peque-

ñas casetas de vigilancia cada kilómetro y medio aproximadamente, donde se encuentran un policía en servicio y un gong de madera que, mediante señales concertadas, sirve para transmitir rápidamente información a todo el territorio. Cada nueve u 11 kilómetros está la posta, donde se cambian los caballos con tanta rapidez como los del correo en Inglaterra, en tiempos de los antiguos carruajes.

Me detuve en Modjo-kerto, pequeña ciudad a unos 65 kilómetros al sur de Surabaya y el punto más cercano sobre el camino principal al distrito que yo quería visitar. Llevaba una carta de presentación para Ball, ciudadano inglés que residía en Java hacía tiempo y estaba casado con una holandesa, quien me invitó amablemente a quedarme en su casa hasta que pudiera encontrar un lugar a mi gusto. Vivían también allí un ayudante del residente holandés, así como un regente o príncipe javanés nativo. La ciudad era limpia y tenía un bonito espacio verde, como el parque de una ciudad, en el que se levantaba una magnífica higuera (pariente del baniano de la India pero más alta) al amparo de cuya sombra había un mercado y los habitantes se reunían para holgar o platicar. Al día siguiente de mi llegada, Ball me acompañó a la aldea de Modjo-agong, donde estaba construyendo el edificio y las instalaciones para el comercio del tabaco, que aquí se lleva a cabo mediante un sistema de cultivo por los nativos y compra por adelantado, parecido en cierto modo al comercio del índigo en la India británica. En nuestro camino nos detuvimos a observar un fragmento de las ruinas de la antigua ciudad de Modjo-pahit, consistente en dos grandes bloques de ladrillo que parece que habían sido los respectivos lados de una entrada. Quedé asombrado ante la suma perfección y belleza del trabajo con ladrillos, muy finos y duros, con ángulos muy nítidos y superficies pulidas. Están colocados con gran precisión sin que se vea mortero o cemento, pero unidos de tal manera que las juntas no son perceptibles y a veces las dos superficies se incorporan del modo más incomprendible. No había visto hasta entonces ni volvería a ver una obra de ladrillos tan perfecta. No había esculturas en ese lugar, pero sí abundancia de relieves atrevidos y de molduras muy bien trabajadas. Hay huellas de construcciones en muchos kilómetros a la redonda y casi todo camino o senda muestra los cimientos de una obra de ladrillo, las rutas pavimentadas de la antigua ciudad. En casa del *waidono* o jefe del distrito en Modjo-agong, vi una bella figura esculpida en alto-relieve sobre un bloque de lava que habían encontrado enterrada en el suelo cerca de la aldea. Cuando expresé el deseo de conseguir un ejemplar, Ball se la pidió al jefe, y cuál sería mi sorpresa cuando me la ofreció enseguida. Representaba a la diosa hindú Durga, a la que en Java llaman Lora Jonggrang (virgen sublime). Tiene

ocho brazos y está sobre el lomo de un toro arrodillado. La mano inferior derecha agarra el rabo del toro, en tanto que su análoga izquierda está asiendo la cabellera de un cautivo: Dewth Mahikusor, encarnación del vicio, que intentó dar muerte al toro de la diosa. El cautivo lleva un cordón que le ciñe la cintura y está abatido a sus pies en actitud de súplica. Las otras manos de la diosa sostienen, al lado derecho, un gancho doble o pequeña áncora, una espada ancha y recta y un nudo de cuerda gruesa; a su izquierda, un cinto o brazalete de grandes cuentas o conchas, un lazo sin deshacer y un estandarte o bandera de guerra. Esta deidad era una de las favoritas de los antiguos javaneses y es frecuente encontrar su imagen en las ruinas de los templos, tan abundantes en la parte oriental de la isla.

El ejemplar que yo conseguí era pequeño, de unos 60 centímetros de alto, y pesaba un quintal. Al día siguiente lo enviamos a Modjo-kerto a que esperara mi regreso a Surabaya. Después de decidir quedarme algún tiempo en Wonosalem, en las estribaciones inferiores del monte Arjuna, donde me habían informado que encontraría selva y mucho con que entretenerme, tenía que conseguir, en primer lugar, una recomendación dirigida al regente del asistente del residente y,



FIGURA XIII.1. *Bajorrelieve antiguo de Lora Jonggrang. Dibujado en madera por Baines, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

después, una orden del regente para el *waidono*. Cuando, después de una semana de retraso, llegué con mi equipaje y mis hombres a Modjo-agong, los encontré a todos en plena fiesta de cinco días de duración para celebrar la circuncisión del hermano menor del *waidono* y de su primo, y me asignaron una pequeña habitación en una dependencia de la casa. El patio y el gran cobertizo al aire libre estaban llenos de nativos que iban y venían en los preparativos de una fiesta que iba a tener lugar a medianoche y a la que fui invitado, aunque preferí irme a la cama. Una banda indígena o *gamelang* tocó toda la tarde y tuve ocasión de observar los instrumentos y los músicos. Los primeros consistían básicamente en gongs de todos los tamaños dispuestos en conjuntos de ocho a 12 sobre marcos de madera bajos. Un intérprete con dos palillos tocaba cada uno de los conjuntos. También había gongs muy grandes, tocados aisladamente o en parejas y que hacían las veces de nuestros tambores y timbales. Otros instrumentos estaban formados por barras anchas de metal apoyadas en cuerdas tensadas en marcos, otros consistían en tiras de bambú dispuestas de modo similar y producían las notas más agudas. Había además una flauta y un extraño violín de dos cuerdas. La banda estaba formada por veinticuatro intérpretes. Ahí estaba un director iniciando y controlando el ritmo, y cada músico interpretaba su parte, usando pocos compases para formar una combinación armónica. Las piezas eran largas y complicadas, y algunos de los músicos eran simples muchachos que interpretaban sus partes con gran precisión. El efecto general era muy placentero, pero, por la similitud de la mayoría de los instrumentos, sonaba más como una caja de música gigantesca que como cualquiera de nuestras bandas, y para poder disfrutarlo a fondo había que observar el gran número de intérpretes que la componen. A la mañana siguiente, mientras esperaba a los hombres y los caballos que iban a llevarme a mi destino junto con mi equipaje, dos muchachos, de unos 14 años de edad, salieron vestidos con *sarong* de la cintura a los pies y todo el cuerpo cubierto de un polvo amarillo, profusamente adornados con flores blancas en guirnaldas, collares y brazaletes de tal modo que a primera vista parecían novias salvajes. Dos sacerdotes los acompañaron a una banca colocada al aire libre frente a la casa y la ceremonia de circuncisión se llevó a cabo ante la multitud reunida.

El camino de Wonosalem atravesaba una magnífica selva en cuyas profundidades pasamos por una hermosa ruina de lo que parecía haber sido una tumba o mausoleo real. Era toda de piedra laboriosamente esculpida. Cerca de la base había una hilera de bloques en saliente labrados en altorrelieve, con una serie de escenas probablemente relativas a la vida del difunto. Todas estaban preciosamente trabajadas y, en especial, algunos de los animales eran fácilmente recono-

cibles y habían sido realizados con gran precisión. El diseño general, en la medida en que el ruinoso estado de la parte superior permitía verlo, era muy bueno, efecto causado por un inmenso número y variedad de hileras de piedras cuadradas en saliente o hundidas. El tamaño de la estructura era de unos nueve metros por lado por seis metros de alto; cuando el viajero la encuentra de repente sobre una pequeña elevación junto al camino, casi oculta entre árboles gigantescos, invadida de plantas y enredaderas y con la lúgubre selva al fondo, queda impresionado por la solemnidad y la belleza pintoresca del panorama. Y empieza a reflexionar sobre la extraña ley del progreso que parece más bien regresión, ya que en tantas partes del mundo ha exterminado o desplazado a una raza sumamente artística y constructiva para dejar lugar a otra que, hasta donde podemos juzgar, es muy inferior a ella.

Pocos ciudadanos ingleses son conscientes del número y la belleza de los restos arquitectónicos en Java. Sus ilustraciones o descripciones nunca han sido divulgadas y a muchas personas les sorprenderá saber que superan en mucho a los de América Central y quizás incluso a los de la India. Para dar alguna idea de esas ruinas, y tal vez incitar a ricos aficionados a explorarlos a fondo y a tomar fotografías para dejar un inventario preciso de las bellas esculturas que hay en ellos antes de que sea demasiado tarde, enumeraré las ruinas más importantes tal como están descritas brevemente en *History of Java* ["Historia de Java"] de Stamford Raffles.

BRAMBANAM

Cerca del centro de Java, entre las capitales indígenas de Djoko-kerta y Surakarta, se encuentra la aldea de Brambanam, cerca de la que hay muchas ruinas, las más importantes de las cuales son los templos de Loro-Jongran y Chandi Sewa. En Loro-Jongran había veinte construcciones separadas, seis templos grandes y catorce pequeños. Ahora son una mole de ruinas pero parece que los templos más grandes tenían 30 metros de altura. Estaban contruidos de piedra maciza y decorados por todas partes con figuras esculpidas y bajorrelieves y adornados con numerosas estatuas, de las que algunas aún se conservan enteras. En Chandi Sewa, o los "mil templos", hay muchas y bellas figuras colosales. El capitán Baker, que examinó estas ruinas, dice que en su vida había visto "tan espléndidos y acabados ejemplos del trabajo humano, de la ciencia y del gusto de épocas ya olvidadas, reunidos en un ámbito tan reducido como este lugar". Abarcan un espacio de casi 200 metros cuadrados y consisten en una hilera exterior de 84 templos

pequeños, una segunda hilera de 76, una tercera de 64, una cuarta de 44, y la quinta, que forma un paralelogramo interior, compuesta por 28. En total, 296 templos pequeños, dispuestos en cinco paralelogramos regulares. En el centro hay un gran templo cruciforme, rodeado de elevados tramos de escaleras profusamente adornadas con esculturas, con muchas capillas en su interior. La vegetación tropical ha destruido la mayor parte de los templos pequeños, pero algunos todavía se conservan bastante bien y, a partir de ellos, puede imaginarse el efecto del conjunto.

A unos 800 metros de distancia se encuentra otro templo llamado Chandi Kali Bening, de 22 metros por lado y unos 18 metros de altura, muy bien conservado y cubierto de esculturas de la mitología hindú que superan a cualquiera de las que existen en la India. En la misma zona pueden encontrarse otras ruinas de palacios, salones y templos con una gran abundancia de deidades esculpidas.

BOROBODO

A unos 130 kilómetros al oeste, en la provincia de Kedu, está el gran templo de Borobodo. Construido sobre una pequeña colina, consiste en un domo central y siete hileras de muros en forma de terraplenes, que cubren la pendiente de la colina y forman galerías abiertas, escalonadas una bajo la otra, que se comunican mediante peldaños y cancelles. El domo central tiene 15 metros de diámetro y, rodeándolo, hay un triple círculo con 72 torres; toda la construcción tiene 190 metros por lado y unos 30 metros de altura. En los muros de terraplén hay nichos que contienen hasta 400 figuras con las piernas cruzadas, más grandes que de tamaño natural, y ambos lados de los muros de terraplén están cubiertos de bajo-relieves repletos de figuras esculpidas en piedra dura y que deben ocupar, por lo tanto, una extensión de casi cinco kilómetros de longitud. La cantidad de trabajo y habilidad humana invertidos en las grandes pirámides de Egipto se torna insignificante cuando se compara con la que fue necesaria para terminar este templo, esculpido en una colina del interior de Java.

GUNONG PRAU

A unos 65 kilómetros al sudoeste de Samarang, sobre una montaña denominada Gunong Prau, hay una extensa meseta cubierta de ruinas. Para llegar a estos

templos se construyeron cuatro tramos de escaleras de piedra que suben a la montaña desde direcciones opuestas, y cada uno de ellos tiene más de mil escalones. En este lugar se han encontrado restos de casi 400 templos, y muchos de ellos (quizá todos) estaban decorados con ricas y delicadas esculturas. Todo el territorio entre este lugar y Brambanam, una distancia de 96 kilómetros, abunda en ruinas y pueden encontrarse figuras bellamente esculpidas tiradas en las zanjas o incrustadas en los muros de los recintos.

En la parte oriental de Java, en Kediri y en Malang, también hay abundantes huellas de la antigüedad, pero los edificios han sido destruidos en su mayoría. No obstante, hay muchas figuras esculpidas y en cualquier parte se pueden vislumbrar las ruinas de fortalezas, palacios, baños, acueductos y templos. Va totalmente en contra del proyecto de este libro escribir lo que no he visto con mis propios ojos, pero, como no puedo dejar de mencionarlo, me he sentido obligado a contribuir en algo a llamar la atención sobre estas maravillosas obras de arte. Es sobrecogedor contemplar estas innumerables esculturas, trabajadas con delicadeza y sentido artístico en roca de traquita, dura y poco maleable, todas reunidas en una sola isla tropical. Tal vez siga siendo siempre un misterio cuáles eran las condiciones de la sociedad, el tamaño de la población y los medios de subsistencia que poseía para hacer posibles estas gigantescas obras, que son un maravilloso ejemplo del poder de las ideas religiosas en la vida social, porque, en este mismo país en el que hace 500 años se construían estas grandes obras cada año, ahora los habitantes sólo edifican toscas casas de bambú con techo de paja y contemplan las reliquias de sus antepasados con un ignorante asombro, como si se tratara de las creaciones de gigantes o demonios. Es de lamentar que el gobierno holandés no tome medidas enérgicas para la conservación de estas ruinas y las preserve de la acción destructora de la vegetación tropical, además de preocuparse por coleccionar las hermosas esculturas que se encuentran esparcidas por todo el territorio.

Wonosalem está situado a unos 300 metros sobre el nivel del mar, pero desafortunadamente lejos de la selva y rodeado de plantaciones de café, espesuras de bambú y tupido herbaje. Yo vivía demasiado lejos como para caminar de regreso todos los días desde la selva y en otras direcciones no podía encontrar el terreno adecuado para recoger insectos. Sin embargo, el lugar era famoso por sus pavorreales. El muchacho que venía conmigo mató enseguida a varias de estas magníficas aves, cuya carne encontramos tierna, blanca y delicada, similar a la del pavo común. El pavorreal de Java es una especie diferente al de la India, con el cuello cubierto de plumas verdes como escamas y la cresta de una forma diferente, aun-

que el plumaje de la cola, adornada con formas de ojos, es igualmente grande y bello. Un hecho singular de la distribución geográfica es el que el pavorreal no se encuentra en Sumatra ni en Borneo, en tanto que los espléndidos faisanes argos, los de lomo encendido y los ocelados de aquellas islas son igualmente desconocidos en Java. Exactamente paralelo es el hecho de que en Ceilán y la India meridional, en donde abunda el pavorreal, no haya ninguno de los esplendorosos lofóforos ni de los vistosos faisanes que habitan el norte de la India. Parecería que el pavorreal no admite rivales en sus dominios. Si esas aves fueran poco frecuentes en su país nativo y no se las conociera vivas en Europa, se las consideraría con certeza los verdaderos príncipes de las tribus emplumadas y sin rival alguno en majestuosidad y belleza. Pero, tal como son las cosas, si preguntáramos cuál es el pájaro más bello del mundo, supongo que casi nadie escogería al pavorreal, como tampoco el salvaje papúa o el comerciante bugis concedería al ave del paraíso ese mismo honor.

Tres días después de mi llegada a Wonosalem, mi amigo Ball vino a hacerme una visita. Me contó que hacía dos tardes, cerca de Modjo-agong, un tigre había matado y devorado a un muchacho que conducía su carreta de bueyes de regreso a casa al anochecer por el camino principal. Cuando estaba a menos de 800 metros de la aldea, un tigre se abalanzó sobre él, lo arrastró a la jungla cercana y lo devoró. A la mañana siguiente encontraron sus restos, que consistían únicamente en unos cuantos huesos mutilados. El *waidono* reunió a unos setecientos hombres que partieron a la caza del animal, hasta que, como después me contaron, dieron con él y lo mataron. Cuando van a la búsqueda de este modo sólo usan lanzas. Cercan un gran trecho de territorio y se van reuniendo hasta que rodean al animal dentro de un círculo compacto de hombres armados. Cuando ve que no tiene salida, generalmente da un brinco y es recibido por una docena de lanzas, quedando inmediatamente atravesado por ellas. La piel de un animal muerto así no tiene, por supuesto, ningún valor y, en este caso, el cráneo, el cual le supliqué a Ball que me consiguiera, estaba hecho pedazos, ya que se repartieron los dientes que se llevan puestos a modo de talismanes.

Después de una semana en Wonosalem regresé al pie de la montaña, a una aldea llamada Djapannan que estaba rodeada de retazos de selva y parecía bastante adecuada para mis propósitos. El jefe de la aldea había preparado dos pequeñas habitaciones de bambú a un lado de su patio para acomodarme y parecía dispuesto a ayudarme en todo lo que pudiera. El clima era muy seco y caluroso, sin que hubiera llovido en meses. Por tanto había una gran escasez de insectos, sobre todo de escarabajos. Me dediqué a obtener básicamente una buena gama de

aves y conseguí una colección bastante buena. Todos los pavorreales que habíamos cazado hasta entonces tenían colas cortas o imperfectas, pero ahora obtuve dos magníficos ejemplares de más de dos metros de largo y uno lo conservé entero, mientras que de otros dos o tres sólo conservé el plumaje unido a la cola. Cuando esta ave come posada en el suelo, es maravilloso ver cómo puede elevarse al aire con una cola de plumas tan larga y engorrosa, pero lo hace con gran facilidad. Primero corre rápidamente una corta distancia y después se alza en línea oblicua y así vuela sobre árboles de altura considerable. En ese lugar obtuve también un ejemplar del poco común gallo de la selva de color verde (*Gallus furcatus*), cuyo lomo y cuello están bellamente cubiertos de plumas color bronce y la cresta oval, de borde regular, es de un púrpura violáceo y verde en la base. Se distingue también por tener una gran papada, vivamente coloreada de rojo, amarillo y azul. También conseguí el gallo de la selva común (*Gallus bankiva*) que es casi igual a un gallo de pelea, pero el sonido que emite es diferente, mucho más corto y abrupto, y de ahí que el nombre nativo sea el de *bekeko*. Encontramos seis clases diferentes de carpinteros y cuatro martín pescadores, el bello cála, *Bueeros lunatus*, de más de un metro de largo y el lindo y pequeño lorito *Loriculus pusillus*, que no mide mucho más de unos cuantos centímetros.

Una mañana, cuando preparaba y ordenaba mis especímenes, me dijeron que iba a haber un juicio. Al poco tiempo entraron cuatro o cinco hombres y se pusieron en cuclillas sobre una estera bajo el cobertizo de la audiencia del tribunal. Después llegó el jefe con su ayudante y se sentó frente a ellos. Fueron hablando cada quien en su turno y contaron su propia historia. Después averigüé que los primeros que habían entrado eran el prisionero, el denunciante, el policía y el testigo, y que la única señal que llevaba el prisionero era un pedazo de cuerda enroscado en las muñecas pero sin amarrar. Se trataba de un caso de robo; después de presentar las pruebas y de que el jefe hiciera unas cuantas preguntas, el acusado dijo unas palabras y se pronunció la sentencia, que consistió en una multa. Entonces las partes se levantaron y salieron caminando juntas, al parecer amistosamente. En todo el proceso nadie manifestó en sus modales algo que significara pasión o malos sentimientos: una buena ilustración del tipo de carácter malayo.

En un mes de recolección en Wonosalem y Djapannan acumulé 98 especies de aves, pero un conjunto de insectos de lo más mísero. Decidí abandonar el este de Java y hacer un intento en las zonas más húmedas y exuberantes al extremo occidental de la isla. Regresé a Surabaya por agua en una espaciosa embarcación que nos trasladó a mí, a los sirvientes y el equipaje, por una quinta parte del precio



FIGURA XIII.2. *Retrato de jefe javanés. Dibujado en madera por Baines, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

que había pagado para llegar a Modjo-kerto. Han hecho navegable el río construyendo diques, pero con la consecuencia habitual de que el terreno adyacente queda expuesto ocasionalmente a graves inundaciones. Hay un inmenso tráfico corriente abajo, y en una de las esclusas que atravesamos esperaba una fila de poco más de un kilómetro y medio de largo, de dos o tres embarcaciones cargadas, una junto a otra, que atravesaban cuando les llegaba el turno en grupos de seis.

Unos cuantos días después fui en vapor a Batavia, donde me quedé una semana en el hotel principal mientras hacía los preparativos para mi viaje al interior. La parte comercial de la ciudad está cerca del puerto, pero los hoteles y todas las residencias de funcionarios y comerciantes europeos están en un barrio a poco más de tres kilómetros de distancia, que se extiende a lo largo de anchas calles y plazas como para abarcar gran parte del terreno. Esto resulta poco conveniente para los visitantes ya que el único medio de transporte son elegantes carruajes de dos caballos, cuyo precio más bajo es de cinco florines (ocho chelines, cuatro peniques) por medio día, de modo que una hora de trámites en la mañana y una visita en la tarde cuestan 16 chelines ocho peniques al día, sólo de transporte.

Batavia coincide perfectamente con la gráfica descripción que Money hace de la ciudad, excepto que sus “limpios canales” estaban lodosos y los “paseos de

fin a grava” que conducen a las casas eran de gruesos guijarros muy molestos al caminar, algo que no justifica el hecho de que en Batavia casi todos se desplacen en vehículo, ya que es difícil suponer que la gente no camine nunca por sus jardines. El Hotel de las Indias era muy confortable; cada visitante tiene una sala y una recámara que dan a una veranda, en la que se puede tomar el café en la mañana y el té en la tarde. En el centro del cuadrángulo hay un edificio con una serie de baños de mármol siempre listos para ser usados. Se goza también de horario de comidas, con el desayuno a las 10 de la mañana y la merienda a las seis de la tarde, todo por un precio moderado al día.

Fui en carruaje a Buitenzorg, unos 65 kilómetros al interior y a alrededor de 300 metros sobre el nivel del mar, lugar famoso por su clima delicioso y sus jardines botánicos. Estos últimos me decepcionaron un poco. Los caminos eran todos de guijarros sueltos, lo cual hacía muy fatigantes y dolorosos los paseos largos bajo el sol tropical. No hay duda de que los jardines son muy ricos en plantas tropicales, y sobre todo malayas, pero carecen de una buena distribución; no tienen suficientes personas que mantengan el lugar en orden y las mismas plantas en pocos casos pueden compararse en exuberancia y belleza con las mismas especies cultivadas en nuestros invernaderos. Esto tiene una sencilla explicación: No es fácil colocar las plantas en condiciones naturales o muy favorables. El clima es demasiado caluroso o demasiado frío, demasiado húmedo o demasiado seco para gran parte de ellas y pocas veces tienen la dosis exacta de sombra o la justa calidad del suelo que les conviene. Nuestras estufas para plantas pueden proporcionar a cada una lo necesario, y mucho mejor que en un gran jardín, donde el hecho de que en su mayoría las plantas crezcan en su territorio nativo o cerca de él supone que elimina la necesidad de dedicarles atención individual. De todas maneras, hay mucho que admirar en los jardines botánicos. Avenidas de excel-sas palmeras, grupos de bambúes de hasta 50 clases diferentes y una interminable variedad de arbustos tropicales y árboles de extraño y hermoso follaje. Para descansar de los calores excesivos de Batavia, Buitenzorg es una deliciosa residencia. Está a suficiente altura para tener tardes y noches frescas y agradables, pero no hasta el punto de que sea necesario cambiarse de ropa; para la persona que ha permanecido largo tiempo en el clima más caliente de las llanuras, el aire resulta siempre fresco y agradable y permite caminar a casi cualquier hora del día. Los alrededores son muy pintorescos y exuberantes. Y el gran volcán de Gunung-Salak, con la cima trunca y dentada, constituye el característico telón de fondo de todos los paisajes del lugar. En 1699 tuvo lugar una gran erupción de lodo y desde aquella fecha la montaña ha permanecido inactiva.

Para mi partida de Buitenzorg contraté culíes para que me transportaran el equipaje y un caballo para mí; cada 10 u 11 kilómetros ambos serían remplazados. El camino iba ascendiendo gradualmente y después de la primera etapa las colinas se fueron cerrando un poco a cada lado hasta formar un amplio valle. La temperatura era tan fresca y agradable y el paisaje tan interesante que preferí caminar. Aldeas indígenas salpicadas de árboles frutales y hermosas villas habitadas por plantadores o funcionarios holandeses retirados confieren a este distrito un aspecto agradable y civilizado. Pero lo que más llamó mi atención fue el sistema de terrazas de cultivo, que es el que aquí se emplea en todas partes y que, me atrevería a decir, no tiene parangón en el mundo. Las lomas del valle principal y de sus estribaciones estaban labradas en terrazas que llegaban a bastante altura, y cuando serpentean los entrantes de las colinas producen el efecto de grandiosos anfiteatros. Cientos de kilómetros cuadrados de terreno distribuidos en terrazas que transmiten la asombrosa idea de la laboriosidad de la gente y de la antigüedad de su civilización. Estas terrazas se amplían año tras año, a medida que aumenta la población y los habitantes de cada aldea trabajan en concierto bajo la dirección de sus jefes. Este sistema de cultivo por aldeas es quizás el que ha hecho posible una red de terrazas y riego tan extensa. Los brahmanes de la India fueron probablemente los que lo introdujeron, pues en los países malayos sin huellas de una ocupación previa por un pueblo civilizado el sistema de terrazas no se conoce. La primera vez que vi esta forma de cultivo fue en Bali y en Lombok y, como tendré que describirlo minuciosamente en su momento (véanse las páginas 171 a 182), no voy a extenderme ahora, excepto para decir que, debido a los bellos contornos y gran exuberancia del terreno en el oeste de Java, es donde produce el efecto más sorprendente y pintoresco. En Java, en las laderas de las montañas se disfruta de un clima tan agradable y un suelo tan fértil, la vida es tan barata y, junto con la propiedad, está tan a salvo, que un gran número de europeos que han trabajado al servicio del gobierno se establecen permanentemente en el país en vez de regresar a Europa. Están diseminados por las partes más accesibles de la isla y contribuyen enormemente al mejoramiento gradual de la población nativa y a la paz y prosperidad ininterrumpidas de todo el país.

Aproximadamente 32 kilómetros después de Buitenzorg, el camino de posta pasa por el monte Megamendong, a una altura de más o menos 1370 metros. El territorio es montañoso y aún hay mucha selva virgen en las colinas junto con algunas de las plantaciones de café más antiguas de Java, con plantas que han alcanzado casi las dimensiones de los árboles selváticos. A unos 150 metros bajo el nivel más alto del paso está la choza del peón caminero; le renté la mitad para quedar-

me dos semanas en ella, pues el territorio me pareció prometedor para mis colecciones. Descubrí casi de inmediato que los productos del oeste de Java eran notablemente diferentes a los de la parte oriental de la isla y que allí iba a encontrar las aves y los insectos más excepcionales y característicos de Java. Ya en el primer día, mis cazadores me obtuvieron el elegante trogón amarillo y verde (*Harpactes reinwardtii*), el primoroso y pequeño papamoscas (*Pericrocotus miniatus*), que parece una llama de fuego cuando revolotea entre los arbustos, y el raro y curioso oriol (*Analcipus sanguinolentus*) negro y colorado, especies que se encuentran sólo en Java y que incluso están confinadas a su parte occidental. En una semana conseguí no menos de 24 especies de aves que no había encontrado al este de la isla, y en dos semanas este número aumentó a 40 especies, casi todas exclusivas de la fauna javanesa. Las mariposas grandes y elegantes eran también bastante abundantes. En oscuras hondonadas y a veces junto al camino, capturé a la espléndida *Papilio arjuna*, que tiene las alas empolvadas con granos de un verde dorado condensados en franjas y manchas en forma de luna; la *Papilio cöon*, de forma elegante, se encontraba a veces volando pausadamente junto a alguna senda umbría (véase la figura xiv.3). Un día un muchacho me trajo una mariposa entre los dedos totalmente intacta. La había cazado cuando estaba posada con las alas erectas sorbiendo el líquido de un charco junto al camino. Muchas de las mariposas tropicales más bellas tienen esa costumbre y están tan absortas en su comida que es fácil acercarse a ellas y capturarlas. Resultó ser la curiosa *Charaxes kadenii*, muy poco común, que se caracteriza por tener en cada ala posterior dos colas curvas en forma de compás calibrador. Fue el único espécimen que vi y sigue siendo el único representante de este tipo en las colecciones inglesas.

Al este de Java había sufrido por el intenso calor y la sequía de la estación, muy contraproducente para la vida de los insectos. Ahora me encontraba en el otro extremo, un clima mojado, húmedo y nublado que era igualmente desfavorable. En el mes que pasé en el interior de la parte occidental de Java, no tuve ni un solo día realmente caluroso y bueno. Llovía casi todas las tardes o densas nieblas descendían de las montañas, lo cual también era un obstáculo para la recolección y hacía muy difícil secar mis especímenes, así que no tuve oportunidad de obtener una buena muestra de la entomología javanesa.

El incidente más interesante que experimenté en mi visita a Java fue, sin duda, la subida a la cima del Pangerango y el Gedeh. El primero es un cono volcánico extinto, de poco más de 3 000 metros de altura, y el segundo un cráter activo en una parte más baja de la misma cadena montañosa. Tchipanas, a unos seis

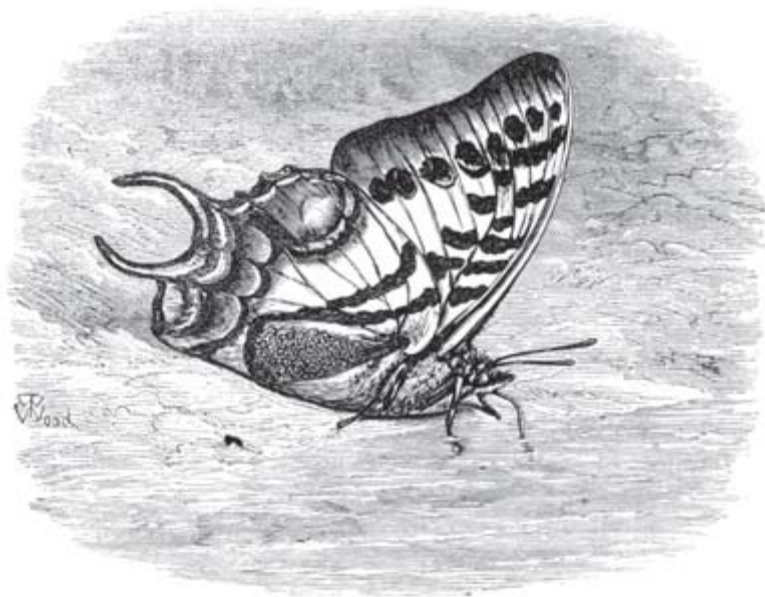


FIGURA XIII.3. *Mariposa de calibrador*. Dibujado en madera por T. W. Wood, dominio público, vía Wikimedia Commons.

kilómetros y medio sobre el paso de Megamendong, está al pie de la montaña. Allí se encuentra una pequeña casa de campo del gobernador general con una filial de los jardines botánicos, y el cuidador me ofreció una cama para pasar la noche. En este lugar hay muchos árboles bellos y arbustos y, para la mesa del gobernador, se cultivan grandes cantidades de verduras europeas. Junto al pequeño torrente que bordea el jardín hay muchas orquídeas adheridas a los troncos de los árboles o colgadas de las ramas que forman un interesante invernadero al aire libre. Como pretendía quedarme dos o tres noches en la montaña, contraté dos culíes para que llevaran mi equipaje y, junto con dos cazadores, iniciamos el camino temprano en la mañana. El primer kilómetro y medio, aproximadamente, fue por campo abierto y después llegamos a la selva que cubre toda la montaña a partir de los 1 500 metros. Los tres kilómetros y pico siguientes ascendían en una pendiente bastante tolerable que atravesaba por una gran selva virgen de plantas herbáceas, árboles de helechos y matorrales. Me sorprendió el inmenso número de helechos que crecían junto al camino. Su variedad parecía interminable y a cada momento me detenía para admirar algunas formas nuevas e interesantes. Entendí entonces lo que me había dicho el jardinero, que sobre la montaña había 300 especies.

Poco antes del mediodía llegamos a la pequeña meseta de Tjiburong, al pie de la parte más empinada de la montaña, donde hay una casa de tablones de madera para hospedar a los viajeros. Junto a ella hay una pintoresca cascada y una extraña caverna que no tuve tiempo de explorar. A medida que continuamos la subida, el camino se fue estrechando y haciéndose desigual y escarpado; zigzaguea hasta el cono, cubierto de bloques irregulares de roca y de una densa y exuberante vegetación, aunque no muy alta. Pasamos un torrente de agua con una temperatura no muy inferior al punto de ebullición y que ofrecía un aspecto muy peculiar, pues arrojaba espuma y emitía nubes de vapor; muchas veces quedaba oculto por el herbaje que lo cruzaba de un lado al otro, principalmente helechos y licopodios que allí crecen más frondosos que en ningún otro lugar.

Como a unos 2 300 metros encontramos otra choza de bambú en un lugar llamado Kandang Badak, o “campo del rinoceronte”, de la que hicimos nuestra morada temporal. Estaba en un pequeño claro de selva, con abundancia de árboles de helecho y algunas plantaciones jóvenes de chinchona. Como había una espesa niebla y lloviznaba, no traté de continuar hasta la cima esa tarde, pero la visité dos veces durante mi estancia en el lugar; también fui una vez al cráter activo del Gedeh, que es una enorme abertura semicircular, bordeada de muros de roca negra perpendiculares y rodeada de lomas cubiertas de escoria. El cráter no es muy profundo. Muestra manchas de azufre y de productos volcánicos de diversos colores y, por varios respiraderos, emite efluvios continuos de humo y de vapor. El cono extinto del Pangerango me resultó mucho más interesante. La cumbre es una llanura ondulante e irregular con una protuberancia de poca altura que la bordea y una profunda grieta lateral. Desafortunadamente, todo el tiempo que estuve en la montaña hubo niebla y lluvia arriba o abajo de nosotros, así que nunca pude ver la llanura que había abajo, ni siquiera echar una ojeada al maravilloso panorama que se debe de divisar desde la cumbre en un buen día. Pese a este inconveniente, disfruté mucho la excursión porque era la primera vez que estaba a altura suficiente en una montaña cerca del ecuador para observar el cambio de una flora tropical a otra templada, cambios que voy a describir someramente tal como los observé en Java.

Al ascender de la montaña, primero encontramos formas templadas de plantas herbáceas a muy poca altura, como 900 metros, donde empiezan a crecer fresas y violetas, aunque las primeras insípidas y las segundas con flores muy pequeñas y desvaídas. Plantas del orden de las compuestas empiezan a conferir un aspecto europeo al herbaje del camino. Entre los 600 y los 1 500 metros, las selvas y hondonadas son de suma belleza y de una frondosidad tropical. La abundancia

de árboles de helechos, a veces de 15 metros de altura, contribuye a este efecto general ya que, de todas las formas de vegetación tropical, son sin duda las más bellas y extraordinarias. Algunas de las barrancas profundas donde se han talado los árboles están llenas de helechos; cuando el camino cruza alguno de estos valles, la perspectiva de sus copas plumosas en diversas posiciones, al alzar y bajar la vista, ofrece un espectáculo inolvidable de pintoresca belleza. El espléndido follaje de musáceas y cingiberáceas de anchas hojas, con brillantes y copiosas flores, y las elegantes y variadas formas de plantas afines a la begonia y la melastoma atraen continuamente la atención en toda la zona. Llenan los espacios entre árboles y plantas grandes, y sobre los troncos, ramas y cepas hay gran número de orquídeas, helechos y lycopodios que ondean, cuelgan y se entrelazan en conjuntos de todas las variedades. A 1 500 metros de altura vi por primera vez colas de caballo (*Equisetum*), muy parecidas a nuestras especies. A 1 800 metros abundan las frambuesas, y desde allí hasta la cumbre de la montaña hay tres especies de rubos comestibles. A 2 100 metros aparecen los cipreses y los árboles son de tamaño más reducido, además de estar cubiertos de musgos y líquenes. A partir de esta altura, éstos aumentan y los bloques de roca y escoria que forman la pendiente de la montaña están completamente cubiertos de una vegetación musgosa. A 2 400 metros aproximadamente, las formas de plantas europeas se vuelven muy abundantes. Abundan varias especies de madreselva, planta de San Juan y viburno, y a 2 700 metros encontramos por primera vez la hermosa y poco común primula real (*Primula imperialis*), de la cual dicen que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo. Tiene un tallo largo y fuerte, a veces de más de un metro de alto, las hojas de la raíz tienen 46 centímetros de largo y carga varias guirnaldas de flores parecidas a la primula en vez de tener sólo un grupo al final. Los árboles, retorcidos y achaparrados como arbustos, llegan hasta el borde mismo del viejo cráter, pero no se extienden sobre el hueco de la cima, donde encontramos una gran extensión de terreno con espesuras de matas de artemisias y gnafalios, como nuestras algodónera y lombriguera, pero de dos o dos y medio metros de altura. Ranúnculos, violetas, arándanos, cerrajas, álsines, crucíferas blancas y amarillas, plantagíneas y hierbas anuales abundan por todas partes. En donde hay arbustos y matas, la madreselva y la planta de San Juan crecen en abundancia, en tanto que la primula imperial sólo hace gala de sus elegantes flores bajo la sombra húmeda de los sotos.

Motley, que visitó la montaña en la estación seca y prestó gran atención a la botánica, da la lista de los géneros característicos de regiones distantes y más templadas que transcribo a continuación: dos especies de violeta, tres de ranúnculo,

tres de *impatiens*, ocho o 10 de rubos y especies de *prímula*, *hipérico* (hierba de San Juan), *swertia*, *convallaria* (lirio de los valles), *vaccinium* (arándano), *rododendro*, *gnaphalium* (gordolobo), *polígono*, *digitalis* (dedalera), *lonicera* (madreselva), *plantago* (lancéola), *artemisa* (lombriguera), *lobelia*, *oxalis* (acederilla), *quercus* (encino) y *taxus* (tejo). Algunas de las plantas más pequeñas (*Plantago major* y *lanceolata*, *Sonchus oleraceus* y *Artemisia vulgaris*) son idénticas a las especies europeas.

El hecho de encontrar una vegetación tan estrechamente afín a la de Europa en picos tan aislados y en una isla al sur del ecuador, en tanto que en kilómetros a la redonda todas las tierras bajas tienen una flora completamente distinta, es extraordinario y hasta hace poco no tenía una explicación inteligible. El pico de Tenerife, que se eleva a mayor altura y está mucho más cerca de Europa, no tiene una flora tan alpina, así como tampoco los montes de Bourbon y Mauricio. El caso de las montañas volcánicas de Java es por tanto excepcional, aunque existen otros análogos, no exactamente paralelos, que nos permiten entender mejor cómo ha podido darse el fenómeno. Los picos más altos de los Alpes, e incluso de los Pirineos, contienen una serie de plantas absolutamente idénticas a las de La-



FIGURA XIII.14. *Primula imperialis*. Dibujado en madera por Fitch, dominio público, vía Wikimedia Commons.

ponia, pero que no se encuentran en ninguna de las llanuras intermedias. En la cumbre de las Montañas Blancas, en los Estados Unidos, todas las plantas son idénticas a las especies que se dan en Labrador. En estos casos, todos los medios comunes de transporte fallan. La mayoría de las plantas tienen semillas pesadas que el viento no puede arrastrar a tan inmensa distancia, y la acción de los pájaros en el abastecimiento eficaz de estas alturas alpinas está también fuera de duda. La dificultad era tan grande que muchos naturalistas llegaron a creer que estas especies se habían originado por separado en cimas tan distantes. No obstante, el descubrimiento de una era glacial reciente pronto ofreció una solución más satisfactoria aceptada ahora por los hombres de ciencia en todo el mundo. En ese periodo, cuando las montañas de Gales estaban llenas de glaciares y las partes montañosas de Europa central y gran parte de América, al norte de los Grandes Lagos, estaban cubiertas de nieve y hielo, con un clima parecido al de Labrador y Groenlandia en la actualidad, una flora ártica cubría todas esas regiones. Cuando esta era de frío pasó y el manto de nieve de la tierra, junto con los glaciares que descendían de todas las cumbres, se retiró hacia las cumbres y al polo norte, las plantas también se retiraron adhiriéndose entonces como ahora a los bordes de la línea de nieves perpetuas. Así es como en la actualidad se pueden encontrar las mismas especies en las cumbres de las montañas de la Europa y América templadas y en las estériles regiones del polo norte.

Pero hay otro conjunto de hechos que contribuye a que demos un paso más respecto al caso de la flora montañosa en Java. En las cumbres más altas del Himalaya, en las cimas de las montañas de la India central y de Abisinia, crece una serie de plantas que, si bien no son idénticas a las de las montañas europeas, pertenecen a los mismos géneros y los botánicos dicen que los representan; la mayoría de ellas tampoco pueden existir en las llanuras que se encuentran entre ambas zonas. Darwin creía que este tipo de hechos se puede explicar del mismo modo porque, durante la época más ardua de la era glacial, las formas templadas de plantas se habrían extendido hasta los confines de los trópicos y, al abandonar el lugar, se habrían retirado hacia las colinas de esas montañas meridionales así como hacia el norte, a las llanuras y colinas de Europa. Pero, en este caso, el tiempo transcurrido y el gran cambio en las condiciones permitieron a muchas de esas plantas tal modificación que ahora las consideramos especies distintas de las anteriores. Una serie de hechos similares lo han llevado a creer que el descenso de la temperatura fue suficiente en alguna época para permitir que unas cuantas plantas templadas del norte cruzaran el ecuador (por las rutas más elevadas) y llegaran a las regiones antárticas, donde ahora se encuentran. Las pruebas en que

se basa esta teoría se encuentran en la última parte del capítulo II de *El origen de las especies* y, si la aceptamos de momento como una hipótesis, nos permite explicar la presencia de una flora de tipo europeo en los volcanes de Java.

No obstante, se objetará que hay una gran extensión de mar entre Java y el continente que habría impedido la inmigración de formas templadas de plantas durante la era glacial. Sería sin duda una objeción fatal si no dispusiéramos de las abundantes pruebas que demuestran que Java estuvo anteriormente conectada a Asia y que la unión debió tener lugar en la época requerida. La prueba más extraordinaria de esa unión es que los grandes mamíferos de Java, el rinoceronte, el tigre y el *banteng* o buey salvaje, se encuentran también en Siam y Birmania, y ciertamente no fueron introducidos por el hombre. El pavorreal javanés y otras aves diversas son también comunes a ambos territorios; pero, en la mayoría de los casos, las especies son distintas aunque estrechamente afines, lo cual indica que ha transcurrido mucho tiempo (el necesario para tales modificaciones) desde que ocurrió la separación, aunque no tanto que baste para producir un cambio total. Ahora bien, esto corresponde exactamente al tiempo requerido para que estas formas templadas de plantas se introdujeran en Java. En la actualidad, son especies casi distintas, pero las diferentes condiciones en que están forzadas a existir ahora y la probabilidad de que algunas de ellas hayan muerto desde entonces en el continente indio es suficiente explicación de por qué las especies javanesas son diferentes.²

En mis objetivos más específicos tuve muy poco éxito en la montaña tal vez debido al clima sumamente inadecuado y a la brevedad de mi estancia. A una altura de 2 100 a 2 400 metros, conseguí un ejemplar de las lindas palomas fruteras pequeñas (*Ptilinopus roseicollis*), con la cabeza y el cuello de un exquisito color rosado que contrasta bellamente con el resto del plumaje verde. Y en la cima misma, comiendo en el suelo entre las fresas que hay allí plantadas, conseguí un zorzal de colorido apagado y con la forma y las costumbres de un mirlo isleño (*Turdus fumidus*). La ausencia de insectos era casi total debido sin duda a la gran humedad, y en todo el viaje no conseguí ni una sola mariposa, aunque estoy seguro de que, en la estación seca, una estancia de una semana en esa montaña compensaría al coleccionista en todas las ramas de la historia natural.

Después de mi regreso a Toego, procuré encontrar otra localidad en la que recolectar y me trasladé a una plantación de café unos kilómetros al norte; sucesi-

² Después encontré otra explicación a estos hechos y otros análogos que me parece más convincente y menos improbable. Véase mi texto *Island Life* ["Vida en la isla"], cap. XXIII; y *Darwinismo*, pp. 362-373.

vamente intenté en varios lugares montaña arriba y abajo, pero nunca encontré insectos en abundancia y las aves eran muchas menos que en el monte Megamendong. El clima empezó a ser más lluvioso que nunca, y como parecía que la estación había empezado en serio, regresé a Batavia, donde empaqué, envié mis colecciones y el 1° de noviembre partí en vapor a Banca y Sumatra.

XIV. SUMATRA

(Noviembre de 1861-enero de 1862)

EL VAPOR de correo de Batavia a Singapur me llevó a Muntok (o, como dicen los mapas ingleses, “Minto”), ciudad principal y puerto de Banca. Allí me quedé un par de días hasta que conseguí una embarcación que me llevara a través de los estrechos hasta el río Palembang. Con unos cuantos paseos por el territorio me di cuenta de que era muy montañoso, lleno de rocas de granito y laterita y con una vegetación selvática seca y achaparrada en la que podía encontrar muy pocos insectos. Una embarcación de vela de buen tamaño me llevó hasta la desembocadura del río Palembang, donde en una aldea de pescadores alquilé una barca de remos que me llevó hasta Palembang, a una distancia de aproximadamente 160 kilómetros por agua. Salvo cuando soplabla fuerte el viento y era favorable, únicamente podíamos avanzar con la corriente. Las riberas del río eran tierras inundadas de nipa, de modo que las horas que teníamos que quedarnos fondeando pasaban lentamente. Al llegar el 8 de noviembre a Palembang, fui alojado por el doctor, para quien llevaba una carta de presentación, y me dediqué a indagar sobre un buen lugar para mis colecciones. Todos me aseguraron que tenía que ir muy lejos para encontrar selva seca, ya que en aquella estación todo el territorio estaba inundado hasta muchos kilómetros tierra adentro. De modo que me tuve que quedar una semana en Palembang antes de poder decidir sobre mis futuros desplazamientos.

La ciudad es grande y se extiende casi cinco o seis kilómetros a lo largo de un bello recodo del río, tan ancho como el Támesis en Greenwich. Pero la corriente es muy angosta por las casas edificadas sobre él con estacas y por otra hilera de viviendas construidas sobre grandes balsas de bambú, amarradas con cables de ratán a la orilla y a estacas, y que suben y bajan con el nivel del agua. La orilla del río a ambos lados está formada básicamente por este tipo de casas, en su mayoría tiendas que dan al agua y que sólo se alzan unos 30 centímetros sobre ella, así que en Palembang es fácil ir al mercado en lancha y adquirir todo lo que se necesita. Los nativos son malayos de raza pura y nunca construyen sus casas en terreno seco si pueden encontrar agua en la que establecerse, ni van a ningún

lado a pie si pueden hacerlo en barca. Una gran parte de la población es china y árabe y es la que lleva a cabo todo el comercio. Los únicos europeos son los funcionarios civiles y militares del gobierno holandés. La ciudad está situada al comienzo del delta del río y entre éste y el mar hay muy poco terreno por encima del nivel del agua; por otra parte, muchos kilómetros tierra adentro, las riberas de la corriente principal y de sus numerosos afluentes son pantanosas y, en la estación de lluvias, se inundan hasta distancias considerables. Palembang está construida sobre un terreno elevado de unos cuantos kilómetros de extensión en la orilla norte del río. A casi cinco kilómetros de la ciudad, el terreno se eleva formando una pequeña colina cuya cima los nativos consideran sagrada y que está cubierta por algunos bellos árboles que habitan una colonia de ardillas ya medio domesticadas. Si se les pone al alcance migas de pan o pedazos de fruta, bajan corriendo el tronco, toman el bocado de las manos de la gente y se alejan al instante. Levantan la cola perpendicularmente y tienen el pelambre con anillos grises, amarillos y pardos que irradian un halo de suma belleza. En sus movimientos tienen algo parecido al ratón, avanzan a pequeños brincos y miran atentamente con sus grandes ojos negros antes de aventurarse a ir más lejos. El modo en que los malayos se suelen ganar la confianza de los animales salvajes es un rasgo muy agradable de su carácter y se debe, hasta cierto punto, a lo apacible de sus modales y a su preferencia por el reposo antes que la actividad. Los jóvenes obedecen los deseos de sus mayores y no parecen tener esa propensión a las travesuras de los muchachos europeos. ¿Cuánto tiempo durarían las ardillas domesticadas en los árboles de una aldea inglesa, aun cuando estuvieran cerca de la iglesia? Pronto serían ahuyentadas a pedradas o atrapadas en cepos y confinadas en jaulas. Nunca he tenido noticia de que en Inglaterra se domestique a esos lindos animales, pero creo que podría intentarse en cualquier parque de caballeros y con toda seguridad serían tan agradables y atractivas como poco comunes.

Después de mucho indagar averigüé que a un día de viaje por agua más arriba de Palembang empezaba un camino militar que llegaba hasta las montañas y cruzaba hasta Bencoolen, así que decidí emprender la ruta y viajar hasta que encontrara algún lugar propicio para la recolección. Por este medio tenía garantizados terreno seco y un buen camino; además evitaba los ríos, que en esa estación son muy tediosos de remontar por las fuertes corrientes y poco productivos para el coleccionista ya que todo el terreno vecino está inundado. Partimos temprano en la mañana pero no llegamos a Lorok, la aldea en donde comienza el camino, hasta la caída de la tarde. Me quedé allí pocos días porque en casi todo el terreno que no estaba inundado había cultivos y la selva estaba empanta-

nada y era inaccesible. El único pájaro para mí desconocido que encontré en Lorok fue la cotorra de cola larga (*Palaeornis longicauda*). Los lugareños me aseguraron que el terreno seguía en aquel estado hasta muy lejos —más de una semana de viaje— y no parecían tener idea alguna de un territorio elevado y cubierto de selva, de modo que empecé a pensar que sería inútil continuar, ya que el tiempo del que disponía era demasiado breve como para que valiera la pena emplear gran parte de él desplazándome. Pero encontré a un hombre que conocía los alrededores y era más inteligente, quien me dijo enseguida que si buscaba selva tenía que ir al distrito de Rembang, a unos 45 o 50 kilómetros de distancia.

El camino está dividido en etapas regulares de unos 15 o 20 kilómetros, y si no se envía a alguien de antemano para que haya culíes preparados, es la única distancia que se puede recorrer en un día. En cada estación hay casas de huéspedes para los pasajeros, con cocina y establos y seis u ocho hombres siempre de guardia. Hay un sistema establecido de culíes a precios fijos y los habitantes de las aldeas de alrededor trabajan en turnos para el servicio de mozos y guardias durante periodos de cinco días. Este sistema hace el viaje muy fácil y fue para mí de una gran comodidad. Hacía un agradable recorrido de esos 15 o 20 kilómetros en la mañana y el resto del día podía caminar y explorar la aldea y el vecindario, ya que tenía vivienda sin cubrir ningún tipo de formalidades. En tres días llegué a Moera-dua, primera aldea en Rembang, y como el terreno era seco y ondulado con un poco de selva, decidí quedarme y probar fortuna. Justo enfrente de la posada había un río pequeño pero profundo con un buen lugar para bañarse; pasada la aldea, había un buen trecho de selva por donde atravesaba el camino casi oculto entre enormes árboles que en parte me tentaron a quedarme; pero después de dos semanas no había encontrado un buen lugar para insectos y muy pocas aves que fueran diferentes a las especies comunes de Malaca. Así que me trasladé a Lobo Raman, donde la casa de los guardas está bastante aislada en la selva, a poco más de kilómetro y medio de distancia de cada una de las otras aldeas. Me resultó muy agradable porque me podía desplazar sin que una multitud de hombres, mujeres y niños observara cada uno de mis movimientos, y además disponía de una variedad mucho mayor de recorridos por cada una de las aldeas y por las plantaciones en su entorno.

Las aldeas malayas de Sumatra son bastante peculiares y muy pintorescas. Consisten en una extensión de varias hectáreas rodeada por una empalizada, y en esa zona se van amontonando irregularmente las viviendas sin el mínimo intento de homogeneidad. Entre ellas crecen abundantes cocoteros y el suelo se torna liso

y duro por el constante tránsito. Las casas están construidas sobre postes de aproximadamente dos metros de altura; las mejores son de tablones y las demás de bambú. Las de madera están siempre más o menos labradas y tienen los techos en declive, con aleros. Los remates del techo, los postes principales y las vigas a veces están tallados con un gusto exquisito, arte todavía más frecuente en el distrito de Menangkabo, al oeste. El piso es de tiras de bambú, poco firme, y en el interior no hay signos de lo que pudiéramos llamar muebles. No hay bancas ni sillas ni taburetes sino sólo el suelo cubierto de esteras sobre las que se sientan o acuestan sus moradores. La aldea tiene un aspecto muy limpio y el suelo de tierra delante de las casas principales está barrido; pero hay muchos y malos olores, porque debajo de cada casa hay un apestoso agujero lleno de lodo que se forma con todos los líquidos de desperdicio y materia de desecho que van cayendo del piso de arriba. Los malayos son bastante limpios en casi todo y algunas veces hasta concienzudos en el aseo, y esta peculiar y desagradable costumbre, casi universal, proviene con toda seguridad de que originalmente fueron un pueblo marítimo y amante del agua, que construía sus casas sobre postes y que poco a poco fue migrando tierra adentro, primero remontando las corrientes de ríos y arroyos hasta finalmente llegar al interior. Costumbres que en su momento fueron tan adecuadas y limpias, y que se practicaron durante tanto tiempo que se convirtieron en parte de la vida doméstica de la nación, obviamente se siguieron practicando cuando los primeros pobladores construyeron sus casas en el interior. Al carecer de un sistema regular de drenaje, la disposición de las casas hace que cualquier otro modo de desagüe sea inadecuado.

En todas estas aldeas de Sumatra tuve muchas dificultades para conseguir alimento. No era la estación de verduras, y cuando después de muchos problemas conseguí algunas raíces comestibles, ñames, de una variedad rara, eran duras y apenas masticables. Las aves de corral eran muy escasas y la fruta se reducía a una de las variedades menos rica de banana. Los nativos —al menos en la estación húmeda— viven exclusivamente de arroz, como los irlandeses más pobres de patatas. Una olla de arroz cocido muy seco y servido con sal y chiles rojos dos veces por día constituye todo el alimento gran parte del año. Esto no es un signo de pobreza sino simplemente una costumbre, pues sus esposas e hijos van cargados de brazaletes desde la muñeca hasta el codo y portan docenas de monedas de plata alrededor del cuello o colgadas en las orejas.

A medida que me fui apartando de Palembang, me di cuenta de que el malayo que hablaba la gente común era menos puro hasta que a la larga se hizo bastante ininteligible, aunque debido a la recurrencia continua de términos familia-

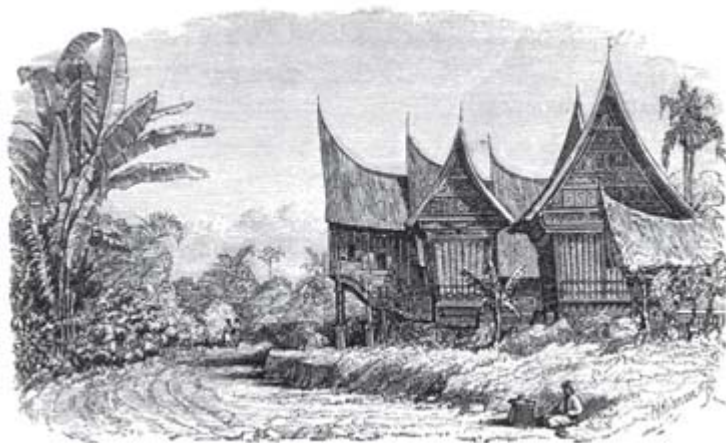


FIGURA XIV.1. Casa del jefe y cobertizo de arroz en una aldea de Sumatra.
Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

res me cercioraba de que era una forma de malayo y podía adivinar cuál era el tema principal de conversación. Hace unos años esta comarca tenía muy mala reputación y con frecuencia robaban y mataban a los viajeros. También eran frecuentes las peleas entre una aldea y otra y se perdían muchas vidas en las disputas por linderos o por intrigas con mujeres. Sin embargo, ahora que el territorio ha sido dividido en distritos a cargo de “controladores” que visitan las aldeas por turnos para escuchar quejas y solucionar conflictos, se ha acabado con las antiguas disputas. Éste es uno de los numerosos ejemplos que observé de los buenos efectos del gobierno holandés. Ejerce una estricta vigilancia hasta en las posesiones más remotas, establece una forma de gobierno que se adapta bien al carácter de la gente, reforma abusos, castiga delitos y se gana el respeto de la población nativa en todas partes.

Lobo Raman está en un punto central en el extremo oriente de Sumatra y se encuentra a unos 200 kilómetros del mar al este, norte y oeste. Es de superficie ondulada, sin montañas y ni siquiera colinas; tampoco hay rocas, porque el suelo es de una arcilla roja y quebradiza. Una serie de ríos pequeños y arroyos cruza el territorio, dividido por igual en claros retazos de selva, tanto virgen como de vegetación secundaria, con abundancia de árboles frutales. No faltan los caminos para desplazarse en cualquier dirección. En conjunto, es el territorio más prometedor para un naturalista y estoy seguro de que en una época del año más propicia hubiera dado muestras de su gran riqueza, pero era la estación de lluvias,



FIGURA XIV.2. *Diferentes hembras de Papilio memnon. Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

cuando en las mejores localidades hay escasez de insectos y, como no hay fruto en los árboles, también de aves. Durante un mes de recolección sólo agregué tres o cuatro especies nuevas a mi lista de aves, aunque obtuve muy buenos ejemplares de otras poco comunes e interesantes. En mariposas tuve más éxito, pues conseguí varias especies bellas del todo nuevas para mí y un número considerable de insectos muy bellos y poco comunes. Ahora voy a describir dos especies de mariposas que, aunque son muy frecuentes en las colecciones, presentan peculiaridades muy interesantes.

La primera es la elegante *Papilio memnon*, una espléndida mariposa de color negro, con líneas y grupos de manchas azul ceniciento. Las alas extendidas miden cerca de 13 centímetros y las posteriores, redondeadas, tienen bordes festoneados. Esto en lo que se refiere a los machos; las hembras son muy diferentes y varían tanto que antes se suponía que formaban varias especies distintas. Se pueden clasificar en dos grupos: las que tienen una forma parecida al macho y las que difieren totalmente de él en el contorno de las alas. Las primeras varían mucho de

color y con frecuencia son casi blancas con marcas amarillo oscuro y rojas, aunque este tipo de diferencias son comunes en las mariposas. Las del segundo grupo son más excepcionales y es difícil creer que son el mismo insecto, ya que tienen las alas posteriores alargadas, como colas en forma de cuchara, de las que no se encuentra ningún rudimento en los machos y ni siquiera en la forma típica de las hembras. Esas hembras con cola no tienen los matices oscuros y azules satinados que predominan en el macho y muchas veces en las hembras de la misma forma, sino que están invariablemente adornadas con rayas y manchas color ante o amarillo pálido que ocupan casi toda la superficie de las alas posteriores. Esta particularidad en la coloración me llevó a descubrir que esta extraordinaria hembra tiene un estrecho parecido al volar con otra mariposa del mismo género pero perteneciente a otro grupo (*Papilio cöon*); nos encontramos ante un caso de mimetismo similar a los que Bates tan bien explica e ilustra.¹ Que la semejanza no es accidental lo prueba sobradamente el hecho de que en el norte de la India, donde la *Papilio cöon* es sustituida por una forma afín (*Papilio doubledayi*), con puntos rojos en vez de amarillos; una especie muy similar o una variedad de la *Papilio memnon* (*Papilio androgeus*) tiene la hembra con cola también punteada de rojo. La utilidad y la razón de la estrecha semejanza en forma y color parece deberse a que, al pertenecer las mariposas imitadas a un sector del género *Papilio* que por una u otra causa no es atacado por los pájaros, la hembra de la *memnon* y sus afines también evaden la persecución. Otras dos especies de este mismo sector (*Papilio antiphus* y *Papilio polyphontes*) son tan perfectamente imitadas por dos formas femeninas de la *Papilio theseus* (perteneciente al mismo sector que la *memnon*) que engañaron completamente al entomólogo holandés De Haan, quien las clasificó como pertenecientes a la misma especie.

Pero el hecho más curioso respecto a estas formas es que ambas constituyen la descendencia de cualquiera de ellas. Un entomólogo holandés crio en Java una progenie de larvas y produjo machos y hembras con cola y sin cola; tenemos toda razón para creer que así sucede siempre y que nunca se dan formas de carácter intermedio. Para ilustrar estos fenómenos, vamos a imaginar que un inglés errante tiene en una isla remota dos esposas, una india de pelo negro y piel cobriza y la otra de cabello crespo y piel negra, y que los hijos, en vez de ser mulatos de tonos oscuros o café y con una mezcla en varios grados de las características de cada progenitor, fueran muchachos de piel clara y ojos azules como el padre y las muchachas se parecieran a las madres. Nos resultaría bastante extraño, pero el caso

¹ Trans. Linn. Soc., vol. XVIII, p. 495; *Naturalist on the Amazons*, vol. I, p. 290.



FIGURA XIV.3. *Papilio cöon*. Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

de estas mariposas es todavía más extraordinario porque cada madre no sólo puede producir una descendencia parecida al padre y hembras como ella misma, sino también otras hembras como la pareja de su compañero y completamente diferentes a ella misma.

La otra especie sobre la que tengo que llamar la atención es la *Kallima paralekta*, una mariposa del mismo grupo familiar que nuestro emperador escarlata y aproximadamente del mismo tamaño o mayor. Tiene la superficie exterior de color púrpura intenso, teñida en diferentes tonos cenicientos, y, a lo largo de las alas anteriores, una ancha franja anaranjado oscuro, de modo que cuando vuela es muy visible. Esta especie era bastante común en bosques y espesuras secas y muchas veces me propuse capturarla, pero sin éxito, porque después de volar una corta distancia se metía en un arbusto entre hojas secas o muertas; por mucho cuidado que tuviera en llegar hasta el lugar sigilosamente, nunca lograba descubrirla hasta que iniciaba de nuevo su vuelo y después desaparecía en un lugar similar. Al fin tuve oportunidad de ver el punto exacto sobre el que se posaba la mariposa y, aunque la perdí de vista algún tiempo, acabé dándome cuenta de que estaba al alcance de mi vista, pero en su posición de reposo se parecía tanto a una hoja muerta pegada a una rama que podía engañar a la vista aun cuando se la mirara fijamente. Capturé varios ejemplares de las alas y pude entender perfectamente cómo se produce esa maravillosa semejanza.

El extremo de las alas superiores termina en un punto fino, del mismo modo que las hojas de muchos arbustos y árboles tropicales, en tanto que las alas inferiores son algo más obtusas y se prolongan formando una cola gruesa y corta. Entre esos dos puntos hay una línea oscura y curva que representa exactamente



FIGURA XIV.4. *Mariposa hoja, en vuelo y en reposo. Dibujado en madera por T. W. Wood, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

la nervadura central de una hoja, y de ella irradian, a cada uno de los lados, unas cuantas marcas oblicuas que imitan a la perfección las venas laterales. Estas marcas son más claras en la parte exterior de la base de las alas, hacia la mitad y en el ápice de la parte interior; están formadas por estrías y líneas que son muy comunes en las especies afines pero que, en este caso, están modificadas y acentuadas de modo que imitan con mayor precisión la nervadura de una hoja. El tono de la superficie interior varía mucho pero es siempre de un café ceniciento o rojizo que combina con el de las hojas muertas. La costumbre de la especie consiste en descansar sobre una rama y entre hojas secas; en esa posición, con las alas muy juntas, su contorno es exactamente igual al de una hoja de tamaño normal, ligera-

mente curva. La cola de las alas posteriores forma un pedúnculo perfecto y toca el ramaje cuando el insecto se apoya en el par de patas intermedias que, entre las ramas y hierbas que lo rodean, no se notan. Retira hacia atrás la cabeza y mete las antenas entre las alas, de modo que quedan bastante ocultas, pues tiene una pequeña ranura en la base misma de las alas que permite que retraiga la cabeza lo suficiente. Todos estos detalles se combinan para producir un disfraz tan perfecto y maravilloso que asombra a cualquiera que lo vea; en sus costumbres, los insectos tienden a utilizar todas estas particularidades y disponen de ellas de tal manera que alejan cualquier duda sobre la finalidad de su mimetismo, que obviamente es una protección para ellos. Su vuelo firme y rápido le basta para salvarla de sus enemigos, pero si en reposo fuera igualmente visible no podría evitar la extinción debido a los ataques de los pájaros y de los reptiles insectívoros que abundan en las selvas tropicales. Una especie muy afín, la *Kallima inachis*, habita en la India, donde es muy común y hay ejemplares de ella en todas las colecciones que se envían del Himalaya. Al examinar varios ejemplares de esta especie se verá que no hay dos iguales, pero todas las variantes corresponden a las de las hojas muertas. Se encuentran en todos los tonos de amarillo, ceniza, café y rojo y muchos especímenes tienen manchas y motas formadas por pequeños puntos negros, muy parecidos a los hongos diminutos que crecen sobre las hojas, y al principio es casi imposible no pensar que también son hongos lo que ha crecido sobre las mariposas.

Si una adaptación tan extraordinaria figurara como única, sería muy difícil encontrarle una explicación, pero, aunque quizá se trate del caso más perfecto de imitación protectora que se conozca, hay cientos de semejanzas similares en la naturaleza y de ellas podemos deducir una teoría general sobre cómo lentamente se han ido produciendo. El principio de la variación y el de la “selección natural” o sobrevivencia de los más aptos, tal como lo elabora Darwin en su famoso *Origen de las especies*, nos proporciona la base para esta teoría. Yo mismo me dediqué a aplicarlo a todos los casos importantes de imitación en un artículo publicado en *Westminster Review* en 1867, titulado “Mimetismo y otras semejanzas protectoras entre los animales”, al que remito a cualquier lector que desee conocer más sobre el tema.²

En Sumatra abundan los monos y en Lobo Raman solían frecuentar los árboles que daban sobre la casa del guarda, proporcionándome una inmejorable oportunidad para observar sus cabriolas. Los más abundantes eran dos especies

² Este artículo constituye el tercer capítulo de mi *Natural Selection and Tropical Nature* [“Selección natural y naturaleza tropical”].

de *Semnopithecus*, monos delgados con colas muy largas. Como no se les suele disparar, son bastante temerarios y se quedan indiferentes cuando sólo hay nativos presentes. Pero cuando yo salía a verlos me miraban fijamente un minuto o dos y después se iban. Dan brincos tremendos desde las ramas de un árbol a otro más bajo y cuando un fuerte cabecilla da un salto audaz es muy divertido ver a los demás seguirlo con mayor o menor temor. Muchas veces sucede que uno o dos de los últimos parece que no se deciden a saltar hasta que el resto desaparece, y entonces, como si estuvieran desesperados por el abandono, se lanzan frenéticamente al aire y con frecuencia se estrellan entre las ramas más delgadas y caen al suelo.

Un simio muy curioso, el *Siamang*, también abundaba bastante, pero es mucho menos audaz que los monos y se mantiene en las selvas vírgenes y elude las aldeas. Esta especie es afín a los pequeños monos de brazos largos del género *Hylobates*, pero es bastante más grande y se diferencia de ellos en que tiene los dos primeros dedos de los pies unidos hasta casi el extremo; de ahí su nombre latino, *Siamanga syndactyla*. Se desplaza con mucha más lentitud que el activo *Hylobates* y se mantiene en la parte baja de los árboles sin darse el gusto de esos tremendos saltos. A pesar de todo es bastante activo y con sus inmensos y largos brazos, que extendidos miden 1.70 metros en un adulto de unos 90 centímetros de altura, se balancea y desplaza entre los árboles a gran velocidad. Compré uno pequeño que los nativos habían capturado y amarrado tan fuerte que lo hirieron. Al principio, era bastante salvaje e intentaba morder, pero después de soltarlo y asignarle dos postes bajo la veranda de los que se podía colgar asegurado con una cuerda corta, que se deslizaba por el poste con un anillo para que pudiera moverse con facilidad, estaba más contento y se movía libremente de un lado a otro con gran rapidez. Comía casi cualquier clase de fruto y arroz; tenía esperanzas de llevarlo a Inglaterra pero murió justo antes de partir. Al principio me tenía una aversión que traté de hacerle superar alimentándolo constantemente yo mismo. No obstante, un día me mordió tan fuerte mientras le estaba dando comida que perdí la paciencia y le pegué bastante, algo que después lamenté porque a partir de entonces le desagradé más que nunca. Dejaba que mis muchachos malayos jugaran con él y se pasaba horas columpiándose de un poste a otro colgado de los brazos y sobre las vigas de la veranda con tanta facilidad y rapidez que era motivo constante de diversión para todos nosotros. Cuando regresé a Singapur llamó mucho la atención, pues nadie había visto antes un siamang vivo, aunque es bastante común en algunas partes de la península malaya.

Como es sabido que el orangután habita Sumatra, y en realidad se descubrió allí, pregunté mucho por él, pero ningún nativo había oído hablar de ese animal y

tampoco encontré a ningún funcionario holandés que supiera algo de él. Por tanto podía llegar a la conclusión de que no habita en las planicies de selva que se encuentran al este de Sumatra, donde uno espera naturalmente encontrarlo, sino que está confinado a una región limitada en el noroeste, la parte de la isla que está en manos de gobernantes nativos. Los otros grandes mamíferos de Sumatra, el elefante y el rinoceronte, están distribuidos en un territorio más extenso, pero el primero es mucho más escaso que hace unos años y parece que se retira rápidamente ante la difusión de los cultivos. Cerca de Lobo Raman a veces se encuentran colmillos y huesos en la selva, pero ahora no se ve nunca al animal vivo. El rinoceronte (*Rhinoceros sumatranus*) aún abunda y muchas veces vi sus huellas y excremento; en una ocasión sorprendí a uno cuando estaba comiendo y desapareció estrepitosamente en la selva, permitiéndome sólo una ojeada momentánea entre el denso follaje. Conseguí un cráneo en bastante buen estado y unos cuantos dientes que los nativos recogieron.

Otro animal raro, que ya había encontrado en Singapur y en Borneo pero que abunda más aquí, es el *Galeopithecus* o lémur volador. Esta criatura tiene una ancha membrana que se extiende alrededor de todo el cuerpo hasta las extremidades de los dedos de los pies y hasta la punta de la cola, bastante larga. Esto le permite pasar oblicuamente por el aire de un árbol a otro. Es indolente en sus movimientos, al menos durante el día, y sube a los árboles en breves carreras de unos cuantos metros y después se detiene un momento como si la acción fuera difícil. Descansa durante el día adherido a los troncos de los árboles, en donde su pelo color olivo o café, moteado con puntos y manchas irregulares color blancuzco, se asemeja mucho al color de la corteza manchada de los árboles y sin duda lo protege. Una vez, a la luz de un crepúsculo bastante claro, vi a uno de estos animales trepar un árbol en un lugar bastante al descubierto y después se deslizó oblicuamente por el aire a otro árbol sobre el que se posó cerca de la base y comenzó a ascender de inmediato. Medí en pasos la distancia de un árbol a otro y era de 64 metros; calculé que la altura del descenso no era mayor de 11 a 12 metros o menos de una proporción de uno a cinco. Creo que esto prueba que el animal debe de tener cierta capacidad de guiarse por el aire, porque si no, en una distancia tan larga tendría pocas probabilidades de posarse exactamente sobre el tronco. Al igual que el cuscús de las Molucas, el *Galeopithecus* se alimenta básicamente de hojas y tiene un estómago voluminoso e intestinos largos y enrollados. El cerebro es muy pequeño y el animal tiene tal tenacidad por la vida que es sumamente difícil matarlo por los medios ordinarios. La cola es prensil y probablemente la utiliza como apoyo adicional cuando come. Se dice que sólo tiene una



FIGURA XIV.5. Cálao hembra con su cría. Dibujado en madera por T. W. Wood, dominio público, vía Wikimedia Commons.

cría cada vez y mi propia observación lo confirma, porque una vez disparé a una hembra con una pequeña criatura ciega y desnuda, que se aferraba a su pecho bastante desprovista y arrugada y que me recordó a las crías de los marsupiales, de los que parece ser una transición. En el lomo, y extendiéndose por las extremidades y la membrana, el pelo de esos animales es corto y delicadamente suave, de una textura parecida al de la chinchilla.

Regresé a Palembang por agua y, en mi estancia de un día en una aldea mientras esperaba que impermeabilizaran una embarcación, tuve la fortuna de conseguir el macho, la hembra y la cría de uno de los grandes cálaos. Había enviado a los cazadores a disparar y, cuando estaba desayunando, regresaron con un bello y

gran macho del *Buceros bicornis*. Uno de los cazadores me aseguró que le había disparado cuando estaba dando de comer a la hembra, encerrada en el agujero de un árbol. Había leído muchas veces sobre esta singular costumbre y regresé de inmediato al lugar acompañado de varios nativos. Después de cruzar un arroyo y una charca, encontramos un árbol grande que caía sobre el agua y, en su parte inferior, a una altura de unos seis metros, había un pequeño agujero y lo que parecía un montón de barro que me afirmaron se había utilizado para tapar el gran agujero. Al cabo de un rato, oímos el desapacible grito de un pájaro adentro y vimos el extremo blanco de su pico que salía. Ofrecí una rupia al que subiera y sacara al pájaro, con el huevo o la cría, pero todos declararon que era demasiado difícil y que tenían miedo de intentarlo. Me alejé de muy mala gana. Más o menos una hora después, para mi gran sorpresa, oí un grito ronco y tremendamente alto y era porque me traían al pájaro junto con la cría que habían encontrado en el agujero. Ésta era un objeto de lo más peculiar, del tamaño de una paloma y sin una sola partícula de plumaje en ninguna parte. Era muy regordeta y suave, con la piel semitransparente, y parecía más una bolsa de gelatina con una cabeza y unos pies pegados que un verdadero pájaro.

La extraordinaria costumbre del macho de recubrir tanto a la hembra como al huevo y alimentarla durante todo el periodo de incubación, hasta que la cría está emplumada, es común en muchos de los grandes cálaos y constituye uno de esos extraños hechos de la historia natural “más raros que un producto de la imaginación”.

XV. HISTORIA NATURAL DE LAS ISLAS INDOMALAYAS

EN EL PRIMER capítulo de esta obra he planteado en términos generales las razones que nos llevan a la conclusión de que las grandes islas en la parte occidental del archipiélago —Java, Sumatra y Borneo—, así como la península malaya y las islas Filipinas, quedaron separadas del continente de Asia recientemente. Ahora me propongo hacer un esbozo de la historia natural de las que yo denomino islas indomalayas, para mostrar hasta qué punto confirma esta opinión y cómo a partir de la historia natural podemos obtener información sobre la antigüedad y el origen de cada isla por separado.

Hasta ahora se conoce tan poco de la flora del archipiélago, y yo mismo le he prestado tan poca atención, que no puedo sacar de ella muchos datos relevantes. Sin embargo, el tipo de vegetación malaya es muy importante y el doctor Hooker nos informa en su *Flora Indica* que se extiende por las partes más húmedas y uniformes de la India y que muchas plantas que se encuentran en Ceilán, el Himalaya y los montes Nilghiri y Khasia son idénticas a las de Java y la península malaya. Entre las formas más características de esta flora se encuentra el ratán —palmeras trepadoras del género *Calamus*— y una gran diversidad de palmas altas y sin tronco. Orquídeas, aráceas, cingiberáceas y helechos son especialmente abundantes, y el género *Grammatophyllum* —una orquídea gigantesca epífita cuyos grupos de hojas y tallos floridos tienen de tres a tres y medio metros de longitud— es endémico. Esas islas son también el dominio de las maravillosas plantas de hojas utriculares o de cántaro (nepentáceas), que en otras partes están representadas únicamente por especies solitarias, como en Ceilán, Madagascar, las Seychelles, Célebes y las Molucas. Los frutos más elogiados, el mangostán y el durión, son originarios de esta región y es difícil que crezcan fuera del archipiélago. Ya hemos aludido a que las plantas de las montañas de Java muestran una conexión anterior con el continente de Asia y las colecciones de Low procedentes de la cima del Kinibalou, la montaña más alta de Borneo, indican una conexión aún más extraordinaria y antigua con Australia.

Las plantas disponen de muchas más facilidades para cruzar los brazos del mar que los animales. El viento acarrea sin dificultad las semillas ligeras y mu-

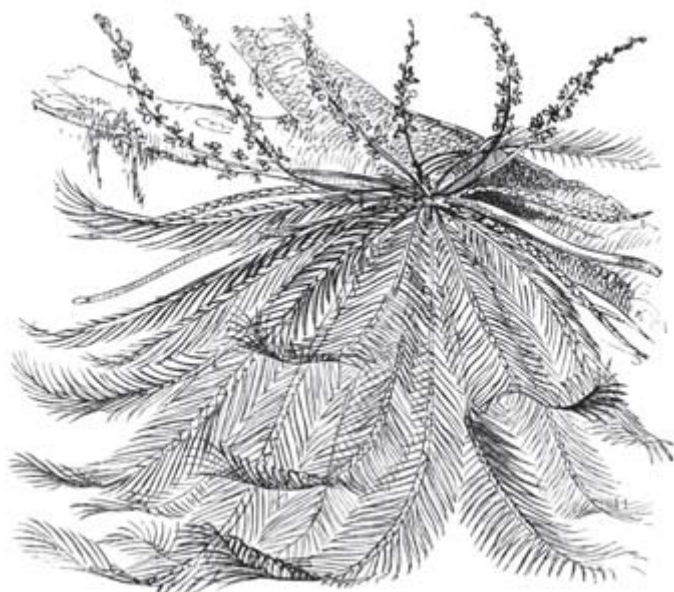


FIGURA XV.1. *Grammatophyllum*, orquídea gigante. Dibujado en madera por Fitch, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.

chas están especialmente adaptadas para ello. Otras pueden flotar largo tiempo en el agua sin perjudicarse y son arrastradas por vientos y corrientes a playas distantes. Las palomas y otros pájaros que se alimentan de frutos son también un medio de distribución de las plantas, porque las semillas germinan fácilmente después de pasar por el cuerpo de esas aves. Sucede pues que las plantas que crecen en playas y tierras bajas tienen una amplia distribución y hay que poseer un gran conocimiento de las especies de cada isla para determinar las relaciones de sus floras con alguna precisión. De momento carecemos de esos conocimientos más completos de la botánica de varias islas del archipiélago y sólo mediante un fenómeno tan sorprendente como la presencia de géneros septentrionales e, incluso, europeos en las cimas de las montañas de Java podemos comprobar la antigua conexión de esa isla con el continente asiático. En lo que respecta a los animales terrestres, sin embargo, el caso es muy diferente. Los medios que tienen para cruzar una amplia extensión de mar son mucho más restringidos. Su distribución ha sido estudiada con mayor exactitud y disponemos de un conocimiento mucho más completo de grupos como los mamíferos y las aves que de las plantas en la mayoría de las islas. Estas dos clases de animales son las que nos proporcio-

narán muchos de los hechos referentes a la distribución geográfica de los seres organizados en la región.

El número de mamíferos que se sabe que habitan la región indomalaya es muy grande y probablemente abarca más de 170 especies. Exceptuando los murciélagos, ninguno de ellos posee medios regulares para cruzar brazos de mar de muchos kilómetros de extensión, y, por tanto, un examen de su distribución nos será de gran utilidad para determinar si estas islas han estado alguna vez conectadas entre sí o con el continente desde la época de las especies existentes.

Los cuadrumanos o conjuntos de monos constituyen uno de los rasgos más característicos de esta región. Se sabe que la habitan 24 especies distintas que están distribuidas con bastante uniformidad por las islas: hay nueve en Java, 10 en la península malaya, 11 en Sumatra y 13 en Borneo. Los grandes orangutanes, de aspecto similar al ser humano, se encuentran sólo en Borneo y Sumatra; el extraño siamang (que los sigue en tamaño) está en Sumatra y Malaca; el mono de nariz larga sólo en Borneo; en tanto que cada isla tiene representantes de los gibones o simios de brazos largos y de los monos. Los animales parecidos al lémur, *Nycticebus*, *Tarsius* y *Galeopithecus*, se encuentran en todas las islas.

Siete especies de la península malaya se extienden también a Sumatra, cuatro a Borneo y tres a Java, en tanto que dos llegan hasta Siam y Birmania, y una al norte de la India. Si exceptuamos al orangután, el siamang, el *Tarsius spectrum* y el *Galeopithecus*, todos los géneros malayos de cuadrumanos están representados en la India por especies estrechamente afines, aunque, debido a la gama limitada de la mayoría de esos animales, hay muy pocos que sean absolutamente idénticos.

Se conocen 33 especies de carnívoros en la región indomalaya, de las que unas ocho se encuentran también en Birmania y en la India. Entre ellas están el tigre, el leopardo, un gato montés, la civeta y la nutria; mientras que de los 20 géneros de carnívoros malayos 13 están representados en la India por especies más o menos afines. A modo de ejemplo diremos que el raro carcajú malayo (*Helictis orientalis*) está representado en el norte de la India por una especie muy afín, *Helictis nipalensis*.

Los animales con pezuñas suman 22 y de éstos unos siete se extienden hasta Birmania y la India. Todos los venados son de especies endémicas, excepto dos que pueden encontrarse desde Malaca hasta la India. Del ganado, una especie india llega hasta Malaca, en tanto que el *Bos sondaicus* de Java y Borneo se encuentra también en Siam y Birmania. En Sumatra hay un animal parecido a la cabra que tiene su representante en la India, en tanto que el rinoceronte de dos

cuernos de Sumatra y las especies unicornias de Java, que durante mucho tiempo se creyó que eran endémicas de estas islas, ya está confirmado que existen en Birmania, Pegu y Moulmein. En la actualidad se considera que el elefante de Sumatra, Borneo y Malaca es idéntico al de Ceilán y la India.

Estos mismos fenómenos generales vuelven a ocurrir en todos los grupos de mamíferos. Unas cuantas especies son idénticas a las de la India. Un número mucho mayor son estrechamente afines o constituyen formas representativas, aunque existe siempre un pequeño número de géneros particulares consistente en animales disímiles a los que se encuentran en cualquier otra parte del mundo.

Hay unos 50 murciélagos, de los que menos de una cuarta parte son especies indias; 34 roedores (ardillas, ratas, etc.), de los que sólo seis u ocho son indios; y 10 insectívoros, con una excepción endémica de la región malaya. Las ardillas son muy abundantes y características y sólo dos especies de las 25 se extienden hasta Siam y Birmania. Las tupaías son extraños insectívoros que se parecen mucho a las ardillas y están prácticamente confinadas a las islas malayas, lo mismo que el pequeño *Ptilocercus lowii* de cola emplumada de Borneo y el particular *Gymnurus rafflesii* de hocico largo y cola desnuda.

Como la península malaya es parte del continente asiático, la mejor manera de esclarecer la cuestión de la antigua unión de las islas al continente es con el estudio de las especies que se encuentran en la antigua zona y también en algunas de las islas. Ahora bien, si dejamos completamente de lado a los murciélagos, que tienen capacidad de vuelo, quedan aún 48 especies de mamíferos comunes a la península malaya y a las tres grandes islas. Entre ellos se cuentan siete cuadrumanos (monos, changos y lémures), animales que pasan toda su existencia en las selvas, nunca nadan y que serían bastante incapaces de cruzar un solo kilómetro de mar; 19 carnívoros, no cabe duda de que algunos de los cuales podrían cruzar nadando, pero no podemos imaginar que un número tan elevado haya atravesado de esta manera un estrecho que, excepto en un punto, tiene aproximadamente de 50 a 55 kilómetros de ancho; y cinco animales con pezuñas, incluyendo el tapir, dos especies de rinoceronte y un elefante. Además, hay 13 roedores y cuatro insectívoros, incluida una musaraña y seis ardillas, cuya travesía de 32 kilómetros de mar sin ninguna ayuda es aún más inconcebible que la de los animales grandes.

Pero cuando llegamos a los casos de las mismas especies que habitan dos de las islas más separadas, la dificultad aumenta considerablemente. Borneo dista unos 240 kilómetros de Biliton, que a su vez está a 80 kilómetros de Banca y ésta a 25 kilómetros de Sumatra, y, pese a todo, hay un número no inferior a 36

especies de mamíferos comunes a Borneo y Sumatra. Java está a más de 400 kilómetros de Borneo y, aun así, estas dos islas tienen 22 especies en común, incluidos monos, lémures, bueyes salvajes, ardillas y musarañas. Parece que estos hechos afirman con absoluta certeza que en algún periodo anterior ha habido una conexión entre todas estas islas y el continente; y el hecho de que la mayoría de estos animales comunes a dos o más de las islas no sólo muestren pocas o ninguna variación, sino que con frecuencia sean absolutamente idénticos, indica que la separación debió ser reciente en términos geológicos, es decir, no anterior al nuevo plioceno, cuando los animales terrestres comenzaron a parecerse a los que existen en la actualidad.

Si fuera necesaria otra razón para demostrar que no es posible que las islas se poblaran unas de otras y del continente sin una conexión anterior, los murciélagos nos proporcionan ese argumento adicional. Porque si ése hubiera sido el modo de abastecer a esas islas con animales, es bastante probable que criaturas que pueden volar largas distancias hubieran sido las primeras en extenderse de una isla a otra y producir así una uniformidad de especies casi perfecta en toda la región. Pero esa uniformidad no existe y los murciélagos de cada isla son casi tan distintos, cuando no lo son del todo, como los demás mamíferos. Por ejemplo, en Borneo se conocen 16 especies y de éstas 10 se encuentran en Java y cinco en Sumatra, proporción casi idéntica a la de los roedores, que no tienen medios directos de migración. De este hecho aprendemos que los mares, que separan las islas unas de otras, son lo bastante anchos para impedir la travesía hasta de los animales voladores y que debemos tener en cuenta las mismas causas que han conducido a la distribución actual de ambos grupos. La única causa suficiente que podemos imaginar es la antigua conexión de todas estas islas con el continente, y un cambio de esta clase está en armonía perfecta con lo que sabemos de la historia del pasado de la Tierra y se vuelve probable mediante el extraordinario hecho de que una elevación de sólo 90 metros convertiría los amplios mares que las separan en un inmenso y sinuoso valle o llanura de unos 500 kilómetros de anchura por casi 2 000 kilómetros de longitud.

Tal vez se piense que las aves que poseen la capacidad de volar en grado tan preeminente no estarían limitadas en su difusión por brazos de mar y nos proporcionarían, por lo tanto, pocos indicios de la antigua unión o separación de las islas en las que habitan. Pero éste no es el caso. Un número muy alto de aves están tan estrictamente limitadas por las fronteras acuáticas como los cuadrúpedos; y como se han coleccionado con mayor atención, disponemos de un material de trabajo mucho más completo que nos permite deducir resultados mucho más

concretos y satisfactorios. No obstante, algunos grupos como las aves acuáticas, las zancudas y las de presa son grandes viajeras; de otros grupos se conoce muy poco, excepto para los ornitólogos. Así pues, me referiré principalmente a unas cuantas de las familias de aves más conocidas y sobresalientes y las tomaré como una muestra de las conclusiones que nos proporciona toda la clase.

Las aves de la región indomalaya tienen un estrecho parecido con las de la India; porque, aunque gran proporción de las especies son muy distintas, sólo existen unos 15 géneros endémicos y ni una sola familia que se limite a la primera región. Pero, si comparamos las islas con los territorios de Birmania, Siam y Malaya, encontraremos todavía menos diferencia y nos convenceremos de que todas están estrechamente unidas por el vínculo de una unión anterior. En familias tan conocidas como los carpinteros, periquitos, trogones, barbudos, martín pescadores, palomas y faisanes, encontramos algunas especies idénticas que se extienden por toda la India y llegan hasta Java y Borneo, en tanto que una gran proporción son comunes a Sumatra y la península malaya.

Únicamente podemos apreciar la contundencia de estos hechos cuando tratamos de las islas de la región austromalaya y mostramos cómo son barreras similares las que han impedido totalmente la travesía de aves de una isla a otra, de modo que, de por lo menos 350 aves terrestres que habitan Java y Borneo, no han pasado más de 10 en dirección este hasta Célebes. Y eso que los estrechos de Macasar no son ni mucho menos tan anchos como el mar de Java y un mínimo de 100 especies son comunes a Borneo y Java.

Voy a dar dos ejemplos para mostrar que el conocimiento de la distribución de los animales puede revelarnos hechos insospechados de la historia del pasado de la Tierra. En el extremo oriental de Sumatra, y separada de ella por un estrecho de unos 25 kilómetros de anchura, se encuentra la pequeña isla rocosa de Banca, famosa por sus minas de estaño. Uno de los holandeses residentes allí envió algunas colecciones de aves y animales a Leyden (Leiden) y entre ellas se encontraron varias especies distintas a las de la costa adyacente de Sumatra. Una era una ardilla (*Sciurus bangkanus*), muy afín a otras tres especies que habitan respectivamente la península malaya, Sumatra y Borneo, pero tan diferente a todas ellas como lo son entre sí. Había también dos nuevos zorzales de tierra del género *Pitta*, muy afines pero también bastante diferentes a otras dos especies que habitan tanto Sumatra como Borneo y que en estas grandes islas tan separadas entre sí carecían de diferencias perceptibles. Es casi como si la isla de Man poseyera una especie particular de zorzal y de mirlo distinta a los pájaros comunes en Inglaterra e Irlanda.

Estos hechos peculiares indicarían que puede ser que Banca haya existido como una isla aparte incluso antes que Sumatra y Borneo, y ciertos hechos geológicos y geográficos lo hacen menos improbable de lo que parecería a primera vista. Aunque Banca aparezca en el mapa tan cerca de Sumatra, esto no se debe a que se haya separado de ella recientemente, ya que la zona adyacente de Palembang es territorio nuevo, producto de un gran pantano de aluvión formado por torrentes provenientes de las montañas que se encuentran a casi 160 kilómetros de distancia. Por otra parte, Banca coincide con Malaca, Singapur y la isla intermedia de Lingen en su formación de granito y laterita, y es muy probable que todas ellas hayan constituido en el pasado una prolongación de la península malaya. Como los ríos de Borneo y Sumatra han alimentado durante miles de años el mar que se encuentra en medio, podemos estar seguros de que su profundidad ha sido mucho mayor, y es muy probable que estas grandes islas no hayan estado nunca conectadas unas con otras sino a través de la península malaya. En ese periodo, puede que las mismas especies de ardillas y *Pitta* hayan habitado en todos estos territorios, pero, cuando tuvieron lugar los trastornos subterráneos que produjeron la elevación de los volcanes de Sumatra, es probable que la isla de Banca haya sido la primera en separarse y, al quedar así aisladas sus producciones, puede que se fueran modificando poco a poco y antes de que se consumara la separación total de las islas más grandes. A medida que la parte meridional de Sumatra se extendía hacia el este y formaba los angostos estrechos de Banca, muchas aves e insectos y algunos mamíferos se trasladarían de una a otra isla, produciendo así una semejanza general en la fauna, en tanto que otros habitantes más antiguos permanecían para revelar mediante sus variadas formas su origen distinto. A menos que imaginemos que tuvieron lugar cambios de este tipo en la geografía física, la presencia de especies particulares de aves y mamíferos en una isla como Banca es un rompecabezas imposible. Y creo haber mostrado que los cambios requeridos no son en absoluto tan improbables como una mera ojeada al mapa podría hacernos creer.

Nuestro siguiente ejemplo serán las grandes islas de Sumatra y Java. Están tan cerca una de la otra y la cadena de volcanes que las recorre les da un aire tal de unidad a las dos, que de inmediato surge la idea de que se han desmembrado recientemente. Pero los nativos de Java llegan todavía más lejos, porque tienen una tradición que relata la catástrofe que las dividió en dos y fija la fecha de la misma en no hace mucho más de mil años. Así, el encontrar datos en apoyo de esa tradición comparando las producciones animales de ambas islas adquiere un interés particular.

No se han coleccionado mamíferos suficientes en ninguna de las dos islas para permitirnos una comparación general valiosa, y tantas de las especies se han obtenido como ejemplares vivos en cautiverio que muchas veces se ha dado la localidad de procedencia equivocada, es decir, la isla en la que se obtuvieron sustituyó a aquella de la que originalmente provienen. Si sólo tomamos en cuenta los animales cuya distribución se conoce con mayor exactitud, tenemos que Sumatra, en sentido zoológico, está más estrechamente relacionada con Borneo que con Java. Los grandes simios de aspecto humano, el elefante, el tapir y el oso malayo son comunes a las dos primeras islas y están ausentes en la última. De los tres monos de cola larga (*Semnopithecus*) que habitan en Sumatra, uno se extiende hasta Borneo, pero las dos especies de Java le son endémicas. Del mismo modo el gran ciervo malayo (*Rusa equina*) y el pequeño (*Tragulus kanchil*) son comunes a Sumatra y Borneo pero no se extienden a Java, donde los sustituye el *Tragulus javanicus*. Lo cierto es que el tigre se encuentra en Sumatra y Java pero no en Borneo. Como es sabido que este animal nada bien, puede que se haya abierto camino atravesando los estrechos de Sunda o haya habitado Java antes de que ésta se separara del continente y por alguna causa desconocida haya dejado de existir en Borneo.

En cuanto a la ornitología, hay algo de incertidumbre debido a que las aves de Java y Sumatra son mucho más conocidas que las de Borneo, pero la antigua separación de Java como isla está patente en el gran número de especies propias que no se encuentran en ninguna otra isla. Posee no menos de siete palomas que son endémicas, en tanto que Sumatra sólo tiene una. De sus dos papagayos, uno se extiende hasta Borneo pero ninguno de los dos a Sumatra. De las 15 especies de carpinteros que habitan Sumatra, sólo cuatro llegan a Java, en tanto que ocho se encuentran en Borneo y 12 en la península malaya. Los dos trogones que se encuentran en Java son particulares de esta isla, en tanto que, de los que habitan Sumatra, por lo menos dos se extienden a Malaca y uno a Borneo. Hay un gran número de aves, como el gran faisán argos, los faisanes de lomo encendido y los ocelados la perdiz de cresta (*Rollulus coronatus*), el pequeño periquito de Malaca (*Psittinus incertus*), el gran cálao con casco (*Buceroturus galeatus*), el faisán cuclillo de tierra (*Carpococcyx radiatus*), el abejaruco de cresta rosada (*Nyctiornis amicta*), el gran perezoso (*Corydon sumatranus*), el perezoso de cresta verde (*Calyptomena viridis*), y muchos otros, que son comunes a Malaca, Sumatra y Borneo pero están totalmente ausentes de Java. Por otra parte, tenemos el pavo real, el gallo verde de la jungla, dos zorzaes azules de tierra (*Arrenga cyanea* y *Myoponus flavirostris*), la bella paloma de cabeza rosada (*Ptilinopus por-*

phyreus), tres palomas de tierra de cola ancha (*Macropygia*) y muchas otras aves interesantes que no se encuentran en ninguna otra parte del archipiélago más que en Java.

Los insectos nos proporcionan datos similares siempre que éstos sean necesarios, aunque, debido a las abundantes colecciones que se han hecho en Java, tal vez se pueda conceder una preponderancia injusta a esa isla. Pero éste no parece ser el caso de las *Papilionidae* o mariposas de cola de golondrina, cuyo gran tamaño y espléndido colorido han sido causa de que se las haya coleccionado con mucha más frecuencia que otros insectos de Java; se conocen 27 especies, 29 de Borneo y sólo 21 de Sumatra. No obstante, el aislamiento de Java quedará mejor demostrado si agrupamos las islas por pares e indicamos el número de especies común a cada par.

Así pues:

<i>Islas</i>	<i>Especies</i>	<i>Especies comunes a ambas islas</i>
Borneo	29	20
Sumatra	21	
Borneo	29	20
Java	27	
Sumatra	21	11
Java	27	

Con alguna concesión a nuestro imperfecto conocimiento de las especies de Sumatra, vemos que Java está más aislada de las dos grandes islas de lo que éstas lo están entre sí, confirmando así plenamente los resultados obtenidos en la distribución de aves y mamíferos y convirtiendo en un hecho casi seguro que Java fue la primera isla en separarse completamente del continente asiático y que la tradición nativa que dice que se ha separado hace relativamente poco de Sumatra carece totalmente de fundamento.

Ahora podemos seguir con cierta probabilidad el curso de los acontecimientos. Si comenzamos en la época en que todo el mar de Java, el golfo de Siam y los estrechos de Malaca eran tierra firme y formaban con Borneo, Sumatra y Java una vasta prolongación meridional del continente asiático, el primer movimiento sería el hundimiento del mar de Java y de los estrechos de Sunda, a consecuencia de la actividad de los volcanes javaneses que recorren el extremo meridional del territorio y que produjeron la total separación de esa isla. A medida que el cintu-

rón volcánico de Java y Sumatra aumentó su actividad, se fue hundiendo cada vez más territorio hasta que, primero Borneo y después Sumatra, se desmembraron totalmente. Desde la época del primer trastorno, puede ser que hayan tenido lugar varias elevaciones y depresiones distintas y tal vez las islas hayan estado más de una vez unidas entre sí y al continente y después separadas de nuevo. Oleadas sucesivas de migraciones han debido modificar sus producciones animales y son el origen de esas anomalías en la distribución tan difíciles de explicar mediante un solo movimiento de elevación o inmersión. La forma de Borneo, consistente en rutilantes cadenas de montañas con amplios valles de aluvión entre ellas, nos sugiere la idea de que en otro tiempo estuvo mucho más sumergida de lo que lo está en la actualidad —cuando tuvo un contorno parecido al de Célebes o Gilolo— y ha ido creciendo hasta alcanzar su dimensión actual al irse rellenando sus golfos con materia sedimentaria con la ayuda de la elevación gradual del terreno. Es evidente también que Sumatra ha aumentado mucho de tamaño mediante la formación de llanuras de aluvión a lo largo de sus costas nororientales.

En las producciones de Java hay una particularidad que origina mucha confusión: la existencia de varias especies o grupos característicos de los países siameses o de la India pero que no se dan en Borneo o Sumatra. De los mamíferos, el *Rhinoceros javanicus* es el ejemplo más sorprendente, porque en Borneo y Sumatra se encuentra una especie *distinta*, en tanto que la especie javanesa se da en Birmania y hasta en Bengala. De las aves, la pequeña paloma de tierra, *Geopelia striata*, y la extraña urraca de color bronce, *Crypsirhina varians*, son comunes a Java y Siam; en tanto que en Java hay especies de *Pteruthius*, *Arrenga*, *Myiophonus*, *Zoothera*, *Sturnopastor* y *Estrelida*, cuyas especies más afines se encuentran en diversas partes de la India y no se conoce ningún similar en Borneo ni en Sumatra.

Un fenómeno tan raro sólo se puede entender si suponemos que, después de la separación de Java, Borneo quedó casi totalmente sumergida y, al volver a emerger, estuvo conectada durante un tiempo con la península malaya y Sumatra, pero no con Java ni Siam. Cualquier geólogo enterado de cómo se han contraído e inclinado los estratos y de cómo han debido ocurrir frecuentes elevaciones y depresiones alternativamente, no sólo una o dos veces sino veintenas e incluso cientos, no tendrá dificultad en admitir que los cambios que hemos insinuado aquí no son improbables. La existencia de extensos lechos carboníferos en Borneo y Sumatra, de origen tan reciente que las bajas que abundan en sus capas son apenas distinguibles de las que hay en las selvas que ahora cubren el país, es una prueba de que en realidad estos cambios de nivel tuvieron lugar.

Y un tema muy interesante tanto para el geólogo como para el naturalista filósofo es poder llegar a concebir el orden de estos cambios y entender que han tenido por resultado la distribución actual de la vida animal en esos países, distribución que muchas veces presenta fenómenos tan extraños y contradictorios que, si no se toman en cuenta esos cambios, no podemos siquiera imaginar cómo ha podido tener lugar.

TERCERA PARTE

EL GRUPO TIMOR

XVI. BALI Y LOMBOK

(Junio-julio, 1856)

LAS ISLAS de Bali y Lombok, situadas al extremo oriental de Java, son particularmente interesantes. Son las únicas de todo el archipiélago en las que se conserva la religión hindú y constituyen los puntos extremos de las dos grandes divisiones zoológicas del hemisferio oriental; porque, pese a ser tan similares en apariencia y en todos los rasgos físicos, difieren ampliamente en sus producciones naturales. Fue después de haber pasado dos años en Borneo, Malaca y Singapur cuando hice una visita en cierta manera involuntaria a estas islas, camino a Macasar. Si desde Singapur hubiera podido obtener un pasaje directo a este lugar, es probable que nunca me hubiera acercado a ellas y me hubiera perdido algunos de los descubrimientos más importantes de toda mi expedición al Oriente.

El 13 de junio de 1856, después de una travesía de veinte días desde Singapur en el *Kembang Djepoon* (Rosa de Japón), goleta perteneciente a un mercader chino, tripulada por javaneses y al mando de un capitán inglés, anclamos en la peligrosa rada de Bileling en la parte norte de la isla de Bali. Desembarqué con el capitán y el sobrecargo chino y fui introducido de inmediato a una nueva e interesante escena. Primero fuimos a la casa del *bandar* chino, o mercader principal, en donde encontramos una serie de nativos bien vestidos, todos armados llamativamente con puñales malayos (*kris*), muy notorios por sus grandes empuñaduras de marfil u oro o de madera bellamente pulida y veteada.

Los chinos habían abdicado de su traje nacional y vestían el malayo, por lo cual apenas se distinguían de los nativos de la isla, signo de la estrecha afinidad entre las razas malaya y mongola. Bajo la tupida sombra de unos árboles de mango cercanos a la casa, varias mujeres vendían mercancías de algodón; porque aquí las mujeres comercian y trabajan en beneficio de sus maridos, costumbre que nunca adoptan los malayos mahometanos. Nos trajeron frutas, té, pasteles y confituras; nos hicieron muchas preguntas acerca de nuestro negocio y el estado del mercado en Singapur, y después dimos un paseo por la aldea. Era un lugar muy monótono y sin gracia; una serie de callejuelas angostas bordeadas de altos muros de barro que cercaban casas de bambú, en alguna de las cuales entramos y fuimos muy amablemente recibidos.

Durante los dos días que nos quedamos aquí, me adentré en el campo de las cercanías para cazar insectos, disparar a pájaros y atisbar la desnudez o fertilidad del terreno. Quedé tan asombrado como complacido porque, como mi visita a Java fue varios años después, nunca había contemplado una zona tan bella y bien cultivada fuera de Europa. Una llanura ligeramente ondulada se extiende desde la costa unos 15 a 20 kilómetros tierra adentro, donde limita con una bella cadena de colinas cultivadas y árboles. Casas y aldeas, bordeadas por densos grupos de cocoteros, tamarindos y otros árboles frutales, diseminados en todas direcciones, y entre ellas se extienden exuberantes campos de arroz irrigados mediante un elaborado sistema que sería el orgullo de las partes mejor cultivadas de Europa. Toda la superficie del terreno está dividida en parcelas irregulares que siguen las ondulaciones del suelo con una extensión que va de muchas hectáreas a unos cuantos metros cuadrados, cada una totalmente plana pero unos centímetros o varios metros por encima o debajo de las contiguas. Las parcelas se pueden inundar o drenar a voluntad mediante un sistema de zanjas y pequeños canales a los que derivan todas las corrientes que descienden de las montañas. En cada parcela había cosechas en diversas etapas de crecimiento, algunas a punto de ser cortadas y todas florecientes en los tonos más exquisitos de verde. Los lados de las veredas o sendas angostas estaban bordeados de *Cacti* espinosos y de una *Euphorbia* sin hojas, pero, como el terreno estaba tan densamente cultivado, no quedaba mucho lugar para la vegetación indígena, excepto sobre la playa. Vimos muchos ejemplares de la espléndida raza de ganado doméstico que desciende del *Bos sondaicus* de Java, conducidos por muchachos medio desnudos o amarrados en los pastizales. Son animales grandes y bellos de un color café claro, con patas blancas y una llamativa mancha ovalada atrás del mismo color. Dicen que en las montañas se puede encontrar todavía ganado salvaje de la misma raza. En un territorio tan bien cultivado no esperaba poder trabajar mucho en historia natural, y mi ignorancia de cuán importante era la localidad para aclarar la distribución geográfica de los animales fue el motivo por el que descuidé obtener algunos especímenes que después nunca he vuelto a encontrar. Uno de ellos era un pájaro tejedor con la cabeza color amarillo intenso y que construye por docenas sus nidos en forma de botella en algunos árboles cerca de la playa. Era el *Ploceus hypoxanthus*, nativo de Java, y que en este lugar se encontraba en los límites extremos de su alcance hacia el oeste. Cací y conservé ejemplares de un zorzal aguzanieve, de un oriol y de algunos estorninos, especies que se encuentran en Java y algunas de ellas endémicas de esta isla. Obtuve también algunas bellas mariposas, profusamente marcadas en negro y anaranjado sobre fondo blanco, que eran los

insectos más abundantes en las veredas del campo. Entre ellas se encontraba una nueva especie que yo denominé *Pieris tamar*.

Partimos de Bileling y, después de un placentero viaje por mar de dos días, llegamos a Ampanam, en la isla de Lombok, donde me propuse quedar hasta que pudiera conseguir un pasaje a Macasar. Disfrutamos de magníficas vistas de los volcanes gemelos de Bali y Lombok, cada uno de unos 2 400 metros de altura, a la salida y a la puesta del sol, cuando surgen de entre la niebla y las nubes que circundan su base y resplandecen con los ricos y cambiantes tonos de esos momentos, que poseen su mayor encanto en un día tropical.

La bahía o rada de Ampanam es extensa y, como en esa época estaba protegida de los predominantes vientos del sudeste, tranquila como un lago. La playa de arena volcánica negra es muy escarpada, siempre con un fuerte embate de las olas sobre ella, que, con las mareas de primavera, aumenta hasta el punto de que las embarcaciones no pueden llegar a tierra, y han ocurrido muchos accidentes graves. Desde donde estábamos anclados, aproximadamente a unos 400 metros de la playa, no se percibía ni el más ligero oleaje, pero al aproximarnos comenzó y fue aumentando rápidamente hasta formar olas grandes y crecientes que se volcaban sobre la playa a intervalos regulares con el ruido del trueno. A veces, este oleaje aumenta de repente en medio de una calma total y alcanza una fuerza y una furia tan grandes como cuando sopla el viento de temporal, destrozando todas las embarcaciones que no se han hallado a una distancia suficiente de la playa y arrastrando consigo a incautos nativos. Este violento oleaje probablemente depende, en cierta manera, de la marejada del gran océano meridional y de las violentas corrientes que pasan a través de los estrechos de Lombok. Es tan imprevisible que algunas veces sorprende a bajeles que se disponen a anclar en la bahía y que son arrastrados hasta los estrechos sin poder regresar en dos semanas. Lo que los hombres de mar llaman “olitas” son también muy violentas en los estrechos y parece que el mar entra en ebullición, echa espuma y danza como los rápidos bajo una catarata; las embarcaciones, indefensas, quedan a la deriva y las pequeñas a veces se hunden en el mejor de los climas y bajo el más brillante de los cielos.

Me sentí bastante aliviado cuando todas mis cajas y mi persona habían cruzado el devorador oleaje y quedaron a salvo; los nativos, con bastante orgullo, dicen que “su mar está siempre hambriento y come todo lo que puede atrapar”. Fui amablemente recibido por Carter, un ciudadano inglés que es uno de los *bандars* o comerciantes con licencia del puerto, quien me ofreció hospitalidad y todo tipo de ayuda en mi estancia. Su casa, almacenes y oficinas estaban en un patio

rodeado por una alta cerca de bambú y eran construcciones enteramente de bambú con una techumbre de hierba, los únicos materiales de construcción al alcance, y hasta éstos escaseaban mucho entonces, pues se habían empleado grandes cantidades para reconstruir el lugar después del gran incendio de hacía unos meses, que en una o dos horas había destruido todas las construcciones de la ciudad.

Al día siguiente fui a ver al señor S., otro comerciante para el que llevaba cartas de presentación y que vivía a unos 10 kilómetros de distancia. Carter tuvo la amabilidad de prestarme un caballo y me acompañó un joven caballero holandés residente en Ampanam que se ofreció como guía. Primero cruzamos poblaciones y arrabales por un camino recto bordeado de muros de barro y una bella avenida de árboles altos; después atravesamos campos de arroz en el mismo sistema de irrigación que había visto en Bileling y, más tarde, avanzamos por pastizales arenosos cerca del mar y ocasionalmente por la playa. El señor S. nos recibió amablemente y me ofreció alojarme en su casa si yo consideraba que los alrededores eran favorables para mis objetivos. Después de un temprano desayuno, salimos a explorar tomando con nosotros armas y una red para insectos. Llegamos a unas colinas bajas que parecían el terreno más propicio, después de pasar por pantanos, planicies arenosas cubiertas de toscos juncos y pastizales y terrenos cultivados sin que en el camino encontráramos gran cosa en cuanto a aves o a insectos. Vimos uno o dos esqueletos humanos, cercados por una pequeña valla de bambú, con las ropas, la almohada, la estera y la caja de betel del desdichado individuo, a quien habían matado o ejecutado. Al regreso, encontramos de visita en la casa a un jefe balinés con sus acompañantes. Los de rango superior se sientan en silla y los otros con las piernas cruzadas en el suelo. El jefe pidió muy serenamente cerveza y brandy y se sirvió él y a sus acompañantes, aparentemente más por curiosidad que por otra razón en lo que concierne a la cerveza, que no parecía agradarles mucho, mientras bebían con mucho gusto el brandy en vasitos.

De regreso a Ampanam, me dediqué varios días a disparar a las aves de las cercanías. Las bellas higueras de las avenidas en donde se coloca el mercado estaban invadidas de hermosos orioles (*Oriolus broderpii*) de un vivo color anaranjado y propios de esta isla y de las adyacentes: Sumbawa y Flores. Por toda la ciudad había abundancia de los peculiares *Tropidorhynchus timoriensis*, afines al pájaro fraile de Australia. Aquí los llaman *quaich-quaich* por el raro y fuerte sonido que emiten, pues parecen repetir estas palabras en entonaciones diversas y no carentes de melodía.

Todos los días había muchachos por los caminos, las cercas y las zanjas cazando libélulas con ajonje. Llevan un palo delgado con unas cuantas ramitas bien untadas en la punta, de modo que el insecto queda atrapado al más mínimo roce y después le quitan las alas antes de meterlo en un pequeño canasto. Las libélulas abundan tanto en la época en que espiga el arroz que con este sistema se pueden cazar miles. Los cuerpos se fríen en aceite, con cebolla y camarones en conserva o, a veces, solos, y se considera un manjar exquisito. En Borneo, Célebes y muchas otras islas comen las larvas de abejas y avispa ya sea vivas, tal como salen de las celdillas, o fritas como las libélulas. En las Molucas los gorgojos del escarabajo de la palma (*Calandra*) se venden como alimento en los mercados, adonde los llevan en bambúes; y muchos de los escarabajos de largos cuernos *Lamellicornia* se tuestan ligeramente al rescoldo y se comen. Así es como los isleños sacan provecho de la superabundancia de insectos que hay en su tierra.

Cuando me di cuenta de que las aves no eran muy numerosas, y habiendo oído hablar mucho de Labuan Tring, en el extremo meridional de la bahía, en donde se decía que había mucho terreno sin cultivar y abundancia de aves, así como de ciervos y cerdos salvajes, decidí partir allá con mis dos criados, Alí, el muchacho malayo de Borneo, y Manuel, un portugués de Malaca acostumbrado a desollar pájaros. Renté una embarcación nativa con batangs para que nos llevara con poco equipaje y, tras un día de remar y sirgar siguiendo la playa, arribamos al lugar.

Yo llevaba una nota de presentación para un malayo amboinés que me ofreció parte de su casa como alojamiento y lugar de trabajo. Se llamaba *Inchi Daud* —señor David— y era muy cortés, pero su vivienda era un espacio muy limitado y sólo pudo prestarme una parte de la sala que estaba en la parte delantera de una casa de bambú —a la que se llegaba por una escalera de mano de unos seis palos muy separados unos de otros— con una preciosa vista sobre la bahía. No obstante, pronto hice todos los arreglos posibles y me dispuse a trabajar. Los alrededores eran muy bonitos y nuevos para mí y consistían en abruptas colinas volcánicas que circundaban valles llanos o planicies abiertas. Las colinas estaban cubiertas de tupidas matas de bambú de poca altura y árboles y arbustos espinosos, las planicies adornadas con centenares de nobles palmeras y, en muchos lugares, una vegetación exuberante. Las aves eran abundantes y muy interesantes, y vi por primera vez muchas formas australianas muy poco frecuentes en las islas que se encuentran hacia el oeste. Había muchas cacatúas pequeñas de color blanco y sus estridentes gritos, el llamativo color blanco y las crestas de un bello amarillo hacían de ellas un rasgo muy interesante del paisaje. Éste es el punto más occidental

del globo donde se encuentra cualquiera de las especies de esta familia. Es aquí también donde el viajero, en su trayecto hacia el este, encuentra por primera vez algunos pequeños libadores de miel del género *Ptilotis* y el extraño constructor de terraplenes *Megapodius gouldii*. Pero este pájaro merece una descripción más minuciosa.

Los Megapodidae son una pequeña familia de aves que sólo se encuentran en Australia y en las islas de alrededor, aunque se extienden hasta las Filipinas y el noroeste de Borneo. Son parientes de las aves gallináceas, pero se diferencian de ellas y de todas las demás en que nunca se sientan a incubar sus huevos, sino que los entierran en arena, tierra o basura y los dejan para que el calor del sol o la fermentación cumplan este fin. Todas ellas se caracterizan por tener patas muy grandes y garras largas y curvas; la mayoría de las especies de *Megapodius* hurgan todo tipo de basura, hojas secas, palos, piedras, madera podrida y demás hasta que forman un gran terraplén, muchas veces de casi dos metros de altura y poco menos de cuatro metros de ancho, en el centro del cual entierran sus huevos. Por el estado en que se encuentran estos montones, los nativos pueden decir si tienen huevos o no y siempre que pueden los roban, ya que se les considera un manjar exquisito de color rojo ladrillo y del tamaño de los de cisne. Parece que para hacer estos terraplenes se reúnen una serie de aves que ponen juntas sus huevos, de modo que a veces se pueden encontrar hasta 40 o 50. Se ven terraplenes aquí y allá en tupidas espesuras y para los forasteros constituyen un enigma, pues no pueden imaginar quién puede haber amontonado carretadas de basura en lugares tan absurdos; y cuando preguntan a los nativos se quedan en las mismas, pues les parece que la respuesta de que están hechos por pájaros es igualmente descabellada. La especie que se encuentra en Lombok tiene aproximadamente el tamaño de una gallina pequeña de tonos verde olivo y café oscuros. Se alimenta de materias diversas como frutos caídos, lombrices, caracoles y ciempiés, pero su carne es blanca y de sabor agradable si se cuece adecuadamente.

Los grandes pichones verdes eran un bocado todavía más sabroso y mucho más copioso. Estas aves, que superan en tamaño a nuestros palomos domésticos más grandes, abundan en las palmeras que, por entonces, estaban cargadas de enormes racimos de frutos duros y de forma globular de tres centímetros de diámetro y cubiertos de una cáscara verde y seca y una pequeña parte de pulpa. Viendo el pico y la cabeza del pichón parecería imposible que pueda tragar volúmenes tan grandes u obtener algo nutritivo de ellos, pero muchas veces yo cacé ejemplares que tenían en el buche varios frutos de palma que generalmente, cuando caen

al suelo, estallan. Obtuve ocho especies de martín pescador, entre las que había una nueva y muy bella a la que Gould denominó *Halcyon fulgidus*. Estaba siempre en lugares frondosos, lejos del agua, y parecía alimentarse de caracoles e insectos que recogía del suelo a la manera del gran asno sonriente de Australia. La hermosa y pequeña especie de color violeta y anaranjado (*Ceyx rufidorsa*) se encuentra en circunstancias similares y emprende rápidamente el vuelo como una llama de fuego. Fue también aquí donde encontré por primera vez al lindo abejarruco australiano (*Merops ornatus*). Esta elegante avecilla se posa en las ramas pequeñas y en lugares al descubierto, escudriña ansiosamente con la mirada y emprende rápidamente el vuelo cuando ve algún insecto volando cerca para atraparlo; después regresa a la misma rama a tragárselo. Su pico largo, afilado y curvo, las dos plumas largas y estrechas de la cola, su precioso plumaje verde combinado con café y negro intensos y azul brillante en la garganta hacen de ella uno de los objetos más atractivos e interesantes que un naturalista pueda ver por primera vez.

Pero de todas las aves de Lombok, a las que más perseguí fue a los bellos zorzales de suelo (*Pitta concinna*), y cuando conseguía alguno me consideraba afortunado. Se encontraban sólo en las llanuras secas y muy frondosas, alfombradas de hojas secas en esa estación. Eran tan tímidos que se dificultaba mucho dispararles y sólo después de mucha práctica descubrí cómo hacerlo. Tienen la costumbre de dar saltos en el suelo, recogiendo insectos, y, a la mínima alarma, corren a la fronda más tupida o emprenden un vuelo muy bajo siguiendo la línea del suelo. Emiten a intervalos un grito particular consistente en dos notas y que una vez que se ha escuchado es fácil de reconocer, y también se puede oírlos cuando van saltando entre las hojas secas. Mi práctica consistió, por lo tanto, en caminar cautelosamente por las estrechas veredas que abundaban en el terreno y, al detectar cualquier señal de la cercanía de una *Pitta*, permanecer inmóvil e imitar lo mejor posible las dos notas. Después de media hora de espera fui recompensado con frecuencia con el bonito pájaro dando brincos en la espesura. Entonces quizá lo perdía de vista de nuevo hasta que, con la escopeta en posición y preparada para disparar, una segunda aparición me permitía ganar mi premio y admirar su suave y pomposo plumaje y sus maravillosos colores. La parte superior es de un precioso verde claro y la cabeza negro azabache con una raya azul y café sobre cada ojo; en la base de la cola y sobre el lomo tiene franjas azul brillante y plateadas; la parte inferior es amarillo claro con una raya de un espléndido carmesí bordeado de negro en el vientre. Bellas palomas verde hierba, pequeños picoteadores de flores carmesí y negros, grandes cuclillos negros, cuervos rey

metálicos, orioles dorados y los bellos gallos de la jungla —origen de todas nuestras aves de corral— fueron algunas de las aves que más me llamaron la atención durante nuestra estancia en Labuan Tring.

El rasgo más característico de la jungla eran las espinas; los matorrales eran espinosos, las enredaderas eran espinosas, hasta los bambúes eran espinosos. Todo crecía en zigzag y dentado y en una intrincada maraña, de modo que en general no se podía atravesar el espinal con escopeta o red y ni siquiera anteojos; imposible pensar en la captura de insectos en estos lugares. Precisamente en estos lugares acechaban las *Pittas*, y cuando acertaba el tiro era bastante difícil obtener la presa y raras veces alcanzaba el premio sin pagar un alto precio en forma de pinchazos, rasguños y ropas desgarradas. El suelo seco y volcánico y el clima árido parecen favorecer el crecimiento de una vegetación tan achaparrada y espinosa, porque los nativos me aseguraron que esto no era nada comparado con las espinas y pinchos de Sumbawa, sobre cuya superficie todavía se extienden las cenizas volcánicas lanzadas hace cuarenta años por la terrible erupción del Tambora. De los matorrales y árboles sin espinas, las apocináceas eran las más abundantes, con sus frutos bilobulados de diversas formas y colores y un aspecto muy tentador, que cuelgan por todas partes junto al camino como invitando a la destrucción al fatigado viajero que ignora sus propiedades venenosas. En especial uno, con una piel suave y brillante de color naranja dorada, rivaliza en aspecto con las manzanas doradas de las Hespérides y tiene grandes atractivos para muchos pájaros, desde las blancas cacatúas hasta los pequeños y amarillos *Zosterops*, que se deleitan con las semillas púrpura que despliega el fruto cuando estalla. La gran palma que los nativos llaman *gubbong*, una especie de *Corypha*, es el rasgo más sobresaliente de las llanuras, en donde crece por miles y se presenta en tres diferentes estados —en hoja, en flor y en fruto— o muerta. Tiene un alto tallo cilíndrico de unos 30 metros de altura y de 60 a 90 centímetros de diámetro; las hojas son grandes y en forma de abanico y caen cuando el árbol florece, lo cual hace sólo una vez en la vida, formando una enorme espiga terminal sobre la que se aglutinan masas de un fruto liso y redondo de color verde de unos tres centímetros de diámetro. Cuando los frutos están maduros y caen, el árbol muere y permanece en pie un año o dos más antes de caer. Sólo los árboles en hoja son más numerosos que los que están en flor o en fruto, en tanto que los árboles muertos se esparcen aquí y allá entre ellos. Los árboles en fruto son el punto de reunión de las grandes palomas fruteras verdes que ya he mencionado. Muchas veces se pueden ver tropeles de monos (*Macacus cynomolgus*) ocupando un árbol y lanzando gran profusión de frutos al suelo; rechinan cuando se les molesta

y hacen un enorme ruido de rozamiento cuando huyen precipitadamente entre las hojas muertas de palma; en cambio los palomos emiten un sonido mucho más profundo y resonante, más parecido al bramido de una bestia salvaje que a la nota de un pájaro.

En este lugar llevé a cabo mis operaciones de recolección con dificultades mayores de las habituales. Un pequeño cuarto tenía que servir para comer, dormir y trabajar, de almacén y lugar de disección; no había estantes, ni armarios, ni sillas ni mesas; las hormigas trepaban por todas partes, y perros, gatos y aves de corral entraban cuando se les antojaba. Además, era el recibidor y la sala de mi huésped y me veía obligado a consultarle si le molestaba, también a los numerosos invitados que nos visitaban. Mi mueble principal era una caja que me servía de mesa para comer, de asiento cuando desollaba pájaros y de recipiente para los pájaros una vez desollados y disecados. Para ahuyentar de ella a las hormigas nos prestaron, no sin dificultad, un viejo banquito y colocamos sus cuatro patas en cáscaras de coco llenas de agua para librarnos de esta peste. Pero la caja y el banquito eran literalmente los únicos lugares donde guardar cualquier cosa, que en general estaban ocupados por dos cajas de insectos y cerca de un centenar de pieles de pájaros en proceso de disección. Podrá entonces concebirse fácilmente que cuando recogíamos algo voluminoso o fuera de lo común, la pregunta “¿en dónde lo metemos?” fuera difícil de responder. Además, todas las sustancias animales necesitan un cierto tiempo para secarse a fondo, emiten un olor muy desagradable en este proceso y son especialmente atractivas para hormigas, moscas, perros, ratas, gatos y otros bichos, por lo cual requieren especial cuidado y supervisión constante, imposible en las circunstancias que acabo de describir.

Mis lectores entenderán ahora, en parte, por qué un naturalista con medios limitados como yo, cuando viaja, hace mucho menos de lo que se espera o de lo que él mismo desearía. Sería interesante preservar esqueletos de muchas aves y animales, reptiles y pescados en alcoholes, pieles de animales más grandes, extraños frutos, maderas y los artículos más exóticos de manufactura y comercio, pero se comprenderá que en las circunstancias que he descrito hubiera sido imposible agregar todo esto a las colecciones que eran para mí las favoritas. Cuando se viaja en barca las dificultades son iguales o mayores, y no disminuyen cuando el viaje es por tierra. Así pues, fue absolutamente necesario reducir mis colecciones a ciertos grupos a los que podía dedicar personal y constante atención y así protegerlos de la destrucción o del deterioro, lo cual conseguí a menudo a costa de muchos trabajos y fatigas.

Cuando en las tardes Manuel se sentaba a desollar sus pájaros, generalmente rodeado de una pequeña multitud de malayos y sassaks (como se llaman los indígenas de Lombok), con frecuencia se dirigía a ellos en tono magistral y lo escuchaban con profunda atención. Le encantaba hacer discursos sobre las “providencias especiales” que estaba convencido que recibía cada día. “Alá ha sido hoy misericordioso —decía (porque, aunque era cristiano, adoptaba el modo de hablar mahometano)— y nos ha dado unos cuantos pájaros buenos; sin Él no podemos hacer nada.” Entonces, uno de los malayos replicaba: “Cierto es que los pájaros son como los seres humanos; tienen un tiempo fijo para morir; cuando llega, nada puede salvarlos y, si no ha llegado todavía, no puedes matarlos.” Un murmullo de asentimiento seguía a esta declaración y gritos de ¡*Butul!* ¡*Butul!* (Cierto, cierto). Entonces Manuel empezaba a contar una larga historia de sus cacerías fallidas; cómo vio un pájaro muy bello y lo fue siguiendo, después lo perdió para más tarde volverlo a encontrar y le disparó dos o tres veces, pero nunca le acertó. “¡Ah! —dice un viejo malayo—, no había llegado su momento y por eso era imposible que lo mataras.” Doctrina que es muy consoladora para el mal tirador y que explica bastante bien los hechos pero que no llega a ser muy satisfactoria.

En Lombok todos creen que algunos hombres tienen el poder de convertirse en cocodrilos, lo cual hacen para poder devorar a sus enemigos, y hay muchas historias que relatan esas transformaciones. Quedé, pues, bastante sorprendido una tarde al escuchar el extraño hecho que voy a relatar, y como no lo contradijo ninguno de los presentes, me inclino a aceptarlo provisionalmente como una contribución a la historia natural de la isla. Un malayo de Borneo que había residido muchos años en el lugar dijo a Manuel:

—Hay algo extraño en este país: la escasez de fantasmas.

—¿Cómo es eso? —preguntó Manuel.

—Bueno, tú ya sabes —dijo el malayo— que en nuestros países al oeste, cuando un hombre muere o lo matan, no osamos pasar cerca del lugar en la noche porque se escuchan toda suerte de ruidos que son señal de que los fantasmas rondan por ahí. Pero aquí, matan a muchos hombres y los cadáveres yacen sin enterrar en los campos y junto a los caminos y hasta puedes pasar junto a ellos en la noche sin oír ni ver nada, cosa que no sucede en nuestro país, como tú muy bien sabes.

—Seguro —dijo Manuel; y así quedó establecido que escaseaban los fantasmas en Lombok, si no es que se desconocían totalmente. Quisiera observar, sin embargo, que, como la evidencia es puramente negativa, careceríamos de cautela científica si aceptáramos este hecho como suficientemente bien demostrado.

Una tarde oí a Manuel, a Alí y a un hombre malayo susurrando muy intensamente fuera de la puerta y pude escuchar varias alusiones a “krisen”, degollamientos, cabezas y demás. Al cabo de un rato entró Manuel y, en tono muy solemne y asustado, me dijo en inglés: “Señor, deber tener cuidado; no seguro aquí, quieren cortar cuello”. Al averiguar qué sucedía, me enteré de que el malayo les había estado diciendo que el rajá acababa de enviar una orden a la aldea para avisarles que tenía que conseguir un cierto número de cabezas para hacer una ofrenda en los templos y así garantizar una buena cosecha de arroz. Otros dos o tres malayos y bugis, así como el hombre de Amboina en cuya casa vivíamos, confirmaron el relato y declararon que era algo regular cada año y que había que estar atentos y nunca salir solos. Yo me reí de todo esto y traté de convencerles de que era puro cuento, pero no tuvo ningún efecto. Todos estaban firmemente convencidos de que su vida peligraba. Manuel no salía solo de cacería y yo estuve obligado a acompañarlo cada mañana, pero pronto me escabullía de él en la jungla. Alí tenía miedo de ir a buscar leña sin acompañante y nunca iba a buscar agua del pozo que estaba a unos cuantos metros en la parte trasera de la casa si no iba armado de una enorme lanza. Yo estaba seguro todo el tiempo de que no se había enviado ni recibido una orden así y que estábamos perfectamente a salvo. Esto quedó demostrado poco tiempo después cuando un marinero de Estados Unidos se escapó de su barco al lado este de la isla y se abrió camino a pie y sin ninguna arma a través de Ampanam, encontrando la mayor hospitalidad en toda la ruta. En ninguna parte le quisieron aceptar el menor pago por la comida y el alojamiento que de buena gana le proporcionaron. Al señalar este hecho a Manuel, replicó: “Él es mal hombre; escapar de su barco; nadie puede creer palabra que dice”; así que me vi obligado a dejarlo con el incómodo convencimiento de que cualquier día podían degollarlo.

Sucedió algo que parecía esclarecer la causa del tremendo oleaje en Ampanam. Una tarde oí un extraño ruido, sordo y continuo, y al mismo tiempo la casa se sacudió ligeramente. Creyendo que podía ser un trueno, pregunté: “¿Qué es esto?”; “Es un terremoto”, respondió Inchi Daud, mi anfitrión; y entonces me explicó que en aquel lugar a veces se sentían ligeros temblores pero que nunca había sabido que fueran graves. Esto sucedió el día en que la luna estaba en el último cuarto y, por lo tanto, cuando las mareas eran bajas y el oleaje estaba en su momento más débil. Al averiguar después en Ampanam, me enteré de que no se había sentido ningún terremoto pero que una noche había habido un oleaje muy fuerte que sacudió la casa y al día siguiente hubo una marea muy alta y el agua inundó las instalaciones de Carter a un nivel superior del que él había visto hasta

entonces. Estas mareas poco comunes ocurren de vez en cuando y no preocupan mucho; pero al seguir averiguando me cercioré de que el oleaje había tenido lugar la misma noche que yo había sentido el temblor en Labuan Tring, a unos 30 kilómetros de distancia. Esto parecía indicar que, aunque el fuerte oleaje acostumbrado se deba a la marejada del gran océano del sur confinado en un estrecho canal, combinado con una particular forma del fondo cerca de la playa, los fuertes y repentinos oleajes y las mareas altas que se dan ocasionalmente en tiempo de calma total puede que se deban a ligeros levantamientos del lecho oceánico en esa región eminentemente volcánica.

XVII. LOMBOK

Usos y costumbres de la gente

DESPUÉS de haber formado una buena e interesante colección de las aves de Labuan Tring, me despedí de mi amable anfitrión Inchi Daud y regresé a Ampanam en espera de una oportunidad de llegar a Macasar. Como no había llegado ninguna embarcación con destino a ese puerto, decidí hacer una excursión al interior de la isla acompañado por Ross, un ciudadano inglés originario de las islas Keeling que estaba al servicio del gobierno holandés para ajustar las cuentas de un misionero que, desafortunadamente, se había declarado en bancarrota. Carter, muy amablemente, me prestó un caballo y Ross llevó con él a su mozo de cuadra.

Un trecho de la ruta transcurrió por terreno totalmente llano con copiosas cosechas de arroz. El camino era recto y en general estaba flanqueado de árboles altos que formaban una bella avenida. Al comienzo era arenoso, después lleno de hierba con algún arroyo y ciénagas. Después de un recorrido de poco más de seis kilómetros llegamos a Mataram, capital de la isla y residencia del rajá. Se trata de una aldea grande con amplias calles bordeadas por una magnífica avenida de árboles y casas bajas, ocultas tras muros de barro. En el recinto de esta ciudad real no le está permitido a ningún nativo de los rangos inferiores montar a caballo y nuestro ayudante, un javanés, tuvo que desmontar y conducir su caballo mientras nosotros cabalgábamos lentamente atravesando la ciudad. Las moradas del rajá y del sumo sacerdote se distinguen por columnas de ladrillo rojo construidas con un gran gusto, pero el palacio difería muy poco de las casas comunes del lugar. Después de Mataram y a poca distancia está Karangasam, la antigua residencia de los rajás nativos o de los rajás sassak antes de la conquista de la isla por los balineses.

Poco después de pasar Mataram, el terreno fue elevándose gradualmente en suaves ondulaciones, que ocasionalmente se engrosaban formando colinas bajas en dirección a las dos cadenas montañosas en las partes norte y sur de la isla. Fue entonces cuando me di una idea adecuada de uno de los sistemas de cultivo más maravillosos del mundo, que iguala todo lo que se cuenta de la industriosisidad china y que, hasta donde yo sé, supera en el esfuerzo que se invierte en él a cualquier comarca de igual extensión en los países más civilizados de Europa.

Cabalgué por este singular jardín profundamente asombrado y apenas capaz de darme cuenta del hecho de que, en esta remota isla, poco conocida, de la que todos los europeos, salvo unos cuantos comerciantes en el puerto, están celosamente excluidos, varios centenares de kilómetros cuadrados de un terreno irregular y ondulado han sido transformados en terrazas, niveladas con una habilidad tal que cada una de ellas se puede regar y secar a voluntad. Según sea más o menos abrupta la inclinación del terreno, cada lote de terraza abarca muchas hectáreas en algunos lugares y, en otros, unos cuantos metros cuadrados. Las vimos en todas las etapas del cultivo; algunas en rastrojo, otras estaban siendo aradas y otras con cosechas de arroz en diversos estados de crecimiento. Aquí exuberantes plantaciones de tabaco, allá pepinos, batatas, ñames, frijol o maíz, variaban el paisaje. En algunos lugares las zanjas estaban secas, en otros pequeños arroyos cruzaban el camino y se distribuían en las tierras a punto de ser sembradas o plantadas. Los márgenes que flanquean cada terraza se alzan de modo regular en líneas horizontales unos sobre otros; a veces, rodean una loma abrupta y parecen una fortificación; otras, escalonan una profunda cañada y forman, en escala gigantesca, las gradas de un anfiteatro. Se ha desviado de su cauce todo arroyo o riachuelo que, en vez de fluir por la parte baja del terreno, cruza ahora nuestro camino a mitad de una subida; como está bordeado por viejos árboles y piedras recubiertas de musgo, parece un canal natural, rindiendo así testimonio de las épocas remotas en las que se realizó la obra. A medida que fuimos adentrándonos en el territorio, el paisaje cambiaba y aparecían colinas rocosas y escarpadas, profundas barrancas y grupos de bambúes y palmeras cerca de las casas o de las aldeas. A la distancia, la bella cadena montañosa de la que el pico de Lombok, de 2 400 metros de altura, es el punto culminante, formaba el adecuado telón de fondo de un paisaje que no puede ser superado en interés humano ni en belleza pintoresca.

En la primera parte de nuestra ruta nos cruzamos con cientos de mujeres que acarreaban arroz, fruta y verduras al mercado, y, más adelante, con una línea casi ininterrumpida de caballos cargados con sacos de arroz o espigas con destino al puerto de Ampanam. Cada ciertos kilómetros, sentados bajo la sombra de los árboles o de livianos cobertizos, había vendedores de caña de azúcar, vino de palma, arroz cocido, huevos salados y plátanos fritos junto a algunos otros manjares nativos. En esos puestos se podía comer sanamente por un penique, pero nos contentamos con un poco de vino de palma dulce, deliciosa bebida en pleno día. Después de viajar unos 32 kilómetros, alcanzamos una región más alta y seca donde, como escaseaba el agua, los cultivos quedaban reducidos a los terrenos

planos al borde de los arroyos. El paisaje era tan bello como antes pero de naturaleza diferente y consistía en ondulantes lomas recubiertas de un pasto corto, entremezclado con grupos de árboles y arbustos, donde a veces predominaba el bosque y otras el campo raso. Pasamos por sólo un pequeño jirón de selva auténtica, donde, a la sombra de elevados árboles, se veía alrededor una tupida y oscura vegetación sumamente agradable después del calor y el resplandor del campo raso.

Por último, aproximadamente una hora después del mediodía, llegamos a nuestro destino —la aldea Coupang, situada casi en el centro de la isla— y entramos en el patio exterior de una casa que pertenecía a uno de los jefes a quien mi amigo Ross conocía un poco. Nos rogaron que tomáramos asiento bajo un cobertizo al aire libre con un piso elevado de bambú, lugar que se utilizaba para recibir a los visitantes y celebrar audiencias. Dejamos nuestros caballos paciendo en la exuberante hierba del patio y esperamos hasta que se presentó el intérprete malayo del hombre principal, quien nos preguntó sobre nuestros asuntos e informó que el *pumbuckle* (jefe) estaba en la casa del rajá pero que pronto estaría de regreso. Como aún no habíamos desayunado, le rogamos que nos consiguiera algo de comer, lo cual prometió hacer lo antes posible. Pero pasaron unas dos horas antes de que nos trajeran algo en una pequeña bandeja que contenía dos platillos de arroz, cuatro pescaditos fritos y unas pocas verduras. Después de desayunar lo mejor que pudimos, nos paseamos por la aldea y, de regreso, nos entretuvimos conversando con unos cuantos hombres y muchachos que se reunieron a nuestro entorno e intercambiamos miradas y sonrisas con una serie de mujeres y muchachas que nos espían a través de puertas entreabiertas y otras rendijas. Dos muchachos llamados Mousa e Isa (Moisés y Jesús) se hicieron muy amigos nuestros y un pícaro desvergonzado de nombre Kachang, “frijol”, nos hizo reír con sus bufonadas y cabriolas.

Finalmente, como a las cuatro de la tarde, hizo acto de presencia el *pumbuckle*, a quien le comunicamos nuestro deseo de quedarnos con él unos cuantos días para cazar pájaros y explorar el terreno. Se mostró algo alterado y nos preguntó si habíamos traído una carta del *anak agong* (Hijo del cielo), que es el título del rajá de Lombok. No la traíamos, pues lo consideramos innecesario, y, entonces, nos contestó bruscamente que debía ir a hablar con su rajá para ver si nos podíamos quedar. Pasaron las horas, llegó la noche y no regresó. Comencé a pensar que éramos sospechosos de designios diabólicos, porque era evidente que el *pumbuckle* temía meterse en problemas. Es un príncipe sassak y, aunque partidario del actual rajá, está vinculado con algunos de los cabecillas de una conspiración que se había aplastado hacía unos años.

Hacia las cinco llegó un caballo de carga con mis armas y ropas junto con mis hombres Alí y Manuel, que habían venido a pie. Se puso el sol y pronto oscureció y, cansados de esperar ahí sentados bajo el cobertizo, empezamos a tener hambre. Seguimos esperando hora tras hora hasta que, cerca de las nueve, el pumbuckle, el rajá, algunos sacerdotes y una serie de acompañantes llegaron y tomaron asiento a nuestro alrededor. Nos dimos apretones de manos y durante unos minutos reinó el silencio total. Entonces el rajá nos preguntó qué queríamos, a lo que Ross respondió haciendo todo lo posible para que entendieran quiénes éramos, por qué habíamos venido y que no teníamos ningún tipo de intenciones siniestras; no habíamos traído una carta del anak agong simplemente porque no lo habíamos considerado necesario. Entonces hubo una larga conversación en la lengua de Bali y se hicieron preguntas sobre mis armas y qué pólvora llevaba y si usaba perdigones o balas; también para qué eran los pájaros, cómo los conservaba y qué hacían con ellos en Inglaterra. A cada una de mis respuestas y explicaciones seguía una grave conversación en tono bajo que no podíamos entender pero sí adivinar su contenido. Era evidente que estaban confundidos y no creían ni una sola palabra de lo que les habíamos dicho. Después nos preguntaron si realmente éramos ingleses y no holandeses y, aunque afirmamos enérgicamente nuestra nacionalidad, no parecieron creernos.

No obstante, después de una hora, nos trajeron algo de cena —lo mismo que el desayuno pero sin pescado— y después un café muy ligero y calabazas hervidas con azúcar. Después de haber discutido, tuvo lugar otra conferencia. Nos hicieron preguntas y comentaron de nuevo las respuestas. A intervalos hablábamos de temas más irrelevantes. Tres o cuatro ancianos se fueron probando sucesivamente mis anteojos (lentes cóncavas) y no podían entender por qué no veían con ellos, hecho que sin duda fue otro motivo de sospecha en contra mía. También mi barba fue objeto de admiración y me hicieron muchas preguntas sobre particularidades de mi persona a las que no tenemos costumbre de aludir en una sociedad europea. Finalmente, como a la una de la madrugada, todo el cortejo se dispuso a partir y, después de conversar un rato en el portal, se fueron todos. Enseguida suplicamos al intérprete, quien junto con algunos muchachos y hombres se había quedado con nosotros, que nos mostrara un lugar dónde dormir, ante lo que pareció muy sorprendido y nos dijo que pensaba que estábamos bien acomodados en el lugar en que nos encontrábamos. Hacía bastante fresco, llevábamos ropas muy ligeras y no habíamos traído mantas, pero todo lo que pudimos conseguir después de una hora de pláticas fue una estera nativa, un cojín y unas cuantas cortinas viejas para colgar en tres de los lados del cobertizo para prote-

gernos un poco de la fresca brisa. Pasamos muy incómodos el resto de la noche y decidimos que a la mañana siguiente nos regresábamos para ya no someternos más a un trato tan ruin.

Nos levantamos al despuntar el día, pero pasó casi una hora hasta que el intérprete hiciera acto de presencia. Le pedimos un poco de café y ver al pumbuckle, pues queríamos pedirle un caballo para Alí, que cojeaba, y despedirnos de él. El hombre se mostró alterado ante demandas tan inauditas y se esfumó en el patio interior cerrando la puerta tras él y abandonándonos de nuevo a nuestras meditaciones. Pasó una hora y no vino nadie, así que ordené que ensillaran los caballos y cargaran el otro animal para preparar la partida. Precisamente entonces llegó el intérprete a caballo y quedó estupefacto al ver los preparativos.

—¿Dónde está el pumbuckle? —le preguntamos.

—Fue a ver al rajá —dijo.

—Nos vamos —dije.

—¡Oh!, les suplico que no —dijo—; esperen un poco; tienen una consulta, vendrán a verles unos sacerdotes y un jefe irá a Mataram a pedir permiso al anak agong para que se queden.

Esto resolvió el asunto. Más pláticas, más retrasos y otras ocho o diez horas de consultas que ya no podíamos soportar; de modo que partimos de inmediato y el pobre intérprete, que casi sollozaba ante nuestra prisa y obstinación, nos afirmaba que el pumbuckle lo sentiría mucho y el rajá también y que si esperábamos todo iría bien. Di mi caballo a Alí y empecé a caminar a pie, pero después él montó detrás del mozo de cuadra de Ross y llegamos a casa muy bien, aunque bastante cansados y furiosos.

En Mataram fuimos a la casa del *gusti* Gadioca, uno de los príncipes de Lombok que era amigo de Carter y me había prometido enseñarme las armas que fabricaban los nativos. Me enseñó dos escopetas, una de cerca de dos metros de largo y otra de poco más de dos y de calibre comparativamente grande. Los cañones estaban enroscados y bien acabados, aunque no tan finamente trabajados como los nuestros. La caja de la escopeta estaba bien hecha y se extendía hasta el extremo del cañón. Había incrustaciones de plata y oro adornando casi toda la parte exterior, pero los cerrojos pertenecían a mosquetes ingleses. El *gusti* me aseguró, sin embargo, que el rajá tenía un hombre que hacía cerrojos y también cañones de rifle. El taller en donde se hacían estos fusiles y las herramientas que utilizaban eran muy especiales. Bajo un cobertizo al aire libre, los principales objetos visibles eran un par de fraguas de barro pequeñas. Los fuelles consistían en dos cilindros de bambú con émbolos manejados a mano que se mueven con faci-

lidad, pues tienen un relleno de plumas no muy apretado alrededor del émbolo, de modo que actúa de válvula y produce una ráfaga regular. Ambos cilindros se comunican con la misma boquilla y un émbolo sube cuando el otro baja. Una pieza oblonga de hierro en el suelo era el yunque y había un pequeño tornillo fijo sobre la raíz sobresaliente de un árbol en la parte de afuera del taller. Éstas, junto con algunas limas y martillos, eran literalmente las únicas herramientas con las que un anciano hace estos buenos rifles que él mismo acaba a partir de tosco hierro y madera.

Yo estaba deseoso de saber cómo horadaban estos largos cañones, lo cual parecía ser absolutamente cierto; se dice que disparan admirablemente, y cuando le pregunté al *gusti* recibí una enigmática respuesta: “Utilizamos un canasto lleno de piedras”. Profundamente incapaz de imaginarme qué quería decir, le pedí verlo cuando lo hicieran y entonces envió a buscar el canasto a uno de la docena de

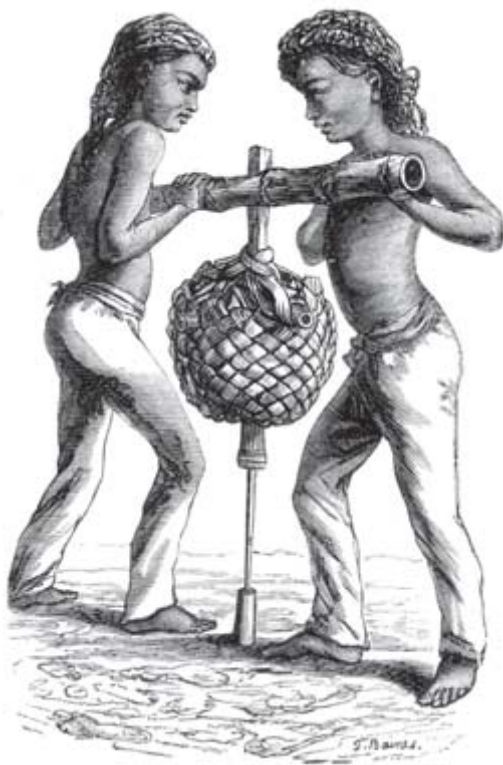


FIGURA XVII.1. Abocardador de fusiles. Dibujado en madera por Baines, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.

muchachos que estaban alrededor. No tardó en regresar con este extraordinario taladro y entonces el *gusti* me explicó el modo que tienen de usarlo. Era simplemente un resistente canasto de bambú en cuyo fondo había clavado un palo recto de cerca de un metro de largo, que se mantenía fijo en su lugar mediante unas cuantas varas cruzadas y amarradas en la parte de arriba con ratán. El palo tenía en su extremo inferior un aro de hierro y un agujero en el que se podían meter barrenos de cuatro esquinas de hierro forjado. Se clava en el suelo boca arriba el cañón que se va a taladrar, se inserta el barreno en él, la parte superior del palo o eje vertical se sostiene mediante una pieza de bambú que lo atraviesa y se llena el canasto de piedras para obtener el peso requerido. Dos muchachos dan vueltas al bambú. Los cañones se hacen en piezas de unos 45 centímetros de largo que al principio se taladran con poco calibre y después se sueldan unas a otras a martillo caliente sobre una barra de hierro recta. Entonces se trabaja el cañón entero con taladros que tienen cada vez mayor tamaño y en tres días está terminado el hueco del cañón. Me explicó toda la operación de un modo tan directo que no me cupo ninguna duda acerca de que el proceso descrito era el que se realizaba realmente; aunque, al examinar uno de los rifles tan elegantes, bien acabados y duraderos, era difícil darse cuenta de que habían sido hechos de principio a fin con herramientas que apenas bastarían a un herrero inglés para hacer una herradura.

Al día siguiente del regreso de nuestra excursión, llegó a Ampanam el rajá para una fiesta que organizaba el *gusti* Gadioca, que residía allí, y poco después de su llegada fuimos a una audiencia con él. Lo encontramos en un amplio patio sentado sobre una estera bajo la sombra de un árbol, junto con todos sus acompañantes, trescientos o cuatrocientos en número, en cuclillas en el suelo formando un gran círculo a su alrededor. Vestía un *sarong* o enagua malaya y una chaqueta verde. Era un hombre de unos 35 años de edad y de semblante agradable, con cierto aspecto de inteligencia combinada con indecisión. Saludamos con una inclinación y tomamos asiento en el suelo cerca de algunos jefes a los que nos presentaron, porque cuando el rajá está sentado nadie puede permanecer de pie o sentarse más alto. Primero preguntó quién era yo y qué hacía en Lombok y después pidió ver algunos de mis pájaros. Mandé a buscar una de mis cajas de pieles de pájaros y otra de insectos, las cuales examinó minuciosamente y pareció muy sorprendido de lo bien que se conservaban. Después tuvimos una breve conversación sobre Europa y la guerra de Rusia, en la que todos los nativos se interesaron. Como había oído hablar mucho de una residencia del rajá en el campo llamada Gunong Sari, aproveché la oportunidad para pedirle permiso de

visitarla y cazar algunas de las aves que ahí había, lo cual me fue concedido de inmediato. Le di las gracias y partimos.

Una hora después llegó su hijo a visitar a Carter acompañado de un centenar de personas que se sentaron en el suelo mientras él entraba en el cobertizo, donde Manuel estaba desollando pájaros. Después de un rato entró en la casa, se le preparó una cama para que durmiera un rato, bebió un poco de vino y al cabo de una o dos horas le trajeron comida de la casa del *gusti*, que comió acompañado de ocho de los principales sacerdotes y príncipes. Pronunció una bendición para el arroz y comenzó a comer él primero, después de lo cual todos los demás le siguieron. Hacen bolitas de arroz con las manos, las remojan en salsa y se las tragan rápidamente con pedacitos de carne y gallina cocinados de diversas maneras. Un muchacho abanicaba al joven rajá mientras comía. Era un joven de unos quince años y tenía ya tres esposas. Todos portaban el kris o daga malaya curva, de cuya belleza y valor se enorgullecen mucho. Un acompañante del rajá tenía uno de mango dorado con veintiocho diamantes incrustados y otras joyas. Dijo que le había costado 700 libras esterlinas. Las vainas son de madera labrada y marfil, con frecuencia cubiertas de oro por un lado. Las hojas están hermosamente veteadas de metal blanco incrustado en el hierro y las mantienen con mucho cuidado. Todo hombre sin excepción lleva su kris metido en la parte de atrás del largo paño en la cintura que todos visten, y casi siempre es la pieza de mayor valor que posee.

Unos cuantos días después, la excursión a Gunong Sari, de la que tanto habíamos hablado, tuvo lugar. El capitán y el sobrecargo de un barco de Hamburgo que cargaba arroz a China engrosaron el grupo. Montamos un conjunto muy heterogéneo de jacos o caballos pequeños de Lombok, y, como tuvimos dificultades para encontrar las sillas y arreos necesarios, muchos de nosotros tuvimos que componer lo mejor que pudimos nuestras cinchas, bridas y las correas de los estribos. Cruzamos Mataram, donde se unió a nosotros nuestro amigo el *gusti* Gadioca en un bello caballo negro, montado como todos los nativos, sin silla ni estribos, sólo con un bello paño a modo de silla y bridas muy adornadas. Unos cinco kilómetros de camino por agradables veredas nos llevaron al lugar. Entramos a través de unas columnas de ladrillo bastante hermosas, apoyadas en horribles deidades hindúes de piedra. En el interior había un cercado con dos estanques cuadrados con peces y algunos hermosos árboles. Después, otra entrada a través de la cual penetramos en un parque. A la derecha había una casa de ladrillo, construida en cierta manera al estilo hindú y ubicada sobre una terraza alta o plataforma; a la izquierda un gran estanque de peces alimentado por un pequeño

arroyuelo, que entraba en él a través de la boca de un cocodrilo gigantesco bien reproducido en ladrillo y piedra. Los bordes del estanque eran de ladrillo y en el centro se erguía un fantástico y pintoresco pabellón adornado con grotescas estatuas. El estanque estaba bien provisto de peces que cada mañana acudían a alimentarse al sonido de un gong de madera que colgaba allí cerca con este fin. Al golpearlo acudía una cantidad de peces que salían de las masas de hierbas que abundan en el estanque y nos seguían recorriendo la orilla en espera de alimento. Al mismo tiempo salían algunos ciervos de un bosque contiguo que, como raras veces se les disparaba y se les da de comer con regularidad, están casi domesticados. La jungla y los bosques que rodean el parque parecían abundar en aves y fui a cazar algunas, viéndome recompensado con varios ejemplares del bello y nuevo martín pescador, *Halcyon fulgidus*, y el peculiar y bello zorzal de tierra, *Zoothera andromeda*. El primero desmiente su nombre, ya que no frecuenta el agua ni se alimenta de pescado. Vive constantemente en espesuras húmedas y bajas y recoge insectos, ciempiés y pequeños moluscos. En conjunto, me sentí complacido con mi visita al lugar y me produjo una mejor opinión de la que tenía antes sobre el gusto de este pueblo, aunque el estilo de las construcciones y esculturas es muy inferior al de las magníficas ruinas de Java. Y ahora quiero decir unas palabras sobre el carácter, los usos y las costumbres de estas interesantes gentes.

Los aborígenes de Lombok se llaman sassaks, pertenecen a una raza malaya que apenas difiere en aspecto de los pueblos de Malaca y Borneo, son mahometanos y constituyen el grueso de la población. Las clases dirigentes, por otro lado, son nativos de la isla de Bali, contigua a Lombok, y profesan la religión brahmánica. El gobierno es una monarquía absoluta, pero parece estar ejercida con más prudencia y moderación de lo habitual en los países malayos. El padre del actual rajá conquistó la isla y ahora la gente parece reconciliada con sus nuevos gobernantes, quienes no interfieren en su religión y probablemente no los gravan con impuestos más altos que los de los jefes nativos a los que han suplantado. Las leyes que se aplican ahora en Lombok son muy severas. El hurto se castiga con la muerte. Carter me informó que una vez un hombre robó una cafetera de metal de su casa. Lo capturaron, le devolvieron la cafetera y lo llevaron a Carter para que lo castigara como él juzgara conveniente. Todos los nativos recomendaron a Carter que lo matara con el kris allí mismo, “porque si no lo hace —le dijeron— lo robará de nuevo”. Pero Carter lo dejó en libertad, no sin advertirle que si volvía a entrar en sus instalaciones otra vez lo mataría a balazos. Unos cuantos meses después, el mismo hombre robó un caballo a Carter. Se recuperó el caballo, pero no se capturó al ladrón. Es norma establecida que, si se encuentra a alguien en

una casa después del anochecer y sin conocimiento del dueño, será apuñalado, se arrojará el cuerpo a la calle o a la playa y no se harán preguntas.

Los hombres son sumamente celosos y muy estrictos con sus esposas. Una mujer casada no puede aceptar un cigarro o una hoja de *sirih* de un extraño so pena de muerte. Me informaron que hace algunos años, uno de los comerciantes ingleses tenía viviendo con él a una mujer balinesa de buena familia y la relación era considerada muy honrosa por los nativos. Durante un festival la muchacha violó la ley al aceptar una flor o alguna bagatela de otro hombre. Se informó al rajá —con alguna de cuyas mujeres estaba relacionada la muchacha— de lo que había sucedido y envió de inmediato un mensajero a casa del inglés ordenándole que renunciara a la muchacha porque había que “krisearla”. Imploró y suplicó en vano y ofreció pagar cualquier multa que le impusiera el rajá y, por último, se negó a entregarla mientras no lo forzaran a hacerlo. El rajá no quiso recurrir a la fuerza, ya que, sin duda, pensaba que estaba actuando tanto a favor del honor del inglés como del propio; de modo que pareció dejar de lado el asunto. Pero un tiempo después envió a uno de sus acompañantes a la casa, éste hizo señas a la muchacha para que se acercara a la puerta y, mientras le decía “el rajá te envía esto”, le hundió el puñal en el corazón. Cuando la infidelidad es más grave se castiga con mayor crueldad aún y la mujer y su amante son amarrados espalda contra espalda y lanzados al mar, donde siempre hay algunos enormes cocodrilos al acecho para devorar los cuerpos. Cuando yo estaba en Ampanam tuvo lugar una de esas ejecuciones, pero yo di un largo paseo por el campo para mantenerme alejado hasta que todo aquello acabara, perdiendo así la oportunidad de una historia de horror que hubiera avivado mi narración, bastante tediosa.

Una mañana, cuando estábamos sentados desayunando, el criado de Carter nos informó que había un *amok* en la aldea; en otras palabras, que un hombre estaba “cometiendo atropellos”. Se dieron inmediatamente órdenes de que cerraran y aseguraran las entradas de nuestro recinto, pero, al no oír nada durante algún tiempo, salimos y encontramos que había sido una falsa alarma causada por un esclavo, el cual había huido declarando que cometería *amok* porque su amo quería venderlo. Poco tiempo antes, había sido asesinado un hombre en una mesa de juego porque al perder medio dólar más de lo que poseía iba a incurrir en *amok*. Otro había matado o herido a diecisiete personas antes de que se pudiera eliminarlo. En tiempos de guerra, a veces todo un regimiento se pone de acuerdo para hacer *amok* y se lanzan con tan ardiente desesperación que resultan pavorosos para los que no están tan excitados como ellos. Entre los antiguos, estas

personas eran consideradas héroes o semidioses que se sacrificaban por su país. Ahora se dice simplemente: hicieron amok.

Macasar es el lugar más famoso en el Oriente por cometer amok. Dicen que hay un promedio de uno a dos por mes y cinco, diez o veinte personas son asesinadas o heridas en cada uno de ellos. Es el modo nacional, y por lo tanto honroso, de suicidarse para los nativos de Célebes y el modo acostumbrado de huir de sus dificultades. Los romanos se tiraban sobre sus espadas, los japoneses se rasgan el vientre y los ingleses se vuelan los sesos con una pistola. El modo bugi de suicidio tiene muchas ventajas para la persona con estas inclinaciones. Un hombre se siente agraviado por la sociedad —tiene deudas y no puede pagarlas—, es tomado como esclavo o ha apostado en el juego a su mujer o hijo como esclavos, no ve manera de recuperar lo que ha perdido y se desespera. No tolerará estos crueles agravios, pero se vengará de la humanidad y morirá como un héroe. Agarra su kris por el mango y al momento siguiente desenvaina la daga y se la clava en el corazón a un hombre. Sigue corriendo con el sangriento cuchillo en la mano apuñalando a todo el que se encuentra en su paso. ¡Amok! ¡Amok!, resuena en las calles. Lanzas, kris, cuchillos y rifles se lanzan en su contra. Avanza corriendo como loco, mata a todo el que puede —hombres, mujeres y niños— y muere abatido por una multitud en plena excitación de una batalla. ¿En qué consiste esta excitación? Los que han experimentado alguna bien lo saben, pero los que alguna vez han dado rienda suelta a pasiones violentas o incluso se han complacido con ejercicios violentos y excitantes se pueden formar una buena idea. Es una intoxicación delirante, una locura temporal que absorbe todo pensamiento y toda energía. ¿Y podemos asombrarnos de que un malayo de progeñie, sin educación y con su inseparable kris prefiera una muerte así a la que se considera casi honrosa, a los detalles calculados a sangre fría del suicidio, cuando desea huir de problemas que lo abrumen, o a los inclementes jaloneos del ahorcado y a la infamia de una ejecución pública, cuando ha tomado la justicia por su mano y demasiado apresurado se venga de su enemigo? En cualquiera de los casos, prefiere cometer amok.

Las grandes producciones del comercio de Lombok, lo mismo que las de Bali, son arroz y café; el primero crece en el llano y el segundo en las colinas. El arroz se exporta en grandes cantidades a otras islas del archipiélago, a Singapur e incluso a China, y por regla general en el puerto hay uno o más navíos con carga. El arroz se lleva a Ampanam en caballos de carga y casi todos los días llegaba una hilera de éstos al patio de Carter. El único dinero que aceptan los nativos por su arroz son monedas de cobre chinas, y 1 200 monedas equivalen a un

dólar. Todas las mañanas hay dos grandes sacos de monedas que se han de contar para formar sumas adecuadas para el pago. De Bali se exportan grandes cantidades de carne de res seca y rabos de buey, y de Lombok muchos patos y jacos o caballos pequeños. Los patos son de una raza particular, con cuerpos muy largos y planos, y caminan erectos casi como pingüinos. En general son de un color pálido ceniciento rojizo y se crían en grandes manadas. Son muy baratos, las tripulaciones de los barcos de arroz los consumen en abundancia y los llaman soldados de Bali, pero en otras partes se los conoce como patos pingüino.

Fernández, el portugués que rellenaba la piel de mis aves, insistió en romper el acuerdo que teníamos y regresar a Singapur. En parte por nostalgia de su país, pero yo creo que más por la idea de que su vida no valía el sueldo de unos meses entre gentes tan sanguinarias e incivilizadas. Representó una pérdida considerable para mí, ya que le había pagado el triple del sueldo usual de tres meses por adelantado, mitad de cuyo tiempo se invirtió en el viaje y el resto en un lugar en el que no lo necesité porque había tan pocos insectos que hubiera podido dedicar mi propio tiempo a cazar y desollar aves. Unos pocos días después de la partida de Fernández, llegó una pequeña goleta con destino a Macasar, a cuyo lugar tomé un pasaje. A modo de conclusión adecuada del esbozo que he hecho de estas interesantes islas, relataré una anécdota que escuché del actual rajá y que, sea o no cierta, ilustra bien el carácter nativo y servirá como medio para introducir algunos detalles sobre los usos y costumbres del país a los que todavía no he hecho alusión.

XVIII. LOMBOK

De cómo el rajá tomó el censo

EL RAJÁ de Lombok era un hombre muy sabio y dio pruebas de su sabiduría con el modo en que tomó el censo. Porque mis lectores han de saber que las principales rentas del rajá derivaban de un impuesto de arroz por cabeza, una pequeña cantidad que tenía que pagar anualmente todo hombre, mujer y niño en la isla. No cabía duda de que todos pagaban este impuesto porque no era mucho, la tierra era fértil y la gente tenía una posición acomodada; pero tenía que pasar por muchas manos antes de llegar a los almacenes del gobierno. Cuando ya se había recogido la cosecha, los aldeanos llevaban su arroz al *kapala kampong* o jefe de la aldea; y no cabe duda de que éste a veces se compadecía de los pobres o enfermos y pasaba por alto su menguada contribución y otras veces se veía obligado a hacer algún favor a los que tenían quejas en su contra; además, tiene que mantener su dignidad y sus graneros han de estar mejor provistos que los de sus vecinos, así que el arroz que llevaba al *waidono* que supervisaba su distrito era mucho menos del que hubiera tenido que ser en general. Y todos los *waidonos* tenían que preocuparse de sí mismos porque todos estaban endeudados y era muy fácil tomar un poco de arroz del gobierno cuando todavía quedaba mucho para el rajá. Y los *gustis* o príncipes que recibían el arroz de los *waidonos* se quedaban también su parte, de modo que, cuando ya toda la cosecha había terminado y se había entregado todo el tributo de arroz, cada año la cantidad era mucho menor que la del anterior. Enfermedad en un distrito, fiebres en otro, malas cosechas en un tercero eran las causas que se esgrimían para justificar esta merma; pero cuando el rajá iba a una choza al pie de la gran montaña o a visitar a un *gusti* al otro extremo de la isla, siempre veía las aldeas llenas de gente y todos parecían bien alimentados y felices. Se dio cuenta de que los krises de sus jefes y oficiales eran más y más elegantes; y las empuñaduras que habían sido de madera amarilla eran ahora de marfil, y las de marfil eran ahora de oro y diamantes y esmeraldas que relucían; y sabía muy bien a dónde iba a parar el tributo del arroz. Pero como no podía probarlo guardó silencio y decidió en la intimidad de su corazón que algún día ordenaría tomar un censo, para así saber el número de su población y de este modo no ser defraudado por más arroz del que fuera justo y razonable.

Pero la dificultad consistía en cómo tomar ese censo. Él no podía ir personalmente a cada aldea y cada casa y contar a sus habitantes; y si ordenaba a sus oficiales que lo hicieran éstos pronto entenderían para qué lo quería y seguro que el censo coincidiría exactamente con la cantidad de arroz que le habían entregado el año anterior. Era evidente que para cumplir su objetivo nadie debía sospechar cuál era la razón del censo; y para estar seguro de esto nadie debía saber que se estaba tomando un censo. Era un problema muy difícil; y el rajá pensó y pensó, todo lo que se puede esperar que piense un rajá malayo, pero no podía resolverlo; o sea que se sentía muy desdichado y no hacía más que fumar y masticar betel con su esposa favorita, y apenas comía; incluso cuando fue a la pelea de gallos, no parecía preocuparle si sus mejores aves ganaban o perdían. Permaneció varios días en este triste estado, la corte temía que le hubieran echado mal de ojo al rajá; y un desafortunado capitán irlandés, que había llegado por una carga de arroz y que biqueaba horriblemente, estuvo a punto de ser apuñalado con kris, pero como primero lo llevaron ante la presencia real se le ordenó graciosamente regresar a bordo y permanecer allí mientras su barco estuviera en el puerto.

Pero una mañana, tras una semana continua de esta inenarrable melancolía, hubo por fin un cambio, porque el rajá mandó llamar a todos los jefes, sacerdotes y príncipes que estaban entonces en Mataram, su ciudad capital; y cuando estaban todos congregados con inquietantes expectativas, se dirigió a ellos de este modo:

Durante muchos días mi corazón se ha sentido enfermo y no sabía por qué, pero ahora ya ha desaparecido el problema porque he tenido un sueño. Anoche se me apareció el espíritu del Gunong Agung —la gran montaña de fuego— y me dijo que tenía que subir a la cima de la montaña. Todos ustedes tienen que venir conmigo hasta cerca de la cumbre y después tengo que subir yo solo, y el gran espíritu se me aparecerá de nuevo y me dirá algo de gran importancia para mí, para ustedes y para toda la gente de la isla. Partan ahora todos y háganlo saber por todo el territorio para que cada aldea proporcione los hombres necesarios que nos abran camino a través de la selva y lleguemos hasta la gran montaña.

Por toda la isla se difundió la noticia de que el rajá tenía que encontrarse con el gran espíritu en la cima de la montaña; y cada aldea envió a sus hombres para que abrieran un camino por la jungla, construyeran puentes sobre los arroyos de las montañas y allanaran los lugares abruptos para el paso del rajá. Y cuando llegaron a los precipicios y rocas escarpadas de la montaña, buscaron las mejores

sendas, a veces bordeando un torrente, otras por los salientes estrechos de las rocas negras; en un lugar cortaban un gran árbol para que sirviera de puente para atravesar un barranco, en otro construían escalas para remontar la superficie lisa de un precipicio. Los jefes que supervisaron el trabajo fijaron de antemano la distancia que se iba a recorrer cada día de viaje de acuerdo con la naturaleza del camino y eligieron lugares agradables junto a las riberas de claros arroyos y cerca de la sombra de los árboles, donde construyeron cobertizos y chozas de bambú bien techadas con hojas de palma en las que pudieran comer y dormir el rajá y sus ayudantes al término del día.

Y cuando todo estuvo dispuesto, los príncipes, sacerdotes y hombres principales se presentaron de nuevo ante el rajá para decirle lo que se había hecho y preguntarle cuándo iría a la cima de la montaña. Y él fijó un día y ordenó que lo acompañara todo hombre distinguido y con autoridad para honrar al gran espíritu que le había rogado emprender el viaje, para mostrar que de buena gana obedecían sus órdenes. Y entonces comenzaron los preparativos por toda la isla. Se mató lo mejor del ganado y la carne se saló y se puso a secar al sol; se reunió abundancia de chiles y batatas; se treparon en los altos árboles de pinang en busca de la aromática nuez de betel, se hicieron atados de hoja de *sirih* y todos los hombres llenaron sus faltriqueras de tabaco y sus cajas de cal hasta el borde para no carecer de ninguno de los materiales necesarios para mascar el refrescante betel durante el recorrido. Los víveres y provisiones se enviaron con un día de antelación y, el día anterior al señalado para partir, todos los jefes, grandes y pequeños, llegaron a Mataram, morada del rey, con caballos y sirvientes y los portadores de sus cajas de *sirih*, esteras de dormir y provisiones. Acamparon bajo los altos árboles de *warining* que flanquean todos los caminos de Mataram y con hogueras deslumbrantes ahuyentaron a ogros y espíritus malignos que rondan por la noche en las lúgubres avenidas.

A la mañana siguiente, se formó una gran procesión para conducir al rajá a la montaña. Los príncipes reales y la familia del rajá montaron en caballos negros, cuyas colas barrían el suelo; sin silla de montar ni estribos, sino sentados sobre un paño de vivos colores; los bocados eran de plata y las riendas de cordones de muchos colores. Las personas menos importantes montaban caballos pequeños y fuertes de diversos colores, muy adecuados para un viaje a la montaña; y todos (incluso el rajá) llevaban las piernas desnudas hasta encima de la rodilla y vestían únicamente el paño de algodón de vivos colores en la cintura, una chaqueta de seda o algodón y un gran pañuelo elegantemente enrollado alrededor de la cabeza. Cada uno estaba atendido por uno o dos criados que llevaban sus cajas de *sirih* y

betel, también montados en ponis; además un gran número de personas había salido por adelantado y otras esperaron para cerrar la marcha. Las autoridades se contaban por cientos y sus acompañantes por miles y toda la isla se preguntaba qué gran acontecimiento se iba a producir a partir de todo aquello.

Los dos primeros días recorrieron caminos y atravesaron muchas aldeas limpias y barridas, con vistosas piezas de tela que colgaban de las ventanas; y cuando llegaba el rajá toda la gente se arrodillaba en el suelo en señal de respeto y cualquier hombre que cabalgara se bajaba del caballo y se ponía también en cuclillas; muchos se unieron al cortejo en cada aldea. En el lugar en que se detuvieron para pasar la noche, la gente había colocado estacas frente a cada casa y a ambos lados de la calle. Estaban partidas en forma de cruz en la punta, en la hendidura había amarradas lamparitas de arcilla y entre ellas había hojas verdes de palma que, al gotear con el rocío de la tarde, centelleaban hermosamente con el parpadeo de las luces. Muy pocos se acostaron esa noche y permanecieron despiertos hasta las primeras horas de la mañana, porque en cada casa se habían reunido un puñado de vehementes conversadores y se consumió mucho betel y las conjeturas a las que se llegaba eran interminables.

El segundo día dejaron la última aldea tras ellos, penetraron en el territorio salvaje que circunda a la gran montaña y se quedaron en las chozas que se habían preparado para ellos en las riberas de un arroyo de agua fría y resplandeciente. Los cazadores del rajá, armados con rifles largos y pesados, fueron en busca de ciervos y toros salvajes a los bosques de las cercanías y regresaron con la carne de ambos animales al despuntar el día y la enviaron para que prepararan la comida del mediodía. El tercer día avanzaron hasta donde pudieron los caballos y acamparon al pie de altas rocas, entre las que sólo se pueden encontrar estrechas veredas que suben hasta la cima de la montaña. Y la cuarta mañana, cuando el rajá partió, lo acompañó sólo un pequeño grupo de sacerdotes y príncipes con sus ayudantes más cercanos; y se abrieron penosamente camino por la escarpada senda, y a veces sus criados los cargaban, hasta que llegaron a una altura superior a los árboles altos y después atravesaron arbustos espinosos y, más arriba aún, siguieron avanzando por la roca negra y quemada de la parte más elevada de la montaña.

Cuando estaban cerca de la cima el rajá ordenó a todos que se detuvieran mientras él iba a encontrarse con el gran espíritu en la cumbre misma de la montaña. Y así fue como prosiguió con dos muchachos que llevaban su *sirih* y su betel; pronto llegaron a la parte más alta de la montaña entre grandes rocas, al borde del gran golfo de donde emana continuamente humo y vapor. El rajá pidió

sirih y dijo a los muchachos que se sentaran bajo una roca, miraran hacia abajo de la montaña y no se movieran hasta que él regresara. Como estaban fatigados, el sol era cálido y placentero y la roca los protegía del viento frío, los muchachos se durmieron. Y el rajá avanzó un poco más y se quedó bajo otra roca; estaba fatigado, el sol era cálido y placentero y él también se quedó dormido.

Los que estaban esperando al rajá pensaron que se estaba quedando mucho tiempo en la cima de la montaña y que el gran espíritu tenía muchas cosas que decir o quizá quería quedárselo en la montaña para siempre o tal vez se había extraviado al descender. Discutían si deberían ir a buscarlo, cuando lo vieron descender con los dos muchachos, y, cuando fueron a recibirlo, parecía muy serio y no dijo nada; entonces todos descendieron y el cortejo regresó tal como había llegado; el rajá fue a su palacio y los jefes a sus aldeas para contar a sus esposas e hijos todo lo que había acontecido y preguntarse de nuevo qué saldría de todo aquello.

Tres días después el rajá congregó a los sacerdotes, príncipes y jefes de Mataram para que escucharan lo que le había dicho el gran espíritu en la cumbre de la montaña. Cuando estaban todos reunidos y el betel y el *sirih* habían pasado de mano en mano, les dijo lo que había sucedido. En la cima de la montaña había entrado en trance y el gran espíritu se le había aparecido con un rostro como de oro pulido y había dicho: “¡Oh, rajá!, van a caer sobre toda la Tierra plagas, enfermedades y fiebres, sobre los humanos, los caballos y el ganado; pero como tú y tu gente me han obedecido y han subido a mi gran montaña, te voy a decir cómo tú y toda tu gente de Lombok pueden evitar esta plaga”. Y todos esperaban inquietos escuchar cómo iban a ser salvados de aquella terrible calamidad. Después de un breve silencio el rajá habló de nuevo y les dijo que el gran espíritu le había encargado que se hicieran doce kris sagrados y que, para hacerlos cada aldea y cada distrito, tenía que enviar un manojo de agujas, una aguja por cabeza en cada aldea. Y cuando se presentara cualquier enfermedad grave en alguna aldea, tendría que enviarse uno de los kris sagrados allí; y si cada casa en la aldea había enviado el número correcto de agujas, la enfermedad cesaría de inmediato; pero si el número de agujas que se había enviado no había sido exacto, el kris carecería de poder.

Así pues, los príncipes y los jefes partieron a sus aldeas y comunicaron las maravillosas noticias; y todos se apresuraron a recoger las agujas con la mayor precisión porque temían que si faltaba aunque sólo fuese una, toda la aldea sufriría las consecuencias. De modo que; uno por uno, todos los hombres principales de las aldeas llevaron sus fajos de agujas; los que estaban cerca de Mataram llegaron

primero y los que estaban lejos al último; el rajá las recibió con sus propias manos y las colocó con todo cuidado en una cámara interior, en un mueble de madera de alcanfor cuyas bisagras y chapas eran de plata; y en cada manojo estaba marcado el nombre de la aldea y el distrito del que provenía, de modo que se podía saber que todos habían escuchado y obedecido las órdenes del gran espíritu.

Cuando ya era seguro que cada aldea había enviado su manojo, el rajá dividió las agujas en doce partes iguales y ordenó al mejor fundidor de acero de Mataram que llevara su fragua, los fuelles y el martillo a palacio y que hiciera doce krisen ante los ojos del rajá y a la vista de todos los hombres que quisieran verlo. Y cuando los krisen estuvieron terminados, fueron envueltos en seda nueva y guardados celosamente hasta que se necesitara de ellos.

Ahora bien, el viaje a la montaña había tenido lugar en la época del viento del este, cuando no llueve en Lombok. Poco después de que los krisen estuvieron terminados, llegó el tiempo de cosechar el arroz y los jefes de los distritos y las aldeas llevaron su impuesto al rajá de acuerdo con el número de cabezas en sus aldeas. Y a los que le faltaba un poco de la cantidad total el rajá no les dijo nada; pero cuando llegaron los que sólo traían la mitad o la cuarta parte de lo que estrictamente se debía, les dijo suavemente: "Las agujas que enviaron de su aldea fueron muchas más que las de esa otra y sin embargo el tributo de arroz que traen es menor; regresen y vean quién no ha pagado el tributo". Y al año siguiente el producto de los impuestos aumentó enormemente porque tenían miedo de que el rajá pudiera matar con justicia a los que por segunda vez se guardaran el tributo justo. Y así fue como el rajá se hizo muy rico e incrementó el número de sus soldados, regaló joyas de oro a sus esposas, compró finos caballos negros a los holandeses de piel blanca y celebró grandes fiestas cuando nacían sus hijos o se casaban; y no había otro rajá o sultán malayo más grande y poderoso que el rajá de Lombok.

Los doce krisen sagrados tenían gran poder. Y cuando se presentaba alguna enfermedad en una aldea se enviaba por uno de ellos; a veces se alejaba la enfermedad, entonces se devolvía el kris sagrado con grandes honores y los jefes de la aldea iban a contarle al rajá su poder milagroso y agradecerse. Y a veces la enfermedad no desaparecía; y entonces todos se convencían de que había habido un error en el número de agujas que se había enviado de esta aldea y, por lo tanto, el kris sagrado no tenía efecto y tenía que ser devuelto otra vez por los jefes con el corazón apesadumbrado, pero pese a todo con honor, pues ¿acaso no era de ellos mismos la culpa?

XIX. TIMOR

(*Coupang, 1857-1859; Dili, 1861*)

LA ISLA de Timor tiene unos 480 kilómetros de largo por 96 kilómetros de ancho y parece formar el límite de la gran cadena de islas volcánicas que empieza en Sumatra, a más de 3 200 kilómetros al oeste. No obstante, se diferencia mucho de todas las demás islas de la cadena ya que carece de volcanes activos, con la excepción del pico Timor, cerca del centro de la isla, que antiguamente estuvo activo, pero estalló en una erupción en 1638 y desde entonces ha permanecido tranquilo. En ninguna otra parte de Timor parece haber rocas ígneas recientes, de modo que a duras penas puede clasificarse como isla volcánica, aunque es cierto que está situada justo en la parte exterior del gran cinturón volcánico que se extiende de Flores, a través de Ombay y Wetter, a Banda.

La primera vez que visité Timor fue en 1857 y me quedé un día en Coupang, la principal ciudad holandesa en el extremo occidental de la isla; y después volví en mayo de 1859, cuando me quedé dos semanas en los mismos alrededores. En la primavera de 1861 pasé cuatro meses en Dili, capital de las posesiones portuguesas en la parte oriental de la isla.

Todos los alrededores de Coupang parece que se han elevado en una época reciente, pues consisten en una superficie áspera de roca de coral que se alza formando un muro vertical entre la playa y la ciudad, cuyas casitas bajas de color blanco y tejas rojas le dan un aspecto muy similar a otras colonias holandesas en el Oriente. La vegetación es escasa y estropajosa. Abundan las plantas de las familias apocináceas y euforbiáceas; pero carece de algo que pueda llamarse selva y todo el territorio tiene un aspecto enjuto y desolado que contrasta fuertemente con los altos árboles de la jungla y el verdor perenne de las Molucas o de Singapur. El rasgo más sobresaliente de la vegetación era la abundancia de bellas palmeras de abanico (*Borassus flabelliformis*), con cuyas hojas se construyen las cubetas para agua más fuertes y duraderas, que son las que se usan en toda la isla y muy superiores a las elaboradas con cualquier otra especie de palma. Del mismo árbol se saca vino de palma y azúcar, y el techo común de las casas, hecho con hojas que duran seis o siete años sin reponer. Cerca de la ciudad observé los

cimientos de una casa en ruinas por debajo del nivel del agua, lo cual indicaba un hundimiento reciente. Los terremotos no son muy fuertes aquí, y son tan poco frecuentes e inofensivos que las casas principales son de piedra.

La población de Coupang está formada por malayos, chinos y holandeses, además de los nativos, de modo que hay extrañas y complicadas mezclas entre los habitantes. Hay un mercader inglés residente y llegan a menudo balleneros y barcos australianos en busca de provisiones y agua. Los timoresees nativos son la raza que prepondera y un breve examen sirve para mostrar que no tienen nada en común con los malayos, sino que son mucho más afines a los verdaderos papúas de las islas Aru y Nueva Guinea. Son altos, de rasgos pronunciados, narices grandes y algo aguileñas, cabello rizado y, en general, piel color café oscuro. El modo en que hablan las mujeres entre sí y a sus hombres, en voz alta y riéndose, y un tono general de confianza en sí mismas, bastaría para que un observador experimentado decidiera, incluso sin verlas, que no son malayas.

Arndt, alemán y médico del gobierno, me invitó a quedarme en su casa mientras estuviera en Coupang y acepté gustoso su oferta, ya que pensaba quedarme sólo unos cuantos días. Empezamos hablando en francés, pero él tenía tantas dificultades que casi sin darnos cuenta pasamos pronto al malayo, lengua en la que llegamos a sostener largas discusiones sobre temas literarios, científicos y filosóficos pese a ser semibárbara, y cuyas deficiencias suplíamos con el libre uso de términos en francés o en latín.

Después de algunos paseos por los alrededores de la ciudad, encontré una pobreza tal de insectos y aves que decidí ir unos días a la isla de Semao, en el extremo occidental de Timor, en donde había oído que existía una selva con aves que no se encontraban en Coupang. No sin dificultades conseguí una embarcación desenterrada con aparejos que me llevó a una distancia de poco más de 30 kilómetros. Encontré que el territorio estaba bastante forestado, pero cubierto de matas y matorrales espinosos más que de árboles, y excesivamente enjuto y reseco por todas partes debido a la larga temporada de sequía. Me quedé en la aldea de Oeassa, notable por sus manantiales de jabón. Uno de ellos está en medio de la aldea y las burbujas salen por un pequeño cono de barro hacia el que se eleva todo el terreno alrededor, como si fuera un volcán en miniatura. El agua tiene un tacto jabonoso y produce una espuma muy consistente cuando se lava en ella cualquier sustancia grasienta. Contiene álcali y yodo en tales cantidades que destruyen toda la vegetación a cierta distancia a la redonda. Cercano a la aldea hay uno de los mejores manantiales que yo haya visto, contenido en varias represas rocosas que se comunican por estrechos canales. En los lugares requeridos,

las represas han sido pulcramente tapiadas y forman una serie de excelentes baños naturales. El agua tiene buen sabor y es clara y cristalina, y las represas están rodeadas por una arboleda de altos banianos con muchos tallos que mantienen el lugar fresco y umbrío y agregan mucha belleza a lo pintoresco del paisaje.

La aldea consiste en casitas muy particulares y diferentes a las que he visto en otras partes. Son de forma ovalada y las paredes están hechas de palos de casi metro y medio de altura colocados unos junto a otros. De ellos se alza un techo alto y cónico cubierto con hierbas. La única abertura es una puerta de un metro de altura. Las gentes son como los timorese, con pelo rizado u ondulado y de piel café cobriza. La clase alta parece tener una mezcla con alguna raza superior que ha mejorado mucho sus facciones. En Coupang vi varios jefes de la isla de Sabu, más al oeste, que tenían rasgos muy diferentes a los de las razas malaya o papúa. Más bien parecían hindúes con rasgos bellos y bien formados, nariz delgada y recta, y piel café claro. Como la religión brahmánica se extendió en otro tiempo por toda Java, e incluso ahora existe en Bali y Lombok, no es del todo improbable que algunos nativos de la India llegaran hasta esta isla, ya fuera por accidente, ya fuera para huir de la persecución, y formaran una colonia permanente en este lugar.

Permanecí en Oeassa cuatro días, al cabo de los cuales, al no encontrar insectos y muy pocas aves nuevas, regresé a Coupang para esperar el próximo buque de correo. En el viaje, escapé por un pelo de irme a pique. La honda embarcación, parecida a un ataúd, iba cargada con mi equipaje, hortalizas, cocos y otros frutos para el mercado de Coupang, y, cuando ya nos habíamos adentrado bastante en un mar muy encrespado, descubrimos que entraba mucha agua en la embarcación y que no teníamos medios de achicarla. Esto hizo que nos hundiéramos más en el agua y acabáramos navegando entre mares; los remeros, que habían afirmado que no tenía importancia, empezaron a alarmarse y viraron el rumbo de la barca para regresar a la costa de Semaó, que no estaba muy lejos. Al sacar parte del equipaje pudimos achicar un poco el agua, pero a duras penas con la misma rapidez con la que iba entrando, y cuando nos aproximamos a la costa encontramos más que muros verticales de roca contra los que el mar se batía fuertemente. Costeamos una cierta distancia hasta que encontramos una pequeña caleta en la que metimos la embarcación, la halamos a la playa y, al vaciarla, encontramos un gran agujero en el fondo que habían rellenado provisionalmente con un tapón de cáscara de coco que se había salido. Si hubiéramos estado 400 metros más lejos de la costa antes de descubrir la vía de agua, nos hubiéramos visto obligados a lanzar por la borda casi todo nuestro equipaje y fácilmente hubiéramos

podido perder la vida. Después de componerlo bien zarpamos de nuevo, y, cuando nos encontrábamos a medio camino, nos metimos en una corriente tan fuerte y en un mar tan picado que estuvimos a punto de irnos a pique por segunda vez, lo cual me hace prometer solemnemente no volver a confiar nunca en embarcaciones tan pequeñas y precarias.

Pasó una semana, el buque de correo no llegaba y mientras me dediqué a conseguir todas las aves que pude; encontré algunas bastante interesantes. Había entre ellas cinco especies de palomos, pertenecientes a una cantidad equivalente de géneros distintos, la mayoría de ellos particulares de la isla; dos periquitos: el bello *Platycercus vulneratus* de cola ancha y alas rojas, pariente de una especie australiana, y una especie verde del género *Geoffroyus*. El *Tropidorhynchus timoriensis* era tan ubicuo y ruidoso como el que había encontrado en Lombok; y el *Sphecotheres viridis*, un curioso oriol verde con órbitas rojas y al descubierto, fue una gran adquisición. Había varios y bellos pinzones, currucas y papamoscas, y, entre ellas, conseguí la elegante *Cyornis hyacinthina*, azul y roja. Pero no pude reconocer en mis colecciones a la especie que menciona Dampier, a quien parecieron sorprenderle mucho el número de pequeñas aves canoras de Timor. Dampier escribe:

A un tipo de estos lindos pajaritos mis hombres le pusieron el nombre de pájaro campanilla porque cantaba seis notas y siempre las repetía todas dos veces, una después de otra, comenzando en un tono alto y agudo y finalizando en otro bajo. El pájaro tenía más o menos el tamaño de una calandria, con un pico negro pequeño y puntiagudo y alas azules; la cabeza y el pecho eran rojo pálido y tenía una raya azul cerca del cuello.

En Semaio abundan los monos. Se trata del mono común de labio hendido (*Macacus cynomolgus*) que se encuentra en todas las islas occidentales del archipiélago y puede que haya sido introducido por los nativos, quienes con frecuencia lo llevan cautivo de un lado a otro. También hay algunos ciervos, pero no es seguro del todo que pertenezcan a las mismas especies que se encuentran en Java.

Llegué a Dili, capital de las posesiones portuguesas en Timor, el 12 de enero de 1861 y fui amablemente recibido por el capitán Hart, ciudadano inglés y antiguo residente del lugar, que comercia con los productos del territorio y cultiva café en una finca situada al pie de las colinas. Me presentó a Geach, un ingeniero de minas que había dedicado todos sus esfuerzos durante dos años a descubrir cobre en cantidad suficiente para que valiera la pena explotarlo.

Dili es un lugar de lo más miserable comparado incluso con las ciudades holandesas más pobres. Las casas son todas de barro y techo de paja; el fuerte es únicamente un cercado de barro; y la aduana y la iglesia están construidas con estos mismos y precarios materiales sin ningún intento de decoración y ni siquiera de pulcritud. El aspecto de este lugar en conjunto es el de una ciudad nativa pobre sin signos de cultivo o civilización en los alrededores. La casa de su excelencia, el gobernador, es la única con pretensiones de un aspecto digno y consiste meramente en una casucha baja o bungalow blanqueado. Pero hay algo en lo que se manifiesta la civilización. Funcionarios con el traje europeo blanco y negro y oficiales con espléndidos uniformes abundan en un grado bastante desproporcionado con el tamaño o el aspecto del lugar.

Como la ciudad está rodeada hasta cierta distancia de pantanos y ciénagas, es bastante insalubre y en una sola noche los recién llegados suelen contraer una fiebre que no pocas veces resulta fatal. Para evitar esta malaria, el capitán Hart dormía siempre en su plantación, situada en una ligera elevación a unos tres kilómetros de la ciudad, en donde Geach tenía también una casita, la cual amablemente me invitó a compartir. Fuimos hasta allá en la tarde montados a caballo y al cabo de dos días tenía conmigo el equipaje, con lo cual me pude adecentar y tratar de conseguir algo para mis colecciones.

Las primeras semanas me sentí mal y no podía alejarme mucho de la casa. El terreno estaba cubierto de pequeños arbustos espinosos y de acacias, salvo en un pequeño valle en el que descendía un arroyo de las colinas; algunos bellos árboles y arbustos cubrían el agua y formaban un lugar muy agradable para vagabundear. Había muchas aves pertenecientes a bastantes especies, aunque pocas de ellas tenían vivos colores. En verdad, salvo una o dos excepciones, las aves de esta isla tropical eran mucho menos ornamentales que las de Gran Bretaña. Los escarabajos eran tan escasos que un recolector podría decir con razón que no los había en absoluto, ya que las pocas y anodinas especies, carentes de interés, no le compensarían la búsqueda. Los únicos insectos sobresalientes o interesantes eran las mariposas, las cuales, aunque comparativamente pocas en número de especies, abundaban lo suficiente y abarcaban una gran proporción de tipos nuevos y raros. Las riberas del arroyo eran mi mejor terreno de recolección y cada día me paseaba arriba y abajo de su umbrío curso, que como a poco más de kilómetro y medio corriente arriba se volvía rocoso y escarpado. Aquí obtuve las tan poco comunes y bellas mariposas de cola de golondrina, la *Papilio aenomaus* y la *Papilio liris*; los machos de ambas especies son muy disímiles uno del otro y de hecho pertenecen a distintas secciones del género, en tanto que las hembras son tan

parecidas que apenas puede distinguírselas cuando vuelan; un ojo poco avezado tampoco lo haría en la vitrina. Muchas y bellas mariposas recompensaron mi búsqueda en este lugar; entre ellas, quiero hacer especial mención de la *Cethosia leschenaultii*, cuyas alas del más profundo color morado están bordeadas de un amarillo pálido de manera tal que a primera vista parece nuestra *Camberwell beauty*, aunque pertenece a un género diferente. Las mariposas que más abundaban eran las blancas y amarillas (*Pieridae*), de las que ya había encontrado varias en Lombok y Coupang, en tanto que otras eran nuevas para mí.

Los primeros días de febrero hicimos preparativos para quedarnos una semana en una aldea llamada Baliba, situada a unos seis y medio kilómetros de distancia en las montañas y a 610 metros de altura. Tomamos nuestro equipaje y provisiones de todo lo necesario y los cargamos en caballos; y aunque la distancia por la ruta que emprendimos no era de más de 10 u 11 kilómetros, nos tomó la mitad de un día llegar al lugar. Los caminos eran meros surcos que a veces pasaban por empinados peldaños de roca, otras por estrechas zanjas acanaladas que habían ido formando los caballos a su paso y en las que teníamos que recoger las piernas y apretarlas al cuello del caballo para evitar que se aplastaran. En algunos de estos lugares tuvimos que descargar el equipaje y en otros se golpeó. A veces el ascenso o el descenso eran tan empinados que era más fácil caminar que pegarnos a los lomos de los ponis; y así fuimos arriba y abajo, sobre colinas desnudas con la superficie cubierta de pequeños guijarros y salpicadas de eucaliptos que me recordaban más lo que había leído sobre partes del interior de Australia que al archipiélago malayo.

La aldea consistía sólo en tres casas con muros bajos que se alzaban sobre postes de unos cuantos metros, con techos muy altos cubiertos de hierba, que colgaba hasta unos 60 a 90 centímetros del suelo. Pusieron a nuestra disposición una casa sin terminar, abierta en la parte de atrás, la equipamos con una mesa, algunas bancas y una mampara y dejamos la parte interior del recinto como dormitorio. Teníamos una espléndida vista sobre Dili y, más a lo lejos, el mar. El campo de los alrededores era ondulado y abierto, salvo en las hondonadas, en donde había algunos retazos de selva, que Geach, quien había estado por toda la parte oriental de Timor, me aseguró que era la más exuberante que había visto en la isla hasta aquel momento. Yo tenía esperanzas de encontrar allí algunos insectos, pero quedé muy decepcionado, debido quizás a la humedad del clima; porque sólo hasta que el sol estaba bastante alto empezaba a disiparse la niebla, y al mediodía volvía a estar todo nublado, de modo que pocas veces hubo más de una hora o dos de vacilante sol. Buscamos en todas direcciones aves y otras presas pero eran muy escasas. En el camino había disparado al bello palomo de cabeza

blanca, *Ptilinopus cinctus*, y al lindo lorito *Trichoglossus euteles*. Conseguí unos cuantos más de este último en las flores de los eucaliptos y también las especies afines *Trichoglossus iris* y algunos otros pájaros pequeños pero interesantes. El gallo común de la jungla de la India (*Gallus bankiva*) también se encontraba aquí y nos proporcionó excelentes comidas, pero no pudimos cazar ciervos. Se cultivan papas a mucha altura en las montañas y en abundancia, además de ser muy buenas. Cada tercer día matábamos un cordero y nos lo comíamos con gran apetito en un clima frío que hacía del fuego algo siempre agradable.

Pese a que la mitad de los europeos residentes en Dili enfermaban continuamente de fiebres y los portugueses han ocupado el lugar tres siglos, nadie ha construido todavía una casa en estas bellas colinas que, si se abriera un camino decente, estarían sólo a una hora a caballo de la ciudad; se podrían encontrar emplazamientos casi igual de buenos a una altura menor y a media hora de la ciudad. El hecho de que se cultiven en abundancia papas y trigo de excelente calidad a unos 1 000 a 1 100 metros de altura demuestra que el suelo y el clima son adecuados si se cultivan debidamente. De los casi 300 metros a los casi 600 metros de altura prosperaría el café; y hay cientos de kilómetros cuadrados de terreno en los que diversos productos que requieren climas intermedios entre los del café y el trigo crecerían vigorosamente. Pero hasta ahora no se ha hecho ningún intento de construir ni un solo kilómetro de camino ni una sola hectárea de plantación.

Debe de haber algo muy inusual en el clima de Timor que permite que el trigo crezca a una altura tan moderada. El grano es de excelente calidad y el pan que se hace con él es igual a cualquiera de los que yo he probado, y todos reconocen que no es superado por ningún otro elaborado con harina importada, europea o americana. El hecho de que los nativos —por iniciativa propia— hayan adoptado el cultivo de artículos extranjeros como el trigo y la papa, que acarrear en pequeñas cantidades en los lomos de caballos pequeños por las sendas montañosas más intransitables y venden a precio muy barato a la orilla del mar, es indicio suficiente de lo que podría hacerse si se construyeran caminos y si se instruyera, alentara y protegiera a la gente. Las ovejas también se desarrollan bien en las montañas y hay una raza de caballos pequeños muy resistentes, que tienen mucha fama en todo el archipiélago y que se crían en estado semisalvaje. De modo que parece que si esta isla, tan estéril de aspecto y desprovista de los rasgos característicos de la vegetación tropical, estuviera especialmente adaptada, podría abastecer de una variedad de productos esenciales que las otras islas no producen a los europeos, y que en consecuencia importan de la otra parte del globo.

El 24 de febrero mi amigo Geach dejó Timor después de haber informado finalmente que no se encontrarían minerales que valieran la pena el trabajo de explotación. Los portugueses estaban muy disgustados, pues habían imaginado que abundaba el cobre y todavía lo creían así. Aparentemente, desde tiempo inmemorial se ha encontrado cobre puro nativo en un lugar de la costa a unos 50 kilómetros al este de Dili. Los nativos dicen que lo encuentran al fondo de una barranca y cuentan que hace muchos años el capitán de un buque se llevó varios quintales. Pero ahora es evidentemente muy escaso y en los dos años que Geach residió en el territorio no se encontró nada. Me mostraron un pedazo de varios kilos de peso muy parecido a una de las grandes pepitas australianas, pero de puro cobre en vez de oro. Los nativos y los portugueses habían imaginado, como es natural, que en el lugar del que procedían estos fragmentos tenía que haber más, y existe un rumor o leyenda de que una montaña que se encuentra arriba de la barranca es de casi puro cobre y, por lo tanto, de inmenso valor.

Después de muchas dificultades, acabó formándose una compañía que iba a explotar las montañas de cobre y un mercader portugués de Singapur puso la mayor parte del capital. Estaban tan seguros de que sí había cobre que pensaron que sería una pérdida de tiempo y dinero hacer cualquier tipo de exploración previa, y pidieron a Inglaterra un ingeniero de minas que traería con él las herramientas necesarias, maquinaria, utensilios de laboratorio, una serie de mecanismos y provisiones de todo tipo para dos años con objeto de empezar a explotar una mina de cobre que se había descubierto, según se le dijo. Al llegar a Singapur, se fletó un barco para trasladar hombres y provisiones a Timor, donde llegaron después de mucho retraso, un largo viaje y muchos gastos.

Se fijó, pues, un día para “abrir las minas”. El capitán Hart acompañaba a Geach como intérprete. El gobernador, el comandante, el juez y todas las autoridades del lugar fueron con gran pompa a la montaña junto con el ayudante de Geach y algunos de los trabajadores. Cuando iban remontando el valle, Geach examinó las rocas pero no vio ninguna señal de cobre. Fueron avanzando y avanzando, pero seguía sin haber nada excepto unas cuantas huellas de mineral muy pobre. Por último, llegaron a la propia montaña de cobre. El gobernador se detuvo, los funcionarios formaron un círculo y aquél se dirigió a ellos diciéndoles que por fin había llegado el día que tanto habían esperado todos, cuando los tesoros del suelo de Timor serían sacados a la luz, y muchas otras cosas en grandilocuente portugués; concluyó dirigiéndose a Geach y le solicitó que señalara el mejor lugar para que empezaran a trabajar de inmediato y descubrieran la mole de cobre virgen. Como las barrancas y los precipicios por los que habían pasado fue-

ron minuciosamente examinados y revelaban con toda claridad la naturaleza y constitución mineral del territorio, Geach les dijo simplemente que no había ni rastros de cobre en aquel lugar y que era totalmente inútil empezar a trabajar. El público quedó estupefacto. El gobernador no podía creer lo que escuchaban sus oídos. Más tarde, cuando Geach repitió lo que había afirmado, el gobernador le dijo con severidad que estaba equivocado, que todos ellos sabían que *había* cobre en abundancia y que sólo querían de él, como ingeniero de minas, que les dijera *cuál era la mejor manera de llegar a él*, porque estaba dispuesto a toda costa a comenzar el trabajo en algún lugar. Geach se negó a responder sus demandas y trató de explicar que las barrancas habían hecho cortes mucho más profundos en la colina de lo que ellos conseguirían en años y que él no desperdiciaría tiempo y trabajo en un intento tan inútil. Después de que le interpretaron su discurso, el gobernador vio que era en vano y sin decir palabra dio la vuelta al caballo y se alejó, dejando a mis amigos solos en la montaña. Todos creyeron que se trataba de una conspiración, que el inglés *no quería* encontrar el cobre y que habían sido cruelmente traicionados.

Geach escribió entonces al comerciante de Singapur que lo había empleado y concertaron que enviara las máquinas de regreso y él se quedara a explorar el territorio en busca de minerales. Al principio, el gobierno le puso obstáculos en el camino e impidió totalmente sus movimientos; pero, después de un tiempo, se le permitió viajar por los alrededores y durante más de un año él y su ayudante exploraron la parte oriental de Timor, cruzándola en varios lugares de mar a mar, ascendiendo todos los valles importantes sin encontrar ningún mineral que compensara la inversión de trabajo. Hay mineral de cobre en varios lugares, pero siempre demasiado pobre en calidad. El de mejor clase compensaría si estuviera en Inglaterra, pero en el interior de un territorio profundamente estéril, con caminos por construir y teniendo que importar todo el trabajo especializado y los materiales, hubiera sido una empresa inútil. También se da el oro, pero es muy poco y de mala calidad. Muy en el interior se descubrió un surtidor de petróleo puro al que no se puede tener acceso hasta que se civilice el país. Todo este asunto fue una tremenda decepción para el gobierno portugués, el cual había considerado que era algo de tales dimensiones que contrató a los buques de correo holandeses para que hicieran escala en Dili, y se indujo a varios buques australianos a que anclaran en el puerto con cargas diversas para las que esperaban encontrar una venta fácil entre la población de las minas recién descubiertas. Las masas informes de cobre nativo son todavía, en cualquier caso, un misterio. Geach ha estudiado el terreno en todas direcciones sin poder explicarse su origen, así que



FIGURA XIX.1. *Timoreses. Dibujado en madera por Baines, a partir de una foto.*
Dominio público, vía Wikimedia Commons.

parece probable que sean el resultado de los despojos de antiguos estratos de cobre y no son más abundantes que las pepitas de oro en Australia o en California. Se ofreció una alta recompensa a cualquier nativo que encontrara una pieza de mineral y mostrara el lugar exacto en donde la obtuvo, medida que no tuvo ningún efecto.

Los montañeses de Timor son gentes del tipo papúa, de formas bastante esbeltas, cabello lanudo y rizado y piel de color café mate. Tienen la nariz larga con un sobresaliente ápice que es característico de los papúas y totalmente desconocido entre las razas de origen malayo. En la costa ha habido mucha mezcla de algunas de las razas malayas y quizá también hindúes, así como de portugueses. La estatura general es más baja, el cabello ondulado en vez de rizado y los rasgos menos prominentes. Las casas están construidas en el suelo, en tanto que los

montañeses las elevan sobre postes de medio metro a un metro de altura. El vestido común es un paño largo enrollado en la cintura y que cuelga hasta la rodilla, como se muestra en la ilustración, que es una copia de una fotografía. Ambos hombres llevan la sombrilla nacional, hecha de hoja de palma entera en forma de abanico, cuidadosamente cosida en el pliegue de cada hoja para que no se parta. La sombrilla la abren y la sostienen inclinada sobre la cabeza y la espalda en los chubascos. La pequeña vasija para agua está hecha de una hoja entera y sin abrir de la misma palma, y el bambú tapado probablemente contiene miel para vender. Portan generalmente una extraña cartera de bolsillo que consiste en un cuadrado de tela tejida muy tupida, cuyas cuatro esquinas están conectadas con cordones y en general muy adornadas de cuentas y borlas. Apoyados en la pared de la casa, detrás de la figura a la derecha, hay unos bambúes que se usan como jarras de agua.

Una costumbre predominante es el *pomali*, equivalente exacto del *tabú* de los isleños del Pacífico e igualmente respetado. Se usa en las ocasiones más comunes y unas cuantas hojas de palma clavadas fuera de un jardín como signo del *pomali* protegen el producto de los ladrones de un modo tan eficaz como los cepos o trampas, resorterías o un perro salvaje lo hacen en nuestras tierras. A los muertos se los coloca en una tarima que se alza unos dos a dos y medio metros del suelo, a veces al descubierto y otras cubierta por un techo. El cuerpo permanece allí hasta que los parientes disponen de medios para celebrar una fiesta en la que se le entierra. Los timorese son, en general, muy ladrones pero no son sanguinarios. Pelean continuamente entre ellos y aprovechan cualquier ocasión para secuestrar a gentes desvalidas de otras tribus como esclavos, aunque los europeos se pueden desplazar a salvo por cualquier parte del territorio. A excepción de unos cuantos mestizos en la ciudad, no hay nativos cristianos en la isla de Timor. El pueblo conserva su independencia en gran medida y le desagradan tanto como desprecia a sus presuntos gobernantes, sean portugueses u holandeses.

El gobierno portugués de Timor es de lo más despreciable. A nadie parece preocuparle mucho el mejoramiento del país y en esta época, después de trescientos años de ocupación, no se ha construido ni algo más de kilómetro y medio de caminos fuera de la ciudad y no hay ni un solo europeo solitario residente en ninguna parte del interior. Los funcionarios del gobierno explotan y roban a los nativos todo lo que pueden y, aun así, no se ha tomado ninguna medida para defender la ciudad en caso de que los timorese intentaran atacarla. Los oficiales militares son tan ignorantes que cuando recibieron un pequeño mortero y algunos proyectiles, no se encontró a nadie que supiera utilizarlos. Durante una insurrección de los nativos —mientras yo estaba en Dili—, el oficial que temía que lo

enviaran en contra de los insurgentes se puso repentinamente enfermo y se permitió que los rebeldes se apoderaran de un importante paso a cinco kilómetros de la ciudad, desde donde podían defenderse contra una fuerza diez veces superior a ellos. El resultado fue que ya no se podía bajar víveres de las colinas, la hambruna era inminente y el gobernador tuvo que enviar a buscar provisiones del gobernador holandés de Amboina.

En la actualidad, Timor representa más complicaciones que beneficios para sus gobernantes portugueses y holandeses, y así seguirá siendo a menos que se implante un sistema diferente. Algunos y buenos caminos que lleguen hasta los elevados distritos del interior; una política de conciliación y estricta justicia con los nativos y la introducción de un buen sistema de cultivo como en Java y en el norte de Célebes podrían todavía convertir a Timor en una isla productiva y valiosa. El arroz se da bien en las planicies pantanosas que bordean la costa y el maíz prospera en todas las tierras bajas y es el alimento común de los nativos, como lo era cuando Dampier visitó la isla en 1699. La pequeña cantidad de café que se cultiva ahora es de excelente calidad y se podría llevar a grandes extensiones. Las ovejas se crían bien y serían apreciadas como carne fresca por los balleneros y para abastecer a las islas contiguas con carne cuando no con lana; también es probable que en las montañas se pueda obtener pronto este producto mediante una prudente cría. Los caballos crecen de un modo asombroso; y podría cultivarse trigo suficiente para abastecer a todo el archipiélago si los nativos tuvieran incentivos suficientes para extender su cultivo y buenos caminos para transportarlo sin gran esfuerzo hasta la costa. Con un buen sistema, los nativos no tardarían en percibir que el gobierno europeo los beneficia. Empezarían a ahorrar dinero y, al protegerse la propiedad, adquirirían de inmediato nuevas necesidades y nuevos gustos, y se convertirían en grandes consumidores de las mercancías europeas. Esto sería una fuente mucho más segura de ganancias para sus gobernantes que los impuestos y la extorsión, y, al mismo tiempo, es probable que produjeran más paz y obediencia que el remedo de gobierno militar que hasta la fecha ha demostrado ser tan ineficaz. Para inaugurar un sistema así sería necesario un desembolso inmediato de capital que ni los holandeses ni los portugueses parecen dispuestos a hacer; y algunos funcionarios honestos y enérgicos que al menos la segunda nación parece incapaz de producir; de modo que es de temer que en los años venideros Timor permanezca en su estado actual de insurrección crónica y mal gobierno.¹

¹ Cuando H. O. Forbes visitó Dili en 1883, se apreciaba una leve mejora bajo el mando de un gobernador más enérgico.

En Dili el estado de la moral está tan deteriorado como en el interior de Brasil y se toleran delitos que en Europa implicarían oprobio y un proceso criminal. Mientras yo estaba allí, se contaba y tenía por cierto que dos oficiales habían envenenado a los maridos de las mujeres con las que tenían intrigas y con las que empezaron a convivir inmediatamente después de la muerte de sus rivales. Aun así, a nadie le pasó por la cabeza manifestar desaprobación por el delito y ni siquiera considerarlo tal, ya que los maridos en cuestión eran mestizos menospreciables que, por supuesto, tuvieron que dejar el camino libre a los placeres de sus superiores.

De acuerdo con lo que vi con mis propios ojos y con las descripciones de Geach, la vegetación indígena de Timor es pobre y monótona. La extensión inferior de las colinas está siempre cubierta de raquíticos eucaliptos que sólo alguna vez crecen y se desarrollan como árboles selváticos. Mezclados con ellos en pequeñas cantidades hay acacias y el fragante árbol del sándalo, en tanto que las montañas más altas, que se elevan a casi 1 800 a 2 100 metros de altura, están cubiertas de un tosco herbaje o son perfectos eriales. En los terrenos más bajos hay una variedad de malas hierbas y los territorios baldíos están infestados de una menta silvestre parecida a la ortiga. Se encuentra también el hermoso lirio corona, *Gloriosa superba*, serpenteando entre los matorrales y desplegando sus espléndidas flores en gran profusión. Hay también una viña silvestre que carga unos racimos de uvas velludas grandes e irregulares con un sabor tosco pero muy empalagoso. En algunos de los valles en los que la vegetación es más rica, las matas y enredaderas con espinas abundan tanto que las espesuras llegan a ser impenetrables.²

El suelo parece muy pobre, pues básicamente consiste en láminas frágiles de arcilla y casi en todas partes se ven tierra y roca desnudas. La sequía de la estación calurosa es tan fuerte que muchos de los arroyos se secan en las llanuras antes de llegar al mar; todo queda abrasado y a los árboles más grandes se les caen las hojas completamente, como sucede en invierno en nuestros países. En las montañas que tienen de 600 a 1 200 metros de altura hay un ambiente mucho más húmedo y se puede cultivar papa y otros productos europeos durante todo el año. Aparte de los ponis, casi los únicos productos de exportación de Timor son la madera de sándalo y la cera de abeja. La madera de sándalo (*Santalum sp.*) es el

² H. O. Forbes coleccionó asiduamente plantas durante seis meses en la parte oriental de Timor y obtuvo unas 225 plantas con flores, número muy pequeño para una isla tropical. La cantidad total de especies que se conoce en toda la isla dista mucho de acercarse a mil. Y esto después de la visita en 1803 del famoso Robert Brown y, más tarde, de numerosos botánicos y coleccionistas procedentes del continente. (Véase Forbes, *A Naturalist's Wanderings in the Eastern Archipelago* ["Peregrinaciones de un naturalista en el archipiélago oriental"], pp. 497-523.)

producto de un pequeño árbol que crece con no demasiada frecuencia en las montañas de Timor y en muchas de las demás islas del lejano Oriente. La madera es de un bello color amarillo y posee una conocida y deliciosa fragancia que es asombrosamente permanente. Se traslada a Dili en leños pequeños y casi toda se exporta a China, en donde la usan mucho para quemar en los templos y en las casas de los ricos.

La cera de abeja es un producto incluso más importante y valioso, elaborado por abejas silvestres (*Apis dorsata*) que forman enormes panales que cuelgan al aire libre de la parte inferior de las ramas más altas de los árboles grandes. Son semicirculares, muchas veces con un diámetro de uno a uno y medio metros. En una ocasión vi cómo los nativos recogían nidos de abeja, y fue un espectáculo muy interesante. En el valle donde solía recolectar insectos, vi un día a tres o cuatro timorenes, hombres y muchachos, bajo un árbol muy alto, y, al levantar la vista, descubrí sobre una rama horizontal muy alta tres grandes panales. El árbol era recto y de corteza lisa, sin una sola rama hasta los 20 a 25 metros de altura, en donde se encontraba el vástago que las abejas habían escogido para hacer su casa. Como era evidente que los hombres buscaban abejas, me quedé para contemplar la operación. En primer lugar, uno de ellos sacó un pedazo largo de madera que parecía ser el tallo de un árbol pequeño o de una enredadera y que había llevado consigo; empezó a resquebrajarlo en varias direcciones, lo cual mostraba que era muy resistente y correoso. Después lo envolvió en hojas de palma que fijó enrollándolas con una fina enredadera. Más tarde, se ciñó bien el paño en la cintura, sacó otro pedazo de tela y se lo enrolló en la cabeza, en el cuello y en el cuerpo, amarrándoselo alrededor del cuello, y se dejó el rostro, los brazos y las piernas completamente al descubierto. Suspendida del cinto llevaba una cuerda enrollada. Mientras hacía estos preparativos, uno de sus compañeros había cortado una fuerte enredadera o una cuerda de arbusto de siete a nueve metros, a uno de cuyos extremos sujetó una antorcha de madera que, prendida en el extremo inferior, emitía una firme columna de humo. Justo arriba de la antorcha amarró un machete con un cordel corto.

Entonces el cazador de abejas agarró la cuerda de arbusto por la parte de arriba de la antorcha y pasó el otro extremo alrededor del tronco del árbol, quedando con un extremo en cada mano. Arrojándola con un impulso violento hacia arriba del árbol a la altura correspondiente, encima de su cabeza, colocó el pie contra el tronco e inclinándose hacia atrás comenzó a subir caminando por éste. Era una maravilla ver la habilidad con que aprovechaba las mínimas irregularidades de la corteza o la inclinación del tronco para ayudarse en el ascenso, lanzando

la resistente enredadera unos cuantos metros más arriba cuando encontraba un apoyo firme para sus pies descalzos. Casi me daba vértigo mirarlo de tan rápido que subía, nueve, 12, 15 metros sobre el suelo, y me seguía preguntando cómo haría para subir los siguientes metros de tronco liso y recto. Pero de todos modos siguió avanzando con tanta frialdad y aparente seguridad como si estuviera trepando por una escalera de mano hasta que llegó a unos tres o cuatro metros de las abejas. Entonces se detuvo un momento y procuró que la antorcha —que colgaba a la altura de sus pies— oscilara, acercándola a los peligrosos insectos para que la columna de humo quedara entre él y las abejas. Sin detenerse, en un minuto más se colocó bajo la rama y, de un modo que no pude entender, pues tenía las dos manos ocupadas en sujetarse con la enredadera, se las arregló para llegar hasta el panal.

Para entonces las abejas empezaron a alarmarse y formaron un ruidoso enjambre a su alrededor, pero entonces alzó más la antorcha acercándola a su cuerpo y se fue quitando con indiferencia las que se habían posado en sus brazos o en sus piernas. Después, estirándose por la rama, trepó hacia el panal más próximo y columpió la antorcha por la parte inferior del panal. En el instante en que la antorcha tocó el panal, éste cambió de color de un modo muy curioso, de negro a blanco, pues miles de abejas que lo cubrían salieron volando y formaron una densa nube encima y en torno a él. Entonces el hombre se acostó totalmente extendido a lo largo de la rama y se fue apartando las abejas con la antorcha en la mano; después, sacó el cuchillo y cortó el panal de un tajo cerca del árbol y, amarrándolo con la cuerda delgada, lo hizo descender hasta donde se encontraban sus compañeros. Estuvo todo este rato envuelto por una multitud de furiosas abejas y rebasaba mi entendimiento cómo soportaba las picaduras con tanta indiferencia y podía continuar su labor tan calculadamente a esa altura vertiginosa. Era evidente que el humo no atontaba ni alejaba a las abejas y era imposible que la pequeña columna de humo pudiera proteger todo su cuerpo mientras trabajaba. En el mismo árbol había otros tres panales que fue obteniendo sucesivamente y así proporcionó a todo el grupo un almibarado banquete de miel y abejas jóvenes, además de un valioso lote de cera.

Después de haber bajado dos de los panales, también abajo empezaron a abundar las abejas que volaban sin rumbo y picaban enconadamente. Algunas se acercaron a mí y también me picaron; tuve que huir corriendo, golpeándolas con mi red y capturando algunas como especímenes. Algunas me siguieron hasta 800 metros, se me metieron en el pelo y me persiguieron con tenacidad, de modo que estaba más asombrado todavía ante la inmunidad de los nativos. Me inclino a

pensar que los movimientos lentos y deliberados, sin hacer ningún intento de escapar, son quizá las mejores defensas. La abeja que se posa sobre un pasivo indígena es probable que se comporte como lo haría sobre un árbol u otra sustancia inanimada a lo que no intenta picar. De todos modos, muchas veces les debe de doler pero están acostumbrados al dolor y aprenden a soportarlo impasiblemente, ya que de otro modo ningún hombre podría cazar abejas.

XX. HISTORIA NATURAL DEL GRUPO TIMOR

SI OBSERVAMOS un mapa del archipiélago, nada parece menos probable que la cadena de islas tan estrechamente conectadas, desde Java hasta Timor, difiera materialmente en sus productos naturales. Es cierto que existen ciertas diferencias de clima y geografía física, pero éstas no corresponden a la división que el naturalista se ve obligado a establecer. Entre los dos extremos de la cadena hay un gran contraste de clima, el oeste sumamente húmedo y con sólo una breve e irregular estación seca, y el este seco y abrasador con una breve estación húmeda. No obstante, este cambio tiene lugar hacia el centro de Java, ya que la parte oriental de esa isla tiene estaciones tan extremas como Lombok y Timor. Existe también una diferencia en la geografía física pero que se da en el extremo oriental de la cadena, donde los volcanes, que son el rasgo característico de Java, Bali, Lombok, Sumbawa y Flores, cambian de trayectoria y se dirigen hacia el norte desde Gunong Api hasta Banda, dejando a Timor únicamente con un pico volcánico cerca del centro de la isla, en tanto que la parte principal de su territorio consiste en antiguas rocas sedimentarias. Ninguna de estas diferencias físicas corresponde al notable cambio en los productos naturales que ocurre en los estrechos de Lombok, que separan a la isla de este nombre de la de Bali, y que es a la vez tan vasto en dimensiones y de un carácter tan fundamental que constituye una importante característica de la geografía zoológica de nuestro globo.

El naturalista holandés Zollinger, quien residió mucho tiempo en la isla de Bali, nos informa que sus productos se asimilan completamente a los de Java y que no ha podido encontrar ni un solo animal que no habite también en la isla mayor. Durante los pocos días que estuve en la costa norte de Bali camino a Lombok, vi varias aves sumamente características de la ornitología de Java. Entre ellas se contaban el tejedor dorado asiático (*Ploceus hypoxanthus*), el shama oriental (*Copsychus amoenus*), el barbudo rosado (*Megalaema rosea*), la oropéndola malaya (*Oriolus horsefieldii*), el estornino de tierra de Java (*Sturnopastor jalla*) y el carpintero javanés de tres dedos (*Chrysonotus tiga*). Al atravesar Lombok, separada de Bah por un estrecho de menos de 32 kilómetros de ancho, esperaba encontrar de nuevo algunas de estas aves, pero durante una estancia de tres meses

en el lugar nunca vi ninguna y en cambio encontré todo otro conjunto de especies, la mayoría totalmente desconocidas no sólo en Java sino también en Borneo, Sumatra y Malaca. Por ejemplo, entre las aves más comunes de Lombok había cacatúas blancas y tres especies de *Meliphagidae* o libadores de miel, que pertenecían a grupos familiares totalmente ausentes en la región occidental o indomala-ya del archipiélago. Al pasar de Flores a Timor, la distinción respecto de los productos de Java aumenta y encontramos que estas islas forman un grupo natural cuyas aves están relacionadas con las de Java y Australia, aunque son bastante diferentes a cualquiera de ambas. Además de mis propias colecciones elaboradas en Lombok y Timor, Allen, mi ayudante, formó una buena colección en Flores; y éstas, junto con algunas especies obtenidas por naturalistas holandeses, permiten que nos formemos una buena idea de la historia natural de este grupo de islas y derivar de ella algunos resultados muy interesantes.

El número de aves de estas islas que se conoce hasta la fecha es: 63 de Lombok, 86 de Flores y 118 de Timor; y de todo el grupo se conocen 188.¹ A excepción de dos o tres especies que al parecer se derivan de las Molucas, los antecedentes de estas aves se pueden encontrar, directamente o por otras muy afines, en Java, por un lado, y en Australia, por otro; aunque un número no menor a 82 no se encuentran en ninguna otra parte fuera de este pequeño grupo de islas. No existe, sin embargo, un solo género particular del grupo, ni siquiera uno que esté ampliamente representado en él por especies particulares; y este hecho indica que la fauna es estrictamente derivativa y que su origen no se remonta más allá de una de las épocas geológicas más recientes. Existen, por supuesto, un gran número de especies (como la mayor parte de las zancudas, muchas de las aves de presa, algunos de los alciones, golondrinas, y algunas más) extendidas tan ampliamente por una gran parte del archipiélago que es imposible seguir su rastro y averiguar si provienen de una u otra parte. Mi lista contiene 57 especies de este tipo y hay además otras 35 que, aunque son particulares del grupo Timor, tienen todavía parentesco con formas que abarcan más territorios. Si deducimos estas 92 especies, nos quedan casi un centenar de aves cuyas relaciones con las de otros territorios vamos ahora a considerar.

Si tomamos en primer lugar aquellas especies que, hasta donde sabemos, están absolutamente confinadas a cada isla, tenemos:

¹ Desde entonces, se han agregado cuatro o cinco especies nuevas procedentes de la isla de Sumbawa. (Véase Guillemard, *The Cruise of the Marchesa* ["El crucero del *Marchesa*"], vol. II, p. 364.)

<i>Isla</i>	<i>Número de especies</i>	<i>Pertenencia de géneros</i>
Lombok	4	a dos, uno de los cuales es australiano y uno hindú
Flores	12	a siete, cinco de los cuales son australianos y dos hindúes
Timor	42	a 20, 16 de los cuales son australianos y cuatro hindúes

No parto del supuesto de que el número real de las especies particulares de cada isla esté determinado con exactitud, ya que las cantidades que ascienden rápidamente dependen, como es obvio, de que las colecciones que se elaboraron en Timor fueron más amplias que las de Flores y las de Flores más que las de Lombok; pero lo que sí podemos suponer en mayor medida —lo cual tiene un interés más especial— es que la proporción de formas australianas crece y la proporción de formas hindúes mengua a medida que vamos de oeste a este. Esto mismo se repite de un modo más patente contando el número de especies idénticas a las de Java y Australia respectivamente en cada isla. Entonces tenemos que:

<i>Isla</i>	<i>Aves javanesas</i>	<i>Aves australianas</i>
Lombok	33	4
Flores	23	5
Timor	11	10

De este modo vemos con claridad el curso que ha ido teniendo la migración durante cientos o miles de años y que todavía mantiene en la actualidad. Las aves procedentes de Java son más numerosas en la isla más cercana a Java; cada estrecho de mar que se ha de cruzar para alcanzar la otra isla representa un obstáculo y, en consecuencia, un número menor de aves llega a la isla siguiente.² Se observará que el número de aves que al parecer ha entrado de Australia es mucho menor que el de las procedentes de Java y, a primera vista, podríamos suponer que esto se debe al ancho mar que separa a Australia de Timor. Pero sería una suposición apresurada y, como veremos en seguida, incierta. Además de estas aves idénticas a las especies que habitan Java y Australia, hay un número considerable de otras muy estrechamente afines a las especies particulares de estos países y tenemos que tomarlas también en cuenta antes de llegar a cualquier conclusión sobre el tema. Si combinamos éstas con las del cuadro anterior, resulta:

² Los nombres de todas las aves que habitan estas islas se pueden encontrar en *Proceedings of the Zoological Society of London*, correspondientes al año 1863.

<i>Isla</i>	<i>Aves javanesas</i>	<i>Muy afines a las aves javanesas</i>	<i>Total</i>
Lombok	33	1	34
Flores	23	5	28
Timor	11	6	17

<i>Isla</i>	<i>Aves australianas</i>	<i>Muy afines a las aves australianas</i>	<i>Total</i>
Lombok	4	3	7
Flores	5	9	14
Timor	10	26	36

Así pues, vemos que el número total de aves que parece que derivan de Java y Australia es casi el mismo, pero hay una notable diferencia entre las dos series: en tanto que la mayor parte del conjunto perteneciente a Java, con gran diferencia, es idéntica a las aves que todavía habitan en esa isla, una proporción casi igualmente grande del conjunto australiano es distinta, aunque muchas veces se trate de especies muy afines. Observamos así también que estas especies representativas o afines disminuyen en número a medida que se alejan de Australia, en tanto que aumentan en número a medida que se alejan de Java. Hay dos razones para ello: una es que las islas van disminuyendo rápidamente de tamaño de Timor a Lombok y, por lo tanto, pueden mantener un número cada vez menor de especies; la otra razón, más importante, es que la distancia de Australia a Timor elimina la posibilidad de nuevas inmigraciones y ha permitido, en consecuencia, el pleno despliegue de la variación; mientras que la proximidad de Lombok respecto a Bali y Java ha permitido un influjo continuo de nuevos ejemplares que, al cruzarse con las inmigraciones anteriores, ha frenado la variación.

Para simplificar nuestro punto de vista sobre el origen derivativo de las aves de estas islas, vamos a tratarlas como un todo y tal vez de este modo sean más inteligibles sus respectivas relaciones con Java y Australia.

El grupo de las islas Timor contiene:

Aves javanesas	36	Aves australianas	13
Especies muy afines	11	Especies muy afines	35
Procedentes de Java	47	Procedentes de Australia	48

Aquí podemos ver una asombrosa coincidencia en el número de aves que pertenecen a los grupos de Australia y de Java, pero están divididas exactamente a la inversa: tres cuartas partes de las aves de Java son especies idénticas y una cuarta parte representativas; en tanto que sólo una cuarta parte de las formas australianas son idénticas y tres cuartas partes representativas. Éste es el hecho más importante que podemos extraer de un estudio de las aves de esas islas, ya que nos proporciona una clave muy completa para entender gran parte de su historia pasada.³

El cambio de las especies es un proceso lento. Sobre esto hemos coincidido todos, aunque podamos diferir en el modo en que ha tenido lugar. El hecho de que las especies australianas en estas islas hayan cambiado mucho mientras que las especies javanesas han permanecido casi idénticas nos indicaría, por lo tanto, que la zona fue poblada primero desde Australia. Pero para que éste haya sido el caso, las condiciones físicas debieron ser muy diferentes a las de ahora. En la actualidad, casi 500 kilómetros de mar abierto separan a Australia de Timor, isla que está conectada con Java por una cadena interrumpida de tierra, dividida por estrechos que en ninguna parte tienen más de 30 kilómetros de ancho. Ahora existen grandes facilidades para que los productos naturales de Java se difundan y ocupen todas estas islas, en tanto que los de Australia encontrarían grandes dificultades para atravesar. Para podernos explicar el estado actual de las cosas, tenemos que partir del supuesto de que en otro tiempo Australia estuvo mucho mejor conectada con Timor que ahora; y que así fue lo hace muy probable el hecho de que un banco submarino se extienda a lo largo de las costas septentrional y occidental de Australia, y que en un determinado lugar se acerque a unos 30 kilómetros de la costa de Timor. Esto indica una inmersión reciente del norte de Australia, que es probable que en otro tiempo se extendiera hasta el borde de este banco, entre el cual y Timor existe un océano de profundidad insondable.

No creo que la isla de Timor haya estado conectada alguna vez con Australia, porque hay un número muy alto de grupos abundantes y característicos de aves australianas que están ausentes y ningún mamífero australiano ha penetrado en Timor, y no hubiera sido éste el caso si de hecho los territorios hubieran estado unidos. Grupos como las aves de enramada (*Ptilonorhynchus*), las cacatúas negras y rojas (*Calyptorhynchus*), los reyezuelos azules (*Malurus*), los cuervos alcaudones (*Cracticus*), los silbadores y picanzos (*Falcunculus* y *Colluricincla*), y muchos otros, que abundan en toda Australia, se hubieran difundido a Timor si

³ Desde que se escribió este texto, las nuevas especies de aves que se han descubierto en el grupo son tan pocas y están distribuidas entre las dos regiones de modo tan equivalente que no afectan a las conclusiones a las que llego aquí.

esta isla hubiera estado unida a la otra, o incluso si durante una época prolongada hubiera estado más cerca de 30 kilómetros. Ninguno de los grupos más característicos de insectos australianos se encuentra en Timor tampoco; así que todo se combina para indicar que un estrecho de mar ha separado siempre a Timor de Australia, pero que en cierto periodo ese estrecho se redujo a una anchura de unos 30 kilómetros.

Pero en la época en que tuvo lugar este estrechamiento del mar en una dirección, debe de haber habido una mayor separación al otro extremo de la cadena porque, si no, habría una mayor igualdad en las cantidades de especies idénticas y representativas derivadas de cada uno de los extremos. Es cierto que el ensanchamiento del estrecho por inmersión en el extremo australiano hubiera permitido —al poner fin a la inmigración y al cruce de las aves procedentes del país de origen— dar rienda suelta a las causas que han conducido a la modificación de las especies; en tanto que el flujo continuo de inmigración proveniente de Java, mediante el continuo cruce de especies, hubiera refrenado esa modificación. Este punto de vista no explica, sin embargo, todos los hechos, porque la índole de la fauna del grupo Timor está determinada tanto por las formas ausentes como por las que contiene y, mediante este tipo de pruebas, resulta ser más australiana que hindú. En conjunto, no hay menos de 29 géneros ausentes, todos más o menos abundantes en Java, la mayoría de los cuales se extienden por una amplia zona; en tanto que, de los géneros australianos, difundidos por igual, sólo faltan unos 14. Esto indica con toda claridad que, hasta una época reciente, ha habido una gran separación respecto a Java; y el hecho de que las islas de Bali y Lombok sean pequeñas, casi totalmente volcánicas y contengan un número menor de formas modificadas que otras islas las distinguiría por tener un origen comparativamente reciente. En la época en que Timor se encontraba muy próxima a Australia, es probable que un ancho brazo de mar ocupara el lugar de estas islas, y mientras los fuegos subterráneos iban lentamente apilando las ahora fértiles islas de Bali y Lombok, las costas septentrionales de Australia se estaban hundiendo en el océano. Estos cambios que acabamos de indicar nos permiten comprender cómo es que, a pesar de que las aves de este grupo sean en su conjunto casi tan hindúes como australianas, las especies que son propias del grupo de islas sean en su mayoría de naturaleza australiana; y también por qué un número tan alto de formas comunes hindúes, que se extienden de Java a Bali, no han transmitido un solo representante a las islas que se encuentran más al este.

Los mamíferos de Timor, así como los de las otras islas del grupo, son muy escasos, a excepción de los murciélagos. Éstos abundan bastante y sin duda toda-

vía quedan muchos por descubrir. De las 15 especies conocidas de Timor, nueve se encuentran también en Java o en las islas al oeste de ésta; tres son especies molucas y la mayoría se encuentran también en Australia; el resto son propias de Timor.

Los mamíferos terrestres son sólo siete en número:

1. El mono común, *Macacus cynomolgus*, que se encuentra en todas las islas indomalayas y se ha difundido desde Java, a través de Bali y Lombok, hasta Timor. Esta especie frecuenta mucho las riberas de los ríos y es posible que se haya transmitido de isla a isla sobre troncos arrastrados por la corriente.
2. *Paradoxurus fasciatus*, un gato civeta muy común en gran parte del archipiélago.
3. *Felis megalotis*, un gato tigre que supuestamente es particular de Timor, donde existe sólo en el interior y es muy raro. Las especies más afines a éste se encuentran en Java.
4. *Cervus timoriensis*, un ciervo muy afín a las especies de Java y las Molucas, aunque distinto a ellas.
5. Un cerdo salvaje, *Sus timoriensis*, quizá el mismo que algunas de las especies molucas.
6. Un ratón musaraña, *Sorex tenuis*, que supuestamente es particular de Timor.
7. Una zorra mochilera oriental, *Cuscus orientalis*, que se encuentra también en las Molucas, si es que no se trata de una especie distinta.

El hecho de que ninguna de estas especies sea australiana, o muy afín a cualquier forma australiana, corrobora firmemente la opinión de que Timor nunca ha formado parte de aquel país, ya que, de otro modo, se encontraría también con toda seguridad algún canguro u otro marsupial. Es muy difícil, indudablemente, explicar la presencia de algunos de los pocos mamíferos que existen en Timor, en especial el ciervo. Pero tenemos que considerar que, durante cientos y quizá cientos de miles de años, estas islas y los mares que las circundan han estado sometidos a la acción volcánica. La tierra ha emergido y se ha sumergido de nuevo; los estrechos se han ensanchado o angostado; muchas de las islas puede que hayan estado unidas y después se hayan desmembrado otra vez; inundaciones violentas han devastado una y otra vez las montañas y llanuras, arrastrando hasta el mar cientos de árboles selváticos, que es lo que ha sucedido con frecuencia en las erupciones volcánicas de Java; no parece improbable que una vez en mil o diez mil años haya tenido lugar una combinación favorable de circunstancias que posibilitara la migración de dos o tres animales terrestres de una isla a otra.

Y esto es todo lo que necesitamos preguntarnos para dar una explicación respecto a la escasez y fragmentariedad del grupo de mamíferos que ahora habitan la gran isla de Timor. Es probable que los ciervos hayan sido introducidos por el hombre, porque los malayos suelen llevar con ellos cervatillos; y no son necesarios mil años, ni siquiera quinientos, para que un animal trasladado a un territorio tan diferente adquiriera nuevas características en clima y vegetación como lo es Timor respecto de las Molucas. No he mencionado los caballos, que muchas veces se cree que son salvajes en Timor, porque carecemos de base para coincidir con esa opinión. Los ponis de Timor tienen cada uno su amo y son animales tan domesticados como el ganado en una hacienda sudamericana.

Me he detenido bastante en el origen de la fauna de Timor porque lo considero un problema muy interesante y aleccionador. Raras veces podemos formarnos una idea del origen de los animales de una zona tan claramente como en este caso y remontarnos a dos fuentes concretas, y es todavía menos frecuente que nos proporcionen pruebas tan decisivas de la época, del modo y de las proporciones de su introducción. Tenemos en este caso un grupo de islas oceánicas en miniatura, islas que nunca han formado parte de las tierras adyacentes pese a encontrarse tan cerca de ellas, y sus productos tienen las características ligeramente modificadas de las verdaderas islas oceánicas. Estas características son: ausencia de todos los mamíferos excepto murciélagos y existencia de especies propias de aves, insectos y caracoles de tierra que, aunque no se encuentran en ningún otro lugar, están relacionadas con las del territorio más próximo. Así pues, hay una ausencia total de mamíferos australianos y existen únicamente unos cuantos ejemplares extraviados procedentes del oeste de los que podemos dar razón del modo ya indicado. Los murciélagos son bastante abundantes. Las aves tienen muchas especies particulares en franca relación con las que habitan los dos bloques de tierra más próximos. Los insectos tienen relaciones similares a las de las aves. A modo de ejemplo, diremos que cuatro especies de *Papilionidae* son propias de Timor, otras tres se encuentran también en Java y una en Australia. De las cuatro especies propias, dos son claramente modificaciones de las formas javanesas, en tanto que las demás tienen parentesco con las de las Molucas y Célebes. Los pocos caracoles de tierra que se conocen son todos afines, algo muy curioso, o idénticos a las formas de las Molucas y la isla Célebes. Las *Pieridae* (mariposas blancas y amarillas), que vagabundean más y que, al frecuentar espacios abiertos, es más probable que sean arrastradas por el viento al mar, parecen estar igualmente relacionadas con las de Java, Australia y las Molucas.

A la teoría de Darwin acerca de que las islas oceánicas nunca han estado co-

nectadas al continente, se ha objetado que implicaría que sus productos animales son resultado de la casualidad; esta teoría se ha denominado la de “los géneros que se lanzan al mar y quedan *flotando o hundidos*” y sostiene que la naturaleza no funciona mediante la “categoría accidentes”. Pero, en el caso que acabo de describir, disponemos de pruebas positivas que demuestran que así *se han poblado* las islas. Sus productos son todo lo diversos que se podría esperar de un origen tal, y partir del supuesto de que han formado parte de Australia o Java introduciría dificultades totalmente gratuitas que harían imposible explicar las curiosas relaciones que el grupo de animales más conocido (las aves) manifiesta. Por otra parte, la profundidad de los mares circundantes, la forma de los bancos sumergidos y la naturaleza volcánica de la mayor parte de las islas apuntan a un origen independiente.

Antes de concluir quiero hacer una observación para evitar que se malinterprete. Cuando digo que Timor nunca ha formado parte de Australia me refiero únicamente a épocas geológicas recientes. En el secundario o incluso en el eoceno o mioceno, puede ser que Timor y Australia estuvieran conectadas; pero si así fue, se ha perdido toda huella de esa unión en la inmersión que siguió a aquellas épocas, y para explicarnos los actuales habitantes terrestres de cualquier territorio tenemos que tomar en cuenta únicamente aquellos cambios que han tenido lugar a partir de la última elevación sobre las aguas. Desde la última elevación, estoy seguro de que Timor no ha formado parte de Australia.

CUARTA PARTE

EL GRUPO CÉLEBES

XXI. CÉLEBES I

(Macasar, septiembre-noviembre, 1856)

PARTÍ de Lombok el 30 de agosto y llegué a Macasar en tres días. Sentí una gran satisfacción cuando puse el pie en una playa que había estado tratando en vano de alcanzar desde febrero y donde esperaba encontrar muchas cosas nuevas e interesantes.

La costa de esta parte de Célebes es baja y llana, con una línea de árboles y aldeas que ocultan el interior, salvo en claros ocasionales que dejan ver una vasta extensión de campos de arroz pelados y cenagosos. Al fondo se divisan unas cuantas colinas de escasa altura, pero, a causa de la neblina perpetua que hay durante esta época del año, no pude distinguir en ningún lugar la alta cadena central de la península ni el famoso pico de Bontyne en su extremo meridional. En el fondeadero de Macasar había una bella fragata con cuarenta y dos cañones, navío de guardia de la plaza, así como un pequeño vapor de guerra y tres o cuatro guardacostas que se utilizan para ir a la caza de los piratas que infestan estos mares. Había también buques mercantes aparejados y veinte o treinta praos nativos de varios tamaños. Yo llevaba cartas de presentación para un caballero holandés, Mesman, y también para un tendero danés. Ambos hablaban inglés y me prometieron ayuda para encontrar un alojamiento adecuado a mis propósitos. Hasta encontrarlo, fui a una especie de club a falta de hotel en el lugar.

Macasar era la primera ciudad holandesa que visitaba y me pareció más bonita y limpia que cualquiera de las que había visto hasta entonces en el Oriente. Los holandeses tienen algunos reglamentos locales dignos de admiración. Se han de mantener blanqueadas todas las casas europeas y, a las cuatro de la tarde, todo individuo ha de regar la parte de la calle que da frente a su casa. Las calles están limpias de cualquier desecho y hay desagües cubiertos que acarrean todas las impurezas a grandes alcantarillas abiertas en las que entra la marea cuando el agua está alta y permite que el drenaje fluya al descender, llevándose consigo todo al mar. La ciudad consiste básicamente en una calle estrecha y larga que transcurre a lo largo de la playa; está dedicada a comercios y la ocupan principalmente los almacenes y despachos de comerciantes holandeses y chinos y las tiendas indíge-

nas o bazares. Se extiende hacia el norte más de kilómetro y medio y poco a poco se va perdiendo entre las casas de los nativos, con frecuencia muy pobres, pero calculadas para que tengan una apariencia pulcra, pues están construidas siguiendo exactamente la línea recta de la calle y en general tienen árboles frutales en la parte posterior. La calle está casi siempre atestada de una población nativa de bugis y hombres de Macasar, quienes visten pantalones de algodón de unos 30 centímetros de largo, que les cubren sólo desde la cadera hasta mitad del muslo, y el *sarong* malayo universal, paño de colores muy vivos que se lleva enrollado a la cintura o sobre los hombros de muchas maneras diferentes. Paralelas a esta calle hay otras dos más cortas que forman la antigua ciudad holandesa y están cercadas con verjas. En general son casas particulares y en el extremo sur están el fuerte, la iglesia y un camino en ángulo recto hacia la playa, donde están las casas del gobernador y de los principales funcionarios. Después del fuerte y a lo largo de la playa, hay otra calle larga con chozas nativas y muchas casas de campo de los comerciantes y mercaderes. Los campos de arroz se extienden por todo alrededor y en aquella época estaban secos, desnudos y asquerosos, cubiertos de rastros polvorientos y hierbajos. Unos meses atrás eran una extensión de verdor y el aspecto estéril que tenían en esta estación contrastaba mucho con las cosechas perpetuas del mismo tipo de terreno en Lombok y Bali, donde las estaciones son exactamente las mismas que aquí pero donde un elaborado sistema de riego produce el efecto de una eterna primavera.

El día después de mi llegada hice una visita de ceremonia al gobernador, acompañado por mi amigo el mercader danés, que hablaba un inglés excelente. Su excelencia estuvo muy cortés y me ofreció todas las facilidades para viajar por el territorio y proseguir mis investigaciones en historia natural. Conversamos en francés, idioma que todos los funcionarios holandeses hablan muy bien.

Como me resultaba muy incómodo y caro quedarme en la ciudad, al cabo de una semana me trasladé a una casita de bambú que amablemente me ofreció Mesman. Estaba situada a unos tres kilómetros de distancia en una pequeña plantación de café y una granja, y a poco más de kilómetro y medio de la casa de campo de Mesman. Consistía en dos habitaciones elevadas unos dos metros sobre el suelo y la parte inferior era abierta —lo cual era excelente para desollar pájaros en ella—, y otra parte se utilizaba como granero de arroz. Había cocina y otras dependencias en la parte exterior y varias casitas de campo que ocupaban los empleados de Mesman.

A los pocos días de haberme instalado en mi nueva casa, descubrí que no podría hacer ninguna colección si no me adentraba bastante en el campo. En algunos

kilómetros a la redonda, los arrozales parecían los rastrojos a fines de otoño en Inglaterra y no producían prácticamente ninguna ave ni insecto. Por los alrededores había esparcidas algunas aldeas nativas tan envueltas por árboles frutales que, a cierta distancia, parecían manchones o retazos de selva. Éstos eran mis únicos lugares de recolección, pero producían un número limitado de especies y pronto se agotaron. Antes de que pudiera trasladarme a cualquier otra zona prometedora necesitaba conseguir el permiso del rajá de Goa, cuyos territorios llegan hasta tres kilómetros de la ciudad de Macasar. Me presenté en la oficina del gobernador y solicité una carta para el rajá pidiéndole protección y permiso para viajar por sus territorios siempre que así deseara hacerlo. Se me concedió inmediatamente y enviaron conmigo a un mensajero especial que portaba la carta.

Mi amigo Mesman me prestó muy amablemente un caballo y me acompañó en mi visita al rajá, de quien era muy amigo. Encontramos a su majestad sentado al aire libre vigilando la construcción de una nueva casa. Estaba desnudo de la cintura para arriba y sólo vestía los usuales pantalones cortos y el *sarong*. Nos sacaron dos sillas para que nos sentáramos, pero todos los jefes y los demás nativos estaban sentados en el suelo. El mensajero, en cucullas a los pies del rajá, sacó la carta que estaba cosida a un sobre de seda amarilla. Se la alcanzaron a uno de los funcionarios importantes, quien la desgarró para abrirla y se la dio al rajá, que la leyó y después se la mostró a Mesman, quien habla y lee el idioma de Macasar con fluidez y explicó todo lo que yo necesitaba. Se me concedió permiso de inmediato para ir a donde quisiera en sus territorios de Goa, pero el rajá deseaba que, si quería quedarme un cierto tiempo en un lugar, le avisara primero a él para que pudiera enviar a alguien y cuidara que no se me hiciera ningún daño. Después nos trajeron vino y más tarde un café detestable y unas confituras deleznales. Es un hecho que nunca he probado buen café en los lugares donde se cultiva.

Aunque estábamos en plena estación de sequía y soplaba todo el día un viento agradable, no era para nada una época salubre del año. Mi muchacho Alí apenas había estado un día en la playa cuando lo atacó la fiebre, cosa que me incomodó mucho, pues en la casa en que vivía no se podía conseguir ningún alimento fuera de las horas de comida. Después de haber curado a Alí y conseguido con muchas dificultades otro criado para que me cocinara, tan pronto como acababa de instalarme en mi morada campestre, este último fue atacado por la misma dolencia y, como tenía esposa en la ciudad, me abandonó. Apenas se había ido, caí enfermo con una fuerte fiebre intermitente cada tercer día. Tardé en recuperarme como una semana gracias a que ingerí grandes dosis de quinina, y, cuando

apenas podía sostenerme en mis piernas, Allí se puso peor que nunca. La fiebre lo atacaba a diario, pero temprano en la mañana se sentía bastante bien y podía cocinarme comida suficiente para todo el día. En una semana lo curé y conseguí también otro muchacho que sabía cocinar y cazar y no puso ningún obstáculo a viajar por el interior. Se llamaba Baderoon, no estaba casado y sí habituado a una vida errante, pues había hecho varios viajes al norte de Australia a capturar cohombro de mar o *bêche-de-mer*, y tenía esperanzas de lograr que se quedara conmigo. Encontré también a un pillastre descarado de unos 12 o 14 años que hablaba un poco de malayo, me llevaba el rifle o la red para insectos y en general era útil. Para entonces, Allí ya se había convertido en un buen desollador de aves, así que estaba bien provisto de criados.

Hice muchas excursiones al interior en busca de un buen lugar para coleccionar aves e insectos. Algunas de las aldeas a ciertos kilómetros hacia el interior están diseminadas por un terreno boscoso, que fue selva virgen pero cuyos árboles han sido sustituidos por frutales y, en especial, por la gran palmera *Arenga saccharifera*, de la que se saca vino y azúcar, y produce también una resistente fibra negra que se usa como cordaje. Este elemento tan necesario, el bambú, abunda también en plantaciones. En este tipo de lugares hallé bastantes aves, entre las que se encontraba el bello palomo color crema *Carpophaga luctuosa*, y la rara carraca de Célebes, *Coracias temminckii*, que emite un sonido muy discordante, generalmente va en pares y vuela de árbol en árbol, y cuando está en reposo tiene ese aspecto pasmado y esas sacudidas de la cabeza y la cola tan características del gran grupo de fisirros-tros al que pertenece. Teniendo en cuenta sólo esta costumbre, una persona que los hubiera observado en estado de naturaleza y no hubiera tenido nunca la oportunidad de examinar su forma y su estructura con detalle puede que hubiera incluido en el mismo grupo a los alciones, abejarucos, pichones, trogones y a los frailecillos de Sudamérica. En esas plantaciones miles de cuervos, algo más pequeños que nuestra corneja, sostienen un graznido continuo; las peculiares golondrinas de bosque (*Artamus*), que se parecen mucho a las golondrinas en costumbres y vuelo, pero difieren en forma y estructura, gorjean desde las copas de los árboles, mientras que un alcaudón de cola de lira, brillante plumaje negro y ojos blancos como la leche, engaña continuamente al naturalista con la variedad de sus melodiosas notas.

En las zonas más umbrías abundaban bastante las mariposas. Las más comunes eran las especies *Euploea* y *Danaïs*, que frecuentan plantíos y la maleza y, como su vuelo es muy débil, son fáciles de capturar. Una de las que más asombro me causó fue una hermosa mariposa azul pálido y negra que revolotea cerca del suelo en los matorrales y se posa a veces en flores; casi igual de sorprendente era

otra con una banda de color anaranjado vivo sobre fondo negruzco; ambas pertenecen a las Pieridae, grupo que abarca también nuestras mariposas blancas comunes, aunque difieran tanto de las otras en apariencia. Ambas especies eran nuevas para los naturalistas europeos.¹ De vez en cuando prolongaba mis paseos algunos kilómetros más hasta el único retazo de verdadera selva que pude encontrar, acompañado de mis dos muchachos con rifles y red para insectos. Solíamos partir temprano y llevábamos el desayuno con nosotros para comerlo en cualquier lugar con sombra y agua. En estas ocasiones, mis muchachos de Macasar ponían una porción diminuta de arroz y carne o pescado en una hoja, que colocaban sobre una piedra o una cepa en ofrenda a la deidad del lugar. Porque, aunque nominalmente mahometanos, los habitantes de Macasar conservan muchas supersticiones paganas y son bastante laxos en sus observancias religiosas. Ciertamente detestan el puerco, pero no rechazan el vino cuando se les ofrece y consumen inmensas cantidades de *sagueir* o vino de palma, tan embriagante como la cerveza o la sidra ordinarias. Cuando está bien elaborado es una bebida muy refrescante, y con frecuencia tomábamos un trago en algunos de los pequeños cobertizos dignificados con el nombre de bazares que se esparcen por todo el territorio allí donde hay algo de tránsito.

Un día Mesman me habló de una extensión grande de selva a la que él había ido a veces a cazar ciervos, pero me aseguró que estaba muy lejos y que no había aves. No obstante, decidí explorarla y a las cinco de la mañana siguiente iniciamos el camino con nuestro desayuno y algunas otras provisiones con intención de quedarnos a pasar la noche en una casa en los lindes del bosque. Para asombro mío, en dos horas de arduo camino llegamos a la casa y obtuvimos permiso para pasar la noche. Después seguimos caminando, Alí y Baderoon, cada uno con su rifle, Baso con las provisiones y la caja para insectos, y yo sólo con la red y la botella de recolección resuelto a dedicarme plenamente a los insectos. Apenas habíamos penetrado en la selva cuando encontré unos bellos gorgojos pequeños, de color verde y punteados de oro parientes del género *Pachyrhynchus*, grupo que está casi confinado a las Filipinas y es bastante desconocido en Borneo, Java o Malaca. El camino era umbrío, estaba hollado por pisadas de caballos y ganado, y no tardé en obtener unas mariposas que no había encontrado hasta entonces. Pronto se escucharon un par de disparos, llegué hasta donde estaban los muchachos y encontré que habían cazado dos especímenes de uno de los cuclillos más finos que se conozcan, *Phoenicophaus callirhynchus*. El ave deriva su

¹ La primera ha recibido el nombre de *Eronia tritaea*; la segunda, *Tachyris ithome*.

nombre de un largo pico coloreado de un amarillo brillante, rojo y negro en más o menos las mismas proporciones. La cola es sumamente larga y de un bello morado metálico, en tanto que el plumaje del cuerpo es café claro. Es uno de los pájaros característicos de Célebes, a las que está confinado.

Después de vagar unas dos horas llegamos a un pequeño río, pero tan profundo que los caballos sólo lo podían cruzar a nado, así que tuvimos que regresar. Pero, como empezábamos a tener hambre y el agua del río, casi estancado, era demasiado lodosa para beber, nos dirigimos a una casa que se encontraba a unos cientos de metros del lugar. En la plantación vimos una pequeña choza elevada que nos pareció excelente para nuestro desayuno, y, cuando entré, encontré a una mujer joven con un recién nacido. Me alcanzó una jarra de agua, pero parecía muy asustada. No obstante, me senté en el umbral de la puerta y pedí las provisiones. Al dárme las, Baderoon vio al niño y regresó como si hubiera visto una serpiente. Me di cuenta de inmediato de que era una choza en la que —lo mismo que los dayaks en Borneo y muchas otras tribus salvajes— recluyen a las mujeres durante cierto tiempo después del nacimiento de un hijo y que habíamos hecho muy mal de entrar en ella. De modo que nos fuimos y pedimos permiso para desayunar en la mansión familiar cercana, permiso que por supuesto nos concedieron. Mientras comía, tres hombres, dos mujeres y cuatro niños observaban cada uno de mis movimientos y no me quitaron los ojos de encima hasta que terminé.

Camino de regreso en pleno día, tuve la buena suerte de capturar tres especímenes de la bella *Ornithoptera*, la mayor, más perfecta y más hermosa de las mariposas. Cuando saqué la primera de la red temblaba de emoción, y la encontré en perfecto estado. El color tierra de este espléndido insecto era un negro vivo brillante y bronceado, las alas inferiores delicadamente moteadas de blanco y bordeadas por una hilera de puntos grandes de un amarillo muy brillante y satinado. Tenía el cuerpo con marcas sombreadas de blanco, amarillo y anaranjado ígneo, y la cabeza y el tórax de un negro muy oscuro. Por la parte de abajo, las alas inferiores eran blanco satinado, en tanto que los puntos al borde eran mitad negros y mitad amarillos. Contemplé mi trofeo con sumo interés, pues al principio pensé que se trataba de una especie bastante nueva. No obstante, resultó ser una variedad de la *Ornithoptera remus*, una de las especies más raras y extraordinarias de este grupo tan apreciado. Obtuve además otros ejemplares de mariposas nuevas y bonitas. Cuando llegamos a nuestro alojamiento estaba bastante impaciente respecto a mis tesoros de insectos; colgué la caja de un bambú en el que no vi ninguna señal de hormigas y comencé a desollar algunas aves. Mientras trabajaba vigilaba con frecuencia mi valiosa caja para cuidar que no llegara ningún

intruso, hasta que, después de un turno de trabajo más largo de lo usual, miré de nuevo y vi con horror que una columna de pequeñas hormigas rojas descendía por el cordel y entraba en la caja. Estaban ya muy ocupadas trabajando en los cuerpos de mis tesoros y en media hora más hubieran llegado a destruir mi colección de aquel día. Tuve que sacar cada uno de los insectos, limpiarlos a fondo, lo mismo que la caja, y buscar un lugar seguro para guardarlos. Como único medio eficaz pedí un plato y una palangana a mi anfitrión, llené el primero de agua y puse la vasija en él con la caja encima; así pude sentirme seguro en la noche. Unos centímetros de agua o aceite son la única barrera que esta plaga no puede cruzar.

Al regresar a Mamájam, que era el nombre de mi casa, tuve una leve recaída de fiebre intermitente que me obligó a no salir algunos días. Tan pronto me recuperé, fui de nuevo a Goa acompañado por Mesman para pedirle al rajá que me ayudara a conseguir a alguien que me construyera una casita cerca de la selva. Encontramos al rajá en una pelea de gallos bajo un cobertizo cerca de su palacio; la abandonó de inmediato para recibarnos y caminó con nosotros por una rampa de tablones que hacía las veces de escalera para subir a su casa. Ésta era espaciosa, bien construida y de techo alto, con suelo de bambú y ventanas de vidrio. La parte más amplia parece que era un vestíbulo dividido por los postes de soporte. Cerca de una ventana estaba la reina en cucullas sobre un sillón de madera tosca; masticaba el eterno sirih y nuez de betel; tenía una escupidera al lado y una caja de betel enfrente listas para atender sus necesidades. El rajá tomó asiento frente a ella en un sillón similar y un muchachito en cucullas a su lado le alcanzaba una escupidera y una caja de sirih similares. Nos trajeron dos sillas. Varias muchachas, algunas de las hijas del rajá y otras esclavas estaban de pie por la habitación; algunas trabajaban en bastidores tejiendo *sarong*, pero la mayoría estaban ociosas.

Aquí tendría que extenderme —siguiendo el ejemplo de casi todos los viajeros— en una ardiente descripción de los encantos de esas damiselas, las elegantes ropas que visten y los adornos de oro y plata con que se adornan. La blusa o blusón de gasa color púrpura encajaría bastante bien en este tipo de descripción, pues permite que se transparenten los palpitantes senos, en tanto que una podría lanzar una profusión de “ojos centelleantes”, “cabellos de azabache” y “diminutos pies”. Pero ¡ay!, en aras de la verdad, no vaya a disertar expresando demasiada admiración sobre estos temas, pues tengo la firme decisión de transmitir una imagen real de las gentes y los lugares que visito. Ciertamente es que las princesas eran bastante bellas, pero ni sus personas ni su indumentaria tenían un aspecto fresco

y limpio, cualidades sin las que ningún otro encanto se puede contemplar con gusto. Todo tenía un aspecto deslucido y marchito muy desagradable y poco majestuoso para una mirada europea. Lo único que me provocó cierto grado de admiración fueron los modales silenciosos y dignos del rajá y el gran respeto que siempre le guardaban. Nadie puede permanecer erecto en su presencia, y cuando toma asiento todos los presentes —a excepción, por supuesto, de los europeos— se arrodillan en el suelo. El lugar más alto es literalmente el lugar de honor y símbolo de rango para estas gentes. Las normas al respecto son tan inflexibles que cuando llegó un carruaje que el rajá de Lombok había encargado a Inglaterra no se encontró manera de poderlo usar, porque el asiento del conductor era el más alto y lo guardaron como un espectáculo en la cochera. Al decirle el objeto de mi visita, el rajá respondió en seguida que ordenaría vaciar una casa para que yo la ocupara, mejor solución que construir una que tomaría mucho tiempo. Lo mismo que en ocasiones anteriores, nos ofrecieron un mal café y desagradables confituras.

Dos días después, fui a ver al rajá para pedirle que enviara un guía que me condujera a la casa que iba a ocupar. Ordenó de inmediato que enviaran a un hombre, le dio instrucciones y en unos minutos estábamos en camino. Mi conductor no hablaba malayo, así que caminamos en silencio una hora cuando llegamos a una casa de aspecto bastante bueno y me ofrecieron asiento. Era la vivienda del jefe de la zona, y en una media hora más iniciamos de nuevo otra hora de camino hasta que llegamos a la aldea en la que me iba a alojar. Fuimos a la residencia del jefe, quien conversó un rato con mi guía. Empezaba a sentirme cansado y pedí que me mostraran la casa que me habían preparado, pero la única respuesta que pude obtener fue: “Espere un poco”, y continuaron hablando como hasta entonces. Les dije que no podía seguir esperando y que quería ver la casa para después irme de cacería a la selva. Esto pareció alterarlos bastante y, al cabo de un rato, al responder a las preguntas, muy precariamente interpretadas por uno o dos de los presentes que hablaban algo de malayo, resultó que no había ninguna casa preparada y nadie parecía tener la menor idea de cómo conseguirla. Como ya no quería molestar más al rajá, pensé que lo mejor sería tratar de asustarlos un poco. Así que les dije que, si no me conseguían inmediatamente una casa como había ordenado el rajá, regresaría y le presentaría mis quejas, pero que si me la encontraban pagaría por su uso. Conseguí el efecto deseado y uno de los hombres principales de la aldea me dijo que lo acompañara a buscar una casa. Me mostró una o dos de lo más miserables y ruinosas que rechacé de inmediato diciéndole: “Necesito una buena casa y cerca de la selva”. La siguiente que me

mostró era muy adecuada y le dije que se encargara de vaciarla para el día siguiente porque al otro vendría a ocuparla.

El día mencionado, como todavía no estaba preparado para trasladarme, envié a mis dos muchachos de Macasar con escobas para que la barrieran bien. Regresaron en la tarde y me dijeron que, cuando llegaron, la casa estaba habitada y no habían sacado nada de lo que había en ella. No obstante, al enterarse de que habían llegado a limpiarla y tomar posesión de ella, los ocupantes empezaron a hacer algún movimiento, pero refunfuñando mucho, lo cual hizo que me sintiera incómodo respecto a cómo tomaría la gente mi intrusión en su aldea. A la mañana siguiente tomamos el equipaje y, después de algunas paradas imprevistas, llegamos a nuestro destino hacia el mediodía.

Después de ordenar mis cosas y de una apresurada comida, decidí hacerme amigo de la gente en la medida de lo posible. Envié a buscar al propietario de la casa y a todos los amigos suyos que quisieran venir para tener una *bitchara* o plástica. Cuando se hubieron sentado todos, les di un poco de tabaco y, con mi muchacho Baderoon como intérprete, traté de explicarles las razones de mi estancia en el lugar; sentía mucho haberlos tenido que sacar de su casa, pero era lo que el rajá había ordenado en vez de construirme una que es lo que yo quería, y después puse cinco rupias de plata en las manos del propietario a modo de renta por un mes. Después les aseguré que mi estancia allí iba a ser en beneficio de todos ellos porque les iba a comprar huevos, gallinas y fruta; y que, si sus hijos me traían caracoles e insectos, de los que les mostré algunos ejemplares, ellos también ganarían muchas monedas de cobre. Después de haberles explicado todo esto, con una larga charla y discusión entre frase y frase, me di cuenta de que había causado una impresión favorable y, aquella misma tarde, como para comprobar la promesa que les había hecho de comprarles hasta deleznables conchas de caracol, llegaron una docena de niños, uno tras otro, trayéndome algunos caracoles cada uno de pequeños *Helix*, por los que recibieron debidamente sus “monedas de cobre”, con las que partieron regocijados y asombrados.

En unos cuantos días de exploración conocí bien los alrededores. Estaba a bastante distancia del camino en la selva que había visitado la primera vez y alrededor de la casa todo eran claros de selva y casitas de campo. Encontré excelentes mariposas, pero los escarabajos eran escasos y ni siquiera la madera podrida ni los árboles recién caídos —en general tan productivos— producen en este lugar algo de interés. Esto me hizo comprender que no había una extensión suficiente de selva en las cercanías como para que valiera la pena una larga estancia en el lugar, pero ya era demasiado tarde para pensar en ir más lejos, ya que en aproxi-

madamente un mes empezaba la estación de lluvias; de modo que decidí quedarme y obtener lo que se pudiera. Desafortunadamente, a los pocos días caí enfermo con una fiebre baja que me producía una excesiva fatiga y aversión a cualquier esfuerzo. Traté por todos los medios de sacármela de encima; pero todo lo que podía hacer era pasear cada día una hora por las huertas cercanas y hasta el pozo, donde a veces había insectos bastante buenos. El resto del día esperaba tranquilamente en casa y recibía todos los escarabajos y conchas que mi pequeño batallón de recolectores me traía a diario. Atribuí mi enfermedad principalmente al agua que se extraía de pozos poco profundos, a cuyo alrededor casi siempre había una ciénaga estancada en la que se revolcaban los búfalos. Cerca de mi casa había un lodazal cercado en donde encerraban a tres búfalos todas las noches y sus efluvios penetraban libremente a través del suelo de bambú abierto. Allí, mi muchacho malayo, contrajo la misma enfermedad y, como era mi principal desollador, yo continué muy lentamente con mis colecciones.

Las ocupaciones y el modo de vida de los habitantes de la aldea diferían muy poco de los de las demás razas malayas. Las mujeres ocupaban casi todo su tiempo en moler y limpiar el arroz de uso diario, acarrear leña y agua a la casa, y limpiar, teñir, hilar y tejer el algodón nativo en *sarongs*. Tejen en el bastidor de tipo más simple extendido sobre el suelo y es un proceso muy lento y tedioso. Para formar el tejido a cuadros de uso común, han de estirar por separado a mano cada madeja de hilos de diferente color y pasar a través de ellos la lanzadera, de modo que avanzan cada día unos dos centímetros en un tejido de metro y medio de anchura. Los hombres cultivan un poco de sirih —la picante hoja de pimienta que se usa para masticar con la nuez de betel— y unas cuantas hortalizas; una vez al año aran toscamente una pequeña parcela de tierra con sus búfalos y plantan arroz, planta que casi no requiere de cuidado hasta el tiempo de la cosecha. De vez en cuando tienen que atender a las reparaciones de sus casas y hacen esteras, canastos u otros utensilios domésticos, pero la mayor parte del tiempo la pasan ociosos.

En la aldea nadie sabía más de unas cuantas palabras en malayo y casi ninguno de ellos había visto antes a un europeo. Una consecuencia muy desagradable de lo anterior es que yo despertaba terror tanto en hombres como en animales. Por donde pasaba, los perros ladraban, los niños chillaban, las mujeres huían y los hombres me escrutaban como si fuera un extraño y terrible monstruo caníbal. Hasta los caballos de carga que encontraba por caminos y sendas se apartaban al verme y corrían a refugiarse en la selva. Y en lo que concierne a estos espantosos y horrendos brutos, los búfalos, nunca dejaron que me acercara a ellos; y no lo

hice, no por lo que le pudiera pasar a mi persona sino a la de los demás. Primero alargaban el cuello y se quedaban mirándome y después, cuando estaba más cerca, se soltaban de los ronzales o de las trabas de las patas y huían atropelladamente como si los persiguiera el demonio, sin miramiento alguno por lo que se hallara a su paso. Cuando encontraba búfalos acarreado bultos en alguna vereda o conducidos de regreso a la aldea, me tenía que retirar a un lado o meterme en la selva para esconderme hasta que pasaran y evitar así una catástrofe que hubiera aumentado el disgusto que mi presencia ya provocaba. Todos los días regresaban a los búfalos a la aldea al mediodía y los amarraban con una soga en las patas debajo de alguna sombra cerca de las casas y entonces tenía que ir arrastrándome como un ladrón por caminos poco frecuentados, porque eran imprevisibles los desatinos que podían cometer con niños y casas si hubiera caminado entre ellos. Si aparecía de repente en un pozo cuando las mujeres estaban sacando agua o los niños tomando un baño, el resultado era siempre una fuga repentina de todos los presentes. Este tipo de reacciones día tras día eran muy desagradables para una persona a la que no le gusta desagradar y no está acostumbrada a que la traten como si fuera un ogro.

A mediados de noviembre, como mi salud no mejoraba y aves, insectos y conchas eran muy escasos, decidí regresar a Mamájam y empacar mis colecciones antes de que comenzaran las lluvias. El viento del oeste ya había empezado a soplar y había muchos indicios de que la estación de lluvias iba a comenzar antes de lo acostumbrado, y entonces todo se empapa hasta el punto de que es casi imposible secar las colecciones. Mi amigo Mesman me prestó de nuevo sus caballos de carga con gran amabilidad y, con ayuda de unos cuantos hombres que acarrearón mis aves e insectos, que a mí no me gustaba confiar a los lomos de los caballos, todo llegó a salvo a casa. Pocos pueden imaginar el lujo que representó para mí tumbarme en un sofá y tomar cómodamente una sopa, sentado a la mesa en mi mecedora de bambú después de cinco semanas de haber comido siempre incómodo en el suelo. Este tipo de cosas son bagatelas cuando se está sano, pero cuando el cuerpo se siente debilitado por la enfermedad los hábitos de toda una vida no se pueden dejar tan fácilmente de lado.

Mi casa, como todas las estructuras de bambú en este país, era inclinada porque los fuertes vientos del oeste de la estación húmeda desplazan todos los postes de la perpendicular, hasta el punto de que llegué a pensar que cualquier día se derrumbaría. Algo notable es que los nativos de Célebes no hayan descubierto el uso de los puntales en diagonal para reforzar las construcciones. Dudo que haya alguna casa nativa en el campo y expuesta al viento que al cabo de dos años se

mantenga derecha, y esto no es de extrañar, ya que consisten meramente en postes y viguetas, todas colocadas rectas u horizontales y unidas toscamente con ratán. Están en todas las etapas posibles del proceso de desplomarse, desde la primera y leve inclinación hasta declives tan peligrosos que se convierten en advertencia para que sus habitantes las desalojen.

Los genios en mecánica del país han descubierto únicamente dos modos de remediar el mal. Uno consiste en, después de que ha comenzado a inclinarse, amarrar la casa a un poste clavado en la tierra del lado hacia el que sopla el viento mediante un cable de ratán o bambú. El otro es preventivo, pero es un misterio cómo es que lo idearon y no descubrieron el realmente eficaz. Se trata de construir la casa del modo habitual, pero en vez de que todos los soportes principales sean postes rectos, escogen dos o tres lo más curvos posibles. Había visto muchas veces estos postes curvos en las casas, pero lo achacaba a la escasez de madera buena y recta, hasta que un día encontré a un hombre que acarreaba un poste de forma similar a la pata trasera de un perro y le pregunté al muchacho nativo que me acompañaba para qué utilizaban un pedazo de madera así.

—Para hacer un pilar para una casa —me dijo.

—Pero ¿por qué no consiguen uno derecho si hay muchos por aquí? —pregunté.

—Oh, prefieren que haya alguno así en la casa porque de este modo no se cae —replicó, atribuyendo sin duda el efecto a alguna propiedad oculta de la madera torcida. Un poco de reflexión y un diagrama mostraría, sin embargo, que el efecto que se atribuye al pilar deformado puede estar de hecho producido por él mismo. Un verdadero cuadrado cambia fácilmente su figura en otra, romboide u oblicua, pero cuando uno o dos de los lados verticales se doblan o inclinan y están uno frente al otro, se produce el efecto de un puntal, sólo que muy tosco y ordinario.

Pocos días antes de dejar Mamájam, la gente había sembrado una buena cantidad de maíz que empieza a asomar en la tierra en dos o tres días y en las temporadas favorables madura en menos de dos meses. Cuando regresé, debido a una semana de lluvias prematuras, el terreno estaba inundado y las plantas que ya empezaban a espigar estaban amarillas y muertas. No se obtendría ni un solo grano en toda la aldea, pero afortunadamente se trata únicamente de un lujo, no de un producto básico. La lluvia era la señal de que había que empezar a arar las tierras para sembrar arroz en todas las planicies entre la aldea y la ciudad. El arado que utilizan es un tosco instrumento de madera con un solo mango muy corto, una reja bastante bien moldeada y la punta, que consiste en un pedazo de madera

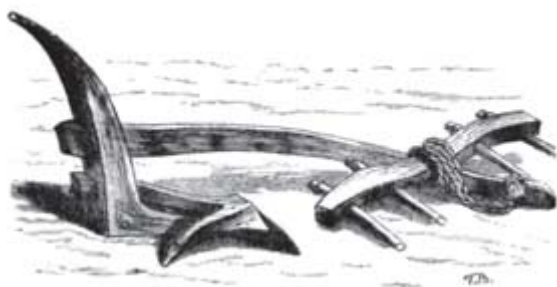


FIGURA XXI.1. Arado y yugo de madera nativo, Macasar. Dibujado en madera por Baines, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.

resistente fijada con cuñas. El arado lo arrastran uno o dos búfalos a paso muy lento. La semilla se siembra al vuelo y utilizan un burdo rastrillo de madera para nivelar la superficie.

A comienzos de diciembre, la estación regular de lluvias ya había iniciado. Los vientos del oeste y las impetuosas lluvias a veces no cesan durante varios días; los campos en varios kilómetros a la redonda se inundan y patos y búfalos disfrutan de un modo sorprendente. En todo el camino que va a Macasar se araba todos los días entre el lodo y el agua, por los que el arado de madera se abre fácilmente camino; el hombre que lo conduce agarra el mango con una mano y en la otra lleva un largo bambú que le sirve para guiar a los búfalos. Estos animales necesitan mucho impulso para echarse a andar y hay que incitarlos con una serie de exclamaciones continuas; en diferentes tonos y en secuencia ininterrumpida se oye “¡Oh! ¡Ah! ¡Gii! ¡Ugh!” a lo largo del día. En la noche nos acompañaba otro tipo de concierto. El terreno seco que rodeaba la casa se había convertido en un lodazal invadido de ranas que no cesaban de emitir un ruido increíble desde el crepúsculo hasta el amanecer. Tenían cierta musicalidad, pues mantenían una nota profunda y vibrante, muy semejante al sonido de afinación de dos o tres violoncelos en una orquesta. En Malaca y Borneo nunca oí este tipo de sonidos, lo cual indica que las ranas, como la mayoría de los animales en Célebes, son especies peculiares de esta isla.

Mi afable amigo y casero, Mesman, era un buen ejemplar de holandés nacido en Macasar. Tenía unos 35 años, una familia numerosa y vivía en una casa amplia cerca de la ciudad, situada en medio de una arboleda de frutales y rodeada por un laberinto de oficinas, establos y casitas de campo nativas que ocupaban sus numerosos criados, esclavos o empleados. Él se levantaba normalmente

antes de salir el sol y, después de tomar una taza de café, atendía a sus criados, veía cómo estaban sus caballos y sus perros, hasta las siete, cuando un sustancioso desayuno de arroz y carne le esperaba en la fresca veranda. Se vestía con un traje de lino blanco recién lavado y conducía en su calesa a la ciudad, donde tenía un despacho con dos o tres empleados chinos que cuidaban de sus negocios. Era comerciante de café y opio. Tenía una plantación de café en Bontyne y un pequeño prao que navegaba a las islas orientales, cerca de Nueva Guinea, en busca de madreperla y carey. Hacia la una regresaba a casa y tomaba café y pastel o plátano frito, no sin antes cambiar su indumentaria por una camisa y un pantalón de algodón de colores y descalzarse. Después tomaba una siesta leyendo un libro. Hacia las cuatro, después de una taza de té, paseaba por sus dependencias y generalmente llegaba caminando hasta Mamájam para hacerme una visita y cuidar sus propiedades.

La finca consistía en una plantación de café y un huerto de árboles frutales, una docena de caballos y una veintena de cabezas de ganado, con un pequeño poblado de esclavos timorese y criados de Macasar. Una familia cuidaba el ganado y abastecía de leche a la casa, además de traerme cada mañana un gran vaso, uno de mis mayores lujos. Otros se encargaban de los caballos, a los que encerraban todas las tardes y alimentaban con hierba cortada. Otros tenían que cortar la hierba para los caballos de su amo en Macasar, tarea no muy fácil en la estación de secas cuando el territorio parece barro cocido; tampoco es fácil en la estación de lluvias cuando todo está inundado varios kilómetros a la redonda. Cómo la conseguían me resultaba un misterio, pero sabían que era necesaria y la encontraban. Una mujer coja tenía a su cargo una manada de patos. Los llevaba dos veces al día a comer a lugares cenagosos, los dejaba revolcarse y engullir una o dos horas y después regresaba a la finca y los encerraba en un cobertizo pequeño y oscuro para que digirieran bien su comida; de ahí que ocasionalmente dejaran escapar un graznido de melancolía. Todas las noches se montaba una guardia, sobre todo por los caballos, porque los habitantes de Goa, a escasos tres kilómetros de distancia, eran ladrones reconocidos y los caballos constituían un botín fácil y valioso. Esto me permitía dormir completamente seguro, aunque en Macasar mucha gente creía que estaba corriendo un gran riesgo al vivir solo en un lugar tan solitario y con tan malos vecinos.

Mi casa estaba rodeada por un profuso seto de rosas, jazmines y otras flores y todas las mañanas una de las mujeres reunía un canasto lleno para la familia de Mesman. Yo solía tomar un par para mi mesa de desayuno; durante mi estancia nunca falló el abastecimiento y supongo que siempre es así. Casi cada domingo

Mesman iba de cacería con su hijo mayor, un muchacho de 15 años, y en general yo los acompañaba. Porque, aunque los holandeses son protestantes, no observan el domingo de modo tan rígido como en Inglaterra y en las colonias inglesas. El gobernador del lugar tenía una recepción pública todos los domingos por la tarde y el entretenimiento habitual consistía en jugar a las cartas.

El 13 de diciembre me embarqué en un prao con destino a las islas de Aru, viaje que describiré en la última parte de este libro.

A mi regreso, después de una ausencia de siete meses, visité otro distrito al norte de Macasar que constituye el tema del próximo capítulo.

XXII. CÉLEBES II

(Macasar, julio-noviembre, 1857)

LLEGUÉ de nuevo a Macasar el 11 de julio y me instalé en mi antiguo lugar para clasificar, ordenar, limpiar y empacar mis colecciones de Aru. Todo esto me ocupó un mes y, después de enviarlas por barco a Singapur, hacer que repararan mis rifles y recibir uno nuevo de Inglaterra junto con una provisión de alfileres, arsénico y otros requisitos del coleccionista, comencé a sentirme impaciente por reanudar el trabajo y tuve que decidir dónde emplear mi tiempo hasta el fin de año. Hacía siete meses que dejara Macasar hecho una ciénaga y todo inundado, con la gente arando la tierra y en plenos preparativos para la siembra de arroz. Las lluvias habían continuado cinco meses más pero ahora había terminado la cosecha y los rastrojos, secos y polvorientos, cubrían el terreno exactamente igual que cuando llegué por primera vez al lugar.

Después de muchas averiguaciones, decidí visitar el distrito de Maros, a unos 50 kilómetros al norte de Macasar, donde residía Jacob Mesman, un hermano de mi amigo, quien muy amablemente se ofreció a buscarme una casa habitación y darme su ayuda si yo estaba dispuesto a visitarlo. Así que conseguí un pase del residente, alquilé una barca y una tarde emprendí el viaje a Maros. Allí, mi muchacho, estaba tan enfermo otra vez con las fiebres que tuve que dejarlo en el hospital a cargo de un médico alemán amigo mío y sustituirlo por dos nuevos criados que desconocían totalmente el trabajo. Durante la noche fuimos bordeando la costa, al despuntar el día entramos en el río Maros y a las tres de la tarde llegamos a la aldea. Lo primero que hice fue visitar al ayudante del residente y le solicité diez hombres que acarrearán mi equipaje y un caballo para mí. Me prometió tener a mi disposición lo que le pedía aquella misma noche con el fin de que pudiera emprender el camino en la mañana temprano. Después de tomar una taza de té me despedí y dormí en la barca. Algunos de los hombres llegaron en la noche como habían prometido, pero los demás no llegaron hasta la mañana siguiente. Me tomó algo de tiempo dividir proporcionalmente el equipaje entre ellos, pues todos trataban de esquivar las cajas pesadas, agarraban cualquier otra cosa ligera de peso y emprendían la marcha hasta que los hacía regresar y esperar

hasta que todos los bultos estuvieran equitativamente repartidos. Finalmente, como a las ocho, todo estaba en orden y emprendimos la caminata a la finca de Mesman.

Al comienzo, el terreno era una llanura uniforme de arrozales abrasados, pero unos pocos kilómetros después aparecieron unas escarpadas colinas y la elevada cadena central de la península al fondo. Hacia ellas se dirigía nuestra senda y, después de recorrer entre 10 y 13 kilómetros de camino, las colinas comenzaron a extenderse hasta la llanura a nuestra derecha e izquierda y el terreno empezaba a estar horadado por bloques y pilares de roca caliza, con algunas colinas y picos abruptos y cónicos que se elevaban como islotes. Al pasar por un trecho de camino bastante elevado y que constituía el borde de una de las colinas, se extendió ante nosotros un pintoresco paisaje. Abajo había un pequeño valle casi totalmente rodeado de montañas que se elevaban abruptamente en enormes precipicios y formaban una cadena de lomas, picos y cimas de los más variados y fantásticos contornos. En el centro mismo del valle había una gran casa de bambú y, esparcidas alrededor, una docena de chozas del mismo material.

Jacob Mesman me recibió afablemente en una sala abierta, toda de bambú y con techo de hierba, separada de la casa. Después del desayuno me llevó a la casa del capataz, a unos cien metros de distancia, y me ofreció la mitad del espacio hasta que decidiera dónde quería que me construyeran una casita. Pronto me di cuenta de que este lugar estaba demasiado expuesto al viento y al polvo, lo cual lo hacía poco adecuado para trabajar con papeles e insectos. Era tremendamente caluroso en la tarde y, al cabo de unos días, tuve un agudo ataque de fiebre que me decidió a trasladarme. Escogí un lugar a poco más de kilómetro y medio de distancia, al pie de una colina cubierta de selva, donde en unos cuantos días Mesman me construyó una linda casita que consistía en una veranda o espacio abierto cercado y de buen tamaño y en un pequeño cuarto interior para dormir, además de una pequeña choza para cocinar afuera. En cuanto la terminaron, me trasladé y el cambio me resultó muy agradable.

La selva que me rodeaba era abierta y sin arbustos. Estaba formada por grandes árboles muy diseminados entre una gran cantidad de palmeras (*Arenga saccharifera*), de las que se saca vino y azúcar. Había también muchos árboles de yaca, jaca o nanjea silvestres (*Artocarpus heterophyllus*) cargados de unos frutos grandes y reticulados que hacen las veces de excelentes verduras. El suelo tenía una gruesa alfombra de hojas secas como un bosque inglés en noviembre. Los pequeños y rocosos arroyos estaban todos secos y no se podía encontrar una gota de agua ni un lugar húmedo en ninguna parte. A unos cincuenta metros abajo de mi casa,

al pie de la colina, había una corriente de agua con una poza profunda donde se podía conseguir agua, y yo iba a bañarme todos los días recogiendo agua en cubetas y dejándola caer por el cuerpo.

Mesman, mi anfitrión, disfrutaba de una vida totalmente campestre y dependía únicamente de su rifle y sus perros para abastecer su mesa. Abundaban los cerdos salvajes de gran tamaño y Mesman cazaba uno o dos cada semana, además de ciervos en ocasiones y gran cantidad de aves silvestres, cálaos y grandes palomas fruteras. Sus búfalos daban mucha leche, de la que elaboraba su propia mantequilla; cultivaba café y arroz y tenía patos, aves de corral y huevos en profusión. Las palmeras le proporcionaban *sagueir*, bebida que sustituye a la cerveza todo el año, y el azúcar que se obtiene de ellas es una excelente confitura. Todas las verduras y frutos tropicales abundaban en su temporada correspondiente y fabricaba sus cigarros con tabaco de su propia cosecha. Tenía la amabilidad de



FIGURA XXII.1. Palma azucarera (*Arenga saccharifera*). Dibujado en madera por Fitch, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.

enviarme cada mañana un bambú lleno de leche de búfalo tan espesa como la crema, y hay que diluirla en agua para que se mantenga fluida durante el día. Combina muy bien con té y café y tiene un ligero sabor muy peculiar que al cabo del tiempo no es desagradable. Disponía también de todo el *sagueir* que quisiera y Mesman siempre me enviaba un pedazo de carne de los cerdos que cazaba, los cuales, junto con las aves de corral, los huevos y las aves que cazábamos nosotros mismos, además de carne de búfalo una vez a la quincena, mantenían mi despensa bien abastecida.

Cualquier pedazo de terreno llano se deshierbaba para convertirlo en campo de arroz, y en los declives más bajos de las colinas se cultivaban tabaco y hortalizas. La mayoría de los terrenos inclinados estaban cubiertos de enormes bloques de rocas por las que era muy cansado trepar, y casi todas las colinas eran tan escarpadas que prácticamente no tenían acceso. Estas circunstancias, combinadas con la excesiva sequía, eran muy poco favorables para mis objetivos. Los pájaros escaseaban y sólo conseguí algunos que no conocía. Los insectos eran bastante copiosos, pero en diferentes proporciones. Los escarabajos, en general tan numerosos e interesantes, eran sumamente escasos y algunas de las familias estaban totalmente ausentes mientras que otras estaban representadas únicamente por especies muy diminutas. Por otra parte, abundaban las moscas y las abejas y todos los días obtenía nuevas e interesantes especies. Las hermosas mariposas de Célebes, tan poco comunes, eran el principal objetivo de mi búsqueda y encontré varias especies nuevas para mí, pero en general eran tan activas y tímidas que su captura se convertía en algo muy difícil. Casi el único lugar bueno para encontrarlas eran los cauces secos en la selva, donde en los lugares húmedos, en las ciénagas o incluso en las rocas secas se podía encontrar todo tipo de insectos. En estas selvas rocosas habitan algunas de las más bellas mariposas del mundo. Tres especies de *Ornithoptera*, que miden 18 o 20 centímetros con las alas desplegadas y están bellamente marcadas con puntos o manchas de un color amarillo satinado sobre un fondo negro, divagan por las espesuras avanzando firmemente en su vuelo. Cerca de los lugares más húmedos hay enjambres de las bellas *Papilio* de bandas azules, *miletus* y *telephus*, la espléndida *Papilio macedon* verde dorado y la rara *Papilio rhesus* pequeña y con cola de golondrina, de todas las cuales, pese a ser tan activas, logré capturar amplias series de ejemplares.

Pocas veces he disfrutado tanto como durante mi residencia en este lugar. Cuando me sentaba a tomar café a las seis de la mañana, divisaba con frecuencia algún pájaro raro en algún árbol cercano y de inmediato partía velozmente con mis pantuflas a ganarme quizá la recompensa que había estado buscando sema-

nas enteras. Los grandes cálaos de Célebes (*Buceros cassidix*) acudían muchas veces con un fuerte aleteo y se posaban sobre un alto árbol justo enfrente de mí; y los grandes monos negros (*Cynopithecus nigrescens*) se quedaban mirándome asombrados ante tal intrusión en sus dominios; en la noche, vagaban cerca de la casa hordas de cerdos salvajes que devoran todos los desperdicios, lo cual nos obligaba a guardar todo lo que fuera comestible o rompible en nuestra cocinita. Unos cuantos minutos de búsqueda a la salida y a la puesta del sol en los troncos caídos que había alrededor de la casa me producían muchas veces más escarabajos de los que podía encontrar en todo un día de recolección, y los momentos sobrantes podían llegar a ser valiosos, mientras que, cuando se vive en las aldeas o lejos de la selva, se pierden irremediabilmente. Cuando las palmeras de azúcar goteaban savia, se congregaban un inmenso número de moscas en torno a ellas y reuní la mejor y más notoria colección de este grupo de insectos, empleando ratos perdidos cuando los tenía.

¡Cuán deliciosas horas pasé vagando arriba y abajo por los cauces secos de los ríos, llenos de charcas, rocas y troncos caídos, bajo la sombra de una magnífica vegetación! Pronto acabé conociendo cada agujero, roca y tocón, a los que me acercaba con paso cauteloso y conteniendo la respiración a ver qué tesoros contenían. En un lugar encontraba un pequeño cúmulo de las raras mariposas *Tachyris zarinda*, que alzaban el vuelo en cuanto me acercaba desplegando sus alas de un intenso color anaranjado y rojo bermellón, y entre ellas revoloteaban unas cuantas *Papilio* de bandas azules. Cuando había ramas frondosas que colgaban sobre la barranca, era probable que encontrara una gran *Ornithoptera* en reposo, presa fácil. En algunos troncos podridos tenía aseguradas las peculiares y pequeñas cicindelas, *Therates flavilabris*. En los sotos más tupidos capturaba las pequeñas mariposas azul metálico (*Amblypodia*) sentadas sobre las hojas, así como algunos raros y hermosos escarabajos de hoja de las familias *Hispidae* y *Chrysomelidae*.

Descubrí que las yacas podridas resultaban muy atractivas a muchos escarabajos y solía partir estos frutos por la mitad, dejándolos entreabiertos en diversos lugares de la selva y cerca de la casa hasta que se pudrieran. Una mañana de exploración en ellos me producía con frecuencia una veintena de especies: *Staphylinidae*, *Nitidulidae*, *Onthophagi* y diminutas *Carabidae*, que eran las más abundantes. De vez en cuando, los que elaboraban *sagueir* me traían un hermoso escarabajo de rosal (*Sternoplus schaumii*) cuando lo encontraban lamiendo la dulce savia. Durante algún tiempo, casi los únicos pájaros que encontré fueron un bello zorzal de tierra (*Pitta celebensis*) y una hermosa paloma de cresta violeta

(*Ptilinopus celebensis*), ambos muy semejantes a aves que había conseguido hacía poco en Aru pero de especies distintas.

Hacia finales de septiembre cayó un fuerte aguacero como advertencia de que pronto comenzaría la estación húmeda, para beneficio de la tierra reseca. Por lo tanto, decidí hacer una visita a las cascadas del río Maros que se encuentran donde brota el río en las montañas, enclave muy visitado por viajeros y famoso por su belleza. Mesman me prestó un caballo y conseguí un guía de una aldea vecina; uno de mis hombres me acompañó y emprendimos el camino a las seis de la mañana; después de cabalgar dos horas por las llanuras de arrozales en las faldas de las montañas que se alzaban formando grandes precipicios a nuestra izquierda, llegamos al río a medio camino entre Maros y las cascadas, desde donde partía un sendero angosto para caballerías que nos llevó a nuestro destino en otra hora más. A medida que avanzábamos, las colinas se iban cerrando a nuestro alrededor y, cuando llegamos a un cobertizo ruinoso que habían construido para acomodar a los visitantes, nos encontramos en un valle con llanuras al fondo y de 400 metros de ancho, bordeado de escarpadas rocas calizas que muchas veces colgaban sobre el vacío. Hasta ahí el terreno estaba cultivado, pero entonces empezaba a estar cubierto de arbustos y grandes árboles esparcidos.

En cuanto llegó mi escaso equipaje y fue debidamente depositado en el cobertizo, partí solo hacia la cascada que se encontraba a 400 metros de distancia. El río en estos parajes tiene unos 20 metros de ancho y brota de un barranco que hay entre dos muros calizos verticales, cayendo sobre un bloque redondo de roca basáltica de unos 12 metros de altura y formando dos curvas separadas por un pequeño saliente. Sobre esta superficie, el agua se difunde formando una bella y delgada capa de espuma que serpentea en remolinos y una serie de conos concéntricos, hasta que cae en una profunda poza que hay abajo. Cerca del borde mismo de la cascada hay una senda estrecha y muy accidentada que conduce río arriba y después continúa, siguiendo la orilla del agua cerca del precipicio, y a veces incluso por el agua, unos cientos de metros hasta que las rocas retroceden un poco y dejan una ribera boscosa a un lado, por donde continúa el camino hasta que, a unos 800 metros más allá, se llega a una cascada más pequeña. En este lugar parece que el río brota de una caverna, pues han caído peñascos de arriba que han bloqueado el canal interceptando el curso de aquél. A la cascada sólo se puede llegar por una senda que sube por la parte posterior de una enorme roca que se ha desprendido en parte de la montaña y deja un hueco de 60 a 90 centímetros de ancho, por el que se puede ver un oscuro precipicio que desciende a las entrañas de la montaña y que no tuve curiosidad de explorar, pues ya había visitado otros similares.

Cruzando la corriente de agua un poco antes de la cascada superior, el sendero asciende por una escarpada pendiente de unos 150 metros y, después de cruzar un desfiladero, entra en un angosto valle cerrado por muros de roca absolutamente perpendiculares y de gran altura. Casi un kilómetro después este valle gira bruscamente hacia la derecha y se convierte en una simple falla en la montaña que se extiende un kilómetro más. Los muros se van acercando poco a poco hasta que quedan a sólo 60 centímetros de distancia entre sí, y el fondo asciende escarpadamente hasta un paso que probablemente conduce a otro valle que no tuve tiempo de explorar. De regreso al lugar donde había comenzado esta falla, el camino principal asciende y da vuelta a la derecha formando una especie de barranca, hasta que llega a una cima sobre la que hay un hermoso arco natural de roca de una altura cercana a los 15 metros. Ahí comenzaba una escarpada bajada que atravesaba una tupida selva en la que a lo lejos se podían vislumbrar precipicios y montañas rocosas, y que probablemente conducía de nuevo al valle del río principal. Era una región muy tentadora para explorar pero hubo varias razones por las que no pude seguir avanzando. No tenía guía ni permiso para entrar a los territorios bugis, y, como la lluvia podía comenzar en cualquier momento, el desbordante río podía interceptar mi camino de regreso. Por lo tanto, durante el breve tiempo de mi visita me dediqué a conocer lo mejor que pude los productos naturales del lugar.

Las estrechas grietas producían varios insectos que me resultaban nuevos y un ave nueva también, la curiosa *Phlegaeas tristigmata*, una gran paloma terrestre con el pecho y la cresta amarillas y el cuello morado. Esta accidentada senda es el camino principal de Maros al territorio bugi que se encuentra tras las montañas. En la estación de lluvias es bastante impracticable, pues el río llena su cauce y corre entre peñascos perpendiculares de varias decenas de metros de altura. Incluso en la época en que lo visité era muy accidentado y fatigante, aunque las mujeres y niños lo recorren a diario y los hombres acarrean pesadas cargas de azúcar de palma que tiene muy poco valor. Donde encontré más insectos fue a lo largo del sendero que hay entre las cascadas de abajo, las de arriba y por la orilla del embalse superior. La gran mariposa semitransparente, *Idea tondana*, volaba displicentemente por docenas, y fue allí donde a la larga conseguí un insecto que me había hecho la ilusión de encontrar pero que en realidad no esperaba tener la suerte de que así fuera, el magnífico *Papilio androcles*, una de las mariposas de cola de golondrina más grande y poco común. En los cuatro días de mi estancia en el lugar tuve la fortuna de conseguir seis buenos ejemplares. Cuando esta hermosa criatura vuela, ondea sus largas colas blancas como banderolas y, cuando se

posa en la orilla, las lleva alzadas hacia arriba como para protegerlas de cualquier daño. Es escasa incluso en el lugar, pues no vi más de unos doce ejemplares en total, y tuve que seguir a muchas arriba y abajo de la orilla del río varias veces antes de lograr capturarlas. Cuando al mediodía el sol calienta al máximo, la orilla húmeda del pozo bajo la cascada superior ofrecía una hermosa vista con grupos de mariposas de colores —anaranjadas, amarillas, blancas, azules y verdes— que cuando se las molestaba alzaban el vuelo por centenares y formaban nubes de colores veteados.

No he visto en ningún otro lugar del archipiélago el tipo de gargantas, barrancas y precipicios que abundan aquí. En ninguna parte se puede encontrar una superficie en declive, pues enormes muros y escarpados bloques de roca culminan todas las montañas y encierran los valles. En muchos lugares hay precipicios verticales que llegan hasta colgar sobre el vacío unos 150 a casi 200 metros de altura, pero completamente revestidos de un tapiz de vegetación. Helechos, pandanáceas, arbustos, enredaderas e incluso árboles selváticos se entretejen en una trama de verdor perenne por cuyos intersticios aparecen blancas rocas calizas u oscuros agujeros y hendiduras que abundan en todo el paraje. Estos precipicios, debido a su particular estructura, pueden soportar una gran cantidad de vegetación. Son de superficie muy irregular y quebrada en agujeros y fisuras, con salientes que cuelgan sobre las entradas de sombrías cavernas; pero de cada uno de estos salientes descienden estalactitas que con frecuencia forman un rústico adorno gótico sobre las cuevas y los huecos y constituyen un soporte admirable para las raíces de los matorrales, árboles y enredaderas, que crecen exuberantemente en la atmósfera cálida y pura, y la suave humedad que rezuma constantemente de las rocas. En los lugares en que el precipicio tiene superficies lisas de roca, no hay vegetación o únicamente manchones de líquenes y grupos de helechos que crecen en los pequeños salientes y en las grutas más diminutas.

El lector familiarizado con la naturaleza tropical sólo a través de libros y jardines botánicos se imaginará en un lugar así muchas otras bellezas naturales. Pensará que me he olvidado inexplicablemente de mencionar las deslumbrantes flores que, en esplendorosas masas carmesí, doradas o azul pálido, centellean en estos verdes precipicios, cuelgan sobre la cascada y adornan la orilla del arroyo de la montaña. Pero ¿cuál es la realidad? Contemplé en vano estas vastas murellas de verdor, busqué en las enredaderas colgantes y en los tupidos arbustos alrededor de la cascada, en la ribera del río o en las profundas cuevas y sombrías hendiduras: ni una sola mancha de color llamativo; ni un solo árbol, arbusto o

enredadera tenía una flor lo suficientemente destacada como para constituir un objeto del paisaje. La vista descansaba en todas direcciones en un verde follaje y en las abigarradas rocas. Había una infinita variedad en el color y aspecto del follaje, grandiosidad en los bloques de roca y en la exuberante copiosidad de la vegetación, pero no había intensidad de color, ninguna de esas flores brillantes ni de esas esplendorosas masas de flores que, en general, se cree que se encuentran en cualquier parte de los trópicos. Acabo de describir con bastante precisión un panorama tropical exuberante, tal como lo tenía escrito en las notas que tomé en el mismo lugar, y sus características generales en lo que concierne al color se han repetido tantas veces, tanto en Sudamérica como sobre muchos miles de kilómetros en los trópicos orientales, que me inclino a concluir que representa el aspecto general de la naturaleza en las partes ecuatoriales —o sea, las más tropicales— de las regiones tropicales. ¿Por qué las descripciones de los viajeros transmiten una idea muy diferente en general? ¿Dónde *están*, podría preguntarse, las magníficas flores que sabemos que existen en los trópicos? Estas preguntas tienen fácil respuesta. Las bellas y florecientes plantas tropicales que se cultivan en nuestros invernaderos han sido entresacadas de las regiones más variadas y, por tanto, dan una idea muy equivocada de su abundancia en cualquier región. Muchas son muy poco comunes, otras sumamente locales, en tanto que un número considerable habita las más áridas regiones de África y la India, donde la vegetación tropical no se manifiesta en su habitual exuberancia. Un bello y variado follaje, más que vistosas flores, es más característico de las partes en que la vegetación tropical alcanza su máximo desarrollo y, en esas zonas, raras veces perdura en su perfección cualquier tipo de flor más de unas cuantas semanas o, a veces, unos cuantos días. Cualquier estancia prolongada en un lugar nos revelará la abundancia de plantas bellísimas y vistosamente floreadas, pero hay que buscarlas y pocas veces abundan tanto en un lugar y una época como para constituir un rasgo perceptible del paisaje. Pero los viajeros suelen describir y agrupar todas las plantas bellas que encuentran a lo largo de un extenso viaje, y producen así el efecto de un panorama vistoso y pintado de flores. Raras veces han estudiado y descrito paisajes en concreto en los que la vegetación sea muy profusa y bella; tampoco han especificado el efecto que producían en ellos las flores. Yo lo he hecho con frecuencia y el resultado de estas observaciones me ha convencido de que los vivos colores de las flores tienen una mayor influencia en el aspecto general de la naturaleza en los climas templados que en los tropicales. En los doce años que he pasado en medio de la más grandiosa vegetación tropical, no he visto nada comparable al efecto producido en nuestros paisajes por la hiniesta,

la retama, el brezo, los jacintos silvestres, el espino, los orquídeas púrpura y el ranúnculo.

La estructura geológica de esta parte de Célebes es interesante. Las montañas calizas, pese a su gran extensión, parece que son totalmente superficiales y están apoyadas en bases de basalto, que en algunos lugares forma lomas bajas y redondeadas entre las más escarpadas montañas. En los lechos rocosos de las corrientes de agua casi siempre hay basalto, y un escalón de esta roca es lo que forma la cascada que he descrito. De él se yerguen abruptamente los precipicios calizos y, al ascender la pequeña escalinata que sube por un lado de la cascada, dos o tres veces se pisa un tipo de roca y después otra, la caliza seca y abrupta, gastada por el agua y las lluvias y erosionada en forma de salientes y de celdillas de colmena, y el basalto húmedo, parejo y convertido en una superficie lisa y resbaladiza por el paso de caminantes descalzos. La solubilidad de la roca caliza con el agua de la lluvia se puede comprobar en los pequeños bloques y riscos que se alzan en abundancia a través de las planicies de aluvión a medida que uno se acerca a las montañas. Estos bloques tienen forma de bolos, más anchos en el medio que en la base, y el diámetro más largo está a la altura donde llega la inundación de agua en la estación de lluvias, y a partir de ahí va decreciendo hasta llegar al suelo. Muchos de ellos sobresalen considerablemente y pareciera que algunos de los pilares más delgados se sostienen sobre un punto. Cuando la roca es menos sólida va perforándose curiosamente a modo de panal con las lluvias de los sucesivos inviernos, y observé algunos bloques reducidos a una verdadera red de piedra, a través de la cual podía verse la luz en todas direcciones. Desde estas montañas hasta el mar se extiende una llanura de aluvión totalmente llana, sin ningún indicio de que se acumulara el agua a gran profundidad en su interior, aunque las autoridades de Macasar han gastado mucho dinero perforando un pozo de 300 metros de hondo con la esperanza de obtener un suministro de agua como el que se consigue con los pozos artesianos en las cuencas de París y Londres. No hay que extrañarse, pues, de que el intento fracasara.

De regreso a mi choza en la selva, continué con mi búsqueda diaria de aves e insectos. No obstante, el tiempo comenzó a ser insoportablemente caluroso y seco, y desapareció toda gota de agua de los pozos y cavidades rocosas y, con ella, los insectos que las frecuentaban. Sólo un grupo no quedó afectado por la intensa sequía: el *Diptera*, o mosca de dos alas, que siguió siendo tan copioso como siempre y en el que me vi obligado a concentrar la atención durante una o dos semanas, con lo cual incrementé mi colección de insectos de este orden hasta unas 200 especies. Seguí obteniendo algunas aves nuevas, entre las que se conta-

ban dos o tres tipos de pequeños halcones y falcones, un periquito de lengua de cepillo muy bello, *Trichoglossus ornatus*, y un raro cuervo blanco y negro, *Corvus advena*.

Hacia mediados de octubre, después de varios días nublados, acabó cayendo un diluvio que siguió casi cada tarde, en señal de que la primera parte de la estación húmeda había comenzado. Yo esperaba obtener una buena cosecha de insectos y en ciertos aspectos no quedé decepcionado. Los escarabajos se hicieron mucho más numerosos y, bajo una gruesa capa de hojas que se habían acumulado en algunas rocas junto al arroyo de la selva, encontré abundancia de *Carabidae*, familia generalmente precaria en los trópicos. Pero las mariposas habían desaparecido. Dos de mis criados fueron atacados por la fiebre, disentería y pies hinchados, justo en el momento en que el tercero me había abandonado, y pasaron unos días acostados y gimiendo en la casa. Cuando mejoraron un poco, caí enfermo yo y, como casi se habían acabado las provisiones y todo se estaba poniendo muy mojado, tuve que preparar mi regreso a Macasar, en especial porque los fuertes vientos del oeste iban a hacer la travesía en una pequeña embarcación al descubierto desagradable y peligrosa.

Desde que comenzaron las lluvias, muchos miriápodos enormes, del grosor de un dedo y de 20 a 25 centímetros de largo, se arrastraban por todas partes, en los caminos, árboles y alrededor de la casa, y una mañana al levantarme hasta encontré uno en mi cama. Eran de un color apagado y plomizo o rojo ladrillo oscuro, y muy poco agradables de ver cuando aparecían en el camino, aunque bastante inofensivos. También las serpientes empezaron a manifestarse. Maté dos de una especie muy abundante, de cabeza grande y color verde vivo, que reposa enroscada en las hojas y matorrales y es difícil de distinguir hasta que uno está muy cerca de ella. Cuando zarandeaba la red entre las hojas secas en busca de insectos se metían serpientes de color café que me volvieron bastante precavido, y no metía la mano hasta que sabía qué tipo de presa había capturado. Los campos y las praderas, que hasta entonces habían estado resecos y estériles, de repente quedaron cubiertos de largas y bellas hierbas; el lecho del río por el que tantas veces había caminado sobre rocas abrasadoras era ahora una corriente profunda y rápida; y por todas partes brotaban plantas, herbáceas y arbustos que estallaban en flor. Encontré muchos insectos nuevos y, si hubiera dispuesto de una buena casa, acogedora y a prueba de viento y agua, tal vez me hubiera quedado durante la estación de lluvias, pues estoy seguro de que se pueden obtener muchas cosas que en otra época es imposible. Pero con mi choza veraniega tuve que abandonar el lugar. Durante las fuertes lluvias penetraba una neblina de llovizna

por todas partes y empecé a tener grandes dificultades para conservar secos mis especímenes.

A comienzos de noviembre regresé a Macasar y, después de embalar mis colecciones, partí en el buque de correo holandés a Amboina y Ternate. Dejo de lado esta parte de mi viaje de momento; en el capítulo siguiente concluiré mi relato de la isla Célebes con la descripción del extremo norte de la isla, que visité dos años más tarde.

XXIII. CÉLEBES III

(Menado, junio-septiembre, 1859)

FUE DESPUÉS de mi estancia en Timor-Coupang cuando visité el extremo noreste de Célebes y en el trayecto toqué Banda, Amboina y Ternate. Llegué a Menado el 10 de junio de 1859 y fui amablemente recibido por Tower, un ciudadano inglés pero antiguo residente de Menado, donde se dedica a los negocios. Me presentó a L. Duivenboden (cuyo padre había sido amigo mío en Ternate), a quien le gustaba mucho la historia natural; y a Neys, nativo de Menado pero educado en Calcuta y para quien holandés, inglés y malayo eran por igual lenguas vernáculos. Todos estos caballeros se mostraron muy amables conmigo, me acompañaron en mis primeros paseos por el campo y me ayudaron con todos los medios a su alcance. Pasé muy placenteramente una semana en la ciudad, haciendo exploraciones y averiguando acerca de la buena temporada para mis recolecciones, en las que había tenido muchas dificultades debido al extenso cultivo de café y cacao para el que se ha talado la selva varios kilómetros a la redonda de la ciudad y en amplias zonas muy en el interior.

La pequeña ciudad de Menado es una de las más lindas en el Oriente. Parece un gran jardín con hileras de villas rústicas, entre las que se extienden amplios senderos que forman calles que, a su vez, se cruzan formando esquinas en ángulo recto. De ahí parten buenos caminos en varias direcciones hacia el interior, bordeados por una serie de lindas casitas de campo, jardines y prósperas plantaciones. Al oeste y al sur, el territorio es montañoso con grupos de cimas volcánicas de entre 1 800 y 2 100 metros de altura que forman un grandioso y pintoresco telón de fondo del paisaje.

Los habitantes de Minahasa (como se denomina esta parte de Célebes) difieren ampliamente de los del resto de la isla y, en realidad, de cualquier otro pueblo del archipiélago. Son de tez café claro o amarilla, muchas veces semejante a la blancura de un europeo; de estatura más bien baja, corpulentos y bien formados; de rostro abierto y agradable, más o menos desfigurado a medida que aumenta la edad y se acentúan los pómulos; y con el usual cabello negro azabache largo y lacio de las razas malayas. En algunas de las aldeas del interior, en donde se supone

que son de raza más pura, tanto hombres como mujeres son de una belleza extraordinaria; mientras que cerca de la costa, en donde se ha destruido la pureza de su sangre por la mezcla con otras razas, se parecen más a los tipos ordinarios de salvajes aborígenes de los países vecinos.

En lo que respecta a características mentales y morales, son también sumamente particulares. Notablemente callados y gentiles de actitud, sumisos a la autoridad de aquellos a quienes consideran sus superiores, aprenden y adoptan con facilidad las costumbres de la gente civilizada. Son buenos mecánicos y capaces de adquirir un grado considerable de educación intelectual.

Hasta un periodo muy reciente, estas gentes eran totalmente salvajes y en la actualidad en Menado hay personas que recuerdan un estado de cosas idéntico al que describen los escritores de los siglos XVI y XVII. Los habitantes de las diversas aldeas pertenecían a tribus distintas y cada una tenía su propio jefe, hablaban lenguas ininteligibles entre sí y estaban casi siempre en guerra. Construían sus casas sobre postes elevados para defenderse de los ataques de sus enemigos. Eran cazadores de cabezas como los dayaks de Borneo y se dice que a veces caníbales. Cuando moría un jefe, adornaban su tumba con dos cabezas recién cortadas y, si no podían conseguir las de enemigos, mataban esclavos para la ocasión. Los cráneos humanos eran los adornos importantes de las casas de los jefes. Tiras de corteza de árbol eran su único vestido. El territorio era un paraje salvaje y sin rutas, con pequeñas parcelas cultivadas de arroz y hortalizas o grupos de árboles frutales que diversificaban la ininterrumpida selva. Su religión era la que engendra naturalmente la mente humana sin desarrollar ante la contemplación de los magnos fenómenos naturales y la exuberancia de la naturaleza tropical. La montaña de fuego, el torrente y el lago eran la morada de sus deidades; y se suponía que algunos árboles y aves tenían una influencia especial sobre los actos y el destino de los hombres. Celebraban festividades salvajes y excitantes para propiciar a las deidades o a los demonios; y creían que éstos tenían el poder de transformar a los humanos en animales, ya fuera en vida o después de la muerte.

He aquí una imagen de la verdadera vida salvaje; de pequeñas comunidades aisladas y en guerra con todos los que las rodean, sometidas a las necesidades y miserias de esa condición, que extraen una precaria existencia de un rico suelo y que viven generación tras generación sin ningún deseo de mejoramiento físico y sin proyecto alguno de progreso moral.

Éste era su estado allá por el año de 1822, cuando se introdujeron las primeras plantas de café y se hicieron experimentos para su cultivo. Se vio que prosperaba admirablemente desde los 460 hasta los 1 220 metros de altitud sobre el nivel

del mar. Se persuadió a los jefes de aldea para que emprendieran su cultivo. Desde Java enviaron semillas e instructores nativos; se abasteció de comida a los trabajadores dedicados a la tala de la selva y al plantío; se estableció un precio fijo al que tenía que pagarse todo el café que se entregara a los recolectores del gobierno, y los jefes de aldea, que ahora recibían el título de “principales”, tenían que recibir cinco por ciento del producto. Con el tiempo, se construyeron rutas desde el puerto de Menado hasta la meseta y se abrieron sendas menores entre una aldea y otra; los misioneros se establecieron en las zonas más pobladas y abrieron escuelas, y los mercaderes chinos penetraron al interior y ofrecieron vestido y otros lujos a cambio del dinero que había producido la venta del café. Al mismo tiempo, se dividió el territorio en distritos y se introdujo el sistema de “controladores” que tan bien había funcionado en Java. El controlador era un europeo o un nativo de sangre europea y era el superintendente general de los cultivos del distrito, consejero de los jefes, protector del pueblo y medio de comunicación entre ambos y el gobierno europeo. Sus deberes lo obligan a visitar sucesivamente todas las aldeas una vez al mes y a enviar un informe sobre el estado en que encontraban al residente. Como las disputas entre las aldeas vecinas se solucionaban apelando a una autoridad superior, las antiguas e imprácticas viviendas semifortificadas entraron en desuso y, bajo la dirección de los controladores, se empezaron a reedificar muchas de ellas de acuerdo con un plan ordenado y uniforme. Ese interesante distrito es el que estaba a punto de visitar.

Después de decidir la ruta, emprendí el camino a las ocho de la mañana del día 22 de junio. Tower me condujo los tres primeros cinco kilómetros en su títburi y Neys me acompañó cabalgando cinco kilómetros más hasta la aldea de Lotta. Allí encontramos al controlador del distrito de Tondano, quien acababa de regresar de una de sus giras mensuales y aceptó ser mi guía y acompañante de viaje. A partir de Lotta, ascendimos casi sin interrupción a lo largo de 10 kilómetros que nos llevaron hasta la meseta de Tondano, a una altura de unos 750 metros. Atravesamos tres aldeas, cuya pulcritud y belleza me dejaron atónito. El camino principal, por el que se transporta todo el café desde el interior en carretas tiradas por búfalos, gira hacia un lado a la entrada de las aldeas de tal modo que las rodea y así permite que lo que es la calle se mantenga limpia y en orden. Bordean la calle pulcros setos, con frecuencia de puros rosales que están siempre en flor. Hay una amplia senda central y un borde de pasto fino que mantienen bien barrido y perfectamente podado. Las casas son todas de madera y se alzan unos dos metros sobre postes sólidos pulidamente pintados de azul, en tanto que las paredes están blanqueadas. Todas las casas tienen una veranda circundada por una pulcra

balaustrada y en general están rodeadas de naranjos y matorrales en flor. Todo el panorama alrededor es verde y pintoresco. Plantaciones de café de gran exuberancia, nobles palmeras y árboles de helecho, colinas boscosas y cimas volcánicas, es lo que encuentra la vista por todas partes. Había oído hablar mucho de la belleza de este territorio, pero la realidad superó con creces mis expectativas.

Aproximadamente a la una llegamos a Tomohón, lugar principal de un distrito con un jefe nativo que ahora recibía el título de principal y en cuya casa estábamos invitados a almorzar. Ahí me aguardaba una nueva sorpresa. La casa era amplia, ventilada y sólidamente construida con madera resistente del lugar, emparejada y ajustada de un modo muy artesanal. Estaba amueblada al estilo europeo con elegantes candelabros y sillas y mesas muy bien hechas por los nativos. En cuanto entramos nos ofrecieron *madeira* y *bíter*. Después, dos elegantes mozos, impecablemente vestidos de blanco y con el cabello negro azabache bien peinado, nos acercaron a cada quien una vasija de agua y una pulcra servilleta en una bandeja. La comida era excelente. Aves de corral guisadas de diferentes maneras, cerdo salvaje asado, guisado y frito, un fricasé de murciélago, papas, arroz y otras verduras, todo servido en buena porcelana, con tazones para enjuagarse los dedos y servilletas, abundancia de clarete y cerveza, todo lo cual me pareció bastante peculiar en la mesa de un jefe nativo en las montañas de Célebes. Nuestro anfitrión vestía traje negro y calzaba zapatos de charol y parecía que se sentía cómodo y casi un caballero en ellos. Ocupó la cabecera de la mesa e hizo muy bien los honores, aunque no habló mucho. La conversación fue toda en malayo, que es la lengua oficial del lugar y de hecho la lengua vernácula y única del controlador, un nativo mestizo. El padre del principal, que fue jefe antes de él, vestía, según me informaron, un pedazo de corteza de árbol como única indumentaria y vivía en una rústica choza construida sobre elevados postes y muy adornada con cabezas humanas. Era obvio que nos esperaban y se nos había preparado una cena en el mejor estilo, pero me aseguraron que todos los jefes se precian de adoptar las costumbres europeas y de poder recibir a sus visitantes con elegancia.

Después de la cena y el café, el contralor continuó hasta Tondano y yo me paseé por la aldea a la espera de mi equipaje, que venía en una carreta de bueyes y llegó después de medianoche. La cena fue muy similar al almuerzo y, al retirarme, me condujeron a una habitación pequeña y elegante con una cómoda cama, cortinas de gasa con colgantes azules y rojos y todas las comodidades. A la mañana siguiente, el termómetro de la veranda estaba a 20 °C, temperatura que según me dijeron era la más baja del lugar, a 760 metros sobre el nivel del mar. Disfruté un buen desayuno con café, huevos, pan recién hecho y mantequilla, que comí

en la espaciosa veranda en medio de un aroma de rosas, jazmines y otras flores de perfume dulce que llenaban el jardín del frente de la casa. Hacia los ocho de la mañana, partí de Tomohón con una docena de hombres que cargaban mi equipaje.

Nuestro camino se extendía sobre la loma de una montaña a unos 1 200 metros de altura sobre el nivel del mar y después descendía unos 150 metros hasta la pequeña aldea de Rurúkan, la más elevada del distrito de Minahasa y probablemente de Célebes. Había decidido quedarme en este lugar un tiempo para ver si la altitud producía algún cambio en la zoología. La aldea se había formado hacía sólo 10 años y era tan pulcra como las que ya había atravesado, y mucho más pintoresca. Está situada en una pequeña plataforma desde la que una abrupta pendiente poblada de árboles llega hasta el hermoso lago de Tondano, con las montañas volcánicas al fondo. De un lado hay una barranca tras la que se encuentra un territorio montañoso y arbolado.

Cerca de la aldea están las plantaciones de café. Las plantas están dispuestas en hileras y no las dejan crecer más de unos dos metros de altura. Esto hace que las ramas laterales crezcan muy robustas, de modo que algunas tienen formas perfectamente esféricas, cargadas de frutos de arriba abajo, produciendo de 4.5 a nueve kilos anuales de café limpio cada una de ellas. Todas estas plantaciones las formó el gobierno y las cultivan los aldeanos bajo la dirección del jefe de la comunidad. Se designan ciertos días para deshierbar y otros a la recolección, y se convoca a la población trabajadora mediante el sonido de un gong. Se lleva un recuento del número de horas que ha trabajado cada familia y al final del año se divide el producto de la venta proporcionalmente entre ellas. El café se lleva a los almacenes del gobierno situados en lugares céntricos por todo el país y se paga por él un precio bajo ya fijo. De este precio, un porcentaje va a los jefes y principales y el resto se divide entre los habitantes. Este sistema funciona muy bien y yo creo que de momento es mucho mejor para la gente que el de mercado libre. Hay también extensos arrozales y, en esta pequeña aldea de 70 casas, me informaron que cada año se vende una cantidad equivalente a 100 libras esterlinas.

Yo tenía una pequeña casa en el extremo mismo de la aldea que casi colgaba sobre el precipicio que desciende hasta el arroyo y con una vista espléndida desde la veranda. En las mañanas, el termómetro solía marcar 16 °C y nunca llegaba a los 26 °C, así que siempre sentíamos fresco con la ropa fina que se usa en las llanuras tropicales y a veces hasta frío, y el agua del caño al que iba a bañarme todas las mañanas estaba helada. Aunque disfruté mucho entre estas bellas montañas y selvas, no estaba satisfecho respecto a mis colecciones. Casi no había diferencias

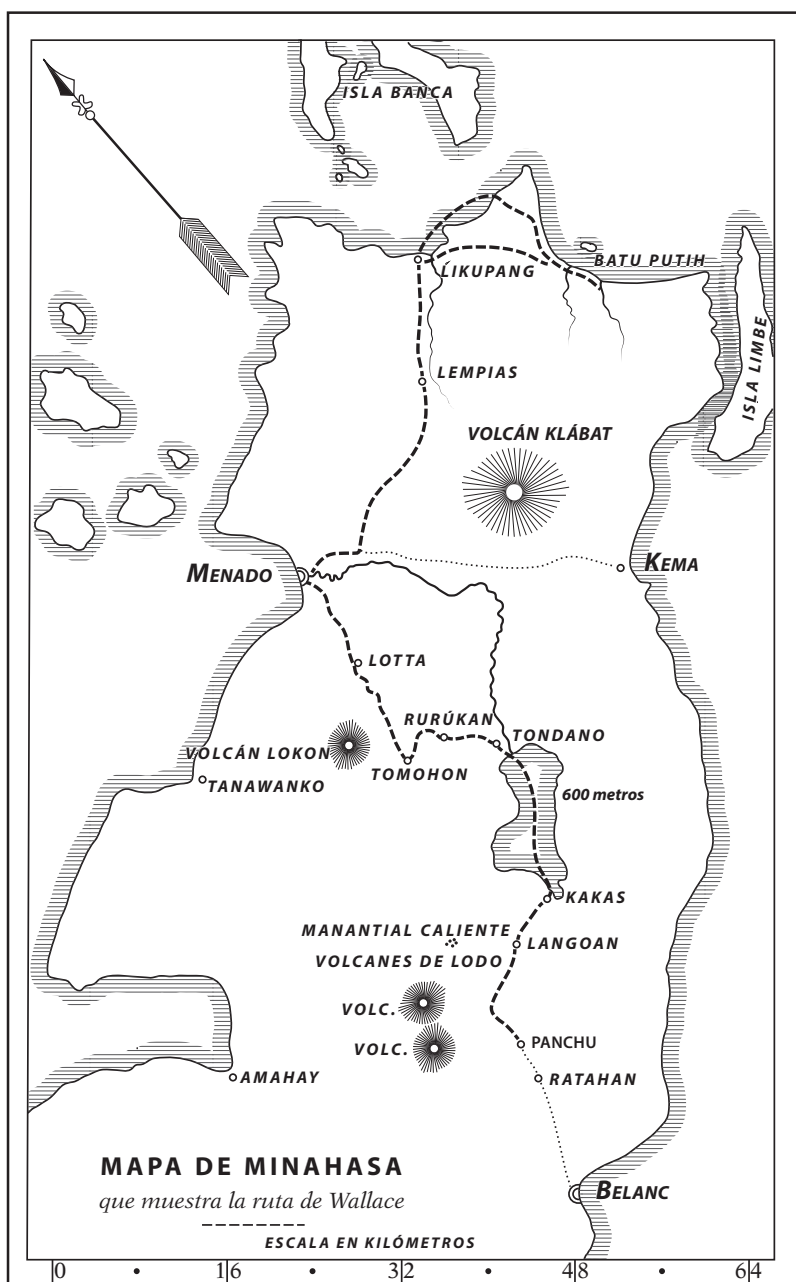


FIGURA XXIII.1. Mapa de Minahasa que muestra la ruta de Wallace. Alfred Russel Wallace, dominio público, vía Wikimedia Commons.

perceptibles entre la vida animal de esta región templada y las llanuras tórridas de abajo, y las que existían me resultaban en su mayoría desfavorables. Parecía no haber nada verdaderamente particular de la altura de la región. Aves y cuadrúpedos eran menos copiosos pero de las mismas especies. En cuanto a los insectos, parecía haber más diferencias. Los extraños escarabajos de la familia *Cleridae*, que se encuentran en la corteza de los árboles y en los troncos podridos, eran mejores que los que había visto en otras partes. Los bellos longicornios escaseaban más de lo habitual y las pocas mariposas que había pertenecían a especies tropicales. Una de ellas, la *Papilio blumei*, de la que únicamente obtuve unos cuantos ejemplares, es una de las más espectaculares que he visto. Tiene la cola de golondrina verde y dorada, con los extremos en forma de cuchara color azul claro, y cuando brillaba el sol volaba con frecuencia por la aldea, pero en un estado muy deteriorado. Todo el tiempo que permanecí en Rurúkan, la alta frecuencia de clima húmedo y nublado fue un gran inconveniente.

Incluso en la vegetación hay muy pocos elementos que indiquen la altura. Los árboles están cubiertos de más musgos y líquenes y los helechos y árboles de helecho son más bellos y opulentos de lo que yo estaba acostumbrado a ver en las tierras bajas, lo cual se puede atribuir a la humedad casi perenne que predomina en el lugar. La abundancia de insípidas frambuesas, con *Compositae* azules y amarillos, le confiere en cierta manera el aspecto de un clima templado; y los diminutos helechos y orquídeas con begonias enanas sobre las rocas la acercan bastante a una vegetación subalpina. La selva, no obstante, es más exuberante. Nobles palmeras, *Pandani*, y árboles helecho abundan allí, mientras que los árboles de la selva están por completo festoneados de orquídeas, bromelias, aráceas, licopodios y musgos. Abundan los helechos comunes sin tallo; algunos con frondas gigantescas de tres a 3.60 metros de longitud, otros de apenas tres centímetros de altura; algunos con hojas grandes y pesadas, otros ondean un follaje delicadamente recortado y añaden una variedad e interés infinitos a los senderos de la selva. La palmera de coco todavía produce abundante fruto pero dicen que es deficiente en aceite. Los naranjos prosperan mejor que más abajo y producen un abundante y delicioso fruto; pero la toronja o pomelo (*Citrus decumana*) necesita toda la intensidad de un sol tropical porque no se da ni siquiera en Tondano, a unos 300 metros menos de altitud. Se cultiva extensamente el arroz en las laderas de las colinas y madura bien pese a que la temperatura pocas veces o nunca llega a 26 °C, de modo que uno llega a pensar que podría cultivarse incluso en Inglaterra en un buen verano, sobre todo si las plantitas crecieran en invernadero.

Las montañas están recubiertas de una insólita cantidad de mantillo de tierra y vegetal. Incluso en las laderas más escarpadas hay por todas partes una capa de arcillas y arenas y, en general, un buen grosor de suelo vegetal. Tal vez sea esto lo que contribuye a esta uniforme profusión de la selva y retarde la aparición de esa vegetación subalpina que depende casi tanto de la abundancia de superficies rocosas y de estar al descubierto como de la diferencia del clima. A una altura mucho menor, en el monte Ofir en Malaca, *Dacrydiums* y *Rhododendrons*, con abundancia de *Nepenthes*, helechos y orquídeas terrestres, ocupan insólitamente el lugar de la elevada selva; pero esto se debía sencillamente a la existencia de un extenso declive de roca granítica desnuda a una altura de menos de 900 metros. La cantidad de suelo vegetal, de arcillas y arenas sueltas reposando en empinadas laderas, cimas y márgenes de barrancas, es un fenómeno curioso e importante. Quizá la causa sea en parte los constantes y leves terremotos que facilitan la desintegración de la roca; pero parecería indicar también que el territorio ha estado expuesto mucho tiempo a una moderada acción atmosférica y que se ha ido elevando con suma lentitud y sin interrupción.

Durante mi estancia en Rurúkan satisface mi curiosidad pasando por la experiencia de un temblor de tierra bastante fuerte. La tarde del 29 de junio, a las ocho y cuarto, estaba sentado leyendo cuando la casa comenzó a sacudirse con un movimiento suave pero que fue creciendo aceleradamente. Me quedé sentado e inmóvil disfrutando de la novedosa sensación durante algunos segundos; pero en menos de medio minuto fue lo bastante fuerte como para hacerme temblar en la silla y la casa se balanceó y crujió como si fuera a derrumbarse. Entonces empezó a oírse un grito por la aldea: “*¡Tana goyang! ¡Tana goyang!*” (¡Terremoto! ¡Terremoto!). Todo el mundo salió corriendo de su casa —las mujeres gritaban y los niños lloraban— y pensé que era prudente salir también. Al levantarme sentí vértigo y el paso inestable, casi no podía caminar sin tambalearme. El temblor continuó como un minuto, durante el cual sentí como si me hubieran dado vueltas y más vueltas y casi me mareé. Al volver a entrar en la casa, encontré una lámpara y una botella de arrack volcadas. El vaso del que estaba hecha la lámpara se había caído del plato sobre el que descansaba. Parece que el temblor había sido casi vertical, rápido, vibratorio y agitado. Bastaba, no me cabe duda, para haber derrumbado chimeneas de ladrillo, paredes y torres de iglesia, pero, como las casas eran todas bajas y con fuertes marcos de madera, era imposible que se dañaran, salvo con un temblor que destruiría por completo una ciudad europea. La gente me dijo que hacía 10 años había habido un temblor más fuerte que éste y que se habían derrumbado muchas casas y muerto algunas personas.

A intervalos de 10 minutos a media hora se siguieron sintiendo ligeras sacudidas y temblores, a veces lo bastante fuertes como para que todos saliéramos de nuevo a la calle. Había una extraña mezcla de algo terrible y ridículo en nuestra situación. En cualquier momento podía haber una sacudida mucho más fuerte que nos tirara la casa encima o —lo que yo más temía— que produjera un deslizamiento de tierras y nos lanzara a todos al profundo barranco en cuyo mero borde está construida la aldea. Aun así, no podía evitar la risa cada vez que salíamos corriendo por un leve temblor y al cabo de unos momentos volvíamos a correr. Entre lo sublime y lo ridículo no había en este caso más que un paso literalmente. Por otra parte, estaba sucediendo el más terrible y destructor de los fenómenos naturales —rocas, montañas y la tierra firme temblaban y se convulsionaban—, y nos sentíamos profundamente impotentes de protegernos del peligro que en cualquier momento podía sobrecogernos. Por otra, era el espectáculo de una serie de hombres, mujeres y niños corriendo hacia dentro y fuera de su casa ante lo que cada vez se comprobaba que era una alarma innecesaria, ya que cada sacudida cesaba justo cuando comenzaba a tener fuerza suficiente para asustarnos. Parecía que “jugáramos a los terremotos” y mucha gente se unió a la franca risa que me provocaba, aun cuando nos recordáramos unos a otros que no era cuestión de broma.

La tarde se puso muy fría y me sentí somnoliento, así que decidí entrar a la casa y di órdenes a mis muchachos, quienes dormían cerca de la puerta, de que me despertaran en caso de que la casa corriera el riesgo de derrumbarse. Pero no calculé bien mi apatía porque casi no pude dormir. Los temblores continuaron a intervalos de media a una hora durante toda la noche, cada vez con fuerza suficiente para despertarme y mantenerme alerta y dispuesto a brincar de la cama en caso de peligro. Por lo tanto, me sentí muy contento cuando llegó la mañana. Muchos de los habitantes no se habían acostado en toda la noche y algunos se habían quedado al aire libre. Los dos días y noches siguientes todavía continuaron los temblores a breves intervalos y varias veces al día durante una semana, señal de que estaba teniendo lugar una importante alteración bajo la parte de la corteza terrestre que nosotros ocupábamos. La vastedad de las fuerzas en acción sólo se puede apreciar realmente cuando, después de sentir sus efectos, se mira a lo lejos la gran extensión de colinas y valles, llanuras y montañas, y uno se da cuenta en alguna medida de la inmensa masa de materia desplazada y sacudida. La sensación producida por un terremoto no se olvida nunca. Uno se siente atrapado por una potencia ante la que la furia más fuerte de vientos y olas no es nada; pese a todo, el efecto es más de estremecimiento y asombro que de terror

ante esa tempestuosa guerra de los elementos. Hay un misterio y una incertidumbre respecto al grado de peligro que se corre, lo cual confiere mucho más juego a la imaginación y a las influencias del miedo y la esperanza. Estas observaciones sólo son aplicables a un terremoto moderado, pues uno grave es la catástrofe más destructora y horrible a la que puede estar expuesto el ser humano.

Unos cuantos días después del terremoto di un paseo hasta Tondano, una aldea grande de unos siete mil habitantes situada en el extremo inferior del lago del mismo nombre. Almorcé con el contralor, Bensneider, quien fue mi guía hasta Tomohón. Tenía una hermosa y amplia casa en la que solía recibir bastantes visitas y su jardín era el mejor para las flores que yo había visto en los trópicos, aunque sin gran variedad. Él fue quien introdujo los setos de rosal, que conferían un aspecto tan encantador a las aldeas; y a él se debe principalmente la limpieza y el buen orden generales que prevalecen en todas partes. Lo consulté sobre una nueva localidad, pues tenía la sensación de que Rurúkan estaba demasiado en las nubes y era terriblemente húmedo y sombrío, con una vida de insectos y aves prácticamente estancada. Me recomendó una aldea a cierta distancia más allá del lago, cerca de la que había una gran selva en donde él creía que podía encontrar abundancia de aves. Como él iba a ir en unos días, decidí acompañarlo.

Después del almuerzo, le pedí un guía para llegar a la famosa cascada que formaba la corriente de salida de agua del lago. Está situada a dos y medio kilómetros abajo de la aldea, donde un terreno elevado se cierra formando una cavidad que en otro tiempo constituía la orilla del lago. En este lugar el río entra en una garganta muy angosta y tortuosa a lo largo de la que se precipita con furia una corta distancia y después se sumerge en un gran barranco que es el principio de un extenso valle. Justo en la parte superior de la cascada, el canal no tiene más de tres metros de ancho y hay colocados unos tablones de madera a través desde los que, medio ocultas por la profusa vegetación, se pueden contemplar las vertiginosas aguas que descienden rápidamente para, unos cuantos metros más abajo, caer en el abismo. Tanto la vista como el sonido son grandiosos e impresionantes. Aquí fue donde, cuatro años antes de mi visita, un antiguo gobernador de las Molucas se suicidó saltando al torrente. Ésta es por lo menos la opinión general, pues sufría de una dolorosa enfermedad que lo había hartado de la vida. Al día siguiente encontraron su cuerpo en el arroyo que está más abajo.

Desafortunadamente, en aquella época no se podía ver bien la cascada debido a la cantidad de árboles y hierbas altas que tapizaban las laderas de los precipicios. Hay dos cascadas y la inferior es la más alta; dando un largo rodeo se puede descender al valle y ver ambas desde abajo. Si se buscaran mejores lugares para

contemplarlas y se abriera acceso a ellos, estas cascadas serían probablemente las más bellas del archipiélago. La grieta parece que tiene una gran profundidad, tal vez 150 a casi 180 metros. Desgraciadamente, no tuve tiempo de recorrer el valle porque estaba ansioso de dedicar cada día de buen clima a aumentar mis colecciones, hasta entonces tan precarias.

Justo enfrente de mi morada en Rurúkan estaba la escuela, cuyo director era un nativo educado por un misionero en Tomohón. Había escuela unas tres horas todas las mañanas y dos veces por semana; en las tardes había catequesis y plegarias. Los domingos en la mañana también había un servicio. Se enseñaba a los niños en malayo y a menudo los oía repetir la tabla de multiplicar hasta veinte veces con gran soltura. Siempre acababan cantando y era muy placentero escuchar muchos de nuestros viejos salmos cantados en malayo en estas montañas remotas. El canto es una de las verdaderas bendiciones que han introducido los misioneros en los países salvajes, cuyos cantos nativos son casi siempre monótonos y melancólicos.

Las tardes de catequesis, el director de la escuela se comportaba como un gran hombre, impartiendo lecciones y rezos tres horas sin interrupción, muy al estilo de un orador inglés. Pero era un esfuerzo que al público lo dejaba indiferente por muy caldeante que fuera para él; y me inclino a pensar que estos maestros nativos, que han adquirido facilidad de palabra y una interminable serie de trivialidades religiosas sobre las que hablar, llevan a cabo su oficio implacablemente sin mayor consideración por su rebaño. No obstante, los misioneros tienen muchas razones para sentirse orgullosos en este país. Han ayudado al gobierno a transformar una comunidad salvaje en civilizada en un tiempo asombrosamente breve.

Hace 40 años el país era un paraje salvaje y la población consistía en aborígenes desnudos que adornaban sus rústicas casas con cabezas humanas. Ahora es un jardín digno de su dulce nombre nativo, Minahasa. Hay buenos caminos y sendas que atraviesan en todas direcciones; unas de las mejores plantaciones de café en el mundo circundan sus aldeas, entremezcladas con extensos arrozales que bastan y sobran para alimentar a la población.

Las gentes son ahora las más laboriosas, apacibles y civilizadas de todo el archipiélago. Las mejor vestidas, con mejores viviendas, mejor alimentadas y mejor educadas; han avanzado algo hacia una condición social superior. Creo que no existen ejemplos en otra parte de los sorprendentes resultados que se han obtenido en tan breve periodo, resultados debidos enteramente al sistema de gobierno que han adoptado los holandeses en sus posesiones del Oriente. Este sistema se

podría denominar “despotismo paternal”. Ahora bien, a nosotros los ingleses no nos gusta el despotismo; odiamos el nombre y lo que significa y preferimos ver a la gente ignorante, ociosa y viciosa antes que utilizar cualquier tipo de fuerza que no sea la moral para convertirlas en personas prudentes, laboriosas y buenas. Y estamos en lo correcto cuando se trata de hombres de nuestra propia raza con ideas similares y capacidades equivalentes a las nuestras. Ejemplo y precepto, la fuerza de la opinión pública y la lenta pero segura difusión de la educación se encargarán de todo con el tiempo; sin engendrar ninguno de esos amargos sentimientos ni producir el servilismo, la hipocresía y dependencia que son los inevitables resultados de un gobierno despótico. Pero ¿qué diríamos de un hombre que abogara por estos principios de total libertad en la familia o en la escuela? Diríamos que aplica un principio general bueno a un caso cuyas condiciones lo hacen inaplicable; y éste es el caso cuando los gobernadores están en un reconocido estado de inferioridad mental respecto de aquellos que los gobiernan y no son capaces de decidir qué es lo mejor para su permanente bienestar. Los niños han de estar sometidos a cierto grado de autoridad y orientación; y cuando éstas se aplican de manera adecuada, se someterán gustosos a ellas porque conocen su propia inferioridad y creen que sus mayores están actuando únicamente por su bien. Aprenden muchas cosas cuya utilidad no pueden entender y que nunca aprenderían sin cierta presión moral y social, cuando no física. Los hábitos de orden, industriiosidad, limpieza, respeto y obediencia se inculcan a través de medios similares. Los niños nunca se convertirían en adultos bien comportados y bien educados si la misma absoluta libertad de acción que se les permite a los hombres les estuviera permitida a ellos. En el mejor aspecto de la educación, los niños están sometidos a un moderado despotismo por su bien y el de la sociedad; y la confianza que depositan en la sabiduría y la bondad de los que ordenan y aplican este despotismo neutraliza las malas pasiones y los sentimientos degradantes que, en condiciones menos favorables, son el resultado general.

Ahora bien, no se trata meramente de una analogía; en muchos aspectos hay una identidad de relación entre maestro y alumno y padre e hijo, por un lado, y una raza no civilizada y sus gobernantes civilizados, por otro. Sabemos (o creemos que sabemos) que la educación, la laboriosidad y las costumbres comunes al hombre civilizado son superiores a las de la vida salvaje; y a medida que se va familiarizando con ellas, el salvaje así lo admite. Admira los conocimientos superiores del hombre civilizado y adopta con orgullo sus costumbres en la medida en que no interfieran demasiado con su indolencia, pasiones y prejuicios. Pero así como el niño terco o el alumno perezoso, al que nunca se le enseña la obediencia

ni se le obliga a hacer algo que por voluntad propia no esté inclinado a hacer, en la mayoría de los casos no obtendrá ni educación ni buenos modales, del mismo modo es menos probable aún que el salvaje, con todos los hábitos confirmados de la hombría y los prejuicios tradicionales de la raza, haga algo más que copiar unas cuantas de las costumbres menos benéficas de la civilización si no tuviera algún estímulo más incitante que el precepto reforzado de manera muy imperfecta por el ejemplo.

Si pensamos que tenemos derecho a asumir el gobierno de una raza salvaje y ocupar su país; si además consideramos que es nuestro deber hacer lo que podamos para mejorar a estos toscos súbditos y educarlos para que alcancen nuestro nivel, no debemos temer tanto el clamor de “despotismo” y “esclavitud”, sino que estamos obligados a usar la autoridad que poseemos para inducirlos a trabajar, lo cual no siempre les gustará, pero nosotros sabemos que es un paso indispensable para su progreso moral y físico. Los holandeses han mostrado tener una política muy buena en los medios con los que lo han llevado a cabo. En la mayoría de los casos han apoyado y fortalecido la autoridad de los jefes nativos a los que la población ya está acostumbrada a rendir obediencia voluntaria; y al actuar en concordancia e interés de esos jefes, han llevado a cabo cambios en los modales y las costumbres de la gente que hubieran provocado malos sentimientos y tal vez la rebelión si hubieran sido proclamados directamente por extranjeros.

La puesta en práctica de un sistema de este tipo depende mucho del carácter de la gente, y el sistema que fructifica admirablemente en un lugar puede que funcione sólo parcialmente en otro. En Minahasa, la docilidad e inteligencia naturales de la raza han avanzado rápidamente; y la importancia de esto ilustra el hecho de que, en inmediata vecindad con la ciudad de Menado, hay una tribu de los llamados *banteks*, con una disposición de ánimo mucho más adversa y que hasta ahora se han resistido a todo intento del gobierno holandés de persuadirles de que adopten un cultivo sistemático. Los *banteks* han permanecido en un estado mucho más burdo, pero se ofrecen de buena gana como cargadores ocasionales y trabajadores, oficios que encajan muy bien con su actividad mucho mayor y su fuerza física.

No cabe duda de que el sistema que acabo de esbozar es susceptible de graves objeciones. Es en cierta medida despótico e interfiere con el libre comercio, el libre trabajo y la libre comunicación. El nativo no puede abandonar su aldea sin un pase y tampoco dejarse contratar por cualquier mercader o capitán sin permiso del gobierno. Todo el café se ha de vender al gobierno y a menos de la mitad del precio que el comerciante local ofrecería por él, y en consecuencia éste se rebela

en contra del monopolio y la explotación. Olvida, sin embargo, que fue el gobierno el que estableció las plantaciones de café con un gran despliegue de capital y conocimientos; que da educación gratuita al pueblo y que el monopolio ocupa el lugar de los impuestos. Olvida que el producto que quiere adquirir para sacar beneficio de él es creación del gobierno, sin el cual la gente sería todavía salvaje. Sabe muy bien que el comercio libre tendría como primer resultado la importación de cargamentos enteros de arrack que se distribuirían por el país y se intercambiarían por café. Que la ebriedad y la pobreza se extenderían por todo el país; que no se cuidarían bien las plantaciones públicas de café; que la calidad y la cantidad del café pronto se deteriorarían; que comerciantes y mercaderes se harían ricos pero la gente caería de nuevo en la pobreza y la barbarie. Que éste es invariablemente el resultado del comercio libre en cualquier tribu salvaje que posea un producto valioso, nativo o cultivado, lo saben muy bien quienes han visitado estos pueblos. Pero deduciendo de los principios generales incluso podríamos anticipar que los resultados serían malignos. Si hay algo a lo que se aplica la gran ley de la continuidad del desarrollo es al progreso humano. Hay ciertas etapas por las que la sociedad debe pasar en su progresiva marcha de la barbarie a la civilización.

Ahora bien, una de esas etapas ha sido siempre una forma u otra de despotismo, como el feudalismo o la esclavitud, o un gobierno despótico paternalista; y tenemos toda razón para creer que la humanidad no puede brincarse esta época de transición y pasar de inmediato del salvajismo puro a la civilización libre. El sistema holandés trata de suplir este eslabón perdido y conducir a los pueblos con pasos graduales a esa civilización superior que nosotros (los ingleses) pretendemos imponerles de inmediato. Nuestro sistema siempre ha fallado. Desmoralizamos y extirpamos pero en realidad nunca civilizamos. Es dudoso que el sistema holandés pueda prosperar en todos los casos, ya que no siempre es posible condensar la labor de 10 siglos en uno; pero, en cualquier caso, toma la naturaleza como guía y por lo tanto merece más éxito que el nuestro, y es más probable que lo logre.¹

Hay un producto relacionado con este tema que creo que los misioneros podrían tener en cuenta con grandes resultados físicos y morales. En este bello y saludable país, con abundancia de alimentos y de todo lo necesario, la población no crece como debería. Sólo puedo imputar esto a una causa: la mortalidad

¹ El doctor Guillemard visitó Minahasa 25 años después y encontró el lugar en un estado similar al que yo describo: la ebriedad y el crimen eran prácticamente inexistentes y la gente estaba feliz y contenta. (Véase *The Cruise of the Marchesa*, vol. II, p. 181.)

infantil, provocada por descuido mientras las madres están trabajando en las plantaciones y por la ignorancia general acerca de las condiciones de salud en los niños. Todas las mujeres trabajan como siempre han acostumbrado hacerlo. Para ellas no representa ninguna dificultad, sino que, en mi opinión, es a menudo un placer y un relajamiento. O llevan a sus hijos con ellas, en cuyo caso los dejan en algún lugar a la sombra y acuden de vez en cuando a darles de comer, o los dejan en casa al cuidado de los otros hijos que no están todavía en edad de trabajar. En ninguna de estas circunstancias están bien atendidos los niños y el resultado es una gran tasa de mortandad que mantiene el crecimiento de la población muy por debajo de la tasa que la prosperidad general del país y la universalidad del matrimonio nos llevarían a esperar. Éste es un asunto en el que el gobierno está directamente interesado, pues sólo a través del crecimiento de la población puede haber un aumento considerable y permanente de la producción de café. Los misioneros deberían enfrentar el problema porque, si persuaden a las mujeres casadas a que se queden en casa dedicadas a los deberes domésticos, promoverán decididamente una civilización superior y aumentarán directamente la salud y la felicidad de toda la comunidad. La gente es tan dócil y está tan dispuesta a adoptar los usos y costumbres europeos que el cambio se puede llevar fácilmente a cabo mostrándole simplemente que es una cuestión de moralidad y civilización y un paso esencial en su avance hacia la igualdad con sus gobernantes blancos.

Después de dos semanas de estancia en Rurúkan, abandoné tan linda e interesante aldea en busca de una localidad y un clima más propicios para las aves e insectos. Pasé la tarde con el contralor de Tondano y a las nueve de la mañana siguiente partí en una pequeña embarcación al nacimiento del lago a unos 16 kilómetros de distancia. El extremo inferior del lago está bordeado de pantanos y ciénagas de extensión considerable pero, un poco más allá, sobre las colinas, descende hasta la orilla del agua y esto le da un aspecto muy parecido a un gran río de unos tres kilómetros de ancho. En el extremo superior está la aldea de Kákas, en donde comí con el principal en una buena casa parecida a las que ya he descrito; después, continué hasta Langówan, a seis y medio kilómetros de distancia sobre una meseta plana. Era el lugar en el que me habían recomendado que me quedara y, por lo tanto, deshice mi equipaje y me instalé cómodamente en la casa dedicada a los visitantes. Conseguí un hombre que me cazara aves y otro que me acompañara al día siguiente a la selva, donde tenía esperanzas de encontrar un buen terreno de recolección.

En la mañana siguiente, después del desayuno, emprendí el camino, pero resultó que tenía que caminar seis y medio kilómetros por un sendero recto y fati-

goso que atravesaba plantaciones de café para llegar a la selva; tan pronto como inicié la marcha comenzó una intensa lluvia que no cesó hasta la noche. Caminar esta distancia todos los días era excesivo para aprovechar bien el día, sobre todo siendo tan imprevisible el tiempo. Por lo tanto, decidí que tenía que avanzar más hasta encontrar algún lugar cerca de la selva o en ella. En la tarde llegó mi amigo Bensneider acompañado del contralor del distrito contiguo llamado Belang y me informó que a 10 kilómetros de distancia había una aldea, Panghu, de reciente formación y con un buen retazo de selva cerca de ella. Me ofreció el uso de una casita si quería trasladarme allá.

A la mañana siguiente fui a visitar los manantiales calientes y los volcanes de lodo por los que es famoso el lugar. Una senda pintoresca, entre plantaciones y barrancas, nos condujo a una bella laguna circular de unos 12 metros de diámetro bordeada de un saliente calcáreo tan uniforme y curvo que parecía una obra de arte. Estaba llena de agua clara a una temperatura próxima al punto de ebullición y emitía nubes de vapor de un fuerte olor sulfuroso. Hay un punto en el que el agua rebosa y forma un pequeño arroyo de agua caliente que a una distancia de 100 metros en su curso todavía está demasiado caliente como para meter la mano en él. Un poco más lejos, en un retazo de bosque rústico, había otros dos manantiales de contorno no tan regular pero que parecían mucho más calientes y estaban en un estado continuo de activa ebullición. Cada unos cuantos minutos había un gran escape de vapor o gas que lanzaba una columna de agua de un metro de altura.

Después fuimos a los surtidores de lodo que están como a poco más de kilómetro y medio de distancia y son todavía más peculiares. En un pequeño hueco que hay en un tramo de terreno en declive, hay un pequeño lago de lodo líquido con manchones azules, rojos o blancos que en muchos lugares hierve y burbujea intensamente. Por toda la arcilla endurecida hay pequeños pozos y cráteres llenos de lodo hirviendo. Al parecer, están en formación continuamente y primero aparece un pequeño agujero que emite chorros de vapor y lodo hirviendo que, al secarse, forma un pequeño cono con un cráter en medio. El terreno, hasta una cierta distancia, es inestable, evidentemente líquido a muy poca profundidad y se hunde bajo el peso como una delgada capa de hielo. En uno de los chorros más pequeños de los bordes al que logré acercarme metí la mano para comprobar si estaba en realidad tan caliente como parecía cuando una gotita de lodo me salpicó el dedo y me lo escaldó como si fuera agua hirviendo. A corta distancia había una superficie de roca desnuda y plana, tan lisa y caliente como el piso de un horno y que evidentemente era un antiguo pozo de lodo seco ya endurecido.

A unos 100 metros alrededor había bancos de arcilla rojiza y blanca que se utilizaban para blanquear, y cerca de la superficie estaban tan calientes que casi no se podía soportar meter la mano en ranuras de varios centímetros de profundidad de las que salía un vapor intensamente sulfuroso. Me dijeron que hacía unos años un caballero francés que visitó los manantiales se aventuró demasiado cerca del lodo líquido y la corteza cedió, y se hundió en el horrible caldero.

La evidencia de ese intenso calor tan cerca de la superficie en una gran extensión de terreno era muy impresionante y no podía apartar de mí la idea de que una terrible catástrofe devastaría en cualquier momento el lugar. Aunque es probable que todas esas aberturas sean en realidad válvulas de seguridad y que las desigualdades de la resistencia en diversas partes de la corteza de la tierra prevengan en cualquier caso que se acumule la fuerza necesaria para sollevantar y devastar una extensa zona. A unos 10 kilómetros hacia el oeste de este lugar hay un volcán que entró en erupción 30 años antes de mi visita, ofreciendo un espectáculo magnífico, con lluvias de cenizas que cubrieron todo el territorio vecino. Las planicies alrededor del lago, formadas por la mezcla y descomposición de productos volcánicos, son de una fertilidad sorprendente y, con un poco de cuidado en la rotación de las cosechas, pueden cultivarse sin interrupción. Se cultiva arroz durante tres o cuatro años sucesivos, después de los cuales se puede cultivar de nuevo arroz o maíz. El buen arroz produce 30 veces más y las plantas de café abundan en fruto 10 o 15 años, sin ningún abono y casi ningún cultivo.

Me retrasé un día por la incesante lluvia y después continué a Panghu, donde llegué justo antes de que la cotidiana lluvia comenzara a las once de la mañana. Cuando se deja atrás la cima en donde se encuentra el lago, el camino prosigue por la pendiente de una bella barranca entre la selva. El descenso es bastante largo y calculé que la aldea no podía estar a más de 500 metros sobre el nivel del mar, pero la temperatura en las mañanas era de 20 °C, la misma que en Tondano, que está a entre 180 y 200 metros aproximadamente más arriba. El aspecto del lugar me complació, con bastante selva y territorio salvaje alrededor, y encontré preparada una casita para alojarme compuesta de una veranda y un cuarto. Estaba concebida para el descanso de los visitantes o para pasar la noche, pero se ajustaba perfectamente a mis necesidades. No obstante, tuve la mala fortuna de perder a mis dos cazadores justo en aquel momento. Uno se había quedado en Tondano con fiebre y diarrea, y el otro había caído enfermo en Langówan con una inflamación del pecho y, como no parecía algo fácil de resolver, hice que lo regresaran a Menado. La gente del lugar estaba tan atareada con la cosecha del

arroz, que es tan importante finalizar debido a las tempranas lluvias, que no pude conseguir a nadie que cazara para mí.

Las tres semanas que permanecí en Panghu llovió casi todos los días, a veces sólo en la tarde y otras todo el tiempo; pero en las mañanas solía haber unas horas de sol y las aproveché para explorar los caminos y sendas, las rocas y barrancas en busca de insectos. No eran muy abundantes, pero vi los suficientes como para convencerme de que era un buen lugar si hubiera estado en él al comienzo y no al final de la estación seca. Los nativos me traían a diario unos cuantos insectos que encontraban en las palmas de *sagueir*, incluso algunas bellas *Cetonias* y ciervos voladores. Había dos muchachitos expertos en la cerbatana que me traían muchos pajaritos a los que apuntaban con bolitas de barro. Entre ellos había un lindo y pequeño picoverde de flores de una nueva especie (*Prionochilus aureolimbatus*) y varios de los más bellos libadores de miel que había visto hasta entonces. Pero mi colección general de aves seguía casi estancada porque, aunque a la larga conseguí a un hombre que fuera a cazar para mí, no era muy bueno y raras veces me traía más de un pájaro por día. La mejor pieza que cazó fue una paloma frutera grande y poco común, propia del norte de Célebes (*Carpophaga forsteni*) tras la que estaba yo hacía ya tiempo.

Personalmente, tuve mucho éxito con un hermoso grupo de insectos, los escarabajos-tigre o *Cicindela*, que parecen abundar más aquí que en cualquier otra parte del archipiélago. La primera vez que los vi fue en un accidente del camino donde había un montón de arcilla seca recubierta de musgos y pequeños helechos. Encontré que corría por él una especie de tamaño pequeño y color verde olivo que nunca emprende el vuelo y, con menos frecuencia, un insecto sin alas color negro violáceo que permanece inmóvil en las ranuras y que probablemente es nocturno. Me pareció que formaba un nuevo género. En los senderos de la selva encontré la *Cicindela heros*, grande y bella, que raras veces había obtenido en Macasar. Pero fue en el torrente montañoso de la barranca donde obtuve los mejores ejemplares. Entre las ramas que cuelgan sobre el agua, en las orillas y entre el follaje, obtuve tres especies muy bellas de *Cicindela*, de tamaño bastante diferente entre sí y también de forma y color, pero todas con un dibujo casi idéntico de manchas. Encontré también un solo espécimen de una especie muy peculiar con largas antenas. Pero el mejor descubrimiento fue el de la *Cicindela gloriosa*, que encontré en las piedras cubiertas de musgo que sobresalen del agua. Después de obtener el primer ejemplar de este elegante insecto, solía caminar corriente arriba observando atentamente todas las rocas y piedras cubiertas de musgo. Era bastante tímido y solía costarme una larga cacería de piedra en piedra capturarlo,

pues se volvía invisible cada vez que se detenía en el musgo empapado debido a su intenso color verde aterciopelado. Había días en los que sólo podía vislumbrarlo, otros en los que capturaba un espécimen y en algunas ocasiones dos, pero siempre después de una persecución más o menos agitada. Ésta y algunas otras especies no las vi en ninguna otra parte más que en esta barranca.

Entre las gentes del lugar vi representantes de varios tipos, lo cual unido a las particularidades de las diferentes lenguas me da cierta noción acerca de su origen. Una sorprendente ilustración del estado inferior de civilización de estas gentes hasta hace poco tiempo es la gran diversidad de lenguas que hablan. Aldeas que están a entre siete y ocho kilómetros de distancia entre sí tienen diferentes dialectos y cada grupo formado por tres o cuatro de estas aldeas tiene un lenguaje diferente totalmente ininteligible para los demás. De modo que, hasta la reciente introducción del malayo por los misioneros, no debía ser posible la libre comunicación. Estas lenguas tienen muchas particularidades. Contienen un elemento malayo de Célebes y otro papúa, junto con algunas particularidades radicales que se encuentran también en las lenguas de las islas de Siau y Sanguir más al norte y que por lo tanto probablemente derivan de las Filipinas. Los caracteres físicos corresponden. Hay algunas de las tribus menos civilizadas que tienen rasgos y pelo semipapúas, en tanto que en otras aldeas predomina la verdadera fisonomía de la isla Célebes o de los bugis. La meseta de Tondano está habitada principalmente por gentes casi tan blancas como los chinos y con rasgos semi-europeos muy agradables. Las gentes de Siau y Sanguir son muy parecidas a éstas y yo opino que quizá sean inmigrantes de algunas de las islas del norte de Polinesia. El tipo papúa representa el remanente de los aborígenes, mientras que los que tienen características bugis muestran la difusión hacia el norte de las razas malayas superiores.

Como debido al mal tiempo y a la enfermedad de los cazadores a mi servicio estaba perdiendo un tiempo valioso en Panghu, regresé a Menado después de una estancia de tres semanas. Allí sufrí un poco de fiebre y, junto con el tiempo que empleé secando y empaquetando mis colecciones y tratando de conseguir nuevos criados, pasó una quincena hasta que estuve dispuesto a emprender la marcha de nuevo. Me dirigí al este, a un ondulante territorio situado en las faldas del gran volcán de Klábat, a una aldea llamada Lempias, cercana a la extensa selva que cubre las lomas inferiores de esa montaña. Relevos de hombres fueron trasladando mi equipaje de una aldea a otra, y, como en cada cambio se perdía algo de tiempo, llegué a mi destino a la puesta del sol (una distancia de 30 kilómetros). Estaba empapado hasta los huesos y tuve que esperar una hora bastante incómo-

do hasta que llegó la primera entrega de mi equipaje, que afortunadamente contenía mi ropa, y la última no llegó hasta la medianoche.

Como me encontraba en la zona habitada por un animal particular, el babi-rusa (ciervo porcino o ciervo cerdo), me informé sobre la posibilidad de encontrar cabezas y de inmediato obtuve varias en bastante buen estado, así como también una del extraño y singular sapi-utan (*Anoa depressicornis*). Había visto dos ejemplares vivos de este animal en Menado y quedé sorprendido por su gran parecido con el ganado joven y su incluso mayor semejanza con el eland de Sudáfrica. En malayo su nombre quiere decir “buey de la selva” y se diferencia de los bueyes muy pequeños de fina cría principalmente por su larga papada y sus cuernos rectos y puntiagudos inclinados hacia atrás hasta el cuello. La selva del lugar no era tan rica en insectos como yo esperaba y mis cazadores me trajeron pocas aves, pero muy interesantes. Estaba entre ellas el raro martín pescador de selva (*Crittura cyanotis*), una especie nueva y pequeña de *Megapodius* y un ejemplar del gran e interesante maleo (*Megacephalon rubripes*), cuya obtención era uno de los principales objetivos de mi visita a la zona. Pero, al no conseguir ninguno más después de diez días de búsqueda, me trasladé a Licoupang, en el extremo de la península, lugar famoso por esas aves así como por el babirusa y el sapi-utan. Me encontré con Goldmann, el hijo mayor del gobernador de las Molucas, quien estaba supervisando la instalación de unas salinas del gobierno. Era una localidad mejor que la anterior y conseguí mariposas muy bellas y excelentes aves, entre las que había un ejemplar más de la poco común paloma de tierra (*Phlegaenas tristigmata*), que obtuve por vez primera cerca de la cascada de Maros al sur de Célebes.

Al enterarse de en qué consistía mi búsqueda, Goldmann me ofreció amablemente organizar una cacería al lugar en que más abunda el maleo, una playa remota y deshabitada a unos 30 kilómetros de distancia. El clima era bastante diferente al de las montañas y no cayó una sola gota de lluvia en meses; de modo que hice los preparativos necesarios para quedarme en la playa una semana y así poder obtener un buen número de ejemplares. Llegamos al lugar parte en barca y parte a través de la selva, acompañados del principal o jefe de Licoupang, con una docena de nativos y unos 20 perros. En el camino cazaron un sapi-utan joven y cinco cerdos salvajes. Del primero conservé la cabeza. Este animal vive totalmente confinado en las remotas selvas montañosas de Célebes y en una o dos islas contiguas que forman parte del mismo grupo. En los adultos, la cabeza es negra con una marca blanca sobre cada ojo, una en cada mejilla y otra en la garganta. Los cuernos son lisos y puntiagudos cuando el animal es joven pero se hacen más

gruesos y se arrugan en la base con la edad. Muchos naturalistas consideran que este peculiar animal es un buey pequeño, pero por la naturaleza de los cuernos, el fino pelaje y la papada se parece mucho al antílope.

Cuando llegamos a nuestro destino, construimos una choza y nos preparamos para una estancia de varios días, yo para cazar y desollar maleos, Goldmann y el principal para cazar cerdos salvajes, babirusa y sapi-utan. El lugar se encuentra en la extensa bahía entre las islas de Limbé y Banca, y consiste en una playa en declive de cerca de dos kilómetros de longitud formada por arena volcánica o grava suelta y tosca color negro, sobre la que es muy fatigoso caminar. Está limitada a cada uno de los extremos por dos pequeños ríos y por colinas al fondo. La selva que se encuentra detrás de la playa es bastante plana y no muy alta. Tenemos aquí probablemente un antiguo arroyo de lava proveniente del volcán Klábat, que ha llegado al mar a través del valle y cuya descomposición ha formado la arena suelta y negra. Para confirmar este punto de vista conviene mencionar que las playas que se encuentran más allá de los riachuelos en ambas direcciones son de arena blanca.

En esta arena caliente, negra y suelta es donde estas singulares aves, los maleos, depositan sus huevos. Los meses de agosto y septiembre, cuando casi no llueve, llegan en parejas desde el interior a este o a uno o dos más de sus lugares favoritos y cavan hoyos de alrededor de un metro de profundidad, justo por encima de la línea de la marea alta, en los que la hembra deposita un único huevo grande que cubre con arena de 30 centímetros de grosor y después regresa a la selva. Al cabo de 10 o 12 días vuelve al mismo lugar para poner otro huevo y cada hembra pone seis u ocho huevos durante la estación. El macho ayuda a la hembra a hacer el hoyo y va y regresa con ella. Cuando camina sobre la playa, el animal tiene un aspecto muy elegante. El lustroso negro y el blanco rosado de su plumaje, el yelmo de la cabeza y la cola alzada, como la del ave de corral común, le imprimen un sorprendente carácter que su porte majestuoso y en cierto modo sosegado al caminar hacen todavía más extraordinario. Apenas hay diferencia entre los sexos, salvo que el casco o bonete en la parte posterior de la cabeza y los tubérculos en las narinas son un poco más grandes y también el bello color salmón rosado un poco más oscuro en el macho, pero la diferencia es tan leve que no siempre se puede distinguir al macho de la hembra si no es mediante disección. Son de veloz carrera, pero cuando se les dispara o molesta alzan el vuelo ruidosa y pesadamente hacia algún árbol vecino, donde se posan en alguna rama de poca altura y probablemente reposan en la noche en posición similar. En el mismo agujero ponen muchas aves, porque a veces se encuentran hasta 12 huevos

juntos y son tan grandes que no es posible que el cuerpo del ave contenga más de uno plenamente desarrollado cada vez. En todas las hembras que cacé ninguno de los huevos, aparte del grande, superaba el tamaño de un chícharo y había sólo ocho o nueve, probablemente la cantidad máxima que puede poner una hembra en una temporada.

Los nativos llegan todos los años desde 80 kilómetros a la redonda a recoger esos huevos, muy apreciados como manjar y que cuando están bastante frescos son en verdad deliciosos. Son más sabrosos que los de gallina y más delicados, uno llena por completo una taza de té y, con pan o arroz, son un alimento muy bueno. El color de la cáscara es rojo ladrillo pálido o, algunas veces, blanco puro. Son alargados y levemente más pequeños en un extremo de 10 a 12 centímetros de longitud por cinco o seis de anchura.

Después de que la hembra ha depositado sus huevos en la arena, ya no se ocupa de ellos. Cuando rompen la cáscara, las crías se abren camino entre la arena y corren de inmediato a la selva; Duivenboden, mi amigo de Ternate, me aseguró que pueden volar el día mismo que se empollan. Él había llevado algunos huevos a su goleta que se incubaron durante la noche y, a la mañana siguiente, las crías ya volaban por el camarote. Considerando las grandes distancias que han de recorrer las aves para depositar sus huevos en una situación adecuada —con frecuencia de 15 y hasta 25 kilómetros—, parece extraordinario que dejen de preocuparse por ellos después de la puesta. Es totalmente cierto, empero, que ni los cuidan ni pueden hacerlo. Al depositar varias hembras los huevos en el mismo agujero es imposible que cada una distinga cuál es el suyo; y el alimento que necesitan aves de tal tamaño, que consiste sólo en frutos caídos, no lo pueden conseguir más que correteando por una extensa zona, de modo que si todas las aves que llegan a esta única playa en la temporada de cría, y que ascienden a muchos centenares, tuvieran que permanecer en las cercanías, muchas perecerían de hambre.

En la estructura de las patas de esta ave podemos detectar una causa de su desviación de los hábitos de sus parientes más afines, los *Megapodii* y los *Talegalli*, que amontonan tierra, hojas, piedras y palos hasta formar un gran terraplén en el que entierran sus huevos. El maleo no tiene las patas tan grandes ni tan fuertes en comparación con esas aves y sus garras son cortas y rectas en vez de largas y curvas. Los dedos, sin embargo, están sólidamente palmeados en la base, formando un ancho y vigoroso pie que, junto con una pata bastante larga, está bien pertrechado para cavar la arena suelta, la cual vuela como una lluvia cuando las aves excavan, pero que sólo con gran trabajo podría acumular los montones

de diversos desperdicios que los grandes pies del *Megapodius*, aptos para agarrar, logran reunir con facilidad.

En la particular organización de toda la familia de los Megapodiidae o pavos de penacho también podríamos encontrar, en mi opinión, una razón de esta desviación radical de los hábitos usuales en la clase de las aves. Al tener cada huevo tal magnitud que llena por completo la cavidad abdominal y pasa con dificultad las paredes de la pelvis, es necesario un considerable intervalo entre la maduración de un huevo y el siguiente (los nativos dicen que unos 30 días). Cada hembra pone seis u ocho huevos o incluso más cada temporada, de modo que entre el primero y el último puede haber un intervalo de dos o tres meses. Ahora bien, si estos huevos fueran incubados del modo ordinario, o bien los padres tendrían que permanecer sentados continuamente durante este largo periodo, o bien, si comenzaran a incubar después de la puesta del último huevo, el primero quedaría expuesto a las inclemencias del tiempo o a la destrucción por lagartos, serpientes u otros animales que abundan en la zona; porque estas grandes aves han de trasladarse de un lugar o otro en busca de comida. Se trata, al parecer, de un caso en que los hábitos de un ave se remontan directamente al carácter excepcional de su organización; porque sería insostenible que a los Megapodidae les fuese conferida esta estructura anormal y este particular alimento para que no mostraran el afecto paterno ni poseyeran los instintos domésticos tan generales en la clase de las aves y que tanta admiración nos provocan.

Los autores de textos de historia natural suelen tomar los hábitos e instintos de los animales como puntos fijos y consideran que su estructura y organización están especialmente adaptadas y en consonancia con aquéllos. Pero este supuesto es arbitrario y tiene la funesta consecuencia de agotar cualquier investigación sobre la naturaleza y las causas de “instintos y hábitos”, ya que se considera que éstos son producto directo de una “causa primera” y, por lo tanto, incomprensibles para nosotros. Creo que un atento estudio de la estructura de las especies y de las particulares condiciones físicas y orgánicas que la rodean, o que la rodearon en épocas pasadas, esclarecería en muchos casos, como en el presente, el origen de sus hábitos e instintos. Éstos, combinados con cambios en las condiciones externas, repercuten en la estructura y, mediante “variación” y “selección natural”, se mantienen en armonía.

Mis amigos se quedaron tres días y cazaron muchos cerdos salvajes y dos anoas, pero estas últimas muy dañadas por los perros, de modo que sólo pude conservar las cabezas. El tercer día intentamos una gran cacería que resultó fallida debido al mal manejo para atraer la caza. Estuvimos esperando cinco horas

encaramados en plataformas colocadas sobre los árboles sin poder disparar ni una sola vez, aunque nos habían asegurado que cerdos, babirusas y anoas pasarían por delante de nosotros por docenas. Dos de mis hombres y yo nos quedamos otros tres días para conseguir más ejemplares de maleos. Logré conservar 26 en buen estado y la carne y los huevos nos proporcionaron comida abundante.

El principal envió una embarcación como había prometido para trasladar mi equipaje y yo, junto con mis dos muchachos y un guía, caminé unos 20 kilómetros por la selva. La primera mitad del trayecto no había senda y con frecuencia tuvimos que abrírnos camino a través de marañas de ratán y espesuras de bambú. En alguno de los rodeos que tuvimos que dar para encontrar una ruta más practicable expresé mi temor de perder el camino, pues con el sol en posición vertical no tenía ninguna clave para orientarnos correctamente. Pero mis guías se rieron de mí y consideraron bastante ridícula la idea. Y, efectivamente, a medio camino encontramos de repente una pequeña choza a la que llegaba a cazar la gente de Licoupang y a ahumar cerdos salvajes. El guía me dijo que él nunca había atravesado la selva entre esos dos puntos; y algunos viajeros consideran que éste es uno de los “instintos” salvajes, mientras que es sólo el resultado de un conocimiento general amplio. El guía conocía la topografía de toda la zona: el declive del terreno, la dirección de los arroyos, las zonas de bambú o ratán y muchas otras indicaciones de orientación y dirección; por lo tanto, estaba capacitado para dar con la choza, en cuyos alrededores había cazado muchas veces. En una selva de la que no conociera nada, se encontraría tan perdido como un europeo. Estoy convencido de que esto es lo que sucede con todos los maravillosos relatos de indígenas que encuentran su camino a través de selvas sin brechas ni veredas. Puede que nunca las hayan atravesado antes entre dos puntos concretos, pero están al tanto de la cercanía entre ambos y disponen de un conocimiento general del territorio, su sistema de agua, suelo y vegetación tal que, a medida que se van acercando al punto al que quieren llegar, encuentran muchas indicaciones fácilmente reconocibles que los capacitan para dirigirse a él sin errar el camino.

El rasgo principal de esta selva era la abundancia de palmas de ratán que colgaban de los árboles y se retorcían y serpenteaban por el suelo en una confusión inextricable. Al principio uno se pregunta cómo logran estas curiosas formas, pero, evidentemente, se debe al deterioro y caída de los árboles por los que trepaban, después de lo cual crecen por el suelo hasta que encuentran otro tronco por el que ascender. Una maraña de ratán vivo y retorcido es señal de que en algún periodo anterior ha caído un árbol en aquel lugar aunque no quede ni el más leve

vestigio de él. El ratán parece tener una capacidad ilimitada de crecimiento, y una sola planta puede trepar por varios árboles uno tras otro y así alcanzar la enorme longitud que dicen que a veces tiene. Dan un aspecto mucho mejor a la selva vista desde la costa, porque hacen variar el panorama monótono de las copas de los árboles coronadas de plumajes de hojas que se elevan por encima, culminando en una asta erecta de hojas que parece un pararrayos.

El otro objeto interesante de la selva era una hermosa palma cuyo tallo, totalmente liso y cilíndrico, se alza erguido más de 30 metros con un grosor de sólo 20 o 25 centímetros; las hojas en forma de abanico que componen su copa forman círculos casi completos de dos a dos y medio metros de diámetro, los cuales se sostienen en alto sobre largos y gráciles pecíolos, hermosamente festoneados alrededor por las extremidades de los folíolos, separados sólo unos centímetros de la circunferencia. Se trata probablemente de la *Livistona rotundifolia* de los botánicos y es la palma de abanico más completa y bella que he visto. Es admirable cómo doblándola se pueden formar cubetas para agua y canastas *impromptu*, además de servir para techar y otros fines.

Unos cuantos días después regresé a Menado a caballo y envié mi equipaje por mar; tuve el tiempo justo para empaquetar mis colecciones y tomar el próximo buque de correo a Amboina. Voy a dedicar ahora unas cuantas páginas a narrar las particularidades principales de la zoología de Célebes y su relación con la de los territorios vecinos.

XXIV. HISTORIA NATURAL DEL GRUPO CÉLEBES

LA ISLA Célebes ocupa la posición más céntrica del archipiélago. Inmediatamente al norte están las islas Filipinas; al oeste, Borneo; al este, las islas Molucas y al sur, el grupo Timor. Está por todos lados tan bien conectada con estas islas mediante sus propios satélites, pequeñas isletas y arrecifes de coral que ni inspeccionando el mapa ni mediante una observación real alrededor de sus costas es posible determinar con precisión qué se debe agrupar a ella y qué a los territorios vecinos. Siendo éste el caso, sería lógico que los productos de esta isla central representaran en cierto grado la riqueza y variedad de todo el archipiélago, ya que no hay que esperar gran individualidad en un territorio situado de tal modo que parecería destinado a recibir animales descarriados e inmigrantes de toda la zona alrededor.

Pero, como tantas veces sucede en la naturaleza, la realidad resulta ser exactamente lo contrario de lo que hubiéramos esperado, y un estudio de sus productos animales nos muestra que Célebes es a la vez la más pobre de todas las grandes islas del archipiélago en número de especies y la más aislada en la índole de sus productos. Junto con su secuela de islotes, se extiende por un espacio de mar apenas inferior en longitud y anchura al ocupado por Borneo, en tanto que su verdadera extensión territorial es casi el doble que la de Java; aun así, el número de mamíferos y aves terrestres apenas supera la mitad de las especies que se encuentran en la última isla mencionada. Su posición es tal que podría recibir inmigrantes de todas partes con mayor facilidad que Java, pero, en proporción a las especies que las habitan, son muchas menos las que parecen derivar de otras islas, en tanto que son muchas más las que le son propias; y un considerable número de sus formas animales es tan especial y notable que no se encuentran parientes afines en ninguna otra parte del mundo. Propongo que examinemos ahora los grupos de animales celebenses más conocidos con algún detalle, para estudiar sus relaciones con los de otras islas y prestar atención a muchos de los puntos de interés que nos sugieren.

Se conoce más sobre las aves de Célebes que sobre cualquier otro grupo de animales. Se han descubierto no menos de 205 especies y, aunque sin duda habría de añadir muchas más aves zancudas y nadadoras, la lista de aves terrestres, 144 en total, que para nuestro objetivo actual son las más importantes, debe de

estar casi completa. Personalmente, coleccioné aves en Célebes con asiduidad durante casi 10 meses y mi ayudante, Allen, pasó dos meses en las islas Sula. El naturalista holandés Forsten pasó dos años en el norte de la isla Célebes (20 años antes de mi visita) y se han enviado también colecciones de aves a Holanda desde Macasar. El barco francés de descubrimientos *L'Astrolabe* hizo escala en Menado y consiguió colecciones. Después de mi regreso a Inglaterra, los naturalistas holandeses Rosenberg y Bernstein formaron amplias colecciones, tanto en el norte de Célebes como en las islas Sula. Aun así, con todas estas investigaciones combinadas, sólo se han encontrado ocho especies de aves terrestres más de las que forman parte de mi colección, dato que hace que sea prácticamente seguro que queden muy pocas por descubrir.¹

Además de Salayer y Buton (Vutton, Butung) en el sur, junto con Peling y Bungay en el este, las tres islas del archipiélago Sula (o Zula) también pertenecen zoológicamente a Célebes, aunque por su ubicación parecería más natural agruparlas con las Molucas. Del grupo Sula se conocen en la actualidad 48 aves terrestres, y, si excluimos de éstas las cinco especies que están ampliamente diseminadas por todo el archipiélago, el resto es mucho más característico de Célebes que de las Molucas. Las especies idénticas a las de la primera isla son 31 y cuatro son endémicas de Célebes, en tanto que sólo 11 son especies molucas y dos más representativas.

Aunque las islas Sula pertenecen a la isla Célebes, están tan cerca de Buru y de las islas meridionales del grupo Gilolo que hay varias formas puramente molucas que han emigrado a ellas y son prácticamente desconocidas en la isla de Célebes; las 13 especies molucas entran en esta categoría, lo cual añade a los productos de Célebes un elemento extraño que realmente no le pertenece. Al estudiar las particularidades de la fauna celebense, conviene por lo tanto considerar únicamente los productos de la isla principal.

El número de aves terrestres en la isla de Célebes es de 128 y, de éstas, como hemos dicho, podemos descartar un pequeño número de especies que vagan por todo el archipiélago (con frecuencia de la India al Pacífico) y que sólo sirven para disfrazar las particularidades de cada isla. Estas especies son 20 en número y quedan 108 especies que podemos considerar más características de la isla. Al comparar con precisión estas especies con las aves de los territorios vecinos, encontramos que sólo nueve se extienden a las islas al oeste y 19 a las islas al este, en

¹ Más tarde el doctor Bernhard Meyer y otros naturalistas reunieron aves en Minahasa y las islas Togian en el golfo de Tomini y añadieron 14 especies a la avifauna de Célebes, que ahora consiste en 205 especies, de las cuales 148 son aves terrestres.

tanto que no menos de 80 están totalmente confinadas a la fauna de Célebes, un grado de individualidad que, considerando la ubicación de la isla, es difícil de equiparar con cualquier otra parte del mundo. Si estudiamos con más detenimiento estas 80 especies, nos sorprenderá la cantidad de particularidades que presentan y las extrañas afinidades con partes lejanas del mundo que parecen indicar muchas de ellas. Estas características tienen tanto interés e importancia que es necesario pasar revista a todas las especies propias de la isla y llamar la atención sobre lo que valga la pena destacar.

Seis especies de halcones son propias de Célebes; tres de ellas muy distintas de las aves afines que se encuentran desde la India hasta Java y Borneo, que al entrar en la isla Célebes parecen cambiar repentinamente. Otra (*Accipiter trinotatus*) es un bello halcón con elegantes hileras de puntos blancos, grandes y redondos en la cola que lo vuelven muy llamativo y bastante diferente a cualquier otra ave conocida de la familia. También hay tres búhos que son característicos; y una, la lechuza (*Strix rosenbergii*), es mucho más grande y fuerte que su pariente el *Strix javanica*, que se encuentra desde la India, pasando por todas las islas, hasta Lombok.

De los 10 papagayos que se encuentran en Célebes, ocho le son endémicos. Entre ellos hay dos especies de los singulares papagayos de cola de raqueta, que forman el género *Prioniturus* y se caracterizan por poseer dos largas plumas en forma de cuchara en la cola. Dos especies afines se encuentran en la isla adyacente de Mindanao, una de las Filipinas, y esta forma de cola no se encuentra en ningún otro papagayo en todo el mundo. Una especie pequeña de lorito (*Trichoglossus flavoviridis*) parece que tiene su más próximo afín en Australia.

Los tres carpinteros que habitan la isla son todos endémicos y afines a especies que se encuentran en Java y Borneo, aunque muy diferentes de todos ellos.

De los tres cuclillos propios, dos son notables. El *Phoenicophaeus callirhynchus* es la especie mayor y más bella en su género y se distingue por los tres colores del pico: amarillo fuerte, rojo y negro. El *Eudinamys melanorhynchus* difiere de todos sus parientes por el pico negro azabache, mientras que las otras especies del género siempre lo tienen verde, amarillo o rojizo.

La carraca de Célebes (*Coracias temminckii*) es un interesante ejemplo de una especie de un género que ha quedado separado del resto. Hay especies de *Coracias* en Europa, Asia y África pero ninguna en la península malaya, Sumatra, Java o Borneo. Esta especie parece bastante fuera de lugar y es aún más curioso el hecho de que no se parece en absoluto a ninguna de las especies asiáticas sino a las de África.

En la siguiente familia, los abejarucos, hay otro pájaro igualmente aislado, el *Meropogon forsteni*, que combina las características de los abejarucos de África y la India, cuyo único auténtico pariente, el *Meropogon breweri*, fue descubierto por Du Chaillu en África Occidental.

Los dos cálaos de Célebes no tienen parientes cercanos en las aves que abundan en los territorios vecinos. El único zorzal, *Geocichla erythronota*, es más afín a las especies particulares de Timor. Dos de los papamoscas son muy afines a las especies de la India que no se encuentran en las islas malayas. Dos géneros en cierto modo afines a las urracas (*Streptocitta* y *Charitornis*), pero cuyas afinidades son tan cuestionables que el profesor Schlegel los clasifica entre los estorninos, están totalmente confinadas a Célebes. Se trata de unas hermosas aves con larga cola, plumaje blanco y negro y con las plumas de la cabeza algo rígidas y parecidas a escamas.

Dudosamente afines a los estorninos hay otros dos pájaros muy aislados y bellos. Uno, el *Enodes erythrophrys*, tiene un plumaje ceniciento y amarillo, pero está adornado con anchas franjas de rojo anaranjado encima de los ojos. El otro, el *Basilornis celebensis*, es un pájaro negro y azul con una mancha blanca a cada lado del pecho y la cabeza adornada con una bella cresta de plumas comprimida y escamosa, parecida de forma a la del conocido gallo de roca de Sudamérica. El único pariente de esta ave se encuentra en Ceram y tiene las plumas de la cresta alargadas hacia arriba con una forma bastante diferente.

Un pájaro todavía más curioso es el *Scissirostrum pagei*, que, aunque en la actualidad está clasificado en la familia de los estorninos, difiere de todas las demás especies en la forma del pico y las narinas y parece más afín en su estructura general a los bueyeros (*Buphaga*) del África tropical, cerca de los que lo colocó finalmente el famoso ornitólogo príncipe Bonaparte. Es casi todo de color pizarroso, con pico y patas amarillas, pero las plumas de la rabadilla y de la capa que cubre la parte superior de la cola terminan todas en una brocha o copete rígido y lustroso de un intenso carmesí. Estos lindos pajaritos ocupan el lugar de los estorninos verde metálico del género *Calornis*, que se encuentran en muchas otras islas del archipiélago pero que están ausentes de la isla Célebes.² Van en bandadas, se alimentan de granos y frutos, frecuentan los árboles muertos, en cuyos agujeros construyen sus nidos y se adhieren a los troncos con tanta facilidad como los carpinteros o las enredaderas.

De las 18 palomas que hay en Célebes, 11 son endémicas de la isla. Dos de ellas, *Ptilinopus gularis* y *Turacaena menadensis*, tienen sus parientes más cerca-

² *Calornis neglecta*, encontrado por primera vez en las islas Sula, fue descubierto en las Célebes por el doctor Meyer.

nos en Timor. Otras dos, *Carpophaga forsteni* y *Phlegaeas tristigmata*, se asemejan mucho a las especies de la isla Filipina; y la *Carpophaga radiata* pertenece a un grupo de Nueva Guinea. Por último, en la tribu de las gallináceas, el peculiar maleo de casco (*Megacephalon rubripes*) está bastante aislado y sus parientes más próximos —pese a ser lejanos— son los pavos de penacho de Australia y Nueva Guinea.

Así pues, juzgando por las opiniones de los eminentes naturalistas que han descrito y clasificado estas aves, vemos que muchas de las especies no tienen afines cercanos en los países que rodean a Célebes, sino que, antes bien, o están muy aisladas o indican relaciones con regiones tan lejanas como Nueva Guinea, Australia, la India o África. Existen sin duda otros casos similares de afinidades remotas entre los productos de países distantes, pero que yo sepa en ningún punto del globo se reúnen tantos casos ni forman un rasgo tan acentuado de la historia natural del país.

Los mamíferos de Célebes son muy pocos en número y consisten en 14 especies terrestres y siete murciélagos. De las primeras, no menos de 11 son endémicas de la isla, incluyendo dos de las que hay razones para creer que han sido llevadas recientemente por el hombre a otras islas. Tres especies con una gama bastante amplia en el archipiélago son: 1) el extraño lémur, *Tarsius spectrum*, que se encuentra en todas las islas occidentales hasta Malaca y también en las Filipinas; 2) la civeta malaya común, *Viverra zibethica*, que tiene una gama más amplia todavía; 3) un ciervo, que parece ser el mismo que la *Rusa hippelaphus* de Java y probablemente fue introducido por el hombre en algún periodo anterior.

Las especies más características son las siguientes.

El *Cynopithecus nigrescens*, un extraño mono parecido al babuino si no es que un verdadero mandril, que abunda en toda Célebes y no se encuentra en ninguna otra parte, salvo en la pequeña isla de Bacan, en la cual ha sido probablemente introducido por azar. Hay una especie afín en las Filipinas, pero en ninguna otra isla del archipiélago hay algo que se le parezca. Estas criaturas tienen aproximadamente el tamaño de un perro de aguas, de color negro azabache, con el saliente hocico canino y las cejas protuberantes de los babuinos. Tienen grandes callosidades rojas y una cola corta y carnosa de apenas tres centímetros de largo y prácticamente invisible. Van en grandes grupos y viven básicamente en los árboles, pero descienden con frecuencia al suelo y roban en jardines y huertas.

El *Anoa depressicornis*, sapi-utan o buey salvaje de los malayos, es un animal que ha sido motivo de muchas controversias respecto a su clasificación como

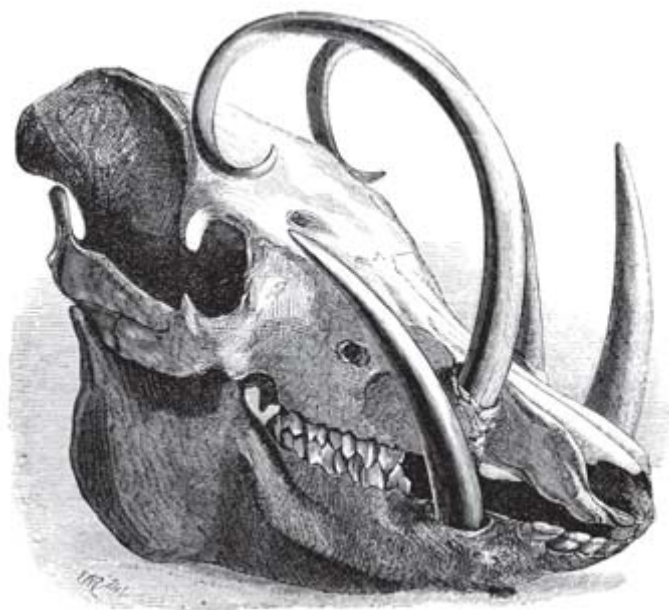


FIGURA XXIV.1. Cráneo de babirusa. Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

buey, búfalo o antílope. Es más pequeño que cualquier otro animal de ganado salvaje y en muchos aspectos se asemeja a algunos de los antílopes de África parecidos al buey. Se encuentra únicamente en las montañas y se dice que nunca habita en lugares donde hay ciervos. Es en cierta manera más pequeño que una vaca del altiplano de tamaño pequeño y tiene cuernos largos y rectos con un bucle en la base y descienden hacia atrás hasta el cuello.

El cerdo salvaje es de una especie particular de la isla; pero un animal mucho más extraño de esta familia es el babirusa o ciervo cerdo, así llamado por los malayos debido a sus largas y esbeltas piernas y colmillos curvos que parecen cuernos. Esta extraordinaria criatura se asemeja a un cerdo en el aspecto general pero no excava con el hocico porque se alimenta de frutos caídos. Los colmillos de la mandíbula inferior son muy largos y afilados pero los superiores, en vez de crecer hacia abajo del modo habitual, están completamente invertidos y crecen hacia arriba a partir de un alveolo de hueso que atraviesa la piel a cada lado del hocico y se curvan hacia atrás hasta llegar casi a los ojos; en los animales viejos llegan a tener hasta 25 centímetros de longitud. Es difícil entender cuál

pueda ser la utilidad de estos extraordinarios dientes parecidos a cuernos. Algunos de los antiguos autores suponían que les servían de ganchos y con ellos la criatura podía descansar la cabeza en una rama. Pero el modo en que habitualmente se bifurcan justo por encima y frente al ojo ha sugerido la idea más probable de que sirven para proteger estos órganos de espinas y púas cuando el animal busca frutos entre las marañas de ratanes y otras plantas espinosas. Con todo, tampoco esta explicación es satisfactoria porque la hembra, que ha de buscar su alimento del mismo modo, no los posee. Yo me inclinaría a pensar que estos colmillos fueron útiles en otro tiempo y que se desgastaban a medida que crecían; pero las nuevas condiciones de vida los han vuelto innecesarios y ahora se desarrollan hasta alcanzar esta forma monstruosa, lo mismo que los incisivos del castor o del conejo seguirían creciendo si los dientes opuestos no los fueran desgastando. En los animales viejos alcanzan un tamaño enorme y por lo común están rotos, tal vez por luchas.

Encontramos de nuevo un caso similar al del jabalí verrugoso africano al que los caninos le crecen hacia fuera y se curvan hacia arriba, de modo que constituyen una transición del modo habitual de crecimiento al del babirusa. En otros aspectos no parece haber ninguna afinidad entre estos animales, y el babirusa es un caso totalmente aislado sin ninguna semejanza con los cerdos de cualquier otra parte del mundo. Se encuentra en toda Célebes, en las islas Sula y también en Buru, único lugar al que se extiende más allá del grupo de Célebes; esta isla también muestra cierta afinidad con las islas Sula en las aves, lo cual tal vez indica una mayor conexión entre ellas que la existente en la actualidad en algún periodo anterior.

Los otros mamíferos terrestres de la isla Célebes son: cinco especies de ardillas, todas distintas de las de Java y Borneo, que marcan el límite más oriental del género en los trópicos, y dos de las zorras mochileras orientales (cuscús) que son diferentes de las de las Molucas y marcan el límite más occidental de este género y del orden de los marsupiales. Así pues, observamos que los mamíferos de Célebes no son menos particulares y extraordinarios que las aves, pues tres de las especies más grandes e interesantes carecen de parientes o afines en los territorios circundantes; es más, indican vagamente alguna relación con el continente africano.

Muchos grupos de insectos parecen especialmente sometidos a las influencias locales y cambian de forma y color cuando varían las condiciones o hasta cuando hay un cambio de lugar, aunque las condiciones sean aparentemente casi idénticas. Podríamos anticipar por tanto que la individualidad que se manifiesta

en los animales superiores es incluso más prominente en las criaturas con organismos menos estables. No obstante, hemos de tener en cuenta que la dispersión y migración de los insectos es mucho más fácil que la de los mamíferos o incluso las aves. Es mucho más probable que los insectos sean acarreados por los vientos violentos; sus huevos pueden ser arrastrados en hojas por tormentas de viento o en troncos flotantes, y las larvas y crisálidas, enterradas muchas veces en troncos o encerradas en capullos impermeables, pueden flotar días y semanas enteras en el océano sin ningún menoscabo. Esta facilidad de distribución tiende a asimilar los productos de territorios adyacentes de dos maneras: en primer lugar, por intercambio directo y mutuo de las especies; y en segundo, por inmigraciones consecutivas de nuevos individuos pertenecientes a especies comunes a otras islas y que, al cruzarse, suelen paliar los cambios de forma y color que de otro modo las diferencias de condiciones podrían producir. Con estos hechos en mente, hay que admitir que la individualidad de los insectos en Célebes es incluso mayor de lo que razonablemente se esperaría.

Con el propósito de garantizar exactitud en las comparaciones con otras islas, me reduciré a los grupos más conocidos o a los que he estudiado con atención. Comenzando por las Papilionidae o mariposas de cola de golondrina, Célebes posee 24 especies, de las que 18, un número elevado, no se encuentran en ninguna otra isla. Si comparamos con Borneo, que de 29 especies tiene únicamente dos que no se encuentran en ningún otro lado, la diferencia es de lo más sorprendente. En la familia de las Pieridae, o mariposas blancas, la diferencia no es tan acentuada, y esto quizá se deba a que el grupo es más errante, pero, aun así, no deja de ser notable. De las 30 especies que habitan Célebes, 19 son endémicas de la isla, en tanto que en Java (de la que se conocen más especies que de Sumatra y Borneo) de 37 especies sólo 13 le son propias. Las Danaidae son mariposas grandes pero de vuelo deficiente, frecuentan bosques y jardines y su colorido es sencillo pero a menudo muy intenso. De ellas mi colección contiene 16 especies de Célebes y 15 de Borneo; mientras que no menos de 14 se reducen a la primera isla, sólo dos son endémicas de la segunda. Las Nymphalidae son un grupo muy amplio de mariposas con alas vigorosas por regla general y de colores muy vivos, abundan mucho en los trópicos y en nuestro país están representadas por las *Fritillaria*, nuestras *Vanessa* y nuestro emperador púrpura. Hace algunos meses saqué una lista de las especies orientales de este grupo, incluyendo todas las nuevas descubiertas por mí, y llegué a los resultados comparativos siguientes:

<i>Isla</i>	<i>Especies de Nymphalidae</i>	<i>Especies endémicas de cada isla</i>	<i>Porcentaje de especies endémicas</i>
Java	70	23	33
Borneo	52	15	29
Célebes	48	35	73

Los Coleoptera son tan amplios que no se han estudiado todavía detalladamente muchos de los grupos. Por lo tanto, me referiré sólo a uno que estudié hace poco, los Cetonia o escarabajos de rosal, grupo de escarabajos que, debido a su extrema belleza, han sido muy buscados. De Java se conocen 37 especies de insectos y de Célebes sólo 30; no obstante, sólo 13, o 35%, son propias de la primera isla y 19, o 63%, de la segunda.

El resultado de estas comparaciones es que, aunque Célebes sea una isla grande con sólo unas cuantas islas pequeñas estrechamente agrupadas a su alrededor, debemos considerarla como una de las grandes divisiones del archipiélago, igual en rango e importancia al conjunto de los grupos de las Molucas o las Filipinas y a las islas Papúas o a las indomalayas (Java, Sumatra, Borneo y la península malaya). Tomando las familias de insectos y aves más conocidas, el cuadro de la página siguiente nos muestra las comparaciones de Célebes con los otros grupos de islas.

Estas extensas y conocidas familias son una buena representación del carácter general de la zoología de Célebes, y muestran que esta isla es una de las partes más aisladas del archipiélago pese a estar situada en su mismo centro.

Pero los insectos de la isla Célebes nos presentan otros fenómenos más extraños y difíciles de explicar que su individualidad específica. En muchos casos las mariposas de esta isla se caracterizan por la peculiaridad de su contorno, que las distingue a simple vista de las de cualquier otra parte del mundo. En las que esta característica se manifiesta más acentuadamente es en las *Papilio* y las *Pieridae* y consiste en que tienen las alas anteriores muy curvas o abruptamente dobladas cerca de la base o en que la punta es alargada y muchas veces forma un gancho. De las 14 especies de *Papilio* de Célebes, 13 muestran esta particularidad en mayor o menor grado cuando las comparamos con las especies más estrechamente afines de las islas circundantes. Diez especies de *Pieridae* tienen la misma característica y en cuatro o cinco de las *Nymphalidae* está también muy claramente marcada. En casi todos los casos, las especies que se encuentran en Célebes son mucho más grandes que las de las islas al oeste y por lo menos de igual ta-

<i>Zona geográfica</i>	<i>Papilionidae y Pieridae (porcentaje de especies endémicas)</i>	<i>Halcones, papagayos y palomas (porcentaje de especies endémicas)</i>
Región indomalaya	56	54
Grupo de las Filipinas	66	73
Célebes	69	60
Grupo de las Molucas	52	62
Grupo de Timor	42	47
Grupo de las Papúas	64	47

maño que las de las Molucas o incluso mayores. No obstante, la diferencia de forma es el rasgo más extraordinario y es en conjunto un fenómeno nuevo que toda una serie de especies de un país difieran exactamente de la misma manera de los conjuntos correspondientes en todos los países vecinos; y es una diferencia tan nítida que, sin tener en cuenta los detalles de colorido, la mayoría de las *Papilio* de Célebes y muchas *Pieridae* se pueden distinguir de inmediato de las de las otras islas únicamente por la forma.

El contorno exterior correspondiente a cada uno de los pares que se muestran en el dibujo representa el tamaño y la forma exactos de las alas anteriores de una mariposa de Célebes, mientras que el interior representa el de las especies más afines de alguna de las islas adyacentes. En la figura xxiv.2, el boceto 1 nos muestra el borde acentuadamente curvo de la *Papilio gigon*, especie de la isla Célebes, comparado con el borde mucho más recto de la *Papilio demolion* de Singapur y Java; el boceto 2 nos muestra la curva repentina cerca de la base del ala de la *Papilio miletus* de Célebes, comparada con la leve curvatura de la *Papilio sarpedon* común, que tiene casi exactamente la misma forma desde la India hasta Nueva Guinea y Australia. Por último, el boceto 3 nos muestra el ala alargada de la *Tachyris zarinda*, nativa de Célebes, comparada con el ala mucho más corta de la *Tachyris nero*, una especie muy afín que se encuentra en todas las islas occidentales. La diferencia de forma en cada caso es suficientemente obvia, pero cuando se compara a los propios insectos es mucho más destacada que en estos esbozos parciales.

Si partimos de la analogía de las aves podríamos suponer que el ala puntiaguda da una mayor velocidad al vuelo, ya que es una característica de las gaviotas, golondrinas, halcones y palomas de vuelo rápido. Por otra parte, un ala corta y redondeada va siempre acompañada de un vuelo más débil y laborioso, y mucho

menos decidido. Podríamos suponer, por lo tanto, que las mariposas que poseen esta forma peculiar escaparían mejor de la captura. Pero no parece que haya una abundancia descomunal de aves insectívoras que lo hagan necesario. Y como no podemos pensar que esta extraña particularidad carece de significado, es probable que sea el resultado de un anterior estado de cosas, cuando la isla tenía una fauna mucho más rica, cuyos remanentes podemos ver en las aves y mamíferos aislados que ahora la habitan; la abundancia de criaturas insectívoras hizo necesaria la existencia de estos medios de huida tan poco habituales en las mariposas de alas grandes y llamativas. Confirma esta opinión el hecho de que ni los grupos de mariposas muy pequeñas ni las de colores muy indefinidos tienen alas alargadas, así como el que tampoco haya ninguna modificación perceptible en los grupos con alas vigorosas que gozan de un vuelo firme y rápido. Éstas ya tenían protección suficiente frente a sus enemigos y no necesitaban aumentar su capacidad de huir de ellos. No está nada claro qué efecto tiene la particular curvatura de las alas en la modificación del vuelo.

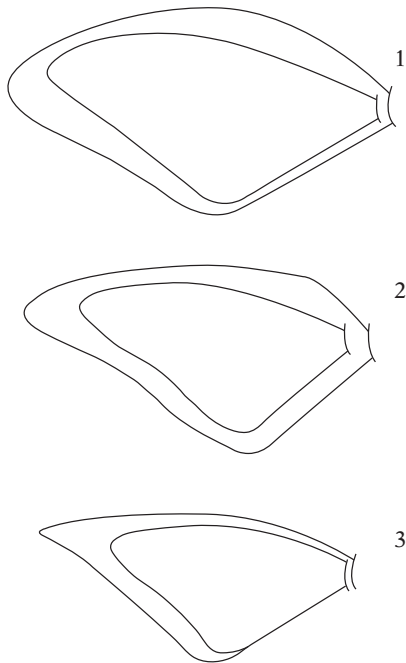


FIGURA XXIV.2. Contorno exterior de las alas anteriores de una mariposa de Célebes.
Dibujado en madera por Wallace, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Otro curioso rasgo de la zoología de Célebes merece nuestra atención. Me refiero a la ausencia de varios grupos que se encuentran a ambos lados de esta isla, en las indomalayas, así como en las Molucas, y que parece que por alguna causa desconocida no han logrado establecerse en la isla intermedia. En las aves tenemos las familias de Podargidae y Laniadae, que se extienden por todo el archipiélago y llegan hasta Australia y que aun así no tienen representantes en la isla Célebes. Los géneros *Ceyx* entre los martín pescadores, *Criniger* entre los zorzales, *Rhipidura* entre los papamoscas y *Erythrura* entre los pinzones, todos se encuentran en las Molucas, así como en Borneo y Java, pero ni una sola especie perteneciente a alguno de ellos se encuentra en Célebes. Entre los insectos, el extenso género de los abejorros de rosál, *Lomaptera*, se encuentra en todos los territorios e islas entre la India y Nueva Guinea salvo en la isla Célebes. Esta inesperada ausencia de muchos grupos en un distrito limitado que está en el centro mismo del área de distribución es un fenómeno no del todo único, pero en mi opinión en ninguna parte es tan acentuado como en este caso, lo cual aumenta el extraño carácter de esta notable isla.

Las anomalías y excentricidades en la historia natural de Célebes que me he propuesto esbozar en este capítulo apuntan todas a un origen en la antigüedad remota. La historia de los animales extintos nos enseña que su distribución en el tiempo y el espacio es sorprendentemente similar. La norma es que, así como los productos de zonas adyacentes en general se asemejan mucho entre sí, lo mismo sucede con los productos de periodos sucesivos en la misma área; y así como los productos de áreas remotas en general difieren ampliamente, lo mismo sucede con los productos de la misma zona en épocas remotas. Llegamos, pues, irremediablemente a la conclusión de que el cambio de las especies, más aún en el caso de la forma genérica y familiar, es cuestión de tiempo. Pero el tiempo puede haber conducido a un cambio en las especies de un país, mientras que en otro las formas han sido más permanentes, o bien el cambio ha tenido lugar a un ritmo equivalente pero de un modo distinto en cada país. En cualquier caso, el monto de individualidad en los productos de un territorio nos dará en cierta medida la magnitud del tiempo que esta zona ha estado aislada respecto de las que la rodean. Juzgada con este patrón, Célebes debe de ser una de las partes más antiguas del archipiélago y probablemente data de un periodo no sólo anterior a aquel en que Borneo, Java y Sumatra quedaron separadas del continente, sino a una época todavía más remota cuando la tierra que ahora constituye esta isla no había emergido del océano. Es necesario tener en cuenta esta antigüedad para explicar el número de formas animales que posee y que no muestran ninguna relación con

las de la India o Australia sino con las de África. Nos vemos obligados a especular sobre la posibilidad de que alguna vez haya existido un continente en el océano Índico que sirvió de puente para conectar esos territorios distantes. Ahora bien, no deja de ser curioso que la existencia de ese territorio ya se considerara necesaria para explicar la distribución de los extraños cuadrumanos que forman la familia de los lémures. Estos animales tienen su metrópoli en Madagascar pero se encuentran también en África, en Ceilán, en la península de la India y en el archipiélago malayo y llegan hasta Célebes, que es el extremo límite oriental. El doctor Sclater ha propuesto el nombre de Lemuria para el hipotético continente que conectaba esos puntos distantes y cuya antigua existencia indican las islas Mascareñas y el grupo de coral de las Maldivas. Creamos o no en su existencia en la forma exacta que aquí se indica, el estudioso de la distribución geográfica encontrará pruebas en los extraordinarios y aislados productos de Célebes de la antigua existencia de algún continente del que pudieron haber derivado los ancestros de estas criaturas y de muchas otras formas intermedias.³

En este breve esbozo de las particularidades más notorias de la historia natural de Célebes me he visto obligado a entrar en detalles que me temo que serán de muy poco interés para el lector común, pero si no lo hubiera hecho mi exposición hubiera perdido fuerza y valor. Sólo a través de estos detalles he podido demostrar los rasgos tan poco comunes que presenta Célebes. Situada en la mitad de un archipiélago, y estrechamente cercada por todos lados por islas que rebosan de variadas formas de vida, sus productos tienen pese a todo una individualidad sorprendente. Si bien son pobres en el número real de sus especies, gozan de una maravillosa riqueza en formas que le son propias, muchas de las cuales son singulares o bellas y en algunos casos absolutamente únicas en la superficie del globo. Contemplamos aquí el curioso fenómeno de grupos de insectos que cambian de contorno de un modo similar cuando los comparamos con los de las islas vecinas, lo cual nos sugiere una causa común que no parece haber actuado en ningún otro lugar del mismo modo. En consecuencia, la isla Célebes nos ofrece un extraordinario ejemplo del interés que implica el estudio de la distribución geográfica de los animales. Podemos ver que su actual distribución en el globo es el resultado de los cambios más recientes por los que ha pasado la superficie de la tierra; mediante un atento estudio de los fenómenos, a veces podemos deducir aproximadamente cuáles debieron ser esos cambios en el pasado para producir la distribución ahora existente. En el caso del grupo Timor, simple en comparación,

³ Desde entonces he llegado a la conclusión de que no es necesario un continente de conexión como Lemuria para explicar los hechos. (Véase mi *Island Life*, pp. 395 y 427.)

pudimos deducir estos cambios y nos acercamos bastante a la certidumbre. En el caso mucho más complicado de Célebes sólo podemos indicar el carácter general de los cambios, puesto que ahora contemplamos el resultado, no sólo de un cambio único o reciente, sino de toda una serie de revoluciones definitivas que han tenido por resultado la distribución actual de la tierra en el hemisferio oriental.

QUINTA PARTE

LAS MOLUCAS

XXV. BANDA

(Diciembre, 1857; mayo, 1859; abril, 1861)

EL BUQUE de correo holandés en el que viajé desde Macasar hasta Banda y Amboina era un buque espacioso y confortable, a pesar de que no navegaba a más de 10 kilómetros por hora en días de clima inmejorable. Como sólo había tres pasajeros además de mí, disponíamos de mucho espacio y pude gozar del viaje más que de ningún otro hasta entonces. Las disposiciones son algo diferentes de las que rigen a bordo de los barcos ingleses o hindúes. No hay criados de camarote, ya que todo pasajero que viaje en esta clase lleva invariablemente el suyo y el dispensero del barco atiende únicamente el salón y el departamento de comida. A las seis de la mañana se ofrece una taza de té a los que gusten. De siete a ocho se sirve un ligero desayuno con té, huevos, sardinas y demás. A las diez, madeira, ginebra y bíter en cubierta como aperitivo para el sustancioso almuerzo de las once, que sólo se diferencia de una comida en que no incluye sopa. Se sirven tazas de té o café a las tres de la tarde; bíter y demás de nuevo a las cinco; una buena comida con cerveza y clarete a las seis y media y, finalmente, té y café a las ocho. De vez en cuando se consigue cerveza y agua de soda cuando se solicita, así que no faltan pequeños estimulantes gastronómicos para distraer el tedio de un viaje por mar.

Nuestra primera escala fue Coupang, en el extremo occidental de la gran isla de Timor. Después costeamos varios cientos de kilómetros por esta isla, sin perder nunca de vista las cadenas de colinas cubiertas de escasa vegetación y montañas de una altura de 1 800 a 2 100 metros. Rumbo a Banda, pasamos Pulo-Cambing, Wetter y Roma, todas ellas islas volcánicas desoladas y áridas casi tan poco atractivas como Aden y que constituyen un extraño contraste con el usual verdor y exuberancia del archipiélago. En dos días más llegamos al grupo volcánico de Banda, cubierto por una extraordinaria vegetación verde, densa y brillante, que nos indicaba que habíamos cruzado la línea de vientos secos y calientes procedentes de las llanuras de Australia central. Banda es un lugarcito encantador con tres islas que forman un puerto seguro y con un agua tan transparente que se pueden divisar corales vivos e incluso los objetos más diminutos sobre el fondo

de la arena volcánica a una profundidad de siete u ocho brazas. El volcán, siempre humeante, yergue su desnudo cono a uno de los lados mientras que las dos islas más grandes están revestidas de vegetación hasta la cima de las colinas.

Al bajar a tierra, caminé por un lindo sendero que conduce al punto más alto de la isla, sobre el cual está situada la ciudad y donde hay un puesto de telégrafos y una vista magnífica. Más abajo se extiende la pequeña ciudad con sus pulcras casas blancas con tejas rojas, las viviendas de techo de palma de los nativos y, a un extremo, el antiguo fuerte portugués. A un kilómetro de distancia se encuentra la isla más grande en forma de herradura y formada por una cadena de colinas abruptas, recubiertas de bellos bosques y huertas de nuez moscada. Bastante cerca y enfrente de la ciudad está el volcán, con un cono de forma casi perfecta y sólo la parte inferior cubierta de vegetación baja y verde claro. En la parte norte el contorno es más desigual, y hay un pequeño hueco o hendidura como a la quinta parte del descenso del que emanan constantemente dos columnas de humo que también se eleva, aunque en menor abundancia, sobre la tosca superficie alrededor y de algunos puntos cerca de la cima. Una blanca eflorescencia, probablemente azufre, se difunde formando una gruesa capa por toda la parte superior de la montaña, marcada por las angostas y negras líneas verticales de los canales de agua. A medida que sube el humo se va uniendo hasta formar una densa nube, que en tiempo calmo y húmedo se difunde formando un amplio dosel tras el que se oculta la parte alta de la montaña. En la noche y temprano en la mañana, ese dosel suele elevarse verticalmente y deja ver toda la silueta de la montaña.

Sólo cuando se mira en la realidad un volcán activo puede uno darse plena cuenta del temor reverencial que infunde y de su grandeza. ¿De dónde viene ese fuego inagotable cuyo denso y sulfuroso humo no deja de emanar de su pico desnudo y desolado? ¿De dónde proceden las poderosas fuerzas que produjeron ese pico y que todavía se manifiestan de vez en cuando en los terremotos que siempre tienen lugar en las cercanías de los respiraderos volcánicos? Conocer desde la infancia la existencia de volcanes y terremotos los ha despojado del extraño y excepcional carácter que en realidad poseen. El habitante de la mayoría de los lugares del norte de Europa ve en la tierra el emblema de la estabilidad y el reposo. Toda su experiencia de vida y sus coetáneos le enseñan que la tierra es sólida y firme y que sus rocas masivas pueden contener agua en abundancia pero nunca fuego; y estas características esenciales de la tierra se manifiestan en las montañas que contiene su país. Un volcán es algo que se opone a toda esta masa de experiencia, algo de índole tan venerable que, si fuera la regla en vez de la excepción,

haría de la Tierra un lugar inhabitable; algo tan extraño e inexplicable que podemos estar seguros de que no creeríamos a ningún testigo humano que nos lo presentara por primera vez como un fenómeno natural que sucede en un país lejano.

La cima de la pequeña isla está compuesta de basalto sumamente cristalino; más abajo encontré piedra arenosa estratificada en capas, en tanto que en la playa hay enormes bloques de lava y masas esparcidas de piedra caliza coralina y blanca. La isla mayor tiene roca de coral hasta una altura de 100 a 120 metros y más arriba, lava y basalto. Por tanto, parece probable que este pequeño grupo de cuatro islas sea el fragmento de una zona más amplia que quizás estuvo conectada con Ceram, pero que fue desmembrada y fragmentada por las mismas fuerzas que formaron el cono volcánico. Cuando en otra ocasión visité la isla mayor, vi un trecho considerable cubierto de grandes árboles de selva, muertos pero todavía erguidos. Era un testimonio de uno de los terremotos más fuertes ocurrido hacía sólo dos años, cuando el mar entró arrasando esta parte de la isla inundándola hasta el punto de destruir la vegetación de todas las tierras bajas. Aquí hay un terremoto casi cada año y en lapsos de varios años algunos muy graves que derrumban casas y arrastran barcos desde el puerto hasta las calles.

A pesar de las pérdidas causadas por esos terribles visitantes y del pequeño tamaño y la ubicación aislada de estas pequeñas islas, han sido y todavía son de considerable valor para el gobierno holandés por poseer la principal plantación de nuez moscada del mundo. Casi toda la superficie está cubierta de esas plantas que crecen a la sombra de altos árboles Kanary (*Canarium commune*). El ligero suelo volcánico, la sombra y la excesiva humedad de estas islas, en las que llueve más o menos cada mes en el transcurso del año, parece que son propicios al árbol de nuez moscada, que no necesita ningún abono y casi ninguna atención. Estos árboles tienen flores y fruto maduro durante todo el año y no contraen ninguna de las enfermedades que, en un sistema de cultivo forzado y no natural, han arruinado a los plantadores de nuez moscada de Singapur y Penang.

Pocas plantas cultivadas son más bellas que la de nuez moscada. De forma elegante y hojas lustrosas, crece hasta unos seis a nueve metros de altura y carga pequeñas flores amarillas. El fruto tiene el tamaño y el color del durazno pero algo más ovalado. Es de consistencia resistente y carnosa, pero cuando madura se abre por la mitad y deja ver la nuez café oscuro en el interior, cubierta del macis carmesí que la torna un objeto de lo más bello. Dentro de la corteza dura de la nuez está la semilla que es la nuez moscada del comercio. Las grandes palomas de Banda se comen las nueces y digieren el macis pero desechan la nuez con la semilla intacta.

El comercio de la nuez moscada ha sido hasta ahora un monopolio estricto del gobierno holandés, pero desde que yo abandoné el país creo que esta prerrogativa ha sido parcial o totalmente interrumpida, procedimiento que parece sumamente insensato y bastante innecesario. Hay casos en que los monopolios están perfectamente justificados y en mi opinión éste es uno de ellos. Un pequeño país como Holanda no puede permitirse mantener lejanas y costosas colonias con pérdidas, y teniendo la posesión de una isla muy pequeña en la que se puede obtener un valioso producto, *que no es esencial para la vida*, a muy bajo costo, el Estado tiene casi el deber de monopolizarlo. Con ello no se hace ningún daño a nadie, sino que se otorga un gran beneficio a toda la población holandesa y a sus dependencias, puesto que el producto de los monopolios estatales la libera de una fuerte carga de impuestos. Si el gobierno no hubiera mantenido en sus manos el comercio de la nuez moscada en Banda, es probable que este grupo de islas se hubiera convertido hace tiempo en propiedad de uno o más grandes capitalistas. El monopolio hubiera sido casi el mismo, ya que en ninguna otra parte del mundo se puede producir nuez moscada a tan bajo costo como en Banda, pero las ganancias del monopolio hubieran ido a parar a unos cuantos individuos en vez de a toda la nación. Para ilustrar el hecho de que un monopolio estatal se puede convertir en un deber, vamos a suponer que no existiera oro en Australia pero que hubiese sido descubierto en inmensas cantidades por uno de nuestros barcos en alguna isla pequeña y estéril. En este caso, el Estado tendría simplemente el deber de mantener y explotar las minas en beneficio público, ya que, al hacerlo, las ganancias se dividirían entre toda la población con un descenso en la carga de impuestos. Mientras que, si el Estado dejara las minas disponibles al mercado libre y sólo conservara el gobierno de la isla, seguramente se producirían grandes daños durante la primera lucha por el metal precioso y finalmente se amortiguarían cuando algún individuo rico o una gran compañía tomaran el oro en monopolio, pero sus ingresos no beneficiarían del mismo modo a la comunidad. La nuez moscada de Banda y el estaño de Banca son en cierto modo paralelos a este caso hipotético, y en mi opinión el gobierno holandés actuaría de un modo insensato si renunciara a su monopolio.

Incluso la destrucción de plantas de nuez moscada y clavo en muchas islas con el fin de restringir su cultivo a una o dos en las que se pudiera respetar fácilmente el monopolio, acción que se ha convertido en motivo de indignación moral contra los holandeses, podría defenderse de acuerdo con principios similares y no es para nada tan nociva como muchos de los monopolios que nosotros hemos mantenido hasta hace poco. La nuez moscada y el clavo no son productos

esenciales para la vida; los nativos de las Molucas ni siquiera los usan como especias y a nadie se perjudicó material ni permanentemente con la destrucción de las plantas, ya que existen un centenar de productos que se pueden cultivar en las mismas islas, igualmente valiosos y mucho más benéficos desde un punto de vista social. Se trata de un caso exactamente paralelo a la prohibición que impusimos al cultivo de tabaco en Inglaterra con propósitos fiscales, y moral y económicamente no es ni mejor ni peor. El monopolio de la sal que mantuvimos tanto tiempo en la India era mucho peor. Mientras mantengamos un sistema de aduanas para artículos de uso diario, sistema que requiere una complicada formación de funcionarios y guardacostas para ponerlo en práctica y es origen de una serie de delitos puramente legales, es el colmo de lo absurdo que pretendamos sentir indignación ante la conducta de los holandeses que han seguido un sistema mucho más justificable, más inofensivo y más benéfico en sus posesiones en el Oriente. Desafío a los que tengan objeciones a que mencionen algún daño físico o moral que en efecto haya sido consecuencia de la actuación del gobierno holandés en este terreno; en tanto que esos daños son el resultado reconocido de todos nuestros monopolios y restricciones.¹ Las condiciones de ambos experimentos son totalmente diferentes. Todavía no se ha elaborado la verdadera “economía política” de una raza superior cuando gobierna a otra inferior. La aplicación de nuestra “economía política” a esos casos ha resultado invariablemente en la extinción o degradación de la raza inferior; y de ahí que una de las condiciones necesarias de su verdad tal vez sea la aproximada unidad mental y social de la sociedad a la que se aplica. Volveré a referirme al tema en el capítulo sobre Ternate, una de las más famosas islas antiguas de especias.

Los nativos de Banda están muy mezclados y puede ser que por lo menos tres cuartas partes de la población sean mestizos en diferentes grados de malayos, papúas, árabes, portugueses y holandeses. Las dos primeras razas constituyen la base de la gran mayoría y predominan la tez oscura, las facciones pronunciadas y el cabello más o menos rizado de los papúas. No cabe casi duda de que los aborí-

¹ En el informe parlamentario del periódico *Daily News* del 28 de marzo de 1890 leo lo siguiente: “El barón H. de Worms afirmó que era cierto que en el distrito de Newara Eliya de Ceilán se habían llevado a cabo ventas de tierras que afectaron a 10 283 hombres, mujeres y niños por no haber pagado el impuesto de arroz en cáscara o palay, que habían muerto 981 personas de hambre y de las enfermedades consiguientes y 2 539 habían quedado despojadas”. Aquí tenemos un ejemplo de una sobria declaración oficial respecto del resultado de nuestros impuestos sobre los alimentos humanos; un asunto tan común para nuestros legisladores que no parece que se le prestara mayor atención. ¡Y nos atrevemos a denostar a los holandeses de hace tres siglos por destruir árboles de especias por los que pagaron una justa compensación y cuyos resultados probablemente beneficiaron más que perjudicaron a los cultivadores del suelo! (Véase en esta parte el capítulo xxvii, “Ternate”).

genes de Banda eran papúas y todavía existen algunos en las islas Kai, a donde emigraron cuando los portugueses tomaron posesión de su isla nativa. Frecuentemente a pueblos como éstos se los considera formas de transición entre dos razas distintas, como malayos y papúas, cuando en realidad son simplemente ejemplos de la mezcla entre razas.

Los productos animales de Banda, aunque pocos, son interesantes. Las islas no tienen mamíferos verdaderamente indígenas excepto murciélagos. Es probable que los ciervos de las Molucas y el cerdo se hayan introducido. En Banda también se encuentra una especie del cuscús o zorra mochilera oriental, que tal vez sea verdaderamente indígena en el sentido de que no ha sido introducida por el hombre. De las aves, en mis tres visitas de uno o dos días de duración cada una, coleccioné ocho tipos y los coleccionistas holandeses han agregado otros. El más notorio es una paloma frutera muy bella y elegante, la *Carpophaga concinna*, que se alimenta de nuez moscada o más bien del macis, y cuyo estruendoso canto se oye continuamente. Esta ave se encuentra en las islas de Kai y Matabello, así como en Banda, pero no se halla en Ceram ni en ninguna de las islas grandes que están habitadas por especies afines aunque muy distintas. Una pequeña paloma frutera muy hermosa, la *Ptilinopus diadematus*, es también propia de Banda.

XXVI. AMBOINA

(Diciembre, 1857; octubre, 1859; febrero, 1860)

VEINTE horas desde Banda nos llevaron a Amboina, capital de las Molucas y una de las colonias europeas más antiguas en el Oriente. La isla consiste en dos penínsulas separadas por entradas del mar que dejan únicamente un istmo de arena de aproximadamente dos kilómetros de ancho cerca de su extremo oriental. La entrada occidental de agua tiene varios kilómetros de longitud y forma un buen puerto sobre cuyo lado meridional se encuentra la ciudad de Amboina. Llevaba una carta de presentación para el doctor Mohnike, el principal funcionario médico de las Molucas, un naturalista alemán. Escribía y leía inglés pero no lo hablaba, siendo como yo un mal lingüista, así que tuvimos que recurrir al francés como medio de comunicación. Me ofreció amablemente una habitación durante mi estancia en Amboina y me presentó a su ayudante, más joven que él, el doctor Doleschall, húngaro y también entomólogo, que era un hombre muy inteligente y amistoso, y me quedé muy sorprendido cuando supe que estaba casi muriéndose de tuberculosis, aunque todavía podía desempeñar los deberes de su oficio. En la tarde mi hospedador me llevó a la residencia del gobernador, Goldmann, quien me recibió muy cordial y amablemente y me ofreció todo tipo de ayuda. La ciudad de Amboina consiste en unas cuantas calles con negocios y una serie de caminos que forman ángulo recto unos con otros, bordeados por setos de arbustos floridos y rodeando casas de campo y chozas ocultas por palmas y árboles frutales. En casi todas direcciones hay colinas y montañas al fondo, y existen pocos lugares más agradables para un paseo en la mañana o en la tarde que esos caminos arenosos y esas veredas umbrías en los suburbios de la antigua ciudad de Amboina.

No hay volcanes activos en la isla y en la actualidad tampoco se halla ésta sometida a terremotos frecuentes, aunque ha habido algunos muy fuertes y es probable que ocurran de nuevo. William Funnell, en su viaje con Dampier a los mares del Sur en 1705, escribe:

Mientras estuvimos allí [en Amboina] hubo un gran terremoto que duró dos días, en el transcurso de los cuales causó muchos daños; la tierra estalló, abriéndose en

muchos lugares, y se tragó varias casas y familias enteras. Se logró desenterrar a algunas de las personas, pero la mayoría muertas y muchas con piernas o brazos rotos por el derrumbe de las casas. Los muros del castillo quedaron hechos pedazos en varios puntos y creíamos que éste y todas las casas iban a derrumbarse. El terreno en el que estábamos se agitaba como una ola marina, pero cerca de nosotros no hubo daños.

También hay numerosos testimonios de erupciones de un volcán que se halla en la parte oeste de la isla. En 1674 una erupción destruyó una aldea. En 1694 hubo otra erupción. En 1797 emitió mucho vapor y calor. Otras erupciones tuvieron lugar en 1816 y 1820 y dicen que en 1824 se formó otro cráter. Pero la actividad de esos fuegos subterráneos es tan caprichosa que, como desde la última época que he mencionado habían cesado por completo todos los síntomas de erupción, muchos de los habitantes europeos más inteligentes me aseguraron que nunca habían oído que existiera un volcán en la isla.

Durante los pocos días que transcurrieron hasta que pude hacer los arreglos necesarios para viajar al interior, disfruté mucho en compañía de los bien educados médicos, ambos amistosos, y entomólogos entusiastas pese a no tener más remedio que incrementar sus colecciones por medio de recolectores nativos. El doctor Doleschall estudiaba básicamente moscas y arañas pero también coleccionaba mariposas y palomillas, y en sus cajas vi ejemplares magníficos de la *Ornithoptera priamus* esmeralda y de la *Papilio ulysses* azul celeste, junto con muchas otras espléndidas mariposas de esta rica isla. El doctor Mohnike se limitaba principalmente a los escarabajos y había formado una magnífica colección en el transcurso de sus años de residencia en Java, Sumatra, Borneo, Japón y Amboina. La colección japonesa era de especial interés y contenía tanto el bello Carabidae de los países septentrionales como los espléndidos Buprestidae y Longicornios de los trópicos. El doctor hizo el viaje a Edo (Jedo, Yeddo: hoy Tokio) desde Nagasaki por tierra y conoce bien el carácter, costumbres y hábitos del pueblo japonés y la geología, rasgos físicos e historia natural del país. Me mostró colecciones de trozos de madera baratos impresos a color que se compran por menos de un cuarto de penique y abarcan una interminable variedad de dibujos de escenas y costumbres japonesas. Aunque toscos, son muy característicos y suelen mostrar puntadas de gran humor. Mohnike también posee una extensa colección de dibujos a color de plantas japonesas, hechos por una señora del país y que son las obras más magistrales que he visto. Cada tallo, ramita y hoja está logrado a base de pinceladas únicas que reflejan admirablemente la naturaleza y perspectiva de

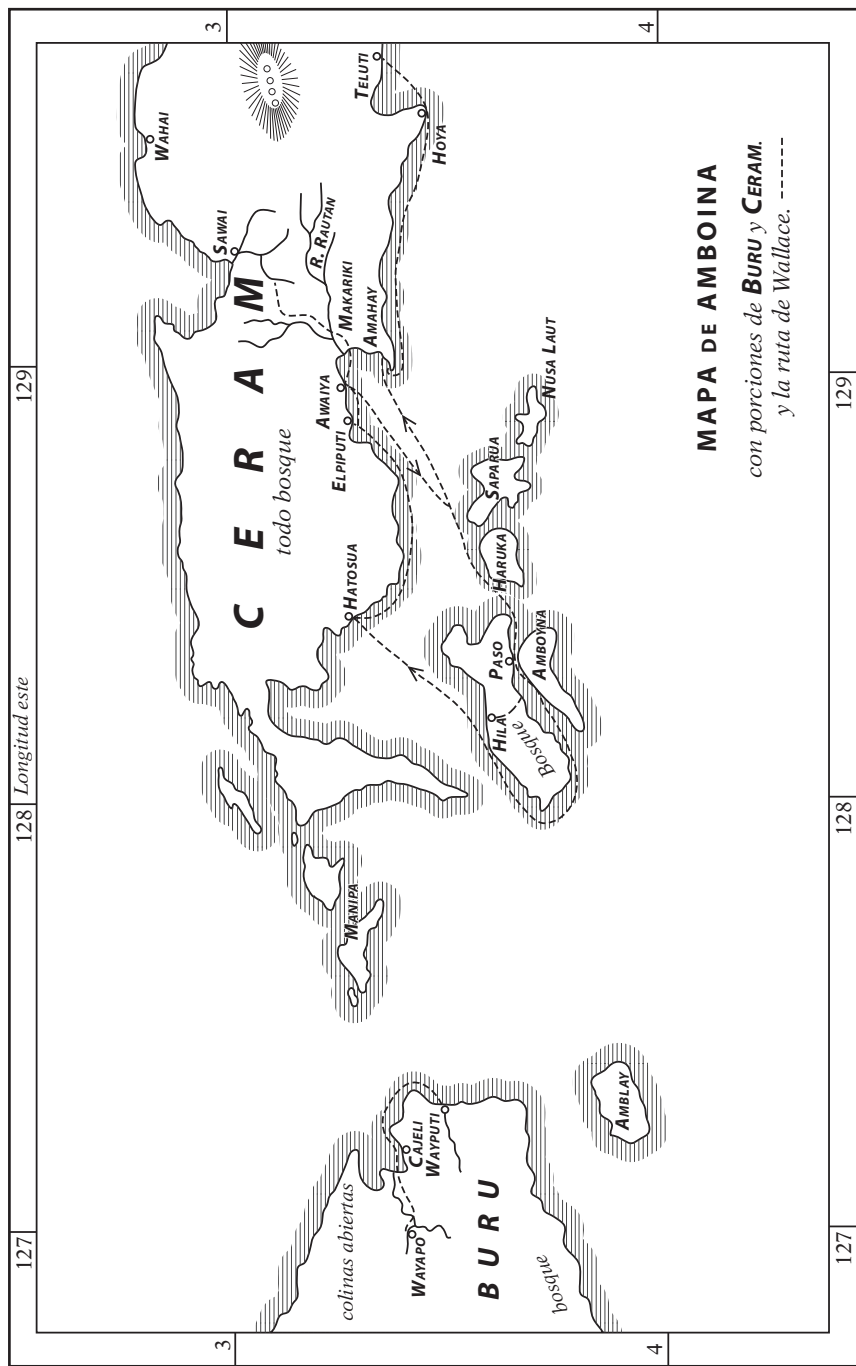


FIGURA xxvi.1. *Mapa de Amboina con porciones de Buru y Ceram y la ruta de Wallace. Alfred Russel Wallace, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

plantas muy complicadas y muestran las articulaciones del tallo y las hojas de un modo sumamente científico.

Después de hacer los arreglos necesarios para quedarme tres semanas en una pequeña choza situada en una plantación reciente en el interior de la mitad septentrional de la isla, obtuve con ciertas dificultades una embarcación y hombres que la condujeran, porque los amboineses son terriblemente perezosos. Después de pasar el puerto, que es como un apacible río en apariencia, la claridad del agua me proporcionó una de las vistas más asombrosas y bellas que he contemplado. El fondo estaba absolutamente cubierto de una serie ininterrumpida de corales, esponjas, actinias o pólipos y otros productos marinos de magníficas dimensiones, variadas formas y brillantes colores. La profundidad era de seis a 15 metros y el fondo era muy irregular, con rocas, hendiduras, pequeñas colinas y valles que ofrecían una variedad de condiciones para el crecimiento de esas selvas animales. Entre ellas salían y entraban muchos peces azules, rojos y amarillos, con puntos, franjas y rayas de lo más sorprendentes, mientras que grandes medusas transparentes anaranjadas o rosadas flotaban cerca de la superficie. Era un panorama que merecía ser contemplado horas y no hay descripción que pueda hacer justicia a su inigualable belleza e interés. Por una vez, la realidad superaba los relatos más ardientes que he leído acerca de las maravillas de un mar de coral. Tal vez no haya en el mundo un lugar más rico en productos marinos, corales, conchas y peces que el puerto de Amboina.

Desde la parte norte del puerto hay una amplia senda que atraviesa pantanos claros de bosque y selva por colinas y valles hasta el lado más extremo de la isla; la roca coralina se abre paso continuamente a través de la tierra roja y oscura que rellena todos los huecos y se extiende por casi todas las llanuras y laderas. La vegetación selvática es aquí de una naturaleza muy exuberante; abundan los helechos y palmeras y los ratanes trepadores eran los más copiosos que había visto hasta entonces y formaban una urdimbre que festoneaba casi todos los árboles de la selva. La casita que iba a ocupar estaba situada en un gran claro de selva de aproximadamente 40 hectáreas, en parte ya plantadas con árboles de cacao y plátanos que daban sombra y el resto cubierto de árboles selváticos muertos y medio quemados. A un lado había un trecho donde habían talado los árboles hacía poco y todavía no los quemaban. La senda por la que llegué seguía por uno de los lados de este claro, después se volvía a introducir en la selva virgen y pasaba por colinas y cañadas hasta llegar a la parte norte de la isla.

Mi morada era simplemente una choza con techo de palma, una veranda al descubierto en la parte delantera y una pequeña y oscura habitación en la de atrás.

Se alzaba a cerca de metro y medio del suelo con un acceso de toscos peldaños al centro de la veranda. Las paredes y el suelo eran de bambú y contenía una mesa, dos sillas de bambú y un lecho. Me acomodé en el lugar y emprendí la caza de insectos entre los troncos caídos más recientes, que producían abundancia de bellos Curculionidae, Longicornios y Buprestidae, la mayoría notables por sus elegantes formas o vivo colorido, y casi todos completamente desconocidos para mí. Sólo un entomólogo podrá apreciar el deleite con que yo cazaba por horas bajo el calor del sol entre ramas y ramitas y cortezas de troncos caídos, y cada unos cuantos minutos conseguía insectos que en aquella época eran casi todos poco comunes o nuevos en las colecciones europeas.

En los senderos umbríos de la selva había muchas y bellas mariposas y la más llamativa era la *Papilio ulysses*, azul brillante, una de las princesas del grupo. Aunque por entonces eran muy raras en Europa, en Amboina eran absolutamente comunes, pero no era fácil conseguirlas en buen estado y un gran número de los ejemplares que encontré tenía las alas desgarradas o rotas. Esta mariposa vuela con un movimiento ondulatorio bastante débil y, debido a su gran tamaño, alas con cola y vivo colorido, es uno de los insectos de aspecto más tropical que el naturalista puede contemplar.

Hay un acentuado contraste entre los escarabajos de Amboina y los de Macasar; estos últimos en general son pequeños y oscuros, mientras que los primeros son grandes y brillantes. En conjunto, los insectos del lugar se parecen a los de las islas Aru pero casi siempre pertenecen a especies distintas; cuando son muy afines entre sí, las especies de Amboina son de mayor tamaño y de colorido más vivo, así que podría llegarse a la conclusión de que, al pasar del este al oeste y entrar en un suelo y un clima menos favorable, han degenerado en formas menos sobresalientes.

En las tardes generalmente me sentaba a leer en la veranda, dispuesto a capturar cualquier insecto que llegara atraído por la luz. Una noche, hacia las nueve, oí un extraño ruido y un crujir de hojas sobre mí como si algún pesado animal estuviera arrastrándose lentamente por el techo de palma. Pronto cesó el ruido, ya no pensé en él y poco después me acosté. A la tarde siguiente, justo antes de comer, bastante cansado por la jornada de trabajo, estaba tendido en el lecho con un libro en la mano cuando, al alzar la mirada, vi una gran masa encima de mí en la que antes no me había fijado. Observé más atentamente y pude distinguir unas marcas amarillas y negras y pensé que era un caparazón de tortuga que habían puesto allá arriba fuera del alcance entre la viga del alero y el techo. Seguí mirando y finalmente resultó ser una gran serpiente enroscada compactamente en una

especie de nudo; pude detectar la cabeza y los brillantes ojos en el centro de los pliegues. El ruido de la noche anterior quedaba así explicado. Un pitón había trepado por uno de los postes de la casa y se había abierto camino por debajo del techo de palma hasta llegar a casi un metro de distancia de mi cabeza, donde se había instalado en una cómoda posición bajo el techo; y yo había dormido profundamente toda la noche justo debajo de ella.

Llamé a mis dos muchachos que estaban desollando pájaros y les dije: “Hay una gran serpiente en el techo”; pero en cuanto se las mostré salieron corriendo de la casa y me suplicaron que yo también saliera de inmediato. Cuando me di cuenta de que tenían demasiado miedo como para hacer algo, llamamos a unos trabajadores de la plantación y pronto se reunieron media docena a deliberar fuera de la casa. Uno de ellos, un nativo de Buru, donde hay muchas serpientes grandes, dijo que él la sacaría y comenzó a trabajar en forma muy expedita. Hizo un resistente lazo de nudo con ratán y con un palo largo en la otra mano empezó a atizar a la serpiente hasta que empezó a desenroscarse lentamente. Entonces logró pasarle el nudo de lazo por la cabeza, se lo ciñó al cuerpo y arrastró al animal hacia abajo. Se armó una intensa lucha porque la serpiente se enroscaba por las sillas y los postes para resistir a su enemigo, pero finalmente el hombre la agarró por la cola, salió corriendo de la casa (a tanta velocidad que la criatura parecía bastante confundida) y trató de golpearle la cabeza contra un árbol. No lo consiguió, la dejó escapar y la serpiente se escondió bajo un tronco cercano. De nuevo la atizó y de nuevo el hombre de Buru la agarró por la cola y emprendió una rápida carrera hasta que le estrelló la cabeza contra un tronco de una sacudida, para después matarla tranquilamente con un hacha. Tenía unos tres metros y medio de longitud y era muy gruesa, capaz de causar grandes daños y de tragarse un perro o un niño.

No conseguí muchas aves en este lugar. Las más notorias fueron el lori rojo, *Eos rubra*, un papagayo de lengua de cepillo con un vívido colorido carmesí que abundaba mucho. Llegaban grandes bandadas a la plantación y constituían un magnífico objeto cuando se posaban en algún árbol en flor de cuyo néctar se alimentan. Obtuve también uno o dos ejemplares del bello alción o martín pescador de Amboina de cola de raqueta, *Tanysiptera nais*, uno de los miembros más singulares y hermosos de esta bella familia. Estas aves difieren de todos los demás alciones (que habitualmente tienen la cola corta) en que las dos plumas de en medio de la cola se prolongan mucho y tienen una trama muy tupida pero terminan en una prolongación en forma de cuchara como en los momótidos y en los colibríes. Pertenecen a la división de la familia denominada cazadores reales, que



FIGURA XXVI.2. *Nativo de Buru sacando una pitón de una choza. Dibujado en madera por Baines, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

se alimentan básicamente de insectos y de pequeños moluscos terrestres sobre los que se lanzan y recogen del suelo del mismo modo que el martín pescador picotea un pez y lo saca del agua. Están confinados en una zona muy limitada que comprende las Molucas, Nueva Guinea y el norte de Australia. En la actualidad se conocen aproximadamente diez especies de estas aves y todas se parecen mucho entre sí, aunque se distinguen lo suficiente en cada localidad. La especie de Amboina, de la que ofrecemos aquí una presentación muy exacta, es una de las más grandes y elegantes. Tiene 43 centímetros de largo hasta la punta de las plumas de la cola; el pico es rojo coral y la superficie inferior blanco puro; el lomo y las alas, púrpura oscuro, en tanto que hombros, cabeza y cerviz y algunos puntos en la parte superior de la espalda y de las alas son azul celeste. La cola es blanca con las plumas bordeadas de azul, pero la parte más angosta de las plumas largas es azul intenso. Se trataba de una especie enteramente nueva y G. R. Gray le puso con acierto el nombre de una diosa del océano.

La noche de Navidad regresé a Amboina, en donde estuve unos diez días con mi amable amigo, el doctor Mohnike. Teniendo en cuenta que había estado fuera sólo veinte días y que de ellos cinco o seis no pude hacer nada debido al mal



FIGURA XXVI.3. *Martín pescador de cola de raqueta* (*Tanyptera nais*). Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

tiempo y a leves ataques de fiebre, había logrado una buena colección de insectos que comprendía una proporción mucho más amplia de especies grandes y brillantes de la que hasta entonces había conseguido en tiempo tan breve. De la hermosa y metálica Buprestidae tenía una docena de bellas especies, aunque en la colección del doctor observé cuatro o cinco más muy bellas también; así pues, Amboina es excepcionalmente rica en este elegante grupo.

Mi estancia en el lugar fue una buena oportunidad para ver cómo viven los europeos en las colonias holandesas, donde han adoptado costumbres que están mucho más de acuerdo con el clima que las de los ingleses en nuestras posesiones tropicales. Casi todas las transacciones y negocios se llevan a cabo por la mañana entre las siete y las doce; la primera parte de la tarde se dedica al descanso y, antes de la noche, se hacen las visitas. Cuando están en casa en pleno día, e incluso a la hora de la comida, visten un traje de algodón no ceñido y sólo usan traje de telas europeas ligeras para salir a la calle o como vestimenta de tarde. Después de la puesta de sol suelen pasear con la cabeza descubierta, reservando el sombrero negro para las visitas de ceremonia. La vida se vuelve así mucho más agradable y la fatiga y la incomodidad que el clima trae consigo se amortiguan considerablemente. El día de Navidad no se celebra mucho pero el de Año Nuevo se hacen visitas oficia-

les y de cortesía, y al atardecer fuimos a casa del gobernador, donde se congregó un gran número de damas y caballeros. Se sirvió té y café, costumbre casi universal en las visitas, así como puros, porque fumar nunca está prohibido en las colonias holandesas y se prenden puros incluso antes de que hayan retirado el mantel del almuerzo y aun cuando la mitad de los reunidos sean damas. Es aquí donde vi por primera vez el extraño loro negro de Nueva Guinea, *Chalcopsitta atra*. El plumaje es bastante brillante y levemente coloreado de amarillo y púrpura, con el pico y las patas totalmente negros.

Los amboineses nativos que residen en la ciudad son gentes extrañas, medio civilizadas, medio salvajes y perezosas; parecen el resultado de la mezcla de por lo menos tres razas, portuguesa, malaya y papúa o ceramense, con algún cruce ocasional de la china y la holandesa. El elemento portugués es el que predomina entre la antigua población cristiana, como lo indican las facciones y las costumbres, así como la presencia de muchas palabras portuguesas en malayo, que es ahora su lengua. Tienen un estilo particular de vestir que consiste en una camisa blanca ceñida al cuerpo con pantalones negros y una túnica negra o sobrecamisa. Las mujeres parece que prefieren el vestido completamente negro. En las festividades y días de descanso los hombres visten frac, chistera y acompañamientos, exhibiendo el carácter absurdo de nuestros trajes europeos de moda. Pese a que en la actualidad son protestantes, en las fiestas y bodas conservan las procesiones y la música de la Iglesia católica, con una curiosa mezcla de gongs y danzas de los aborígenes del país. Su idioma contiene aún más términos en portugués que en holandés, a pesar de que han estado en estrecha comunicación con esta última nación más de 250 años; incluso muchos nombres de aves, árboles y otros objetos naturales, así como muchos términos domésticos, son francamente portugueses.¹ Este pueblo ha tenido una extraordinaria capacidad de colonización para imprimir sus características nacionales en todos los países que ha conquistado o en los que ha llevado a cabo un asentamiento meramente temporal. En un barrio de Amboina hay una comunidad de malayos aborígenes que son mahometanos y que hablan un idioma especial parecido al de Ceram, además de malayo. Son en su mayoría pescadores y tienen fama de ser más trabajadores y honestos que los nativos cristianos.

¹ Las palabras siguientes son algunas cuantas muestras de términos portugueses de uso común por los nativos de habla malaya de Amboina y las otras islas Molucas: *pombo* (paloma), *milo* (maíz), *testa* (frente), *horas* (horas), *alfinete* (alfiler), *cadeira* (silla), *lenço* (pañuelo), *fresco* (fresco), *trigo* (harina), *sono* (sueño), *familia* (familia), *histori* (plática), *vosse* (usted), *mesmo* (igual), *cunhado* (cuñado), *senhor* (señor), *nyora* por *signora* (dama). Sin embargo, nadie tiene la mínima noción de que estas palabras pertenecen a un idioma europeo.

Un domingo me invitaron a conocer la colección de conchas de mar y peces de un caballero de Amboina. Los peces, por su variedad y belleza, tal vez no tengan rival en los de cualquier otro lugar de la tierra. El conocido ictiólogo holandés, el doctor Bleeker, ha elaborado un catálogo de 780 especies amboinensas, cantidad casi equivalente a la de todos los mares y ríos de Europa. Gran parte de ellos son de muy vivo colorido, con franjas y puntos amarillo, rojo y azul puro; en cuanto a la forma, presentan esa rara e infinita variedad tan característica de los habitantes del océano. Las conchas son también muy numerosas y abarcan muchas de las especies más bellas del mundo. Las *Macra* y *Ostrea* me llamaron especialmente la atención por la variedad y belleza de sus colores. Hace mucho tiempo que las conchas son objeto de comercio en Amboina y muchos de los nativos se ganan la vida recogiendo y limpiando, porque casi todos los visitantes se llevan una pequeña colección. El resultado es que muchas conchas del tipo más común han perdido todo su valor a los ojos del aficionado; muchos de los bellos y comunes conos, cauris y olivas que se venden en las calles de Londres a un penique son originarios de la lejana isla de Amboina, donde no se pueden conseguir tan baratos. Los peces de la colección estaban conservados en alcohol puro en cientos de recipientes de vidrio y las conchas ordenadas en grandes cajas planas de médula forradas de papel, cada ejemplar sujeto al fondo con hilo. Calculé que había aproximadamente mil tipos diferentes de conchas y tal vez diez mil ejemplares; la colección de peces de Amboina era casi perfecta.

En 4 de enero partí a Ternate; pero dos años más tarde, en octubre de 1859, regresé a Amboina después de una estancia en Menado y me quedé un mes en la ciudad en una pequeña casa alquilada con objeto de clasificar y empaquetar una colección extensa y variada que había traído del norte de Célebes, Ternate y Gilolo. No tuve más remedio que hacerlo así porque el buque de correo llegaba el próximo mes a Ternate vía Amboina y me hubiera retrasado dos meses para llegar a este último lugar. Fue entonces cuando visité por primera vez Ceram y cuando regresé a preparar la segunda y más completa exploración de esta isla me quedé dos meses —muy en contra de mi voluntad— en Paso, en el istmo que conecta las dos partes de la isla de Amboina. Esta aldea está situada en la parte oriental del istmo sobre terreno arenoso y tiene una vista muy agradable del mar hasta la isla de Haruka. En la parte del istmo que pertenece a Amboina, hay un pequeño río que se ha prolongado mediante un canal poco profundo hasta unos 30 metros de la línea de marea alta del otro lado. A través de este pequeño espacio, arenoso y muy poco elevado, se arrastran fácilmente praos y embarcaciones; todo el tráfico procedente de Ceram, de las islas de Saparua y de Haruka, que no

es muy numeroso, atraviesa Paso. El canal no sigue hasta cruzar porque las mareas de primavera dejarían un banco de arena como el que hay ahora.

Me habían dicho que la bella mariposa *Ornithoptera priamus* era muy abundante aquí, lo mismo que el alción de cola de raqueta y el loro de cuello anillado. Pero ya había pasado la temporada del primero y en general eran muy escasas las aves, aunque pude conseguir algunas interesantes, incluidas una o dos de las mencionadas rarezas. Me agradó mucho conseguir el bello escarabajo de brazos largos, *Euchirus longimanus*. Este insecto extraordinario raras veces o nunca se logra capturar, salvo cuando llega a libar la savia de las palmas de azúcar, en las que los encuentran los nativos cuando llegan temprano en la mañana a retirar los bambúes que se llenan durante la noche. Al principio me traían uno o dos cada día, y generalmente vivos. Son insectos indolentes que se arrastran perezosos valiéndose de sus inmensas patas anteriores. En el capítulo “Historia natural de las Molucas” de esta sección se proporciona una figura de este y otros escarabajos de las Molucas.

Me retuvo en Paso una erupción inflamatoria provocada por los constantes ataques de ácaros pequeños, parecidos a los mitas o aradores, por los que son muy famosas las selvas de Ceram y también por la falta de una buena alimentación durante el tiempo que estuve en esta isla. Llegó un momento en que estaba cubierto de virulentos forúnculos en los ojos, mejillas, axilas, codos, espalda, muslos, rodillas y tobillos, de modo que no me podía sentar ni caminar y me era difícil encontrar un costado sobre el cual tenderme sin que me doliera. Este estado se prolongó varias semanas y con la misma rapidez con que se me curaban unos me salían otros; pero la vida tranquila y los baños de mar finalmente acabaron con ellos.

Hacia fines de enero, Charles Allen, que había sido mi ayudante en Malaca y Borneo, volvió a reunirse conmigo por un periodo de tres años de común acuerdo y, en cuanto me sentí suficientemente bien, tuvimos mucho quehacer almaceando y preparando nuestra siguiente campaña. La mayor dificultad fue conseguir hombres pero finalmente encontramos dos cada uno. Un cristiano de Amboina de nombre Theodorus Matakana, que había estado un tiempo conmigo y había aprendido muy bien a desollar pájaros, se puso de acuerdo con Allen, así como con un muchacho callado y trabajador llamado Cornelius a quien había traído conmigo desde Menado. Yo tenía dos amboineses, Petrus Rehatta y Mesach Matakana, quien tenía dos hermanos, llamados respectivamente Shadrach y Abednego, de acuerdo con la costumbre general de estas gentes de poner sólo nombres de las Escrituras a sus hijos.

El tiempo que residí en este lugar disfruté de un lujo que no había tenido antes ni tuve desde entonces: el verdadero fruto del árbol del pan o frutipán. Había muchos en el lugar y en las aldeas de alrededor, y teníamos oportunidad de comprar casi todos los días, pues las barcas que iban a Amboina descargaban justo enfrente de la casa para ser arrastradas y cruzar el istmo. Aunque crece en otras partes del archipiélago, no abunda en ningún lugar y la temporada dura muy poco. Se hornea en las brasas y la parte de dentro se saca con cuchara. Yo lo comparo al budín de Yorkshire; Charles Allen decía que era como puré de papa con leche. En general tiene el tamaño de un melón, un poco fibroso en el centro, pero el resto es muy suave y de textura parecida al budín, con una consistencia entre budín de pasta con levadura y budín de pasta batida. A veces lo cocinábamos con curry o guisado, o lo freíamos en rebanadas, pero como es más sabroso es simplemente horneado. Se puede comer dulce o condimentado. Con carne y salsa es una verdura superior a cualquiera de las que conozco en los países de clima tropical o templado. Con azúcar, leche, mantequilla o melaza es un budín delicioso, de un sabor muy ligero y delicado pero característico del que, igual que sucede con el buen pan o las papas, uno nunca se cansa. La razón de que sea relativamente escaso es que se trata de un fruto cuyas semillas abortan completamente con el cultivo y, por lo tanto, el árbol sólo se puede propagar por medio de esquejes. La variedad con semilla es común en todos los trópicos, y, aunque las semillas son buenas para comer y se parecen a las castañas, el fruto es bastante deleznable como vegetal. Ahora que el vapor y las cajas de Ward han hecho posible y fácil el transporte de plantas, sería deseable que las mejores variedades de este vegetal inigualable se introdujeran en nuestras islas de las Indias occidentales y se propagaran allí. Como el fruto se conserva un tiempo después de cosechado, podríamos adquirir esta delicadeza tropical en el mercado de Covent Garden.

Aunque los pocos meses que pasé en Amboina en épocas diferentes no fueron muy provechosos en cuanto a colecciones, siempre permanecerán como un punto luminoso en el recuerdo de mis viajes por el Oriente, ya que fue allí donde encontré por primera vez esas espléndidas aves e insectos que hacen de las Molucas un territorio clásico a los ojos del naturalista y caracterizan a su fauna como una de las más extraordinarias y bellas del globo. El 20 de febrero finalmente abandoné Amboina y partí para Ceram y Waigeo, dejando que Charles Allen viajara en una embarcación del gobierno a Wahai, en la costa norte de Ceram, y de allí a la inexplorada isla de Misool.

XXVII. TERNATE

LA MAÑANA del 8 de enero de 1858 llegué a Ternate, la cuarta de una cadena de islas cónicas y volcánicas que bordean la costa occidental de la gran y casi desconocida isla de Gilolo. El monte más grande y de forma cónica más perfecta es Tidore, con más de 1 500 metros de altura; Ternate tiene una altura muy aproximada pero una cima más redonda e irregular.¹ La ciudad de Ternate queda oculta a la vista hasta que se entra entre las dos islas, cuando aparece extendiéndose a lo largo de la costa al pie mismo de la montaña. Tiene una buena ubicación y vistas magníficas desde todas partes. Enfrente y muy cerca está el accidentado promontorio y hermoso cono volcánico de Tidore; al este se halla la larga costa montañosa de Gilolo, que termina al norte en un grupo de tres picos volcánicos elevados, mientras que inmediatamente después de la ciudad se alza la enorme montaña, que al principio desciende suavemente cubierta de espesos bosquecillos de árboles frutales pero que después se torna más escarpada y está surcada por profundos cauces. Casi en la cima, desde donde emanan perpetuamente desvaídas guirnaldas de humo, está revestida de vegetación y tiene un aspecto apacible y bello, aunque en su interior esconde fuegos que ocasionalmente estallan en ríos de lava, pero que con mayor frecuencia dan a conocer su existencia con terremotos que han devastado muchas veces la ciudad.

Llevaba conmigo cartas de presentación para Duivenboden, un nativo de Ternate perteneciente a una antigua familia holandesa, pero educado en Inglaterra y que habla nuestra lengua a la perfección. Era un hombre muy rico, propietario de media ciudad, de muchos barcos y de más de un centenar de esclavos. Era además muy educado y amante de la literatura y la ciencia, todo un fenómeno en estas regiones. Se le conocía como el rey de Ternate a causa de sus extensas propiedades y gran influencia con los rajás nativos y sus súbditos. Gracias a su ayuda conseguí una casa bastante en ruinas, pero que se ajustaba bien a mis propósitos, pues estaba cerca de la ciudad y tenía libre acceso al campo y a la montaña. Rápidamente se hicieron las reparaciones necesarias, se consiguió algún mueble de bambú y otros objetos necesarios y, tras mi visita al residente y al prefecto de po-

¹ Los oficiales del *Challenger* encontraron que Ternate tiene 1 706 metros de altura y Tidore 1 798.

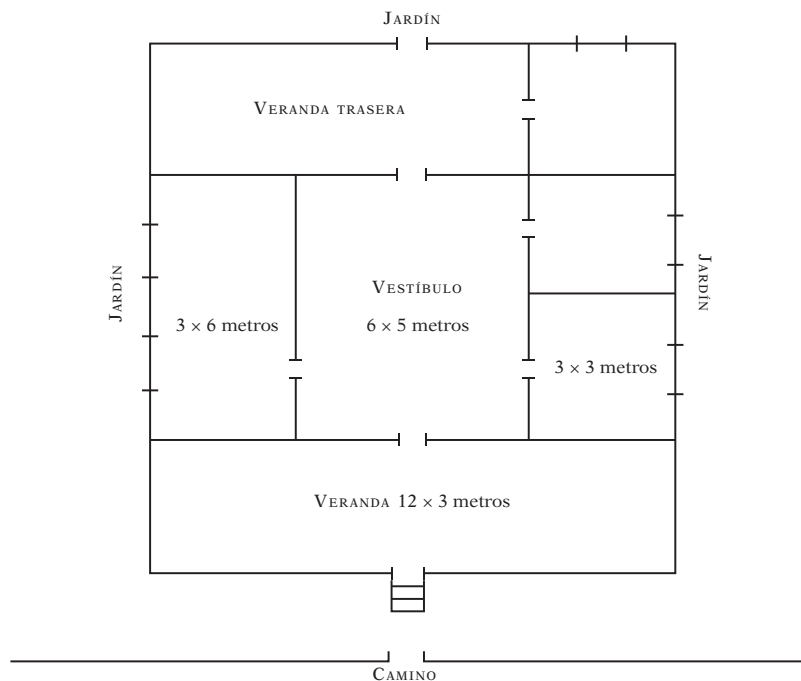


FIGURA XXVII.1. *Plano de la casa de Wallace en Ternate. Alfred Russel Wallace, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

licía, me convertí en un habitante de la isla de Ternate, torturada por los terremotos, capaz de estar al tanto de mis alrededores y de trazar el plan de mi campaña del año siguiente. Conservé esta casa tres años porque era muy conveniente tener un lugar al que regresar después de mis viajes a las diversas islas de las Molucas y Nueva Guinea, y donde poder empaquetar mis colecciones, restablecer mi salud y hacer los preparativos de futuros viajes. Para evitar las repeticiones, en este capítulo combinaré las notas que conservo acerca de Ternate.

Una descripción de mi casa (cuyo plano se muestra aquí) permitirá al lector entender la forma usual de construcción en estas islas. Es obviamente de una sola planta. Los muros son de piedra de un metro de altura; sobre éstos hay fuertes vigas cuadradas que sostienen el techo y por todas partes, excepto en la veranda, las paredes consisten en tallos de la hoja de palma de sagú pulcramente encajada en los marcos de madera. El suelo es de estuco y el techo es como las paredes. La casa mide 12 metros por lado, consiste en cuatro habitaciones, un vestíbulo y las dos verandas y está rodeada de una selva de árboles frutales. Un pozo profundo me abastecía de agua pura y fría, un gran lujo en este clima. Una caminata

de cinco minutos me llevaba al mercado y a la playa, en tanto que en dirección opuesta no había más casas europeas entre la mía y la montaña. En esta casa pasé muchos días felices. De regreso a ella después de tres o cuatro meses de ausencia en alguna región incivilizada, disfrutaba los desacostumbrados manjares de la leche y el pan recién hecho y un aprovisionamiento regular de pescado y huevos, carne y hortalizas que con frecuencia necesitaba desesperadamente para restablecer mi salud y energía. Disponía de un amplio espacio y de comodidades para desempacar, clasificar y ordenar mis tesoros, y gocé de hermosos paseos por los barrios de la ciudad y por la parte baja de la ladera de la montaña cuando deseaba hacer un poco de ejercicio o tenía tiempo para recolectar.

La parte inferior de la montaña, detrás de la ciudad de Ternate, está casi totalmente cubierta por una selva de árboles frutales y, en temporada, cientos de hombres y mujeres, de muchachos y muchachas suben y bajan cargados de frutos maduros todos los días. Durianos y mangos, dos de los más exquisitos frutos tropicales, son más copiosos en Ternate de lo que había visto antes y algunos mangos son de una calidad no inferior a otros en el mundo. Los lanzones y mangostanes también abundan pero no maduran hasta poco después. Por encima de los árboles frutales hay una franja de claros y terrenos cultivados que ascienden por la montaña hasta una altura de 600 a 900 metros, sobre la cual se halla la selva virgen que llega casi hasta la cima y que en el costado próximo a la ciudad está cubierta de un alto herbaje de cañaveral. En la parte más alejada es más elevada, de aspecto desnudo y desolado y con una ligera depresión que señala la posición del cráter. Por esta parte desciende un cauce muy accidentado y cubierto de escasa vegetación con algunos arbustos que llega hasta el mar. Es la lava de la gran erupción de hace casi un siglo y a la que los nativos denominan *batu-angas* (roca quemada).

Justo abajo de mi casa está el fuerte construido por los portugueses bajo el que hay un espacio abierto hasta la playa y más allá se extiende la ciudad nativa a lo largo de casi dos kilómetros hacia el noreste. Casi en el centro de la ciudad está el palacio del sultán, ahora un edificio de piedra grande, desaliñado y medio en ruinas. Este jefe está pensionado por el gobierno holandés pero conserva la soberanía sobre la población nativa de la isla y de la parte norte de Gilolo. Los sultanes de Ternate y Tidore fueron famosos en todo el Oriente por su poder y magnificencia real. Cuando Drake visitó Ternate en 1579, los portugueses habían sido expulsados de la isla aunque todavía conservaban un asentamiento en Tidore. Drake nos brinda un deslumbrante relato del sultán:

El rey tenía un baldaquín muy rico repujado de oro que sostenían sobre él y estaba custodiado por doce lanzas. De la cintura al suelo iba vestido de oro muy valioso; en la cabeza llevaba un tocado con varios anillos de oro finamente trenzados en guirnaldas de tres centímetros o más de ancho que le conferían un porte bello y principesco, pues eran de forma parecida a una corona; al cuello llevaba una cadena de oro de eslabones muy grandes y dobles; en la mano izquierda llevaba un diamante, una esmeralda, un rubí y una turquesa; en la mano derecha, una turquesa grande y perfecta en un anillo, y en otro anillo, muchos diamantes de menor tamaño.

Todo este esplendor de exótico oro era producto del comercio de especias, cuyo monopolio mantuvieron los sultanes y mediante el cual se enriquecieron. Ternate, junto con las pequeñas islas en hilera al sur hasta Bacan, constituye las antiguas Molucas, país nativo del clavo y la única parte del mundo en que se cultivaba. La nuez moscada y el macis se obtenían de los nativos de Nueva Guinea e islas adyacentes, donde crecían silvestres; y las ganancias de los barcos de carga de especias eran tan descomunales que los comerciantes europeos daban gustosos a cambio oro y joyas y las manufacturas más finas de Europa y de la India. Cuando los holandeses establecieron su influencia en estos mares y liberaron a los príncipes nativos de la opresión de los portugueses, vieron que el modo más fácil de cobrarles la hazaña sería tener el comercio de especias en sus propias manos. Con este fin, adoptaron el sabio principio de concentrar el cultivo de estos valiosos productos sólo en aquellos lugares sobre los que pudieran tener un control total. Para hacerlo con eficacia fue necesario abolir el cultivo y el comercio en todos los demás lugares, lo cual consiguieron a través de tratados con los gobernantes nativos. Éstos accedieron a la destrucción de todos los árboles de especias que hubiera en sus posesiones. Renunciaron a grandes aunque fluctuantes ingresos pero ganaron a cambio un subsidio fijo, la eliminación de los constantes ataques e implacables explotaciones de los portugueses y la continuidad de su poder real y exclusiva autoridad sobre sus propios súbditos, poder que siguen manteniendo hasta nuestros días en todas las islas excepto Ternate.

La mayoría de los ingleses, acostumbrados a considerar esta acción de los holandeses con un vago terror, supondrían sin duda que es algo profundamente bárbaro y carente de principios, y que la población nativa sufrió amargamente esa destrucción de propiedades tan valiosas. Pero lo cierto es que no fue así. Los sultanes conservaron este lucrativo comercio enteramente en sus manos como un monopolio rígido y se cuidaron de no dar a sus súbditos más de lo equivalente a los salarios usuales, en tanto que ellos extraían sin duda la mayor cantidad de

especias que se podían obtener. Drake y otros viajeros de aquella época siempre adquirieron las cargas de especias de los sultanes y rajás y no de los cultivadores. Ahora bien, la absorción de tanta mano de obra en el cultivo de este producto único debió elevar necesariamente el precio de los alimentos y otros productos necesarios; y cuando se abolió, se cultivó más arroz, se hizo más sagú, aumentó la pesca y se obtuvieron más caparazones de tortuga, ratán, goma de damar y otros productos valiosos de los mares y las selvas. Creo, por lo tanto, que esta abolición del comercio de especias en las Molucas benefició a sus habitantes y que no sólo fue un acto acertado en sí sino además justificable moral y políticamente.²

Respecto a los lugares en los que se llevó a cabo el cultivo, los holandeses no estuvieron acertados del todo. Escogieron Banda para la nuez moscada y ésta fue sumamente fructífera, ya que hasta ahora se siguen produciendo grandes cantidades de esta especia, que es una gran fuente de ingresos. Se destinó Amboina para el cultivo del clavo, pero el suelo y el clima, aunque aparentemente muy similares a los de sus islas nativas, no son favorables y el gobierno ha pagado durante años a los cultivadores un precio más alto del necesario debido a la gran baja en el precio, porque fijó la tasa de pago para un plazo de años y la sigue cubriendo honrosamente.

En los paseos por los barrios de Ternate encontramos por todas partes las ruinas de edificios de piedra maciza y ladrillo, cancelos y arcos que revelan de inmediato la gran riqueza de la antigua ciudad y los efectos destructores de los terremotos. Después de mi regreso de Nueva Guinea, en mi segunda estancia en la ciudad fue cuando experimenté por vez primera un terremoto. Fue bastante leve, poco superior a lo que están acostumbrados aquí, pero ocurrió en un lugar que ha sido destruido varias veces por ellos y fue mucho más excitante. Me acababa de despertar al disparo del cañón (cinco de la mañana) cuando de repente el techo empezó a crujir y sacudirse como si un ejército de gatos estuviera galopando sobre él, e inmediatamente después la cama empezó también a agitarse, de modo que por un instante sentí que estaba otra vez en Nueva Guinea, en la endeble casita que se sacudía cuando un gallo se trepaba al alero; no obstante, al recordar que ahora estaba en un suelo firme de tierra, me dije: “¡Pero si es un terremoto!”, y seguí tumbado con la agradable expectativa de otro temblor. No hubo otro y éste fue el único terremoto que experimenté en Ternate.

El último importante fue en febrero de 1840 y derrumbó casi todas las casas del lugar. Comenzó hacia la medianoche en la festividad del Año Nuevo chino,

² Véanse la p. 301 y la nota 1.

cuando casi todo el mundo pasa despierto la noche, celebrándolo en las casas de los chinos y contemplando las procesiones. Esto impidió que se perdieran vidas, pues la gente salió de las casas al primer temblor, que no fue muy grave. El segundo, unos minutos después, derribó un gran número de casas y los demás, que prosiguieron durante toda la noche y parte del día siguiente, acabaron de devastar el lugar. La franja afectada fue muy estrecha, de tal modo que la ciudad nativa, a aproximadamente poco más de kilómetro y medio al este, apenas sufrió daño alguno. La oleada pasó de norte a sur, cruzó las islas de Tidore y Makian y terminó en Bacan, donde se sintió a las cuatro de la tarde siguiente, o sea que tardó 16 horas en recorrer una distancia de 16 kilómetros, es decir, aproximadamente a 10 kilómetros por hora. Algo especial de este terremoto fue que la marea no subió ni hubo ninguna conmoción en el mar, como suele suceder en los grandes sismos.

La gente de Ternate pertenece a tres razas muy bien diferenciadas: los malayos de Ternate, los orang sirani y los holandeses. La primera es una raza malaya intrusa y en cierta manera afín a la población de Macasar que se estableció en el país en una época muy temprana, expulsó a los indígenas —que eran sin duda los mismos que los de la isla adyacente de Gilolo— y estableció una monarquía. Tal vez consiguieron de los nativos muchas de sus esposas y esto explicaría la extraordinaria lengua que hablan, en cierto modo muy similar a la de los nativos de Gilolo pero con muchos elementos de origen malayo. Para la mayoría de estas gentes el malayo es bastante incomprensible, aunque los que se dedican al comercio tienen que aprenderlo. Los orang sirani, o nazarenos, es el nombre con el que designan los malayos a los cristianos descendientes de portugueses que se parecen a los de Amboina y que, lo mismo que ellos, sólo hablan malayo. Hay también bastantes comerciantes chinos, muchos de ellos nativos del lugar, unos cuantos árabes y muchos mestizos producto de la mezcla de todas estas razas y las mujeres nativas. Además, hay algunos esclavos papúas y otros nativos procedentes de otras islas que se han establecido en el lugar y constituyen una población muy abigarrada y confusa, hasta que, investigando y observando, se manifiesta el origen distinto de sus partes componentes.

Poco después de mi llegada a Ternate fui a la isla de Gilolo acompañado por dos hijos de Duivenboden y un joven chino hermano del dueño de mi casa, quien nos prestó una barca con tripulación. Ésta estaba compuesta de puros esclavos, la mayoría papúas, y al inicio del viaje pude ver algo de la relación amo y esclavo en esta parte del mundo. La tripulación tenía la orden de estar preparada a las tres de la mañana y sin embargo no apareció ninguno hasta las cinco, mientras todos

nosotros esperábamos en la oscuridad y el frío durante dos horas. Cuando finalmente llegaron, su amo los regañó pero medio en broma, y ellos se rieron y bromearon con él. Entonces, cuando estábamos a punto de zarpar, uno de los hombres más fuertes se negó a ir y su amo tuvo que persuadirlo y suplicarle que fuera, cosa que sólo logró asegurándole que yo le daría algo; así que, con esta promesa y sabiendo que iba a haber mucha comida, bebida y poco quehacer, se convenció al caballero negro de que nos favoreciera con su compañía y ayuda. Tras tres horas de remar y velear llegamos a nuestro destino, Sedingole, donde hay una casa que pertenece al sultán de Tidore y a donde a veces va de cacería. Era un cobertizo ruinoso y sucio sin más objetos que unos cuantos catres de bambú. En mi primer paseo de exploración por el campo me di cuenta en seguida de que no era un lugar adecuado para mí. Una llanura cubierta de un herbaje alto y tosco se extiende muchos kilómetros salpicada de vez en cuando por espesuras de árboles, y el territorio de selva no comienza sino hasta las colinas, un gran trecho hacia el interior. Un lugar así no podía producir muchas aves e insectos, y decidimos en consecuencia quedarnos sólo dos días y después continuar a Dodinga, en el estrecho istmo central de Gilolo, desde donde mis amigos regresarían a Ternate. Nos divertimos disparando a papagayos, loros y palomas y tratando de dar en el blanco a algún ciervo, pero no lo conseguimos. La tripulación salió a pescar con red, de modo que no nos faltaron las provisiones. Cuando llegó el momento de proseguir nuestro viaje enfrentamos una nueva dificultad, porque los señores esclavos se opusieron en bloque a acompañarnos, declarando muy tajantemente que regresarían a Ternate. Sus amos tuvieron que someterse y me dejaron solo para que llegara a Dodinga como pudiera. Afortunadamente, pude alquilar un pequeño bote que me llevó aquella misma noche junto con mis dos hombres y el equipaje.

Dos o tres años después de esto, poco antes de que abandonara el Oriente, los holandeses emanciparon a todos sus esclavos y pagaron a sus amos una pequeña compensación. No hubo consecuencias malignas. A causa de las relaciones amistosas que siempre habían existido entre ellos y sus amos, debidas en parte a que hacía tiempo que el gobierno les había concedido derechos por ley y protección en contra de la crueldad y el abuso, muchos continuaron prestando el mismo tipo de servicio y, después de un breve periodo de dificultades en algunos casos, casi todos regresaron a trabajar para sus antiguos amos o para otros nuevos.

El gobierno dio un paso muy adecuado al poner a todo esclavo emancipado bajo la vigilancia del prefecto de policía. Estaban obligados a demostrar que trabajaban para ganarse la vida y que tenían algún medio de existencia adquirido

honestamente. Todos los que no se encontraban en estas condiciones pasaban a trabajar en obras públicas ganando salarios bajos y, de este modo, se mantenían alejados de la tentación del peculado u otros delitos a los que podrían haber sido conducidos por la excitación de una libertad recién adquirida y la falta de inclinación al trabajo.

XXVIII. GILOLO

(Marzo y septiembre, 1858)

HICE únicamente unas cuantas visitas relativamente breves a esta isla grande y casi desconocida, pero llegué a conocer bastante bien su historia natural porque envié primero a mi sirviente Alí y después a mi ayudante Charles Allen, quienes permanecieron dos o tres meses cada uno en la península septentrional y me trajeron grandes colecciones de aves e insectos. En este capítulo me propongo hacer un esbozo de las partes que visité personalmente. Mi primera estancia fue en Dodinga, situada al principio de una profunda bahía que se halla exactamente enfrente de Ternate y a corta distancia corriente arriba de un pequeño arroyo que incursiona algunos kilómetros en la isla. La aldea es pequeña y está completamente cercada por colinas de poca altura.

Tan pronto como llegué, solicité al jefe de la aldea una casa para vivir pero todas estaban ocupadas y era muy difícil encontrar una. Entretanto, descargué mi equipaje en la playa y me hice un té cuando descubrí una pequeña choza cuyo propietario estaba dispuesto a desalojar si le pagaban cinco florines por la renta de un mes. Como la cantidad era un poco menor que el valor de la vivienda, accedí a dárselos a cambio del privilegio de poder ocuparla de inmediato y de estipular que tenía que reparar el techo para que no pasara el agua. Aceptó hacerlo y venía todos los días a platicar y a mirarme; y cuando cada vez yo le insistía en que reparara de inmediato el techo de acuerdo con el contrato, obtenía por toda respuesta: "*Ea nanti*" (Sí, espere un poco). No obstante, cuando lo amenacé con deducir un cuarto de florín de la renta por cada día que pasara sin hacerlo y un florín extra si se mojaban mis cosas, condescendió a trabajar media hora, en la que hizo todo lo que era absolutamente necesario.

Sobre un banco de tierra que se alza a unos 30 metros de subida desde el agua se halla el fuerte, muy pequeño pero sólido, que levantaron los portugueses. Los terremotos hace tiempo que derribaron las murallas con almenas y torrecillas y también agrietaron su firme estructura, que no acabaron de derrumbar por consistir en un bloque de construcción de piedra, que forma una plataforma de unos tres metros de altura y quizá 12 metros por lado. El acceso al fuerte es

bajo una arcada con escalones angostos y que ahora culmina en una hilera de cabañas con techo de paja en las que vive la reducida guarnición consistente en un caporal holandés y cuatro soldados javaneses, únicos representantes del gobierno holandés en la isla. La aldea está totalmente ocupada por gente de Ternate. Los verdaderos indígenas de Gilolo, los *alfuros* como aquí los llaman, viven en la costa oriental o en el interior de la península septentrional. En este lugar, el istmo tiene una anchura de sólo tres kilómetros y hay un buen camino por el que traen arroz y sagú de las aldeas del este. El istmo es muy escarpado aunque no de gran altura y está formado por una serie de pequeñas y abruptas colinas y valles, con salientes de roca caliza por todas partes que con frecuencia casi bloquean el paso. Gran parte del camino es selva virgen, muy exuberante y pintoresca, y en esa época había abundancia de *Ixoras* escarlata de gran tamaño y en flor que le daban un aspecto muy alegre. Conseguí algunos insectos muy bellos, aunque, debido a que estuve enfermo la mayor parte del tiempo, mi colección era muy pequeña. Mi muchacho Alí me cazó un par de uno de los más hermosos pájaros del Oriente, *Pitta gigas*, un zorzal terrestre de gran tamaño cuyo plumaje negro aterciopelado resalta sobre el pecho blanco puro, lomos azul celeste y vientre carmesí muy vivo. Tiene patas muy largas y fuertes y se desplaza dando brincos tan incansablemente por la tupida maraña de la selva erizada de rocas que es muy fácil errar el tiro.

En septiembre de 1858, después de mi regreso de Nueva Guinea, fui a quedarme un tiempo en la aldea de Djilolo, situada en una bahía en la península septentrional. Allí, gracias a la amabilidad del residente de Ternate, quien dio órdenes de que me prepararan una vivienda, fue fácil encontrar casa. El primer paso por las selvas inexploradas de un nuevo lugar es un momento de intenso interés para el naturalista, pues es casi seguro que le proporcionará algo especial o desconocido hasta entonces. Lo primero que vi en este lugar fue una bandada de loritos, de los que conseguí un par con la escopeta, y me sentí muy complacido cuando encontré una hermosa ave pequeña y de larga cola adornada de verde, rojo y azul que me era desconocida. Se trataba de una variedad de la *Charmosyna placentis*, uno de los loros de lengua de cepillo más pequeños y elegantes. Mis cazadores pronto me consiguieron otras aves interesantes y personalmente encontré un ejemplar de la hermosa y poco común palomilla de vuelo diurno, *Cocytia d'urvillei*.

La aldea de Djilolo fue antiguamente residencia principal de los sultanes de Ternate hasta hace unos 80 años, cuando, a petición de los holandeses, se trasladaron a su actual morada. No cabe duda de que el lugar estaba entonces mucho

más poblado, como lo indica la gran extensión de terreno desforestado de los alrededores y que ahora está cubierto por un herbaje alto y tosco que hace muy poco agradable caminar a través de él y es completamente estéril para el naturalista. Algunos días de exploración me comprobaron que sólo quedaban pequeños retazos de selva en kilómetros a la redonda, y el resultado era escasez de insectos y un número muy limitado de aves, razones que hicieron que me trasladara de lugar. Había otra aldea llamada Sahoe a la que conducía un camino de 20 kilómetros por tierra y que me recomendaron como un excelente lugar para aves y que, además, estaba habitada por una gran población de mahometanos y alfuros, raza que deseaba mucho conocer. Empecé el camino una mañana para examinar el lugar con la esperanza de encontrar algo de selva en el camino. Quedé muy decepcionado porque el camino transcurre entre espesuras de hierba y arbustos achaparrados, y sólo después de llegar a la aldea de Sahoe se podía percibir algo de terreno con selva alta que se extendía hacia las montañas al norte de la aldea. Aproximadamente a medio camino, tuvimos que cruzar un profundo río en una balsa de bambú que casi se hundió bajo nuestro peso. Dicen que la corriente de agua sube un largo trecho hacia el norte.

A pesar de que Sahoe no era en absoluto lo que yo esperaba, decidí hacer el intento y unos cuantos días después conseguí una embarcación para que transportara mis cosas por mar mientras yo caminaba por tierra. Pusieron a mi disposición una casa grande que pertenecía al sultán. Estaba aislada y bastante al descubierto por todos lados, de modo que poca intimidación podía tener, pero como sólo quería quedarme unos días me las arreglé para habitarla. Unos pocos días disiparon todas las esperanzas que pudiera tener de hacer buenas colecciones en el lugar. No había nada más en todas direcciones que extensiones interminables de herbaje de cañaveral de dos y medio a tres metros de altura atravesadas por sendas angostas y a menudo infranqueables. De vez en cuando había grupos de árboles frutales, retazos de bosque bajo y gran abundancia de plantaciones y arrozales, que en las regiones tropicales son un erial para el entomólogo. La selva virgen tras la que iba en busca sólo existía en las cimas y en las escarpadas y rocosas laderas de las montañas que se encontraban a bastante distancia y en condiciones que las hacían inaccesibles. En los barrios de la aldea encontré bastantes abejas y avispa y algunos escarabajos pequeños pero interesantes. Mis cazadores me consiguieron dos o tres aves nuevas y, después de indagaciones y promesas incesantes, logré que los nativos me trajeran algunas conchas de tierra entre las que se encontraba una muy bella e interesante, *Helix pyrostoma*. Empero, estaba perdiendo mi tiempo en el lugar en comparación con lo que habría podido

estar haciendo en una buena localidad y, al cabo de una semana, regresé a Ternate, bastante decepcionado de mis primeros intentos de recolección en Gilolo.

En el interior del territorio que rodea Sahoe hay una gran población de indígenas, muchos de los cuales llegan a diario a la aldea con sus productos para vender, en tanto que otros se contratan como trabajadores a los chinos y a los comerciantes de Ternate. Una atenta observación me convenció de que estas gentes son radicalmente diferentes de las demás razas malayas. Su estatura y rasgos físicos, así como su talante y costumbres, son casi los mismos que los de los papúas; el pelo es semipapúa, ni lacio, fino y brillante como el de los auténticos malayos, ni tan rizado y lanudo como el perfecto tipo de papúa, sino crespo, ondulado y áspero, como sucede con frecuencia entre los verdaderos papúas pero nunca en los malayos. Únicamente el color de la tez es casi idéntico al del malayo o incluso más claro. Es obvio que ha habido mezcla y ocasionalmente se encuentran individuos a los que es difícil clasificar; pero, en la mayoría de los casos, la nariz grande y en cierto modo aquilina con el ápice alargado, la gran estatura, el pelo ondulado, el rostro barbudo y el cuerpo cubierto de vello, así como los modales menos contenidos y el tono más alto de voz, proclaman inconfundiblemente el tipo papúa. Había descubierto, pues, la línea fronteriza exacta entre las razas malaya y papúa y en un lugar en donde ningún otro autor lo hubiera esperado. Me complació mucho el descubrimiento, que me dio la clave de uno de los problemas más complicados en etnología y me capacitó para poder separar las dos razas en muchos otros lugares y explicar sus cruces.

A mi regreso de Waigeo en 1860, permanecí unos días en el extremo meridional de Gilolo, pero, más allá de conocer un poco mejor su estructura y características generales, conseguí muy poca información adicional. Los indígenas habitan exclusivamente la parte septentrional de la península y el resto de la isla, junto con Bacan y otras islas al oeste, está habitado exclusivamente por tribus malayas afines a las de Ternate y Tidore. Esto parecería indicar que los alfuros fueron una inmigración relativamente reciente procedente del norte o el este, tal vez de algunas de las islas del Pacífico. De otro modo, es difícil comprender por qué tantas zonas fértiles carecen de auténticos indígenas.

Gilolo, o Halmaheira, como la denominan malayos y holandeses, parece que ha sido transformada recientemente por levantamientos y hundimientos de tierras. En 1673 dicen que se elevó una montaña en Gamokonora, en la península del norte. Todas las partes que yo vi eran volcánicas o coralinas y a lo largo de la costa se extienden arrecifes de coral muy peligrosos para la navegación. Simultáneamente, las características de su historia natural demuestran que es un terri-

torio bastante antiguo, pues posee una serie de animales propios de la isla o comunes a las pequeñas islas que la rodean, pero casi siempre distintos de los de Nueva Guinea al este, Ceram al sur y Célebes y las islas Sula al oeste.

La isla de Morty, cercana al extremo nororiental de Gilolo, fue visitada por mi ayudante Charles Allen, así como por el doctor Bernstein, y las colecciones que obtuvieron allí presentan curiosas diferencias respecto de las de la isla principal. Se conocen unas 56 especies de aves terrestres que habitan esta isla y entre ellas hay un alción o martín pescador (*Tanysiptera doris*), un libador de miel (*Tropidorhynchus fuscicapillus*) y un gran estornino parecido al cuervo (*Lycocorax morotensis*); son bastante diferentes a las especies que se encuentran en Gilolo. La isla es coralina y arenosa y hemos de creer por lo tanto que quedó separada de Gilolo en alguna época remota, en tanto que por su historia natural sabemos que un brazo de mar de 40 kilómetros de anchura hace de frontera para impedir el acceso de aves incluso con gran capacidad de vuelo.

XXIX. VIAJE A LAS ISLAS CAYOA Y BACAN

(Octubre, 1858)

AL REGRESO de Ternate desde Sahoe empecé de inmediato a hacer los preparativos para un viaje a Bacan, isla que me recomendaron constantemente que visitara desde que llegué a esta parte de las Molucas. Cuando todo estuvo listo me di cuenta de que tenía que rentar una embarcación, ya que no había oportunidad de conseguir un pasaje en barco. Así que fui a la ciudad nativa, donde encontré sólo dos embarcaciones de alquiler; una mucho más grande de lo que necesitaba y otra mucho más pequeña de lo que quería. Me decidí por la menor, básicamente porque no me costaría ni una tercera parte de lo que tenía que pagar por la grande y también porque, para navegar costeando, un navío pequeño es mucho más fácil de manejar y de ubicar en un lugar seguro cuando soplan los violentos temporales. Me acompañaron mi muchacho de Borneo, Alí, que entonces me estaba prestando un gran servicio; Lahagi, un nativo de Ternate, hombre muy bueno y prudente y buen cazador que había ido conmigo a Nueva Guinea; Lahi, un nativo de Gilolo que hablaba malayo, asistente general y encargado de cortar madera; y Garo, un muchacho que iba a trabajar de cocinero. Como la embarcación era tan pequeña que apenas quedaba espacio para nosotros cuando todos mis bultos estuvieron a bordo, sólo contraté a otro hombre llamado Latchi como piloto. Era un esclavo papúa, un tipo alto y fuerte pero muy atento y cuidadoso. La embarcación se la había rentado a un chino de nombre Lau Keng Tong por cinco florines al mes.

Partimos la mañana del 9 de octubre pero no estábamos ni siquiera a 100 metros de tierra cuando se levantó un fuerte viento contra el que no podíamos remar, de modo que nos arrastramos por la costa hasta debajo de la ciudad y esperamos a que el cambio de la marea nos permitiera cruzar hasta la costa de Tidore. A las tres de la tarde aproximadamente volvimos a zarpar y la embarcación navegó bien, manteniéndose ceñida al viento. Avanzamos un buen trecho antes de que amainara y tuviéramos que remar de nuevo. Desembarcamos en una linda playa arenosa en donde cocinamos nuestra cena justo cuando el sol se ponía tras las escarpadas colinas volcánicas, al sur del gran cono de Tidore, y poco después

contemplábamos el planeta Venus resplandeciendo en el crepúsculo con el brillo de una luna nueva y proyectando una nítida sombra. Partimos de nuevo poco antes de las siete y cuando íbamos saliendo de la sombra de la montaña observé una luz viva sobre una parte de la serranía y, poco después, lo que parecía un fuego de una extraordinaria blancura sobre la cima misma de la colina. Hice que mis hombres se fijaran en él, pero opinaron que se trataba sólo de un fuego; unos cuantos minutos después, a medida que nos íbamos separando de la costa, la luz se elevó por encima del contorno de la montaña y, al desplazarse unas nubes muy tenues, dejaron ver el magnífico cometa que estaba al mismo tiempo asombrando a toda Europa. A simple vista, el núcleo era como un disco claramente definido de luz blanca y brillante, del que se alzaba la cauda formando un ángulo de unos 30 o 35° con el horizonte y que después descendía ligeramente y terminaba en una ancha brocha de luz difusa, cuya curvatura disminuía hasta que en el extremo se volvía casi recta. La parte de la cauda próxima al cometa parecía tres o cuatro veces más brillante que la parte más luminosa de la Vía Láctea, y lo que me sorprendió como rasgo muy particular fue que su borde superior, desde el núcleo hasta muy cerca del extremo, estaba clara y nítidamente definido mientras que la parte inferior se desvanecía gradualmente en la oscuridad. Cuando se alzó directamente sobre la cima de la colina, les dije a mis hombres: “Miren, no es un incendio, es una *bintang ber-ekor*” (“estrella con cola”, término malayo para cometa). “Así es”, dijeron, y todos manifestaron que habían oído hablar muchas veces de cometas pero nunca habían visto uno hasta entonces. Yo no llevaba telescopio ni tenía ningún otro instrumento a mano, pero calculé que la cauda tendría una longitud de unos 20° y cerca del extremo un ancho de unos 4 o 5°.

Todo el día siguiente tuvimos que quedarnos detenidos cerca de la aldea de Tidore a causa de un fuerte viento que soplaba directamente en contra. Todo el campo estaba cultivado y busqué en vano insectos que mereciera la pena capturar. Uno de mis hombres salió a cazar pero regresó sin un solo pájaro. Al ponerse el sol y amainar el viento, abandonamos Tidore y llegamos a la siguiente isla, Mareh, en donde nos quedamos hasta la mañana. Se veía de nuevo el cometa pero mucho menos brillante, ya que estaba en parte oculto tras las nubes y mitigado por la luz de la luna nueva. Después cruzamos remando hasta la isla de Motir, que está rodeada de arrecifes de coral a los que es peligroso acercarse. Los arrecifes son totalmente planos, sólo están cubiertos en la marea alta y terminan en muros verticales y escarpados de coral a mucha profundidad. Cuando sopla un poco el viento es peligroso acercarse a estas rocas, pero afortunadamente estaba calmo y pudimos anclarnos al borde mientras los hombres gateaban por el arrecife

hasta tierra para hacer una fogata y cocinar, pues la embarcación no tenía más instalación que una hornilla para calentar el agua para el café de la mañana y la tarde. Después remamos siguiendo el borde del arrecife hasta el extremo de la isla y tuvimos la fortuna de que una suave brisa del oeste nos arrastrara a través del estrecho hasta la isla de Makian, donde llegamos hacia las ocho de la mañana. El cielo estaba bastante claro y, a pesar de que la luna brillaba resplandeciente, el cometa apareció con casi el mismo esplendor que la primera vez que lo vimos.

Las costas de estas pequeñas islas son muy diferentes según su formación geológica. Los volcanes, activos o extintos, tienen empinadas playas negras de arena volcánica o están rematados por accidentadas masas de lava y basalto. En general no hay coral, y éste sólo se encuentra en pequeños tramos de tranquilas bahías, muy pocas veces o nunca forma arrecifes. Ternate, Tidore y Makian pertenecen a este tipo de islas. Las de origen volcánico, que aunque no son volcanes han emergido hace poco, en general están casi totalmente rodeadas de arrecifes de coral y tienen playas de arena coralina blanca y brillante. En las costas se pueden ver conglomerados volcánicos, basalto y en algunos lugares una base de rocas estratificadas con retazos de coral que se elevan por encima de la superficie. Mareh y Motir son de este tipo y el contorno de la última le confiere el aspecto de haber sido un volcán, y dice Forrest que en el año de 1778 arrojó piedras. Al día siguiente (12 de octubre) costeamos la isla de Makian, que consiste en un solo y gran volcán. Entonces estaba inactivo pero hacía dos siglos (en 1646) había habido una terrible erupción que voló toda la cima de la montaña, dejando un cono trunco y dentado, y un vasto y sombrío valle en el cráter que ahora la distinguía. Antes de la catástrofe dicen que era tan elevada como Tidore.¹

Permanecí algún tiempo en el lugar, donde descubrí un nuevo claro sobre una parte muy empinada de la montaña y obtuve unos cuantos insectos interesantes. En la tarde proseguimos hasta el extremo meridional para disponernos a cruzar el estrecho de 25 kilómetros que nos separaba de la isla de Cayoa. Partimos a las cinco de la mañana siguiente pero el viento, que hasta entonces había tenido dirección oeste, cambió hacia el sur y sudoeste y tuvimos que remar casi todo el trecho bajo un sol abrasador. A medida que nos aproximamos a tierra empezó a soplar una suave brisa y avanzamos mucho; aun así, después de una

¹ Poco después de abandonar el archipiélago, el 29 de diciembre de 1862, de repente tuvo lugar otra erupción en estas montañas que causó una gran devastación en la isla. Destruyó todas las aldeas y cosechas y murieron muchos de sus habitantes. La arena y las cenizas que cayeron fueron tan abundantes que destruyeron parcialmente las cosechas a 80 kilómetros de distancia en Ternate, donde al día siguiente la oscuridad era tal que tuvieron que encender lámparas en pleno mediodía. Para la posición de esta isla y adyacentes, véase el mapa en el capítulo XLIII de la siguiente parte, "Viaje de Waigeo a Ternate".

hora no habíamos acortado la distancia y nos dimos cuenta de que estábamos en una violenta corriente que nos arrastraba mar adentro. Finalmente pudimos vencerla y llegamos a tierra cuando el sol se ponía, después de emplear exactamente trece horas para recorrer 25 kilómetros. Desembarcamos en una playa de roca dura y coralina con escarpados acantilados de la misma materia y parecidos a los de las islas Kai (véase el apartado “Las islas Kai” de la parte siguiente). La vegetación era de un brillo y una exuberancia muy similares a las que había observado en estas islas, lo cual me complació tanto que decidí quedarme unos cuantos días en la aldea principal y ver si sus productos animales tenían un interés equivalente. Cuando estábamos en un lugar seguro para anclar durante la noche vimos de nuevo el cometa, tan brillante aún como la primera vez, pero la cauda se había elevado a un ángulo superior.

El 14 de octubre costeamos durante todo el día las islas Cayoa, que tienen un aspecto y un contorno muy parecidos a las Kai a una escala menor, a lo que hay que agregar trechos llanos y pantanosos a lo largo de la costa y arrecifes de coral a distancia. Vientos y corrientes contrarias nos impidieron tomar el rumbo adecuado hacia el oeste de las islas y tuvimos que navegar por una ruta periférica rodeando el extremo meridional de una isla y adentrándonos en el mar a causa de los arrecifes de coral. Al tratar de pasar un canal a través de uno de estos arrecifes, varamos y tuvimos que bajar de la embarcación, meternos en el agua, que en este estrecho tan poco profundo estaba tan caliente por el sol hasta el punto de ser desagradablemente cálida, y arrastrar la embarcación una distancia considerable entre algas y esponjas, corales y espinosas coralinas. Ya era tarde en la noche cuando arribamos al pequeño puerto de la aldea, bastante agotados por el esfuerzo y sin haber tomado nada en todo el día salvo un agua muy salobre, lo mejor que pudimos encontrar en el último lugar en que nos habíamos detenido. Cerca de la playa había una casa construida para uso del residente de Ternate cuando hacía sus visitas oficiales, pero ahora estaba ocupada por varios mercaderes nativos viajeros entre los que encontré un lugar para dormir.

A la mañana siguiente fui temprano a la aldea en busca del *kapala* o jefe. Le informé que quería quedarme unos cuantos días en la casa que había en el lugar de desembarco y le pedí que me la preparara. Fue muy atento y bajó de inmediato a ordenar que la desalojaran cuando encontramos que los mercaderes ya la habían abandonado al enterarse de que yo la necesitaba. No tenía puertas y me procuré un par de cercas de palos prestadas para mantener alejados a perros y otros animales. En este lugar era evidente que el terreno se estaba hundiendo rápidamente, como lo mostraba la cantidad de árboles que se alzaban en el agua sa-

lada muertos o en agonía. Después del desayuno emprendí un paseo con un par de muchachos que fueron mis guías hacia la colina cubierta de selva que estaba arriba de la aldea. El clima era sumamente caluroso y seco porque no había llovido en dos meses. Cuando llegamos a una elevación de unos 60 metros, la roca coralina que festonea la playa se transformaba en una roca dura y cristalina, una especie de piedra arenisca metamórfica. Esto indicaba que había habido una elevación reciente de más de 60 metros y que, todavía más recientemente, había derivado en un movimiento de sumersión. La colina era muy escarpada, pero entre palos secos y troncos caídos encontré algunos insectos interesantes, la mayoría de las formas y especies con las que ya estaba familiarizado desde Ternate y Gilolo. Como no encontré buenas sendas, regresé y exploré el terreno inferior al este de la aldea, atravesando un largo trecho de plantaciones de plátanos y tabaco, obstaculizado por troncos quemados y caídos sobre los que encontré cantidades de escarabajos de la familia Buprestidae de seis especies diferentes, una de las cuales me era desconocida. Después llegué a un camino en la selva pantanosa donde esperaba encontrar mariposas, pero fui decepcionado. Como ya estaba bastante exhausto por el intenso calor, pensé que era prudente regresar y reservar una ulterior exploración para el día siguiente.

Cuando me senté a ordenar mis insectos en la tarde, la casa estaba rodeada de hombres, mujeres y niños que miraban con asombro mis inexplicables procedimientos; y cuando, después de clavar con alfileres mis especímenes, procedí a escribir el nombre del lugar en pequeñas etiquetas redondas y pegarlas a cada uno de ellos, hasta el anciano *kapala*, el sacerdote mahometano y algunos mercaderes malayos no pudieron reprimir señales de asombro. Si hubieran conocido un poco mejor los modos y las opiniones de los hombres blancos me hubieran considerado un idiota o un loco, pero en su ignorancia aceptaron mis operaciones como merecedoras de todo respeto a pesar de que rebasaban totalmente su comprensión.

Al día siguiente (16 de octubre) llegué más allá del pantano y encontré un lugar donde se acababa de abrir un claro en la selva virgen. Fue una larga y calurosa caminata y la búsqueda entre los árboles caídos y las ramas resultó muy fatigante pero me vi recompensado con setenta especies diferentes de escarabajos, de las que por lo menos una docena me eran desconocidas y muchas otras poco comunes e interesantes. Nunca en mi vida he visto escarabajos en tanta abundancia como en este lugar. Unas doce especies de Buprestidae dorados de buen tamaño, escarabajos de rosal verdes (*Lomaptera*) y gorgojos de cuernos largos (Anthribidae) eran tan copiosos que volaban en enjambres a mi paso, llenando el aire de un sordo

y fuerte zumbido. Junto a éstos había varios longicornios casi igualmente comunes, formando una colección tal que por primera vez se materializaba esa idea de abundancia tropical que se obtiene cuando se echa un vistazo a los cajones de una gaveta bien provista. En la parte de abajo de los troncos había adheridos cantidades de longicornios más pequeños y más indolentes, en tanto que en las ramas al borde del claro se podían encontrar otros sentados con las antenas extendidas y dispuestos a emprender el vuelo a la mínima alarma. Era un magnífico lugar que siempre conservaré en mi memoria como muestra de la vida de los insectos en los trópicos con una copiosidad sin parangón. Los tres días que siguieron continué visitando el lugar y cada vez agregaba nuevas especies a mi colección. Las notas que transcribo a continuación pueden ser de interés para los entomólogos: 15 de octubre, 33 especies de escarabajos; 16, 70 especies; 17, 47 especies; 18, 40 especies; 19, 56 especies; en total, aproximadamente un centenar de especies, de las cuales 40 me eran desconocidas. Había 44 especies de longicornios y el último día encontré 28 especies de éstos, de las que cinco eran nuevas para mí.

Mis muchachos fueron menos afortunados en su cacería. Las únicas aves comunes fueron el gran papagayo rojo (*Eclectus grandis*), que se encuentra en casi todas las Molucas, un cuervo y un *Megapodius* o constructor de montículos. También consiguieron unos cuantos alciones o martín pescador de cola de raqueta, pero con un plumaje muy precario. No obstante, resultaron ser de especies diferentes a los de otras islas y se parecían más al ave que Linneo describió originalmente y que denominó *Alcedo dea*, procedente de Ternate. Esto parecería indicar que la pequeña cadena de islas paralelas a Gilolo tiene unas cuantas especies particulares en común, hecho que ciertamente ocurre entre los insectos.

Los habitantes de Cayoa me interesaron mucho. Es evidente que se trata de una raza mestiza con afinidades malayas y papúas, parecida a los pobladores de Ternate y de Gilolo. Poseen un lenguaje peculiar que en cierta manera se parece al de las islas circundantes pero es claramente diferente. En la actualidad son mahometanos y súbditos de Ternate. Los únicos frutos que se veía eran papayas y piñas, pues el suelo rocoso y el clima seco son poco favorables. Arroz, maíz y plátanos se dan bien, a excepción de ciertas ocasiones en temporadas secas como la actual. Hay una planta pequeña de algodón de la que las mujeres tejen *sarongs* (enaguas malayas). En las islas únicamente hay un pozo de agua buena, ubicado cerca del lugar de desembarco y al que acuden todos los habitantes en busca de agua potable. Los hombres construyen buenas embarcaciones que después tienen buen mercado y parece que viven con bastante desahogo.

Después de cinco días en Cayoa proseguimos nuestro viaje y pronto llegamos a los angostos estrechos y a las islas que conducen hasta la ciudad de Bacan. En la tarde nos quedamos en un asentamiento de hombres *galela*, pobladores nativos de una zona al extremo norte de Gilolo, que son grandes errantes de esta parte del archipiélago. Construyen praos grandes y espaciosos con batangas y se establecen en cualquier costa o isla que se les antoje. Cazan ciervos y cerdos salvajes y secan la carne; pescan tortuga y *tripang*; talan la selva y plantan arroz o maíz y, en conjunto, son extraordinariamente activos e industriosos. Son gente bella, de tez clara, altos y con facciones papúas, más parecidos a los dibujos y las descripciones de los verdaderos polinesios de Tahití y Owyhee que cualquier otro pueblo que yo conozca.

Durante este viaje tuve varias oportunidades de ver cómo obtenían mis hombres fuego mediante fricción. Se frota un pedazo de bambú de borde afilado a través de la superficie convexa de otro pedazo sobre el que se ha cortado antes una pequeña hendidura. Al principio lo frotan lentamente y gradualmente van acelerando hasta hacerlo muy rápido, y el fino polvo producido por la fricción echa chispas que caen por el agujero que al frotar se ha hecho en el bambú. La operación se lleva a cabo con rapidez y precisión. Los habitantes de Ternate usan el bambú de otra manera: golpean su superficie de pedernal con un pedazo de loza rota y se produce una chispa que capturan en algún tipo de yesca o mecha.

La tarde del 21 de octubre llegamos a nuestro destino después de 12 días de viaje. Habíamos tenido buen clima todo el tiempo a pesar del calor y yo había disfrutado mucho, además de obtener cierta experiencia en el manejo de la embarcación entre islas y arrecifes de coral que después me permitió emprender viajes mucho más largos del mismo tipo. La aldea o ciudad de Bacan está situada al comienzo de una bahía ancha y profunda, donde un istmo bajo conecta las montañosas partes septentrional y meridional de la isla. Al sur hay una bella cadena de montañas y me di cuenta de que en varios de los lugares de desembarco la formación geológica de la isla era muy diferente de las que la rodeaban. Siempre que la roca era visible, se trataba de piedra arenisca en finas capas que se sumergía hacia el sur o de piedra caliza, pero nunca de rocas volcánicas. La selva era de una tupida exuberancia y de una altura que es raro encontrar en las lavas secas y porosas y en los elevados arrecifes de coral de Ternate y Gilolo; con la esperanza de una riqueza equivalente en aves e insectos, comencé con gran satisfacción y bastantes expectativas mis exploraciones en la hasta entonces desconocida isla de Bacan.

XXX. BACAN

(Octubre, 1858, a abril, 1859)

DESEMBARQUÉ enfrente de la casa que se reserva para el uso del residente de Ternate y salió a mi encuentro un respetable malayo de mediana edad, quien me comunicó que era el secretario del sultán y que recibiría la carta oficial que me habían proporcionado. Cuando se la di me informó de inmediato que podría hacer uso de la residencia oficial porque estaba vacía. No tardé en desembarcar mis cosas, pero pronto me di cuenta de que la casa no me serviría para permanecer mucho tiempo en ella. No había agua hasta una distancia considerable, uno de mis hombres estaría casi siempre totalmente ocupado en conseguir agua y leña y yo tendría que caminar todos los días y cruzar la aldea para llegar a la selva, además de vivir casi en público, cosa que me disgusta mucho. Los cuartos estaban todos entarimados y tenían cielo raso, lo cual es muy molesto porque no hay manera de colgar nada si no es poniendo clavos, y no tenía ni la mitad de las comodidades de una casa nativa de bambú con techo de palma. Pregunté por una casa en las afueras de la aldea en el camino a las minas de carbón y fui informado por el secretario de que había una pequeña que pertenecía al sultán y que él mismo me acompañaría a que la viera en la mañana temprano.

Tuvimos que pasar un ancho río a través de un puente tosco pero sólido y vadear otro arroyo de agua clara con guijarros tras el que estaba ubicada la choza. Era muy pequeña y no estaba construida sobre postes sino que tenía el suelo de tierra y era casi toda de tallos de hoja de palma de sagú que aquí llaman *gaba-gaba*. Al otro lado del río que había atrás se elevaba un montículo cubierto de selva, y un buen camino en la parte delantera de la casa conducía a través de terrenos cultivados a la selva que se encontraba a unos 800 metros de distancia de allí y a las minas de carbón a seis kilómetros y medio más. Estas ventajas me decidieron de inmediato y le comuniqué al secretario que me encantaría ocuparla. Envié a mis dos hombres a comprar *ataps* (techo de hoja de palma) para reparar el techo y, al día siguiente, con ayuda de ocho de los hombres del sultán, se llevó a cabo el traslado de todas mis cosas y algunos muebles hasta que todo quedó cómodo y en orden. Me construyeron un tosco camastro de bambú y me

colocaron una mesa de tablones que había traído conmigo y que fijé bajo la ventana. Dos sillas de bambú, una poltrona de junco y estantes colgados con tazas de aceite aislante para estar a salvo de las hormigas completaron los arreglos del amueblado.

La tarde siguiente a mi llegada el secretario me acompañó a visitar al sultán. Esperamos unos minutos en un cobertizo exterior y de paso nos condujeron a la puerta de una casa tosca, medio fortificada y blanqueada. En un amplio corredor exterior había una mesa y tres sillas y un hombre anciano con la cara sucia, cabello gris y barba mugrienta, vestido con una chaqueta de algodón azul manchada y pantalones rojos anchos, vino hacia nosotros, nos dio la mano y me pidió que me sentara. Después de un cuarto de hora de conversación acerca de mis propósitos, por los que su majestad mostró gran interés, té y pastelitos —de calidad bastante superior a la habitual en estas ocasiones—, nos hicieron pasar adentro. Le di las gracias por la casa, le ofrecí enseñarle mis colecciones y prometió venir a verlas. Después me pidió que le enseñara a tomar vistas —trazar mapas—, así como que le consiguiera un arma pequeña de Inglaterra y una cabra lechera de Bengala, peticiones todas que evadí con la mayor habilidad que pude, y nos despedimos como buenos amigos. Parecía un anciano sensato que lamentaba la pequeña población de la isla porque me aseguró que era rica en muchos minerales valiosos incluyendo oro, pero no había gente suficiente para cuidarlos y trabajarlos. Yo le describí la gran afluencia de población cuando se descubrieron las minas de oro en Australia y las enormes pepitas que se encontraron, ante lo que mostró gran interés y exclamó: “¡Oh! Si tuviéramos gente como ésa, mi país sería igualmente rico”.

La mañana siguiente a instalarme en mi nueva casa, envié a mis muchachos a cazar y yo me fui a explorar el camino a las minas de carbón. Antes de recorrer unos 800 metros, el camino se introducía en la selva virgen en un lugar en donde unos árboles magníficos formaban una especie de avenida natural. La primera parte era llana y cenagosa pero pronto se elevaba un poco y transcurría siguiendo el bello arroyo que pasaba por la parte posterior de mi casa y que en este lugar se precipitaba sonoramente en un lecho rocoso o de guijarros, dejando a veces anchos bancos de arena en sus orillas y otras transcurriendo entre altos márgenes coronados de una variada y magnífica vegetación selvática. Después de unos tres kilómetros, el valle se angostaba y el camino seguía por la empinada ladera de la colina que se elevaba abruptamente desde la orilla del agua. En algunos lugares se había cortado la roca pero su superficie ya estaba recubierta de elegantes helechos y enredaderas. Abundaban los gigantescos árboles de helechos y toda la

selva tenía un aire de exuberancia y rica variedad que no posee el seco suelo volcánico al que me había acostumbrado últimamente. Un poco más lejos, el camino pasaba al otro lado del valle por un puente que cruzaba el río en un lugar donde un gran bloque de roca que había en medio le proporcionaba un excelente apoyo, y tres kilómetros más de un camino muy pintoresco e interesante me llevaron a la instalación de las minas.

Las minas están situadas en un gran espacio abierto en un punto donde dos afluentes van a dar a la corriente principal. Nuevos claros en la selva y varias sendas ofrecen buenos terrenos de recolección y capturé algunos insectos nuevos e interesantes; pero, como se estaba haciendo tarde, tuve que reservar una exploración más a fondo para futuras ocasiones. Hacía unos años que se había descubierto carbón en el lugar y se construyó el camino con el fin de poder trasladarlo en una cantidad suficiente para hacer una prueba con los barcos de vapor holandeses. Pero la calidad no se consideró lo bastante buena y se abandonaron las minas. Hacía poco que se habían iniciado los trabajos en otro lugar con la esperanza de encontrar una veta mejor. Había unos 80 hombres trabajando, la mayoría convictos, pero era un número demasiado pequeño para las operaciones mineras en un territorio de este tipo, donde simplemente el mantenimiento de unos cuantos kilómetros de camino requiere el constante trabajo de varios hombres. Si se encontraba carbón de calidad lo suficientemente buena, se construirían rieles para vagonetas que funcionarían sin demasiada dificultad dado el declive regular del valle.

Cuando estaba llegando a la casa alcancé a Alí, que regresaba de cacería con algunos pájaros colgados del cinturón. Parecía muy satisfecho y me dijo: "Mire, señor, qué pájaro tan curioso", mostrándome lo que a primera vista me dejó confuso. Vi un pájaro con abundancia de espléndidas y verdes plumas en el pecho que se prolongaban hasta formar dos relucientes penachos; pero lo que no podía entender era un par de largas plumas blancas que le salían rectas de cada uno de los lados del lomo. Alí me aseguró que el pájaro las desplegaba cuando batía las alas y que se habían quedado en esta posición sin que él las hubiera tocado. Supe entonces que había obtenido un gran premio, nada menos que una variedad completamente nueva del ave del paraíso que difería extraordinariamente de cualquier otro pájaro existente. El plumaje general es muy sobrio, color olivo ceniciento, con un tinte violáceo en el lomo; el penacho de la cabeza está bellamente barnizado de un violeta pálido y metálico, y las plumas delanteras se extienden sobre el pico como en gran parte de la familia. El cuello y el pecho tienen escamas verde metálico y las plumas de la parte inferior se prolongan a cada uno

de los lados hasta formar un collar de dos picos que puede doblar y ocultar bajo las alas o erguir parcialmente y extender del mismo modo que las plumas laterales de muchas de las aves del paraíso. Las cuatro plumas blancas y largas que confieren a esta ave su carácter único brotan de pequeños tubérculos cerca del borde superior del lomo o pliegue del ala; son estrechas, ligeramente curvas, de una trama similar en ambos lados y de un color blanco cremoso. Tienen unos 15 centímetros de longitud, lo mismo que el ala, y las puede alzar formando un ángulo recto con éstas o posar a lo largo del cuerpo según le plazca al ave. El pico es color hueso, las patas amarillas y el iris verde olivo claro. Esta extraordinaria novedad fue denominada *Semioptera wallacei* o *Wallace's Standard Wing* (ala estándar de Wallace) por G. R. Gray del Museo Británico.



FIGURA XXX.1. *Semioptera wallacei*, macho y hembra. Dibujado en madera por Keulemans, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Unos días después conseguí una nueva mariposa sumamente bella, afín a la hermosa *Papilio ulysses* de color azul, pero que difería de ésta en que el color era de un tono más intenso y por tener una hilera de rayas azules alrededor del borde de las alas inferiores. Este buen comienzo fue, no obstante, algo decepcionante y pronto me di cuenta de que los insectos, y en especial las mariposas, escaseaban bastante y la variedad de las aves era mucho menor de lo que yo había previsto. Obtuve, sin embargo, algunas de las bellas especies de las Molucas. El primoroso loro rojo de alas verdes y una mancha amarilla en el lomo (*Lorius garrrulus*) era bastante frecuente. Cuando el yambo o manzano rosa (*Eugenia sp.*) estaba en flor en la aldea, llegaban bandadas de loritos (*Charmosyna placentis*), que ya había encontrado en Gilolo, a alimentarse del néctar y obtuve tantos ejemplares como quise. Otro bello pájaro de la tribu de los papagayos era el *Geoffroyus cyanicollis*, un papagayo verde con pico y cabeza azules, color que se desvanecía hasta convertirse en azul celeste en la corona y después amarillo azulado y verde en el lomo. Había dos grandes y hermosas palomas fruteras de plumaje verde metálico, ceniciento y rojizo que no eran poco frecuentes; y fui gratificado con el hallazgo de una carraca moluqueña azul oscuro (*Eurystomus azureus*), un espléndido suimanga de cresta dorada (*Nectarinea auriceps*) y un alción de cola de raqueta (*Tanysiptera isis*), todos completamente nuevos para los ornitólogos. De insectos, obtuve un número considerable de interesantes escarabajos, incluidos muchos bellos longicornios entre los que se contaba la especie más bella del género *Glenea* descubierta hasta entonces. Entre las mariposas abundaba la hermosa y pequeña *Danis sebae*, que alegraba las selvas con sus delicadas alas blancas y del más intenso azul metálico; en tanto que vistosas *Papilio*, lindas Pieridae y oscuras e intensas *Euploea*, muchas de ellas nuevas, proporcionaban una fuente constante de interés y ocupación placentera.

La isla de Bacan carece en realidad de población indígena, pues el interior está despoblado y sólo existen unas cuantas aldeas en diversas partes de la costa; aun así, encontré cuatro razas distintas que desorientarían al viajero etnológico, pues no podría encontrar información sobre sus orígenes. En primer lugar están los malayos de Bacan, probablemente los primeros colonizadores y que difieren muy poco de los de Ternate. Su idioma, no obstante, parece que proviene más del papúa, con una mezcla de malayo puro que demuestra que la población está compuesta por errantes de varias razas aunque ya bastante homogeneizados. Después están los orang sirani, como en Ternate y Amboina. Muchos de ellos conservan la fisonomía portuguesa en grado extremo, pero combinada con una tez más oscura que los malayos. Preservan algunas costumbres nacionales y el

malayo, que es su única lengua, contiene un gran número de palabras y giros portugueses. La tercera raza está formada por los hombres galela procedentes del norte de Gilolo, un pueblo singular que ya he descrito, y la cuarta es una colonia de Tomoré, en la península oriental de Célebes. Este pueblo fue trasladado hace unos cuantos años a esta isla por petición propia para huir del exterminio a manos de otra tribu. Son de tez muy clara, fisonomía tártara, baja estatura y una lengua del tipo bugis. Son un pueblo agrícola y trabajador y abastecen de hortalizas a la ciudad. Elaboran gran cantidad de tela de corteza, similar a la tapa de los polinesios, que hacen talando los árboles adecuados y arrancando grandes cilindros de corteza que golpean con mazos hasta que logran separarla del tronco. Después la ponen a remojo y la golpean continua y regularmente hasta que alcanza la resistencia y el grosor del pergamino. Confeccionan con ella batas, vestidos y también chaquetas con trozos cosidos con pulcritud y que tiñen con el jugo de otro tipo de corteza que le da un tono rojo oscuro y la hace prácticamente impermeable.

Hay cuatro tipos muy diferentes de gente en el lugar a los que se puede ver cualquier día por la ciudad de Bacan. Ahora bien, supongamos que un viajero que ignora el malayo fuera constatando aquí y allá una o dos palabras del “idiotismo de Bacan” y observara las “peculiaridades físicas y morales, y los usos y costumbres de la población de Bacan” (porque hay viajeros que hacen todo eso en 24 horas), ¡qué instructivo capítulo nos ofrecería y con qué precisión!, ¡qué transiciones señalaría, qué teorías del origen de las razas desarrollaría! Aunque el próximo viajero contradiría llanamente cada una de sus observaciones y llegaría a conclusiones exactamente opuestas.

Poco después de mi llegada, el gobierno holandés introdujo una moneda de cobre de nuevo cuño en *centavos* en vez de *doits* (la centésima en vez de centésimo veinteava parte de un florín) y ordenó que todas las monedas antiguas se enviaran a Ternate para que las cambiaran. Yo envié una bolsa con seis mil *doits* y recibí las nuevas monedas cuando regresó el barco. Cuando Alí fue a llevar la bolsa al capitán, éste le pidió una solicitud por escrito, así que esperé al día siguiente para enviarlas de nuevo y fue una suerte porque aquella noche asaltaron mi casa, se llevaron todas las cajas y registraron por todas partes, dejando diversos objetos por el camino a unos 20 metros de distancia, en donde los encontramos a las cinco de la mañana cuando, al levantarme y encontrar la casa vacía, salimos apresuradamente a descubrir el rastro de los ladrones. Al no encontrar las monedas de cobre que pensaban que acababa de recibir, los ladrones pusieron pies en polvorosa llevándose sólo algunos metros de tela de algodón, un gabán

y unos pantalones negros que unos días después se encontraron escondidos en la hierba. No cabía duda de quiénes eran los ladrones. Cuando el barco llega de Ternate, hay un turno de convictos que vigilan los almacenes del gobierno y dos de ellos montan guardia toda la noche, aprovechando la oportunidad para merodear por los alrededores y cometer asaltos.

Al día siguiente recibí el dinero y lo guardé en un lugar seguro, en una caja resistente amarrada bajo la cama. Separé 500 o 600 centavos para los gastos diarios y los deposité en una cajita barnizada que estaba siempre sobre la mesa. Por la tarde fui a dar un paseo corto y al regreso ya no estaban la caja ni las llaves que había olvidado sobre la mesa. En la casa había dos de mis muchachos pero no habían oído nada. Informé de inmediato de los dos robos al director de las minas y al comandante del fuerte y obtuve por respuesta que si sorprendía al ladrón en el acto podía dispararle. Después de averiguar en la aldea, nos enteramos de que uno de los reos que estaban de servicio en el almacén de arroz del gobierno en la aldea había abandonado la guardia y lo habían visto pasar por el puente camino a mi casa, después lo habían visto a unos 200 metros de mi casa y de regreso por el puente a la aldea llevando algo bajo el brazo cuidadosamente cubierto con el *sarong*. La caja había sido robada en las horas que lo habían visto de ida y de vuelta y era tan pequeña que bien podía llevarla del modo que describían. Las pruebas de los hechos parecían bastantes obvias. Acusé al hombre y llevé a los testigos ante el comandante. Examinaron al hombre, que confesó que había ido al río cerca de mi casa a bañarse; pero dijo que no había llegado más lejos, se había trepado a un cocotero y se había llevado a casa dos cocos que había cubierto *¡porque tenía vergüenza de que lo vieran cargándolos!* La explicación se juzgó satisfactoria y fue absuelto. Yo perdí mi caja y las monedas, un sello que apreciaba mucho, otros pequeños artículos y todas mis llaves, la pérdida más grave de todas. Afortunadamente la caja grande del dinero permanecía cerrada con llave, pero también otras que necesitaba abrir con urgencia. Pero por suerte había un herrero muy hábil empleado en las minas que en unos días con las cerraduras de las cajas fue haciéndome llaves nuevas, y éstas fueron las que usé todo el tiempo que estuve en el extranjero.

Hacia finales de noviembre empezó la estación de lluvias y todos los días caían incesantes aguaceros con sólo una o dos horas de sol en la mañana. Las partes llanas de la selva se inundaron, los caminos se llenaron de lodo y los insectos y las aves escasearon más que nunca. El 13 de diciembre por la tarde hubo un fuerte temblor de tierra que sacudió e hizo crujir la casa y todos los muebles durante cinco minutos; los árboles y arbustos se balanceaban como si una bocanada de

aire pasara sobre ellos. Hacia mediados de diciembre me trasladé a la aldea a fin de explorar con mayor facilidad la zona al oeste de la misma y estar cerca del mar cuando deseara regresar a Ternate. Conseguí una casa de buen tamaño en el *campung sirani* (o aldea cristiana) y en Navidad y Año Nuevo tuve que soportar los constantes cañonazos, tambores y violines de sus habitantes.

Estas gentes son muy aficionadas a la música y al baile, y un europeo quedaría atónito si estuviera presente en una de sus reuniones. Entramos en un sombrío cobertizo de hojas de palma en el que dos o tres lámparas dejaban ver apenas en la oscuridad. El suelo es de tierra arenosa negra y el techo queda oculto en una oscuridad ahumada e impenetrable. Contra la pared hay apoyadas dos o tres bancas y la orquesta está formada por un violín, un pífano, un tambor y un triángulo. Hay bastante gente, hombres y mujeres jóvenes pulcramente vestidos en blanco y negro, un verdadero hábito portugués. Se bailan cuadrillas, vales, polcas y mazurcas con gran energía y habilidad. El baile continúa durante horas y siempre con decoro y propiedad. Hay una de estas fiestas cada semana y los habitantes principales se van turnando para organizarlas; entra todo el que quiera sin mayor protocolo.

Es asombroso lo poco que han cambiado estas gentes en trescientos años, aunque en este tiempo ha ido variando su lenguaje y han perdido todo el conocimiento de su propia nacionalidad. En costumbres y aspecto son todavía portugueses casi puros, muy similares a los que conocí en las riberas del Amazonas. Viven con mucha pobreza en lo que concierne a casa y enseres domésticos, pero conservan una indumentaria casi europea y casi todos tienen trajes negros completos para los domingos. Nominalmente son protestantes pero el domingo por la tarde es el gran día para la música y el baile. Los hombres suelen ser buenos cazadores y dos o tres veces por semana llevan ciervos y cerdos salvajes a la aldea, los cuales, junto con pescado y aves de corral, les permiten comer bien. Son casi los únicos habitantes del archipiélago que comen los grandes murciélagos fruteros que nosotros llamamos “zorros voladores”. Estas horribles criaturas son consideradas un gran manjar y son muy buscadas. Al comienzo del año llegan en grandes bandadas a comer fruta y durante el día se congregan en pequeñas islas de la bahía; cuelgan por miles de los árboles, en especial de los muertos. De este modo se puede capturarlos fácilmente o golpearlos con palos y llevar canastas llenas a casa. Hay que prepararlos con mucho cuidado, pues la piel y el pelo tienen un fuerte olor fétido a zorro, pero generalmente los cocinan con muchas especias y condimentos y son muy buenos como platillo, parecido a la liebre. Los orang sirani son buenos cocineros y tienen una variedad mucho mayor de platos condi-

mentados que los malayos. Aquí viven básicamente de sagú, que les hace las veces de pan, con un poco de arroz a veces, y abundancia de verduras y fruta.

En todo el Oriente ocurre algo muy curioso y es que, donde los portugueses se han mezclado con las razas nativas, la descendencia es más oscura de color que la estirpe progenitora. Esto es lo que sucede casi siempre con los orang sirani de las Molucas y con los portugueses de Malaca. En Sudamérica ocurre lo contrario; la mezcla de portugués o brasileño con indígena produce el “mameluco”, que no con poca frecuencia es más claro de piel que cualquiera de los progenitores y siempre más claro que el indígena. Las mujeres de Bacan, aunque en general más claras de piel que los hombres, son de facciones toscas y muy inferiores en belleza a las muchachas mestizas holandés-malayas, o incluso que las malayas puras.

La parte de la aldea donde yo residía era una arboleda de cocoteros y, por la noche, cuando a veces recogían las hojas muertas y las quemaban, el efecto era magnífico: los altos troncos, los bellos penachos de follaje y los inmensos racimos de frutos resplandecían iluminados sobre un fondo de cielo oscuro, como un palacio de hadas apoyado sobre cientos de columnas y una profusión de arcos de follaje. El cocotero, cuando crece bien, es ciertamente el príncipe de las palmeras tanto por su belleza como por su utilidad.

Durante mi primer paseo por la selva de Bacan, vi posada sobre una hoja fuera del alcance una inmensa mariposa de color oscuro con puntos blancos y amarillos. No la pude capturar porque voló alto adentrándose en la selva, pero enseguida me di cuenta de que era una hembra de una nueva especie de *Ornithoptera* o “mariposa de alas de pájaro”, orgullo de los trópicos orientales. Estaba anheloso de conseguirla y de encontrar un macho, que en este género siempre es sumamente bello. En los dos meses siguientes la vi sólo otra vez y poco después vi al macho volar alto en la aldea minera. Comencé a perder la esperanza de conseguir un ejemplar, pues parecía muy raro y salvaje, hasta que un día, a principios de enero, encontré un hermoso arbusto con grandes brácteas blancas con hojas y flores amarillas, una especie de *Mussaenda*, y vi a uno de estos nobles insectos revoloteando sobre él, pero volaba demasiado rápido y se me escapó. Al día siguiente fui de nuevo al mismo arbusto y logré capturar una hembra y, al otro día, un hermoso macho. Era, como me había imaginado, una especie totalmente nueva y espléndida y una de las mariposas de colores más primorosos en el mundo. Los buenos ejemplares de macho miden cerca de 20 centímetros con las alas desplegadas y son de un negro aterciopelado y naranja encendido; este último color sustituye al verde de las especies afines. La belleza y el esplendor de este insecto son indescriptibles y nadie salvo un naturalista puede comprender la intensa excitación

que experimenté cuando acabé por capturarlo. Al sacarlo de la red y desplegar sus magníficas alas, comenzó a latirme violentamente el corazón, me subió la sangre a la cabeza y sentí que iba desmayarme, mucho más que cuando me había sentido al borde de la muerte. El resto del día tuve dolor de cabeza, tan intensa fue la excitación producida por lo que a la mayoría de la gente le parecerá una causa inadecuada.

Había decidido regresar a Ternate en una o dos semanas más pero esta magnífica captura me convenció de quedarme hasta que obtuviera una buena serie de la nueva mariposa, a la que desde entonces denominé *Ornithoptera croesus*. El arbusto de *Mussaenda* era un lugar admirable que podía visitar todos los días de camino a la selva y, como estaba en una tupida espesura de otros arbustos y trepadoras, ordené a mi criado Lahi que hiciera un claro a su alrededor para poder capturar con facilidad cualquier insecto que se acercara a él. Después, al darme cuenta de que muchas veces era necesario estar un tiempo a la espera, hice que me colocaran un asiento bajo un árbol que había junto al arbusto, lugar al que iba todos los días a comer mi almuerzo, y así pasaba media hora vigilando al mediodía, además de la oportunidad que me brindaba mi paso por el sitio en la mañana. De este modo conseguí un ejemplar cada día en promedio durante un largo periodo, pero la mayoría eran hembras y más de la mitad ejemplares deteriorados o rotos, de modo que no hubiera conseguido muchos machos en perfecto estado si no hubiera encontrado otro lugar adecuado.

En cuanto vi que estas mariposas se acercaban a las flores, envié a mi hombre Lahi con una red para que fuera en su búsqueda, ya que también las había visto en algunos árboles en flor a la orilla del mar, y le prometí medio salario extra por cada buen ejemplar que me consiguiera. Después de uno o dos días me trajo dos ejemplares muy bellos y me dijo que los había capturado en el lecho de un arroyo grande y rocoso que descendía de las montañas hasta el mar a kilómetro y medio de distancia más abajo de la aldea. Volaban río abajo y a veces se posaban sobre piedras y rocas en el agua, de modo que Lahi tenía que vadear río arriba o brincar de roca en roca para alcanzarlas. Un día fui con él pero la corriente era demasiado rápida y las piedras demasiado resbaladizas para mí, de modo que lo dejé enteramente en sus manos y el resto del tiempo que permanecemos en Bacan él solía pasar el día fuera; muchas veces me traía uno y los días buenos dos o tres ejemplares. Así pude llevarme más de un centenar de ambos sexos, incluidos 20 machos en buen estado, aunque no más de cinco o seis eran absolutamente perfectos.

Mi paseo diario me llevaba primero por unos 800 metros a lo largo de la arena de la playa y después a través de un pantano de sagú sobre una calzada que

llevaba sobre postes muy inestables hasta la aldea de la comunidad de Tomoré. Más allá se encontraba la selva con manchones de claros recientes, veredas umbrías y una gran cantidad de troncos caídos. Descubrí que era un terreno muy bueno para la recolección, en especial para escarabajos. Los troncos caídos que había en los claros de selva abundaban en dorados Buprestidae y extraños Brentidae y longicornios, en tanto que en la selva encontré muchos pequeños Curculionidae, longicornios y algunos bellos Carabidae.

Las mariposas no abundaban pero obtuve algunos ejemplares más de la bella *Papilio ulysses* y una serie de hermosas y pequeñas Lycaenidae, así como un solo ejemplar de la poco común *Papilio wallacei*, de la que había obtenido hasta ahora un único ejemplar en las islas Aru.

Las aves más interesantes que conseguí en el lugar fueron el bello alción o martín pescador azul, *Todiramphus diops*; las palomas verdes y púrpura, *Ptilinopus superbus* y *Ptilinopus iogaster*, y varios pájaros nuevos de tamaño pequeño. Mis cazadores me traían ejemplares de la *Semioptera wallacei* y estaba muy excitado por las afirmaciones de los cazadores nativos de que existía otra especie de esta ave mucho más bella y extraordinaria. Decían que tenía el plumaje negro brillante, con el pecho verde metálico como en mi especie, pero que las plumas blancas del lomo eran el doble de largas y colgaban mucho más abajo del cuerpo del animal. Manifestaban que cuando estaban cazando cerdos o ciervos adentrados en la selva algunas veces habían visto este pájaro, pero que era poco común. Les ofrecí de inmediato 12 florines (una libra esterlina) por un ejemplar; pero todo fue en vano y hasta el día de hoy no estoy seguro de que existiera esta ave. Desde que me fui, el naturalista alemán, el doctor Bernstein, residió varios meses en la isla con un gran equipo de cazadores que recolectaban para el museo de Leiden, y como no obtuvo más éxito que yo, hemos de pensar que el pájaro es muy raro o que se trata de un mito.

Bacan es notorio por ser el punto más oriental del globo habitado por cualquiera de las especies de cuadrumanos. En algunas partes de la selva abunda un gran mono babuino negro (*Cynopithecus nigrescens*). Este animal tiene callosidades rojas al descubierto y una cola rudimentaria que con facilidad puede pasar inadvertida. Perteneció a la misma especie que la que se encuentra en todas las selvas de Célebes y, como ninguno de los otros mamíferos de esta isla se extiende hasta Bacan, me inclino a suponer que esta especie fue introducida accidentalmente por los malayos errantes que suelen llevar con ellos monos domesticados y otros animales. Lo anterior es aún más probable si se tiene en cuenta que este animal no se encuentra en la isla de Gilolo, separada de Bacan únicamente por

un estrecho muy angosto. Puede ser que la introducción haya sido muy reciente, ya que en una isla fértil y desocupada este animal se multiplicaría rápidamente. Los únicos otros mamíferos que se obtenían eran una zorra mochilera oriental a la que el doctor Gray ha denominado como *Cuscus ornatus*; la pequeña zorra mochilera voladora, *Belideus ariel*; un gato civeta, *Viverra zibetha*, y nueve especies de murciélagos, muchos de los más pequeños capturados al amanecer con el cazamariposas mientras volaban delante de la casa.

Después de mucho retraso debido al mal tiempo y a la enfermedad de uno de mis hombres, resolví visitar Kasserota (antiguamente la aldea principal), situada sobre un pequeño río en una isla cercana a la costa norte de Bacan, donde me dijeron que había muchas aves raras. Después de cargar la embarcación y tener todo dispuesto, tres días de fuertes rachas de viento nos impidieron zarpar hasta que el 21 de marzo finalmente partimos. Temprano a la mañana siguiente penetramos en el pequeño río y aproximadamente en una hora llegamos a la casa del sultán, la cual tenía permiso para usar. Se hallaba sobre la margen del río y estaba rodeada por una selva de árboles frutales entre los que se contaban algunos de los cocoteros más altos y airosos que conozco. Llovió casi todo el día y poco pude hacer aparte de descargar y desempacar. Por la tarde escampó y traté de explorar en varias direcciones, pero para mi contrariedad encontré que la única selva era un pantano lodoso por el que era casi imposible caminar y la selva alrededor era tan cenagosa y oscura que poco prometía en cuanto a insectos. Después de indagar, me encontré también que las gentes del lugar no hacen claros en la selva, pues viven enteramente de sagú, fruta, pescado y caza; y la senda conducía sólo a una empinada montaña rocosa igualmente impracticable e improductiva. Al día siguiente envié a mis hombres a esta colina con la esperanza de que produjera algunas buenas aves; pero regresaron con sólo dos especies, y, personalmente, yo no había podido encontrar nada porque todas las veredas que había intentado seguir conducían a una tupida ciénaga de sagú. Me di cuenta de que perdería el tiempo quedándome en el lugar, así que decidí abandonarlo al día siguiente.

Éste es uno de esos lugares tan difíciles de imaginar para el naturalista europeo, donde, pese a todas las riquezas de una vegetación tropical y debido, en parte quizás, a la exuberancia de este tipo de vegetación, los insectos son tan escasos como en las partes más estériles de Europa y no mucho más visibles. En los climas templados hay una uniformidad tolerable en la distribución de los insectos por aquellas partes de un país en que existe una similitud en la vegetación y cualquier deficiencia se puede explicar fácilmente por la falta de madera o la uniformidad de la superficie. El viajero que pasa apresuradamente por un territorio así

puede escoger de inmediato un terreno de recolección que le permita adquirir una buena noción de su entomología. Pero aquí el caso es diferente. Hay ciertos requisitos de un buen terreno de recolección que sólo se puede afirmar que existen después de algunos días de búsqueda en las cercanías de cada aldea. En algunos lugares no hay selva virgen, como sucede en Gilolo y Sahoe; en otros no se han abierto brechas ni claros en la selva como aquí. En Bacan sólo hay dos lugares de recolección aceptables: el camino a las minas de carbón y los nuevos claros abiertos por la gente de Tomoré, siendo estos últimos con gran diferencia los más productivos. Creo que lo que sucede es que los insectos están distribuidos con bastante uniformidad en esos territorios (en los que no se taló la selva) y escasean tanto en cualquier otro lugar que la búsqueda es casi inútil. Si la selva ha sido eliminada, casi todos los insectos desaparecen con ella; pero cuando se abren pequeñas sendas y claros los troncos derribados en diversos estados de putrefacción y desecación, las hojas podridas, las cortezas sueltas y los hongos que crecen sobre ellas, junto con las flores que se dan con mucha mayor abundancia en los lugares a los que llega la luz, son otras tantas atracciones para los insectos en kilómetros a la redonda y producen una maravillosa acumulación de especies y ejemplares. Cuando el entomólogo descubre uno de esos lugares, recolecta más en un mes de lo que conseguiría después de un año de búsqueda en lo más recóndito de una selva intacta.

A la mañana siguiente partimos temprano y llegamos en aproximadamente una hora al nacimiento del pequeño río. La corriente transcurre a través de una llanura de aluvión totalmente plana pero hay colinas cerca del nacimiento. En la parte inferior, en una ciénaga donde entra el agua salada en la marea alta, había una serie de elegantes árboles de helechos de tres a cinco metros de altura. En general estas plantas son consideradas de montaña y raras veces se dan en el ecuador a una altura menor a entre 300 y 600 metros. En Borneo, en las islas Aru y en las orillas del Amazonas las he visto al nivel del mar, y creo que se supuso que la altitud era un requisito para que se dieran, por deducción de los hechos observados en territorios en que las llanuras y las tierras bajas están cultivadas en su mayoría y mucha de la vegetación indígena está destruida. Éste es el caso en muchas partes de Java, India, Jamaica y Brasil, donde la vegetación de los trópicos ha sido explorada en su mayoría.

Al salir al mar viramos hacia el norte y en unas dos horas de navegación a vela llegamos a un conjunto de escasas chozas llamado Langundi, donde se habían establecido algunos hombres galela para recolectar resina de damara, con la cual hacen antorchas para abastecer el mercado de Ternate. Unos 100 metros

atrás se eleva una colina bastante empinada y, después de descubrir tras un corto paseo que había una senda bastante buena para subir a ella, resolví quedarme en el lugar unos días. Frente a nosotros y a lo largo de esta costa de Bacan se extiende una hilera de islas completamente deshabitadas. Cuando preguntaba la razón de que nadie fuera a vivir a ellas, siempre me respondían: “Por miedo a los piratas de Maguindánao”. Éstos, azote del archipiélago, navegan todos los años en una y otra dirección, dándose cita en alguna isla deshabitada y causando devastación en todas las pequeñas colonias cercanas; roban, destruyen, matan o capturan todo lo que encuentran a su paso. Sus largos praos bien tripulados logran huir de la persecución de cualquier embarcación de vela, aventurándose en contra del viento, y las señales de humo de algún barco de vapor les permiten ocultarse en alguna bahía de poca profundidad, en algún río estrecho o en algún entrante cubierto de selva hasta que pasa el peligro. La única manera eficaz de poner fin a sus depredaciones sería atacarlos en sus plazas fuertes y aldeas, y obligarlos a abandonar la piratería sometiéndolos a una estricta vigilancia. Sir James Brooke así lo hizo con los piratas de la costa noroccidental de Borneo y merece el agradecimiento de toda la población del archipiélago por haberla liberado de la mitad de sus enemigos.

Por toda esta costa y en la franja adyacente de tierras bajas y arenosas hay un notable despliegue de *Pandanaceae* o pinos tornillo. Algunos son como enormes candelabros de brazos de 12 a 15 metros de altura y, al final de cada rama, un penacho de hojas inmensas en forma de espada de 15 o 20 centímetros de anchura y dos a dos y medio metros en longitud. Otros tienen un solo tronco sin ramas de cerca de dos metros de altura, con la parte superior revestida de hojas dispuestas en forma de espiral y un único fruto terminal del tamaño de un huevo de cisne. Otros, de tamaño intermedio, tienen racimos irregulares de toscos frutos rojos y todos tienen hojas con los bordes más o menos espinosos y tallos anillados. Las plantas jóvenes de las especies de mayor tamaño tienen hojas suaves, brillantes y gruesas, a veces de tres metros de largo y 20 centímetros de ancho, que se usan en todas las Molucas y Nueva Guinea para hacer *cocoyas* o esteras para dormir (petates) adornadas de un modo muy bello con dibujos de colores. Más arriba de la colina hay una selva de árboles inmensos entre los que abundan los que producen la resina llamada damara (*Dammara sp.*). Los habitantes de varias aldeas pequeñas de Bacan se dedican totalmente a la búsqueda de este producto y lo transforman en antorchas, triturándolo y vertiéndolo en tubos de hojas de palma de casi un metro de largo que es el único tipo de iluminación que usan muchos de los nativos. A veces la damara se acumula formando grandes masas de entre cinco y

10 kilos de peso pegadas al tronco o enterradas en el suelo al pie de los árboles. No obstante, el árbol más extraordinario de la selva es una especie de higuera, cuyas raíces aéreas forman una pirámide de unos 30 metros de altura que termina o culmina justo a la altura de las ramas en la parte de arriba, de modo que en realidad no hay tronco. Esta pirámide o cono está formada por raíces de todos los tamaños y la mayoría descienden en línea recta pero más o menos de forma oblicua, cruzándose de tal modo unas con otras y conectándose con ramas que las atraviesan, las cuales crecen de una a otra hasta formar una tupida y complicada red a la que nada excepto una fotografía puede hacer justicia (véase la figura XI.4). El Kanary también abunda en esta selva y su nuez tiene un sabor agradable y produce un aceite excelente. La parte carnosa exterior de la nuez es el alimento favorito de las grandes palomas verdes de estas islas (*Carpophaga perspicillata*) y casi todo el tiempo se pueden oír sus roncros arrullos y pesados revoloteos.

Después de 10 días en Langundi, di cuenta de que era imposible encontrar el pájaro que buscaba especialmente (la paloma de Nicobar o una nueva especie afín a ella), y, al no encontrar nuevas aves y muy pocos insectos, partí temprano la mañana del 1° de abril y por la tarde penetramos en un río en la isla principal de Bacan (Langundi, lo mismo que Kasserota, están en una isla diferente), donde algunos malayos y hombres galela tienen una pequeña aldea, han plantado extensos arrozales y cultivan plátano. Allí encontramos una buena vivienda cerca de la orilla del río donde el agua era fresca y clara y el propietario, un respetable malayo de Bacan, me ofreció un lugar para dormir y la veranda si decidía quedarme. Al ver selva alrededor a una corta distancia, acepté su oferta y a la mañana siguiente antes del desayuno partí a explorar, y en los bordes de la selva capturé algunos insectos interesantes.

Después encontré una senda que transcurría dos kilómetros o más a través de una selva excelente, más rica en palmeras que cualquier otra de las que yo conocía en las Molucas. Una de esas palmeras atrajo especialmente mi atención por su elegancia. El tronco no era más grueso que mi muñeca y aun así era muy alta y cargaba racimos de frutos rojos y brillantes. Se trataba aparentemente de una especie de *Areca*. Otra de inmensa altura se parecía mucho en aspecto a la *Euterpe* de Sudamérica. También crecía la palmera de hoja de abanico, cuyas pequeñas hojas casi enteras se usaban para hacer las antorchas de damar y para formar las vasijas de agua de uso común. En este paseo vi cerca de una docena de especies de palmera, así como dos o tres *Pandanus* diferentes a los de Langundi. También había algunos helechos trepadores excelentes y auténticos plátanos silvestres

(*Musa*) con un fruto comestible de tamaño menor al pulgar y consistentes en una masa de semillas cubierta sólo de pulpa y piel. La gente me aseguró que había tratado de sembrar y cultivar esta especie pero no había logrado mejorarla. Probablemente no la cultivaron en cantidad suficiente y no perseveraron el tiempo necesario.

Bacan es una isla que compensaría la búsqueda de un botánico más que cualquier otra del archipiélago. Contiene una gran variedad de superficie y de suelo, abundancia de riachuelos grandes y pequeños, muchos de ellos navegables a trechos, y, como carece de población salvaje, se puede visitar cualquier parte del territorio sin ningún peligro. Posee oro, cobre y carbón, manantiales calientes y géiseres, rocas sedimentarias y volcánicas, piedra caliza coralina, llanuras de aluvión, colinas abruptas y elevadas montañas, un clima húmedo y una grandiosa y exuberante vegetación selvática.

Los pocos días que permanecí allí me produjeron varios insectos nuevos pero casi ninguna ave. Las mariposas y los pájaros escasean mucho en estas selvas. Se puede caminar todo el día sin ver más que dos o tres especies de cualquiera de ambos. En todo, excepto en escarabajos, estas islas orientales son muy deficientes comparadas con las occidentales (Java, Borneo y demás), y mucho más aún si se comparan con las selvas de Sudamérica, donde se pueden cazar veinte o treinta especies de mariposas cada día y en días muy buenos hasta un centenar, cantidad que aquí no se logra ni después de meses de búsqueda incansable. En aves existe la misma diferencia. En la mayor parte de América tropical siempre se pueden encontrar especies de tångara carpintera, alcaudón común, gárrulo, tragón, tucán, cuclillo y papamoscas tirano; y algunos días la constante búsqueda producirá más variedad de la que se puede encontrar aquí en muchos meses. No obstante, junto a esta pobreza de ejemplares y de especies, hay en casi cada clase y orden una o dos especies de una belleza o singularidad tales que puede competir y hasta superar cualquier producto de Sudamérica.

Una tarde, mientras estaba clasificando mis insectos rodeado por una multitud de espectadores asombrados, mostré a uno de ellos cómo observar un pequeño insecto con una lente de mano, lo cual le produjo tal asombro que todos los demás también quisieron verlo. Coloqué firmemente la lente en un pedazo de madera blanda enfocándola adecuadamente, puse bajo ella un pequeño escarabajo con púas del género *Hispa* y lo fui pasando a los presentes para que lo examinaran. Hubo una inmensa excitación. Algunos afirmaban que tenía casi un metro de largo; otros se asustaban y dejaban caer la lupa al instante, y todos quedaron tan aturdidos y dieron tantos gritos y gesticularon tanto como niños en una pan-

tomima o en una demostración navideña del microscopio de oxihidrógeno. Y toda esa excitación la producía una pequeña lente de bolsillo con un foco de cuatro centímetros y que por tanto aumentaba sólo cuatro o cinco veces el tamaño, pero que a sus ojos no habituados parecía agrandarlo cien.

El último día de mi estancia en el lugar, uno de mis cazadores logró encontrar y cazar la hermosa paloma *Nicobar* tras la que yo iba hacía tanto tiempo. Ninguno de los residentes la había visto hasta entonces, lo cual muestra cuán rara y tímida es. Mi ejemplar era una hembra en perfecta condición y era de admirar el barnizado cobrizo y verde de su plumaje, el blanco níveo de su cola y las hermosas plumas colgantes de su cuello. Más tarde conseguí un ejemplar en Nueva Guinea y la vi una vez en las islas Cayoa. También se encuentra en algunas pequeñas islas cerca de Macasar, en otras cerca de Borneo y en las islas Nicobar, de las que recibe su nombre. Se alimenta en tierra, sólo sube a los árboles para dormir y es un pájaro muy pesado y carnoso. Esto puede explicar que se encuentre principalmente en islas muy pequeñas, mientras que en la mitad occidental del archipiélago está totalmente ausente de las islas grandes. Como se alimenta en el suelo, está sometida a los ataques de los cuadrúpedos carnívoros que no habitan en las islas muy pequeñas. Su amplia distribución por toda la longitud del archipiélago, desde el extremo oeste al este, es, sin embargo, muy extraordinaria ya que, salvo unas cuantas aves de presa, no hay un solo pájaro terrestre que abarque una extensión tan amplia. Las aves que se alimentan en el suelo tienen en general una deficiente capacidad de vuelo sostenido y esta especie es tan pesada y voluminosa que a primera vista parece bastante incapaz de volar poco más de un kilómetro y medio. No obstante, una observación más atenta demuestra que sus alas son notablemente grandes, quizás en proporción a su tamaño más grandes que las de cualquier otra paloma, y sus músculos pectorales son inmensos. Un dato que me comunicó el hijo de mi amigo Duivenboden de Ternate demuestra que, en consonancia con esas peculiaridades de estructura, posee la capacidad de volar largas distancias. Duivenboden estableció una fábrica de aceite en una pequeña isla de coral, a unos 150 kilómetros al norte de Nueva Guinea y sin tierra enmedio. Después de un año en la isla y de haberla atravesado en todas direcciones, su hijo fue a visitarlo; y precisamente cuando la goleta iba a anclar, vieron un pájaro que venía volando del mar y que cayó exhausto en el agua antes de que pudiera alcanzar la playa. Enviaron una barca a recogerlo y resultó ser una paloma Nicobar que debía venir de Nueva Guinea y había volado 150 kilómetros, ya que ningún otro pájaro como éste había habitado la isla hasta entonces.

Éste es sin duda un caso muy extraño de adaptación a una necesidad poco común y excepcional. El pájaro no necesita ordinariamente de grandes capacidades de vuelo, ya que vive en las selvas, se alimenta de frutos caídos y se posa en árboles bajos como cualquier otra paloma terrestre. Por lo tanto, la mayoría de los ejemplares no pueden hacer pleno uso de sus alas sumamente potentes hasta que sucede el caso excepcional de que una de ellas es arrastrada al mar por el viento o se ve obligada a emigrar por la incursión de algún animal carnívoro o la escasez de alimento. Una modificación exactamente opuesta a la que produjo a los pájaros sin alas (*Apteryx*, *Cassowary* y *Dodo*) parece que ha tenido lugar en este caso; y es extraño que en ambos casos un hábitat insular haya sido la causa del traslado. La explicación es probablemente la misma que Darwin aplicó al caso de los escarabajos de Madeira, muchos de los cuales carecen de alas, en tanto que unos de los alados las tienen mejor desarrolladas que las mismas especies en el continente. Para estos insectos era ventajoso o no volar en absoluto, y así no correr el riesgo de ser arrastrados por el viento al mar, o volar tan bien que fueran capaces de regresar a tierra o emigrar al continente sin ningún peligro. El vuelo deficiente era más peligroso que la falta de él. De modo que en islas como Nueva Zelanda y Mauricio, lejos de la tierra, era más seguro para un pájaro que se alimenta en el suelo no volar en absoluto, y los ejemplares de alas cortas que sobrevivieron prepararon el camino sin interrupción a un grupo de aves no aladas; en un vasto archipiélago profusamente salpicado de islas e isletas era una ventaja poder migrar ocasionalmente, y de este modo las variedades grandes y de alas fuertes mantuvieron su existencia más tiempo y acabaron por suplantarse a todas las demás y difundir la raza por todo el archipiélago.

Además de la paloma, la única ave nueva que conseguí durante el viaje fue un raro chotacabras (*Batrachostomus crinifrons*), la única especie del género que se ha encontrado hasta ahora en las Molucas. Entre los insectos, el mejor fue el extraño *Pieris aruna*, de un intenso color amarillo cromo con un borde negro y extraordinarias antenas blancas, tal vez la mariposa más excelente del género; y un gran insecto negro parecido a la avispa con inmensas mandíbulas como un ciervo volador que fue denominado por F. Smith *Megachile pluto*. Coleccioné aproximadamente un centenar de escarabajos bastante nuevos para mí, en su mayoría muy diminutos y también muchos poco comunes y bellos que ya había encontrado en Bacan. En conjunto estaba bastante satisfecho con mi agradable excursión de diecisiete días y me permitió ver gran parte de la isla. Había rentado una espaciosa embarcación y llevaba conmigo una pequeña mesa y mi silla de ratán, que resultaron grandes comodidades porque donde había un techo me po-

día instalar de inmediato y trabajar y comer tranquilo. Cuando no encontraba alojamiento en la playa dormía en la embarcación, que cuando nos quedábamos varios días en un lugar estaba siempre amarrada en la playa.

A mi regreso a Bacan empaqué mis colecciones y me preparé para volver a Ternate. Cuando llegué la primera vez había enviado de regreso mi embarcación con el piloto y dos o tres hombres más, contentos con la oportunidad del viaje. Ahora me aprovechaba de una embarcación del gobierno que acababa de llegar con arroz para las tropas, y como conseguí permiso para regresar en ella, zarpé el 13 de abril después de que faltara sólo una semana para haber permanecido seis meses en la isla de Bacan. La embarcación era del tipo llamado *kora-kora*, bastante descubierta, muy baja y para aproximadamente unas cuatro toneladas de carga. Tenía batangas de bambú que sobresalían metro y medio a cada lado sobre las que se apoyaba una plataforma de bambú que se extendía a todo lo largo del navío. En el extremo exterior de la plataforma se sentaban los veinte remeros, mientras que dentro había un pasadizo de proa a popa.

La parte de en medio de la embarcación estaba cubierta con una cabina de techo de palma en la que se estibaban equipaje y pasajeros; la regala de la borda no estaba a más de 30 centímetros del agua y, debido a la gran cubierta el peso a los lados y una torpeza general, estas embarcaciones son peligrosas en mal tiempo y se pierden con no poca frecuencia. Un mástil triangular y una vela de estera nos hacían navegar cuando el viento era favorable, lo cual (como de costumbre) nunca sucedió a pesar de que, según el monzón, debería haber sucedido. El agua que llevábamos en bambúes era sólo para dos días y, como el viaje duró siete, tuvimos que tocar tierra en muchos lugares. El capitán no era muy enérgico y los hombres remaban sólo lo que se les antojaba, de otro modo hubiéramos llagado a Ternate en tres días, pues tuvimos buen tiempo y poco viento durante toda la travesía.

Además de mí había varios pasajeros: tres o cuatro soldados javaneses, dos convictos cuya condena había expirado (uno, curiosamente, era el hombre que me había robado la caja de monedas y las llaves), la esposa del maestro de escuela y un criado que iban de visita a Ternate y un comerciante chino que iba a comprar mercancías. Teníamos que dormir todos juntos en la cabina bastante apretujados, pero muy cortésmente me dejaron bastante espacio para mi colchón y nos llevamos bien. En la proa había una pequeña cocina en la que podíamos hervir el arroz y hacer café, ya que cada uno de nosotros llevaba sus provisiones, como es lógico, y disponer del tiempo para las comidas que a cada quien le fuera más conveniente. La travesía hubiera sido bastante agradable si no hubiera sido por los horribles *tom-toms* o tambores de madera que golpean sin cesar mientras los hom-

bres remaban. Había dos hombres que se dedicaban constantemente a ello haciendo un ruido terrible todo el viaje. Los remeros son hombres enviados por el sultán de Ternate. Ganan unos tres peniques al día y se procuran sus provisiones. Llevaba cada uno una resistente caja de betel sobre la que solían sentarse, una estera para dormir y una muda de ropa (remaban desnudos con sólo un *sarong* o paño en la cintura). Dormían en sus lugares cubiertos con la estera que los aislaba bastante bien de la lluvia. Masticaban betel o fumaban cigarrillos constantemente. Comían sagú seco y un poco de pescado salado; raras veces cantaban mientras remaban, salvo cuando se excitaban y querían llegar a alguna playa para descansar, y no hablaban mucho. Eran casi todos malayos, con algunos alfueros de Gilolo y papúas de Guebe o Waigeo.

Una tarde nos quedamos en Makian; muchos de los hombres fueron a tierra y trajeron gran cantidad de plátanos, bananas y otras frutas a bordo. Después proseguimos un trecho y en la noche anclamos de nuevo. Cuando nos fuimos a acostar apagué mi vela, ya que había todavía una lámpara que alumbraba débilmente, y, al no encontrar mi pañuelo, pensé que lo había dejado sobre una caja que formaba uno de los lados de mi cama y alargué el brazo para alcanzarlo. Lo retiré rápidamente al sentir algo frío y muy suave que se movió al tocarlo. “Traigan la luz, rápido —grité—; hay una serpiente.” Y allí estaba por cierto, lindamente enroscada y con la cabeza alzada preguntándose quién la había molestado. Era necesario capturarla o matarla diestramente o de lo contrario huiría entre los montones de equipaje diversos y no podríamos dormir tranquilos. Uno de los exconvictos se ofreció voluntariamente a capturarla con la mano envuelta en un trapo, pero por el modo en que se movía me di cuenta de que estaba nervioso y se le iba a escapar, así que no le permití que hiciera el intento. Conseguí un cuchillo y retiré con cuidado mis redes para insectos que colgaban precisamente encima de la serpiente y me impedían golpearla libremente. Le di un tajo en la espalda sujetándola, mientras mi muchacho le aplastaba la cabeza con otro cuchillo. Cuando la examiné encontré que tenía grandes colmillos venenosos y es sorprendente que no me mordiera cuando la toqué la primera vez.

Pensando que era muy poco probable que se hubieran metido a bordo dos serpientes a la vez, me di la vuelta y me dormí; pero, como tenía todo el tiempo la vaga y somnolienta idea de que podía poner mi mano sobre otra, me quedé acostado sin moverme y sin voltearme una sola vez en toda la noche, algo totalmente contrario a mis costumbres habituales. Al día siguiente llegamos a Ternate y me guarecí en mi confortable casa para examinar todos mis tesoros y embalarlos debidamente para el viaje de regreso a Inglaterra.

XXXI. CERAM, GORAM Y LAS ISLAS MATABELLO

(Octubre, 1859, a junio, 1860)

ABANDONÉ Amboina para hacer mi primera visita a Ceram a las tres de la mañana del 29 de octubre, después de un retraso de varios días ocasionado por la tripulación del barco a la que no se lograba reunir. El capitán Van der Beck, quien me concedió un pasaje en su barco, había estado tras ellos todo el día y a medianoche tuvimos que buscar a dos de mis hombres que en el último momento habían desaparecido. A uno lo encontramos cenando en su propia casa y algo embriagado por los tragos de arrack de la despedida, pero el otro se había ido al otro lado de la bahía y tuvimos que partir sin él. Permanecimos unas horas en dos aldeas cerca del extremo oriental de Amboina, en una de las cuales tuvimos que descargar madera para la casa de los misioneros, y la tarde del tercer día llegamos a la plantación del capitán Van der Beck situada en Hatosúa, parte de Ceram que se encuentra enfrente de la isla de Amboina. Era un claro en una selva plana y bastante pantanosa con una extensión de ocho hectáreas, plantados en su mayoría de cacao y tabaco. Aparte de una pequeña choza que ocupaban los trabajadores, había un gran cobertizo en donde se ponía a secar el tabaco y yo ocupé un rincón. Por el aspecto del lugar pensé que encontraría buen terreno para mis colecciones e instalé unas mesas provisionales, bancas y camas e hice todos los preparativos para quedarme una semana. Pero unos pocos días bastaron para darme cuenta de que no iba a ser así. Abundaban bastante los escarabajos y conseguí muchos Anthribidae de largos cuernos y bellos longicornios, pero en general eran las mismas especies que ya había encontrado en mi primera y breve visita a Amboina. En la selva había muy pocas veredas que no parecían ofrecer muchas aves y mariposas, y día tras día mis hombres no me trajeron nada que valiera la pena. Así que pronto tuve que pensar en cambiarme de localidad, ya que era obvio que no iba a poder hacerme una idea adecuada de los productos de la isla de Ceram, casi totalmente inexplorada, quedándome en ese lugar.

Lamenté bastante irme porque mi anfitrión era uno de los hombres más extraordinarios y de los compañeros más entretenidos que había tenido. Era flamenco de nacimiento y, como muchos de sus compatriotas, gozaba de un mara-

villosa talento para las lenguas. Cuando era bastante joven había acompañado a un funcionario del gobierno enviado para informar sobre el mercado y el comercio en el Mediterráneo y había aprendido el idioma coloquial de todos los lugares en los que había permanecido unas semanas. Después había hecho varios viajes a San Petersburgo y a otras partes de Europa, incluidas unas semanas en Londres, tras lo cual partió al Oriente, en donde había vivido varios años dedicado al comercio y a la especulación en diversas islas. Hablaba holandés, francés, malayo y javanés, todos bien por igual; inglés con un ligero acento pero con mucha fluidez y pleno conocimiento del idioma, en el que traté de confundirlo en vano. Conocía además bastante bien el alemán y el italiano, y estaba bastante familiarizado con algunas lenguas europeas como griego moderno, turco, ruso, y hebreo y latín coloquiales. Como prueba de su capacidad mencionaré que había hecho un viaje a la apartada isla de Salibabo, en la que se había quedado unas semanas dedicado al comercio. Como yo estaba formando vocabularios, me dijo que creía que podía recordar algunas palabras y me dictó bastantes. Algún tiempo después encontré una breve lista de palabras que había anotado en esas islas y en todos los casos concordaban con las que él me había dado. Solía cantar una canción de bebedores hebrea que había aprendido de unos judíos con los que había viajado en cierta ocasión y a los que dejó asombrados cuando se les unió en su conversación; disponía de un caudal inagotable de historias y anécdotas sobre la gente que había conocido y los lugares que había visitado.

En muchas de las aldeas de esta parte de Ceram hay escuelas y maestros nativos y los habitantes son antiguos cristianos conversos. En las aldeas más importantes hay misioneros europeos; pero hay muy poca o ninguna diferencia externa entre las aldeas cristianas y las alifuro, por lo menos hasta donde yo pude observar, en lo que respecta a sus habitantes. La población parece más decididamente papúa que la de Gilolo. Son de color más oscuro y muchos tienen el pelo crespo papúa; las facciones son también duras y prominentes y en especial las mujeres son mucho menos atractivas que las de raza malaya. El capitán Van der Beck no se cansaba de despotricar de los habitantes de estas aldeas cristianas, tachándolos de ladrones, mentirosos y borrachos, además de incorregiblemente indolentes. En la ciudad de Amboina mis amigos, los doctores Mohnike y Doleschall, lo mismo que la mayoría de los residentes y comerciantes europeos, tenían exactamente la misma queja y preferían tener criados mahometanos, aunque fueran convictos, antes que cristianos nativos. Una gran razón para ello es que para los mahometanos la templanza es parte de su religión y constituye hasta tal punto una costumbre que prácticamente nunca se transgrede la norma. Una fuente fértil de carencias, y

gran incentivo al ocio y al delito, está presente entre los cristianos pero ausente entre los mahometanos. No obstante, los cristianos se consideran a sí mismos casi en condiciones de igualdad respecto a los europeos, que profesan la misma religión, y muy superiores a los seguidores del islam, lo cual hace que sean propensos a menospreciar el trabajo y pretendan vivir del cultivo de su tierra o del comercio. Sobra decir que con gentes en un estado tan inferior de civilización la religión es casi enteramente ceremonial y no comprenden las doctrinas de la cristiandad ni aplican sus preceptos morales. Al mismo tiempo, hasta donde pude experimentar, mi opinión es que la mejor clase entre los orang sirani es tan cortés, servicial y trabajadora como los malayos, y sólo inferior a ellos en la tendencia que tienen a emborracharse.

Como había solicitado por escrito al ayudante del residente de Saparua, que tenía jurisdicción sobre el otro lado de la costa de Ceram, una embarcación para proseguir mi viaje, recibí una bastante más grande de lo necesario con una tripulación de 20 hombres. Me despedí, pues, de mi amable amigo, el capitán Van der Beck, y zarpé la tarde siguiente a la llegada del barco hacia la aldea de Elpiputi, a donde llegamos en dos días. Tenía intención de quedarme allí pero, como no me gustó el aspecto del lugar porque parecía carecer de selva virgen, decidí proseguir unos 20 kilómetros más hasta la bahía de Amahay, a una aldea de reciente creación habitada por indígenas del interior y en la que algunos caballeros de Amboina habían iniciado unas extensas plantaciones de cacao. Llegué al lugar (llamado Awaiya) la misma tarde y, con la ayuda de Peters (el gerente de las plantaciones) y del jefe nativo, conseguí una pequeña casa, desembarqué todas mis cosas y pagué y liberé a mis veinte barqueros, dos de los cuales habían llegado casi a perturbar mi ánimo con el tamborileo de los *tom-toms* durante toda la travesía.

La gente del lugar estaba casi en estado de naturaleza e iba casi desnuda. Los hombres llevan recogido el pelo crespo en un nudo circular y plano sobre la sien izquierda, lo cual les da un aire muy instruido, y en las orejas llevan cilindros de madera del grueso de un dedo y pintados de rojo en los extremos. Brazaletes y aros de hierbas trenzadas o de plata en los tobillos junto con collares de cuentas o de pequeños frutos completan su atavío. Las mujeres lucen adornos similares pero el pelo suelto. Todos son altos, de piel morena oscura y fisonomía papúa muy acentuada. Hay un maestro de Amboina en la aldea y un buen número de niños asisten a sus clases todos los días. A los habitantes que se han hecho cristianos se les reconoce porque llevan el pelo suelto y han adoptado hasta cierto punto el vestido cristiano nativo, pantalones y camisa suelta. Muy pocos hablan malayo

ya que todas estas aldeas costeras son de formación reciente y se poblaron induciendo a los nativos a que abandonaran el inaccesible interior. En toda la parte central de Ceram queda ahora sólo una aldea poblada en las montañas. Hacia el este y el extremo oeste hay algunas más y, salvo estas excepciones, todos los habitantes de Ceram se congregan en la costa. En las zonas del norte y el este la mayoría de la población es mahometana, mientras que en la costa sudoccidental, cerca de Amboina, es nominalmente cristiana.

En toda esta parte del archipiélago los holandeses han hecho loables esfuerzos por mejorar la condición de los aborígenes mediante la formación de maestros de escuela en todas las aldeas (la mayoría son nativos de Amboina o Saparua adoctrinados por los misioneros residentes) y con campañas de vacunación a cargo de nativos para prevenir epidemias de viruela. También alientan la radicación de europeos y la formación de nuevas plantaciones de cacao y café, uno de los mejores medios para elevar la condición de los nativos, que así obtienen trabajo con salarios justos y tienen oportunidad de adquirir algunos de los gustos y costumbres europeos.

Mis colecciones no prosperaron mucho más aquí que en el último lugar en el que estuve, con la excepción de que las mariposas abundaban un poco más y se podían encontrar bellas especies en la playa por las mañanas, posadas tan tranquilamente sobre la arena húmeda que se las podía cazar con los dedos. Así obtuve muchos bellos ejemplares de *Papilio* que me traían los niños. Sin embargo, los escarabajos escaseaban y las aves todavía más, y empecé a pensar que las bellas especies de Ceram de las que tanto había oído hablar debían estar totalmente confinadas al extremo oriental de la isla.

Algunos kilómetros más al norte, al comienzo de la bahía de Amahay, está la aldea de Makariki, de la que parte una senda nativa que atraviesa la isla hasta la costa norte. Mi amigo, Rosenberg, a quien había conocido en Nueva Guinea y era entonces el superintendente del gobierno en toda esta parte de Ceram, regresó de Waihai, en la costa norte, a las tres semanas de yo haber llegado a Awaiya y me enseñó algunas bellas mariposas que había conseguido en los arroyos de las montañas del interior. Me indicó un lugar cerca del centro de la isla donde creía que podía pasar unos días muy provechosos. Así que al día siguiente visité con él Makariki y dio instrucciones al jefe de la aldea para que me proporcionara hombres que llevaran mi equipaje y me acompañaran en la excursión. Como la gente del lugar quería estar en casa el día de Navidad, fue necesario partir lo antes posible; convenimos en que los hombres estarían dispuestos en dos días y yo regresé a iniciar mis preparativos.

Empaqué la menor cantidad posible de equipaje para un viaje de seis días y la mañana del 18 de diciembre partimos de Makariki, con seis hombres que llevaban mi equipaje y sus propias provisiones y un muchacho de Awaiya que estaba acostumbrado a cazar mariposas. Dejé a mis dos cazadores de Amboina para que cazaran y desollaran cuantas aves pudieran en mi ausencia. Al abandonar la aldea, primero caminamos enérgicamente una hora a través de una tupida y enmarañada vegetación baja que chorreaba humedad de la tormenta de la noche anterior y estaba llena de charcos. Después de atravesar varios riachuelos llegamos a uno de los ríos más grandes de Ceram, el Ruatan, que era necesario cruzar. Era profundo y rápido. Primero pasaron el equipaje sobre la cabeza, paquete por paquete, con el agua que les llegaba casi a las axilas, y después dos hombres regresaron a ayudarme. El agua me llegaba por arriba de la cintura y la corriente era tan fuerte que sin duda me hubiera arrastrado si hubiera intentado cruzar yo solo. Me quedé asombrado de que los hombres pudieran ofrecerme ayuda porque yo tenía grandes dificultades para volver a afirmar el pie en el suelo después de haberlo alzado. Como van siempre descalzos, la mayor fuerza y capacidad prensil de sus pies les permitía un paso más firme en la rápida corriente.

Después de escurrir bien nuestras ropas y volvernos a vestir, continuamos por una senda angosta que atravesaba una selva similar a la anterior, repleta de hojas muertas y troncos caídos y, en las partes más despejadas, invadida por una maraña de vegetación. En una hora más llegamos a un arroyo más pequeño que corría por un lecho de grava, tras el cual se extendía nuestro camino. Allí nos quedamos media hora a desayunar y después continuamos, cruzando varias veces la corriente de agua o caminando por las orillas de piedra y grava hasta el mediodía, cuando el paraje se volvió rocoso y encerrado entre colinas. Un poco más lejos entramos en una garganta de montañas y tuvimos que trepar por las rocas y a cada momento cruzar y volver a cruzar el agua o tomar atajos por la selva. Era bastante cansado y aproximadamente a las tres de la tarde, con el cielo cubierto y los truenos en las montañas que indicaban una tormenta próxima, tuvimos que buscar un lugar dónde acampar y poco después llegamos a uno de los viejos lugares de Rosenberg. Quedaba el esqueleto de su pequeño cobertizo para dormir y mis hombres cortaron hojas y construyeron un techo improvisado cuando empezó la lluvia. El equipaje estaba cubierto con hojas y los hombres se cobijaron como pudieron hasta que pasó la tormenta y empezó a descender un torrente de agua por el río que impidió que prosiguiéramos la marcha aun cuando era nuestro deseo. Entonces encendimos fogatas; yo hice café y mis hombres asaron pescado y plátanos y, en cuanto oscureció, nos pusimos cómodos para pasar la noche.

Salimos a las seis la mañana siguiente y caminamos tres horas por el mismo tipo de ruta durante la que cruzamos el río por lo menos treinta o cuarenta veces con el agua casi siempre hasta la rodilla. Llegamos a un lugar donde el camino se separaba del río y nos detuvimos para desayunar. Después continuamos una larga caminata por la montaña por una senda tolerable que nos llevó hasta una altitud de aproximadamente 450 metros sobre el nivel del mar. Allí observé uno de los más pequeños y elegantes árboles de helecho que había visto hasta entonces, con el tallo algo más grueso que mi pulgar y que aun así alcanzaba una altura de cuatro y medio a seis metros. También capturé una nueva mariposa del género *Pieris* y un magnífico ejemplar hembra de la *Papilio gambrius* de la que hasta entonces había encontrado sólo machos, más pequeños y de color muy diferente. Descendimos por el otro lado del promontorio por una senda muy empinada y llegamos a otro río por un lugar que está aproximadamente en el centro de la isla y que iba a ser nuestro sitio de descanso dos o tres días.

En un par de horas mis hombres construyeron un cobertizo para que yo pasara la noche al resguardo de tres por dos metros con una banca de palos partidos por la mitad, y ellos ocuparon dos o tres más pequeños que habían construido visitantes anteriores.

El río tenía en este lugar unos 20 metros de ancho y corría por un lecho de guijarros, y a veces de rocas, bordeado de escarpadas colinas y a veces lugares llanos y pantanosos entre el pie de las colinas y la corriente. Todo el terreno era una selva virgen tupida, ininterrumpida, muy húmeda y umbría. Justo en nuestro lugar de descanso, en medio del canal, había una pequeña isla cubierta de arbus-tos, de modo que la apertura que formaba el río en la selva era más amplia de lo usual y dejaba penetrar algunos rayos del sol. Había varias mariposas revoloteando, pero las más bellas se me escaparon y no las volví a ver durante toda mi estancia. En los dos días y medio que permanecimos allí, pasé casi todo el día de un lado a otro de la corriente en busca de mariposas y conseguí cincuenta o sesenta ejemplares en total, con varias especies bastante nuevas para mí. Había muchas otras que sólo vi una vez y no las capturé, motivo de que lamentara la ausencia de una aldea en estos valles del interior en la que pudiera quedarme un mes. La primera parte de la mañana salía con la escopeta a la búsqueda de aves y dos de mis hombres pasaban toda la jornada tras los ciervos; pero la búsqueda de todos nosotros fue igualmente infructífera y no conseguimos absolutamente nada en todo el tiempo que permanecimos en la selva. El único pájaro interesante que vimos fue el loro de Amboina, pero siempre volaba demasiado alto para dispararle; aparte de éste, el gran cálao de las Molucas, que no me interesaba, fue casi el único

pájaro que encontramos. No vi ni un solo zorzal de tierra, alción o paloma; y, en realidad, nunca había estado en una selva tan absolutamente carente de vida animal como ésta. Incluso en otros grupos de insectos, salvo mariposas, la pobreza era la misma. Había tenido esperanzas de encontrar algunos escarabajos tigre poco comunes, como me había sucedido en situaciones similares en la isla Célebes; pero, aunque busqué minuciosamente en la selva, en el lecho del río y en el arroyo de la montaña, no pude encontrar más que las dos especies comunes de Amboina. No había ningún otro escarabajo.

La caminata constante en el agua y sobre rocas y guijarros había destruido los dos pares de zapatos que llevaba, así que a mi regreso estaban hechos pedazos y el último día tuve que caminar en calcetines con bastantes molestias y llegué a la aldea cojeando. En el camino de regreso a Makariki, lo mismo que en el de ida, tuvimos tormenta y lluvia en el mar y llegamos a Awaiya cuando ya era de noche, con el equipaje empapado y nosotros bastante incómodos. Todo el tiempo que estuve en Ceram sufrí mucho de las irritantes mordeduras de un ácaro invisible, peor que los mosquitos, las hormigas y cualquier otra plaga, porque es imposible protegerse de él. Este último viaje a la selva me dejó cubierto de pies a cabeza de hinchazones que, después de mi regreso a Amboina, me causaron una grave enfermedad que me confinó en la casa casi dos meses, un recuerdo no muy agradable de mi primera visita a Ceram que finalizó con el año de 1859.

Hasta el 24 de febrero de 1860 no comencé de nuevo, tratando de pasar de una aldea a otra por la costa y quedándome donde encontraba un lugar adecuado. Llevaba una carta del gobernador de las Molucas en la que éste solicitaba a todos los jefes que me proporcionaran las embarcaciones y hombres necesarios para proseguir mi viaje. La primera barca me llevó en dos días a Amahay, al lado opuesto de la bahía hacia Awaiya. El jefe de este lugar, de un trato maravilloso, no puso ninguna excusa ni retraso y ordenó de inmediato que se preparara la embarcación que iba a llevarme. Pusieron mi equipaje a bordo, colocaron mástil y velas después de que ya había oscurecido y tuvo a los hombres preparados aquella misma noche; así que ya estábamos de camino a las cinco de la mañana siguiente, un alarde de energía y actividad que casi nunca había visto antes en un jefe nativo en ocasiones así. Tocamos tierra en Cepa y nos quedamos a pasar la noche en Tamilan, las dos primeras aldeas mahometanas en la costa meridional de Ceram. Cerca del mediodía del día siguiente llegamos a Hoya, el punto más lejano al que iban a conducirme esta embarcación y tripulación. El lugar de anclaje está aproximadamente a dos kilómetros al este de la aldea, enfrente de la cual hay arrecifes de coral; tuvimos que esperar la marea de la tarde para avanzar

y descargar la embarcación en el extraño pabellón de madera podrida reservado a los visitantes.

Allí no había ninguna embarcación de tamaño suficiente para cargar mi equipaje, y, aunque con dos hubiera bastado, el rajá insistió en enviar cuatro. En mi opinión la razón de esto fue que, como tenía cuatro aldeas bajo su mando, si enviaba una embarcación de cada una se evitaba la dificultad de escoger dos y dejar fuera a las demás. Me habían dicho que en la próxima aldea de Teluti había muchos alfueros y podía encontrar abundancia de loros y otras aves. El rajá me aseguró que había loros negros y amarillos y cacatúas negras; pero yo me inclino a pensar que sabía muy bien que me estaba mintiendo y que se trataba sólo de una treta para satisfacerme con su plan de llevarme a esa aldea en vez de proseguir el viaje un día más como yo deseaba. Allí, como en la mayoría de las aldeas, me pidieron bebidas alcohólicas porque la población era nominalmente mahometana y su religión se reduce casi por completo a rechazar el puerco y algunos otros artículos de comida prohibidos. A la mañana siguiente, después de muchos problemas, se consiguió cargar la embarcación y tuvimos una deliciosa travesía a remo por la profunda bahía de Teluti con una vista de la gran cadena montañosa de Ceram. Sesenta hombres remaban las cuatro embarcaciones, con banderas ondeando al viento y el tamborileo de los *tom-toms*, y un enérgico vocerío y cantos para mantener alto el ánimo. El mar estaba plano, la mañana luminosa y toda la escena era muy regocijante. Al desembarcar, el *orang kaya* y varias de las autoridades ataviadas con espléndidas chaquetas de seda esperaban nuestra llegada y me condujeron a una casa que habían preparado para mi recepción; decidí quedarme algunos días y ver si los alrededores producían algo nuevo. Mis primeras averiguaciones fueron acerca de los loros pero no pude conseguir gran información. Las únicas clases que conocían eran el loro de cuello anillado y el lorito común rojo y verde, ambos comunes en Amboina. Los loros negros y las cacatúas eran bastante desconocidos. Los alfueros habitaban en las montañas a cinco o seis días de viaje y en la aldea sólo había uno o dos pájaros existentes y ninguno merecía la pena. Mis cazadores sólo pudieron conseguir unas cuantas aves comunes; y a pesar de las excelentes montañas, las exuberantes selvas y una localidad a 150 kilómetros al este, no pude encontrar insectos nuevos y sumamente pocos hasta de las especies comunes en Amboina y Ceram occidental. Evidentemente no tenía ningún sentido detenerse en un lugar así y resolví abandonarlo lo antes posible.

La aldea de Teluti está muy poblada pero está dispersa y muy sucia. Árboles de sagú cubren la ladera de la montaña en vez de crecer como es habitual en te-

rrenos bajos y cenagosos, pero una observación más atenta revela que crecen en retazos pantanosos que se han formado entre las rocas sueltas que cubren el terreno y que se mantienen constantemente llenos del agua de las lluvias y la abundancia de riachuelos que corren entre ellas. Este sagú constituye casi toda la subsistencia de los habitantes, que no cultivan más que unas cuantas parcelas pequeñas de maíz y batata. De ahí, como ya he explicado, la escasez de insectos. El *orang kaya* posee ropa fina, lámparas elegantes y otras costosas mercancías europeas, pero vive de sagú y pescado, con tanta miseria como el resto de la población.

Después de tres días en este estéril lugar, partí la mañana del 6 de marzo en dos embarcaciones del mismo tamaño que las que me habían llevado a Teluti. Con cierta dificultad había obtenido permiso para llevar estas embarcaciones hasta Tobo, donde pensaba quedarme un tiempo, y por lo tanto proseguimos con bastante rapidez, cambiamos hombres en la aldea de Laiemu y llegamos a Ahtia-go con una fuerte lluvia. Como había bastante oleaje en la playa y probablemente arreciaría si soplaba fuerte el viento durante la noche, halaron nuestras embarcaciones a la playa; y después de cenar en casa del *orang kaya* y anotar un vocabulario del lenguaje de los alfueros que viven en las montañas del interior, regresé a dormir a la embarcación. A la mañana siguiente continuamos, cambiando hombres en Warenama y de nuevo en Hatometen, ambos lugares con mucho oleaje y sin puerto, de modo que los hombres tuvieron que ir a la playa y regresar al barco a nado. A nuestra llegada a Batuasa la tarde del día 7 de marzo, primera aldea perteneciente al rajá de Tobo y bajo el gobierno de Banda, el oleaje era muy fuerte por una considerable marejada que soplaba hacia el oeste. Rodeamos la punta rocosa sobre la que se encuentra la aldea, pero del otro lado la situación no era mucho mejor. De todos modos tuvimos que desembarcar; esperamos a que la gente en la playa terminara los preparativos consistentes en colocar una hilera de troncos desde la orilla del agua sobre los que arrastrar las embarcaciones y remamos lo más rápidamente posible en dirección hacia ellos después de que pasara el oleaje más fuerte. En el momento en que tocamos tierra, todos nuestros hombres saltaron y, ayudados por los que estaban en la playa, trataron de halar el barco a un lugar seco y alto, pero, como no había manos suficientes, el oleaje rompió repetidas veces en popa. No obstante, el declive de la playa impidió que se dañara la embarcación y, como la otra tenía dos tripulaciones para halarla, la pusieron a salvo sin gran dificultad.

A la mañana siguiente, con la marea baja, el embate de las olas quedaba a distancia de la playa y después de arrastrar las embarcaciones hasta la orilla del

agua tuvimos que esperar el momento adecuado para zarpar sin peligro. En las dos aldeas siguientes, Tobo y Ossong, tomamos hombres nuevos que llegaron a la embarcación a nado a través del oleaje; y en el siguiente lugar el rajá vino a bordo y me acompañó a Kissa-laut, donde tiene una casa que me prestó para mi estancia. Había de nuevo un fuerte oleaje y a duras penas halamos y pusimos a salvo las embarcaciones. En Amboina me habían prometido que en esta temporada tendría un mar tranquilo y viento cerca de la costa, pero tanto en este caso como en todo lo demás no pude conseguir información confiable concerniente a vientos y estaciones de los lugares a dos o tres días de distancia. No obstante, puede que debido a la orientación general de la isla de Ceram (E.S.E. y O.N.O.), hay un fuerte oleaje y casi ningún resguardo en la costa meridional durante el monzón del oeste, único momento en que la travesía es segura hacia el este; aunque con el monzón del este, cuando me proponía regresar por la costa norte a Wahai, es probable que hubiera estado igualmente expuesto y peligroso. Pero, a pesar de que la dirección general del monzón del oeste provoca una fuerte marejada en el mar de Banda, con mal oleaje en la costa, aun así no nos pareció mucho el viento porque, supongo que a causa de las numerosas bahías y cabos, soplaron vientos contrarios del sudeste y hasta vientos adecuados del este durante toda la travesía y tuvimos que cubrir casi toda la distancia desde Amboina a remo. Así que sufrimos todas las desventajas de este monzón del oeste a pesar de que me habían dicho que nos garantizaba un viaje rápido y placentero.

En Kissa-laut me demoré cuatro semanas, aun cuando a los tres días de estancia me di cuenta de que no tenía sentido que me quedara en el lugar y supliqué al rajá que me diera un prao y hombres para que me llevaran a Goram. Pero, en vez de conseguir uno de los praos a la mano, insistió en que se enviara a buscar uno a kilómetros de distancia y, cuando después de mucho retraso finalmente llegó, resultó ser totalmente inadecuado y demasiado pequeño para transportar mi equipaje. Entonces encargó que trajeran otro de inmediato y le prometieron que lo tendría en tres semanas, pero transcurrió el doble del tiempo sin que apareciera ninguno y tuvimos que acabar consiguiendo uno en la aldea contigua, donde hubiera sido mucho más fácil obtenerlo desde el principio. Después empezaron a calafatear la embarcación y a protegerla y vinieron las peleas entre el propietario y los hombres del rajá que duraron más de 10 días, y entretanto yo no estaba consiguiendo absolutamente nada porque esta parte de Ceram era un desierto total en zoología pese a ser un bellissimo paraje con una vegetación muy exuberante. Estaba completamente confundido y hasta el día de hoy es algo que no he podido entender del todo; lo único que conseguí que valiera la pena du-

rante mi estancia de un mes en el lugar fueron unas cuantas conchas de tierra bastante bellas.

Finalmente, el 4 de abril conseguimos zarpar en nuestro pequeño bote de cuatro toneladas de carga en el que a duras penas cupieron mis numerosas cajas, dejando espacio para dormir y cocinar. La embarcación no podía jactarse de una sola onza de hierro ni de un pie de cuerda en ninguna parte de su construcción, ni de una pizca de brea o de pintura en su decoración. Los tablones estaban unidos del habitual e ingenioso modo con estacas y ratán. El mástil era un triángulo de bambú que no requería obenques y llevaba una gran vela de estera; de los cuartos colgaban dos timones amarrados con ratán, el ancla era de madera y un ratán largo y grueso hacía las veces de cable. La tripulación consistía en cuatro hombres cuyo único acomodo era apenas poco más de un metro cuadrado en proa y popa con el suelo de palma en declive sobre el que podían estirarse para variar. Teníamos por delante casi 150 kilómetros de viaje, totalmente expuestos a la marejada del mar de Banda, que a veces es de bastante envergadura; pero por fortuna gozamos de un tiempo tranquilo y apacible e hicimos el viaje relativamente confortables.

El segundo día pasamos el extremo oriental de Ceram, formado por un grupo de colinas con promontorios calizos y navegando por las islas de Kwammer y Keffing, ambas densamente pobladas, apareció a la vista la pequeña ciudad de Kilwaru, que parece emerger del mar como una Venecia rústica. Este lugar tiene en verdad un aspecto extraordinario porque no se ve una sola partícula de tierra ni de vegetación; una gran población parece flotar sobre el agua adentrándose en el mar. Hay por supuesto una pequeña isla de varios miles de metros de extensión, pero las casas, construidas sobre pilotes en el agua, están tan hacinadas que la isla queda completamente oculta. Es un lugar de mucho tráfico, emporio de muchos de los productos de estos mares orientales y residencia de muchos comerciantes bugis y de Ceram que parece que la escogieron por estar emplazada cerca del único canal profundo que hay entre los extensos bancos de arena de Ceram-laut y los que bordean el extremo oriental de Ceram. Enfrentamos vientos contrarios y tuvimos que impeler el barco con pértiga por los arrecifes de coral poco profundos de Ceramlaut un trecho de aproximadamente 50 kilómetros. El único peligro del viaje lo encontramos precisamente al final porque cuando íbamos remando hacia Manowolko, la isla más grande del grupo de Goram, fuimos arrastrados tan rápidamente por una fuerte corriente del oeste que tuve casi la certeza de que íbamos a pasar de largo la isla, en cuyo caso nuestra situación hubiera sido tan desagradable como peligrosa ya que, con el viento del este

que se acababa de levantar, tal vez no hubiéramos podido regresar en varios días y a bordo no teníamos agua ni para un día. En el momento crítico, serví a mis hombres un poco de bebida alcohólica bastante fuerte, que dio nuevo vigor a sus brazos y nos sacó de la influencia de la corriente antes de que fuera demasiado tarde.

MANOWOLKO, GRUPO GORAM

Al llegar a Manowolko, encontramos que el rajá estaba en la isla de Goram, enfrente; pero fueron de inmediato a buscarlo y entretanto nos dieron un amplio cobertizo para que nos acomodáramos. En la noche llegó el rajá y al día siguiente me vino a visitar y recordé que, como presentía, lo había conocido hacía tres años en Aru. Fue muy amistoso y sostuvimos una larga charla, pero cuando le pedí una embarcación y hombres para ir a Kai puso innumerables dificultades. No había praos, porque todos habían salido a Kai o Aru, y, aun cuando hubiera alguno, no había hombres porque era la temporada en que todos habían partido a comerciar. Pero me prometió buscar una solución y tuve que esperar. Los dos o tres días siguientes continuaron las pláticas y surgieron nuevas dificultades, así que tuve tiempo para examinar la isla y la población.

Manowolko tiene unos 25 kilómetros de longitud y consiste en un mero arrecife de coral alzado. A unos 200 o 300 metros tierra adentro se elevan acantilados de coral en muchos lugares perpendiculares y de 30 a 60 metros de altura. Me informaron que esto es característico de toda la isla, en la que no hay ningún otro tipo de roca ni de corrientes de agua. Unas cuantas fisuras y grietas sirven de sendas hasta la parte alta de esos acantilados, donde hay un terreno abierto y ondulado que contiene las principales plantaciones de hortalizas de sus habitantes.

La población, por lo menos los hombres principales, era de una raza malaya más pura que los mahometanos de la tierra firme de Ceram, y esto tal vez se deba a que cuando llegaron los primeros pobladores no había indígenas en estas islas pequeñas. En Ceram, los alfueros de raza papúa son el tipo predominante y la fisonomía malaya rara vez es muy acentuada, mientras que aquí es el caso contrario y una leve infusión de papúa en una mezcla de malayo y bugi ha producido una población muy hermosa. La clase baja de la población está formada casi en su totalidad por los indígenas de las islas adyacentes, que son una raza bella, con rasgos papúas muy acentuados, cabello crespo y tez morena. La lengua de Goram también se habla en el extremo oriental de Ceram y en las islas contiguas. Se parece

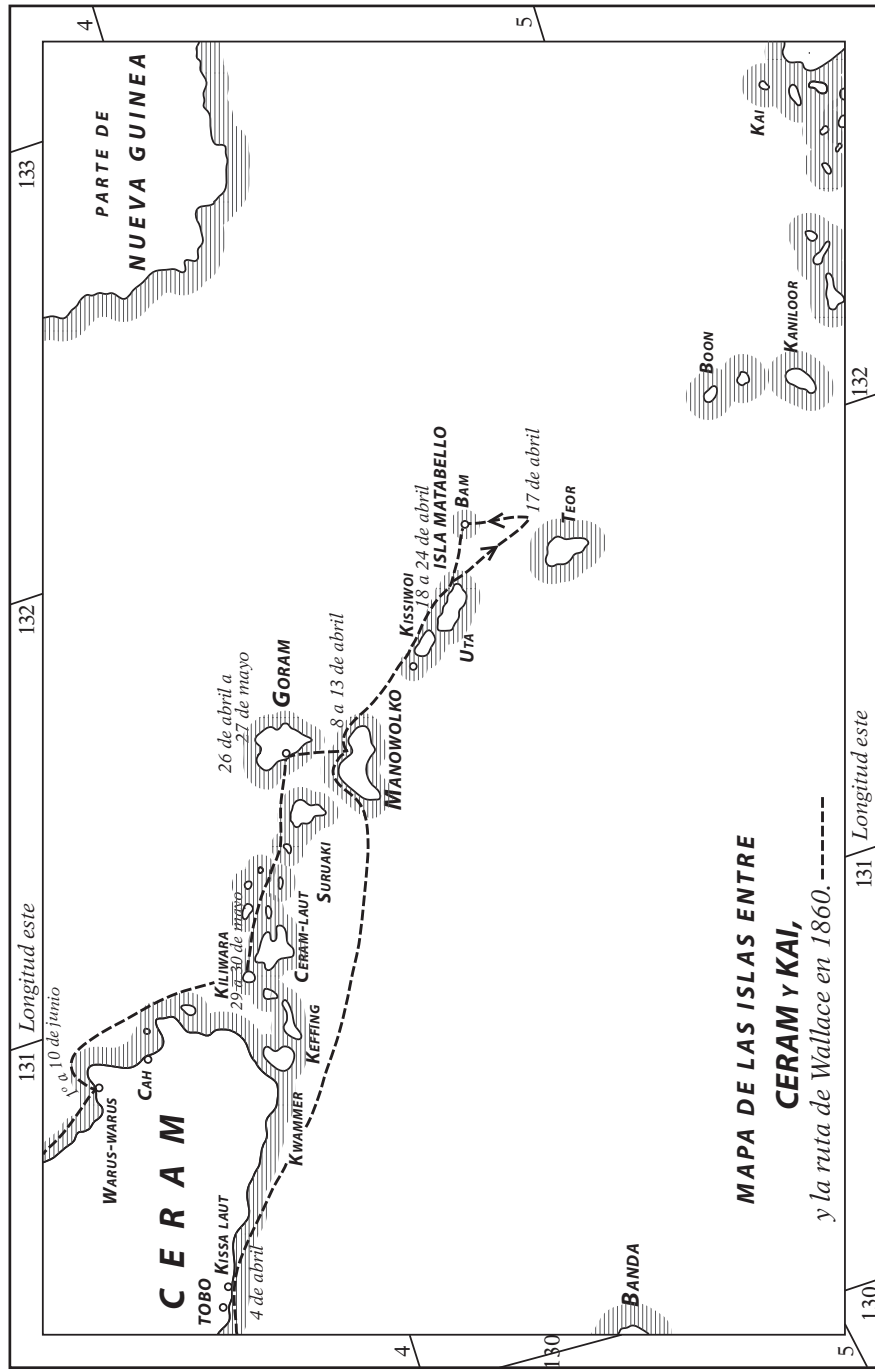


FIGURA XXXI.1. Mapa de las islas entre Ceram y Kai con la ruta de Wallace en 1860. Alfred Russel Wallace, dominio público, vía Wikimedia Commons.

en términos generales a las lenguas de Ceram pero posee un elemento peculiar que no encontré en otros idiomas del archipiélago.

Después de un gran retraso y teniendo en cuenta la importancia de cada día que pasaba en esta época del año, encontraron una precaria embarcación y cinco hombres, y con cierta dificultad estibé en ella todo el equipaje que me era absolutamente necesario llevar y no quedó casi lugar para dormir o sentarse.

Fueron muy alabadas las cualidades de la embarcación para navegar y me aseguraron que en esta época del año era mucho más fácil que un navío pequeño lograra realizar la travesía. Primero costeamos la isla hasta llegar al extremo oriental a la mañana siguiente (11 de abril), y tuvimos un fuerte viento que soplaba O.S.O. y que nos permitió cruzar hasta las islas Matabello, distancia de poco más de 30 kilómetros. No me gustó mucho el aspecto del cielo, bastante cargado, y el de un mar más bien erizado, y mis hombres se resistían a hacer el intento; pero, como eran pocas las esperanzas de una mejor oportunidad, insistí en el intento. Los cabeceos y las sacudidas de nuestra pequeña embarcación pronto me redujeron a un estado de lastimosa inutilidad y me tumbé resignado a lo que sucediera. Después de tres o cuatro horas me informaron que ya estábamos cerca, pero cuando me levanté dos horas después, casi a la puesta de sol, vi que estábamos todavía a una gran distancia del punto de destino por una fuerte corriente que había estado en contra nuestra desde hacía rato. Cayó la noche y el viento sopló más al frente, de modo que tuvimos que velear. Después se calmó y remamos o veleamos según fuera lo más favorable; eran las cuatro de la madrugada cuando llegamos a la aldea de Kisiwoi sin haber recorrido más de cinco kilómetros en las últimas doce horas.

ISLAS MATABELLO

Al despuntar el día vi que estábamos en un bello y pequeño puerto formado por un arrecife de coral a unos 200 metros de la playa y a resguardo de todo viento. Como no habíamos comido nada desde la mañana anterior, cocinamos nuestro desayuno en la playa y zarpamos al mediodía, costeando las dos islas de este grupo, que están alineadas y separadas entre sí por un estrecho canal. Ambas están formadas enteramente de roca de coral elevada; pero ha habido un hundimiento posterior, como lo muestra la barrera de arrecifes que se extiende a lo largo de ellas a distancia variable de la playa. A veces este arrecife sólo está señalado por una línea de rompientes de olas cuando hay un poco de marejada en el mar; en

otros lugares hay un promontorio de coral muerto sobre el agua que de vez en cuando tiene altura suficiente para permitir el crecimiento de algunos arbustos bajos. Fue el primer ejemplo que encontré de una verdadera barrera de arrecifes producidos por inmersión como Darwin mostró con tanta claridad. En un archipiélago protegido así no se hubiera podido distinguir por la ausencia de esas enormes olas rizadas y estos rompientes que en el océano abierto lanzan una barrera de coral roto muy por encima de la línea usual de la marea alta, mientras que aquí rara vez se elevan hasta la superficie.

Al llegar al extremo de la isla meridional llamada Uta, tuvimos que esperar dos días a que el viento nos permitiera pasar a la isla siguiente, Teor, y empecé a perder la esperanza de que fuera el comienzo de unos cuantos días de tiempo favorable. Navegamos muy bien a vela en dirección a Teor, pero, aproximadamente una hora después, el viento cambió al O.S.O. y nos arrastró fuera de nuestro rumbo. A la caída de la noche nos encontramos en mar abierto y a 15 kilómetros de nuestro destino a sotavento. Mis hombres estaban muy asustados porque si continuábamos podíamos pasar una semana en el mar en nuestra pequeña embarcación descubierta y cargada casi hasta el nivel del agua. O podíamos irnos a la deriva hacia la costa de Nueva Guinea, en cuyo caso era muy probable que fuéramos asesinados. Yo no podía negar estas probabilidades, y, aunque les mostré que no podíamos regresar al punto de partida con el viento que teníamos, insistieron en regresar. Cambiamos, pues, de rumbo y nos dimos cuenta de que no podíamos acercarnos ni a Uta ni a Teor; no obstante, por gran fortuna, hacia las diez nos topamos con una pequeña isla de coral y nos resguardamos en la parte de sotavento hasta la mañana, cuando un cambio favorable del viento nos devolvió a Uta, y por la tarde (18 de abril) llegamos a nuestro primer anclaje en Matabello, donde decidí quedarme unos cuantos días y después regresar a Goram. Lamenté mucho tener que renunciar a mi viaje a Kai y a las islas intermedias que tanto había anhelado para compensar mi decepción en Ceram, ya que la breve visita que hice en mi viaje a Aru me había producido tantos insectos bellos y raros.

Los nativos de Matabello están casi totalmente dedicados a la elaboración de aceite de coco que venden a los comerciantes bugis y de Goram, quienes lo transportan a Banda y Amboina. Las accidentadas rocas de coral parecen muy favorables para el crecimiento del cocotero, que abunda en toda la isla hasta en los puntos más altos y produce fruto todo el año. Hay además gran cantidad de arecas o palma de betel, cuyos frutos se rebanan, se ponen a secar y se muelen hasta formar una pasta muy utilizada por los mscadores de betel malayos y papúas. Todos los niños pequeños del lugar, incluso los que apenas pueden co-

rrer sin ayuda, llevaban entre los labios una masa de esa pasta roja de apariencia desagradable, lo cual es hasta menos placentero que verlos fumar puros a esa misma edad, algo muy común aun antes del destete. Cocos, batatas, ocasionalmente pastel de sagú y la nuez que queda después de extraerle el aceite mediante ebullición forman el principal sustento de esas gentes, y el efecto de una dieta precaria y malsana se manifiesta en la frecuencia de erupciones y enfermedades esorbúticas en la piel y en las numerosas úlceras que desfiguran los rostros de los niños.

Las aldeas están ubicadas sobre picos de coral altos y escarpados, cuyo único acceso es por senderos angostos con escaleras de mano y puentes sobre grandes abismos. Están asquerosas de bagazos en descomposición y desperdicios oleaginosos, y las chozas son oscuras y están grasientas y sumamente sucias. La población está formada por salvajes de aspecto desdichado, feos y sucios, cubiertos de trapos viejos y que viven miserablemente; como toda gota de agua se ha de acarrear desde la playa, nunca piensan en lavarse. Aun así, en realidad son ricos y tienen medios para adquirir todo lo básico y superfluo de la vida. Abundan las aves de corral y en todas las aldeas que visité me ofrecieron huevos, aunque ellos no los comen porque los consideran animales domésticos o mercancías. Casi todas las mujeres llevan aretes de oro macizo y en todas las aldeas hay docenas de pedazos de bronce desperdigados por el suelo, aunque probablemente hayan costado 10 libras en promedio cada uno. Me visitaron los jefes de todas las aldeas vestidos de seda y satén floreado a pesar de que sus viviendas y su comida diaria no son mejores que las de los demás habitantes. ¡Qué contraste entre estas gentes y los salvajes como los de las mejores tribus de los dayaks de las colinas en Borneo o los indios del río Vaupés (Uaupés) en Sudamérica que viven a las orillas de límpidos arroyos, pulcros en su aseo personal y en sus viviendas, con abundancia de alimentos sanos que manifiestan su efecto en una piel sana y en la belleza de formas y rasgos! Existe casi tanta diferencia entre las diversas razas de salvajes como entre los pueblos civilizados y se puede afirmar con seguridad que los mejores especímenes de las primeras son muy superiores a los ejemplos más inferiores de la última categoría.

Uno de los pocos lujos de Matabello es el vino de palma, que es la savia fermentada de los tallos de las flores del cocotero. De hecho es una bebida muy agradable, más parecida a la sidra que a la cerveza, aunque tan intoxicante como esta última. Abundan también los cocoteros jóvenes, de modo que en cualquier parte de la isla basta con recorrer algunos metros para encontrar una deliciosa bebida trepándose a un árbol para alcanzarla. Lo que se bebe es el agua del fruto joven

antes de que se endurezca la pulpa; es entonces cuando es más abundante y más clara y refrescante, y la capa fina de pulpa gelatinosa es considerada un manjar delicioso. El agua de los cocos ya maduros se desecha porque se considera no potable, aunque es deliciosa en comparación con la de esos frutos viejos y secos que son los únicos que obtenemos en nuestro país. Al principio la pulpa no me gustó, pero escasean tanto los frutos salvo en temporadas especiales que pronto se aprende a apreciar cualquier cosa con características de fruto.

En Europa hay muchas personas que tienen la idea de que en las selvas tropicales abundan los frutos de sabor delicioso y sin duda se sorprenderán de saber que los verdaderos frutos silvestres de este gran y exuberante archipiélago, cuya vegetación podría competir con la de cualquier parte del mundo, son inferiores en casi todas las islas en abundancia y calidad a los de Inglaterra. En algunos lugares se encuentran fresas y frambuesas silvestres, pero son tan insípidas que no vale la pena comerlas y no hay nada que se pueda comparar a nuestras zarzamoras y arándanos. La nuez de canary se puede considerar igual a la avellana, pero no he encontrado ningún fruto superior a nuestras manzanas silvestres, bayas de espino, ciruelas silvestres, hayucos y bellotas, frutos que serían sumamente estimados por los nativos de estas islas y que constituirían parte importante de su sustento. Todos los excelentes frutos tropicales son productos tan cultivados como nuestras manzanas, duraznos y ciruelas y sus prototipos silvestres, que en general son insípidos o no comestibles cuando los hay.

La población de Matabello, lo mismo que en la mayoría de las aldeas mahometanas de Ceram oriental y Goram, me divertía mucho con sus extrañas ideas sobre la guerra rusa. ¡Creían que los rusos no sólo habían sido completamente abatidos por los turcos sino que éstos los habían conquistado y obligado a convertirse al islamismo! Es casi imposible convencerlos de que no fue así y de que, si no hubiera sido por la colaboración de Francia e Inglaterra, el pobre sultán se hubiera visto en aprietos. Otra de sus nociones es que los turcos son el pueblo mayor y más fuerte del mundo, en realidad una raza de gigantes, que comen grandes cantidades de carne y constituyen la nación más feroz e irresistible. Es difícil entender de dónde han surgido estas opiniones extrañas y desvariadas a no ser que deriven de los sacerdotes árabes o de los hajjis que regresaron de la Meca, quienes tal vez hayan oído sobre las antiguas proezas de los ejércitos turcos cuando hicieron estremecerse a toda Europa y suponen que su carácter y su capacidad guerrera deben de ser lo mismo en la actualidad.

GORAM

Había empezado a soplar un firme viento del sudeste y regresamos a Manowolko el 25 de abril y, al día siguiente, cruzábamos a Ondor, la aldea principal de Goram.

Alrededor de esta isla y con pocas interrupciones se extiende un cerco de arrecifes de coral aproximadamente a 400 metros de la playa, visible como una franja de agua verde claro pero que sólo cuando la marea es muy baja deja sobresalir pedazos de roca en la superficie. Este arrecife tiene varias entradas profundas y el anclaje es bueno en su interior todo el tiempo. El suelo se eleva gradualmente hasta mediana altura y numerosos arroyos descienden sobre él por todas partes. La mera existencia de estas corrientes de agua sería una prueba de que la isla no era totalmente coralina, ya que si no fuera así toda el agua sería absorbida por la roca porosa como sucede en Manowolko y Matabello; pero tenemos una prueba todavía más contundente en los guijarros y las piedras de los lechos de estos arroyos, que muestran una variedad de rocas estratificadas y cristalinas. A unos 100 metros de la playa se yergue un muro de roca de coral de tres a seis metros de altura sobre el que se extiende una superficie de coral escarpado que desciende hacia abajo, al interior, y que, después de una ligera subida, está limitado por un segundo muro de coral. Hay muros similares a más altura y hasta en la parte más alta de la isla se encuentra coral.

Esta particular estructura nos muestra que antes de que se formara el coral había tierra en el lugar; después, esta tierra fue hundiéndose bajo el agua, pero con intervalos de calma, durante los que se formaron los arrecifes circundantes a diferentes niveles; más tarde volvió a elevarse hasta alcanzar la altura actual y ahora se ha empezado a hundir de nuevo. Esto lo podemos inferir porque los arrecifes circundantes son una prueba de inmersión, y, si la isla se volviera a elevar unos 30 metros, lo que es ahora el arrecife y el mar poco profundo dentro de él formarían un muro de roca de coral y una llanura coralina ondulante, totalmente idénticos a los que todavía existen a varias alturas hasta llegar a la cima de la isla. Sabemos también que estos cambios han ocurrido en una época relativamente reciente porque la superficie de coral casi no ha sufrido la acción del tiempo y por la superficie de la isla hasta cerca de la cima hay esparcidas cientos de conchas de mar idénticas a las que se encuentran todavía en la playa, y muchas de ellas conservan su brillo y hasta su color.

No es posible determinar si el grupo de Goram originalmente formaba parte de Nueva Guinea o de Ceram y sus productos esclarecen muy poco la cuestión si

es que, como yo imagino, las islas quedaron totalmente sumergidas en la época de las especies animales existentes, ya que en este caso la fauna y la flora actuales se deberían a una inmigración reciente de los territorios vecinos; y la pobreza de especies concuerda perfectamente con esta opinión. La isla tiene mucho más en común con Ceram oriental pero al mismo tiempo tiene un gran parecido con las islas Kai y Banda. La bella paloma *Carpophaga concinna* habita en Kai, Banda, Matabello y Goram y está sustituida por una especie diferente, *Calornis neglecta*, en Ceram. Los insectos de estas cuatro islas tienen también *facies* común, hechos que parecen indicar que recientemente desapareció algún territorio más extenso del área que ocupan en la actualidad y les ha proporcionado algunos de sus productos particulares.

La gente de Goram —entre la que permanecí un mes— pertenece a una raza de comerciantes. Visitan todos los años las islas Kai, Tenimer y Aru, toda la costa noroeste de Nueva Guinea desde Oetanata hasta Salwatty y las islas de Waigeo y Misool. Extienden también sus viajes a Tidore y Ternate, así como a Banda y Amboina. Sus praos los construyen esa maravillosa raza de constructores de embarcaciones, los isleños de Kai, que producen anualmente cientos de barcos, grandes y pequeños, inigualables por la belleza de su forma y la calidad de su manufactura. Comercian básicamente *tripang*, la corteza medicinal *mussoi*, nuez moscada silvestre y caparazones de tortuga que venden a los comerciantes bugis de Ceram-laut o Aru, y pocos se preocupan de llevar sus productos a otros mercados. En otros aspectos son una raza perezosa que vive en la pobreza y entregada a fumar opio. Las únicas manufacturas nativas son la elaboración de velas de estera, paño de algodón basto y cajas de hojas de pándano bellamente coloreadas y adornadas con conchas de mar.

En la isla de Goram, de sólo 12 o 15 kilómetros de longitud, hay como una docena de rajás, no mucho más acomodados que el resto de los habitantes y que ejercen un mando meramente nominal salvo cuando reciben alguna orden del gobierno holandés y, entonces, respaldados por un poder superior, se muestran algo más estrictos en su autoridad. Mi amigo el rajá de Ammer (comúnmente llamado rajá de Goram) me dijo que hace unos años, antes de que los holandeses interfirieran en los asuntos de la isla, el comercio no se realizaba con la tranquilidad actual y los praos rivales peleaban cuando se encontraban rumbo a la misma localidad o traficaban en la misma aldea. Ahora ni se piensa en tal cosa, uno de los buenos efectos de la superintendencia de un gobierno civilizado. No obstante, las peleas entre aldeas a veces todavía se resuelven luchando y un día vi a 50 hombres que llevaban largas escopetas y pesadas cartucheras en marcha por

la ciudad. Venían del otro lado de la isla de solucionar algún asunto de límites u ocupación ilegítima de propiedades y estaban pertrechados para la guerra si las negociaciones pacíficas no daban resultado.

En mi estancia en Manowolko compré por 100 florines (nueve libras) un pequeño prao que me trajeron al día siguiente porque me informaron que era más fácil llevar a cabo las reformas necesarias en Goram, donde había establecidos varios trabajadores de Kai.

En cuanto comenzamos a preparar el prao, tuve que abandonar mis recolecciones porque me di cuenta de que si no estaba constantemente sobre ellos trabajarían muy poco. Como me proponía hacer varios viajes largos en esta embarcación, decidí adaptarlo del modo conveniente y tuve que hacer personalmente todo el trabajo del interior, ayudado por mis dos muchachos de Amboina. Me venían a visitar muchos pobladores, asombrados de ver a un hombre blanco trabajando y aún más ante los novedosos arreglos que estaba haciendo en uno de sus navíos nativos. Disponía por fortuna de algunas herramientas propias, incluida una pequeña sierra y algunos cinceles que ahora ponía duramente a prueba cortando y ajustando pesados tablones de madera para el piso y los palos que sostienen el mástil triangular. Como eran de la mejor fabricación londinense, soportaron muy bien el trabajo y sin ellos no me hubiera sido posible terminar la embarcación con la mitad de la pulcritud que lo hice ni con el doble del tiempo que empleé. Conseguí un hombre de Kai para que pusiera cuadernas nuevas, para lo cual compré clavos a un comerciante bugi a ocho peniques la libra. Mis barrenas eran demasiado pequeñas y, como no teníamos taladros, tuvimos que perforar todos los orificios con hierros candentes, operación sumamente tediosa e insatisfactoria.

Había contratado cinco hombres para trabajar en la embarcación hasta que estuviera terminada y después vinieran conmigo a Misool, Waigeo y Ternate. No obstante, su noción del trabajo era muy diferente a la mía y tuve inmensas dificultades con ellos; rara vez acudían más de dos o tres juntos y cuando acudían presentaban un centenar de excusas para trabajar sólo medio día. A pesar de todo, suplicaban constantemente adelantos de dinero diciendo que no tenían nada que comer. Cuando se los daba, no acudían al día siguiente, y cuando me negué a darles más adelantos algunos abandonaron el trabajo. A medida que la embarcación iba quedando terminada aumentaban mis dificultades con los trabajadores. El tío de uno de ellos había emprendido una guerra o especie de lucha de facciones y le pedía su colaboración; la esposa de otro se había enfermado y no lo dejaba ir a trabajar; un tercero tenía fiebre y escalofríos, y dolores de cabeza y

espalda; y un cuarto tenía un acreedor inexorable que no permitía que se alejara. Todos habían recibido por adelantado el salario de un mes y, aunque la cantidad no era alta, fue necesario obligarlos a que me lo regresaran o nunca iba a conseguir hombres. Así que envié al comisario de la aldea tras dos de ellos y los mantuve bajo custodia durante un día, al cabo del cual me regresaron unas tres cuartas partes de lo que me debían. El hombre enfermo también pagó y el timonel encontró un sustituto que estuvo dispuesto a asumir su deuda y recibir sólo el saldo de su salario.

Aquellos días tuvimos una sorprendente prueba de los peligros del comercio de Nueva Guinea. Llegaron a la aldea seis hombres en una pequeña barca casi muertos de hambre después de huir de uno o dos praos, el resto de cuyas tripulaciones (catorce hombres en total) habían sido asesinados por los nativos de Nueva Guinea. Los praos habían abandonado la aldea unos meses atrás y entre los hombres asesinados se encontraba el hijo del rajá y parientes o esclavos de muchos de los habitantes. El clamor de los lamentos que se elevaron cuando llegaron las noticias fue de lo más desconcertante. Una veintena de mujeres que habían perdido maridos, hermanos, hijos o parientes más lejanos se lanzaron de inmediato a proferir los más terribles chillidos, gemidos y lamentos, que continuaron hasta entrada la noche con intervalos de calma. Y como las casas principales de la aldea estaban apiñadas en torno a la que yo ocupaba, nuestra situación no fue nada agradable.

Parece que la aldea en que tuvo lugar el ataque (casi enfrente de la pequeña isla de Lakahia) es conocida por su peligrosidad y las embarcaciones habían ido allá hacía sólo unos días a comprar *tripang*. La tripulación se había instalado en la playa con los praos en un pequeño río cerca del lugar cuando los atacaron y asesinaron durante el día mientras regateaban con los papúas. Los seis hombres sobrevivientes se encontraban a bordo de los praos y lograron huir ocupando rápidamente la pequeña embarcación y remando mar adentro.

Esta parte sudoccidental de Nueva Guinea, conocida por los comerciantes papúas como *Papua Kowiyee* y *Papua Onen*, está habitada por las tribus más traicioneras y sanguinarias. En estas regiones es donde fueron asesinados los comandantes y parte de las tripulaciones de muchos de los primeros barcos de descubrimiento, y en la actualidad no pasa un año sin que se pierdan varias vidas humanas. Los comerciantes de Goram y Ceram son inofensivos; conocedores del carácter de estos nativos, no es probable que provoquen ningún ataque con insultos o francos intentos de robo o de imposición. Están acostumbrados a visitar los mismos lugares cada año y los nativos no les temen, cosa que si pueden alegar en

cambio como pretexto para sus ataques a los europeos. En otras extensas zonas habitadas por las mismas razas papúas, como es el caso de Misool, Salwatty, Waigeo y algunas partes de la costa adyacente, las gentes han dado el primer paso hacia la civilización a consecuencia del establecimiento de comerciantes de raza mestiza entre ellos y no ha habido este tipo de ataques desde hace muchos años. No obstante, en la costa sudoeste y en la gran isla de Jobie, los nativos permanecen en un estado muy bárbaro y aprovechan cualquier oportunidad para matar y robar, costumbre confirmada por la impunidad en que viven gracias a la vasta extensión de montañas salvajes y territorio de selva que impiden cualquier persecución o intento de castigo. En la misma aldea, cuatro años atrás habían sido asesinados cincuenta hombres de Goram, y como estos salvajes obtienen un inmenso botín de los praos y todas sus pertenencias, es de temer que este tipo de ataques continúen a intervalos mientras los comerciantes visiten los mismos lugares y no haya ningún intento de venganza. A estas gentes sólo se les puede infligir castigo con medidas muy arbitrarias, como apoderándose de algunos de los jefes con estratagemas y haciéndolos responsables de la captura de los asesinos bajo la amenaza de que peligran sus propias cabezas. Pero cualquier medida de este tipo sería bastante contraria al sistema adoptado por el gobierno holandés en sus tratos con los nativos.

DE GORAM A WAHAI EN CERAM

Cuando finalmente mi embarcación fue lanzada al mar y cargada, reuní a mis hombres y zarpamos al día siguiente (27 de mayo) con gran asombro de la población de Goram, para quien esta puntualidad era una novedad total. Tenía una tripulación de tres hombres y un muchacho, además de mis dos mozos de Amboina, número suficiente para velear aunque bastante bajo si nos veíamos obligados a remar. El día siguiente fue muy húmedo, con chubascos, calmas y vientos contrarios, y, con cierta dificultad, llegamos a la costa de Kilwaru, metrópoli de los comerciantes bugis en el Extremo Oriente. Como quería comprar algunas cosas, permanecí dos días en el lugar y envié dos de mis cajas de especímenes en un prao de Macasar para que las hicieran llegar a Ternate, deshaciéndome así de una carga considerable. Compré cuchillos, vasijas y pañuelos para traficar por trueque, que junto a las cuchillas, telas y cuentas que llevaba conmigo formaban un surtido bastante bueno. También compré dos mosquetes de torreta para complacer a la tripulación, que insistía en la necesidad de estar armados contra los ata-

ques de los piratas; y junto con especias y algunos alimentos para el viaje, gasté casi hasta mi último centavo.

La pequeña isla de Kilwaru es un mero banco de arena lo bastante largo como para contener una aldea pequeña y está ubicada entre las islas de Ceram y Kissalaut, con estrechos de unos 500 metros que la separan de éstas. Está rodeada de arrecifes de coral y ofrece un buen anclaje en ambos monzones. A pesar de que no tiene más de 50 metros de ancho y no se eleva más de metro y medio por encima de las mareas altas, posee pozos de excelente agua potable, fenómeno singular que parecería implicar canales subterráneos a gran profundidad que la conectan con otras islas. Estas ventajas, junto con su situación en el centro de la zona de comercio papúa, hace que sea muy frecuentada por los comerciantes bugis. Aquí es donde los hombres de Goram traen el producto de sus breves viajes y lo intercambian por telas, pasteles de sagú y opio; y los visitantes de las islas vecinas visitan Kilwaru con el mismo objeto. Es el lugar de reunión de los praos mercantes con destino a diversas partes de Nueva Guinea que en esta isla clasifican y secan sus cargamentos y reparan el casco de la embarcación para el regreso a casa. *Tri-pang* y corteza de *mussoi* son los productos más voluminosos de los que traen hasta aquí, junto con nuez moscada silvestre, caparazones de tortuga, perlas y aves del paraíso en volúmenes menores. Los pobladores del continente de Ceram llevan su sagú y desde allí se distribuye a las islas que se encuentran más al este; también se puede comprar arroz de Bali y Macasar a un precio módico. Los hombres de Goram llegan para abastecerse de opio, tanto para su propio consumo como para el trueque en Misool y Waigeo, donde lo han introducido ellos, y a los jefes y hombres ricos les apasiona. De Bali llegan goletas a comprar esclavos papúas y los bugis, vagabundos del mar, llegan desde la lejana Singapur en sus sobrecargados praos con el producto de las tiendas de chinos y los bazares kling, así como de los telares de Lancashire y Massachusetts.

Uno de los comerciantes bugis que había llegado unos días antes de Misool me trajo noticias de mi ayudante Charles Allen, a quien conocía bien, y me aseguró que estaba haciendo extensas colecciones de aves e insectos pero que no había conseguido ningún ave del paraíso en Silinta, el lugar donde residía, porque no era muy adecuado para estas aves. En conjunto, las noticias eran satisfactorias y estaba deseoso de reunirme con él lo más pronto posible.

Zarpamos de Kilwaru temprano en la mañana del día 1° de junio con un fuerte viento del este al doblar la punta de Ceram al mediodía y un mar bravo que balanceó bastante nuestro prao con gran perjuicio de la loza que llevábamos. Como parecía avicinarse un mal tiempo, entramos en los arrecifes y anclamos frente a

la aldea de Warus-warus a la espera de un cambio en el clima. La noche era chubascosa y, aunque estábamos en puerto seguro, nos balanceábamos y sacudíamos incómodamente. En la mañana fue un gran motivo de preocupación el descubrir que toda nuestra tripulación de Goram había partido llevándose todas sus pertenencias y algo más y dejándonos sin un solo bote para desembarcar. Ordené de inmediato a mis muchachos de Amboina que cargaran y dispararan los mosquetes en señal de conflicto y pronto fuimos respondidos por el jefe de la aldea, que nos mandó una embarcación que nos llevó a tierra. Solicité que de inmediato fueran enviados mensajeros a las aldeas vecinas en busca de los fugitivos y lo hicieron con presteza. Mi prao fue conducido a una pequeña caleta donde podía descansar a salvo en el lodo con la marea baja y me asignaron parte de una casa en la que podía permanecer un tiempo. Los progresos que había hecho hasta entonces fueron de nuevo refrenados repentinamente, justo cuando pensaba que había superado las principales dificultades. Como había tratado a mis hombres con la mayor amabilidad y les había dado casi todo lo que me habían pedido, sólo puedo imputar su huida a que estaban totalmente desacostumbrados a someterse a un amo europeo y a algún temor indefinido en lo referente a mis intenciones últimas respecto a ellos. El hombre de más edad era un fumador de opio y un ratero de fama, pero me había visto obligado a contratarlo a última hora para sustituir a otro. Estoy seguro de que fue él quien indujo a los demás a la fuga; como conocían bien el territorio y nos llevaban varias horas de ventaja, era poco probable que diéramos con ellos.

Nos encontrábamos en la gran zona de sagú en Ceram oriental, que abastece a gran parte de las islas circundantes de su pan cotidiano; durante la semana de retraso tuve oportunidad de observar todo el proceso de elaboración y de conseguir algunas estadísticas interesantes. El árbol de sagú es una palmera más gruesa y grande que el cocotero —aunque en raras ocasiones de su altura— y da enormes hojas pinadas y con espinas que cubren el tronco por completo hasta que tiene muchos años de edad. Tiene un tallo de raíz trepadora como la palma de nipa que a los diez o quince años produce una inmensa espiga terminal de flores, después de lo cual el árbol muere. Crece en pantanos o en hoyos cenagosos sobre las laderas rocosas de las colinas, donde al parecer se desarrolla igualmente bien que cuando está expuesto al influjo de la sal del agua salobre. La nervadura central de las inmensas hojas constituye uno de los artículos más útiles de estas tierras y ocupa el lugar del bambú, al que, para muchos fines, es superior. Tiene entre tres y medio y cuatro y medio metros de longitud en las más delgadas y, cuando son de excelencia, la parte inferior es de un grueso equivalente a la pierna

de un hombre. Son muy ligeras y consisten en un firme meollo cubierto por una delgada capa de corteza dura. Con este material se construyen casas enteras; son magníficos postes para los techos de palma; partidas por la mitad y con buen apoyo sirven para hacer el suelo de las viviendas, y, cuando se escogen de igual tamaño y se ensamblan por los lados para rellenar los paneles con marcos de madera de las casas, tienen un aspecto muy pulcro y hacen las veces de paredes y de divisiones mejor que los tablones, ya que no encogen, no necesitan de pintura ni de barniz y cuestan la cuarta parte. Cuando se parten con cuidado y se pulen hasta que la superficie queda lisa, se les da la forma de ligeros tablones y con clavijas de la misma corteza constituyen la base de las cajas forradas de hojas de Goram. Todas las cajas de insectos que utilicé en las Molucas estaban hechas en Amboina. Cuando están cubiertas de papel resistente por dentro y por fuera, son fuertes y ligeras, y los alfileres para los insectos quedan muy bien fijados. Las hojitas de sagú dobladas y amarradas unas a otras en los nervios centrales más pequeños forman el *atap* o techo de uso común, en tanto que el producto del tronco es el alimento básico de cientos de miles de seres humanos.

Cuando se va a elaborar el sagú, se escoge un árbol ya crecido antes de que florezca. Se corta casi a ras de tierra, se quitan las hojas y los tallos de éstas y se arranca una tira ancha de corteza a la parte alta del tronco. Queda así al descubierto el meollo, de un color herrumbroso cerca de la base del árbol pero más arriba blanco puro y casi tan duro como una manzana seca, si bien con fibras leñosas y separadas entre sí un centímetro. Este meollo lo cortan o muelen hasta formar un polvo no muy fino con una herramienta construida para tales fines: un mazo de madera dura y pesada con un pedazo de roca dura de cuarzo firmemente incrustado en el extremo más obtuso y que sobresale un centímetro. A golpes sucesivos se cortan tiras estrechas del meollo que caen en el cilindro formado por la corteza. Si se persiste en la labor, se desmenuza todo el tronco y queda una piel de no más de un centímetro de grueso. Este material se acarrea en canastas confeccionadas con la parte inferior de las hojas al agua más próxima, donde se monta un lavadero hecho casi todo con el propio árbol de sagú.



FIGURA XXXI.2. Mazo de sagú. Dibujado en madera por Baines, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Los grandes enveses de las hojas forman la batea, y la capa fibrosa que recubre los tallos de las hojas del cocotero joven es el tamiz. Se deja caer agua sobre la masa del meollo y se va amasando y presionando contra el tamiz hasta que se ha disuelto y colado todo el almidón. Entonces se desecha el bagazo fibroso que queda y se sustituye por otra canasta de meollo. El agua cargada de almidón de sagú pasa a una batea con una cavidad en el centro en la que se deposita el sedimento, y el agua sobrante chorrea a través de un desagüe poco profundo. Cuando la batea está casi llena se moldea la masa de almidón, que tiene un ligero tinte rojizo, en cilindros de unos 13 kilos de peso recubiertos con esmero con hojas de sagú, y de esta forma se venden como sagú crudo.

Si se hierve en agua forma una masa espesa y pegajosa de un sabor bastante astringente que se come con sal, limas y chiles. Elaboran grandes cantidades de pan de sagú que cuecen en forma de tortillas en un pequeño horno que contiene seis u ocho ranuras de un lado a otro, cada una de un ancho de unos dos centímetros y 15 o 20 centímetros por lado. El sagú crudo se desmenuza y se pone a secar al sol, se muele hasta convertirlo en polvo y finalmente se tamiza. El horno se pone a calentar sobre brasas y se rellena de polvo de sagú. Las aberturas se cubren con un pedazo plano de corteza de sagú y en unos cinco minutos las tortillas quedan suficientemente cocidas. Calientes son muy ricas con mantequilla y cuando se elaboran agregándoles un poco de azúcar y coco molido son



FIGURA XXXI.3. Lavado de sagú. Dibujado en madera por Baines, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.

un manjar exquisito. Son suaves y parecidas a los pasteles de harina de maíz, pero tienen un ligero sabor característico que ya no posee el sagú refinado que usamos en Inglaterra. Cuando no se van a consumir de inmediato, se dejan a secar varios días al sol y después se amarran en paquetes de veinte. De este modo se conservan por años; son muy duras, ásperas y secas pero están acostumbrados a ellas y los niños las mordisquean tan

satisfechos como los nuestros su pan con mantequilla. Si se empapan de agua y después se tuestan quedan casi tan buenas como si estuvieran recién hechas, y así era como yo las comía a diario en vez de pan con el café. Puestas a remojo y a hervir constituyen un budín o una verdura muy buena y sirven para economizar arroz, a veces difícil de obtener en este extremo tan oriental.

Es un espectáculo extraordinario presenciar el proceso de conversión en alimento de todo un tronco de árbol de hasta seis metros de largo y uno a uno y medio metros de circunferencia con tan poco trabajo y preparación. Un árbol de buen tamaño producirá treinta *tomans* o paquetes de 13 kilos de peso cada uno y de cada *toman* se sacan sesenta tortillas de 500 gramos de peso cada tres. Dos de estas tortillas es todo lo que un hombre puede comer en una comida y se considera que cinco es la ración total de un día; de modo que, calculando que un árbol produce 1800 tortillas de 272 kilos en total, abastece de comida a un hombre todo un año. El trabajo para elaborarlas no es mucho. Dos hombres terminan un árbol en cinco días y dos mujeres pueden cocer las tortillas en cinco días más; pero el sagú crudo se conserva muy bien y puede cocerse cuando se desea, de modo que podemos calcular que en 10 días un hombre puede producir alimento para todo el año. Esto suponiendo que posea árboles de sagú propios, porque ahora son todos propiedad privada. Si no los tiene, ha de pagar unos siete o seis peniques por uno; y como el jornal de un hombre aquí es de cinco peniques al día, el costo total del alimento de un año de un hombre es de aproximadamente doce chelines. El efecto de que el alimento sea tan barato es definitivamente perjudicial, porque los habitantes de los países con sagú nunca son tan ricos como los de aquellos donde se cultiva arroz. Muchas de las gentes del lugar no tienen ni hortalizas ni fruta y viven casi sólo de sagú y un poco de pescado. Como tienen pocas ocupaciones en la casa, organizan pequeñas expediciones para pescar o



FIGURA XXXI.4. *Horno de sagú. Dibujado en madera por Baines, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

comerciar con las islas vecinas; y, en lo que respecta a las comodidades de la vida, están muy por debajo de los dayaks de las colinas de Borneo o de muchas de las tribus más bárbaras del archipiélago.

Alrededor de Warus-warus el terreno es bajo y pantanoso, y debido a la falta de cultivos había pocas sendas que condujeran a la selva. Por lo tanto, no pude recolectar mucho durante mi forzada estancia en el lugar y no encontré aves ni insectos raros que enriquecieran mi opinión de Ceram como terreno de recolección. Como me resultó prácticamente imposible conseguir hombres que me acompañaran el resto del viaje, me tuve que contentar con una tripulación que me llevara hasta Wahai, a mitad de la costa norte de Ceram y principal estación holandesa en la isla. El viaje nos tomó cinco días por la calma y los vientos ligeros, y no sucedió ningún incidente de interés, así como en ninguno de los lugares de desembarco tampoco conseguí nada que agregar a mis colecciones que valga la pena mencionar. En Wahai, donde llegamos el 15 de junio, fui recibido hospitalariamente por el comandante y por mi viejo amigo Herr Rosenberg, que se encontraba de visita oficial en el lugar. Me prestó dinero para pagar a mis hombres y tuve la suerte de encontrar otros tres dispuestos a hacer el viaje conmigo hasta Ternate y otro más que tenía que regresar desde Misool. No obstante, uno de mis muchachos de Amboina me abandonó, así que me seguían faltando manos.

Allí encontré una carta de Charles Allen que estaba en Silinta, en Misool, esperando ansiosamente que llegara porque se le había acabado el arroz y otros artículos básicos, además de que ya le quedaban muy pocos alfileres para insectos. También estaba enfermo y si yo no llegaba pronto iba a regresar a Wahai.

Como mi viaje desde este lugar hasta Waigeo transcurrió entre islas habitadas por la raza papúa y fue un viaje agitado y desastroso, relataré sus incidentes principales en otro capítulo, en la parte de mi trabajo dedicada a las islas Papúas. Ahora voy a dejar de lado un año pasado en Waigeo y Timor con el fin de describir mi visita a la isla de Buru, con la que concluyó mi exploración de las Molucas.

XXXII. BURU

(Mayo y junio, 1861. Mapa en la figura xxxi.1)

HACÍA tiempo que quería visitar la gran isla de Buru, que se encuentra al oeste de Ceram y de la que poco parecían conocer los naturalistas salvo que contenía un babirusa muy similar al de Célebes. Hice pues los arreglos necesarios para permanecer allí dos meses después de partir de Dili, Timor, en 1861. Lo pude hacer fácilmente a través de los buques de correo holandeses que hacen un recorrido mensual alrededor de las Molucas.

Llegamos al puerto de Cajeli el 4 de mayo; dispararon un arma de fuego, el comandante del fuerte atracó en una embarcación nativa para recibir el paquete del correo y nos llevó a mí y mi equipaje a tierra mientras el vapor zarpaba de nuevo sin siquiera haber anclado. Fuimos a la casa del *opzeiner* o supervisor, un nativo de Amboina, pues Buru era un lugar demasiado pobre para merecer siquiera un residente ayudante. Pese a todo, el aspecto de la aldea era muy superior al de Dili, que tiene obsesionado a “su excelencia el gobernador”, y el pequeño fuerte, en perfecto orden, rodeado de cuidadas parcelas de pasto y senderos rectos, aunque está comandado por sólo una docena de soldados javaneses con un ayudante en calidad de comandante, era una verdadera Sebastopol comparada con el miserable recinto de barro en Dili y su numerosa planta de empleados, lugartenientes, capitanes y oficiales. Aun así este fuerte, lo mismo que la mayoría de los que hay en las Molucas, fue edificado originalmente por los mismos portugueses. ¡Oh, Lusitania, cuánto ha decaído tu arte!

Mientras el supervisor leía sus cartas, di un paseo con un guía por la aldea en busca de casa. Todo el lugar era horriblemente húmedo y lodoso porque estaba construido sobre un pantano y ni en un solo punto se elevaba el terreno 30 centímetros sobre el nivel de aquél, además de estar rodeado de ciénagas por todas partes. Las casas en su mayoría eran de buena construcción con marcos de madera rellenos de *gaba-gaba* (tallo de las hojas de la palma de sagú), pero, como no estaban encaladas y los suelos eran de tierra negra al descubierto, lo mismo que las calles, y generalmente al mismo nivel que éstas, eran sumamente húmedas y umbrías. Finalmente encontré una con el suelo a 30 centímetros de altura sobre

el terreno y logré llegar a un acuerdo con el dueño para trasladarme de inmediato, así que en la noche ya me había instalado cómodamente. Me dejaron las sillas y las mesas para que las usara; como el resto de los muebles de la casa consistían en un poco de loza y algunas cajas para guardar ropa, no fue mucho trastorno para los propietarios trasladarse a casa de unos parientes y así obtener unas rupias de plata sin dificultad. Todo el terreno que hay entre las casas de la aldea está atestado de árboles frutales que impiden que penetren el sol y el aire. Debe ser muy fresco y placentero en la estación de sequía, pero lo convierte en un lugar húmedo y poco sano en otras épocas del año. Desafortunadamente, yo había llegado dos meses antes de lo conveniente porque todavía no habían terminado las lluvias y el lodo y el agua eran los rasgos más destacados del lugar. Más lejos, a unos dos kilómetros al este de la aldea, empiezan las colinas, pero son muy estériles y están cubiertas de un precario y tosco herbaje y de algunos árboles de *Melaleuca cajuputi* de cuyas hojas se extrae el famoso aceite *cajeput*. Estas zonas están totalmente desprovistas de interés para el zoólogo. A unos kilómetros más se elevaban montañas altas cubiertas de selva, pero estaban completamente deshabitadas y sin caminos, lo cual las hacía prácticamente inaccesibles a un viajero con tiempo y medios limitados. Era evidente, por lo tanto, que tenía que abandonar Cajeli por algún mejor terreno de recolección, y, cuando encontré a un hombre que iba algunos kilómetros al este a una aldea en la costa en donde dijo que había colinas y selva, envié a mi muchacho Alí con él para que explorara y me informara sobre las posibilidades del distrito. Al mismo tiempo, organicé una pequeña excursión por un río, cuya desembocadura está en la bahía a unos ocho y medio kilómetros al norte de la ciudad, a una aldea de alfuros o indígenas, donde pensaba que tal vez encontraría un buen terreno de recolección.

El rajá de Cajeli, un anciano bondadoso, me ofreció acompañarme porque la aldea estaba bajo su gobierno y partimos una mañana temprano en una embarcación larga y estrecha con ocho remeros. En unas dos horas entramos en el río y empezamos nuestro viaje hacia el interior en contra de una corriente muy fuerte. El río tenía unos 100 metros de ancho y en general estaba bordeado de hierbas altas y a veces arbustos y palmeras. El territorio alrededor era llano y más o menos pantanoso, salpicado de árboles y matorrales. En cada recodo cruzábamos el río para evitar la fuerza de la corriente, y llegamos a nuestro lugar de desembarco hacia las cuatro en medio de un torrente de lluvia. Allí esperamos una hora en cuclillas bajo un petate agujereado hasta que llegaron los alfuros, a quienes se había enviado a buscar desde la aldea para que transportaran mi equipaje, y nos

internamos en un sendero de cuyo gran lodazal ya había sido advertido antes de empezar el trayecto.

Me enrollé los pantalones lo más arriba que pude, agarré un palo firme para evitar caídas inconvenientes y me hundí intrépidamente en el primer charco, al que inmediatamente siguieron otro y otro. El lodo o lodo y agua nos llegaban hasta la rodilla y había cortos tramos de terreno firme, lo cual hacía muy dificultosa la marcha. La senda estaba bordeada de un herbaje alto y rígido que crecía en tupidos grupos separados por agua, de modo que no íbamos a ganar nada abandonando la trillada senda, y tuvimos que continuar forcejeando sin saber nunca dónde íbamos a pisar, pues el lodo tenía ahora unos centímetros, después medio metro de profundidad y el fondo era muy irregular, de manera que el pie resbalaba hasta la parte más honda y era difícil mantener el equilibrio. Se daba un paso sobre algún palo o tronco oculto, a punto de dislocarse el tobillo, y al siguiente el pie se hundía en barro blando hasta la rodilla. Llovió todo el camino y el alto herbaje, de dos metros de altura, cruzaba el camino; así no podíamos ver ni un paso hacia delante y nos empapábamos el doble. Oscureció antes de llegar a la aldea y tuvimos que cruzar un arroyo pequeño pero profundo, crecido a través de un tronco estrecho colocado a más de 30 centímetros debajo del agua. Un palo frágil y vacilante hacía las veces de pasamanos y era una sensación muy enervante buscar en la oscuridad y en medio de la corriente de agua un lugar seguro sobre el cual poner el pie y avanzar un paso. Después de una hora de esta caminata tan desagradable y fatigante, llegamos a la aldea seguidos por los hombres que llevaban nuestras escopetas, municiones, cajas y ropa de cama, todo más o menos empapado. Nos consolamos con té caliente y carne de ave fría y nos fuimos a dormir temprano.

El día siguiente estaba claro y perfecto y partimos poco después de la salida del sol a explorar los alrededores. La aldea era de formación reciente y consistía en una sola calle estrecha con chozas muy miserables que carecían totalmente de cualquier comodidad y tan desnudas y tristes por dentro como por fuera. La población estaba ubicada sobre una parcela algo elevada con suelo de grava tosca y cubierta por la habitual hierba alta y rígida que llegaba hasta la parte posterior de las viviendas. A corta distancia y en todas direcciones había retazos de selva, pero todos en terreno bajo y pantanoso. Hice un intento por el único camino que pude encontrar pero pronto me topé con un profundo charco y me di cuenta de que si quería avanzar tenía que caminar descalzo. Así que regresé y diferí una ulterior exploración hasta después del desayuno. Entonces continué adentrándome en la selva y encontré manchones de palmeras de sagú y una vegetación selvática baja,

pero todas las sendas estaban llenas de lodo por todas partes, interrumpidas por corrientes de agua lodosa y por trechos pantanosos, de modo que no era muy agradable caminar por ellas y tener que prestar tanta atención a cada paso que se daba no era muy favorable para capturar insectos, labor que requiere sobre todo libertad de movimientos. Disparé a algunos pájaros y cagé unas cuantas mariposas, pero eran las mismas que había conseguido en Cajeli.

A mi regreso a la aldea me dijeron que este mismo tipo de terreno se extendía muchos kilómetros a la redonda y decidí que Wayapo no era un lugar adecuado para permanecer en él. A la mañana siguiente temprano vadeamos de nuevo de regreso por el lodo y entre el alto y mojado herbaje hasta llegar a nuestra embarcación y al mediodía llegábamos a Cajeli, donde esperé el regreso de Alí para decidir mis futuros desplazamientos. Llegó al día siguiente y me hizo una descripción nada halagüeña de Pelah, donde había estado. La vegetación consistía en pequeños arbustos y árboles a lo largo de la playa y en el interior había colinas cubiertas de hierbas altas y de árboles de cajuputi, mi terror y aborrecimiento. Cuando pregunté quién podía darme información digna de confianza, me enviaron al teniente de los *burghers*, que había viajado por toda la isla y era un tipo muy inteligente. Le pedí que me dijera si conocía algún lugar de Buru donde no hubiera *kusu-kusu*, como llaman al burdo herbaje del territorio. Me aseguró que buena parte de la costa meridional era territorio de selva mientras que el norte era casi todo pantanoso y con colinas cubiertas de hierba. Después de minuciosas indagaciones, me enteré de que el territorio de selva empezaba en un lugar llamado Waypoti, sólo a unos cuantos kilómetros de Pelah, pero que, como después de este lugar la costa estaba expuesta al monzón del este y era peligrosa para los praos, era necesario ir a pie. Fui de inmediato al supervisor y él mandó llamar al rajá. Nos reunimos e hicimos los arreglos para que al cabo de dos días una embarcación me llevara a Pelah, desde donde iba a continuar a pie. El *orang kaya* iría el día antes a avisar a los alfuros para que transportaran mi equipaje.

Se hizo el viaje como se había preparado y el 19 de mayo llegamos a Waypoti después de haber caminado alrededor de 15 kilómetros por la playa y a través de la pedregosa selva que bordeaba el mar, con incursiones ocasionales de dos o tres kilómetros al interior. No encontramos ninguna aldea, sólo casas y plantaciones desperdigadas, con un territorio de colinas tupidamente cubiertas de selva y que parecían bastante prometedoras. Una choza de techo bajo y en bastante mal estado por el que se podía ver el cielo en varios puntos es todo lo que pude conseguir. Afortunadamente aquella noche no llovió y al día siguiente tiramos algunas

paredes para reparar el techo, algo de importancia inmediata, en especial sobre las camas y la mesa.

A 800 metros de la casa había un bello arroyo de montaña que transcurría velozmente sobre un lecho de rocas y guijarros y, después, había una colina revestida de selva. Escogiendo con precaución mi camino, pude vadear el río sin que el agua me llegara mucho más arriba de la rodilla, aunque a veces resbalé en alguna roca hundiéndome en algún hoyo hasta la cintura y unas dos veces por semana lo cruzaba para explorar la selva. Desafortunadamente no había sendas de cierta extensión en todo el lugar, que resultó poco productivo en insectos y aves. Para mayor dificultad, había cometido la estupidez de olvidar mi único par de botas resistentes a bordo del vapor y para entonces las otras estaban hechas pedazos, así que tuve que caminar por aquellos parajes descalzo, con el temor constante de dañarme los pies y hacerme una herida que me hubiera tenido confinado semanas como había sucedido en Borneo, Aru y Dorey. Aunque había numerosas plantaciones de maíz y plátano, no había claros recientes en la selva, y, como sin ellos es imposible encontrar muchos de los mejores tipos de insectos, resolví hacer personalmente uno. Con grandes dificultades contraté a dos hombres para que cortaran un retazo de selva del que esperaba obtener muchos y buenos escarabajos antes de partir.

No obstante, los insectos nunca fueron copiosos durante mi estancia. El claro que hice me produjo unos cuantos y bellos longicornios y Buprestidae, diferentes a los que había visto hasta entonces, además de varias de las especies de Amboina, pero de ninguna manera tan numerosos y bellos como los que encontré en esa pequeña isla. Sólo coleccioné, por ejemplo, 210 tipos diferentes de escarabajos durante los dos meses de estancia en Buru, mientras que en tres semanas en Amboina en 1857 encontré más de 300 especies. Uno de los insectos más bellos que encontré en Buru fue un gran *Cerambyx* de un brillante color castaño oscuro y con antenas muy largas. Variaba mucho de tamaño y el espécimen más grande medía ocho centímetros de largo, mientras que el más pequeño era de sólo tres centímetros y las antenas oscilaban entre cuatro y 13 centímetros.

Un día mi muchacho Alí llegó a casa contando una historia de una gran serpiente. Iba caminando a través de hierbas altas cuando se tropezó con algo que le pareció un árbol caído no muy grande, pero lo sintió frío y cedía a sus pies, y a bastante distancia a derecha e izquierda vio una ondulación del herbaje y oyó un crujido de ramas. Retrocedió de un brinco aterrado y se dispuso a disparar, pero no pudo ver bien al animal, que se alejó, según dijo, como un árbol arrastrado por la hierba. Como había cazado varias veces serpientes grandes con arma de

fuego, que según manifestó no eran nada comparadas con ésta, me inclino a pensar que en realidad debía ser un monstruo. Estas criaturas abundan mucho aquí porque un hombre que vivía cerca me enseñó las marcas que le había dejado en el muslo uno de esos animales cuando lo atrapó cerca de su casa. Era lo bastante grande como para abarcar el muslo de un hombre con la boca y probablemente lo hubiera matado y devorado si con sus gritos no hubiera atraído a los vecinos, que lo destruyeron con sus hachas. Por lo que deduje, tenía unos seis metros de largo, pero la de Alí debe de haber sido mucho mayor.

A veces me divierte observar cómo, unos cuantos días después de tomar posesión de ella, una choza nativa resulta un hogar bastante confortable. En Waypoti mi casa era una choza desnuda con una gran plataforma de bambú a uno de los lados. A un extremo de esa plataforma, que se elevaba un metro sobre el suelo, coloqué mi mosquitera y la rodeé con una capa escocesa que la convirtió en una alcoba pequeña y cómoda. Instalé un tosco tablón sobre unas patas enterradas en el suelo de tierra a modo de mesa y coloqué mi cómoda silla de ratán para sentarme. En una cuerda que coloqué a través de una esquina tendía mi ropa de algodón, que lavaba a diario, y sobre un estante de bambú dispuse los pocos utensilios de loza y metal que poseía. Ordené las cajas apoyadas en las paredes de palma y colgué repisas para preservar mis colecciones de las hormigas cuando estaban en proceso de secado tanto dentro como fuera de la casa. Sobre la mesa había libros, cortaplumas, tijeras, alicates y alfileres, etiquetas para insectos y aves, conjunto de objetos que constituían profundos misterios para la mente nativa.

La mayoría de la gente del lugar no había visto nunca un alfiler y los mejor informados se enorgullecían de enseñar a sus colegas más ignorantes las particularidades y los usos de este extraño producto europeo: ¡una aguja con cabeza pero sin agujero! Hasta el papel, que nosotros tiramos a diario como basura, era para ellos una curiosidad; y muchas veces los veía recoger del suelo pequeños pedazos que había barrido de la casa y colocarlos con mucho cuidado en sus saquitos de betel. Después, cuando tomaba café en la mañana y té en la tarde, ¡cuántos objetos extraños se exhibían a su vista! Tetera, tazas de té, cucharillas, todo era más o menos intrigante a sus ojos; té, azúcar, galletas y mantequilla eran artículos de consumo humano que muchos veían por primera vez. Uno pregunta si ese polvo blancuzco es *gula passir* (azúcar en polvo), llamado así para distinguirlo de los toscos pedazos de azúcar de palma o melaza de manufactura nativa; y la galleta era considerada como una especie de tortilla de sagú europea que los habitantes de estas regiones remotas tienen que usar a falta del artículo genuino.

Mis objetivos, por supuesto, rebasaban totalmente su comprensión. Me preguntaban continuamente qué iba a hacer la gente blanca con las aves y los insectos que yo conservaba con tanto cuidado. Si sólo hubiera guardado lo que era bello, quizá lo hubieran comprendido, pero ver hormigas, moscas e insectos pequeños y feos guardados con tanto cuidado les producía una gran confusión y estaban convencidos de que tenía que haber algún uso médico o mágico de ellos que yo mantenía en total secreto. De hecho estas gentes estaban tan poco al corriente de la vida civilizada como los indios de las Rocallosas o los salvajes de África Central, pese a que un barco de vapor, este supremo triunfo del ingenio humano con su pequeño epítome flotante de la civilización europea, toca puerto cada mes en Cajeli, a poco más de 30 kilómetros de distancia, ya que en Amboina, a sólo 100 kilómetros, hay una población y un gobierno europeos establecidos desde hace más de 300 años.

Después de haber visto a muchos nativos de Buru en aldeas diferentes y procedentes de partes lejanas de la isla, llegué a la convicción de que pertenecían a dos razas distintas parcialmente amalgamadas en la actualidad. La gran mayoría son malayos del tipo Célebes, con frecuencia idénticos a los habitantes de Tomoré en Célebes oriental que encontré establecidos en Bacan, en tanto que otros se parecían a los alufos de Ceram. El influjo de las dos razas es fácil de explicar. Las islas Sula, estrechamente conectadas con Célebes oriental, están a sólo 65 kilómetros de la costa norte de Buru, mientras que la isla de Manipa es un fácil punto de partida para la población de Ceram. Confirmé esta opinión cuando descubrí que las lenguas de Buru poseían un claro parecido con la de Sula así como con las de Ceram.

Poco después de nuestra llegada a Waypoti, Allí vio una hermosa ave de pequeño tamaño del género *Pitta*, que yo estaba deseoso de encontrar ya que las especies son diferentes en cada isla y todavía no se conocía ninguna de Buru. Él y mi otro cazador siguieron viéndola dos o tres veces por semana y escuchaban su particular canto cada vez con mayor frecuencia, pero no pudieron conseguir un ejemplar debido a que siempre frecuenta las espesuras de espinos más tupidas, en las que sólo se la puede ver momentáneamente y a tan corta distancia que sería difícil no destrozarla con un disparo. Allí estaba muy contrariado de no poder conseguir un ejemplar de esta ave en cuyo intento de captura se habían dañado gravemente los pies con las espinas, y cuando sólo nos quedaban dos días de estancia, una noche se fue a dormir por iniciativa propia a una pequeña choza en la selva a unos kilómetros de distancia para hacer un último intento de atraparla al amanecer, cuando muchos pájaros salen a comer y están muy abstraídos en su

alimento matutino. Al día siguiente me trajo dos especímenes, uno con la cabeza completamente reventada, y por lo tanto demasiado dañado para conservarlo, y el otro en muy buen estado. Me di cuenta enseguida de que era de una especie nueva, muy parecida a la *Pitta celebensis*, pero adornada con un manchón cuadrado rojo vivo en la parte superior de la cerviz.

Al día siguiente de haber conseguido este trofeo regresamos a Cajeli y, después de empacar mis colecciones, abandonamos Buru en el vapor. Durante los días de estancia en Ternate cargué a bordo el equipaje que había dejado allí y me despedí de todos mis amigos. Después cruzamos a Menado, rumbo a Macasar y Java, y finalmente dejamos las Molucas, entre cuyas exuberantes y hermosas islas había vagabundeado más de tres años.

Mis colecciones de Buru, aunque no muy extensas, eran bastante interesantes, ya que de 66 especies de aves que había coleccionado allí no menos de 17 eran nuevas o no se habían encontrado hasta entonces en ninguna isla de las Molucas. Entre ellas se contaban dos alciones, *Tanysiptera acis* y *Ceyx cajeli*; un hermoso suimanga, *Nectarinea proserpina*; un elegante y pequeño papamoscas blanco y negro, *Monarcha loricata*, cuya hinchada garganta estaba hermosamente coloreada de azul metálico, y otras más de menor interés. Conseguí también un cráneo de babirusa, que habían cazado los cazadores nativos durante mi residencia en Cajeli.

XXXIII. HISTORIA NATURAL DE LAS MOLUCAS

LAS MOLUCAS consisten en tres grandes islas, Gilolo, Ceram y Buru, las dos primeras con aproximadamente 300 kilómetros de longitud, y un gran número de islas pequeñas e islotes, los más importantes de los cuales son Bacan, Morty, Obi, Kai, Timorlaut y Amboina; y entre las más pequeñas se cuentan Ternate, Tidore, Cayoa y Banda, que ocupan un espacio de 10° de latitud por 8° de longitud y están conectadas por grupos de pequeñas isletas a Nueva Guinea al este, las Filipinas al norte, Célebes al oeste y Timor al sur. Es conveniente conservar en mente estas principales características de extensión y situación geográfica mientras revisamos sus productos animales y analizamos sus relaciones con los territorios que las circundan por todas partes y a casi la misma distancia.

Consideremos en primer lugar a los mamíferos, o cuadrúpedos de sangre caliente, que ofrecen algunas y singulares anomalías. Los mamíferos terrestres son sumamente pocos en número y hasta ahora sólo se conocen 10 de todo el grupo. Por otra parte, los murciélagos o mamíferos aéreos son numerosos y en la actualidad se conocen no menos de 25 especies. Pero ni siquiera esta suma pobreza en mamíferos terrestres representa la pobreza real de las Molucas en esta clase de animales porque, como pronto veremos, hay buena razón para creer que varias de las especies han sido introducidas por el hombre a propósito o por casualidad.

El único animal cuadrumano del grupo es el curioso mono babuino *Cynopithecus nigrescens*, que ya ha sido descrito como uno de los animales característicos de Célebes. Se encuentra únicamente en la isla de Bacan y parece estar tan fuera de lugar en ese territorio —ya que es difícil imaginar cómo pudo haber llegado a la isla por cualquier medio natural de dispersión y, sin embargo, no haber cruzado por los mismos medios el angosto estrecho que la separa de Gilolo— que es más probable que se haya originado a partir de algunos ejemplares huidos del confinamiento, porque estos animales y otros similares son cuidados como domésticos por los malayos, que los llevan de un lado a otro en sus praos.

De todos los animales carnívoros del archipiélago, el único que se encuentra en las Molucas es el *Viverra zangalunga*, que habita tanto en Bacan como en Buru y probablemente en alguna de las demás islas. Me inclino a pensar que también

ha sido introducido accidentalmente porque los malayos lo suelen mantener cautivo y con él consiguen civeta; el cual es un animal muy inquieto e indomable y por lo tanto de fácil huida. La opinión anterior se hace aún más probable con lo que Antonio de Morga nos dice que se acostumbraba en las Filipinas en 1602. Él cuenta que “los nativos de Mindanao llevan gatos-civeta en jaulas y los venden en las islas; y los pobladores les compran las civetas y después las dejan escapar”. La misma especie es común en las Filipinas y en todas las grandes islas de la región indomalaya.

El único rumiante moluco es un ciervo que en otro tiempo fue considerado de una especie distinta pero que ahora se toma por una ligera variedad del *Rusa hippelaphus* de Java. Los ciervos se doman y domestican y su carne es muy apreciada por todos los malayos, de modo que es muy natural que pretendieran introducirlos en las islas remotas donde se establecieron y cuyas exuberantes selvas parecen tan adecuadas para su subsistencia.

El extraño babirusa de Célebes se encuentra también en Buru pero en ninguna otra isla de las Molucas, y es difícil imaginar cómo llegó hasta allí. Ciertamente existe alguna similitud entre las aves de las islas Sula (donde se encuentra también el babirusa) y las de Buru, lo cual parece indicar que estas islas se han aproximado geográficamente hace poco o que desapareció algún territorio que se encontraba entre ellas. Puede ser que en esa época el babirusa penetrara en Buru, ya que es probable que pueda nadar tan bien como su pariente el cerdo. Éste se extiende por todo el archipiélago, incluso en varias de las islas más pequeñas, y en muchos casos las especies son endémicas. Por lo tanto, es evidente que posee algunos medios naturales de dispersión. Existe la idea popular de que los cerdos no saben nadar, pero sir Charles Lyell demostró que se trata de un error. En sus *Principios de geología* (10ª ed., vol. II, p. 355) esgrime pruebas que demuestran que los cerdos han nadado muchos kilómetros de mar y saben hacerlo con gran facilidad y rapidez. Personalmente he visto a un cerdo salvaje cruzar nadando el brazo de mar que separa Singapur de la península de Malaca, lo cual me explicó el curioso hecho de que, de todos los grandes mamíferos de la región de la India, sólo los cerdos se extienden más allá de las Molucas hasta llegar a Nueva Guinea, aunque es extraño que no hayan encontrado la ruta a Australia.

La pequeña musaraña, *Sorex myosurus*, tan común en Sumatra, Borneo y Java, se encuentra también en las grandes islas de las Molucas, donde es probable que haya sido transportada accidentalmente en los praos nativos.

Esto completa la lista de mamíferos con placenta característicos de la región india y vemos que es probable que todos, con la única excepción del cerdo, hayan

sido introducidos por el hombre, ya que todos, salvo el cerdo, son de especies idénticas a las que en la actualidad abundan en las grandes islas malayas o en Célebes.

Los cuatro mamíferos restantes son marsupiales, orden de la clase de los mamíferos, muy característicos de la fauna australiana y que son nativos auténticos de las Molucas, ya que o bien son de especies particulares o, cuando se encuentran en alguna otra parte, son nativos sólo de Nueva Guinea o del norte de Australia. El primero es la pequeña zorra mochilera voladora, *Belideus ariel*, un hermoso y pequeño animal idéntico a una pequeña ardilla voladora pero que pertenece al orden de los marsupiales. Los otros tres son especies del curioso género *Cuscus*, particular de la región austromalaya. Son animales parecidos a las zorras mochileras, con una larga cola prensil cuya mitad terminal está generalmente desnuda. Tienen cabeza pequeña, ojos grandes y una densa capa de piel lanuda que suele ser blanca con puntos o manchones irregulares negros y a veces marrón ceniciento con o sin manchas blancas. Viven en los árboles y se alimentan de hojas, de las que devoran grandes cantidades. Se desplazan con movimientos lentos y es difícil matarlos debido al grosor de su piel y a su tenacidad de vida. Muchas veces les queda incrustada en la piel una gran descarga de disparos sin hacerles ningún daño y se puede llegar a romperles la espina o a perforar el cerebro sin que mueran en varias horas. Los nativos comen su carne y, como sus movimientos son lentos, los capturan con facilidad trepando a los árboles. Es asombroso que no hayan sido exterminados, pero tal vez la gruesa piel de pelo los proteja de las aves de presa; las islas donde viven están tan poco habitadas por el ser humano que sería difícil exterminarlos. La figura xxxiii.1 representa un *Cuscus ornatus*, una nueva especie descubierta por mí en Bacan y que también habita en Ternate. Es endémica de las Molucas, en tanto que las otras dos especies que habitan Ceram se encuentran también en Nueva Guinea y Waigeo.

En contraste con la suma pobreza en mamíferos que caracteriza a las Molucas, estas islas poseen una amplia gama de tribus emplumadas. El número de especies de aves que se conoce en la actualidad en las diversas islas del grupo de las Molucas es de 265, pero de éstas sólo 70 pertenecen a las tribus habitualmente abundantes de veadoras y nadadoras, lo cual indica que no se las conoce muy bien. Como son preeminentemente errantes y por tanto poco adecuadas para ilustrar la distribución geográfica de la vida en una zona limitada, ahora las vamos a dejar de lado y concentraremos nuestra atención sólo en las 195 aves terrestres.

Si consideramos que toda Europa, con su clima y vegetación variados y cada kilómetro de su superficie explorado, poseyendo además las inmensas extensio-



FIGURA XXXIII.1. *Cuscus ornatus*, marsupial de las molucas. Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

nes de Asia y África como reservas de las que se abastece continuamente, sólo dispone de 257 especies de aves terrestres en calidad de residentes o inmigrantes temporales, hemos de interpretar que las cantidades que se han obtenido hasta ahora en las islas Molucas, pequeñas y comparativamente desconocidas, son indicio de una fauna con un alto promedio de riqueza en la región. Pero cuando empezamos a examinar los grupos familiares que constituyen esta cifra, nos damos cuenta de que algunas poseen las más curiosas deficiencias compensadas por una redundancia igualmente sorprendente en otras. Así, pues, si comparamos las aves de las Molucas con las de la India, como hace Jerdon en su trabajo, encontramos que los tres grupos de papagayos, alciones y palomas constituyen casi *una tercera parte* del total de aves terrestres en el primer territorio, mientras que ascienden a sólo *una veinteava parte* en el segundo. Por otro lado, grupos tan difundidos como tordos, currucas y pinzones, que en la India constituyen casi *una tercera parte* de todas las aves terrestres, en las Molucas disminuyen a *una catorceava parte*.

La razón de estas particularidades parece deberse a que la fauna de las Molucas deriva casi totalmente de la de Nueva Guinea, donde se pueden observar las

mismas deficiencias y abundancias. De 78 géneros en los que pueden ser clasificadas las aves terrestres de las Molucas, no menos de 70 son característicos de Nueva Guinea, mientras que sólo seis pertenecen especialmente a las islas indomalayas. Pero esta estrecha similitud con los géneros de Nueva Guinea no se extiende a las especies, porque no menos de 140 de un total de 195 aves terrestres son endémicas de las islas Molucas, en tanto que 32 se encuentran también en Nueva Guinea y 15 en las islas indomalayas.¹ Estos hechos nos muestran que aunque las aves de este grupo deriven evidentemente y en su gran mayoría de Nueva Guinea, la inmigración no fue muy reciente, ya que ha transcurrido el tiempo suficiente para que la mayor parte de las especies hayan cambiado. Encontramos también que muchas formas muy características de Nueva Guinea no han penetrado para nada en las Molucas, mientras que otras que se encuentran en Ceram y Gilolo no se extienden al oeste hasta Buru. Considerando además la ausencia de la mayoría de los mamíferos procedentes de las Molucas, llegamos a la conclusión de que estas islas no son fragmentos que se han separado de Nueva Guinea sino que constituyen una región insular distinta que emergió independientemente en una época bastante remota y que durante todas las mutaciones por las que pasó fue recibiendo constantemente inmigrantes de la gran y productiva isla. La extensión considerable de tiempo que las Molucas permanecieron aisladas está también indicada por la existencia de dos géneros de aves particulares, *Semioptera* y *Lycocorax*, que no se encuentran en ningún otro lugar.

Podemos dividir este pequeño archipiélago en dos grupos muy claros: el de Ceram, que incluye también Buru, Amboina, Banda y Kai; y el de Gilolo, que incluye Morty, Bacan, Obi, Ternate y otras pequeñas islas. Cada una de estas divisiones tiene un número considerable de especies particulares: sólo en el grupo de Ceram no menos de 55; además, algunas de las islas aparte tienen algunas especies propias. Así, la isla de Morty tiene un alción, un pájaro fraile y un estornino endémicos; Ternate tiene un zorzal terrestre (*Pitta*) y un papamoscas; Banda tiene una paloma, un alcaudón y un *Pitta*; Kai tiene dos papamoscas, un *Zosterops*, un alcaudón, un cuervo real y un cuclillo; y la remota Timor-laut, que es probable que formara parte del grupo de las Molucas, tiene una cacatúa y un loro como únicas aves endémicas conocidas, y ambas son de especies particulares.²

¹ H. O. Forbes, el doctor Guillemard y los naturalistas alemanes y holandeses han agregado algunas cuantas especies en Buru, Obi, Bacan y otras de las islas menos conocidas, pero estos descubrimientos casi no modifican las cifras y no afectan en absoluto las conclusiones a que he llegado en este capítulo.

² H. O. Forbes visitó estas islas en 1882 y obtuvo una buena colección de aves que asciende en la actualidad a 80 especies. De éstas, 62 son aves terrestres y 26 son endémicas de la isla. Sus afinidades principales son con las Molucas y Nueva Guinea, pero hasta cierto punto también con Timor y Australia.

Las Molucas son especialmente ricas en papagayos y habitan en ellas no menos de 22 especies pertenecientes a 10 géneros. Entre ellas se cuenta la gran caca-túa de cresta roja, que tan comúnmente se puede ver viva en Europa, dos bellos pericos rojos del género *Electus* y cinco de los hermosos loros carmesí que están casi exclusivamente confinados a estas islas y al grupo de Nueva Guinea. Las palomas son difícilmente menos abundantes y hermosas y se conocen 21 especies, incluidas 12 de las hermosas palomas fruteras verdes, cuyos tipos más pequeños están adornados con manchas de los más bellos colores en la cabeza y en la parte inferior. Les siguen los alciones, que abarcan 16 especies, casi todas bellas y muchas de las cuales se encuentran entre las aves de más hermosos colores que existen.

Uno de los grupos más curiosos de aves, el de los *Megapodius* o constructores de terraplenes, abunda mucho en las Molucas. Son aves gallináceas de aproximadamente el tamaño de un ave de corral pequeña y, en general, de un color ceniciento oscuro o fuliginoso, con patas extraordinariamente grandes y fuertes y largas garras. Son afines al maleo de Célebes, del que ya dimos una descripción, pero difieren en costumbres porque la mayoría de estas aves frecuentan las selvas achaparradas que se encuentran al borde del mar, donde el suelo es arenoso y hay una cantidad considerable de desechos como palos, conchas, algas, hojas, etc. Con esta basura, el *Megapodius* forma inmensos montículos, muchas veces de dos a dos y medio metros de altura y de seis a nueve metros de diámetro, que puede ir apilando con relativa facilidad valiéndose de sus grandes patas, con las que puede agarrar y echar hacia atrás mucho material. En el centro de este montículo y a una profundidad de 50 centímetros a un metro, deposita sus huevos, y éstos son incubados con el ligero calor producido por la fermentación de la materia vegetal que contiene. La primera vez que vi esos montículos en la isla de Lombok no podía creer que los hubieran construido aves tan pequeñas, pero después las vi con frecuencia y una o dos veces coincidí con el momento en que estaban construyéndolos. Corren unos cuantos pasos hacia atrás, agarran una cantidad de material suelto en una pata y lo lanzan bastante lejos hacia atrás. Cuando los huevos quedan bien enterrados, parece que no se preocupan de ellos y las crías se abren paso entre el montón de desechos y corren de inmediato a internarse en la selva. Salen del huevo cubiertas de un espeso y blando plumaje y no tienen cola, aunque las alas están plenamente desarrolladas.

(Véase *Naturalist's Wanderings in the Eastern Archipelago* de Forbes, p. 355.) Las mariposas que él recolectó presentan afinidades similares pero tienden más hacia Timor y Australia, debido probablemente a una dependencia más inmediata de las mariposas respecto de la vegetación.

Tuve la fortuna de descubrir una nueva especie (*Megapodius wallacei*) que habita Gilolo, Ternate y Buru. Es el ejemplar más bello del género, pues posee unas hermosas franjas marrón rojizo en el lomo y las alas, pero difiere de las otras especies en sus costumbres. Frecuenta las selvas del interior y baja a la playa a poner sus huevos, pero, en vez de construir un montículo o de escarbar un hoyo para ponerlos, se esconde en la arena a una profundidad de un metro en plano oblicuo hacia el fondo y deposita sus huevos en esa madriguera. Después cubre con material no muy tupido la boca del hoyo y los nativos dicen que borra y escamotea sus propias huellas de entrada y salida del agujero haciendo muchas otras sendas y excavaciones en las cercanías. Pone sus huevos sólo de noche; en Buru cazaron un ave en la mañana temprano cuando parecía salir de su madriguera, en la que se encontraron varios huevos. Parece que todas estas aves son semi nocturnas porque en la noche y mucho antes de despuntar el día se oyen sus fuertes gritos y gemidos constantemente. Los huevos son de un color rojo herrumbroso y muy grandes para el tamaño del ave; en general miden entre siete y ocho centímetros de largo por cinco o seis de ancho. Son muy agradables de comer y muy buscados por los nativos.

Otra ave grande y extraordinaria es el casuario, que habita solamente en la isla de Ceram. Es un pájaro robusto y fuerte de uno y medio a dos metros de altura, cubierto de unas plumas largas y toscas como pelos y de color negro. Tiene la cabeza adornada con un gran casco o yelmo callosa y la piel sin plumas del cuello es llamativa por sus colores rojo y azul vivos. Carece prácticamente de alas, que están sustituidas por un grupo de espinas negras y córneas como las púas romas del puerco espín. Estas aves vagan por las vastas y montañosas selvas que cubren la isla de Ceram alimentándose principalmente de frutos caídos y de insectos o crustáceos. La hembra pone de tres a cinco huevos, grandes y hermosamente teñidos de verde, sobre un lecho de hojas, y el macho y la hembra se sientan alternativamente a incubarlos durante más o menos un mes. Esta ave es el casuario con casco (*Casuarus galeatus*) de los naturalistas y durante mucho tiempo fue la única especie conocida. Desde entonces se han descubierto otras en Nueva Guinea, Nueva Bretaña y en el norte de Australia.

En las Molucas fue donde descubrí casos por primera vez indudables de mimetismo en las aves, y son tan especiales que voy a describirlos brevemente. Pero convendría explicar primero qué significa *mimetismo* en historia natural. En la página 151 he descrito una mariposa que cuando está en reposo es tan similar a una hoja muerta que de este modo evade los ataques de sus enemigos. Esto se denomina “similitud protectora”. Pero si la mariposa, que es un sabroso bocado

para las aves, tuviera parecido con alguna otra mariposa desagradable a las aves y así éstas nunca se la comieran, estaría tan bien protegida como si se pareciera a una hoja, y esto es lo que muy acertadamente Bates denominó “mimetismo”, siendo el primero en descubrir el objeto de estas curiosas imitaciones exteriores de un insecto por otro perteneciente a un género o familia distinto, y a veces hasta a un orden diferente. En nuestro país, los mejores ejemplos de mimetismo son las palomillas de alas transparentes que parecen avispas y avispones.

Durante un largo periodo todos los casos conocidos de parecido idéntico de una creatura a otra bastante diferente se reducían a los insectos, y experimenté un gran placer cuando en la isla de Buru descubrí dos aves a las que confundía constantemente y que pertenecían a dos familias distintas y en cierta manera lejanas. Una es un pájaro fraile denominado *Tropidorhynchus bouruensis* y la otra una especie de oropéndola que fue denominada *Mimeta bouruensis*. La oropéndola se asemeja al pájaro fraile en los siguientes detalles: las superficies inferior y superior de ambas aves son exactamente del mismo tono marrón oscuro y claro; el *Tropidorhynchus* tiene un gran redondel negro y sin plumas alrededor de los ojos que la *Mimeta* copia con un manchón de plumas negras. La parte superior de la cabeza del *Tropidorhynchus* tiene un aspecto escamoso por las estrechas plumas en forma de escamas que la *Mimeta* imita con sus plumas más anchas, pero con una línea oscura debajo de cada una. El *Tropidorhynchus* tiene un collarín pálido formado por unas plumas muy extrañas y curvas en la cerviz (que ha dado a todo el género el nombre de pájaros fraile); el collarín está representado en la *Mimeta* por una franja pálida en la misma posición. Por último, el pico del *Tropidorhynchus* se alza formando una protuberante quilla en la base y la *Mimeta* posee la misma característica aunque no sea común al género. El resultado es que, examinadas superficialmente, las aves son idénticas a pesar de tener diferencias estructurales importantes y de que no sea posible clasificarlas una junto a la otra en ningún orden natural.

En la isla contigua de Ceram encontramos muchas especies distintas de ambos géneros y, por muy extraño que parezca, se asemejan entre sí tanto como las de Buru. El *Tropidorhynchus subcornutus* es de color marrón terroso acompañado de un amarillo ocre, con las órbitas al descubierto, pómulos oscuros y el habitual collarín curso en la cerviz. La *Mimeta forsteni* que la acompaña tiene tonos absolutamente idénticos en todas las partes del cuerpo y los detalles están tan minuciosamente copiados como en la primera especie.

Disponemos de dos tipos de pruebas para saber cuál es el ave modelo y cuál es la copia. Los pájaros fraile tienen los tonos de color que en general posee toda

la familia a la que pertenecen, en tanto que las oropéndolas se desvían de los tintes amarillos vivos tan comunes en sus afines. Por lo tanto hay que deducir que la última imita a la primera. Pero si es así, tiene que obtener alguna ventaja de la imitación, y, como se trata de aves débiles, con patas y garras pequeñas, es posible que la necesiten. Ahora bien, los *Tropidorhynchi* son aves muy activas y fuertes, con potentes y codiciosas garras y picos afilados, largos y curvos. Se reúnen en grupos y pequeñas bandadas y emiten una nota fuerte y chillona que se puede oír a gran distancia y que les sirve para reunirse en momentos de peligro. Son muy abundantes y belicosas y suelen espantar a los cuervos y hasta a los halcones que se posan en algún árbol en el que están reunidas. Por lo tanto, es muy probable que las aves de presa de menor tamaño hayan aprendido a respetarlas y las dejen en paz, lo cual puede ser una gran ventaja para las *Mimeta*, más débiles y menos audaces, que por eso las imitan para ser confundidas con ellas. Siendo éste el caso, las leyes de la variación y la supervivencia de los más aptos bastan para explicar cómo se produjo el parecido sin presuponer la existencia de una acción voluntaria por parte de las propias aves, y los que hayan leído *El origen de las especies* de Darwin no tendrán ninguna dificultad en comprender todo el proceso.

Los insectos de las Molucas destacan por su belleza aun comparados con los variados y hermosos productos de otras partes del archipiélago. Las grandiosas mariposas de alas de pájaro (*Ornithoptera*) alcanzan aquí su máximo tamaño y belleza y muchas de las *Papilio*, Pieridae, Danaidae y Nymphalidae son igualmente extraordinarias. Tal vez no haya otra isla en el mundo tan pequeña de tamaño como Amboina donde se encuentren tantos y espléndidos insectos. Posee tres de las más bellas *Ornithoptera*: *priamus*, *helenia* y *remus*; tres de las *Papilio* más bellas y grandes: *ulysses*, *deiphobus* y *gambrisius*; una de las más hermosas Pieridae: *Iphia leucippe*; la mayor de las Danaidae: *Hestia idea*; y dos Nymphalidae excepcionalmente grandes y bellas: *Diadema pandarus* y *Charaxes euryalus*. Entre los escarabajos están el extraordinario *Euchirus longimanus*, cuyas enormes patas se extienden unos 20 centímetros, y un número poco acostumbrado de grandes y bellos longicornios, Anthribidae y Buprestidae.

Los escarabajos representados en la figura xxxiii.2 como característicos de las Molucas son: 1) un pequeño espécimen del *Euchirus longimanus*, o escarabajo de brazos largos, que ya había mencionado cuando relaté mi estancia en Amboina (véase el apartado “Amboina”). La hembra tiene las patas anteriores de menor longitud. 2) Un bello gorgojo (una especie no descrita de *Eupholus*) de un vívido azul y verde esmeralda con franjas negras; es nativo de Ceram y Goram y se encuentra sobre el follaje. 3) Una hembra de *Xenocerus semiluctuosus*, uno de



Xenocerus semiluctuosus, hembra
Xenocerus (especie nueva), macho

Arachnobas
 (especie nueva)

Eupholus (especie nueva)
Euchirus longimanus, macho

FIGURA XXXIII.2. Escarabajos de las Molucas. Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

los Anthribidae, de un delicado blanco sedoso y negro. Abunda en los troncos caídos y en las cepas en Ceram y Amboina. 4) Una especie no descrita de *Xenocerus*; un macho con antenas muy largas y extrañas, y elegantes marcas blancas y negras. Se encuentra sobre los troncos caídos en Bacan. 5) Una especie no descrita de *Arachnobas*, extraño género de gorgojo propio de las Molucas y Nueva Guinea y notable por sus largas patas y la costumbre de sentarse sobre las hojas y de esconderse rápidamente en el envés cuando es molestado; se encontró en Gilolo. Todos estos insectos están reproducidos de tamaño natural.

Lo mismo que las aves, los insectos de las Molucas presentan una gran afinidad con los de Nueva Guinea más que con los productos de las grandes islas occidentales del archipiélago, pero la diferencia en forma y estructura entre los productos del este y el oeste no es tan marcada como en el caso de las aves. Probablemente esto se deba a que los insectos dependen de un modo más inmediato del clima y la vegetación y se distribuyen con mayor facilidad en sus diferentes fases de huevo, crisálida y, por último, insecto bien formado, que ha llevado a una uniformidad general en la vida de los insectos en todo el archipiélago en consonancia con la uniformidad general del clima y la vegetación. Por otro lado, la gran susceptibilidad de la organización de los insectos a la acción de las condiciones externas ha producido un número infinito de modificaciones de detalles de forma y color que en muchos casos han conferido una diversidad considerable a los productos de las islas adyacentes.

Debido al gran predominio existente entre las aves de papagayos, palomas, alciones y suimangas, casi todas de vívido o suave colorido y muchas adornadas del más espléndido plumaje, y a las cantidades de mariposas vistosas y de gran tamaño que se encuentran por casi todas partes, las selvas de las Molucas ofrecen al naturalista un asombroso ejemplo de la abundancia y belleza de la vida animal en los trópicos. Aun así, la ausencia casi total de mamíferos y de grupos tan difundidos de aves como pájaros carpinteros, zorzales, arrendajos, paros y faisanes lo convencerán de que se encuentra en una parte del mundo que en realidad tiene muy poco en común con el gran continente asiático a pesar de que una interrumpida cadena de islas parezca vincularlas a él.

SEXTA PARTE

EL GRUPO PAPÚA

XXXIV. DE MACASAR A LAS ISLAS ARU EN UN PRAO NATIVO

(Diciembre, 1856)

ERA COMIENZOS de diciembre y la estación de lluvias apenas había tenido inicio en Macasar. Durante casi tres meses había contemplado a diario despuntar el sol por encima de los palmares, elevarse hacia el cenit y descender como una bola de fuego hasta sumergirse en el océano sin que se ocultara ni un solo momento en su curso; ahora oscuras y plomizas nubes se habían acumulado en los cielos y parecían volverlo invisible. Los fuertes vientos del este, cálidos, secos y cargados de polvo, que hasta entonces habían soplado con tanta seguridad como el sol salía, fueron remplazados por borrascas y fuertes lluvias que muchas veces continuaban hasta tres días y noches en total; los arrozales en rastrojo, desecados y agrietados, que durante la temporada de sequía se extendían en todas direcciones a kilómetros a la redonda de la ciudad, ahora estaban tan inundados que sólo era posible cruzarlos en barca o a través de un laberinto de senderos por encima de los estrechos terraplenes que separaban unas parcelas de otras.

Al sur de la isla Célebes nos esperaban cinco meses con ese tipo de clima y, por tanto, decidí ir en busca de un clima más favorable para mis recolecciones durante este periodo para después regresar cuando comenzara otra vez la estación seca y completar así mi exploración de la zona. Me encontraba, por fortuna, en uno de los grandes emporios del comercio nativo del archipiélago. Ratanes procedentes de Borneo, madera de sándalo y cera de abejas de Flores y Timor, *tripang* del golfo de Carpentaria, aceite de cajuputi de Buru, nuez moscada silvestre y corteza de mussoi de Nueva Guinea, todo se podía encontrar en los almacenes de los comerciantes chinos y bugis de Macasar, además de arroz y café, principales productos del territorio circundante. Más importante que todos estos productos es sin embargo el comercio de Aru, grupo de islas situado en la costa sudoccidental de Nueva Guinea y de donde casi todos los productos llegan a Macasar en embarcaciones nativas. Estas islas se encuentran bastante fuera de la ruta del comercio europeo y están habitadas únicamente por salvajes negros y greñudos que a pesar de todo contribuyen a los refinados gustos de la mayoría de las

razas civilizadas. Perlas, madreperla y caparazón de tortuga encuentran su camino a Europa, además de que se obtienen cargamentos de nidos de pájaros comestibles y *tripang* o babosas de mar para el disfrute gastronómico de los chinos.

El comercio dirigido a estas islas ha existido desde tiempos muy remotos y de ellas se trajeron por primera vez las aves del paraíso de los dos tipos conocidos por Linneo. Debido al monzón, las embarcaciones nativas sólo pueden hacer la travesía una vez al año. Zarpan de Macasar en diciembre o enero, cuando comienza el monzón del oeste, y regresan en julio o agosto, en pleno monzón del este. Incluso para la población de Macasar, el viaje a las islas Aru es considerado una expedición bastante descabellada y romántica, repleta de nuevos parajes y extrañas aventuras. Aquel que la ha llevado a cabo es considerado una autoridad y para muchos sigue siendo la ambición no consumada de su vida. Yo tenía esperanza, pero no daba por supuesto que iba a llegar a esa “Última Tule” del Oriente. Cuando me di cuenta de que en aquel momento podría hacerlo, me faltaba el valor de confiar en mí para hacer un viaje de 1 500 kilómetros en un prao bugis y permanecer seis o siete meses entre comerciantes sin ley y salvajes voraces. Sentí en cierta manera como cuando de colegial me permitieron viajar por primera vez en la parte exterior de la diligencia y visitar ese escenario de todo lo nuevo, extraño y maravilloso para la imaginación joven, ¡Londres!

Gracias a la ayuda de unos amables amigos fui presentado al propietario de uno de los grandes praos que iba a zarpar en unos días. Era un javanés mestizo, inteligente, apacible y de modales caballerosos y tenía una esposa holandesa, bonita y joven, a la que iba a dejar en su ausencia. Cuando hablamos sobre el dinero del pasaje no quiso fijar ninguna suma e insistió en dejar enteramente a mi criterio el pago al regreso. “Y entonces —dijo—, tanto si me da un dólar como cien quedaré satisfecho y no le pediré más.”

El resto de mi estancia estuve muy ocupado en conseguir provisiones, contratar sirvientes y hacer todos los demás preparativos para siete meses de ausencia hasta de los confines de la civilización. La mañana del 13 de diciembre, cuando subimos a bordo al despuntar el día, caía una fuerte lluvia. Izamos las velas y se hincharon con el viento. Nuestra embarcación se perdió a popa, las velas se dañaron y por la tarde nos encontrábamos de regreso en el puerto de Macasar. Nos quedamos allí cuatro días más debido a la lluvia constante que hacía imposible secar y reparar el enorme velamen de estera. Todos estos lúgubres días permanecí a bordo y, en los escasos intervalos en que no llovía, me puse al corriente de nuestra rústica nave, algunas de cuyas particularidades voy a tratar de describir.

Era un navío de unas 70 toneladas de carga y de forma parecida a un juncó chino. La cubierta estaba considerablemente inclinada hacia los extremos, que son la parte más baja de la embarcación. Tenía dos grandes gobernalles, pero en vez de estar colocados a popa colgaban sobre las cuadras, pendiendo de baos resistentes y cruzados que sobresalían entre 50 centímetros y un metro a cada costado y hasta cuyo borde la cubierta sobrepasaba los costados del buque en medio del barco. Los gobernalles no estaban fijos con bisagras sino que colgaban amarrados con eslingas de ratán, cuya fricción los mantiene en cualquier posición que se encuentren y esto tal vez facilita el gobierno de la nave. Las cañas de los gobernalles no estaban sobre cubierta sino que entraban en la embarcación a través de dos aberturas cuadradas a una parte inferior o mediana de cubierta a un metro de altura en la que se sentaban los dos timoneles. En la parte posterior del navío había una toldilla baja de poco más de un metro de altura que era el camarote del capitán, amueblado con cajas, esteras y cojines. Frente a la toldilla y al palo mayor, en cubierta había una pequeña choza de palma de metro y medio de altura sobre el camellón, y uno de sus compartimientos, formado por un camarote de dos metros de largo por uno y medio de ancho, era todo para mí; el lugar más confortable y acogedor que he disfrutado en el mar. Se entraba a él por una puerta baja corrediza hecha de palma a uno de los lados y tenía una ventana muy pequeña en otro. El piso era de bambú partido y de elasticidad agradable y se elevaba 15 centímetros sobre la cubierta para que se mantuviera seco. Estaba cubierto de finas esteras de caña, por cuya manufactura es famoso Macasar. Contra la pared más distante estaban dispuestos mi funda de escopeta, las cajas para los insectos, ropa y libros; el colchón estaba en el centro y junto a la puerta se encontraban mi cantina, el fanal y el pequeño pertrecho de delicias para el viaje, en tanto que escopeta, revólver y cuchillo de caza colgaban apropiadamente del techo. Durante esos cuatro deplorables días me mantuve bastante jovial en este confortable reducto: más de lo que me hubiera sentido confinado el mismo tiempo en el salón dorado e incómodo de un vapor de primera clase. Por otra parte, cuánto más agradable era en comparación todo a bordo sin pintura, brea ni jarcias nuevas (¡uno de los olores más nauseabundos!), sin grasa, aceite ni barniz, sino que, en vez de todo esto, bambú y ratán, cuerda de estopa de coco y entramado de palma, puras fibras vegetales de agradable olor, si es que tienen alguno, y que evocan silenciosas escenas en la selva verde y umbría.

Nuestro bajel tenía dos mástiles, si pueden ser llamados así, consistentes en grandes triángulos móviles. Si en una embarcación común sustituimos los obenques y brandales por maderas resistentes y prescindimos totalmente del mástil,

tenemos la disposición adoptada a bordo de un prao. Sobre mi camarote y apoyadas en baos entrecruzados amarrados a los mástiles, había una infinidad de vigas y berlingas de bambú en su mayoría. El mástil mayor, un inmenso armatoste de poco más de 30 metros de largo, estaba formado de muchos pedazos de madera y bambú amarrados unos a otros con ratanes de un modo muy ingenioso. La vela correspondiente era oblonga y colgaba del centro, de modo que, cuando se arriaba el extremo corto sobre cubierta, el largo se alzaba muy alto en el aire compensando la poca altura del propio mástil. El trinquete tenía la misma forma pero más pequeño. Ambos eran de estera; dos foques y una vela de lona de algodón de proa a popa completaban nuestros aparejos.

La tripulación consistía en 30 hombres nativos de Macasar y de las costas e islas adyacentes. En su mayoría eran jóvenes y de poca estatura, rostro ancho y aspecto de buen talante. Su vestimenta consistía normalmente en un par de pantalones sólo cuando estaban trabajando y un pañuelo enrollado en la cabeza, a lo que agregaban en la tarde una chaqueta ligera de algodón. Cuatro de los de más edad eran *jurumudis* o timoneles que tenían que ir sentados en cucullas (dos de ellos por turno) en el pequeño lugar del gobernalle que he descrito más arriba y cambiaban cada seis horas. Había después un anciano, el *juragan* o capitán, pero que en realidad era lo que nosotros llamamos el contramaestre y ocupaba la otra mitad del pequeño camarote sobre cubierta. Había además unos 10 hombres respetables, chinos o bugis, a los que el propietario solía llamar “su gente”. Los trataba muy bien, compartía su comida con ellos y les hablaba siempre con gran corrección; sin embargo, la mayoría eran una especie de deudores esclavos, legalmente obligados por el magistrado de la policía a trabajar para el propietario de la embarcación, recibiendo salarios nominales durante años hasta que hubieran liquidado sus deudas. Se trata de una institución holandesa vigente en esta parte del mundo y que al parecer funciona bien. Es una gran bendición para los comerciantes, que no podrían hacer nada en estas regiones tan poco pobladas si no confiaran sus mercancías a agentes y pequeños tratantes que a menudo las despilfarran en el juego y el libertinaje. Las clases bajas en su mayoría se encuentran en un estado crónico de endeudamiento. El comerciante deposita su confianza en ellos una y otra vez hasta que la cantidad es ya importante y entonces los lleva a los tribunales, que le conceden sus servicios para así liquidar lo que le deben. Los deudores no consideran esto una desgracia sino que, antes bien, disfrutan de haberse librado de la responsabilidad y de la dignidad del lugar que ocupan al servicio de un comerciante rico y con reputación. Comercian un poco por su propia cuenta y al parecer ambas partes se llevan muy bien. El planteamiento parece

mucho más sensato que el que adoptamos nosotros impidiendo que un hombre pueda ganar algo para pagar sus deudas y encerrándolo en una celda.

Mis criados eran tres. Allí, el muchacho malayo que recogí en Borneo, era mi principal. Ya llevaba conmigo un año, era muy habilidoso, bastante atento y se podía confiar en él. Era un buen cazador y le gustaba el tiro; además le había enseñado a desollar aves muy bien. El segundo, de nombre Baderoon, era un chico de Macasar bastante bueno también pero un jugador empedernido.

Con el pretexto de comprar una casa para su madre y ropa para él, había recibido por adelantado el salario de cuatro meses una semana antes de que nos hiciéramos a la mar y en uno o dos días apostó en el juego hasta el último dólar. Había llegado a bordo sin ropa, sin betel, tabaco ni pescado salado, todos artículos necesarios, y tuve que enviar a Alí a que se los comprara. Estos dos muchachos tenían unos 16 años, supongo; el tercero era más joven, un pícaro muy despabilado que se llamaba Baso y que había estado conmigo uno o dos meses y había aprendido a cocinar bastante bien. Iba a cumplir el importante oficio de cocinar y llevar la casa porque no pude conseguir ningún criado que quisiera ir a tierras tan remotas. ¡Como si fuera posible pedirle a un *chef de cuisine* que vaya a la Patagonia!

Al quinto día de estar a bordo (15 de diciembre), cesó la lluvia y se hicieron los últimos preparativos para zarpar. Las velas fueron secadas y plegadas sobre los mástiles y constantemente iban y venían botes que llevaban a bordo las provisiones de frutas, hortalizas, pescado y azúcar de palma para el viaje. Después del mediodía llegaron dos mujeres con un gran cortejo de amigos y parientes y a la hora de la despedida hubo mucho frotamiento de narices (el beso malayo) y se derramaron algunas lágrimas. Síntomas muy prometedores de que nos haríamos a la mar al día siguiente y, efectivamente, a las tres de la mañana llegó a bordo el propietario, se levó el ancla y a las cuatro nos hacíamos a la vela. Cuando estuvimos a cierta distancia de los demás praos, el anciano *juragan* repitió algunas plegarias y en torno suyo todos respondieron “Alá il Alá”, acompañados de unos cuantos golpes de gong, y concluyeron deseándose unos a otros “Salaamat jalan” (buen y feliz viaje). Soplabla una ligera brisa, el mar estaba tranquilo y la mañana era bella, comienzo halagüeño de nuestra travesía de poco más de 1 500 kilómetros hasta las tan celebradas islas Aru.

Continuó un viento ligero y variable todo el día, con bonanza en la tarde antes de que se levantara la brisa de tierra. Estábamos pasando la isla de Tanakaki (pie de la tierra) en el extremo meridional de esta parte de Célebes. Había algunas rocas peligrosas en el lugar y, de pie junto a la borda, escupí por encima del

costado de la embarcación; uno de los hombres me suplicó que no escupiera precisamente entonces y que lo hiciera sobre cubierta, pues tenían mucho miedo a este lugar. Como no acababa de entender lo que me quería decir, le pedí que me lo repitiera, pero cuando me di cuenta de que hablaba en serio le dije: “Está bien, supongo que aquí hay *hantus* (espíritus)”. “Sí —me respondió—, y no les gusta que se eche nada por la borda; muchos praos han naufragado por hacerlo.” Después de lo cual le prometí tener mucho cuidado. A la puesta del sol, los buenos mahometanos de a bordo repitieron unas oraciones a coro que me recordaron el agradable e impresionante Ave María de los países católicos.

20 de diciembre. Al despuntar el día nos encontrábamos frente al monte Bontyne, que dicen es uno de los más altos de Célebes. Por la tarde, pasamos los estrechos de Salayer y tuvimos una ligera borrasca que nos obligó a bajar el enorme mástil y arriar velas y vigas pesadas. El resto de la tarde tuvimos un viento del este favorable que nos hizo navegar a cinco nudos por hora, velocidad máxima para una vieja embarcación tan cargada como la nuestra.

21 de diciembre. Una fuerte marejada procedente del sudoeste nos balanceó de un modo muy desagradable, pero soplaba un viento firme y salimos bien de ella.

22 de diciembre. Amainó la marejada. Pasamos Buton, una isla grande, alta, boscosa y populosa, lugar natal de algunos miembros de la tripulación. Nos adelantó un prao pequeño que regresaba de Bali rumbo a la isla de Goram. Nuestro propietario conocía al *nakoda* (capitán). Habían estado dos años en la mar pero iban llenos de gente, con varios negros papúas a bordo. A las seis pasamos Wangi-wangi, baja pero no llana, habitada y súbdita de Buton. Acabábamos de entrar en el mar de las Molucas. Cuando oscureció, nuestros gobernales ofrecían una hermosa vista con veloces remolinos de luz fosfórica que emanaban de ellos adornados con chispas de fuego como piedras preciosas. Parecían (más que cualquier otro fenómeno con el que se me ocurra compararlo) una de esas grandes e irregulares nebulosas formadas por grupos de estrellas vista a través de un buen telescopio, con el atractivo adicional de que cambiaban de forma continuamente y como en movimientos de danza.

23 de diciembre. Una bella salida de sol roja; apenas puede divisarse la isla que dejamos atrás ayer en la tarde. El prao de Goram aproximadamente a dos kilómetros al sur del nuestro. No llevan brújula pero han mantenido un rumbo muy certero durante la noche. Nuestro propietario me dice que se guían por el oleaje del mar, cuya dirección observan cuando se pone el sol y en la noche velean siguiéndolo. En estos mares no pasan más de dos días (cuando el tiempo es

bueno) sin ver tierra. Vientos o corrientes adversas los acarrearán a veces fuera de rumbo, obviamente, pero pronto encuentran alguna isla y siempre hay algún viejo marinero a bordo que la conoce y a partir de ella vuelven a tomar su rumbo. Anoche pescaron un tiburón de metro y medio de largo y esta mañana lo destazaron y cocieron. Después del mediodía pescaron otro y comí un pedazo frito que me pareció algo duro y seco pero de sabor agradable. Por la tarde, el sol se puso tras una pesada hilera de nubes que, a medida que cayó la noche, fueron adquiriendo un espantoso aspecto negro. Siguiendo la costumbre, cuando se espera un fuerte viento o lluvia, se arriaron las velas grandes y se pusieron las vigas sobre cubierta, dejando izado sólo un pequeño trinquete cuadrado. En tiempo borrascoso las grandes velas de estera son objetos difíciles de manejar. Las vigas que las soportan tienen 20 metros de largo y son muy pesadas; la única manera de plegarlas es enrollarlas sobre la botavara y es muy peligroso tenerlas izadas cuando se levanta una borrasca. Nuestra tripulación, aunque lo bastante numerosa para un navío de 700 toneladas en vez de 70 como el nuestro, hace cada quien lo suyo y raras veces hay más de unos cuantos trabajando al mismo tiempo. No obstante, cuando hay que hacer algo importante están dispuestos a trabajar, aunque entonces todos sienten la libertad de dar su opinión y se puede escuchar más de una docena de voces dando órdenes y creando tal confusión con sus gritos que es asombroso que pueda hacerse algo.

Considerando que a bordo llevamos 50 hombres pertenecientes a tribus e idiomas diversos, tipos rústicos y de aspecto medio salvaje, y que algunos no sienten ninguno de los refrenamientos de la moral o la educación, nos llevamos de maravilla. No hay peleas ni disputas como con seguridad las habría entre un número igual de europeos con tan poco control sobre sus actos, y no hay el ruido y la excitación que podrían esperarse. En buen tiempo, la mayoría de ellos disfrutan tranquilamente cada quien por su cuenta: algunos duermen a la sombra del velamen; otros, en pequeños grupos de tres o cuatro, charlan o mastican betel; uno hace un mango nuevo para su cuchillo; otro cose un par de pantalones o una camisa, y todos tan callados y bien comportados como el mejor marino mercante inglés a bordo. Dos o tres se turnan para vigilar y cuidar las brazas y las drizas de las velas grandes; los dos timoneles están abajo en la antecámara; nuestro capitán o el *juragan* da el rumbo guiándose en parte por la brújula y en parte por la dirección del viento, y una guardia de dos o tres en la popa cuida de la orientación de las velas y grita las horas que marca el reloj de agua. Se trata de un artefacto muy ingenioso que da una buena medición del tiempo tanto en clima bueno como malo. Consiste en una cubeta llena de agua hasta la mitad, sobre la

que flota la mitad de una cáscara de coco bien raspada. Al fondo de la cáscara hay un pequeño agujero, de modo que cuando se pone a flotar en el agua de la cubeta le entra un hilillo de agua que va llenando la cáscara. El tamaño del agujero está tan bien calculado respecto a la capacidad del recipiente que exactamente al cabo de una hora cae pesadamente al fondo. Entonces el vigía pregona el número de horas que ha pasado desde la salida del sol y pone a flotar de nuevo la cáscara vacía. Es un buen medidor del tiempo. Lo comprobé con mi reloj y apenas variaba un minuto de una hora a otra; además, el movimiento de la embarcación no tiene ningún efecto en él ya que, obviamente, el agua de la cubeta se mantiene a nivel. Tiene una gran ventaja para las gentes toscas, pues es fácil de entender, bastante voluminoso y fácil de ver y al hundirse produce un pequeño burbujeo y alteración en el agua que llama la atención. Si se pierde, es fácil de reponer en cualquier puerto.

Nuestro capitán y propietario es un hombre tranquilo y de buen talante que parece llevarse muy bien con la gente que lo rodea. En la mar no bebe vino ni bebidas alcohólicas y sólo se consiente con café y pasteles mañana y tarde, acompañado de su sobrecargo y asistentes. Es un hombre con cierta educación que lee y escribe bien tanto el holandés como el malayo, usa la brújula y tiene un mapa. Ha hecho la ruta de comercio a Aru durante muchos años y es conocido por europeos y nativos en esa parte del mundo.

24 de diciembre. Viento favorable y ligero. Sin tierra a la vista por primera vez desde que dejamos Macasar. Al mediodía bonanza, con fuertes chubascos en los que la tripulación lavó sus ropas y por la tarde el prao estaba cubierto de camisas, pantalones y *sarongs* de diversos y vistosos colores. Hoy hice un descubrimiento que al principio me alarmó. Las dos portas o aberturas a través de las que entraban las dos cañas de los gobernalles o timones laterales no están a más de metro y medio sobre el nivel del agua, que de este modo tiene entrada libre en el navío. Obviamente yo había imaginado que este espacio abierto de un costado a otro estaba separado de la bodega por un mamparo a prueba de agua, de modo que si entraba el mar bañaba el costado más lejano sin producir más daño que un remojón al timonel. No obstante, para mi sorpresa y consternación, descubrí que estaba completamente comunicado con la bodega de tal suerte que, si una noche de tormenta entraban las olas, estaríamos a punto de hundirnos o naufragaríamos completamente. Piénsese en un buque que se hace a la mar por un mes con dos agujeros, cada uno de un metro de diámetro, que van hasta la bodega y a una altura de un metro sobre el nivel del agua; además, son agujeros que no es posible tapar. Pero nuestro capitán dice que todos los praos son así, y aunque reconoce el

peligro no sabe cómo solucionarlo; la gente está acostumbrada a ello; él no entiende los praos tan bien como ellos y, si hiciera una modificación de este tipo, está seguro de que tendría dificultades para conseguir una tripulación. En todo caso, esto demuestra que los viejos praos son buenas embarcaciones marinas porque el capitán ha viajado continuamente los últimos 10 años y dice que nunca ha entrado agua suficiente para que peligre el navío.

25 de diciembre. El día de Navidad amaneció con rachas de aire, lluvia torrencial, truenos y relámpagos junto con un mar confuso y encrespado que hacía cabecear y balancear nuestro singular navío. No obstante, como a las nueve de la mañana escampó y vimos frente a nosotros la bella isla de Buru, a una distancia de, tal vez, entre 65 y 80 kilómetros, con sus montañas cernidas por nubes y sin que fueran visibles las tierras bajas. Después del mediodía mejoró el tiempo y el viento cambió otra vez al oeste; pero aunque en realidad se trata del monzón del oeste, no tiene regularidad ni estabilidad alguna y continuamente soplan brisas y empiezan calmas procedentes de todas direcciones de la brújula. El capitán, aunque normalmente es protestante, parece ignorar completamente el día de Navidad como festividad. La comida consistió en arroz y curry, como es habitual, y todo lo que pude hacer para celebrar el día fue tomar un vaso extra de vino.

26 de diciembre. Hermosa vista de las montañas de Buru a las que nos hemos acercado considerablemente. La tripulación es bastante torpe. No saben caminar por cubierta con el ligero balanceo de los marineros ingleses sino que vacilan y se bambolean como hombres de tierra. Por la noche se rompió la botavara de la parte inferior de la vela mayor y pasaron toda la mañana reparándola. Consistía en dos bambúes con el extremo grueso amarrado al delgado y tenía unos 20 metros de longitud. Los aparejos y la colocación de los mismos en estos praos contrastan de un modo muy extraño con los de las embarcaciones europeas en las que las diversas sogas y berlingas, pese a ser mucho más numerosas, están colocadas de tal modo que no interfieran con los movimientos de cada quien. En el caso de un prao es muy diferente porque, aunque no hay obenques y estays que compliquen el asunto, raras veces puede hacerse algo sin despejar antes el camino. No es posible virar las velas grandes en otra dirección sin antes haber arriado los foques y se han de bajar los botalones de las velas de proa y popa y soltarlos completamente para realizar la misma operación. Además hay siempre muchos cabos enredados y nunca se pueden desplegar las velas, aunque sean tan pocas en número, sin que una buena parte de su superficie esté resguardada del viento por las otras. A pesar de todo, incluso a los que han tenido embarcaciones europeas les gustan mucho los praos, pues son muy baratos de costo y manteni-

miento; la tripulación puede hacer casi todas las reparaciones y requieren muy pocos pertrechos europeos.

28 de diciembre. Este día vimos el grupo de las islas de Banda con el volcán en primer lugar, un cono perfecto con un contorno muy parecido a las pirámides egipcias y casi tan regular como éstas. Por la tarde, el humo que cubría su cima parecía una pequeña nube inmóvil. Fue la primera vez que vi un volcán activo, pero las ilustraciones y los panoramas han grabado de modo tal estas imágenes en nuestra mente que cuando acabamos viéndolas en realidad no nos parecen nada extraordinario.

30 de diciembre. Pasamos por las islas de Teor y un grupo contiguo a ellas marcadas en el mapa con muy poca precisión. Hoy abundaron los peces voladores. Es una especie más pequeña que la del Atlántico y más elegante y activa en sus movimientos. Cuando vuelan a ras del agua, se dan la vuelta como para mostrar bien sus hermosas aletas emprendiendo un vuelo de unos 100 metros, elevándose y descendiendo con mucha gracia. A corta distancia son idénticos a las golondrinas y cualquiera que los vea no duda de que en verdad vuelan, sin darse cuenta de que meramente descienden en dirección oblicua desde la altura a la que llegan en su primer salto. Por la tarde, un ave acuática, una especie de alcatraz piquero (*Sula fiber*), se posó en nuestro gallinero y uno de mis muchachos la atrapó por el cuello.

31 de diciembre. Al despuntar el día, estaban a la vista las islas Kai (se pronuncia kei), donde nos íbamos a quedar unos días. Hacia el mediodía rodeamos la punta norte y empezamos a costear para anclar, pero, como nos hallábamos a sotavento de la isla, el viento soplaba en ráfagas violentas e irregulares y fuimos arrastrados hacia atrás por una fuerte corriente. Precisamente en aquel momento aparecieron dos barcas nativas y nuestro propietario acordó con ellas que nos remolcaran hasta puerto; así lo intentaron ayudadas por nuestra embarcación, pero sin que logran avanzar. Tuvimos que anclar en un lugar muy peligroso sobre un fondo de rocas y hasta que casi oscureció estuvimos tratando de asegurar las guindalezas a algunas de las rocas que había bajo el agua. La costa de Kai por la que habíamos pasado era muy pintoresca. Rocas calizas de colores pálidos se elevaban abruptamente del agua hasta una altura de varios cientos de metros, formando cimas y pináculos salientes que debido a la erosión adquirirían formas de colmenas y afilados picos, todas revestidas de la vegetación más variada y exuberante. Los acantilados sobre el mar desplegaban a nuestra vista pinos de tornillo y liliáceas arborescentes de formas extrañas, mezcladas con arbustos y enredaderas; las laderas más altas estaban revestidas de tupidas selvas de árboles. Pequeñas

bahías y ensenadas aquí y allá desplegaban sus playas de una blancura deslumbrante. El agua era transparente y cristalina, teñida y salpicada de pendientes de rocas que se hundían escarpadamente en sus profundidades insondables con colores que variaban del esmeralda al lapislázuli.

El mar estaba tranquilo como un lago y el espléndido sol de los trópicos derramaba su luz dorada por todas partes. Una escena inenarrable y placentera. Me encontraba en un mundo nuevo que me hacía soñar con los maravillosos productos que esas selvas rocosas y esas simas azul celeste ocultarían. Pero pocos europeos habían hollado estas costas que yo ahora contemplaba. Sus plantas, animales y razas humanas eran casi desconocidos y no podía dejar de especular sobre lo que sacarían a la luz mis errancias de unos días en un lugar así.

XXXV. LAS ISLAS KAI

(Enero, 1857)

LAS EMBARCACIONES nativas que vinieron a nuestro encuentro eran tres o cuatro, con un total de 50 hombres a bordo. Eran piraguas largas con la proa y la popa elevadas y formando un pico de dos a dos y medio metros de alto, adornadas con conchas de mar y ondulantes plumas de casuario. Era la primera vez que veía a los papúas en su propio territorio y en menos de cinco minutos me convencí de que la opinión a la que llegué después de observar a los esclavos de Timor y Nueva Guinea era esencialmente correcta y de que las gentes a las que ahora tenía oportunidad de comparar unas con otras pertenecían a dos de las razas más distintas y fuertemente acentuadas que contiene la tierra. Si hubiera estado ciego tampoco hubiera dudado de que estos isleños no eran malayos. El tono de voz alto, rápido y vehemente, el movimiento continuo, la intensa actividad vital manifestada en la acción y el habla son los antípodas mismos del malayo silencioso, apagado y falto de ímpetu. Estos hombres de Kai llegaron cantando, vociferando, hundiendo las paletas de los remos en lo profundo del agua y levantando nubes de rocío; a medida que se fueron acercando, se pusieron de pie en las piraguas, elevaron más la voz y exageraron sus gestos; y al atracar junto a nuestro navío, sin pedir permiso ni vacilar un momento, la mayor parte de ellos se precipitaron a cubierta como si fueran a tomar posesión de un buque capturado. Entonces comenzó una escena de indescriptible confusión. Estos 40 salvajes negros, desnudos y de cabellera greñuda parecían estar intoxicados de alegría y excitación. Ninguno podía permanecer quieto un momento. Fueron examinando y rodeando a cada uno de los individuos de la tripulación, le pedían tabaco o arrack, le sonreían haciendo una mueca y trataban con otro. Todos hablaban a la vez y nuestro capitán fue acosado por sus jefes, quienes querían que los contratara para remolcarlos y vociferaban suplicando que les pagara por adelantado. Con unos cuantos regalos de tabaco les brillaron los ojos; expresaban su satisfacción con sonrisas, muecas y gritos, revolcándose por cubierta o con un temerario clavado en el mar. Escolares en una vacación inesperada, irlandeses en una feria o guardiamarinas en tierra darían una remota idea del exuberante goce animal de esas gentes.

En circunstancias similares, los malayos no *podrían* comportarse como estos papúas. Si suben a bordo de una embarcación (después de pedir permiso) al principio no articularían ni una palabra, salvo algunos cumplidos, y sólo después de cierto tiempo y con una gran cautela insinuarían algún negocio. Sólo hablaría uno a la vez, en voz baja y después de deliberar, y la manera de llegar a un trato sería rechazando en silencio todas las ofertas o incluso yéndose sin pronunciar ni una sola palabra sobre el asunto a menos que se les hubiera propuesto un precio que estaban dispuestos a aceptar de buena gana. Nuestra tripulación, muchos de cuyos miembros no habían hecho esta travesía antes, parecía bastante escandalizada ante tan malos modales sin precedente y fueron confraternizando poco a poco con los tipos negros. Me recordaban a un grupo de muchachos comedidos y recatados a los que de repente hubieran interrumpido otros alborotados, juguetones y traviesos cuya conducta parece de lo más extraordinaria y muy reprobable.

Estos rasgos morales son más asombrosos y decisivos que el contraste físico que ofrecen las dos razas, a pesar de que éste es bastante notable. El negro tiznado de la piel, la cabeza greñuda y de cabello rizado y, lo más importante de todo, el semblante de rasgos acentuados de tipo totalmente diferente al del malayo son características que no podemos creer que sean el resultado de influencias climáticas u otras capaces de modificar a la misma raza. El rostro malayo es de tipo mongol, ancho y algo plano. Las cejas hundidas, la boca amplia pero sin sobresalir y la nariz pequeña y bien formada salvo por la gran dilatación de las narinas. El rostro es liso y raras veces tiene rastros de barba; el cabello negro, áspero y completamente lacio. Los papúas, sin embargo, tienen un rostro que podríamos calificar de comprimido y protuberante. Las cejas salidas y colgadas, la boca grande y prominente, en tanto que la nariz es muy grande, el ápice alargado hacia abajo, de dorso grueso y grandes narinas. Es un rasgo importuno y sobresaliente en el rostro, efecto totalmente contrario al que produce en un rostro malayo. La barba ensortijada y el cabello rizado completan ese notable contraste. Había, pues, llegado a un nuevo mundo habitado por gentes extrañas. Entre las tribus malayas, con las que había vivido algunos años, y las razas papúas, a cuyo territorio acababa de llegar, podríamos decir que hay tanta diferencia moral y física como entre los indios piel roja de Sudamérica y los negros de Guinea en el lado opuesto del Atlántico.

1° de enero, 1857. Ha sido un día de disfrute total. He vagabundeado por las selvas de una isla pocas veces hollada por los europeos. Antes de despuntar el día levamos anclas y en una hora llegamos a la aldea de Har, donde nos vamos a quedar tres o cuatro días. La cadena de colinas se retira para formar una pequeña

bahía y se quiebra en picos y montículos con llanuras y cañadas entremedio. Una playa ancha de arena muy blanca recubre la parte interior de la bahía, con un gran palmar de cocoteros al fondo entre los que se ocultan las chozas y que culmina en un tupido y variado bosque de árboles. Estaban halando piraguas y embarcaciones de diversos tamaños a la playa y uno o dos ociosos, con unos cuantos niños y un perro, contemplaban nuestro prao cuando íbamos a anclar.

Cuando bajamos a tierra, lo primero que nos atrajo fue un cobertizo grande y de buena construcción bajo el que estaban construyendo una larga embarcación mientras colocaban otras en diversas etapas de construcción a lo largo de la playa de vez en cuando. Nuestro capitán, que quería dos de tamaño mediano para el comercio entre las islas Aru, comenzó de inmediato a hacer tratos para adquirirlas y en breve dispuso la serie de armas de bronce, gongs, *sarongs*, pañuelos, hachas, láminas de metal blancas, tabaco y arrack que iba a entregar por un par de embarcaciones que terminarían en cuatro días. Después fuimos a la aldea, que consistía únicamente en tres o cuatro chozas, situada inmediatamente encima de la playa en un tramo irregular de rocas a la sombra de cocoteros, palmeras, plátanos y otros árboles frutales. Las casas eran muy toscas, negras y medio deterioradas, y se alzaban a algunos centímetros del suelo sobre postes, con los costados de bambú o de tablones y techos altos de palma. Tenían las puertas pequeñas, no había ventanas y una abertura bajo los gabletes sobresalientes dejaba salir el humo y penetrar algo de luz. Los suelos eran de tiras de bambú, delgadas, resbaladizas y elásticas y tan poco resistentes que se corría el riesgo de hundir los pies a cada paso. Cajas nativas de hoja de pándano y planchas de meollo de palma pulcramente construidas, esteras del mismo material, vasijas y ollas de alfarería nativa y unos cuantos platos y recipientes formaban todo el mobiliario; el interior estaba completamente oscuro y tizado por el humo y era en extremo desalentador.

Acompañado por Alí y Baderoon, traté de emprender alguna exploración y nos siguió una ristra de muchachos deseosos de ver qué íbamos a hacer. El camino más trillado que partía de la playa nos condujo a una cañada umbría con árboles de una altura inmensa y vegetación achaparrada. De las copas de esos árboles llegaba a intervalos un sonido sordo y profundo que al principio nos confundió pero que pronto descubrimos que provenía de unas palomas grandes. Mis muchachos les dispararon y, después de errar el tiro una o dos veces, atinaron a una. Era un ave espléndida de 50 centímetros de largo, de color blanco azulado, con las alas posteriores y la cola verde metálico con reflejos dorados, azules y violeta, las patas rojo coralino y los ojos dorados. Es una especie rara que denominé

Carpophaga concinna y que se encuentra sólo en unas cuantas islas pequeñas en las que, no obstante, abunda. Es la misma especie que en la isla de Banda denominan paloma de nuez moscada, debido a su costumbre de devorar estos frutos desechando la semilla entera e intacta. Pese a tener el pico estrecho, estas palomas tienen mandíbulas y garganta tan extensibles que pueden tragar frutos de gran tamaño. Había cazado antes una especie mucho más pequeña que ésta con unos cuantos frutos de palmera duros y redondos en el buche, cada uno de más de tres centímetros de diámetro.

Un poco más allá la senda se dividía en dos, una que conducía a la playa a través de pantanos de mangles y sagú, y otra que subía hasta las tierras cultivadas. Regresamos y, emprendiendo de nuevo el camino desde la aldea, tratamos de ascender las colinas y penetrar al interior. El sendero era, no obstante, muy difícil. Cuando había tierra era un sedimento de arcilla rojiza que recubría la roca y estaba tan gastado y liso por el roce de pies descalzos que mis zapatos no tenían dónde sujetarse en la superficie en declive. Un poco más allá llegamos a la roca desnuda y fue todavía peor, porque era tan escarpada y quebrada y estaba tan erosionada en forma de celdillas de panal y con ángulos y bordes tan cortantes que mis muchachos, que habían caminado descalzos toda la vida, no podían soportarlo. Les empezaron a sangrar los pies y si no quería que quedasen completamente cojos era prudente regresar. Mis mismos zapatos, bastante delgados, eran de poca protección y pronto hubieran quedado hechos pedazos. Pese a todo, nuestros pequeños guías desnudos se trepaban con la mayor facilidad e indiferencia y parecían asombrados de nuestro afeminamiento al no ser capaces de dar un paseo que para ellos era muy agradable. Durante el resto de nuestra estancia en la isla tuvimos que reducirnos a las proximidades de la playa, a los terrenos cultivados y a los más allanados de la selva en los que se había acumulado un poco de tierra y la roca había estado menos expuesta a la acción atmosférica.

La isla de Kai (pronunciada exactamente como en inglés la letra K [kei] pero que equivocadamente en nuestros mapas está escrita Key o Ki) es larga y angosta, transcurre en dirección norte-sur y consiste casi únicamente en rocas y montañas. Está cubierta por todas partes de exuberantes selvas y en sus bahías y caletas la arena es de una blancura deslumbrante, producto de la descomposición de piedra caliza coralina de la que está totalmente compuesta. En las pequeñas entradas pantanosas de agua y en los valles abundan los árboles de sagú que proporcionan el sustento básico a los nativos, quienes no cultivan el arroz y no tienen casi más productos cultivados que cocoteros, plátanos y camotes. De los cocoteros, que rodean cualquier choza y que prosperan exageradamente en el suelo calizo po-

roso y bajo la influencia de brisas marinas, extraen aceite que venden a buen precio a los comerciantes de Aru, que siempre tocan puerto aquí para abastecerse de este artículo así como para adquirir embarcaciones y alfarería indígena. Cuencos de madera, cazuelas y charolas son una artesanía muy común del lugar, labrados en resistentes bloques de madera con cuchillos y azuela, y se envían a todas las Molucas. Pero el arte en que sobresalen los nativos de Kai notablemente es en la construcción de embarcaciones. Sus selvas les proporcionan abundancia de buena madera, aunque es probable que no tanta como en muchas otras islas, y por alguna causa remota estos salvajes se han destacado en lo que parece ser un arte muy difícil. Sus pequeñas piraguas tienen una hermosa forma, anchas y bajas en el centro y elevándose a cada uno de los extremos, en donde terminan en picos de punta alta más o menos labrados y adornados con un penacho de plumas. No están hechas de un tronco vaciado sino construidas regularmente con tablones que van de un extremo al otro y ajustados con tal precisión que muchas veces es difícil encontrar un lugar en el que se pueda insertar la hoja de un cuchillo entre las junturas. Las más grandes tienen de 20 a 30 toneladas de carga y están terminadas para hacerse a la mar sin un solo clavo o partícula de metal y sin más herramientas que hacha, azuela y barrena. Estos navíos tienen un porte muy elegante y son buenos veleros y embarcaciones marítimas admirables en las que se pueden realizar largas travesías con plena seguridad y cruzar todo el archipiélago desde Nueva Guinea hasta Singapur por mares que, como todo el que haya navegado bastante por ellos puede atestiguar, no son tan tranquilos ni están tan libres de tempestades como los viajeros gustan de describir en sus pintorescos relatos.

Las selvas de Kai producen madera excelente, alta, recta y duradera de diversas calidades, algunas de las cuales se dice que son superiores a la mejor teca de la India. Para hacer un par de tablones de los que se utilizan en la construcción de embarcaciones grandes se consume todo un árbol. Lo derriban, con frecuencia a kilómetros de distancia de la costa, lo cortan a la longitud adecuada y después lo tallan longitudinalmente en dos partes iguales. Cada una de ellas constituye una plancha cortándola con el hacha hasta que tiene un grosor uniforme de ocho o 10 centímetros, dejando primero a cada extremo un bloque resistente para impedir que se astille. A lo largo del centro de cada plancha dejan una serie de pedazos salientes que sobresalen unos ocho o 10 centímetros, y tienen aproximadamente el mismo ancho y 30 centímetros de largo; son de gran importancia en la construcción del navío. Cuando se ha tallado un número suficiente de planchas, las arrastran laboriosamente a través de la selva, tres o cuatro hombres cada una, hasta la playa en donde se construye la embarcación. Primero se coloca sobre

bloques una pieza fundamental, ancha en la parte de en medio y que se eleva bastante a cada extremo y se apuntala adecuadamente. Los bordes de la pieza son labrados con precisión hasta que quedan lisos con la azuela y después sostienen con firmeza una plancha, con la forma curva adecuada y afilada a los extremos, apoyándola en la pieza central, mientras trazan una línea a lo largo que les permite cortarla a fin de que ajuste perfectamente. Después taladran una serie de agujeros de barrena del largo de un dedo en los bordes opuestos, donde se encajan estacas de madera muy resistente, de modo que las dos planchas de madera quedan firmemente unidas y lo más pegadas posible; por muy difícil que parezca de hacer sin más ayuda que la tosca habilidad práctica para dar forma a cada uno de los bordes hasta que correspondan verdaderamente las curvas, y taladrar los agujeros con tanta precisión que encajen ambos en posición y dirección, lo hacen tan bien que el mejor carpintero de barcos europeo no podría elaborar juntas tan firmes y ajustadas. La construcción del barco prosigue de este modo ajustando tablón a tablón hasta alcanzar la altura y el ancho adecuados. Después colocan un forro, sostenido únicamente por las estacas de madera resistente que conectan los bordes de las planchas, muy fuerte y elástico pero que no dispone más que de la adhesión a esas estacas para impedir que las planchas de madera se entreabran. Finalmente, en las embarcaciones más pequeñas instalan asientos y, en las grandes, vigas de un lado a otro. Las insertan en las ligeras ranuras que han cortado para encajarlas y las afirman a los pedazos de madera que sobresalen del tablón inferior mediante un fuerte cabo de ratán. De pedazos de tosca madera escogidos y labrados para que encajen exactamente en los salientes de cada tablón hacen cuadernas y las colocan en las pequeñas ranuras que hacen para sostenerlas, y después las amarran con ratán, que pasan a través de un agujero que hacen en cada pieza saliente cerca de la superficie del tablón. Reúnen los extremos de las cuadernas en los postes verticales de proa y popa y después los amarran con estacas y ratán, y de este modo la embarcación queda terminada; aparejada con timones, mástiles y cobertizo de palma, está lista para batallar contra las olas. Una detenida reflexión sobre el principio de este modo de construir y concediendo al ratán las cualidades de resistencia y amarre de las cuales goza (que en estos aspectos parece más bien alambre que cuerda) me lleva a creer que un navío construido con cuidado de este modo es de hecho más fuerte y seguro que otro ajustado del modo común con clavos.

Durante nuestra estancia en el lugar estuvimos todos muy ocupados. Nuestro capitán supervisaba todos los días el acabado de sus dos pequeños praos. Durante todo el día llegaban embarcaciones con pescado, cocos, papagayos y loros,

vasijas de barro, hojas de *sirih*, cuencos de madera y charolas, etc., etc., que cada uno de los habitantes de nuestro prao parecía comprar por su propia cuenta hasta que todo el espacio disponible y el menos disponible de nuestro navío estuvieron repletos de estos artículos misceláneos; porque todo hombre a bordo de un prao se considera libre de comerciar y llevar consigo todo lo que se pueda permitir comprar.

El dinero es desconocido aquí y carece de valor; cuchillos, paños y arrack constituyen el único medio de intercambio, junto con el tabaco, por pequeñas monedas. Toda transacción es objeto de un trato especial y causa de un gran intercambio de palabras. Es absolutamente necesario ofrecer muy poco, pues los nativos nunca están satisfechos hasta que uno añade algo más. Quedan así mucho más complacidos que si uno les hubiera dado el doble desde el comienzo y se hubiera negado a aumentar la cantidad.

También yo estaba haciendo un pequeño negocio después de convencer a algunos de los nativos de que me recolectaran insectos; cuando se dieron cuenta de que les daba tabaco muy aromático por despreciables escarabajos negros y verdes tuve veintenas de visitantes, hombres, mujeres y niños que me traían bambúes llenos de creaturas trepadoras que, desafortunadamente, con demasiada frecuencia se habían ya comido unas a otras y quedado reducidas a fragmentos en el tedio de un día de encierro. De un escarabajo enorme y nuevo, resplandeciente de tonos rubí y esmeralda, obtuve una gran cantidad después de haber detectado uno de sus caparazones de ala en la decoración exterior de una faltriquera de tabaco en un nativo. Era una especie bastante nueva y no se había encontrado en ningún otro lugar más que en esta pequeña isla. Pertenece a los Buprestidae y ha sido denominado *Cyphogastra calepyga*.

Cada mañana, después de un temprano desayuno, penetraba solo en la selva, donde me deleitaba capturando las grandes y bellas mariposas, bastante copiosas, y la mayoría nuevas para mí. Porque me encontraba en los confines de las Molucas y Nueva Guinea, región cuyos productos se contaban entre los más valiosos y raros en las vitrinas de Europa. Allí mis ojos se festejaron por primera vez con espléndidos loros escarlata al vuelo, así como en la contemplación de la mariposa más imperial, la *priamus* de los coleccionistas, o una especie muy afín, pero de vuelo tan alto que no pude cazar ni un solo espécimen. Me trajeron una en un bambú, encajonada con un montón de escarabajos y por tanto hecha pedazos. El principal inconveniente del lugar para un coleccionista es la ausencia de buenas sendas y la naturaleza terriblemente escarpada de su superficie que exige que se preste continua atención para pisar en un lugar seguro, lo cual hace muy difícil

capturar criaturas aladas y activas que pasan junto a uno y quedan fuera del alcance mientras se está ocupado en procurar que el siguiente paso no lo hunda a uno en una barranca o en un precipicio. Otra desventaja es que no hay arroyuelos, pues la roca es tan porosa que el agua de la superficie penetra por sus fisuras en todas partes; al menos ésa es la naturaleza de la región que visité, donde la única agua eran pequeños manantiales que chorreaban cerca de la orilla del mar.

En las selvas de Kai abundan las liliáceas y las pandanáceas arbóreas que caracterizan a su vegetación en los lugares más rocosos y expuestos. Las flores escaseaban y no había muchas orquídeas, pero observé la excelente orquídea mariposa blanca, *Phalaenopsis grandiflora*, o una especie muy afín. La frescura y el verdor de la vegetación eran muy placenteros, y sobre una superficie tan árida y rocosa eran claro indicio de un clima perpetuamente húmedo. Troncos altos y desnudos, muchos de ellos apuntalados, y árboles inmensos de la familia de la higuera con raíces aéreas que se extendían, entrelazaban y entretejían desde 15 hasta 30 metros del suelo, eran rasgos característicos; había una ausencia de matorrales espinosos y de ratanes con púas que hubiera hecho de estos parajes un lugar muy agradable para merodear si no hubiera sido por las afiladas rocas en forma de panal a las que ya he aludido. En los lugares pantanosos había una bella vegetación secundaria de plantas herbáceas de hoja ancha en la que merodeaban enjambres de pequeños lagartos verdes con colas del “azul más celestial”, retorciéndose al entrar y salir entre las cepas y el follaje con tanta impetuosidad que muchas veces sólo podía ver las colas, que me estremecieron por su gran parecido con pequeñas serpientes. Casi los únicos sonidos en estos bosques primaverales proceden de dos aves: los loros rojos, que emiten penetrantes chillidos como la mayoría de la tribu de los papagayos, y la gran paloma de nuez moscada color verde, cuyo canto es un sonido sordo y alto, como dos notas golpeadas en un gong de gran tamaño, o a veces un graznido bronco como de sapo, igualmente particular y extraordinario. Los nativos dicen que sólo dos cuadrúpedos habitan la isla, un cerdo salvaje y un cuscús o zorra mochilera oriental, de ninguno de los cuales obtuve ejemplares.

Los insectos abundaban más y eran interesantes. Cací 35 especies de mariposas, la mayoría nuevas para mí y muchas bastante desconocidas en las colecciones europeas. Entre ellas estaba la bella *Papilio euchenor* amarilla y negra, de la que se han capturado muy pocos ejemplares, y otras bellas mariposas de gran tamaño, así como algunos hermosos y pequeños “azules” y algunas palomillas brillantes de vuelo diurno. La tribu de los escarabajos era menos copiosa y aun así obtuve algunas especies bellas y raras. Sobre las hojas de un esbelto matorral en

un viejo claro de selva encontré varios escarabajos azules y negros del género *Eupholus*, que rivalizan en belleza con los escarabajos diamante de Sudamérica. Algunos cocoteros en flor sobre la playa eran frecuentados por un bello escarabajo floral de color verde (*Lomaptera papua*), que cuando se sacudían las flores volaba como un pequeño enjambre de abejas. Conseguí que un miembro de la tripulación trepara al árbol y me bajara una buena cantidad en la mano; al ver que eran valiosos, le pedí que subiera de nuevo con mi red y que sacudiera las flores en ella para garantizarme así una gran cantidad. Sin embargo, mi mejor captura fue el espléndido insecto de la familia Buprestidae que ya he mencionado y que obtuve de los nativos, quienes me dijeron que lo habían encontrado en árboles en descomposición en las montañas.

En la propia selva los únicos coleópteros comunes y llamativos eran dos escarabajos tigre. Uno, *Therates labiata*, era mucho más grande que nuestro escarabajo tigre verde, de color negro purpúreo, con barnices verde metálico y el ancho labio superior amarillo vívido. Se encontraba siempre sobre el follaje de plantas herbáceas de hoja ancha y en lugares húmedos y umbríos; emprendía vuelos cortos y frecuentes de hoja en hoja y mantenía una actitud de alerta como si siempre estuviera acechando una presa. Se podía estar seguro de su proximidad, muchas veces antes de verlo, por un aroma muy agradable como de rosas que al parecer emite continuamente y es probable que con él atraiga a los pequeños insectos de los que se alimenta. El otro, *Tricondyla aptera*, es una de las formas más curiosas de la familia de los Cicindelidae y está casi exclusivamente recluso en las islas malayas. Se parece en la forma a una hormiga muy grande, con más de tres centímetros de largo, y es de color negro violáceo. Lo mismo que una hormiga, carece también de alas y generalmente se encuentra subiendo árboles, cuyos troncos rodea en espiral cuando alguien se acerca para evadirse, de modo que se requiere una carrera repentina y dedos ágiles para conseguir un ejemplar. Esta especie emite el habitual olor fétido de los escarabajos de tierra. Mis colecciones durante nuestros cuatro días de estancia en Kai consistieron en lo siguiente: aves, 13 especies; insectos, 194 especies, y tres tipos de conchas de tierra.

Dos clases de gentes habitan estas islas: los indígenas, con los rasgos papúas fuertemente acentuados y que son paganos, y una raza mixta, nominalmente mahometanos, vestidos con ropas de algodón, mientras que los primeros utilizan sólo un paño de algodón o corteza. Se dice que estos mahometanos fueron expulsados de Banda por los primeros colonizadores europeos. Eran probablemente de raza morena, más parecidos a los malayos, y sus descendientes mestizos muestran grandes variaciones de color, cabello y facciones que abarcan la gama desde

el tipo malayo hasta el papúa. Es interesante observar la influencia del comercio de los primeros portugueses con estas tierras en algunas palabras de su idioma que todavía siguen en uso, incluso entre estos isleños remotos y salvajes. *Lenco* para pañuelo y *faca* para cuchillo son términos que se utilizan aquí en vez de los malayos. Los portugueses y españoles fueron conquistadores y colonizadores verdaderamente extraordinarios. Efectuaron cambios más rápidos en los territorios que conquistaron que cualquier otra nación de la época moderna, asemejándose a los romanos en su capacidad para imprimir su idioma, religión y costumbres propias en tribus bárbaras y rudas.

El sorprendente contraste de carácter entre estos pueblos y los malayos se puede ejemplificar en muchos pequeños rasgos. Un día, cuando estaba paseándome en la selva, un anciano se detuvo para observar cómo capturaba un insecto. Permaneció de pie muy callado hasta que lo fijé con alfileres y guardé en mi caja de colecciones, y entonces, sin poderse contener más, se doblaba de risa disfrutando del espectáculo. Cualquiera reconocería en ello un verdadero rasgo negro. Un malayo se hubiera quedado mirando fijamente y hubiera preguntado en tono de desconcierto qué estaba haciendo porque hay muy poco en su naturaleza que lo predisponga a la risa y nunca ríe de buena gana, todavía menos de un extranjero o en su presencia, para quien, no obstante, sus miradas de soslayo o sus susurros de reprobación son menos agradables que una expresión de júbilo más bulliciosa. Las mujeres del lugar no se asustaban tanto de los forasteros ni se mantenían tan reclusas como entre las razas malayas; los niños eran más alegres y tenían la “sonrisa negroide”, mientras que la bulliciosa confusión de lenguas entre los hombres y su excitación en acontecimientos muy comunes están completamente alejados del carácter general taciturno y reservado de los malayos.

El idioma de la población de Kai consiste en palabras de una, dos o tres sílabas en proporciones iguales y tiene muchos sonidos aspirados y pocos guturales. Entre las diferentes aldeas hay ligeras diferencias de dialecto pero se pueden entender unos a otros y, a excepción de palabras que han sido evidentemente introducidas en el transcurso de un prolongado y continuo intercambio comercial, no parecen tener ninguna afinidad con las lenguas malayas.

6 de enero. Una vez terminadas las pequeñas embarcaciones, zarpamos rumbo a Aru a las cuatro de la tarde; al dejar las costas de Kai pudimos contemplar una espléndida vista de sus escarpadas montañas. Hileras de colinas de 900 y 1 200 metros de altura que se extendían hacia el sur hasta donde podía alcanzar la vista, todas cubiertas por una selva alta, tupida y sin fisuras. Tuvimos vientos muy ligeros y nos tomó por tanto 30 horas llevar a cabo la travesía de 100 kilómetros a

las islas Aru, bajas y llanas pero igualmente cubiertas de vegetación, en las que anclamos en el puerto de Dobbo a las nueve de la noche del día siguiente.

Cuando terminé mi primera travesía en un prao satisfactoriamente, sentí el deber de dejar testimonio de los méritos de esta peculiar embarcación del viejo mundo antes de alejarme de ella por unos meses. Dejando de lado cualquier idea de peligro, que probablemente no es mayor que en cualquier otra embarcación después de todo, debo manifestar que nunca, antes ni después, hice una travesía de veinte días tan placentera o, tal vez, expresado con más precisión, con tan pocas incomodidades. Esto lo atribuyo principalmente a que tuve mi pequeño camarote en cubierta y sólo para mí, mis criados a mi total disposición, y a la ausencia de todos esos olores marinos de pintura, brea, sebo y jarcias nuevas que me son insoportables. Hay que atribuir también algo a la libertad de toda vestimenta, de horas de comida y demás, y a la cortesía y amable disposición del capitán. Había acordado comer con él pero siempre que así lo deseaba lo hacía en mi propio camarote y a las horas en que se me antojaba. La tripulación era cortés y de buen carácter; con muy poca disciplina, todo fue sobre ruedas y la embarcación se mantenía limpia y en bastante buen orden, de modo que en conjunto me encantó el viaje y me siento inclinado a calificar las comodidades de un prao semibárbaro de mayores que las del más espléndido vapor de hélice, ese excelso producto de nuestra civilización.

XXXVI. LAS ISLAS ARU

Estancia en Dobbo

(Enero a marzo, 1857)

EL DÍA 8 de enero de 1857 desembarqué en Dobbo, colonia comercial de los bugis y chinos que anualmente visitan las islas Aru. Dobbo está situada en la pequeña isla de Wamma sobre una lengua de arena que se proyecta hacia el norte y con la anchura suficiente para contener sólo tres hileras de casas. Aunque a primera vista es un lugar de lo más raro y desolado como para construir una población en él, tiene muchas ventajas. Hay una entrada sin obstáculos por el oeste entre los arrecifes de coral que bordean la costa, y es un buen fondeadero para las embarcaciones tanto de un lado de la aldea como del otro y en la temporada de ambos monzones, el del este y el del oeste. Como está a merced de las brisas marinas en tres direcciones, es un lugar sano y la playa de arena suave ofrece grandes facilidades para halar los praos playa arriba, ponerlos a salvo de los gusanos de mar y prepararlos para el viaje de regreso. En el extremo meridional, el banco de arena se fusiona con la playa de la isla, con una selva alta y exuberante al fondo. Las casas son de diversos tamaños pero todas construidas según el mismo modelo, a saber, meros cobertizos grandes de palma, con una pequeña parte próxima a la entrada que se usa como vivienda. El resto está separado y muchas veces dividido en uno o dos niveles para almacenar mejor las mercancías y los productos nativos.

Como habíamos llegado recién comenzada la temporada, la mayoría de las casas estaban vacías y el lugar tenía un aspecto muy desolador; el conjunto de habitantes que nos recibió a nuestro desembarco sumaba aproximadamente media docena de bugis y chinos. Nuestro capitán, herr Warzbergen, me había prometido conseguirme una casa pero hubo dificultades imprevistas. Una que estaba para rentar no tenía techo y el propietario, que la estaba construyendo para especular, no podía comprometerse a terminarlo antes de un mes. Otra, cuyo propietario había muerto y de la que hubiera podido tomar posesión indiscutible como el primero en llegar, exigía bastantes reparaciones y no pudimos encontrar a nadie que hiciera el trabajo a pesar de haber ofrecido cuatro veces el precio. Por tanto, el capitán me recomendó tomar posesión de una casa buena y muy linda

cerca de la suya cuyo propietario iba a estar ausente varias semanas; y como yo estaba deseoso de vivir en tierra, hice que la vaciaran de inmediato y en la tarde ya tenía todas mis cosas colocadas y estaba completamente instalado como habitante de Dobbo. Había llevado conmigo una silla de caña y unos cuantos tablones ligeros que pronto quedaron convertidos en mesa y estantes. Una amplia banca de bambú hacía las veces de sofá y catre, mis cajas fueron convenientemente ordenadas, las esteras extendidas en el suelo, abrieron una ventana en la pared de hoja de palma para iluminar la mesa y, aunque el lugar era tan precario y umbrío como un cobertizo, me sentí tan contento como si hubiera conseguido una mansión bien amueblada y esperaba con anhelo residir un mes en ella bastante satisfecho.

A la mañana siguiente, después de un temprano desayuno emprendí la exploración de las selvas vírgenes de Aru, deseoso de descansar mi mente y dejar de elucubrar respecto a los tesoros que probablemente contendrían y al probable éxito de una expedición tan largamente acariciada. Un diablillo nativo era nuestro guía, seducido por el regalo de un cuchillo alemán de no más de tres peniques de valor; mi muchacho de Macasar, Baderoon, llevaba machete para abrirnos camino si era necesario.

Tuvimos que caminar unos 800 metros por la playa, pues el terreno más allá de la aldea era bastante pantanoso, y después nos desviamos para introducirnos en la selva por una senda que conduce a la aldea nativa de Wamma, a cerca de cinco kilómetros de distancia y del otro lado de la isla. La senda era angosta y poco utilizada, a menudo pantanosa y obstruida por árboles caídos, así que al cabo de dos kilómetros la perdimos, nuestro guía se dio vuelta y tuvimos que seguir su ejemplo. Pero entretanto yo no había permanecido ocioso y mis capturas de aquel día determinaron el éxito de mi viaje desde un punto de vista entomológico. Había cazado unas treinta especies de mariposas, más de las que había cazado en un día desde que abandoné las prolíficas riberas del Amazonas, y entre ellas había muchos insectos poco comunes y bellos, conocidos hasta entonces sólo por unos cuantos especímenes de Nueva Guinea. La gran y hermosa mariposa-espectro, *Hestia d'urvillei*; la mariposa pavorreal de alas pálidas, *Drusilla catops*; y la brillante y maravillosa mariposa nocturna de alas transparentes *Cocytia d'urvillei*, especialmente interesante, así como varios pequeños “azules” comparables en brillo y belleza a cualquiera de los productos del mundo de las mariposas. En otro grupo de insectos no tuve tanto éxito, pero no era de sorprender en un mero paseo de exploración cuando sólo lo más llamativo y nuevo atrae la atención. Varios escarabajos hermosos, una espléndida “chinche” y unas cuantas conchas de tierra

fueron lo obtenido y regresé satisfecho por la tarde después de mi primera prueba en la tierra prometida.

Los dos días siguientes fueron tan húmedos y ventosos que no pude salir; pero al tercero, el sol salió en todo su esplendor y tuve la fortuna de capturar uno de los insectos más magníficos que contiene el mundo, la gran mariposa de alas de pájaro, *Ornithoptera poseidon*. Temblaba de emoción cuando la vi llegar majestuosa hacia mí y no pude dar crédito a que no había errado el golpe hasta que la saqué de la red y me quedé contemplando, embargado de admiración, el negro aterciopelado y el verde brillante de sus alas, de casi 20 centímetros de uno a otro extremo, su cuerpo dorado y su pecho púrpura. Ciertamente es que había visto insectos similares en vitrinas en Inglaterra pero es algo muy diferente cazar uno personalmente, sentirlo batallar entre los dedos y contemplar su viva y fresca belleza, joya reluciente en medio de la penumbra silenciosa de una oscura e intrincada selva. La aldea de Dobbo albergaba aquella noche por lo menos a un hombre satisfecho.

26 de enero. Después de haber pasado quince días aquí he empezado a entender un poco el lugar y sus particularidades. Llegan continuamente praos y la población mercantil crece casi cada día. Cada dos o tres, se abre una casa y se hacen las reparaciones necesarias. Llegan hombres de todas direcciones acarreando palos, bambúes, ratanes y hojas de la palma de nipa para construir o reparar las paredes, techos, puertas y contraventanas de sus casas, lo cual hacen con gran rapidez. Algunos de los recién llegados eran hombres de Macasar o bugis pero con mayor frecuencia de la isla de Goram, en el extremo oriental de Ceram, cuyos habitantes son los pequeños comerciantes del Extremo Oriente. Después llegaron los nativos de Aru procedentes del otro lado de las islas (llamado aquí *blakang tana* o parte posterior del país) con los productos que han recolectado en los seis meses precedentes y que venden ahora a los comerciantes, con algunos de los cuales es muy probable que estén en deuda. Casi todos o, sin temor a equivocarme, podría decir que todos los recién llegados vienen a visitarme para ver con sus propios ojos el insólito fenómeno de una persona que ha llegado a residir en Dobbo sin afán de comerciar. Tienen sus propias ideas sobre el uso al que pueden ser destinados los pájaros disecados, escarabajos y conchas que no son las adecuadas, es decir, la madreperla. Me traen todos los días conchas de caracoles muertos y rotas como las que puedo recoger a centenares en la playa y parecen muy confundidos y desconcertados cuando se las rechazo. No obstante, cuando hay conchas de caracol en la cantidad que me ofrecen, las acepto y les pido más, principio de selección tan profundamente incomprensible para ellos, que claudi-

can desesperados o resuelven el problema atribuyendo una oculta virtud médica a las que me ven conservar cuidadosamente.

Estos comerciantes son todos de raza malaya o mestizos cuyo ingrediente principal es el malayo, con excepción de algunos chinos. Por otra parte, los nativos de Aru son papúas, de piel negra o morena tiznada, cabello crespo o rizado, nariz prominente y gruesa y extremidades bastantes finas. La mayoría visten únicamente un paño en la cintura y se puede ver a algunos caminando por las calles medio abandonadas de Dobbo ofreciendo durante todo el día su pequeña porción de mercancías para vender.

Como vivo en una casa perteneciente a un comerciante, me vienen a traer todo tipo de mercancías como a los demás: fardos de *tripang* ahumado o *bêche-de-mer*, que parecen salchichas enrolladas en lodo y puestas después en la chimenea; aletas de tiburón secas, conchas de madreperla, así como aves del paraíso que, desafortunadamente, están tan sucias y mal conservadas que hasta ahora no he encontrado ejemplares que valga la pena comprar. Cuando apenas me fijo en los artículos y no les hago ninguna oferta, parecen no creerlo y, como si temieran no haberme entendido bien, me los ofrecen de nuevo y me proponen lo que quieren a cambio: cuchillos, tabaco, sagú o pañuelos. Entonces me tengo que dedicar a explicarles, a través de algún intérprete que haya a la mano, que ni el *tripang* ni las conchas de ostra tienen ningún encanto para mí y que me niego a especular incluso por caparazones de tortuga, pero que compraría cualquier cosa comestible, pescado, tortuga o verduras de cualquier tipo. Pero casi el único alimento que podemos obtener con regularidad es el pescado y caracoles de mar de muy buena calidad, y para abastecer nuestras necesidades cotidianas es absolutamente necesario disponer siempre de cuatro artículos —tabaco, cuchillos, tortillas de sagú y monedas de cobre holandesas—, porque cuando piden alguna de estas cuatro cosas y *si* no se dispone de ellas el pescado pasa a la casa contigua y podemos quedarnos sin comida ese día. Las canastas y cubetas que utilizan aquí son muy curiosas. Traen las conchas de mar en grandes caracoles helicoidales, probablemente el *Cymbium ducale*, mientras que conchas de escafandra gigantesca, una especie de *Cassis*, colgadas de un asa de ratán constituyen las vasijas en las que acarrean a diario el agua dulce por delante de mi casa. Para un naturalista es doloroso ver estas espléndidas conchas con las espirales interiores rotas despiadadamente para adaptarlas a ese innoble uso.

Mis colecciones fueron creciendo lentamente debido al imprevisto mal tiempo, vientos violentos con fuertes aguaceros tan ininterrumpidamente que sólo tuve cuatro días buenos para recolectar de los primeros 16 que estuve en el lugar.

Ahora bien, había recogido ya lo suficiente para darme cuenta de que con tiempo y buen clima podía esperar conseguir algo bueno. De los nativos obtuve insectos excelentes y unas cuantas y bellas conchas de tierra; y del pequeño número de aves cazadas hasta el momento, más de la mitad eran especies conocidas de Nueva Guinea y por tanto muy poco comunes en las colecciones europeas, en tanto que el resto eran probablemente nuevas. En cierto aspecto mis esperanzas parecían destinadas a quedar decepcionadas. Había anticipado el placer de verme preparando bellos ejemplares de aves del paraíso, pero acababa de enterarme de que durante toda esta temporada permanecen sin plumaje y no es hasta septiembre y octubre cuando tienen sus largas plumas sedosas de color amarillo en plena perfección. Como en julio regresaban todos los praos, no me sería posible permanecer esa estación en Aru sin tener que quedarme un año entero, lo cual quedaba descartado. Me informaron, no obstante, que las especies pequeñas y rojas, el ave real del paraíso, conservan su plumaje en todas las estaciones y podía tener esperanza de conseguir algún ejemplar.

A medida que me fui familiarizando con el escenario selvático de la isla, percibí que posee algunas características que lo distinguen del de Borneo y Malaca a la vez que, algo muy singular e interesante, me recordaba las impresiones casi olvidadas de las selvas de América ecuatorial. Por ejemplo, las palmeras eran mucho más abundantes de lo que yo había visto en general en el Oriente y más mezcladas con otra vegetación, de más variación en formas y aspecto y con algunas especies altas y majestuosas de tallo liso y hojas pinadas que recuerdan a la *Uauassú* (*Attalea speciosa*) del Amazonas pero que hasta entonces casi no había visto en las islas malayas.

En el mundo animal, el inmenso número y la variedad de arañas y de lagartos eran circunstancias que recordaban a las prolíficas regiones de Sudamérica y, más especialmente, la abundancia y los variados colores de las pequeñas arañas saltadoras que abundan en flores y follaje y que suelen ser joyas por su belleza. Las especies tejedoras también eran más numerosas de lo que había visto hasta entonces y eran una gran molestia porque extendían sus telas de un lado a otro de los caminos justo a la altura de la cara; los hilos que componen las telas son tan fuertes y pegajosos que es un gran problema deshacerse de ellos. Además, sus habitantes, grandes monstruos con manchas amarillas, cuerpos de cinco centímetros de largo y patas en proporción, no son cosas muy agradables con las que toparse en la nariz cuando se está a la caza de alguna hermosa mariposa o mirando hacia arriba en busca de algún pájaro de extraño canto. Pronto me di cuenta de que era necesario no sólo eliminar la tela de araña sino también destruir al animal,

ya que al principio, después de haber limpiado la senda un día, a la mañana siguiente encontré que los industriosos insectos habían extendido de nuevo sus telas exactamente en los mismos lugares.

Los lagartos eran igualmente asombrosos por su número, su variedad y las situaciones en las que se encontraban. No estaba la hermosa especie de cola azul que tanto abundaba en Kai. Los lagartos de Aru son más variados pero más apagados de color, y los tonos de verde, gris, café e incluso negro son los más frecuentes. Cada arbusto y cada planta herbácea estaban llenos de ellos; cada tronco podrido o rama seca servía de guarida a algunos de esos activos y pequeños insectos cazadores, los cuales, me temo, para satisfacer su gran apetito destruyen muchas joyas del mundo de los insectos que agasajarían la vista y serían la delicia del corazón de nuestros entomólogos más selectivos. Otro rasgo curioso de la jungla del lugar era el sinnúmero de conchas de mar que se encontraban por todas partes, en el suelo y en lo alto de las ramas y el follaje, todas habitadas por cangrejos ermitaños que abandonan la playa para habitar en la selva. Y, efectivamente, vi una araña que llevaba una concha de buen tamaño y devoraba a su (probablemente joven) inquilino. Sobre la playa, por la que tenía que caminar todas las mañanas para llegar hasta la selva, esas criaturas pululaban por centenares. Se apropiaban de todas las conchas muertas, desde la más grande hasta la más diminuta. Formaban pequeñas agrupaciones sociales de 10 o 20 en torno a pedazos de palos o algas de mar, pero se dispersaban apresuradamente cuando oían acercarse pasos. Después de una noche de viento, esa criatura de aspecto desagradable, la babosa de mar, delicioso manjar para los chinos, era arrojada a la playa, que en esas ocasiones estaba salpicada de algunas de las conchas más bellas que engalanan nuestras vitrinas, de fragmentos y masas de coral y esponjas raras de las que recogí más de 20 de diferentes clases. En muchos casos, las esponjas y el coral son tan parecidos que sólo al tocarlos se puede distinguirlos. El mar también arroja grandes cantidades de algas, pero, por muy extraño que parezca, éstas son mucho menos bellas y variadas que las que se pueden encontrar en cualquier parte propicia de nuestras costas.

Aquí los nativos, hasta los que parecen de pura raza papúa, son mucho más reservados y taciturnos que los de Kai. Esto se debe probablemente a que sólo los vi entre forasteros en pequeñas reuniones. Al salvaje hay que verlo en su casa para saber cómo es en realidad. Pero incluso aquí el carácter papúa a veces estalla. Muchachitos que cantan alegremente cuando caminan o se hablan en voz alta a sí mismos (una característica propia de la raza negra); por mucho que lo intenten, los hombres no pueden ocultar sus emociones a la manera malaya. Un día

había unos cuantos nativos en mi casa y, por el capricho de probar qué tipo de *tripang* sería el que traían, compré un par, pagándoles con una cantidad tan extravagante de tabaco que el vendedor vio que yo era un cliente inexperto. No obstante, no pudo ocultar su deleite y, mientras olía la fragante hierba y mostraba el gran puñado a sus compañeros, se sonreía y retorció y emitía risotadas ahogadas en una pantomima sumamente expresiva. Antes había cometido muchas veces el mismo error al pagarle a un malayo por alguna bagatela. Pero en ningún caso podían verse señales de placer en el rostro sino más bien una torpe y estúpida vacilación para manifestar su sorpresa, que sería exactamente la misma si le hubiera pagado insuficientemente. Estos pequeños rasgos morales son de gran interés cuando se relacionan con las facciones físicas. No admiten la misma explicación fácil por las causas exteriores que se aplica con tanta frecuencia a estas últimas. Los autores que escriben sobre razas humanas muchas veces tienen que confiar en la información de viajeros que pasan rápidamente de un país a otro y que por tanto tienen pocas oportunidades de familiarizarse con las particularidades del carácter nacional o hasta de confirmar cuál es la conformación física promedio de la población. Estos viajeros son muy propensos a engañarse en lugares donde se han ido mezclando dos razas desde hace tiempo y observan las formas intermedias y las costumbres mestizas como pruebas de una transición natural de una raza a otra, en vez de considerarlas una mezcla artificial de dos poblaciones diferentes; es mucho más fácil que cometan este error cuando, como en el caso actual, los autores del tema han desarrollado la costumbre de clasificar a estas razas como meras variedades de un solo tronco, tan estrechamente relacionadas con la conformación física como podría suponerse por su proximidad geográfica. Por lo que he visto hasta ahora, la raza malaya y la papúa parecen tan separadas como cualesquiera otras dos razas humanas existentes y se pueden distinguir por sus características físicas, mentales y morales, todas ellas muy acen tuadas y sorprendentes.

5 de febrero. Aproveché un día calmado y bueno para visitar la isla de Wokan, aproximadamente a dos kilómetros de distancia, que forma parte del *tanna busar* o tierra continental de Aru. Se trata de una gran isla que se extiende unos 150 kilómetros de norte a sur pero tan baja de altura en muchas partes que las corrientes formadas por la marea creciente la atraviesan de un lado a otro y permiten el paso de embarcaciones de buen tamaño. En el lado oeste, donde estamos nosotros, hay sólo unas cuantas islas alejadas, de las que la principal es la nuestra (Wamma), pero en la costa oriental hay muchas islas que se extienden algunos kilómetros después de la tierra continental y forman el *blakang tana* o territorio

posterior de los comerciantes y son el principal asiento para la pesca de madreperla, *tripang* y caparazones de tortuga. En la parte continental están confinadas muchas de las aves y animales del territorio; las aves del paraíso, la cacatúa negra, el gran guajolote de penacho y el casuario, ninguno de los cuales se encuentra en Wamma ni en ninguna de las islas aparte. En esta excursión no esperaba observar ninguna diferencia notable en la selva o en sus productos y fui agradablemente sorprendido. Sobre la playa caían grandes ramas de árboles cargados con orquídeas, helechos y otras plantas epífitas. En la selva había todavía más variedad. Algunas partes estaban secas y con árboles bajos mientras que en otras había algunas de las más hermosas palmeras que he visto, de tallo perfectamente recto, liso y esbelto de unos 30 metros de altura y una corona de elegantes hojas colgantes. Pero la mayor novedad y el rasgo más sorprendente a mis ojos fueron los helechos árbol, que, después de siete años pasados en los trópicos, veía finalmente en su perfección por primera vez. Hasta entonces sólo había encontrado especies gráciles de no más de tres y medio metros de altura y que no proporcionaban la más leve idea de la suprema belleza de los árboles con elegantes cabezas de frondas de hasta 10 metros al aire como los que había esparcidos en abundancia en esta selva. No hay nada en la vegetación tropical de belleza tan perfecta.

Mis muchachos cazaron cinco clases de aves, ninguna de las cuales habíamos conseguido durante un mes de cacería en Wamma. Dos eran papamoscas muy bonitos, ya conocidos por Nueva Guinea; uno de ellos (*Monarcha chrysomela*) negro brillante y de colores anaranjados vivos, es considerado por algunos autores el más hermoso de todos los papamoscas; el otro es blanco puro y negro aterciopelado, con un amplio cerco carnoso alrededor de los ojos, de color azul celeste; se llama papamoscas de anteojos (*Monarcha telescopthalma*) y lo encontraron por primera vez en Nueva Guinea junto con el otro los naturalistas franceses del barco de descubrimiento *Coquille*.

18 de febrero. Antes de abandonar Macasar escribí al gobernador de Amboina pidiéndole que me ayudara con los jefes nativos de Aru. Ahora, una embarcación que había llegado de Amboina me traía una respuesta muy cortés informándome que se habían dado órdenes de que se me ofreciera cualquier ayuda que pudiera requerir. Ya me estaba congratulando de poder conseguir una embarcación y hombres para ir a la tierra continental y explorar el interior cuando un contratiempo repentino tuvo lugar en forma de una incursión piratesca. Llegó un pequeño prao que había sido atacado por piratas y que llevaba un hombre herido. Se decía que los piratas tenían cinco barcos pero era posible que hubiera

más, y los comerciantes estaban consternados y temían que las pequeñas embarcaciones que habían enviado a comerciar al *blakang tana* fueran saqueadas. Los nativos de Aru estaban aterrorizados ante la perspectiva de que estos merodeadores atacaran sus aldeas, incendiaran, mataran y se llevaran a mujeres y niños como esclavos. Durante algún tiempo ningún hombre se movería de su aldea y tuve que permanecer una vez más prisionero en Dobbo. El gobernador de Amboina, por pura amabilidad, dijo a los jefes que eran responsables de mantenerme a salvo, por lo que tenían una excelente excusa para negarse a moverse del lugar.

Salieron varios praos en busca de los piratas, apostaron centinelas y prendieron hogueras en la playa para prevenir la posibilidad de un ataque nocturno, aunque no se creía que los piratas fueran lo suficientemente temerarios para intentar el saqueo de Dobbo. Los praos regresaron al día siguiente y tuvimos información comprobada de que este azote de los mares de Oriente se encontraba realmente entre nosotros. Uno de los pequeños praos de herr Warzbergen llegó también en un difícil aprieto. Había sido atacado seis días antes justo cuando regresaba del *blakang tana*. La tripulación huyó en un pequeño bote y se escondió en la jungla mientras los piratas abordaban la embarcación y la saqueaban. Se llevaron todo excepto el cargamento de madreperla, que era demasiado voluminoso para ellos. Toda la ropa y las cajas de los hombres, las velas y jarcias de la embarcación fueron saqueadas. Tenían cuatro embarcaciones grandes, lanzaron una descarga de mosquetería al acercarse y enviaron a sus embarcaciones pequeñas al ataque. Cuando se fueron, nuestros hombres observaron desde su escondite que tres de ellos se habían quedado en un pequeño bote; desesperado ante la vista del saqueo, un valiente partió a nado armado únicamente con su parang o cuchilla tajadera y, sorprendiéndoles desprevenidos, hizo un ataque desesperado matando a uno y dejando heridos a los otros dos. Él recibió una serie de heridas leves y casi extenuado emprendió de nuevo el regreso a nado. Otros dos praos también fueron saqueados y la tripulación de uno de ellos mató a un hombre. Dicen que son piratas *sooloo* (zulú) pero hay bugis entre ellos. En su viaje hacia aquí habían devastado una de las pequeñas islas al este de Ceram. Hacía 11 años que habían visitado Aru y, como atacan a intervalos largos e inciertos, va disminuyendo la alarma y encuentran a una población en su gran mayoría desarmada y desprevenida ante el peligro. En ninguna de las pequeñas embarcaciones de comercio en la actualidad llevan armas, aunque sí las llevaron uno o dos años después del último ataque, precisamente el periodo en que había menos probabilidades de que las atacaran. Una semana después fue capturado uno de los pequeños barcos piratas en el *blakang tana*. Mataron a siete hombres y tres fueron

puestos prisioneros. Los navíos grandes habían sido vistos muchas veces pero no habían podido ser capturados porque tienen tripulaciones muy fuertes y siempre pueden huir remando a alta mar en contra del viento y regresar por la noche. Permanecerán así entre las innumerables islas y canales hasta que el monzón cambie y les permita hacerse a la vela hacia el oeste.

9 de marzo. Durante cuatro o cinco días tuvimos una continua tempestad de viento con ráfagas ocasionales de gran furia que parecía que iban a enviar a Dobbo al mar, acompañada de lluvia casi cada dos horas, de modo que no es un clima muy agradable. Con este tiempo casi no puedo hacer nada, pero me ocupo en preparar una embarcación que he adquirido para hacer una excursión al interior. Hay mucha dificultad para conseguir hombres, pero creo que el *orang kaya* o jefe de Wamma me acompañará para vigilar que no corra ningún peligro.

Habiéndome convertido en un viejo habitante de Dobbo, trataré de esbozar los panoramas y sonidos que predominan en el lugar y los usos y costumbres de sus habitantes. La aldea está ahora bastante llena y las calles presentan un aspecto mucho más jovial que cuando llegamos aquí. Cada casa es un almacén donde los nativos hacen trueque de sus productos por lo que más necesiten. Cuchillos, tajaderas, sables, escopetas, tabaco, gambir, platos, vasijas, pañuelos, *sarongs*, calicós y arrack son los principales artículos que quieren los nativos; pero algunos de los almacenes contienen también té, café, azúcar, vino, galletas y demás para abastecer a los comerciantes; y otros están llenos de mercancías caprichosas, adornos de porcelana, espejos, rasuradoras, sombrillas, pipas y monederos, que son el capricho de los nativos ricos. Cuando el día es bueno, extienden esteras delante de las puertas y ponen a secar el *tripang*, además de azúcar, sal, galletas, té, telas y otras cosas que se deterioran con un ambiente demasiado húmedo. Por la mañana y la tarde, chinos acicalados se pasean o platican a la puerta de sus casas vestidos con pantalones azules, chaqueta blanca y una coleta trenzada con seda roja y que les llega casi hasta los tobillos. Hay un viejo hajji que se pasea regularmente por las tardes en toda la dignidad de su vestimenta de vaporosa seda verde y un vistoso turbante, seguido de dos muchachitos que llevan sus cajas de *serih* y *betel*.

En todo espacio vacante se construyen casas nuevas y se levantan todo tipo de extraños y pequeños cobertizos para cocinar apoyados en los antiguos, en tanto que en algunos rincones apartados hay pocilgas de enormes troncos habitadas por cerdos de engorde. Porque ¿cómo podría existir un chino durante seis meses sin un festín de cerdo? Aquí y allá hay puestos que venden bananas y todas las mañanas dos muchachos se pasean con bandejas de arroz dulce y cacao molido, pescado frito o plátanos fritos; y, lleven lo que lleven, gritan siempre lo mismo:

“¡Chocolate-te-te!” Debe de ser un grito español o portugués que ha ido pasando a través de los siglos de unos a otros pero cuyo significado se ha perdido. Los marineros bugis cuando izan la vela principal gritan: “¡Vela a vela, vela, vela, vela!” y lo repiten en un coro interminable. Como sé lo que quiere decir *vela* en portugués, supuse que había descubierto el origen del grito, pero después me di cuenta de que usaban el mismo cuando levaban anclas y muchas veces lo cambiaban por “*jela*”, expresión mucho más universal de esfuerzo y respiración forzada que muy probablemente es una mera interjección exclamativa.

Me atrevería a decir que ahora hay unas 500 personas en Dobbo pertenecientes a varias razas y que se encuentran en este rincón remoto del Oriente, como ellos lo expresan, “para buscar fortuna” y ganar dinero como puedan. En general se trata de personas que tienen la peor reputación en lo que respecta a modestia y a cualquier otra forma de moralidad —chinos, bugis, cerameses y javaneses mestizos, con unos cuantos papúas medio salvajes provenientes de Timor, Babar y otras islas— y sin embargo todo se desarrolla en paz. Esta población abigarrada, ignorante, sanguinaria y ladrona vive aquí sin siquiera la sombra de un gobierno, sin policía, tribunales, ni abogados, y a pesar de todo, no se cortan el cuello unos a otros, no se saquean día y noche ni caen en la anarquía que un estado de cosas así se supone que produce. Extraordinario. Le hacen pensar a uno cosas extrañas sobre el enorme fardo de gobierno bajo el que existe la gente en Europa y sugieren la idea de que puede que estemos gobernados en exceso. Piénsese en los cientos de leyes que anualmente aprueba el Parlamento para impedir que nosotros, ciudadanos de Inglaterra, nos cortemos el cuello unos a otros o hagamos a nuestro prójimo lo que *no* queremos que él nos haga. Piénsese en los miles de abogados y magistrados que se pasan la vida diciéndonos lo que significan el centenar de leyes parlamentarias y uno se siente inclinado a inferir que si Dobbo tiene demasiadas pocas leyes, Inglaterra tiene demasiadas.

Aquí se puede contemplar en su forma más simple al genio del *comercio* trabajando para la *civilización*. El comercio es la magia que mantiene a todos en paz y reúne a estos elementos discordantes en una comunidad de buenos modales. Todos son comerciantes y todos saben que la paz y el orden son esenciales para un comercio próspero, y así es como se crea una opinión pública que reprueba todo acto ilícito. En años anteriores, cuando me paseaba por Campong Glam en Singapur, pensé con frecuencia qué aspecto tan salvaje y feroz tenían los marineros bugis y cuán poco me agradaría confiarme a ellos. Pero ahora descubro que son muy decentes y bien comportados. Todos los días camino sin armas por la selva en donde me los encuentro continuamente; duermo en una choza de hoja

de palma a la que puede entrar cualquiera, con tan poco temor y tanta falta de peligro respecto a ladrones o crímenes como si estuviera bajo la protección de la policía metropolitana. Ciertamente es que la influencia holandesa se siente en el lugar. Las islas están nominalmente bajo el gobierno de las Molucas, al que los jefes nativos reconocen; y casi todos los años llega un comisario de Amboina que hace el recorrido de las islas, escucha quejas, soluciona disputas y se lleva preso a cualquier delincuente infame. Este año no lo esperan, pues no se han recibido órdenes de que se preparen para su llegada, así que la población de Dobbo quedará abandonada a sus propias estratagemas. Un día capturaron a un hombre que estaba robando un pedazo de hierro de la casa de herr Warzbergen, a la que había entrado haciendo un agujero en el techo de palma. Por la tarde se reunieron los principales comerciantes del lugar, bugis y chinos, el delincuente fue juzgado, se le consideró culpable y fue sentenciado a recibir 20 azotes allí mismo. Le fueron propinados con un pequeño ratán en medio de la calle, de un modo no muy enérgico, ya que el ejecutor parecía simpatizar un poco con el culpable. Parecía ser tan importante el descrédito como el dolor, porque aunque se considera que un cierto sentido de inteligencia para la trampa es bastante meritorio y mejor que no tenerlo, el robo y el asalto francos son reprobados por todos.

XXXVII. LAS ISLAS ARU

Viaje y estancia en el interior

(De marzo a mayo, 1857)

FINALMENTE mi embarcación estuvo lista y, después de conseguir dos hombres además de mis sirvientes, tras muchas conversaciones y dificultades, dejamos Dobbo la mañana del 13 de marzo y partimos hacia la tierra continental de Aru. Al mediodía llegamos a la boca de un pequeño río o corriente formada por la marea creciente y la remontamos serpenteando entre pantanos de mangles y de vez en cuando un atisbo de tierra firme. En dos horas más llegamos a una casa o, mejor dicho, un pequeño cobertizo de aspecto muy miserable y que nuestro timonel, el *orang kaya* de Wamma, nos dijo que era el lugar donde nos íbamos a quedar y donde me aseguró que podía conseguir cualquier clase de ave o bestia que se encontrara en Aru. La choza estaba ocupada por una docena de hombres, mujeres y niños; había dos fuegos para cocinar ardiendo en el interior y no parecía haber muchas posibilidades de conseguir hospedaje para mí. No obstante, dejé de lado cualquier pesquisa hasta después de ver la selva circundante, a la que partí de inmediato con dos hombres, red y escopetas, siguiendo una senda que salía de la parte posterior de la casa. Después de caminar una hora había visto lo suficiente para decidir hacer un intento en el lugar y, al regreso, al encontrar al *orang kaya* con un fuerte ataque de fiebre e incapaz de hacer nada, entré en negociaciones con el propietario de la casa para el uso durante la semana de un espacio de metro y medio de ancho en uno de sus extremos, y acepté pagar un *parang* o cuchilla en concepto de renta. Desembarqué de inmediato mis cajas y ropa de cama, colgué un estante para mis pieles de ave e insectos y lo dispuse todo para trabajar a la mañana siguiente. Mis muchachos durmieron en la embarcación para guardar el resto de mis posesiones; se dispuso un lugar para cocinar protegido por unas cuantas esteras bajo un árbol cercano y sentí aquel grado de satisfacción y regocijo que siempre experimento cuando, después de complicaciones y retrasos, estoy a punto de comenzar mi trabajo en una nueva localidad.

Uno de mis primeros objetivos era averiguar sobre la gente acostumbrada a cazar aves del paraíso. Viven a cierta distancia en la jungla y enviaron a un hom-

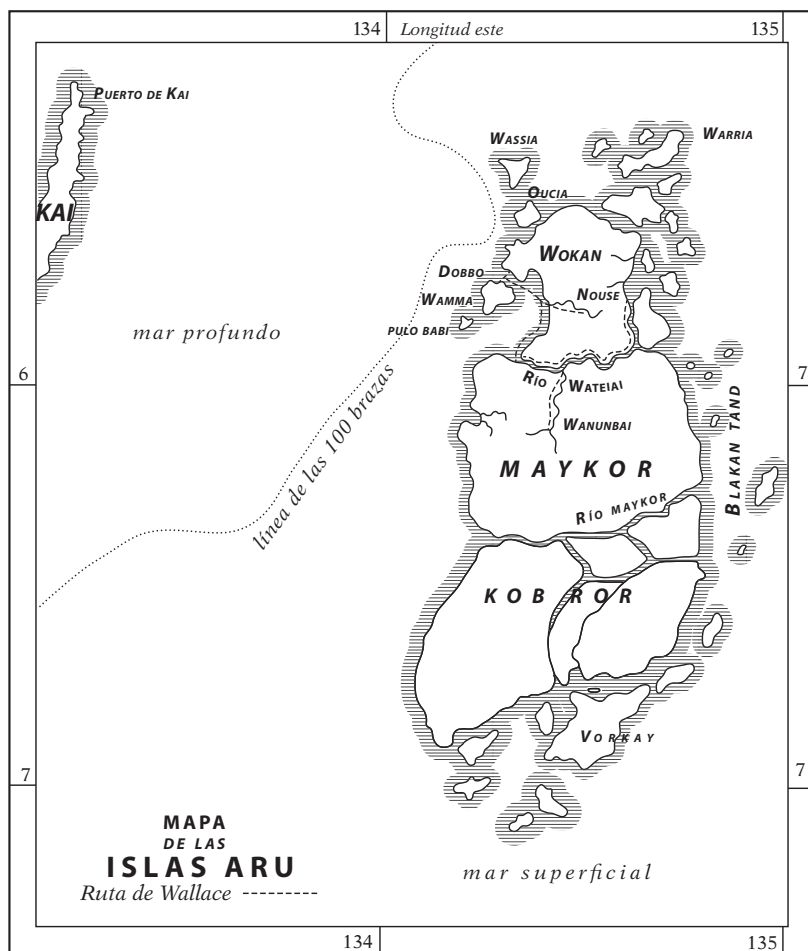


FIGURA XXXVII.1. *Mapa de las islas Aru con la ruta de Wallace.* Alfred Russel Wallace, dominio público, vía Wikimedia Commons.

bre en su busca. Cuando llegaron, tuvimos una charla a través del *orang kaya* como intérprete y dijeron que creían que podrían conseguir algunas. Explicaron que disparan a las aves con arco y flecha y que la flecha tiene un casquete cónico de madera unido a un extremo del tamaño de una taza de té para así matar al ave con la violencia del golpe y sin hacerle ninguna herida y sin ningún derramamiento de sangre. Los árboles que frecuentan las aves son muy altos y hay que construir un pequeño abrigo o choza de hojas entre las ramas al que el cazador sube antes del amanecer y donde permanece todo el día para cuando se posa

algún ave estar seguro de capturarla. Regresaron a sus casas la misma tarde y ya no los volví a ver porque, como después supe, era demasiado pronto en la estación para obtener aves con buen plumaje.

Los primeros dos o tres días de nuestra estancia en el lugar fueron muy húmedos y conseguí sólo unos cuantos insectos y aves, pero a la larga, cuando ya empezaba a desesperar, mi muchacho Baderoon regresó un día con un espécimen que me compensó meses de retraso y expectativas. Se trataba de un ave pequeña, un poco menor que un zorzal. La mayor parte de su plumaje era rojo cinabrio con un lustre de vidrio hilado. Sobre la cabeza las plumas se hacían cortas y aterciopeladas, matizadas de un color anaranjado vivo. En la parte inferior, desde el pecho hacia abajo, eran de un blanco puro con la suavidad y el brillo de la seda, y una franja verde metálico oscuro atravesaba el pecho separando este color del rojo de la garganta. Sobre cada ojo tenía un lunar redondo del mismo color verde metálico; el pico era amarillo y las patas y pies eran de un bello azul cobalto que contrastaba sorprendentemente con todas las demás partes del cuerpo. Simplemente en la disposición de los colores y en la textura del plumaje esta pequeña ave era una joya de primera calidad, y aun así esto era sólo la mitad de su extraña belleza. Brotando de cada costado del pecho y normalmente ocultos bajo las alas, tenía pequeños plumeros de plumas grisáceas de unos cinco centímetros de largo que terminaban en una franja ancha verde esmeralda. El ave puede alzar estas plumas a voluntad y extenderlas formando un par de elegantes abanicos cuando eleva las alas. Pero no es éste el único adorno. Las dos plumas de la parte media de la cola tienen forma de alambres delgados de unos 13 centímetros de largo que se separan uno de otro formando una hermosa doble curva. Como un centímetro del extremo de este alambre es palmeado sólo en la parte exterior y coloreado de un bello verde metálico y, al enroscarse formando una espiral hacia adentro, forma un par de elegantes y resplandecientes botones que cuelgan unos 15 centímetros por debajo del cuerpo, separados por una distancia de igual tamaño. Estos dos adornos, los abanicos del pecho y los alambres terminados en espiral de la cola, son únicos y no se dan en ninguna otra especie de las 8000 aves diferentes que se conoce que existen sobre la tierra; esto, combinado con la más exquisita belleza de su plumaje, la convierte en una de las maravillas más perfectas de las abundantes producciones de la naturaleza. Mis arrebatos de admiración y regocijo divertían bastante a mis anfitriones de Aru, quienes no ven en el *burong raja* más de lo que nosotros vemos en el petirrojo o en el jilguero.¹

¹ Véase la imagen superior de la figura XLIV.1.



FIGURA XXXVII.2. *Nativos de Aru cazando a la gran ave del paraíso. Dibujado en madera por T. W. Wood, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

Así pues, uno de los objetivos de mi venida al Lejano Oriente acababa de cumplirse. Había obtenido un ejemplar del ave real del paraíso (*Paradisea regia*) que fue descrita por Linneo a partir de las pieles conservadas en estado mutilado por los nativos. Yo sabía cuán pocos europeos habían contemplado este perfecto y pequeño organismo que yo ahora miraba con cuidado y cuán imperfectamente se le conocía todavía en Europa. Las emociones que provoca en la mente de un naturalista que ha deseado desde hace tiempo ver el ave en la realidad y que hasta entonces sólo la ha conocido por descripciones, dibujos o la cobertura exterior conservada en mal estado —en especial cuando el animal es de una rareza y belleza inigualables— exigen una facultad poética para expresarlas plenamente. La remota isla en la que me encontraba en un mar apenas surcado, lejos de las rutas de las flotas y marinas mercantes; la salvaje y exuberante selva tropical que se extendía hasta la lejanía por todas partes; los toscos e incultos salvajes que se reunían en torno a mí, todo influía en determinar las emociones con las que contemplaba ese primor de belleza. Pensé en las largas épocas del pasado durante las que sucesivas generaciones de esta pequeña criatura habían seguido su curso, viendo la luz año tras año y viviendo y muriendo en medio de estos bosques penumbrosos y umbríos sin un ojo inteligente que contemplara sus maravillas; al parecer, un inexcusable desperdicio de la belleza. Esas ideas provocaban un sentimiento de melancolía. Parecía triste que, por un lado, estas exquisitas criaturas pasaran su vida y mostraran sus encantos sólo en estas regiones salvajes e inhóspitas, condenadas por los siglos venideros a la barbarie más desesperante; mientras que, por otro lado, si el hombre civilizado llegara a esta tierra remota y llevara la luz moral, intelectual y física a los lugares más recónditos de estas selvas vírgenes, podemos estar seguros de que alteraría de tal modo las relaciones en armónico equilibrio de la naturaleza orgánica e inorgánica que causaría la desaparición y finalmente la extinción de esos mismos seres cuyas maravillosas estructura y belleza sólo él está capacitado para apreciar y disfrutar. Esta reflexión nos debe transmitir que todas las cosas vivas *no* fueron hechas por el hombre. Muchas de ellas no tienen relación con él. El ciclo de su existencia ha corrido independientemente del suyo y se ve alterado y roto por cualquier progreso en el desarrollo intelectual del ser humano; y su felicidad y placeres, sus amores y odios, sus luchas por la existencia, su enérgica vida y temprana muerte, parecerían estar inmediatamente relacionados con su perpetuación y bienestar exclusivos, limitados únicamente por el bienestar y la perpetuación equivalentes del sinnúmero de otros organismos con los que cada uno está más o menos estrechamente conectado.

Después de obtener la primera ave real del paraíso me adentré en la selva con mis hombres y fuimos recompensados no sólo con otra igualmente perfecta en plumaje, sino que tuve la oportunidad de ver algo de las costumbres tanto de ésta como de las especies más grandes. Frecuenta los árboles bajos de las selvas menos tupidas y es muy activa, vuela con firmeza y produce un zumbido, y brinca o vuela continuamente de una rama a otra. Come frutos de semilla dura del tamaño de una grosella y bate sus alas a menudo a la manera de las manaquines sudamericanas cuando se eleva y extiende los hermosos abanicos con los que está adornado su pecho. Los nativos de Aru la llaman *goby-goby*.

Un día estaba bajo un árbol en el que se había reunido un grupo de las grandes aves del paraíso pero se encontraban a bastante altura en lo más tupido del follaje y volaban y brincaban de un lado a otro tan ininterrumpidamente que no podía verlas con claridad. Acabé por cazar una pero era un ejemplar joven y toda ella color chocolate sin la garganta verde metálico ni las plumas amarillas del pájaro adulto. Todas las que había visto hasta entonces parecían iguales y los nativos me dijeron que hasta el cabo de dos meses ninguna alcanzaría la plenitud de su plumaje. No obstante, tenía esperanzas de conseguir alguna. El sonido que emiten es de lo más extraordinario. En la mañana temprano, antes de la salida del sol, oímos un fuerte grito de “guoc-guoc-guoc, guoc-guoc-guoc”, que resuena en la selva y cambia continuamente de dirección. Es la gran ave del paraíso que va en busca de su desayuno. Pronto otras siguen su ejemplo; loros y papagayos gritan estridentemente; las cacatúas chillan; los alciones graznan y aúllan; y las diversas aves más pequeñas gorjean y silban sus cantos matutinos. Cuando escucho acostado estos interesantes sonidos, me doy cuenta de que soy el primer europeo que ha vivido una serie de meses en las islas Aru, lugar que soñaba con visitar sin esperanzas de hacerlo. Pienso en cuántos aparte de mí han ansiado llegar a estos reinos casi de hadas y ver con sus propios ojos la cantidad de cosas maravillosas y bellas que cada día encuentro. Pero ahora Alí y Baderoon están ya levantados y preparando sus escopetas y municiones, el pequeño Baso ha encendido el fuego y me hierve el café, y yo me acuerdo de que anoche me trajeron una cacatúa negra y tengo que desollarla inmediatamente, así que me levanto de un brinco y comienzo muy feliz mi jornada de trabajo.

Esta cacatúa es la primera que he visto y es un gran premio. Tiene un cuerpo bastante pequeño y delicado, patas largas y frágiles, grandes alas, una cabeza enormemente desarrollada y adornada con una magnífica cresta y está armada de un pico en forma de gancho, de filo y fuerza inmensos. El plumaje es completamente negro pero está recubierto del curioso polvo blanco que secretan las



FIGURA XXXVII.3. *Cacatúa negra*. Dibujado en madera por T. W. Wood, dominio público, vía Wikimedia Commons.

cacatúas y es característico de ellas. Los pómulos están desnudos y tienen un color rojo vivo. En vez del bronco grito de las cacatúas blancas, éstas emiten un sonido parecido a un lastimero silbido. La lengua es un órgano peculiar compuesto de un delgado cilindro carnoso color rojo oscuro que termina en un disco negro espinoso, estriado a través y en cierto modo prensil. Toda la lengua tiene un considerable poder de extensión.

Voy a relatar ahora algunas de las costumbres de este pájaro con el que desde entonces me he familiarizado. Frecuenta las partes más bajas de la selva y se le ve solo o a lo sumo en grupos de dos o tres. Tiene un vuelo lento y silencioso y una herida relativamente leve puede matarlo. Se alimenta de diversos frutos y semi-

llas pero parece gustar particularmente del meollo de la nuez de canary que crece en árboles altos (*Canarium commune*) y que abunda en las islas donde se encuentra esta ave. El modo en que obtiene estas semillas es prueba de una correlación de estructura y hábitos que apuntarían al canary como su alimento predilecto. La corteza de esta nuez es tan sumamente dura que sólo podría romperse con un pesado martillo; es en cierta manera triangular y la parte exterior es bastante lisa. El modo en que este pájaro abre estas nueces es muy original. Toma un extremo en su pico y, manteniéndolo firme mediante presión de la lengua, corta una ranura transversal con un movimiento lateral de sierra de la mandíbula inferior de borde cortante. Una vez hecho esto, agarra la nuez con las patas y, arrancando un pedazo de hoja, la retiene en la profunda ranura de la mandíbula superior y, de nuevo agarrando la nuez que está detenida por el tejido elástico de la hoja y no puede caer, fija el borde de la mandíbula inferior en la ranura y con un mordisco enérgico rompe un pedazo de la cáscara. Toma de nuevo la nuez en sus garras, inserta la punta larga y afilada de su pico y recoge el meollo, que va capturando, mordisco a mordisco, con su lengua extensible. Así pues, cada detalle de forma y estructura del pico extraordinario de esta ave parece tener su uso y es fácil concebir que la cacatúa negra se ha mantenido en competencia con sus parientes blancas, más activas y numerosas, por su capacidad de sobrevivir a base de un tipo de fruto que ningún otro pájaro puede extraer de su duro cascarón. Esta especie es el *Microglossum aterrimum* de los naturalistas.

Durante las dos semanas que pasé en este pequeño asentamiento, tuve buenas oportunidades de observar a los nativos en sus propias casas y en su modo habitual de vida. En la vida cotidiana salvaje hay una gran monotonía y uniformidad y me parecía una existencia más mísera que cuando poseía el encanto de la novedad. Empecemos por el hecho más importante en la existencia de los pueblos no civilizados —la comida—: los pobladores de Aru no tienen un aprovisionamiento regular, ningún sostén de la vida como pan, arroz, mandioca, maíz o sagú, que constituyen el alimento diario de una gran parte de la humanidad. Tienen, sin embargo, muchas clases de verduras, plátanos, ñames, camotes y sagú crudo, y mastican cantidades inmensas de caña de azúcar, así como nueces de betel, gambir y tabaco. Los que viven en la costa tienen mucho pescado, pero en el interior, donde nosotros estamos, sólo van al mar ocasionalmente y traen caracoles y otros mariscos. De vez en cuando obtienen cerdo salvaje y canguro, pero con muy poca frecuencia como para que constituya una parte regular de su dieta, que está compuesta esencialmente de verduras. Y lo que es aún más importante, pues afecta su salud, verduras crudas y acuosas, mal cocidas, y hasta éstas en can-

tidades variables y a menudo insuficientes. A esta dieta es atribuible el predominio de enfermedades de la piel y úlceras en las piernas y en las articulaciones. La enfermedad de la piel con caspa tan común entre los salvajes tiene estrecha relación con la precariedad e irregularidad de su alimentación. Los malayos, que nunca carecen de su arroz diario, generalmente no la padecen; los dayaks de las colinas de Borneo, que cultivan arroz y viven bien, tienen la piel limpia, mientras que las tribus menos industriales y menos limpias, que viven gran parte del año sólo de frutas y verduras, son muy propensas a esta enfermedad. Parece obvio que, en este como en otros aspectos, el ser humano no puede convertirse en bestia impunemente y alimentarse como el ganado de las hierbas y los frutos de la tierra sin pensar en el mañana. Para mantener su salud y su belleza tiene que trabajar para preparar algún producto harináceo que pueda ser almacenado y acumulado y le proporcione un abastecimiento regular de alimento integral. Cuando lo obtiene, puede agregar verduras, frutas y carne en su beneficio.

El lujo principal de la población de Aru, además del betel y el tabaco, es el arrack (ron de Java), que los comerciantes traen en grandes cantidades y venden muy barato. Una jornada de pesca o de siega de ratán servirá para comprar por lo menos una botella de medio galón; y cuando venden el *tripang* o los nidos de pájaro recogidos en una temporada, obtienen cajas enteras con 15 botellas de este tamaño que los moradores de una casa se sientan día y noche a beber hasta que se las acaban. Ellos mismos me han contado que en estas borracheras muchas veces destruyen la casa en pedazos, rompen y acaban con todo aquello que pueden agarrar y el alboroto es tan infernal que alarma contemplarlo.

Las casas y los accesorios en ellas están al nivel de la comida. Una tosca choza apoyada en palos burdos y frágiles, no en postes, y sin paredes, pero con el suelo elevado hasta aproximadamente 30 centímetros de los aleros es el estilo arquitectónico predominante. En el interior hay paredes de palma a modo de divisiones, formando pequeños cubículos o dormitorios para acomodar a las dos o tres familias que generalmente viven juntas. Unas cuantas esteras, canastas y recipientes para cocinar junto con platos y vasijas adquiridas de los comerciantes de Macasar constituyen todos sus enseres; arcos y flechas son sus armas; un *sarong* o estera constituye la vestimenta de las mujeres y un paño en la cintura la de los hombres. Pasan horas e incluso días sentados ociosos en sus casas y las mujeres traen verduras o sagú, que son su alimento. A veces cazan o pescan un poco, o trabajan en su casa o en canoas, pero parecen disfrutar del puro ocio y trabajan lo menos que pueden. Tienen poco para variar la monotonía de su vida, poco que pueda considerarse placer, salvo ocio y conversación. ¡Y vaya que platican! Cada tarde

hay una pequeña *Babel* a mi alrededor pero, como no entiendo ni una palabra de lo que me dicen, continúo con mi libro o mi trabajo sin que me molesten. De vez en cuando gritan y chillan o ríen frenéticamente para variar; y esto se va alternando con charlas vociferantes de hombres, mujeres y niños hasta mucho después de que me meto en mi mosquitera y estoy profundamente dormido.

En este lugar dilucidé algo la complicada mezcla de razas en Aru, que confundiría profundamente a un etnólogo. Muchos de los nativos, aunque igualmente negros que los otros, tienen poco de la fisonomía papúa y poseen rasgos más delicados y de tipo europeo, con cabello más brillante y ondulado. Al principio me dejaron sorprendido porque no se parecen más a los malayos que a los papúas y lo oscuro de su piel y cabello descartaría la idea de un mestizaje holandés. Pero escuchando sus conversaciones detecté algunas palabras que me eran familiares. *Accabó* era una; y para asegurarme de que no se trataba de una similitud accidental, pregunté en malayo al que estaba hablando qué quería decir *accabó* y me dijo inmediatamente “hecho o terminado”, un auténtico término portugués que había conservado su significado. De nuevo escuché la palabra *jafui* repetida muchas veces y pude darme cuenta sin preguntarlo de que su significado era “se fue”, como en portugués. *Porco* también parece un término común, aunque la gente no tiene idea de su significado en Europa. Esto aclaraba la dificultad. Entendí enseguida que algunos comerciantes portugueses de los primeros tiempos habían penetrado en estas islas y se habían mezclado con los nativos influyendo en su lengua y dejando en sus descendientes durante muchas generaciones las características visibles de su raza. Si a esto añadimos la mezcla ocasional de malayos, holandeses y chinos con los indígenas papúas, no hay por qué asombrarse de las curiosas variedades de forma y rasgos que a veces se encuentran en Aru. En esta misma casa había un hombre de Macasar con esposa de Aru y una familia de hijos mestizos. En Dobbo vi a un javanés y a un hombre de Amboina, cada quien con esposa e hijos de Aru; y como esta clase de mezcla se ha dado durante por lo menos 300 años y es posible que por mucho más tiempo, ha producido un marcado efecto en las características físicas de una parte considerable de la población de las islas, en especial en Dobbo y partes aledañas.

28 de marzo. Como el *orang kaya* seguía muy enfermo con calentura, pidió regresar a su tierra y acordó con uno de los hombres de la casa que me hiciera de sustituto suyo. Ahora que me quería mover, volvió a despertar el fantasma de los piratas y se declaró inseguro ir más allá del pequeño río cercano. Esto no me convenía, pues había decidido atravesar el río llamado Watelai hasta el *blakang tana*, pero mi guía era inmovible en su terror a los piratas, aunque yo sabía que no

había ningún peligro porque varias embarcaciones habían salido en su busca, así como un cañonero holandés que había llegado después de que yo partiera de Dobbo. Afortunadamente, para entonces ya había oído que había llegado el comisionado holandés y amenacé a mi guía con que, si no partía inmediatamente conmigo, apelaría a las autoridades y estaría obligado a devolver la tela que el *orang kaya* le había transferido en adelanto de pago. Tuvo el efecto deseado; pronto arreglamos todo y partimos al día siguiente. Pero teníamos el viento completamente en contra y, después de remar duro hasta el mediodía, entramos en un pequeño río en el que había unas cuantas chozas donde cocinamos nuestra comida. El lugar no parecía muy prometedor, pero, como no podíamos llegar a nuestro destino, el río Watelai, debido al viento contrario, pensé que sería mejor esperar en aquel lugar uno o dos días. Pagué con una cuchilla por el uso de una pequeña choza y ordené que desembarcaran mis cajas y mi cama. En la tarde, después de oscurecer, nos alarmó repentinamente el grito de ¡*Bajak! ¡Bajak!* (¡piratas!). Todos los hombres tomaron sus arcos y flechas y corrieron a la playa; nosotros agarramos nuestras escopetas y nos preparamos para la acción, pero en unos cuantos minutos todos regresaron entre risas y pláticas porque resultó que era una pequeña embarcación con algunos de sus camaradas que regresaban de pescar. Cuando todo estuvo de nuevo en silencio, uno de los hombres que sabía algo de malayo se acercó a mí y me suplicó que no durmiera muy profundamente. “¿Por qué?”, le pregunté. “Tal vez lleguen en verdad los piratas”, dijo muy seriamente, lo cual me hizo reír y le aseguré que dormiría lo más profundo posible.

Pasamos dos días en el lugar pero no había muchos insectos de interés, de modo que hicimos otro intento de continuar. En cuanto nos alejamos un poco de tierra tuvimos un viento suave, y en seis horas de velear llegamos a la entrada del río Watelai que separa la parte más septentrional de la parte media de Aru. En la boca tenía unos 800 metros de anchura pero pronto se estrechaba y después de dos o tres kilómetros adquiría el aspecto de un río de la anchura del Támesis al pasar por Londres, serpenteando por un territorio bajo pero ondulante y a veces montañoso. El escenario era exactamente igual al que puede esperarse en el interior de un continente. El canal continuaba con una anchura uniforme en promedio, con extensiones ininterrumpidas y meandros sinuosos, una ribera bastante escarpada y hasta con acantilados verticales, mientras que la otra era llana y aparentemente aluvial; y sólo por el agua totalmente salada y la ausencia de cualquier arroyo, excepto el ligero flujo y reflujo de la marea, alguien podría decir que estaba navegando un estrecho y no un río. El viento era favorable y nos transportó, con la ocasional ayuda de los remos, hasta aproximadamente las tres de la tarde,

cuanto desembarcamos en un lugar donde un pequeño arroyo formaba dos o tres estanques en la roca de coral y después descendía en una cascada miniatura hasta caer en el río de agua salada. Ahí nos bañamos, cocinamos la comida y disfrutamos perezosamente hasta la puesta de sol, cuando proseguimos nuestro camino dos horas más y después amarramos nuestra pequeña embarcación a un árbol que caía sobre el agua para la noche.

A las cinco de la mañana siguiente emprendimos de nuevo el viaje y al cabo de una hora adelantamos a cuatro grandes praos que llevaban al comisionado, que había llegado de Dobbo para hacer su recorrido oficial por las islas y nos había rebasado en la noche. Hice una visita a los holandeses, uno de los cuales hablaba un poco de inglés, pero nos dimos cuenta de que nos entendíamos mejor en malayo. Me dijeron que se habían retrasado por la persecución de los piratas hasta una de las islas del norte y habían visto tres de sus embarcaciones, pero no habían podido capturarlas porque, al saberse perseguidos, habían comenzado a remar en contra del viento, cosa que pueden hacer porque llevan unos 50 remos por embarcación. Después de tomar té con ellos, me despedí y viramos hacia un estrecho canal que nuestro piloto dijo nos llevaría a la aldea de Watelai, en el lado este de Aru. Después de recorrer algunos kilómetros, encontramos el canal prácticamente bloqueado por coral y nuestra embarcación empezó a rozar el fondo, haciendo crujir lo que podría llamarse en verdad la roca viva. A veces todos teníamos que bajar y vadear para aligerar la embarcación y alzarla en los lugares menos profundos; pero finalmente superamos todos los obstáculos y llegamos a una amplia bahía o estuario tachonado de pequeñas rocas e isletas, abierta hacia el mar oriental y a las numerosas islas del *blakang tana*. Descubro entonces que la aldea a la que íbamos estaba a kilómetros de distancia y que tenemos que salir al mar y rodear una punta rocosa. Parecía levantarse una turbonada y, como me horrorizaban las embarcaciones pequeñas en el mar y, por todo lo que había podido enterarme, la aldea de Watelai no era un lugar adecuado para quedarse (no había aves del paraíso), decidí regresar e ir a una aldea de la que me habían hablado, la cual se encontraba corriente arriba en un afluente del Watelai y estaba ubicada casi en el centro de la tierra continental de Aru. Me habían dicho que la gente del lugar era buena y estaba acostumbrada a cazar y capturar aves porque estaban demasiado en el interior para obtener parte de su alimento del mar. Mientras estaba hablando al respecto, estalló la tormenta sobre nosotros y el mar no tardó en encrespase en el agua poco profunda, derribó una botella de aceite y una lámpara, rompió parte de mi loza y nos lanzó a la confusión. A base de remar duro, conseguimos regresar al río principal al crepúsculo y buscamos un

lugar para cocinar nuestra cena. El mar estaba encrespado y la marea tan alta que cubría todo pedazo de arena y de playa y, con la mayor dificultad y después de desplazarnos a tientas en la oscuridad, descubrimos un pedazo de roca en declive de 60 centímetros por lado sobre la que prendimos un fuego y cocinamos un poco de arroz. Al día siguiente, continuamos nuestro camino de regreso y al otro lado penetramos en una corriente en la parte sur del río Watelai, la cual ascendimos hasta que dejó de ser navegable y encontramos la pequeña aldea de Wanumbai, formada por dos casas grandes rodeadas de plantaciones en plena selva virgen de Aru.

Como me gustó el aspecto del lugar y deseaba quedarme algún tiempo, envié a mi piloto para que tratara de encontrar una casa en la que alojarnos y les hiciera una oferta. El propietario y hombre principal del lugar dio muchas excusas. En primer lugar, temía que a mí no me gustara su casa y después empezó a dudar de si a su hijo, que se encontraba fuera, le gustaría que me admitiera en ella. Tuve una larga charla personal con él en la que traté de explicarle qué estaba haciendo y cuántas cosas les compraría, mostrándole mi lote de cuentas, cuchillos, tela y tabaco, todo lo cual iba a gastar con su familia y amigos si él me concedía alojamiento. Ante esto pareció titubear y dijo que hablaría con su esposa, entretanto yo me fui a dar un paseo para conocer los alrededores. Cuando regresé, envié de nuevo a mi piloto para que le dijera que me iría si no me concedía parte de su casa. Como en una media hora regresó diciendo que pedía una cantidad que equivalía casi a la mitad del costo de construcción de una casa por la renta de una pequeña parte de la misma durante unas semanas. Como la única dificultad era pecuniaria, saqué 10 metros de paño, un hacha, algunas cuentas y tabaco y se lo envié como mi oferta final por parte de la casa que había escogido de antemano. Después de algo más de plática aceptó y procedí a tomar posesión de la misma de inmediato.

La casa era idónea y grande,alzada como de costumbre unos dos metros sobre postes, las paredes tenían alrededor de un metro más y el techo era bastante alto. El suelo era de listones de bambú y en el techo en declive había un inmenso postigo que se podía levantar y bajar para dejar entrar luz y aire. En el extremo en el que éste estaba situado el suelo se elevaba como 30 centímetros y esta pieza, de unos tres metros de ancho por seis de largo, bastante abierta al resto de la casa, era la parte que yo ocupé. A un extremo de la pieza, separado por una división de palma, había un lugar para cocinar con suelo de barro y estantes para la loza. En el extremo opuesto colgué mi mosquitera y colocamos apoyadas a las paredes mis cajas y otros bultos, ingeniamos una mesa y un asiento y, después de limpiarlo y

quitarle el polvo, el lugar se veía confortable. Después, halaron la embarcación a la playa y la cubrieron con hojas de palma, metieron velas y remos a la casa, colgaron un estante para poner a secar mis especímenes fuera de la casa y otro dentro y mis muchachos se dispusieron a limpiar sus escopetas y preparar todo para comenzar a trabajar.

El día siguiente lo dediqué a explorar las sendas señaladas. El pequeño río por el que habíamos ascendido deja de ser navegable en este lugar, más allá del cual hay un pequeño arroyo rocoso que prácticamente se seca en la estación calurosa. Pero de todos modos había una aceptable corriente de agua en él y una senda, que pasaba en parte por la cuenca y en parte junto a ella, prometía buenos insectos. En este lugar es donde vi la magnífica mariposa azul, *Papilio ulysses*, así como otras bellas especies aleteando pesadamente de un lado a otro, descansando a veces en el alto follaje que caía sobre el agua y otras posándose en la roca húmeda o en los bordes de los charcos con agua. Un poco más allá se bifurcaban varios senderos que atravesaban retazos de selva de vegetación secundaria y conducían a los campos de caña, huertas y casas esparcidas, más allá de las cuales el sombrío muro de verdor rayado de troncos de árboles marcaba los confines de las selvas prístinas. El canto de muchos pájaros prometía una buena caza y a mi regreso encontré que mis muchachos habían conseguido dos o tres clases que no había visto antes; por la tarde, un nativo me trajo una especie hermosa y poco común de zorzal de tierra (*Pitta novae-guineae*) que hasta entonces sólo se conocía en Nueva Guinea.

A medida que fue aumentando mi familiaridad con ellas, me fui interesando más en estas gentes que son un buen ejemplo de los habitantes verdaderamente salvajes de las islas Aru, bastante libres de mezclas extranjeras. La casa en la que vivía albergaba a cuatro o cinco familias y además había en general de seis a 12 visitantes. Mantenían un bullicio continuo de la mañana a la noche —charlas, risas, griteríos sin interrupción— no muy agradable pero interesante como estudio del carácter nacional. Mi muchacho Alí me dijo: “*Banyak quot bitchara Orang Aru*” (la gente de Aru es muy habladora), sin que se hubiera acostumbrado nunca ni en su propio país ni en ningún otro de los que había visitado hasta entonces a tal elocuencia. Una tarde los hombres, después de superar su timidez primera, empezaron a hablar un poco conmigo y me preguntaron por mi país y demás, y en respuesta les pregunté sobre sus tradiciones de origen propio. Pero no tuve mucho éxito porque no pude hacerles entender la simple pregunta acerca de dónde venían las gentes de Aru. Se la planteé de diversas maneras pero era un tema que superaba todas sus especulaciones; era evidente que nunca habían pensado

en algo así y no podían concebir algo tan remoto e innecesario en que pensar como sus propios orígenes. Viendo que era inútil, les pregunté si sabían cuándo había comenzado el comercio con Aru, cuándo llegaron por primera vez los bugis, chinos y hombres de Macasar en sus praos para comprar *tripang* y caparazones de tortuga, nidos de pájaros y aves del paraíso. Esto lo comprendían pero respondían que siempre había habido el mismo comercio desde que ellos o sus padres recordaban, pero era la primera vez que un hombre blanco había llegado hasta ellos y dijeron: “Usted puede ver que la gente llega todos los días desde todas las aldeas a mirarlo”. Esto era muy halagador y explicaba el gran concurso de visitantes que al principio yo había pensado que era accidental. Unos cuantos años antes yo fui uno de los mirones de los zulúes y los aztecas en Londres. Ahora la situación recaía sobre mí porque yo era para estas gentes una nueva y extraña variedad del ser humano y tenía el honor de proporcionarles con mi propia persona una atractiva exhibición gratuita.

Todos los hombres y muchachos de Aru son arqueros expertos y nunca se desplazan sin sus arcos y flechas. Disparan a todo tipo de aves y ocasionalmente a cerdos y canguros y así consiguen un aprovisionamiento bastante bueno de carne para comer con sus verduras. El resultado de esta mejor vida es una salud superior, cuerpos bien formados y en general piel limpia. Me traían cantidades de pájaros pequeños a cambio de cuentas de tabaco, pero los destruían de un modo terrible a pesar de mis repetidas instrucciones. Cuando conseguían un ave viva, le solían amarrar un cordel a la pata y la conservaban uno o dos días hasta que su plumaje se había arrastrado tanto y estaba tan sucio que casi no valía la pena. Una de las primeras cosas que conseguí de ellos fue un ejemplar vivo del curioso y bello alción de cola de raqueta. Como vieron mi admiración, después me trajeron varios más, todos capturados antes de despuntar el día y dormidos en las cavidades de las márgenes rocosas del arroyo. Mis cazadores también consiguieron unos cuantos ejemplares y casi todos tenían el pico rojo más o menos obstruido con lodo y tierra. Esto indica las costumbres de esta ave que, aunque popularmente se llama martín pescador, nunca agarra pescado, sino que vive de insectos y de conchas diminutas que recoge en la selva lanzándose sobre ellos desde alguna rama baja sobre la que está posado. El género *Tanysiptera* al que pertenece esta ave es notable por su cola enormemente alargada y que en todos los demás alciones es pequeña y corta. Linneo denominó a la especie que él conoció “la diosa alción” (*Alcedo dea*) por su gracia y belleza extremas, con el brillante plumaje azul y blanco y el pico rojo como coral. Ahora se conocen varias especies de esta interesante ave, todas confinadas a la zona muy limitada que comprende las Molucas,

Nueva Guinea y el extremo norte de Australia. Se parecen tanto unas a otras que a algunas sólo se las puede distinguir después de una atenta comparación. No obstante, una de las más raras que habita Nueva Guinea es muy distinta al resto, con la parte inferior rojo vivo en vez de blanca. La que yo conseguí era una especie nueva y ha sido denominada *Tanysiptera hydrocharis*, pero en general su forma y colorido son idénticos a los de las especies más grandes que se encuentran en Amboina y que se muestra en la figura XXVI.3.

Me traían continuamente nuevos e interesantes pájaros, tanto mis muchachos como los nativos, y, al cabo de una semana, una tarde Alí llegó triunfante con un bello ejemplar de la gran ave del paraíso. Las plumas de adorno no habían alcanzado aún toda su longitud, pero la riqueza de su colorido anaranjado brillante y la exquisita delicadeza de las plumas ondulantes y sueltas era insuperable. Al mismo tiempo me trajeron una cacatúa negra, una bella paloma frutera y varios pájaros pequeños, de modo que estuvimos trabajando mucho desollando estas aves hasta la caída del sol. Cuando ya habíamos recogido y empacado para la noche, trajeron una extraña bestia que los nativos habían cazado. Se parecía en tamaño y por su pelaje blanco y rizado a un pequeño cordero gordo, pero tenía patas cortas, pies como manos con grandes garras y una larga cola prensil. Era un cuscús (*Cuscus maculatus*), uno de los curiosos animales marsupiales de la región papúa y cuya piel yo estaba muy deseoso de conseguir. Pero los propietarios decían que se lo querían comer y, aunque les ofrecí un buen precio y les prometí darles toda la carne, hubo un gran titubeo. Como sospechaba la razón, les propuse, aunque ya era de noche, empezar mi trabajo de inmediato y sacar el cuerpo para ellos, con lo cual estuvieron de acuerdo. La criatura estaba llena de cortes y las dos patas posteriores, amputadas pero era el ejemplar más grande y bello de este tipo que he visto; y, después de una hora de trabajo duro, les entregué el cuerpo a los propietarios, que inmediatamente lo cortaron y asaron para la cena.

Como era un lugar muy bueno para las aves, decidí quedarme un mes más y aproveché la oportunidad de una embarcación nativa que partía a Dobbo para enviar a Alí en busca de más municiones y provisiones. Zarparon el 10 de abril y la casa estaba repleta con casi un centenar de hombres, muchachos, mujeres y muchachas que traían sus cargas de caña de azúcar, plátanos, hoja de *sirih*, ñames y demás. Salía un muchacho de cada casa a vender el producto y a hacer compras. El ruido era indescriptible. Al menos cincuenta del centenar hablaban siempre al mismo tiempo, y no en los tonos bajos y comedidos del malayo apáticamente educado sino en voz alta, con gritos y carcajadas, y las mujeres y niños eran aún más escandalosos que los hombres. Sólo cuando me observaban se les apaciguaba

la lengua porque tenían la vista totalmente ocupada. El suelo vegetal negro que recubre aquí la roca de coral es muy rico y la caña de azúcar era mejor que cualquier otra. Las que cargaban en la embarcación muchas veces tenían tres y hasta tres y medio metros de longitud y eran gruesas en proporción, con breves uniones a lo largo que se hinchaban entre los nudos por la abundancia del rico jugo. En Dobbo se pide un alto precio por ellas, de uno a tres peniques por una, y hay una demanda insaciable entre las tripulaciones de los praos y los pescadores de Baba. Aquí la comen continuamente. Medio viven de ella y a veces alimentan a sus cerdos. En casi todas las casas hay montones de desechos de caña y los grandes canastos de mimbre que contienen estos desechos a medida que se va produciendo forman parte regular de los enseres de una casa. En cualquier momento del día que se entre en alguna de ellas se puede estar seguro de encontrar a tres o cuatro personas con casi un metro de caña en una mano, un cuchillo en la otra y una canasta entre las piernas, mondando, cortando, masticando y llenando la canasta con una asiduidad tan perseverante que recuerda a la de una vaca hambrienta paciendo o a una oruga comiéndose una hoja.

Después de una ausencia de cinco días, las embarcaciones regresaron de Dobbo y en ellas llegó Alí con todas las cosas que había ido a buscar a salvo. Se reunió un gran grupo dispuesto a trasladar a las casas las mercancías que llegaban, entre las que había muchos cocos que aquí son un gran lujo. Parece extraño que nunca los planten, pero es por la simple razón de que no pueden decidirse a enterrar un buen coco con el proyecto ventajoso de cosecharlo 12 años después. Existe también la posibilidad de que los desentierren y se los coman si no se vigilan día y noche. Entre las cosas que había encargado se encontraba una caja de arrack y, como es de suponer, fui asaltado con peticiones de una gotita. Les di una garrafa (aproximadamente dos botellas) que muy pronto se terminó y me aseguraron que muchos de los presentes no habían podido probarlo. Como temí que mi caja se vaciara muy pronto si atendía a todas sus demandas, les dije que les había dado uno pero que por el segundo tendrían que pagar y que después me tendrían que dar un ave del paraíso por cada uno. Enviaron de inmediato a recoger el dinero a todas las casas vecinas y lograron reunir una rupia en monedas de cobre holandesas. Así obtuvieron su segundo frasco y se lo bebieron con tanta rapidez como el primero, poniéndose muy parlanchines pero menos ruidosos e inoportunos de lo que yo imaginaba. Dos o tres de ellos se me acercaron y me pidieron por vigésima vez que les dijera el nombre de mi país. Entonces, como no podían pronunciarlo bien, insistieron en que los estaba engañando y que era un nombre que yo me había inventado. Un divertido anciano, que tenía un cómico parecido con un

amigo mío en Inglaterra, estaba casi indignado. “¡*Ung-lund!* —decía—, ¿quién ha escuchado alguna vez este nombre? *Ang-lang... Anger-lang...* éste no puede ser el nombre de un país; se está burlando de nosotros.” Entonces trató de dar una explicación convincente. “Mi país es Wanumbai... cualquiera puede decir Wanumbai. Yo soy un orang-Wanumbai; ¡pero *N-glung!*, ¿quién ha oído alguna vez este nombre? Díganos el verdadero nombre de su país y entonces, cuando usted se haya ido, sabremos cómo hablar de usted.” A este luminoso argumento y razonamiento no podía oponer más que firmeza y todo el grupo siguió convencido de que por una u otra razón los estaba engañando. Después me atacaron en otro punto: para qué conservaba con tanto cuidado todos los animales, aves e insectos. Me lo habían preguntado antes muchas veces y había tratado de explicarles que los iba a rellenar y hacer que parecieran vivos y la gente de mi país iría a verlos. Pero no les resultaba satisfactorio; en mi país debe de haber muchas cosas bonitas que ver y no podían creer que me tomara tantas molestias con sus aves y animales sólo para que la gente los viera. Ellos no querían mirarlos; y no podía ser que nosotros, que hacíamos telas de algodón, vidrio, cuchillos y todo tipo de cosas maravillosas, quisiéramos las de Aru para mirarlas. Era obvio que habían pensado sobre ello y llegado a la larga a lo que parecía una teoría satisfactoria, porque el mismo anciano dijo en voz baja y misteriosa: “¿Qué pasa con ellos cuando usted se va al mar?” “Bueno, van todos empacados en cajas —dije—. ¿Qué creía usted que les pasaba?” “Vuelven de nuevo a la vida, ¿verdad?”, dijo; y aunque traté de bromear al respecto y decirle que si así fuera tendríamos mucha comida en el mar, se aferró a su opinión y siguió repitiendo con aire de profunda convicción: “Sí, vuelven de nuevo a la vida, eso es lo que pasa, vuelven de nuevo a la vida”.

Después de un rato y mucha plática entre ellos, comenzó de nuevo: “Yo de esto lo sé todo, ¡ya lo creo! Antes de que usted llegara, llovía todos los días, un tiempo muy húmedo. Ahora, desde que usted llegó, el tiempo es bueno y caluroso. ¡Ya lo creo! Yo de esto lo sé todo. No puede engañarme”. Y así fue como fui declarado un conjurador, incapaz de negar la acusación. Pero el conjurador quedó completamente confundido por la pregunta siguiente: “¿Qué sabe —dijo el anciano— del gran barco en el que los bugis y los chinos van a vender sus cosas? Está siempre en alta mar y su nombre es *Jong*; hablemos de él”. Les pregunté en vano qué sabían de él; no sabían nada salvo que se llamaba *Jong*, estaba siempre en el mar y era un barco muy grande. Y terminaban diciendo: “¿Quizás éste es su país?” Al darse cuenta de que no podía o no iba a decirles nada sobre el *Jong*, empezaron de nuevo las quejas de por qué no les decía el verdadero nombre de mi

país y después siguió una larga serie de cumplidos respecto a que yo era un tipo de persona mucho mejor que los bugis y los chinos que a veces comerciaban con ellos porque yo les daba cosas a cambio de nada y no trataba de estafarlos. ¿Cuánto tiempo me iba a quedar?, fue la siguiente pregunta. ¿Me quedaría dos meses o tres? Ellos me conseguirían muchas aves y animales y, si se me acababan pronto todas las mercancías que había traído, decía el anciano, “no se vaya; mande buscar más a Dobbo y quédese aquí uno o dos años”. Y después de nuevo el viejo cuento: “Díganos el nombre de su país. Nosotros conocemos a los bugis, a los hombres de Macasar, a los de Java y a los de China; sólo de usted no sabemos de qué país es. ¡Ung-lung! no puede ser. Yo sé que éste no es el nombre de su país”. Como no veía fin a esta larga charla, dije que estaba cansado y que quería irme a dormir. Y después de pedir uno un poco de pescado seco para su cena y otro un poco de sal para comer con el sagú, se marcharon muy callados y yo salí a dar un paseo por los alrededores de la casa a la luz de la luna pensando en la gente simple y en los extraños productos de Aru; después me metí bajo mi mosquitera para dormir con una sensación de total seguridad en medio de estos benévolo salvajes.

Habíamos tenido siete u ocho días de clima caluroso y seco que redujeron el pequeño río a una sucesión de charcas poco profundas conectadas por un hilillo mínimo de agua. Si hubiera una época de sequía como la de Macasar, las islas Aru serían inhabitables ya que en ninguna de sus partes tienen más de 30 metros de altura, y como en conjunto consisten en una masa porosa de roca coralina, ésta permite que el agua de la superficie se filtre rápidamente. La única temporada de sequía que tienen es de uno o dos meses alrededor de septiembre u octubre, y después hay una gran escasez de agua hasta el punto de que cientos de aves y otros animales mueren de sed. Los nativos se trasladan entonces a casas cerca de las fuentes de los arroyuelos donde, en las profundidades umbrías de la selva, sigue habiendo una pequeña cantidad de agua. Incluso allí muchos tienen que caminar kilómetros en busca de agua, la cual conservan en grandes bambúes y usan muy racionadamente. Me aseguran que capturan y matan animales de todas clases vigilando los charcos de agua y poniendo cepos a su alrededor. Ésta sería la época ideal para obtener mis colecciones, pero la escasez de agua sería una gran molestia y la imposibilidad de irme del lugar antes de que pasara otro año me hizo descartar la idea.

Desde que salí de Dobbo sufrí mucho por los insectos, que parecían estar vengándose de mi larga y prolongada persecución de su raza. En el primer lugar que paramos, abundaban en la noche las moscas de arena y penetraban en

todas las partes del cuerpo produciendo una irritación más duradera que los mosquitos. Los más perjudicados eran mis pies y tobillos, que estaban completamente cubiertos de puntos que me atormentaban horriblemente. Cuando llegamos aquí nos encantó encontrar la casa sin moscas de arena ni mosquitos, pero en las plantaciones a las que iba en mis caminatas diarias pululaban los mosquitos diurnos, que parecían hallar un especial deleite en atacar mis pobres pies. Después de un mes de castigo incesante estos útiles miembros del cuerpo se rebelaron en contra de este trato y se declararon en insurrección, expulsando numerosas llagas ulceradas muy dolorosas que me impedían caminar. Así que me encontré confinado en la casa y sin ninguna posibilidad inmediata de poderla abandonar. Las heridas o llagas en los pies son especialmente difíciles de cicatrizar en los climas calientes y las temía más que a cualquier otra enfermedad. El confinamiento fue muy molesto, ya que el tiempo bueno y caluroso era perfecto para insectos y tenía todas las promesas de conseguir una buena colección. Sólo mediante una búsqueda diaria y perseverante se pueden obtener las clases más pequeñas y los especímenes más poco comunes e interesantes. Cuando me arrastraba hasta la orilla del río para bañarme, veía a menudo la mariposa de alas azules *Papilio ulysses* o alguna otra igualmente rara y bella. Pero no había nada que hacer más que esperar con paciencia y regresar callado a desollar pájaros o cualquier otro trabajo que tuviera dentro de casa. Las picaduras y mordeduras y la incesante irritación que produce esta plaga de las selvas tropicales se pueden soportar sin quejas, pero estar prisionero por su causa en un territorio tan rico e inexplorado donde se encuentran raras y hermosas criaturas en cualquier paseo por la selva, un territorio al que se llega después de un viaje tan largo y tedioso y que puede que en nuestro siglo nadie más visite con el mismo propósito, es un castigo demasiado severo para que un naturalista lo sufra en silencio.

Sin embargo, encontré algo de consuelo en los pájaros que mis muchachos me traían cada día, en especial con las *Paradisea*, que al fin obtuvieron en pleno plumaje. Era un descanso para mi mente obtenerlas porque me hubiera costado mucho separarme de Aru sin algunos ejemplares. Pero lo que aprecié casi tanto como las aves fue el conocimiento de sus costumbres que cada día obtenía con los relatos de mis cazadores y la conversación de los nativos. Las aves habían comenzado entonces lo que la gente llama su *sácaleli* o fiestas de baile en algunos árboles de la selva, no en los que son frutales como yo había imaginado al principio, sino en los que tienen una inmensa copa de ramas que se extienden y hojas largas pero no abundantes, proporcionando así un claro en el que las aves juegan y exhiben sus plumas. En uno de estos árboles, una docena o una veintena de

machos en pleno plumaje se reúnen, alzan las alas, estiran el cuello y elevan sus exquisitas plumas manteniéndolas en vibración constante. A intervalos, vuelan cruzando de una rama a otra con gran excitación y todo el árbol se llena de batientes plumas en todo tipo de posiciones y movimientos (véase la figura xxxvii.2). El ave es casi tan grande como un cuervo y color café vivo. La cabeza y el cuello son color amarillo paja en la parte superior y, en la inferior, verde metálico. Los largos penachos de plumas color anaranjado dorado brotan de ambos costados bajo cada ala y cuando el ave está en reposo quedan parcialmente ocultos bajo ellas. Pero, cuando está agitada, eleva las alas verticalmente sobre el lomo, inclina la cabeza y la estira, y las largas plumas quedan alzadas y extendidas hasta formar dos magníficos abanicos dorados con rayas rojo oscuro en la base, que se van difuminando hasta un tono café pálido en los puntos bellamente separados y suavemente ondulantes. Toda el ave queda entonces eclipsada por estos colores; el cuerpo encogido, la cabeza amarilla y la garganta verde esmeralda forman únicamente la base y el soporte de la belleza dorada que aletea en lo alto. Vista en esta actitud, el ave del paraíso merece en realidad su nombre y ha de ser catalogada entre las cosas vivas más bellas y maravillosas. Ocasionalmente seguí obteniendo ejemplares de la maravillosa y pequeña ave real, así como de una serie de palomas refulgentes, papagayos pequeños muy lindos y muchos pajaritos extraños muy parecidos a los de Australia y Nueva Guinea.

Aquí, como casi siempre que habité entre salvajes, me encantó la belleza de la forma humana, belleza de la que la gente civilizada que se queda en su país apenas puede hacerse una idea. ¿Qué son las estatuas griegas comparadas con los hombres vivos, en movimiento y en carne y hueso que veía a diario en mi entorno? La gracia libre del salvaje desnudo cuando se desplaza de un lado a otro en sus quehaceres diarios u holgazanea a sus anchas ha de ser vista para entenderla; y un joven cuando se inclina para saludar es la perfección de la belleza masculina. Sin embargo, las mujeres, salvo cuando son muy jóvenes, no son con mucho tan agradables de mirar como los hombres. Sus rasgos exageradamente marcados son muy poco femeninos y el arduo trabajo, las privaciones y los matrimonios pronto destruyen la belleza o la gracia que puedan poseer por un tiempo. Su atavío es muy simple pero también, siento decirlo, muy tosco y poco agradable. Consiste únicamente en un tejido de palma trenzado a tiras que llevan ajustado alrededor del cuerpo y que va del talle a las rodillas. Al parecer no se lo cambian hasta que se desgasta, casi nunca lo lavan y generalmente está muy sucio. Éste es el vestido universal a excepción de algunos casos en que han empezado a usar los *sarongs* malayos. Llevan el pelo crespo recogido en un mechón en la parte

de atrás. Les encanta peinarse o más bien pasarse una horca por los cabellos, para lo que utilizan un tenedor grande y de madera con dos púas separadas que responde al propósito de separar y ordenar la larga masa enmarañada y rizada de vegetación craneana mejor que cualquier peine. Los únicos adornos de las mujeres son aretes y collares que se colocan de varias maneras, siempre con mucho gusto. Con frecuencia los extremos del collar están unidos a los aretes y después se prolongan hasta la nuca formando un lazo. Les da realmente una apariencia elegante con las cuentas colgando graciosamente a cada lado de la cabeza, conectadas con los aretes, lo cual confiere un aspecto de utilidad a adornos tan bárbaros. Recomendamos este estilo a las del sexo bello que todavía tienen agujeros en las orejas de los que cuelgan sus aretes. Otro estilo de collar entre estas bellas papúas es llevar dos, cada uno colgado a un lado del cuello y prolongándose hasta debajo del brazo opuesto para que se crucen uno a otro. Esto les da un aire muy lindo debido al contraste de las cuentas blancas de dientes de canguro de las que están hechos y la piel oscura y lustrosa. Los aretes están formados por una barra de cobre o plata doblada para que los extremos crucen. Los hombres, como es habitual entre los salvajes, se adornan más que las mujeres. Llevan collares, aretes y anillos, y les encanta llevar una banda de hierbas trenzadas ajustada alrededor del brazo justo debajo del hombro, a la que pegan un mechón de cabello o plumas de colores vivos a modo de adorno. Dientes de animales pequeños, solos o alternados con cuentas negras o blancas, forman sus collares y a veces también los brazaletes. Pero para estos últimos prefieren alambre de latón o las púas de las alas —negras y espinosas— del casuario, que consideran un amuleto. Aros de cobre o conchas de mar en los tobillos o ligas tupidamente trenzadas debajo de la rodilla completan sus adornos ordinarios.

Un día vinieron a visitarnos unos nativos de Kobror, en el extremo sur, a los que se considera de las peores tribus y menos civilizadas de Aru. Tienen un aspecto bastante más salvaje de lo habitual por la gran cantidad de adornos que llevan. Uno de los llamativos es una peineta en forma de herradura grande que llevan en la frente y con los extremos descansando en las sienes. La parte posterior de la peineta está amarrada a un pedazo de madera, está trenzada con hojalata en la parte anterior y encima un penacho de plumas de cola de gallo. En otros aspectos, casi no se diferenciaban de las gentes con las que estaba viviendo. Me trajeron un par de aves y algunas conchas e insectos en muestra de que había llegado hasta su territorio la noticia del hombre blanco y sus andanzas. Probablemente no había ni un solo hombre en Aru en aquel momento que no estuviera enterado de mi existencia.

Además de los utensilios domésticos ya mencionados, las posesiones que traslada un nativo son muy escasas. Tiene una buena provisión de arcos, flechas y lanzas para cazar, un parang o cuchilla tajadera y un hacha, porque la edad de piedra ha desaparecido aquí a causa del intercambio comercial con los bugis y otras razas malayas. Prendida al cinturón o colgada del hombro, lleva una bolsita de piel y un bambú adornado que contiene nuez de betel, tabaco y cal, y una pequeña navaja alemana de mango de madera generalmente metida entre el paño de corteza que lleva amarrado a la cintura y la piel al desnudo. Todo hombre posee también un *cadjan* o estera para dormir, hecho de hojas anchas de pándano unidas pulcramente unas a otras en tres capas. Este petate tiene aproximadamente 120 centímetros por lado y cuando se dobla tiene un extremo cosido, de modo que forma una especie de saco abierto en uno de los extremos. En la parte cerrada se pueden colocar los pies o la cabeza o, si se lleva sobre la cabeza cuando llueve, hace las veces de abrigo y sombrilla. Se puede plegar sin que ocupe demasiado espacio para llevarlo más cómodamente y entonces constituye un cojín ligero y elástico, de modo que para viajar hace las veces de vestimenta, casa, cama y mueble todo en uno.

Los únicos adornos de una casa en Aru son trofeos de caza: mandíbulas de cerdos salvajes, cabezas y espinazos de casuario y penachos hechos con plumas de ave del paraíso, casuario y aves de corral. Las lanzas, escudos, mangos de cuchillos y otros utensilios están más o menos labrados en imaginativos diseños y las esteras y cajas están pintadas o trenzadas en nítidos dibujos color rojo, negro y amarillo. No debo olvidar estas cajas, ingeniosamente hechas de meollo de hojas de palma ensambladas y forradas de hoja de pándano, y recubiertas por fuera de las mismas hojas de hierbas trenzadas. Todas las junturas y ángulos están cubiertos de tiras de ratán cosidas con pulcritud. La tapa está cubierta con la espata color café y la palma areca que es impermeable al agua; la caja tiene un buen acabado, pulcro y fuerte. Tienen desde unos cuantos centímetros hasta casi un metro de largo, y, como son muy apreciadas por los malayos para guardar la ropa, constituyen un artículo de exportación regular. Los nativos usan las pequeñas para el tabaco o la nuez de betel, pero rara vez poseen suficiente ropa como para necesitar las de tamaño grande, que sólo elaboran para venderlas.

Entre los animales domésticos que se ven en las casas hay llamativos papayos, verdes, rojos y azules, unas cuantas aves de corral, a las que les cuelgan canastas bajo los aleros para que descansen en ellas, pero ellas duermen en el borde, y varios perros muertos de hambre y con aspectos de lobos. En vez de ratas y ratones hay unos extraños marsupiales pequeños, casi del mismo tamaño que los

ratones, que en la noche van de un lado a otro y mordisquean cualquier cosa comestible que se deje al descubierto. Hay cuatro o cinco clases de hormigas que atacan todo lo que no esté aislado en agua, pero una de estas clases incluso la cruza a nado; las arañas están al acecho en canastas y cajas o se ocultan en los pliegues de mi mosquitera; por todas partes hay ciempiés y miriápodos. Los he atrapado debajo de la almohada y sobre mi cabeza. En cada caja y debajo de cualquier fardo que ha estado tirado en el suelo algunos días sin tocar hay con toda seguridad escorpiones cómodamente acurrucados que elevan rápidamente sus formidables colas dispuestos a atacar o a defenderse. Estos compañeros parecen muy alarmantes y peligrosos, pero en conjunto no son tan malos como la irritación de los mosquitos o las plagas de insectos que a menudo infestan la casa. Estos últimos son un constante e incesante motivo de tormento y malestar mientras que se puede vivir mucho tiempo entre escorpiones, arañas y ciempiés por muy horribles y venenosos que sean, y no lo pican a uno. Después de vivir 12 años en los trópicos, nunca me ha mordido o picado ninguno.

Los perros flacos y hambrientos que he mencionado eran mis mayores enemigos y me mantenían constantemente en guardia. Si mis muchachos dejaban el ave que estaban desollando un minuto, se la llevaban seguro. Todo lo comestible había que colgarlo del techo para que estuviera fuera de su alcance. Un día, Alí acababa de desollar una hermosa ave real del paraíso cuando se le cayó la piel. Antes de que se pudiera inclinar para recogerla, un miembro de esta estirpe hambrienta la había agarrado; cuando logró rescatarla de sus colmillos estaba destrozada. Dos pieles de la gran *Paradisea* quedaron imprudentemente sobre mi mesa, ya bastante disecadas, preparadas para empacar y envueltas en papel. Al día siguiente ya no estaban y quedaban sólo unas cuantas plumas dispersas que indicaban el destino que habían tenido. Mi estante colgante estaba fuera de su alcance, pero una vez se me olvidó por estupidez una caja que hacía las veces de escalón y a la mañana siguiente ya había desaparecido un ave del paraíso en pleno plumaje. Alcanzaron a ver a un perro abajo de la casa mascando sus fragmentos y todas las hermosas plumas doradas pisoteadas en el fango. Todas las noches, en cuanto me metía en la cama, los oía merodear en busca de cualquier cosa que pudieran devorar, debajo de mi mesa y por todas mis cajas y canastos, manteniéndome en estado de suspenso hasta la mañana en caso de que se hubiera dejado por imprudencia algo a su alcance. Bebían el aceite de mi lámpara flotante o se comían la mecha y desordenaban o rompían mi loza si mis holgazanes muchachos la habían lavado con negligencia y dejado aunque fuera el olor de algo comestible. No obstante, malos como son en este lugar, eran todavía peores en la

casa dayak de Borneo en la que me quedé una vez, porque ¡royeron la parte de arriba de mis botas a prueba de agua y se comieron un gran pedazo de un viejo morral de cuero, además de devorar parte de mi mosquitera!

28 de abril. Ayer en la tarde tuvimos una gran sesión de consulta que obviamente había sido concertada y discutida de antemano. Una serie de nativos se reunieron en torno a mí y me dijeron que querían hablar. Dos de los mejores expertos en malayo se ayudaron uno al otro y el resto daban insinuaciones e ideas en su propio idioma. Me contaron una larga historia llena de divagaciones, pero, en parte a causa de su conocimiento imperfecto del malayo, en parte debido a mi propia ignorancia de los términos locales y en parte a la incoherencia de su narración, no acabé de entenderla del todo. No obstante, se trataba de una tradición y me alegré de saber que tenían algo de este tipo. Hace mucho tiempo, dijeron, llegaron unos forasteros a Aru y Wanumbai. Al jefe de la población de Wanumbai le desagradaron y quiso que se fueran, pero ellos no quisieron y así fue como empezó una pelea y muchos hombres de Aru murieron en ella y otros, junto con su jefe, fueron hechos prisioneros y los forasteros se los llevaron. Algunos de los portavoces dijeron que el jefe no fue hecho prisionero, sino que se alejó en su propia embarcación para huir de los forasteros y se hizo a la mar y nunca regresó. Pero ellos creen que el jefe y los hombres que huyeron con él viven todavía en algún país extranjero y, si pudieran saber en cuál, enviarían a buscarlos y los traerían de nuevo a su país. Ahora bien, como tienen una vaga idea de que los hombres blancos deben conocer todos los países que hay más allá del mar, querían saber si yo había visto a su gente en mi país o en el mar. Ellos pensaban que tenían que estar allí porque no podían imaginar dónde más. Los habían buscado por todas partes, dijeron, en tierra y mar, en la selva y en las montañas, en el aire y en el cielo, sin poder encontrarlos; por tanto, tenían que estar en mi país y me rogaron que les dijera, porque yo seguramente lo debía de saber ya que venía de más allá del gran mar. Traté de explicarles que sus amigos no podían haber llegado hasta mi país en embarcaciones pequeñas y que había muchas islas como Aru por todo el mar con las que seguramente se habrían encontrado. Además, como esto había sucedido hacía tanto tiempo, el jefe y todos los demás ahora estarían muertos. Pero se rieron bastante de esta idea y dijeron que estaban seguros de que vivían porque tenían prueba de ello. Y entonces me dijeron que hacía muchos años, cuando los que hablaban eran jóvenes, unos de Wokan que estaban pescando encontraron a esas gentes perdidas en el mar y les hablaron; y el jefe les dio a los hombres de Wokan 100 brazas de tejido para que las llevaran a los hombres de Wanumbai y así mostrarles que estaban vivos y que pronto regresarían

con ellos; pero los hombres de Wokan eran ladrones y se quedaron la tela y ellos se enteraron de esto después; y cuando les hablaron de esto, los hombres de Wokan lo negaron y pretendieron que no habían recibido el tejido; así que estaban seguros de que sus amigos estaban vivos y en alguna parte del mar. Y otra vez, no hacía muchos años, les llegó la noticia de que unos comerciantes bugis habían traído a algunos hijos de su gente perdida, así que fueron a Dobbo para ver de qué se trataba y el propietario de la casa, que era el que me hablaba en aquel momento, fue uno de los que fueron; pero el hombre bugis no los dejó ver a los niños y amenazó con matarlos si entraban en su casa. Guardaba a los niños encerrados en una gran caja y cuando se fue se los llevó. Al final de cada una de estas historias me suplicaban en tono implorante que les dijera si yo sabía en dónde estaban ahora su jefe y su gente.

A fuerza de preguntas, obtuve algunos datos de los forasteros que se habían llevado a su gente. Dijeron que eran asombrosamente fuertes y que cada uno podía matar a muchos hombres de Aru; y cuando resultaban heridos, por muy grave que fuera el daño, escupían en el suelo y sanaban de inmediato. Hicieron una gran red de ratanes, enredaron a sus prisioneros en ella y los hundieron en el mar; y al día siguiente, cuando jalaron otra vez la red a la playa, habían vuelto a la vida los hombres ahogados y se los habían llevado.

Me dijeron muchas más cosas por el estilo pero de un modo tan confuso y vago que no les pude sacar nada hasta que les pregunté cuánto tiempo hacía que todo esto había sucedido, y me dijeron que después de que su gente fue secuestrada llegaron los bugis en sus praos a comerciar en Aru y a comprar *tripang* y nidos de pájaros. No es imposible que algo similar a lo que relataban hubiera sucedido en realidad cuando los primeros descubridores portugueses llegaron a Aru, y esto había constituido la base de una acumulación incesantemente creciente de leyendas y fábulas. Estoy seguro de que para la próxima generación, o incluso antes, yo estaré transformado en un mago o en semidiós, un hacedor de milagros y un ser de conocimiento sobrenatural. Ahora ya creen que todos los animales que diseco volverán a la vida, y a sus hijos les contarán que vieron cómo resucitaban. Una racha inhabitual de buen tiempo justo a mi llegada les había hecho creer que puedo controlar las estaciones, y la simple circunstancia de que siempre esté caminando solo en la selva es para ellos una maravilla y un misterio, así como que les pregunte sobre animales y aves que aún no he visto y que muestre familiaridad con sus formas, colores y costumbres. Estos hechos son esgrimidos en mi contra cuando les digo que no conozco lo que ellos quieren que les diga. “Tiene que saber —dicen—; usted sabe todo: hizo que el tiempo fuera bueno para que

sus hombres pudieran cazar; y usted sabe todo de nuestros animales y aves tan bien como nosotros; y va solo a la selva y no tiene miedo.” Por tanto, cualquier confesión de ignorancia de mi parte se interpreta como una obcecada o mera excusa para eludir decirles demasiado. Mis mismos escritos y libros son para ellos cosas raras; y si quisiera confundirlos con unos cuantos experimentos simples con lentes e imanes se acumularían en torno a mí prodigios sin fin en unos cuantos años; y los futuros viajeros que penetraran en Wanumbai apenas creerían que un pobre naturalista inglés que residió unos cuantos meses entre ellos hubiera sido el origen de un ser sobrenatural al que se atribuían tantas maravillas.

Durante unos días noté una gran excitación y muchos forasteros llegaron armados con lanzas y machetes, arcos y escudos. Descubrí que había guerra cerca del lugar: dos aldeas vecinas tenían una pelea por algún asunto de política local que yo no podía entender. Me dijeron que era bastante común y que rara es la vez que no hay peleas en algún lugar cercano. Aldeas y tribus se involucran en luchas individuales y una de las causas más frecuentes de amargura y derramamiento de sangre es la falta de pago del precio de una persona. Me trajeron uno de los escudos guerreros para que lo observara. Estaba hecho de ratanes y cubierto de torzal de algodón para que fuera a la vez ligero, fuerte y muy resistente. Creo que resistiría una bala común. Aproximadamente a la mitad había un agujero para meter el brazo con una solapa o aleta encima. Esto permite meter el brazo y tensar el arco mientras que el cuerpo y el rostro hasta la altura de los ojos siguen protegidos, cosa imposible si se lleva el escudo en el brazo y con lazos amarrados a la espalda como es común. Unos cuantos hombres jóvenes de nuestra casa fueron a ayudar a sus amigos, pero no me enteré de si habían herido a alguno ni de si la pelea fue muy dura.

8 de mayo. Hacía seis semanas que estaba en Wanumbai pero más de la mitad del tiempo la había pasado acostado en casa por las llagas en los pies. Como mis provisiones ya casi se habían agotado, mis cajas de aves e insectos estaban llenas y no tenía ninguna posibilidad inmediata de poder utilizar mis piernas de nuevo, decidí regresar a Dobbo. Los pájaros habían sido muy escasos en los últimos días y las aves del paraíso aún no eran tan abundantes como los nativos me habían asegurado que lo serían en un mes. La gente de Wanumbai parecía sentir mucho mi partida y no tenía nada de raro, porque las conchas e insectos que recogían en el camino de ida y vuelta de sus plantaciones y las aves que los muchachitos cazaban con sus arcos y flechas los mantenían bien abastecidos de tabaco y gambir, además de posibilitarles la acumulación de cuentas y monedas de cobre para sus futuros gastos. El dueño de la casa obtenía gratis un poco de arroz, pescado o sal

siempre que lo pedía, y debo decir que no era muy a menudo. Cuando partí, distribuí entre ellos el remanente de sal y tabaco y di a mi anfitrión un frasco de arrack. Creo que, en conjunto, mi estancia entre estas gentes simples y de carácter benévolo fue motivo de placer y ganancia para ambas partes. Estaba convencido de que regresaría y, si hubiera sabido que las circunstancias me lo impedirían, hubiera sentido más pena al dejar el lugar donde vi por primera vez tantas cosas vivas extrañas y bellas y donde había disfrutado tan plenamente del gozo que llena el corazón del naturalista cuando tiene la fortuna de descubrir una zona hasta entonces inexplorada y que cada día ofrece tesoros nuevos e inesperados. Por la tarde cargamos nuestra embarcación y, zarpando antes de despuntar el día con la ayuda de un viento favorable, llegamos a Dobbo ya avanzada la tarde del mismo día.

XXXVIII. LAS ISLAS ARU

Segunda estancia en Dobbo

(Mayo y junio, 1857)

DOBBO estaba lleno a rebosar y tuve que ocupar el palacio de justicia donde los comisionados celebran sus sesiones. En aquellos días no estaban en la isla y la situación me resultó agradable, pues estaba situado a un extremo de la aldea con una vista que daba a la calle principal. Era una simple cabaña, pero la mitad tenía un piso de tablas toscas; levanté una división y abrí una ventana y lo convertí en una morada muy agradable. En una de las cajas que había dejado a cargo de herr Warzbergen se había establecido una colonia de pequeñas hormigas que habían depositado millones de huevos. Afortunadamente hacía un día caluroso y bueno y, después de transportar la caja a cierta distancia de la casa y de colocar cada pieza al sol una o dos horas, me deshice de ellas sin perjuicio, ya que por suerte pertenecían a una especie inofensiva.

Dobbo tenía un aspecto muy animado. Habían agregado cinco o seis casas nuevas a la calle; habían trasladado todos los praos al lado occidental de la punta, donde los halaban a la playa, los calafateaban y cubrían de una gruesa capa de yeso y cal blanca para el viaje de regreso; preparados de este modo, parecían los objetos más relucientes y limpios del lugar. Muchas de las embarcaciones pequeñas habían regresado del *blakang tana* (territorio posterior), como se le llama al lado de las islas que se encuentra hacia Nueva Guinea. Estaban apilando montones de leña detrás de cada casa; los que hacían velas y los carpinteros estaban muy atareados; hacían hatos de conchas de madreperla; y el negro y feo *tripang* ahumado recibía su última exposición al sol antes de cargarlo en las embarcaciones. La parte disponible de las tripulaciones se dedicaba a cortar madera en bloques cuadrados y las embarcaciones de Ceram y Goram descargaban constantemente sus cargas de tortillas de sagú para el viaje de regreso de los comerciantes. Las aves de corral, patos y cabras estaban gordos y tenían aspecto próspero gracias a los restos de la alimentación de una densa población, y los cerdos de los chinos estaban en un estado de obesidad que presagiaba una muerte temprana. Papagayos, loros y cacatúas de doce tipos diferentes se balanceaban en varas de

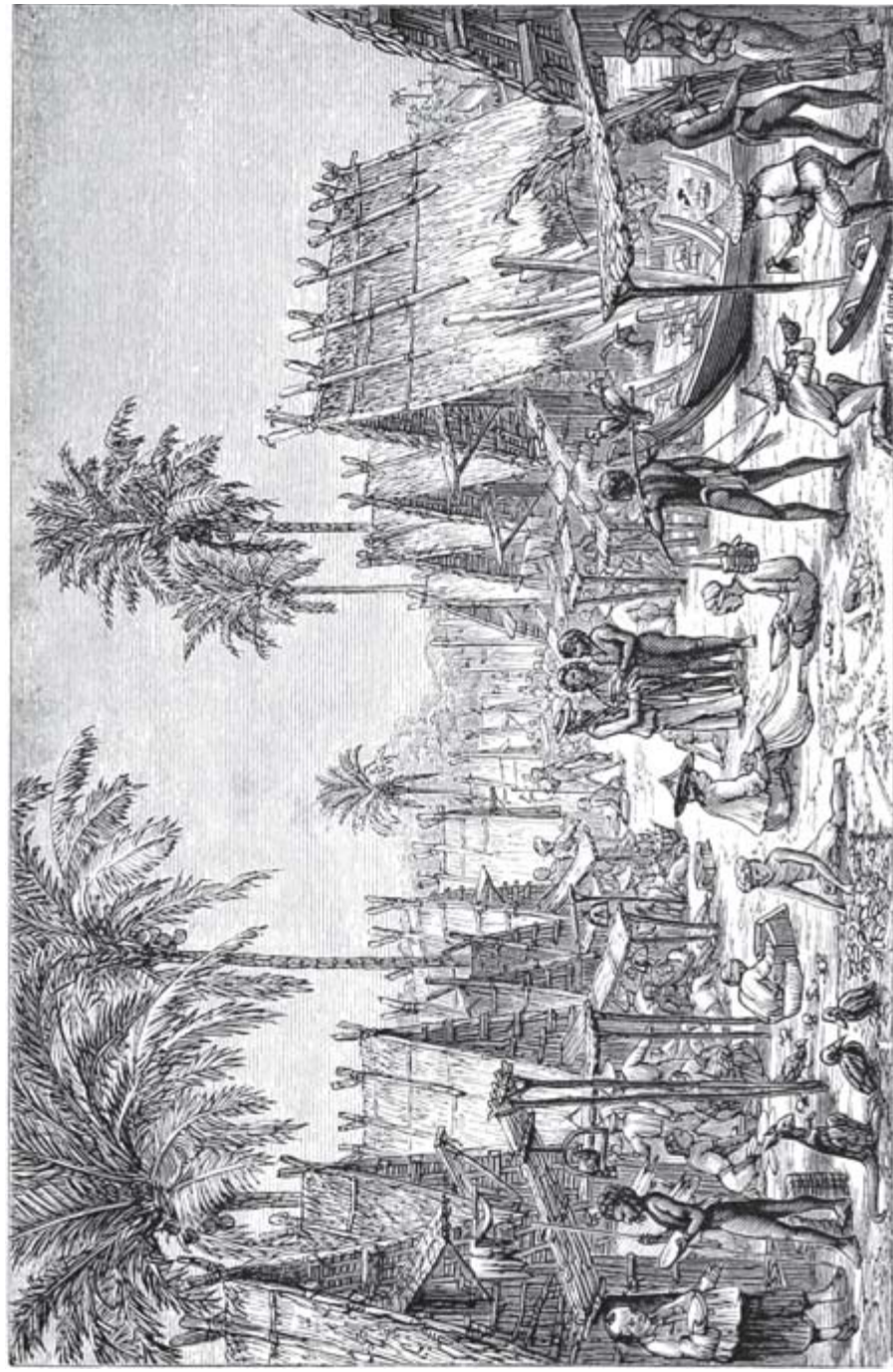


FIGURA XXXVIII.1. Dobbo. Dibujado en madera por Baines, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.

bambú, que colgaban de las puertas de las casas, y las palomas fruteras verde metálico o blancas arrullaban musicalmente al mediodía y al anochecer. Casuarios jóvenes con extrañas rayas negras y marrones se paseaban por las casas o brincaban jugueteando como gatitos al calor del sol, a veces junto a un canguro bastante pequeño, capturado en las selvas de Aru pero ya domesticado y con la gracia de un cervatillo amaestrado.

En la tarde había más signos de vida que en la época de mi primera estancia. Sonaban tom-toms, berimbaos y hasta violines, y en la noche se oían canciones melancólicas malayas a una distancia placentera. Casi todos los días había una pelea de gallos en la calle. Los espectadores forman un círculo y, después de amarrarles sus largos espolones de acero y colocar a los animales para que se acuchillen y maten uno al otro, la excitación es inmensa. Los que han hecho apuestas gritan, vociferan y brincan frenéticamente cuando creen que van a ganar o a perder. Pero en unos cuantos minutos todo ha terminado. Los vencedores vitorean, los dueños agarran a sus gallos, el vencedor es acariciado y admirado, el perdedor generalmente está muerto o muy malherido y su dueño muchas veces va arrancándole las plumas camino a casa, preparándolo para la olla mientras el pobre animal está todavía vivo.

Un juego de fútbol, que generalmente tenía lugar al atardecer, me resultaba sin embargo mucho más interesante. La pelota que usan es bastante pequeña, hueca, ligera, elástica, y está hecha de ratán. El jugador la mantiene bailando un rato sobre el pie y a veces sobre el brazo o el muslo hasta que de repente le da un buen golpe con el hueco del pie y la envía volando a lo alto. Otro jugador corre a encontrarla y al primer bote la recoge con el pie y sigue jugando. Nunca se ha de tocar la pelota con la mano, pero se usan a voluntad brazo, hombro, rodilla o el muslo para descansar el pie. Dos o tres jugaban con gran habilidad y mantenían la pelota continuamente al vuelo, pero el espacio era demasiado reducido para que luciera el juego. Una tarde hubo un altercado por alguna discusión referente al juego y se armó una gran trifulca que se temía que iba a terminar en pelea, y no sólo entre dos hombres sino entre un grupo de 12 o 20 de cada lado, una batalla formal con cuchillos y kris; pero después de grandes pláticas todo quedó tranquilo y luego ya no supimos más.

Como la mayoría de los europeos están dotados por la naturaleza de un abundante crecimiento de pelo en el rostro, creen que esto los desfigura y mantienen una continua lucha en su contra segando cada mañana la cosecha que ha crecido durante las 24 horas precedentes. Ahora bien, los hombres de la raza mongol son por naturaleza como muchos de nosotros quisiéramos ser. Pasan

toda la vida con rostros tan lisos y lampiños como el de un niño. Pero rasurarse parece un instinto de la raza humana porque muchas de estas gentes, como no tienen pelo que quitarse en el rostro, se afeitan la cabeza. No obstante, otros resuelven trabajar para obligar a la naturaleza a que les dé una barba. Uno de los principales peleadores de gallos en Dobbo era un javanés, especie de maestro de ceremonias de la arena que amarraba los espolones a los gallos y hacía de apostador de uno de los combatientes. Tras un asiduo cultivo, este hombre consiguió desarrollar un par de bigotes que eran un triunfo del arte porque cada uno de ellos estaba formado por una docena de pelos de más de siete centímetros de largo que, bien embadurnados y retorcidos, eran visibles (cuando no se estaba muy lejos) y se distinguían como si fuesen dos hilos negros colgando de cada uno de los lados de la boca. Pero la barba que hiciera juego con ellos era lo difícil, porque la naturaleza se había negado cruelmente a otorgarle algún rudimento de pelo en la barbilla y el jardinero más dotado no hubiera podido hacer nada, ya que no había qué cultivar. Pero los verdaderos genios triunfan sobre las dificultades. Aunque en la barbilla no había propiamente pelo, a un lado tenía un lunar o peca que contenía (como suele suceder) unos cuantos pelos perdidos. Les había sacado el máximo provecho. Habían alcanzado 10 o 12 centímetros de longitud y formaban otro hilo negro que colgaba del ángulo izquierdo de la barbilla. El dueño los llevaba como si se trataran de algo excepcional (y ciertamente lo eran); con frecuencia los acariciaba cariñosamente, se los pasaba entre los dedos y era evidente que estaba sumamente orgulloso de sus bigotes y su barba.

Uno de los hechos más sorprendentes relacionados con Aru era la excesiva baratura de todos los artículos de manufactura europea o nativa. Nos encontramos a 3 200 kilómetros de Singapur y Batavia, emporios del Extremo Oriente, en un lugar no visitado por los comerciantes europeos y casi desconocido para ellos. Todo nos llegaba después de pasar por lo menos por dos o tres manos y muchas veces por más. Aun así, el percal inglés y el paño de algodón americano se podían comprar por ocho chelines la pieza; los mosquetes por 15 chelines; las tijeras comunes y los cuchillos alemanes por tres medios peniques cada uno; y otra cuchillería, productos de algodón y de alfarería costaban la misma proporción. Los nativos de este territorio apartado pueden comprar todas estas mercancías aproximadamente al mismo precio en dinero que nuestros trabajadores en Inglaterra, pero en realidad les resultaban mucho más baratas porque el producto de unas cuantas horas de trabajo permitía a los salvajes adquirir en abundancia lo que para ellos son lujos, mientras que para el europeo son artículos básicos para su vida. El bárbaro no es más feliz ni vive más desahogadamente a causa de esta

baratura. Por el contrario, tiene en él un efecto dañino. Necesita el estímulo de la necesidad para trabajar, y si el hierro fuera tan caro como la plata y el percal tan suntuoso como la seda, el efecto sería benéfico para él. En la situación actual tiene más horas de ocio, obtiene un abastecimiento más constante de tabaco y se puede intoxicar más a menudo con arrack y más a fondo; porque el hombre de Aru desprecia emborracharse a medias y un vaso de arrack no es más que un leve estímulo y sólo con medio galón de alcohol se sentirá achispado y a sus anchas.

No es agradable reflexionar sobre este estado de las cosas. Por lo menos la mitad de las vastas multitudes de pueblos incivilizados, a los que nuestro sistema de manufactura gigantesco, nuestro enorme capital y nuestra intensa competencia imponen el producto de nuestros telares y talleres, no estarían ni un ápice peor físicamente y mejorarían moralmente si todos los artículos con los que los abastecemos doblaran o triplicaran sus precios actuales. Si al mismo tiempo la diferencia de costo, o una gran proporción de ella, acabara en los bolsillos de los trabajadores que los han elaborado, habría miles que pasarían de un estado de necesidad a vivir cómodamente, de la hambruna a la salud, y se eliminaría así uno de los grandes incentivos de la delincuencia. Para un inglés es difícil evitar contemplar con orgullo nuestras gigantescas y crecientes manufacturas y comercio y pensamos que es bueno todo lo que los haga avanzar aún más rápidamente, ya sea reduciendo el precio al que se pueden producir los artículos o bien descubriendo nuevos mercados a los que enviarlos. Pero si les hiciéramos la pregunta que con tanta frecuencia se plantea respecto a los partidarios fervientes de las ciencias menos populares —*¿cui bono?*—, descubriríamos que es mucho más difícil de responder de lo que nos imaginábamos. Las ventajas, incluso para los pocos que las cosechan, se vería que son en gran parte físicas, mientras que el extendido perjuicio moral e intelectual resultante del trabajo incesante, salarios bajos, viviendas apiñadas y ocupaciones monótonas comparado con, quizás, un número igualmente grande de los que se benefician realmente mostraría un saldo de males tan grande que llevaría a dudar a los que más admiran nuestra manufactura y comercio de la conveniencia de un desarrollo de los mismos. Se dirá: “No podemos parar; el capital se ha de invertir; se ha de mantener trabajando a nuestra población; si vacilamos un solo momento, otras naciones que ahora nos están presionando fuertemente nos adelantarán y de ahí seguiría la ruina nacional”. Hay algo de cierto en esto y algo de falaz. Se trata sin duda de un difícil problema que tenemos que resolver; y yo me inclino a pensar que esta dificultad es lo que hace que los hombres lleguen a la conclusión de que lo que parece un estado necesario e inalterable de cosas ha de ser bueno y sus beneficios han de ser ma-

yores que sus fallas. Ésta era la sensación de los norteamericanos que abogaban por la esclavitud: no podían ver una salida fácil y cómoda a ella. No obstante, en nuestro caso es de esperar que, si una reflexión justa del asunto con todas sus repercusiones mostrara que predominan los perjuicios provocados por la inmensidad de nuestras manufacturas y comercio —daño que debe ir en aumento a medida que éstas se incrementan—, haya suficiente prudencia política y verdadera filantropía en los ingleses como para inducirlos a desviar su superabundante riqueza por otros canales. El hecho que motiva estas observaciones es sin duda sorprendente: que en uno de los rincones más remotos de la tierra los salvajes pueden comprar ropa más barata que la gente del país en el que se hace; que el hijo del tejedor tiemble de frío en el viento invernal sin poder adquirir artículos que están al alcance de los nativos salvajes de un clima tropical, donde la vestimenta es mero adorno o lujo, debe hacernos reflexionar antes de contemplar con simple admiración el sistema que condujo a semejante resultado y hacer que veamos con cierta sospecha la extensión aún mayor de ese sistema. No hay que olvidar tampoco que nuestro comercio no es un crecimiento puramente natural. Ha sido siempre fomentado por el cuerpo legislativo y llevado a una exuberancia artificial mediante la protección de nuestras flotas y ejércitos. La prudencia y la justicia de una política de este tipo ya han sido puestas en duda. Por tanto, en cuanto se vea que una ulterior extensión de nuestra manufactura y comercio sería dañina, el remedio no hay que buscarlo muy lejos.

Después de seis semanas de encierro en la casa, acabé mejorando y pude emprender de nuevo mis paseos diarios por la selva. No la encontré, sin embargo, tan productiva como a mi llegada a Dobbo. Las sendas estaban húmedas y estancadas, y los insectos escaseaban mucho. En algunos de los mejores lugares de recolección ahora encontraba un montón de troncos podridos mezclados con brotes frescos y sobrepoblados de trepadores, aunque siempre me las arreglaba para cada día agregar algo a mis extensas colecciones. Una vez encontré un curioso ejemplo de falta de instinto que, al mostrar que éste es falible, hace que sea muy dudoso que se trate de algo más que de un hábito hereditario y que dependa de sutiles modificaciones de los sentidos. Unos marineros habían talado un árbol de buen tamaño y, como era mi costumbre, yo lo visité a diario durante cierto tiempo en busca de insectos. Entre otros escarabajos había enjambres del pequeño y cilíndrico barrenillo de la madera (*Platypus*, *Tesserocerus* y demás) que empezaban a hacer agujeros en la corteza de los troncos. Después de uno o dos días quedé sorprendido al descubrir centenares pegados a los agujeros que habían perforado y, al examinarlos, descubrí que la savia lechosa del árbol era de la natu-

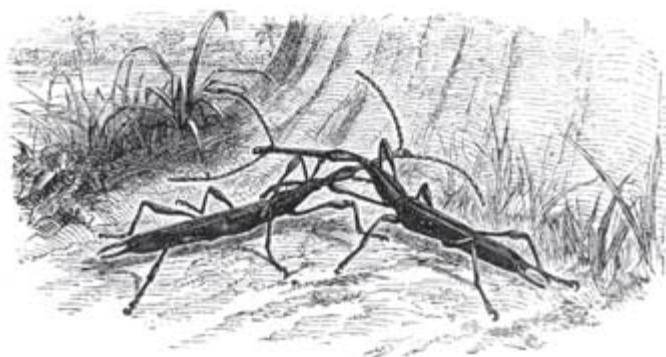


FIGURA XXXVIII.5. Machos de *Brentidae* (*Leptorhynchus angustatus*) peleando.
Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

raleza de la gutapercha y se endurecía rápidamente al contacto con el aire, con lo cual engomaba a los pequeños animales en las tumbas cavadas por ellos mismos. El hábito de horadar agujeros en árboles en los que depositar sus huevos no iba acompañado de un conocimiento instintivo suficiente de qué árboles eran los adecuados y cuáles los destructivos. Si, como es muy probable, estos árboles tienen un olor que resulta atractivo a ciertas especies de barrenillos, es muy posible que las lleve a la extinción de la especie, mientras que otras especies a las que este mismo olor resulta desagradable y que por tanto evitan los árboles peligrosos sobrevivirán y nosotros les atribuiremos un instinto, aunque en realidad las guía una simple sensación.

Estos curiosos escarabajitos, los Brentidae, abundaban mucho en Aru. Las hembras tienen un rostro puntiagudo con el que taladran profundos agujeros en la corteza de los árboles muertos; muchas veces entierran el rostro hasta la altura de los ojos y en estos agujeros depositan sus huevos. Los machos son más grandes y tienen el rostro dilatado en la punta y a veces termina en un par de mandíbulas de buen tamaño. Una vez vi a dos machos peleando; cada uno tenía una de las patas anteriores tendida por detrás del cuello del otro y el rostro inclinado en una actitud de desafío que les daba un aspecto de lo más ridículo. Otra ocasión había dos peleando por una hembra que permanecía cerca y muy atareada taladrando su agujero. Se empujaban uno al otro con el rostro y se arañaban y golpeaban aparentemente con toda la rabia, aunque sus cotas de malla deben de haberles salvado de cualquier daño. El pequeño, no obstante, se escapó reconociéndose vencido. En la mayoría de los coleópteros la hembra es más grande que el macho y es interesante advertir en lo concerniente a la cuestión de la selección

sexual que, en este caso, como en el de los ciervos voladores en que los machos pelean entre sí, los machos tendrían que estar no sólo mejor armados sino también poseer un tamaño mucho mayor que el de las hembras.

Precisamente cuando nos íbamos, un hermoso árbol, afín a la *Erythrina*, estaba en flor y exhibía grandes cantidades de flores carmesí esparcidas por todas partes de la selva. Si hubiera sido posible contemplarlo desde cierta altura, el efecto hubiera sido bello; desde abajo sólo se alcanzaban a ver masas de espléndidos colores en agrupamientos y festones por las que revoloteaban y chillaban bandadas de loros azules y anaranjados.

Durante esta temporada murió bastante gente en Dobbo, creo que unas veinte personas, y fueron enterradas en una pequeña arboleda de casuarinas que había detrás de mi casa. Entre los comerciantes había un sacerdote mahometano que dirigía los funerales, muy simples. Se envolvía el cuerpo en un paño de algodón blanco y nuevo y se trasladaba a la tumba sobre un féretro. Todos los espectadores se sentaban en el suelo y el sacerdote cantaba algunos versos del Corán. Las tumbas estaban rodeadas de una cerca de bambú ligero y se colocaba un pequeño poste de madera labrada para señalar el lugar. En la aldea había también una pequeña mezquita a la que los fieles iban a orar los viernes. Probablemente está más lejana de la Meca que cualquier otra mezquita del mundo y marca la extensión más extrema hacia el oriente de la religión mahometana. Los chinos, aquí como en cualquier otra parte, muestran su riqueza y civilización superiores con lápidas en las tumbas de sólido granito traído de Singapur, con inscripciones profundamente talladas, cuyos caracteres están pintados de rojo, azul y dorado. Ningún pueblo tiene más respeto por las tumbas de sus parientes y amigos que este pueblo tan extraño, ubicuo y adinerado.

Poco después de regresar a Dobbo, mi muchacho de Macasar, Baderoon, tomó su salario y me abandonó porque lo había regañado por su holgazanería. A partir de entonces se dedicó a apostar en el juego; al principio tuvo suerte y se compró adornos y tenía mucho dinero; después le cambió la suerte. Perdió todo, pidió dinero prestado y también lo perdió, por lo que tuvo que convertirse en esclavo de su acreedor hasta que le pagara la deuda con trabajo. Era un muchacho rápido y activo cuando quería, pero tenía propensión a la holgazanería y una tendencia tan incorregible al juego que es probable que hiciera de él un esclavo el resto de su vida.

Se aproximaba el fin de junio y el monzón del este ya había comenzado, por lo que Dobbo iba a ser abandonado en una o dos semanas. Se veían por todas partes los preparativos de la partida, y los días de sol eran bastante poco fre-

cuentas entonces, las calles estaban pobladas como una colmena. Metían en sacos montones de *tripang* finalmente seco; se transportaba madreperla, amarrada con ratanes en manojos adecuados, a la playa para cargarla en las embarcaciones; se llenaban barricas de agua y se remendaban paños y velas de estera, remendándolas para el regreso a casa antes del fuerte viento del este. Casi todos los días llegaban grupos de nativos de las partes más distantes de las islas con cargamentos de bananas y caña de azúcar para intercambiar por tabaco, tortillas de sagú y otras exquisiteces antes de la partida general. Los chinos mataron su obeso cerdo e hicieron su fiesta de despedida y muy amablemente me enviaron un poco de cerdo y una vasija con un guiso de nidos de pájaro que no tenía mucho más sabor que un plato de fideos. Mi muchacho Alí regresó de Wanumbai, donde lo había enviado una semana solo para comprar aves del paraíso y preparar pieles; me trajo dieciséis especímenes espléndidos y si no hubiera caído enfermo con temperatura intermitente hubiera podido conseguir el doble. Había vivido con la gente cuya casa yo había ocupado y una prueba de su bondad, cuando se les trataba amablemente, es que aunque llevaba una cantidad en dólares de plata para pagar las aves que le cazaran, no hicieron ningún intento de robarle, cosa que hubieran podido hacer con la más total impunidad. Fue amablemente tratado en su enfermedad y llegó a mí con el resto de los dólares que no había gastado.

La población de Wanumbai, como casi todos los habitantes de las islas Aru, son completos salvajes y no vi signos de ninguna religión. No obstante, hay tres o cuatro aldeas en la costa donde residen los maestros de escuela procedentes de Amboina y la gente es nominalmente cristiana y hasta cierto punto está educada y civilizada. No pude enterarme mucho de las costumbres de la población de Aru durante mi breve estancia, pero es evidente que está muy influida por su larga asociación con los comerciantes mahometanos. Suelen enterrar a sus muertos a pesar de que la costumbre nacional es dejar expuesto el cuerpo en una plataforma elevada hasta que se descomponga. Aunque no hay límite en el número de mujeres que puede tener un hombre, son pocas las veces que pasan de una o dos. Normalmente se compra la mujer a los padres y el precio consiste en un gran surtido de artículos, entre los que siempre se cuentan gongs, vasijas y telas. Me dijeron que algunas de las tribus matan a los ancianos y ancianas cuando ya no pueden trabajar, pero yo vi muchas personas ancianas y decrépitas que parecían bastante bien atendidas. No cabe duda de que todos los que tienen mucho intercambio con los comerciantes bugis y cerameses van perdiendo poco a poco muchas de sus costumbres nativas, en especial cuando estas gentes se establecen en sus aldeas y se casan con mujeres nativas.

El comercio que tiene lugar en Dobbo es considerable. Ese año había quince praos grandes procedentes de Macasar y tal vez un centenar de embarcaciones pequeñas de Ceram, Goram y Kai. Los cargamentos de Macasar tienen un valor aproximado de unas 1 000 libras esterlinas cada uno y las otras embarcaciones se llevan tal vez unas 3 000 libras en valor, de modo que todas las exportaciones ascenderían a unas 18 000 libras al año. Los artículos más grandes y voluminosos son la madreperla y el *tripang*, o *bêche-de-mer*, con cantidades más pequeñas de caparazones de tortuga, nidos de aves comestibles, perlas, maderas ornamentales, maderamen y aves del paraíso. Éstas se adquieren con una variedad de mercancías. De arrack, aproximadamente igual de fuerte que el ron común de las Indias occidentales, se consumen anualmente 3 000 cajas, cada una con un contenido de 15 botellas de medio galón. El tejido nativo de Célebes es muy apreciado por su durabilidad y se venden grandes cantidades, además de percal blanco inglés y algodones sin blanquear norteamericanos, loza común, cuchillería tosca, mosquetes, pólvora, gongs, pequeños utensilios de latón y colmillos de elefante. Los tres últimos artículos constituyen la riqueza de la población de Aru y con ellos pagan la compra de sus esposas o los atesoran como “propiedad real”. El tabaco para masticar tiene mucha demanda y ha de ser muy fuerte, porque de otro modo un hombre de Aru ni se fija en él. Después de saber lo poco que trabajan en general estas gentes, la cantidad de productos que obtienen cada año muestra que las islas deben estar densamente habitadas, en especial en las costas, ya que nueve décimas partes del total son productos marinos. El día 2 de julio dejamos Aru seguidos por todos los praos de Macasar, 15 en número, que estuvieron de acuerdo en navegar en nuestra compañía. Pasamos el sur de Banda y después navegamos hacia poniente sin ver tierra durante tres días hasta que divisamos unas islas de poca elevación al oeste de Buton. Tuvimos un viento del sureste fuerte y firme día y noche que nos llevó a unos cinco nudos por hora cuando un navío clíper hubiera hecho 12. A veces el cielo estaba nublado, oscuro y amenazante, con lloviznas ocasionales, hasta que se despejó al oeste de Buru y disfrutamos de los cielos luminosos y asoleados de la temporada de sequía el resto de nuestro viaje. Aproximadamente en este lugar es donde se dividen las estaciones de las regiones orientales y occidentales del archipiélago. Al oeste de esta línea, desde junio hasta diciembre el tiempo es bueno en general y con frecuencia muy seco, y el resto del año es la temporada de lluvias. Al este de la línea el tiempo es sumamente imprevisible y cada isla y cada costado de isla tienen sus propias particularidades. La diferencia parece que consiste no tanto en la distribución de los aguaceros como en las nubes y en la humedad de la atmós-

fera. Por ejemplo, en Aru, cuando nosotros partimos, los arroyuelos estaban todos secos a pesar de que el tiempo estaba nublado; mientras que en enero, febrero y marzo, cuando tuvimos el sol más cálido y los mejores días, siempre había corriente de agua en ellos. En Aru el tiempo más seco de todo el año es septiembre y octubre, precisamente igual que en Java y Célebes. Por tanto, las estaciones de lluvias coinciden con las de las islas occidentales, aunque el tiempo es muy diferente. El mar de las Molucas es de un azul muy oscuro, muy diferente al azul pálido y claro del Atlántico. En tiempo nublado y encapotado parece completamente negro, y cuando está encrespado y con espuma tiene un aspecto bravo y torvo. El viento siguió siendo favorable y fuerte durante todo el viaje y llegamos a Macasar totalmente seguros la tarde del 11 de julio, después de realizar la travesía desde Aru (a más de 1 600 kilómetros) en nueve días y medio.

Mi expedición a las islas Aru fue sumamente fructífera. Aunque permanecí encerrado durante meses en la casa a causa de mi enfermedad y perdí mucho tiempo por falta de medios de locomoción y por no estar en la temporada correcta en el lugar adecuado, me llevé más de 9 000 especímenes de objetos naturales de unas 1 600 especies distintas. Entablé contacto con una raza humana extraña y poco conocida; me familiaricé con los comerciantes del Extremo Oriente; gocé de los deleites de explorar una nueva fauna y flora, de las más extraordinarias y hermosas y menos conocidas del mundo; y logré el principal objetivo por el que había emprendido el viaje, a saber, obtener nuevos especímenes de las magníficas aves del paraíso y poder observarlas en sus selvas nativas. Este éxito me estimuló a continuar mis investigaciones en las Molucas y Nueva Guinea durante casi cinco años más, y ésta es aún la parte de mis viajes que recuerdo con más satisfacción.

XXXIX. LAS ISLAS ARU

Geografía física

y aspectos de la naturaleza

EN ESTE capítulo me propongo hacer un esbozo general de la geografía física de las islas Aru y su relación con los territorios circundantes. Así podré incorporar la información obtenida de comerciantes y de las obras de otros naturalistas a mis propias observaciones en estas regiones sumamente interesantes y tan poco conocidas.

Puede decirse que el grupo de Aru consiste en una gran isla central con una serie de pequeñas islas desparramadas a su alrededor. Los nativos y comerciantes llaman a la gran isla Tanabusar (gran tierra o tierra firme) para distinguirla en su conjunto de Dobbo o cualquiera de las islas aparte. Aru tiene una forma oblonga irregular, con aproximadamente 130 kilómetros de norte a sur y entre 60 y 80 de este a oeste, dirección en la que la atraviesan tres angostos canales que la dividen en cuatro partes. Los comerciantes llaman ríos a estos canales, lo cual me desorientó mucho hasta que navegué por uno de ellos y vi cuán adecuado era el nombre. El canal del norte, llamado río de Watelai, tiene aproximadamente 400 metros de ancho en su entrada pero pronto se estrecha hasta unos 200 metros, anchura que conserva con pocas variaciones a lo largo de su recorrido de casi 80 kilómetros, hasta que se ensancha de nuevo en la desembocadura al este. Su curso es algo sinuoso y las márgenes en general son secas y un poco elevadas. En muchos lugares hay acantilados bajos de roca caliza coralina y dura, más o menos erosionada por la acción del agua; otras veces, desde las orillas se extienden espacios llanos que llegan hasta las cadenas de colinas un poco al interior. Unos cuantos arroyuelos van a dar al canal a derecha e izquierda y en sus desembocaduras hay algunas islas rocosas. La profundidad es muy regular, de entre 10 y 15 brazas, por lo que tiene todos los rasgos de un verdadero río, salvo por el agua salada y la falta de corriente. Los otros dos ríos, cuyos nombres son Vorkai y Maykor, dicen que son muy similares en sus características generales, pero están bastante cerca uno de otro y tienen una serie de canales que los cruzan e interseccionan el terreno llano que los separa. En la parte sur de Maykor las márgenes son muy rocosas; a partir de ahí hasta el extremo meridional de Aru, hay una extensión ininterrumpida de terreno muy rocoso y bastante elevado penetrado por numerosos arroyuelos, en cuyos altos acantilados calizos que los bordean se encuentran los nidos comesti-

bles de pájaros. Todos mis informantes me aseguraron que los dos ríos meridionales son más grandes que el Watelai.

Las islas Aru en su conjunto son bajas pero de ningún modo tan llanas como han sido representadas o como parecen desde el mar. La mayor parte de su territorio es rocoso y seco, de superficie ligeramente ondulada, que se eleva de vez en cuando formando abruptas lomas o barrancas escarpadas y estrechas. A excepción de los trechos cenagosos que se encuentran en las desembocaduras de la mayoría de los arroyuelos, no hay absolutamente ningún terreno llano, aunque la elevación mayor no supera probablemente los 60 metros. La roca que se ve por todas partes en las hondonadas y arroyos es caliza coralina, en algunos lugares blanda y desmenuzable y en otros dura y cristalina como nuestra roca caliza montañosa.

Las pequeñas islas que circundan la masa central son muy numerosas, pero la mayoría están al lado este, donde forman una orla que se extiende hasta 20 o 25 kilómetros de las islas principales. Al oeste hay muy pocas islas y Wamma y Pulo Babi son las principales, junto con Ougia y Wassia en el extremo noroccidental. Al lado este el mar es poco profundo siempre y está lleno de coral; en él es donde se encuentran las madreperlas, que constituyen uno de los productos principales del comercio de Aru. Todas las islas están cubiertas por una tupida selva muy elevada.

Los rasgos físicos descritos tienen un particular interés y, hasta donde yo sé, son en cierta medida exclusivos, porque no he encontrado ningún otro dato de una isla del tamaño de Aru cruzada por canales con el aspecto idéntico a verdaderos ríos. Cómo se originaron estos canales era un completo enigma para mí hasta que, después de una reflexión sobre el conjunto de los fenómenos naturales que presentan estas islas, llegué a una conclusión que voy a tratar de explicar. Hay tres modos de concebir el origen de islas que no son volcánicas o el modo en que han llegado a su condición actual: mediante elevación, inmersión o separación de un continente o de una isla grande. La existencia de roca de coral o de playas elevadas muy al interior indica una elevación reciente; las lagunas de islas de coral y las que tienen una barrera o arrecifes que las rodean han sufrido inmersión; en tanto que nuestras islas inglesas, cuyos productos son exclusivamente los del continente adyacente, fueron separadas de él. Ahora bien, las islas Aru son de roca de coral y el mar adyacente es poco profundo y está lleno de coral. Por tanto es evidente que se han elevado desde abajo del océano en una época no muy remota. Pero si partimos del supuesto de que la elevación es la primera y única causa de su condición actual, no nos podremos explicar los peculiares canales fluviales

que las dividen. Las fisuras formadas durante el levantamiento no producirían la anchura regular, la profundidad regular o las curvas sinuosas que los caracterizan. Y la acción de mareas y corrientes durante la elevación podría formar estrechos de anchura y profundidad irregulares, pero no los canales fluviales que hay en la actualidad. Si partimos del supuesto de que el último movimiento fue inmersión y redujo el tamaño de las islas, estos canales son totalmente inexplicables porque la inmersión hubiera provocado necesariamente la inundación de todos los trechos de territorio bajos en las márgenes de los antiguos ríos y hubiera hecho desaparecer sus cursos; por el contrario, éstos se conservan perfectos y con una anchura prácticamente uniforme de un extremo al otro.

Ahora bien, si estos canales fueron en otro tiempo ríos, tendrían que haber descendido de algunas regiones elevadas que tendrían que haber estado al este, porque al norte y al oeste el fondo del mar se hunde a poca distancia de la costa hasta una profundidad insondable, mientras que al este se extiende un mar poco profundo que en ningún punto supera las 50 brazas, hasta llegar a Nueva Guinea, como a 250 kilómetros de distancia. Una elevación de sólo 100 metros convertiría todo este mar en un territorio relativamente alto y haría de las islas Aru una parte de Nueva Guinea. Y los ríos, que tienen sus desembocaduras en Utanata y Wamuka, hubieran seguido su curso atravesando Aru por los canales que ahora acarrean agua salada. Cuando el territorio intermedio se hundió, hemos de suponer que el terreno que ahora constituye Aru permaneció casi inalterado, suposición no muy improbable si tenemos en cuenta la gran extensión del mar poco profundo y lo poco que se hubiera tenido que desplomar el terreno para producirla.

Pero el hecho de que las islas Aru estuvieran conectadas en otro tiempo a Nueva Guinea no sólo se basa en esta prueba. Hay una similitud tan sorprendente entre los productos de ambos territorios como la que existe sólo entre partes de un territorio común. Yo coleccioné un centenar de especies de aves terrestres en las islas Aru y aproximadamente 80 se han encontrado en la tierra firme de Nueva Guinea. Entre ellas se encuentra el gran casuario sin alas, dos especies de pesados pavos de penacho y dos zorzaes de alas cortas, que con toda seguridad no hubieran podido cruzar poco más de 250 kilómetros de mar abierto hasta la costa de Nueva Guinea. Esta barrera es igualmente eficaz en el caso de muchas otras aves que viven únicamente en lo más recóndito de la selva, como es el caso de los cazadores reales (*Dacelo gaudichaudi*), los abadejos papamoscas (*Todopsis*), la gran paloma coronada (*Goura coronata*) y las pequeñas palomas de selva (*Ptilinopus perlatus*, *Ptilinopus aurantiifrons* y *Ptilinopus coronulatus*). Ahora

bien, para mostrar el efecto de una barrera así, vamos a tomar la isla de Ceram, a exactamente la misma distancia de Nueva Guinea pero separada de ella por un mar profundo. De unas setenta aves terrestres que habitan Ceram, sólo quince se encuentran en Nueva Guinea y ninguna es de especie terrestre o que frecuente la selva. El casuario es distinto; los alciones, papagayos, palomas, papamoscas, pájaros fraile, zorzales o cuculillos son casi siempre especies diferentes. Es más, por lo menos veinte géneros que son comunes a Nueva Guinea y Aru no se extienden a Ceram, lo cual indica, con una contundencia que cualquier naturalista apreciaría, que estos dos últimos territorios han recibido sus faunas de un modo absolutamente diferente. Además, en Aru hay un verdadero canguro y la misma especie se da en Misool, que es igualmente papúa en sus productos, en tanto que el mismo u otro estrechamiento aún habita en Nueva Guinea; pero no hay ningún animal similar en Ceram, que está a sólo 100 kilómetros de Misool. Hay otro pequeño marsupial (*Peramales doreyanus*) común a Aru y Nueva Guinea. Los insectos muestran exactamente los mismos resultados. Las mariposas de Aru son todas o bien especies de Nueva Guinea o bien formas con ligeras modificaciones, mientras que las de Ceram son más distintas de lo que son las aves de ambos territorios.

En la actualidad es por todos admitido que podemos razonar con seguridad partiendo de hechos como éstos que nos proporcionan un vínculo en las lagunas del registro geológico. Los movimientos ascendentes y descendentes por los que ha pasado cualquier territorio y la sucesión de los mismos pueden determinarse con gran precisión. Pero la geología por sí sola no puede decirnos nada de territorios que han desaparecido totalmente bajo el océano. En estos casos, la geografía física y la distribución de los animales y las plantas rinden un gran servicio. Si averiguamos la profundidad de los mares que separan un territorio de otro, podemos hacernos una idea de los cambios que tienen lugar. Si hay otras pruebas de sumersión, un mar poco profundo implica una conexión anterior de los territorios adyacentes. Pero si falta esta prueba o si hay razón para suponer un levantamiento del terreno, entonces el mar poco profundo puede ser el resultado de ese levantamiento e indicaría que los dos territorios quedarán unidos en algún momento futuro, pero no que han estado unidos previamente. Sin embargo, la naturaleza de los animales y las plantas que habitan esos territorios nos permitirá casi siempre determinar esta cuestión. Darwin nos ha mostrado que casi siempre podemos determinar si una isla estuvo conectada alguna vez con un continente o terreno más grande por la presencia o ausencia de mamíferos terrestres y reptiles. Lo que él denomina “islas oceánicas” carecen de ambos grupos de animales, aun-

que tengan una exuberante vegetación y un número considerable de aves, insectos y caracoles de tierra; por tanto, hemos de concluir que se originaron en medio del océano y que nunca estuvieron conectadas con las masas de tierra más cercanas. Santa Helena, Madeira y Nueva Zelanda son ejemplos de islas oceánicas. Poseen todas las demás clases de vida porque éstas tienen medios de dispersión sobre grandes extensiones de mar que los mamíferos terrestres y las aves no tienen, como explica cabalmente sir Charles Lyell en sus *Principios de geología* y Darwin en *El origen de las especies*. Por otra parte, puede ser que una isla no haya estado conectada nunca con los continentes o islas adyacentes y a pesar de todo posea representantes de todas las clases de animales debido a que muchos mamíferos terrestres y algunos reptiles tienen medios para atravesar cortas distancias de mar. Pero en estos casos el número de especies que emigraron de este modo será muy reducido y habrá grandes deficiencias, incluso en aves e insectos voladores que nosotros imaginamos que tienen facilidad para cruzar. La isla de Timor (como ya lo he mostrado en el apartado “Timor”) tiene este tipo de relación con Australia, porque si bien contiene varias aves e insectos de formas australianas, no se encuentra ningún mamífero ni reptil en ella, y faltan un gran número de las formas más abundantes y características de las aves e insectos australianos. Esto contrasta mucho con las islas británicas, en las que una gran proporción de plantas, insectos, reptiles y mamíferos de las partes adyacentes al continente están plenamente representados y carecen de grandes deficiencias en grupos extensivos, como siempre ocurre cuando hay razón para creer que no hubo tal conexión. El caso de Sumatra, Borneo, Java y el continente asiático es igualmente claro; muchos grandes mamíferos, aves terrestres y reptiles son comunes a todas y un número todavía mayor tienen formas estrechamente afines. Ahora bien, la geología nos ha enseñado que esta representación de formas afines en la misma localidad implica un lapso de tiempo e inferimos por lo tanto que en Gran Bretaña, donde casi todas las especies son absolutamente idénticas a las del continente, la separación fue muy reciente. Mientras que en Sumatra y Java, donde un número considerable de especies continentales están representadas por formas afines, la separación fue más remota.

A partir de estos ejemplos vemos el importante complemento de las pruebas geológicas, que es el estudio de la distribución geográfica de los animales y las plantas para determinar la antigua condición de la superficie de la tierra, y cuán imposible es comprender lo primero sin tomar en cuenta lo segundo. Los productos de las islas Aru nos proporcionan la prueba más contundente de que éstas, en una época no muy remota, formaban parte de Nueva Guinea; y los rasgos fisi-

cos particulares que he descrito indican que debieron permanecer a un nivel muy similar al que tienen ahora, ya que fueron separadas por la sumersión de la gran llanura que antiguamente las conectaba con ella.

Las personas que comparten la idea usual de la vegetación de los trópicos —que imaginan la abundancia y el esplendor de las flores y la magnífica apariencia de cientos de árboles selváticos cubiertos de masas de flores de gran colorido— se sorprenderán de saber que, aunque la vegetación en Aru es sumamente exuberante y variada y nos proporcionaría gran abundancia de plantas bellas y extrañas que adornarían nuestros invernaderos, por regla general las flores llamativas y esplendorosas están ausentes o son tan escasas que no producen ningún efecto en el panorama general. Para dar pormenores: visité cinco localidades distintas de las islas y vagabundee a diario por las selvas; recorrí más de 160 kilómetros de costa y de ríos durante un periodo de seis meses, la mayor parte del tiempo con muy buen clima, y hasta que estuve a punto de partir nunca vi una sola planta de esplendor o belleza sorprendente, apenas un arbusto que igualara al espino blanco y ni una trepadora que pudiera compararse a una madreSelva. No puede decirse que aún no era época de flores porque vi muchas hierbas, matorrales y árboles de selva floridos, pero todos con floraciones de un tono verde o blanco verdusco no más intenso que nuestros tilos. De vez en cuando, en las orillas de los ríos y las costas hay unas cuantas convolvuláceas, no comparables a nuestra *Ipomoea* de jardín, y en las zonas más umbrías de la selva algunas cingiberáceas color escarlata y púrpura, pero tan pocas y desperdigadas que desaparecían en la masa de vegetación verde y sin flores. A pesar de todo, las nobles *Cycadaceae* y los pinos de tornillo de nueve a 12 metros de altura, los elegantes árboles de helecho, las elevadas palmeras y la variedad de plantas hermosas y extrañas que encuentra la vista por todas partes confirman la calidez y humedad de los trópicos y la fertilidad del suelo. Es cierto que Aru me pareció excepcionalmente pobre en flores, pero se trata únicamente de una exageración de un rasgo tropical general, porque el conjunto de mi experiencia en las regiones ecuatoriales del oeste y el este me ha convencido de que en las partes más exuberantes de los trópicos las flores no abundan tanto y son en promedio menos llamativas y mucho menos eficaces para añadir color al paisaje que en los climas templados. Nunca vi en los trópicos masas tan esplendorosas de color como las que hasta Inglaterra puede lucir en sus terrenos baldíos recubiertos de hiniesta, sus laderas cubiertas de brezo, sus claros de jacintos silvestres, sus campos de adormideras, sus praderas de ranúnculos y orquídeas: alfombras amarillas, púrpuras, azul celeste y ardiente carmesí que los trópicos rara vez pueden desplegar. Nosotros tenemos

masas más pequeñas de color en nuestro espino blanco y manzano silvestre, nuestros acebos y fresnos de montaña, nuestra retama, dedalera, primula y arvejas moradas que revisten de vivos colores el país a lo ancho y a lo largo. Estas bellezas son muy comunes y son características del territorio y el clima; no hay que buscarlas, pues alegran la vista a cada paso. Por otro lado, en las regiones del ecuador, se trate de selva o de sabana, un lóbrego verde reviste la naturaleza por todas partes. Se puede caminar durante horas y hasta días y no encontrar nada que rompa la monotonía. Las flores son poco comunes y se encuentran —algo sorprendente— sólo a intervalos muy distantes.

La idea de que en los trópicos la naturaleza exhibe vivos colores y su aspecto general es más esplendoroso y variado en matices que en nuestro país ha llegado incluso a sentar las bases de teorías del arte, y se nos prohibió usar colores vivos en nuestra ropa y en las decoraciones de las casas porque se suponía que si así lo hacíamos íbamos en contra de las enseñanzas de la naturaleza. Este tipo de razonamientos es muy precario porque con la misma justicia podría defenderse que, puesto que poseemos facultades para apreciar los colores, tendríamos que compensar las deficiencias de la naturaleza y usar los tonos más alegres en aquellas regiones en que el paisaje es más monótono. Pero el supuesto en el que se basa este razonamiento es totalmente falso, de modo que, aun cuando esta lógica fuera válida, no tendríamos por qué temer contrariar a la naturaleza decorando nuestras casas y nuestros cuerpos con todos estos tonos alegres que tan pródigamente recubren nuestros campos y montañas, nuestros setos, bosques y praderas.

Es fácil reconocer qué es lo que llevó a este punto de vista erróneo sobre la naturaleza de la vegetación tropical. En nuestros invernaderos y exposiciones de flores reunimos las plantas más deslumbrantes procedentes de las regiones más remotas de la tierra y las mostramos unas junto a otras con una proximidad que nunca tiene lugar en la naturaleza. Un centenar de plantas diferentes, todas con flores de colores vivos, raras o espléndidas, son un espectáculo maravilloso cuando se ven juntas; pero tal vez no haya siquiera dos de estas plantas que se den juntas en estado natural, pues cada una habita una región distante de la otra o crece en una estación diferente. Además, todos los países extraeuropeos de clima moderadamente cálido tienen una idea muy confusa de los trópicos en su apreciación general y hay una vaga noción de que todo lo que es excepcionalmente hermoso *debe* proceder de las partes más calientes de la tierra. Pero el hecho es que sucede totalmente lo contrario. Los rododendros y las azaleas son plantas de regiones templadas, los grandes lirios provienen del templado Japón, y una gran proporción de nuestras plantas de flores más llamativas son originarias del Hi-

malaya, de El Cabo, de los Estados Unidos, de Chile o de China y Japón, todas regiones templadas. Ciertamente es que hay un gran número de flores grandiosas y espléndidas en los trópicos, pero en proporción con la masa total de la vegetación su número es sumamente bajo; así que lo que parece una anomalía es de todos modos un hecho y el efecto de las flores en el aspecto general de la naturaleza es mucho menor en las regiones ecuatoriales de la tierra que en las templadas.

XL. NUEVA GUINEA

Dorey

(De marzo a julio, 1858)

DESPUÉS de mi regreso de Gilolo a Ternate en marzo de 1858, hice los preparativos para mi viaje, tan deseado desde hacía tiempo, al territorio continental de Nueva Guinea, donde, como pensaba anticipándome, mis colecciones superarían las que ya había formado en las islas Aru. La pobreza en artículos usados por los europeos en Ternate se reveló cuando me puse a buscar en vano por todos los almacenes objetos tan comunes como harina, cucharas de metal, frascos de boca ancha, cera de abejas, un cortaplumas y un molcajete de piedra o metal con su mazo. Me llevé cuatro criados: mi capataz Alí y un muchacho de Ternate de nombre Jumaat (Viernes) para cazar; Lahagi, un hombre juicioso de mediana edad, para que cortara madera y me ayudara en la recolección de insectos; y Loisa, un cocinero javanés. Como sabía que en Dorey tendría que construir una casa, llevé 80 cadjans o esteras a prueba de agua hechos de hojas de pándano para cubrir mi equipaje al desembarcar y después sirvieran para techar la casa.

Zarpamos el 25 de marzo en la goleta *Hester Helena*, perteneciente a mi amigo Duivenboden, y emprendimos el viaje a lo largo de la costa norte de Nueva Guinea. Como tuvimos calmas y brisas ligeras, tardamos tres días en llegar a Gané, cerca del extremo sur de Gilolo, donde nos quedamos para llenar las barricas de agua y comprar unas cuantas provisiones. Conseguimos aves de corral, huevos, sagú, plátanos, camotes, calabazas amarillas, chiles, pescado y carne de ciervo seca, y por la tarde del 29 proseguimos nuestro viaje al puerto de Dorey. Pero no nos fue nada fácil avanzar, porque muy cerca del ecuador el monzón pierde totalmente su regularidad y, después de pasar la punta meridional de Gilolo, tuvimos calmas, leves bocanadas de viento y corrientes contrarias que nos mantuvieron cinco días con las mismas islas a la vista entre Gilolo y Popa. Entonces una racha nos llevó a la entrada de los estrechos de Dampier, donde volvimos a quedarnos sin viento y durante tres días más nos fuimos arrastrando por ellos. Llegaron varias canoas nativas de Waigeo por un lado y de Batanta por otro, que nos trajeron conchas comunes, esteras de hoja de palma, cocos y calabazas. Sus demandas eran muy extravagantes pues estaban acostumbrados a vender sus

bagatelas a balleneros y barcos chinos, cuyas tripulaciones adquieren cualquier cosa a diez veces su valor. Mis únicas compras fueron un flotador perteneciente a un arpón tortuguero labrado en forma de pájaro y una caja de hoja de palma muy bien hecha, y por ambos artículos di un anillo de cobre y casi un metro de percal. Las canoas eran muy angostas y estaban provistas de batangas y en algunas había sólo un hombre al que no le parecía nada raro navegar solo a 10 o 15 kilómetros de la costa. Eran papúas y muy parecidos a los nativos de Aru. Cuando salimos de los estrechos y estábamos en el gran océano Pacífico, tuvimos viento constante por primera vez desde que habíamos dejado Ternate, pero, desgraciadamente, después hubo calma y tuvimos que luchar en contra de ella virando una y otra vez el rumbo hacia la costa de Nueva Guinea. Yo contemplaba con intenso interés aquellas escarpadas montañas que se adentraban colina tras colina hacia un interior todavía no hollado por el hombre civilizado. Era el país del casuario y del canguro de árbol; aquellas selvas umbrías producían los más extraordinarios y hermosos habitantes con plumas de la tierra, las variadas especies de aves del paraíso. En unos cuantos días más confiaba estar en pos de ellas y de los insectos que las acompañan, casi tan hermosos como ellas. Pero seguimos durante algunos días sólo con calmas y vientos ligeros en contra y no fue hasta allá de abril cuando empezó a soplar una brisa favorable del oeste, a la que siguió una noche chubascosa que nos impidió entrar al puerto de Dorey. Entramos al día siguiente y anclamos en la pequeña isla de Mansinam, en la que vivían dos misioneros alemanes, Otto y Geisler. El primero vino inmediatamente a bordo a darnos la bienvenida y nos invitó a desembarcar y desayunar con él. Después nos presentó a su compañero —quien sufría horriblemente de un absceso en el tobillo que lo había tenido encerrado en casa seis meses— y a su esposa, una joven alemana que hacía sólo tres meses que había llegado al lugar. Desafortunadamente no hablaba ni malayo ni inglés y sólo podía imaginar cuáles eran nuestras alabanzas a su excelente desayuno por la justicia que le rendimos.

Estos misioneros eran hombres trabajadores y habían sido enviados a aquellas tierras porque eran más útiles para vivir entre salvajes que entre personas de educación superior. Llevaban dos años en el lugar y Otto ya había aprendido a hablar la lengua papúa con fluidez y había empezado a traducir algunas partes de la Biblia. No obstante, el idioma es tan pobre que se ha de usar un número considerable de palabras malayas y es muy dudoso que se pueda transmitir una idea de ese libro a personas con un grado tan bajo de civilización. Los únicos conversos nominales hasta el momento eran unas cuantas mujeres y algunos de los niños que asistían a la escuela, donde les enseñaban a leer pero sin grandes progresos.

Hay un rasgo de esta misión que yo creo que interferirá materialmente con su efecto moral. A los misioneros les está permitido comerciar para complementar los magros salarios que les asignan en Europa y, en consecuencia, se ven obligados a poner en práctica el principio comercial de comprar barato y vender caro con el fin de obtener alguna ganancia. Al igual que todos los salvajes, los nativos no se preocupan para nada del futuro y cuando reúnen sus pequeñas cosechas de arroz, llevan la mayor parte a los misioneros y se las venden a cambio de cuchillos, cuentas, hachas, tabaco u otros artículos que puedan necesitar. Unos meses después, en la estación de lluvias, cuando escasea el alimento, llegan a comprárselo de nuevo y les dan a cambio caparazones de tortuga, *tripang*, nuez moscada silvestre u otros productos. Obviamente, les venden el arroz a un precio mucho más alto que por el que lo compraron, como es perfectamente legítimo y justo, además la operación resulta beneficiosa para los nativos que de otro modo consumirían y desperdiciarían su alimento cuando fuera abundante y después se morirían de hambre. Aun así, no puedo imaginar que los nativos lo interpreten del mismo modo. Deben de ver a los misioneros comerciantes con cierta sospecha y no pueden estar tan seguros de que lo que predicen sea desinteresado, como sería el caso si actuaran como los jesuitas en Singapur. Lo primero que ha de hacer un misionero para intentar mejorar la condición de los salvajes es convencerlos a través de sus actos de que ha llegado a vivir entre ellos buscando sólo su bien y no con fines propios y privados. Para que éste sea el resultado, ha de actuar de modo diferente a los demás hombres y no comerciar ni aprovecharse de las necesidades de las personas a las que quiere vender sino entregarse a las que están en apuros. Sería bueno que se adaptara hasta cierto grado a las costumbres nativas y después se dedicara a mostrarles cómo pueden ir mejorando gradualmente para convertirlas en hábitos más sanos y agradables. Es probable que unos cuantos hombres enérgicos y dedicados, resueltos a actuar de esta manera, logran un decisivo mejoramiento moral en las tribus salvajes más primitivas, mientras que los misioneros comerciantes, que predicen la palabra de Jesús pero no actúan como él, es difícil que puedan hacer algo más que transmitirles un barniz religioso muy superficial.

El puerto de Dorey se halla en una linda bahía y a uno de sus extremos sobresale una punta elevada con dos o tres pequeñas islas que forman un fondeadero protegido. El único navío que había en puerto cuando llegamos era un bergantín holandés cargado de carbón para abastecer a un vapor de guerra cuya llegada se esperaba todos los días y que iba en viaje de exploración por las costas de Nueva Guinea con el propósito de encontrar un lugar en el que establecer una colonia.

En la tarde fuimos a visitarlo y desembarcamos en la aldea de Dorey en busca de un lugar donde construir mi casa. Otto hizo los preparativos con algunos de los jefes nativos para que enviaran hombres a cortar madera, ratanes y bambú al día siguiente.

Las aldeas de Mansinam y Dorey poseían algunas características que me eran nuevas. Las casas están completamente construidas en el agua y se llega a ellas por largos y toscos puentes. Son muy bajas y con el techo en forma de un barco grande con el fondo hacia arriba. Los postes que sostienen las casas, los puentes y las plataformas son de palos pequeños y curvos colocados sin ninguna regularidad y parece que se están tambaleando. Los pisos también son de palos, igualmente irregulares, y tan sueltos y separados que me resultaba casi imposible caminar sobre ellos. Las paredes son de pedazos de tablones, viejas embarcaciones, esteras podridas, *attaps* y hojas de palma, embutidas de cualquier modo aquí y allá, todo junto con el aspecto más miserable y ruinoso que se pueda imaginar. Bajo los aleros de muchas de las casas colgaban cráneos humanos, trofeos de sus batallas con los salvajes arfaks del interior que llegan a menudo a atacarlos. Una gran casa de asambleas en forma de barco estaba construida sobre grandes postes, todos groseramente labrados con representaciones de una mujer o un hombre desnudos, y en la plataforma anterior a la entrada había otras figuras aún más repulsivas. El dibujo de una antigua aldea lacustre que figura como frontispicio del libro de sir Charles Lyell, *Antiquity of Man* ["La antigüedad del hombre"], está básicamente copiado de un boceto de esta misma aldea de Dorey, pero la extrema regularidad de las estructuras que allí se representan no existe en la original, como es probable que tampoco existiera en las verdaderas aldeas lacustres.

Las gentes que habitan estas miserables chozas son muy similares a los isleños de Kai o Aru y muchos son muy bellos, altos y bien hechos, con facciones bien delineadas y grandes narices aquilinas. La tez es color marrón oscuro, a veces casi negro, y las bellas cabelleras revueltas de pelo crespo son más comunes que en otras partes y son consideradas un gran adorno, con una peineta de bambú de seis púas que hace las veces de peine metida en ellas. La usan continuamente en los ratos de ocio para mantener la tupida mata de pelo desenredada y peinada. La mayoría tienen el cabello corto y crespo y éste no parece susceptible de alcanzar un crecimiento tan exuberante. Una mata de pelo bastante parecida a ésta y casi tan abundante se encuentra entre los mestizos de indio y negro en Sudamérica. ¿Podría ser esto un indicio de que los papúas son una raza mestiza?

Los tres primeros días después de nuestra llegada estuve totalmente dedicado de la mañana a la noche a construir una casa con la ayuda de una docena de pa-



FIGURA XL.1. *Hombre papúa. Dibujado en madera por Baines, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

púas y mis propios hombres. Era muy difícil hacer que los hombres trabajaran, ya que sólo uno de ellos sabía unas cuantas palabras de malayo y únicamente a base de las gesticulaciones más exageradas y mediante una continua pantomima de lo que se necesitaba conseguíamos que hicieran algo. Si les hacíamos entender que se necesitaban unos cuantos postes más, que dos de ellos hubieran podido cortar fácilmente, seis u ocho insistían en ir juntos a pesar de que necesitábamos de su ayuda en otras cosas. Una mañana llegaron a trabajar 10 hombres y traían sólo una hachuela entre todos, aunque sabían que yo no tenía ninguna lista para usar. Escogí un lugar a unos 200 metros de la playa sobre un terreno elevado, junto al camino principal que iba desde la aldea de Dorey hasta los terrenos de aprovisionamiento y a la selva. A unos 20 metros había un arroyuelo que nos proporcionaba excelente agua y un lindo lugar para bañarnos. Sólo había maleza para cortar y a corta distancia se alzaban unos bellos árboles selváticos. Hicimos un claro de alrededor de 20 metros en la selva para tener luz y aire. La casa, de aproximadamente seis por cuatro metros, estaba construida completamente de madera con piso de bambú, una sola puerta de tejido de palma y una gran ventana que daba al mar, bajo la que instalé mi mesa y detrás de ella mi cama con una pequeña división entre ambas. Compré a los nativos una serie de esteras muy grandes de

hoja de palma con las que construimos excelentes paredes, y las que yo había traído las utilizamos para el techo y las cubrimos con attaps en cuanto conseguimos que nos los hicieran. En la parte exterior y más bien atrás de la casa, había un pequeño cobertizo que se usaba para cocinar y una banca techada en la que mis hombres se podían sentar a desollar aves y animales. Cuando todo estuvo terminado hice que subieran mis cosas y provisiones, las ordenamos convenientemente en el interior de la casa y después pagué a los papúas con cuchillos y hachas y les dije que podían irse. Al día siguiente nuestra goleta partió rumbo a las islas más al este y me encontré instalado como el único europeo habitante de la vasta isla de Nueva Guinea.

Como teníamos dudas acerca de los nativos, al comienzo dormíamos con las escopetas cargadas junto a nosotros y montando guardia. Pero después de unos días nos dimos cuenta de que la gente era amigable y nos sentimos seguros de que no se aventurarían a atacar a cinco hombres bien armados, así que dejamos de tomar precauciones. Aún nos quedaban uno o dos días de trabajo para acabar la casa, tapar goteras, colgar dentro y fuera los estantes en los que poner a secar los especímenes, abrir la senda para llegar hasta el agua y tener un espacio seco frente a la casa.

El día 17, como no había llegado el vapor, el barco carbonero zarpó después de esperar un mes en cumplimiento de su contrato. Y, el mismo día, mis cazadores partieron a cazar por primera vez y me trajeron una magnífica paloma coronada y unos cuantos pájaros comunes. Al día siguiente tuvieron más éxito y quedé encantado cuando los vi regresar con un ave del paraíso en pleno plumaje, un par de bellos loros papúas (*Lorius domicella*), otros cuatro loros y papagayos, un grajo (*Gracula dumonti*), un cazador real (*Dacelo gaudichaudi*), un alción de cola de raqueta (*Tanysiptera galatea*) y dos o tres aves más de menor belleza. Fui personalmente a visitar la aldea nativa que se encontraba sobre la colina más allá de Dorey y llevé conmigo algunos regalos consistentes en telas, cuchillos y cuentas para asegurarme la benevolencia del jefe y conseguir que enviara hombres a cazar o capturar aves para mí. Las casas estaban desperdigadas entre claros de selva rudamente cultivados. Las dos que visité consistían en un pasadizo central a cuyos lados se abrían otros más cortos que iban a dar a dos cuartos que eran la casa de dos familias. Estaban alzadas a por lo menos cuatro metros del suelo sobre una perfecta selva de palos, y eran tan toscas y estaban en tal estado de ruina que algunos de los pequeños pasadizos tenían agujeros en el piso de palos sueltos, a través de los que se podía caer un niño. Los habitantes eran de aspecto más feo que los de la aldea de Dorey. Son sin duda los verdaderos indígenas de esta

parte de Nueva Guinea, viven en el interior y subsisten del cultivo de la tierra y de la caza. Por otra parte, los hombres de Dorey son costeños, pescadores y comerciantes en pequeñas cantidades y tienen las características de una colonia que ha emigrado de otra comarca. Esta población serrana o arfaks difiere mucho en rasgos físicos. En general eran negros, pero había algunos color café como los malayos. El cabello, aunque siempre más o menos rizado, a veces era corto y desgredado en vez de largo, suelto y crespo, lo cual parecía producirse por una diferencia de constitución y no por efecto de cuidados. Casi la mitad sufrían de caspa o costras y enfermedades cutáneas. El anciano jefe pareció contento con los regalos y prometió (a través de un intérprete que llevé conmigo) proteger a mis hombres cuando vinieran a cazar y también conseguirme aves y animales. Mientras conversan, fuman tabaco de su propia cosecha en pipas hechas de una sola pieza de madera con un mango largo y vertical.

Llegamos a Dorey al final de la estación de lluvias, cuando todo el terreno está empapado de humedad. Las sendas nativas estaban tan descuidadas que muchas parecían meramente túneles cubiertos de vegetación, y en estos lugares había siempre una terrible acumulación de lodo. Para el papúa que anda desnudo esto no es mayor obstáculo. Vadea a través de ellas y en la primera corriente de agua que encuentra se limpia de nuevo; pero para mí, con botas y pantalones, era muy desagradable tener que cruzar estas charcas con barro hasta las rodillas todas las mañanas. El hombre que había llevado conmigo para que cortara madera cayó enfermo muy pronto después de nuestra llegada; de no haber sido así, lo hubiera puesto a abrir claros y nuevas sendas en los lugares de peor tránsito. Los primeros diez días llovió todas las tardes y todas las noches, pero gracias a que

salía cada hora de buen tiempo conseguí recolectar bastantes aves e insectos y encontré muchos de los que recolectó Lesson durante la visita que hizo en el *Coquille*, además de muchos otros nuevos. No obstante, parece que Dorey no es lugar para aves del paraíso, pues los nativos no están acostumbrados a conservarlas. Las que venden aquí proceden de Amberbaki, a unos 150 kilómetros al oeste, lugar al que los habitantes de Dorey van a comerciar.

Las islas de la bahía, junto con las tierras bajas cerca de la costa, parecen estar



FIGURA XL.2. *Pipa papúa*. Dibujado en madera por Baines, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.

formadas de levantamientos recientes de arrecifes de coral veteados de masas de coral poco alteradas. La cordillera que había detrás de la casa y que se extiende hasta la punta saliente en la costa es toda de roca de coral, aunque en las barrancas hay signos de una base estratificada y la roca es más compacta y cristalina. Por tanto, es probable que sea más antigua y que una elevación de época más reciente haya dejado al descubierto las tierras bajas y las islas. Al otro lado de la bahía se alza el gran bloque de las montañas Arfak, de las que los navegantes franceses dijeron que tienen unos 3000 metros de altura y están habitadas por tribus salvajes. Éstas son muy temidas por la población de Dorey, que frecuentemente ha sido atacada y saqueada por ellas, y tienen algunos de sus cráneos colgados afuera de las casas. Cuando me veían ir solo a la selva por algún punto en dirección de las montañas, los muchachos de la aldea me gritaban: “¡Arfaki! ¡Arfaki!”, lo mismo que hicieron con Lesson casi 40 años antes.

El 15 de mayo llegó el vapor de guerra holandés *Etna*, pero, como el barco carbonero se había ido, tuvo que quedarse hasta que regresara. El capitán sabía cuándo iba a llegar el carbonero y cuánto tiempo debía quedarse en Dorey y podría haber estado de regreso a tiempo, pero supuso que lo esperarían y no se apresuró. El vapor ancló justo enfrente de mi casa y tuve la ventaja de cada media hora oír sonar las campanas, algo muy agradable después del monótono silencio de la selva. El capitán, el médico, el ingeniero y otros oficiales me hacían visitas; los criados venían a lavar ropa al arroyo y el hijo del príncipe de Tidore, junto con uno o dos de sus compañeros, llegaba a bañarse. El resto del tiempo los veía muy poco y no tuve molestias con los visitantes tanto como había imaginado. Por esta época el tiempo comenzó a ser muy bueno, pero esto no hizo que aves e insectos fueran más abundantes y las aves nuevas escaseaban mucho. Nunca encontramos ninguna otra ave del paraíso además de la común y seguimos buscando en vano algunas de las otras aves que Lesson consiguió en este mismo lugar. Los insectos abundaban discretamente pero en promedio no eran tan bellos como los de Amboina, y de mala gana llegué a la conclusión de que Dorey no era un buen lugar para recolecciones. Las mariposas eran muy escasas y en su mayoría las mismas que había conseguido en Aru.

Entre los insectos de otros órdenes, los más raros y novedosos eran un grupo de moscas con cuernos de las que obtuve cuatro especies distintas posadas en troncos caídos y en putrefacción. Estos extraordinarios insectos, que han sido descritos por W. W. Saunders como un género nuevo y denominados *Elaphomia* o moscas ciervo, tienen aproximadamente un centímetro de longitud, cuerpo delgado y patas muy largas que juntan para elevar el cuerpo todo lo que pueden

de la superficie en la que se posan. El par de patas anteriores es mucho más corto y en general las estiran directamente hacia delante, de modo que parecen antenas. Los cuernos salen de debajo del ojo y parecen la prolongación de la parte inferior de la órbita. En la especie más grande y singular, denominada *Elaphomia cervicornis* o mosca de cuernos de ciervo, estos cuernos son casi tan largos como el cuerpo y tienen dos ramificaciones, con dos pequeñas protuberancias cerca de la bifurcación, de modo que parecen los cuernos de un ciervo. Son negras, con las puntas descoloridas, en tanto que el cuerpo y las patas son café amarillento y los ojos (cuando están vivas) violeta y verde. La otra especie (*Elaphomia wallacei*) es café oscuro con franjas y puntos amarillos. Los cuernos tienen aproximadamente una tercera parte de la longitud del insecto y son anchos, planos y de forma triangular alargada. Tienen un hermoso color rosado, bordeados de negro y con una franja central más pálida. La parte frontal de la cabeza también es rosa y los ojos son rosa violáceo con una raya verde que los atraviesa y que da al insecto un aspecto muy elegante y particular. La tercera especie (*Elaphomia alcicornis* o mosca ciervo de cuernos de alce) es un poco más pequeña que las dos descritas hasta ahora pero es de color parecido a la *Elaphomia wallacei*; los cuernos son muy sorprendentes, pues se dilatan abruptamente hasta formar un disco plano, visiblemente dentado en el borde exterior y que se parece mucho a los cuernos del alce, cuyo nombre ha recibido. Son de color amarillento bordeado de marrón y los tres dientes superiores tienen la punta color negro. La cuarta especie (*Elaphomia brevicornis*, mosca ciervo de cuernos cortos) difiere mucho de las demás. Es más corpulenta, de forma y de color casi negro con un anillo amarillo en la base del abdomen; las alas tienen rayas pardas y la cabeza está comprimida y dilatada a los lados con cuernos planos muy pequeños de color negro con un centro descolorido y que son exactamente como los rudimentos de los cuernos de las dos especies precedentes. Ninguna de las hembras tiene rastros de cuernos y Saunders clasifica en el mismo género una especie que no tiene cuernos en ninguno de ambos sexos (*Elaphomia polita*). Es color negro brillante y se parece a la *Elaphomia cervicornis* en forma, tamaño y aspecto general. Las ilustraciones representan a estos insectos de tamaño natural y en actitudes características.

Los nativos rara vez me trajeron algo. Son pobres criaturas que en pocas ocasiones disparan a un pájaro, cerdo o canguro y ni siguiera al holgazán cuscús parecido a la zarigueya. Los canguros de árbol son propios de este lugar pero deben de ser muy escasos porque mis cazadores, aunque salían todos los días a la selva, nunca vieron ninguno. Cacatúas, loros y papagayos eran realmente los únicos pájaros comunes. Hasta las palomas eran escasas y había muy poca variedad,

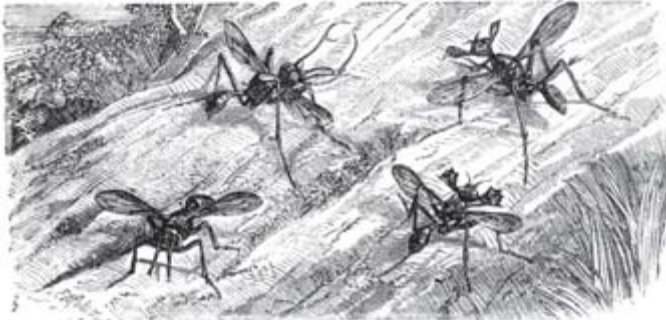


FIGURA XL.3. *Moscas con cuernos*: *Elaphomia cervicornis*, *Elaphomia wallacei*, *Elaphomia brevicornis*, *Elaphomia alcicornis*. Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

aunque ocasionalmente conseguimos la paloma coronada, que siempre era bienvenida como agregado a nuestra despensa tan pobremente abastecida.

Justo antes de llegar el vapor me había dañado el tobillo al encaramarme entre troncos y ramas de árboles caídos (que eran mi mejor terreno de recolección de insectos) y, como sucede habitualmente con las heridas en los pies en este clima, se convirtió en una obstinada llaga que me mantuvo en casa varios días. Cuando cicatrizó, tuve una inflamación interna del pie sobre la que, siguiendo los consejos del médico, tuve que ponerme cataplasmas continuamente durante cuatro o cinco días para desinflamar una grave hinchazón del tendón superior al tobillo. Hubo que poner ventosas a la hinchazón, abrirla con lanceta y medicarla con ungüentos y emplastos durante varias semanas hasta que llegué al borde de la desesperación, porque el tiempo había mejorado y sufría la tortura de ver pasar volando grandes mariposas por mi puerta y de pensar en las veinte o treinta nuevas especies de insectos que debería estar consiguiendo todos los días. Y esto, además, en Nueva Guinea, país que no volvería a visitar —un territorio en el que ningún naturalista había residido hasta entonces— y que contenía objetos naturales más raros, nuevos y hermosos que cualquier otra parte del globo. El naturalista podrá apreciar mis sentimientos, yo sentado desde la mañana hasta la noche en mi pequeña choza e incapaz de moverme sin una muleta y, como único solaz, las aves que mis cazadores me traían cada tarde y los insectos que mi hombre de Ternate, Lahagi, capturaba en sus paseos diarios sustituyéndome, pero obviamente sin conseguir ni la cuarta parte de los que yo hubiera logrado. Para colmo de desgracias, todos mis hombres estaban enfermos, algunos con calentura, otros con disentería o fiebres intermitentes; en cierto momento, había tres incapaci-

tados además de mí y sólo el cocinero estaba sano y con mucho que hacer para atendernos. El príncipe de Tidore y el residente de Banda estaban ambos a bordo del buque de vapor y en busca de aves del paraíso, para lo cual enviaban a hombres en todas direcciones, por lo que no me quedaba ninguna oportunidad ni siquiera de conseguir pieles nativas de las clases menos comunes. Y todas las aves, insectos o animales que la gente de Dorey tenía para vender los llevaban a bordo del vapor, donde se encontraban compradores para todo que les ofrecían a cambio una variedad de artículos mucho mayor de la que yo tenía para mostrarles.

Después de un mes de encierro en la casa pude empezar a salir un poco y, casi por la misma época, logré conseguir una embarcación y seis nativos para que llevaran a Alí y Lahagi a Amberbaki y los regresaran al cabo de un mes. Alí estaba encargado de comprar todas las aves del paraíso que pudiera conseguir y cazar y desollar todo otro tipo de aves raras o nuevas; y Lahagi iba a recolectar insectos que yo esperaba que fueran más abundantes que en Dorey. Cuando reemprendí mis paseos diarios en busca de insectos, encontré los alrededores muy cambiados en el buen sentido. Todo el tiempo que había estado inmóvil, la tripulación del barco y los soldados javaneses que habían llegado en un buque nodriza (una embarcación de vela que arribó poco después del *Etna*) se habían dedicado a talar, aserrar y partir grandes troncos para hacer leña con la que el vapor pudiera regresar a Amboina en caso de que no llegara el barco carbonero. También habían abierto varios caminos anchos y rectos en la selva en diversas direcciones con gran asombro de los nativos, que no entendían qué significaba todo aquello. Yo podía disponer de una serie de sendas y de una buena cantidad de madera seca en la que buscar insectos; pero, a pesar de todas estas ventajas, no eran ni mucho menos tan abundantes como en Sarawak, Amboina o Bacan, lo cual confirmaba mi opinión de que Dorey no era una buena localidad. No obstante, es bastante probable que se hubiera podido conseguir una cosecha mucho más abundante en algún lugar a algunos kilómetros al interior, lejos de las rocas corallinas de reciente elevación y a resguardo de la influencia de la brisa marina.

Una tarde fui a bordo del buque de vapor para corresponder a la visita del capitán y me mostraron unos cuantos dibujos muy bellos hechos por uno de los tenientes en la costa meridional y también en las montañas de los arfaks, a las que habían hecho una excursión. Por los dibujos y la descripción del capitán parecía que la población arfak era similar a la de Dorey, y no me contaron nada de la raza de cabello lacio que Lesson dice que habita en el interior pero que nadie ha visto nunca y cuyo relato sobre la misma sospecho que partió de algún error. El capitán me dijo que había hecho una inspección detallada de parte de la costa sur y

que si llegaba el carbón partirían de inmediato hacia la bahía de Humboldt, a 141° de longitud este, línea fronteriza de lo que los holandeses reclaman como Nueva Guinea. A bordo del buque nodriza encontré a un colega naturalista, un alemán de nombre Rosenberg, que era el dibujante del personal de topografía. Había llevado con él dos hombres para que cazaran y desollaran aves y había conseguido de los nativos algunas pieles poco comunes. Entre ellas había un par de la espléndida urraca del paraíso (*Astrapia nigra*) bastante bien conservadas. Las habían traído de la isla Jobie, que probablemente es su territorio nativo, como con seguridad lo es de las especies más raras de la paloma de corona (*Goura steursii*), de las que le trajeron un ejemplar vivo y se la vendieron a bordo. Pero Jobie es un lugar muy peligroso y con frecuencia matan a los marineros cuando desembarcan, y a veces hasta atacan a los navíos. Los nativos de Wandam, en la tierra continental que se encuentra enfrente de Jobie y donde dicen que hay muchas aves, son todavía peores y en ninguno de ambos lugares mi vida hubiera valido las adquisiciones de una semana si me hubiera aventurado a vivir solo y sin protección como lo hice en Dorey. A bordo del vapor tenían un par de canguros de árbol vivos. Se diferencian principalmente de los canguros de tierra por tener la cola más peluda, sin ensancharse en la base, y no la usan como sostén; también por las potentes garras de las patas anteriores mediante las que se sujetan a la corteza y las ramas y agarran las hojas de las que se alimentan. Se desplazan a saltos cortos sobre las patas posteriores, que no parecen especialmente adaptadas para trepar a los árboles. Se ha llegado a suponer que estos canguros de árbol son una adaptación especial a las selvas cenagosas y medio inundadas de Nueva Guinea y sustituyen a la forma usual del grupo, adaptada únicamente a terreno seco. Windsor Earl da mucha importancia a esta teoría, pero ésta tiene desafortunadamente en su contra el hecho de que los canguros de árbol se encuentren principalmente en la península septentrional de Nueva Guinea, compuesta totalmente de colinas y montañas con pocas llanuras, en tanto que el canguro de las planas islas de Aru (*Dorcopsis asiaticus*) es una especie de tierra. Una suposición bastante más probable sería que el canguro de árbol se ha modificado para poder alimentarse de follaje en las vastas selvas de Nueva Guinea, puesto que ésta es la gran característica natural que distingue a este territorio del de Australia.

El 5 de junio llegó el barco carbonero que habían enviado de nuevo desde Amboina transportando nuevas provisiones para el vapor. Como ya habían cargado casi toda la madera al barco, la descargaron de nuevo y cargaron el carbón, y el día 17 tanto el vapor como el buque nodriza zarparon hacia la bahía de Humboldt. Tuvimos de nuevo algo de tranquilidad y conseguimos alimentos, porque

mientras estuvieron las embarcaciones hasta el último pedazo de pescado o de verduras se llevaba a bordo y muchas veces tuve que alimentarme en dos comidas de un solo papagayo pequeño. Mis hombres regresaron de Amberbaki pero, ¡ay!, casi no me trajeron nada. Habían estado en varias aldeas e incluso se adentraron al interior en una expedición de dos días sin poder encontrar pieles de aves del paraíso que comprar excepto el ave común, e incluso de éstas muy pocas. Las aves que encontraron eran las mismas que las que había en Dorey, pero aún muy escasas. Los nativos que viven en lugares de la costa no cazan ni preparan aves del paraíso, que proceden de mucho más al interior, detrás de dos o tres cadenas de montañas, y van pasando mediante trueque de aldea a aldea hasta que llegan al mar. Allí las compran los nativos de Dorey y, a su regreso, se las venden a los bugis o a los comerciantes de Ternate. Por tanto, es inútil que un viajero vaya a cualquier lugar específico de la costa de Nueva Guinea al que hayan llevado aves del paraíso raras con la esperanza de conseguir ejemplares recién muertos de los nativos. Esto también demuestra la escasez de estas aves en cualquier localidad, ya que de la zona de Amberbaki, lugar famoso donde se han encontrado por los menos cinco o seis especies, este año no se ha obtenido ninguna de las menos comunes. El príncipe de Tidore, quien con seguridad las hubiera conseguido si hubiera habido alguna, tuvo que conformarse con algunas de las amarillas más comunes. Yo creo que después de una estancia más prolongada en Dorey, y un poco más al interior, es probable que se encuentren algunas de las clases más raras, pues yo conseguí una sola hembra de la bella *Ptiloris magnificus* de pecho escamoso. En Ternate me hablaron de un ave que no se conoce en Europa, un ave del paraíso real negra, con la cola rizada y las hermosas plumas laterales de la especie común, pero con el resto del plumaje negro brillante. Los pobladores de Dorey no la conocían, aunque después de describírselas reconocían muchas de las otras especies.

Cuando zarpó el vapor, yo sufría de un grave ataque de fiebre. Después de una semana lo superé, pero siguieron tantas molestias en el interior de la boca, lengua y encías que durante muchos días no pude ponerme nada sólido entre los labios y me vi obligado a subsistir sólo de líquidos, aunque en lo que respecta a todo lo demás me sentía bien. Al mismo tiempo se enfermaron dos de mis hombres, uno con fiebre y el otro con disentería, ambos bastante graves. Hice cuanto pude por ellos con mis pequeñas reservas de medicinas, pero siguieron enfermos varias semanas más hasta que el 26 de junio el pobre Jumaat murió. Tenía unos 18 años y creo que era nativo de Buton; un muchacho callado, no muy activo pero que hacía su trabajo con constancia y lo mejor que podía. Como

mis hombres eran todos mahometanos, los dejé que lo enterraran según sus costumbres y les di tela de algodón nueva para el sudario.

El 6 de julio regresó el vapor del este. El tiempo era aún muy húmedo cuando, normalmente, hubiera tenido que ser bueno y seco. Apenas teníamos qué comer y todos estábamos enfermos. Nos atacaban constantemente fiebres, resfriados y disentería, lo cual me hizo desear abandonar Nueva Guinea tanto como había acariciado la idea de llegar a este lugar. El capitán del *Etna* me hizo una visita y me proporcionó un interesante relato de su viaje. Se habían quedado en la bahía de Humboldt varios días y les había parecido un lugar mucho más hermoso e interesante que Dorey, además de que era mejor puerto. Los nativos estaban muy poco adulterados, pues rara vez llegaba alguien allí a excepción de balleneros perdidos, y moral y físicamente eran superiores a la población de Dorey. Iban prácticamente desnudos. Algunas de sus casas estaban en el agua y otras en tierra firme, pero todas pulcras y de buena construcción; cultivaban bien sus campos y mantenían limpios y despejados los caminos que llevaban a ellos, aspectos en los que Dorey es abominable. Al principio eran tímidos y se opusieron a los barcos con manifestaciones de hostilidad, combando sus arcos y amenazando con disparar si hacían algún intento de desembarcar. Muy prudentemente, el capitán retrocedió pero lanzó a la playa algunos regalos, y después de dos o tres intentos les permitieron desembarcar y desplazarse para ver el territorio y les ofrecieron frutas y verduras. Toda la comunicación se llevó a cabo mediante signos, porque el intérprete de Dorey que acompañó el vapor no entendía ni una sola palabra de su lengua. No consiguieron ningún ave ni animal nuevo pero vieron en sus adornos plumas de aves del paraíso, lo cual demuestra, como era de esperar, que estas aves se extienden más allá en esta dirección y probablemente por toda Nueva Guinea.



FIGURA XL.4. *Instrumento tallado para hacer cerámica. Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

Es extraño que un amor rudimentario por el arte coexista con un estado tan atrasado de civilización. Los habitantes de Dorey son grandes talladores y pintores. La parte exterior de las casas, allí donde hay un tablón, está cubierta de figuras características aunque rudas. Las proas de sus embarcaciones, de pico muy alto, están adornadas con mucho trabajo de filigrana, tallado en bloques de madera dura y con frecuencia de diseño muy estético. La figura de la punta o pináculo generalmente es humana, con cabeza de plumas de casuario que imitan la pelambrera papúa. Los flotadores de los sedales de pesca, los mazos de madera que usan para ablandar la arcilla para la alfarería, las cajas de tabaco y otros enseres domésticos están recubiertos de una talla de buen gusto y son de diseño elegante. Si no supiéramos que el gusto y la habilidad son compatibles con una barbarie total, casi no podríamos creer que estas mismas gentes carecen, en otros aspectos, de todo sentido del orden, de la comodidad o de la decencia. Y sin embargo así es. Viven en los cuchitriles más miserables, desordenados y sucios y totalmente desprovistos de cualquier cosa que pueda equivaler a un mueble; no hay ni un taburete, ni una banca ni una tabla; no parece que conozcan nada similar a la escoba y la vestimenta que llevan consiste generalmente en una corteza asquerosa, trapos o arpillera. En las sendas que utilizan a diario para ir y volver de sus tierras de cultivo no cortan jamás ni una rama que cuelgue ni una zarza que entorpezca el camino, así que hay que ir abriéndose paso a través de una tupida vegetación, arrastrarse por debajo de troncos y enredaderas espinosas y vadear charcas de lodo y cieno que nunca se secan porque el sol no puede penetrar hasta ellas. Su comida consiste casi por completo en raíces y hortalizas, con pescado o caza sólo ocasionalmente como un lujo, y en consecuencia sufren varios tipos de enfermedades cutáneas y en especial los niños a veces parecen objetos de aspecto miserable, todos cubiertos de erupciones y pústulas. Si estas gentes no son salvajes, ¿quiénes lo son? Y aun así tienen un decidido amor por las bellas artes y ocupan su tiempo de ocio ejecutando trabajos cuyo buen gusto y elegancia serían de admirar en nuestras escuelas de dibujo.

En el último periodo de mi estancia en Nueva Guinea el clima era muy húmedo, mi único cazador estaba enfermo y las aves empezaron a escasear, así que mi único recurso fue la caza de insectos. Trabajé arduamente cada hora de buen tiempo y obtuve cada día un conjunto de especies nuevas. Buscaba una y otra vez en cada árbol muerto y tronco caído y, entre las hojas muertas y podridas que seguían pendiendo de algunos árboles talados, encontré una abundante cosecha de coleópteros diminutos. Aunque nunca había encontrado tantos escarabajos grandes y bellos como los de Borneo, aquí conseguí una gran variedad de especies.

Las dos o tres primeras semanas, cuando fui en busca de los mejores lugares, conseguí cada día unos 30 tipos diferentes de escarabajos, además de casi la mitad de esta cifra en mariposas y algunos de otros órdenes. Pero después, hasta la última semana, obtuve un promedio de 49 especies al día. El 31 de mayo encontré clases diferentes, cantidad mayor a la que había capturado hasta entonces, principalmente entre árboles muertos y debajo de cortezas en putrefacción. Un largo y buen paseo con buen tiempo hasta arriba de la colina y hacia las plantaciones de los nativos, capturando todo lo que me salía al paso que no fuera muy común, me producía unas 60 especies; pero el último día de junio llevé a casa no menos de 95 tipos diferentes de escarabajos, cifra superior a la que había obtenido hasta entonces e incluso después en un día. Era un día caluroso y bueno y me dediqué a buscar entre las hojas caídas sacudiendo el follaje y a cazar debajo de las cortezas podridas en todos los mejores lugares que había descubierto en mis paseos. Estuve fuera desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde y me tardé seis horas de trabajo en casa para clavar con alfileres y clasificar todos los especímenes y separar las especies. A pesar de que ya había trabajado en este lugar diariamente durante dos meses y medio y había conseguido más de 800 especies de coleópteros, este único día de trabajo agregó 32 nuevas. Entre ellas se encontraban cuatro longicornios, dos Carabidae, siete Staphylinidae, siete Curculionidae, dos Copridae, cuatro Chrysomelidae, tres Heteromera, un Elater y un Buprestis. Incluso el último día que salí conseguí 16 especies nuevas; de modo que aunque durante los tres meses de mi estancia en Dorey coleccioné más de mil tipos distintos de escarabajos en un espacio que no excedía mucho más de dos kilómetros cuadrados, no puedo creer que esta cifra represente la mitad de las especies que en realidad habitan este mismo lugar ni una cuarta parte de lo que se podría obtener en una superficie que se extendiera 30 kilómetros en todas las direcciones.

El 22 de julio llegó la goleta *Hester Helena* y cinco días después nos despedimos de Dorey sin mucho pesar, porque en ningún lugar de los que he visitado he sufrido tantas privaciones y molestias. Lluvia continua, enfermedades sin cesar, poco alimento sano y una plaga de hormigas y moscas que superaba cualquiera de las que hasta entonces había encontrado y que requería de todo el fervor de un naturalista para hacerle frente, y al no estar compensado todo esto con recolecciones más fructíferas se hacía todavía más insoportable. Este viaje tan largamente anhelado y deseado a Nueva Guinea no había hecho realidad ninguna de mis expectativas. En vez de ser mucho mejor que las islas Aru, fue en casi todo mucho peor. En vez de producir varias de las raras aves del paraíso, no había visto ni siquiera

una de ellas y no había conseguido ningún ave ni insecto extraordinario. Sin embargo, no puedo negar que Dorey era muy rico en hormigas. Un tipo pequeño y negro abundaba en exceso. Casi todo matorral y árbol estaba infestado de ellas y por todas partes se veían sus grandes nidos como de papel. Tomaron de inmediato posesión de mi casa y construyeron un gran nido en el techo, formando túneles como de papel para descender por casi todos los postes. Pululaban en mi mesa cuando estaba trabajando en la clasificación de mis insectos y se los llevaban ante mis propias narices, llegando incluso a arrancarlos de las tarjetas en las que estaban pegados si los dejaba un solo instante. Trepaban continuamente por mis manos y cara, y se metían en el pelo y se desplazaban libremente por todo mi cuerpo sin causarme demasiadas molestias hasta que empezaban a picar, y lo hacían cada vez que encontraban un obstáculo en el camino y tan agudamente que me hacían brincar y correr a desvestirme para expulsar a la culpable. También visitaban mi cama, así que la noche no era ningún alivio a sus persecuciones. Creo muy firmemente que durante mis tres meses y medio de estancia en Dorey nunca estuve una sola hora totalmente libre de ellas. No eran tan voraces como muchas otras, pero su número y su ubicuidad hacían necesario estar constantemente en guardia frente a ellas.

Las moscas que más me habían molestado eran un tipo grande de moscón o moscarda. Se establecían en enjambres sobre mis pieles de ave cuando las ponía a secar e invadían su plumaje con montones de huevos que, si los descuidaba, al día siguiente producían cresas o larvas. Se metían debajo de las alas o del cuerpo en el lugar que estuviera la piel en la tabla de secado y a veces hasta llegaban a alzarla un centímetro con los montones de huevos depositados en unas horas; cada huevo estaba firmememente pegado a las fibras de las plumas y era un trabajo de mucha paciencia y tiempo quitarlos sin dañar las plumas. En ningún otro lugar me había molestado tanto una plaga como ésta.

El día 29 dejamos Dorey y yo esperaba un rápido viaje de regreso, pues era la época del año en que tenía que haber habido vientos firmes del sur y el este. Pero, por el contrario, tuvimos calmas y brisas del oeste y nos tardamos diecisiete días en llegar a Ternate, a una distancia de sólo 800 kilómetros que, con vientos regulares, hubiéramos navegado en cinco días. Fue un gran placer para mí encontrarme de regreso en mi cómoda casa y disfrutar de leche con el té y el café, pan recién hecho y mantequilla, y aves de corral y pescado diarios para la comida. Este viaje a Nueva Guinea nos había desgastado a todos y decidí quedarme y reponerme antes de iniciar nuevas expediciones. Ya he narrado los viajes que hice sucesivamente a Gilolo y Bacan y ahora sólo me resta escribir el relato de mi estancia en Waigeo, el último territorio papúa que visité en pos de las aves del paraíso.

XLI. VIAJE DE CERAM A WAIGEO

(Junio y julio, 1860)

EN EL CAPÍTULO XXXI, “Ceram, Goram y las islas Matabello”, describí mi llegada a Wahai, camino a Misool y Waigeo, islas que pertenecen a la zona papúa, y aquel relato es el que sigue en la realidad al de mi visita a la tierra continental de Nueva Guinea. Reanudo ahora mi narración con mi partida de Wahai, viaje que hice con la intención de llevar diversas provisiones necesarias para mi ayudante, Allen, que estaba en Silinta, en Misool, y después continuar la travesía hasta Waigeo. Como recordarán, yo estaba navegando en un pequeño prao que había comprado y equipado en Goram y después de que mi tripulación me abandonó en la costa de Ceram conseguí cuatro hombres en Wahai que, junto con mi cazador de Amboina, formaban la tripulación.

Entre Ceram y Misool hay 100 kilómetros de mar abierto; a lo largo de este ancho canal el monzón del este sopla muy fuerte, y con praos nativos, que no resisten mucho el viento, hay que tener cuidado en la travesía. Para darnos suficiente deriva, navegamos retrocediendo desde Wahai hacia el este siguiendo la costa de Ceram con la brisa de tierra; pero en la mañana (18 de junio) no habíamos avanzado lo que esperaba. Mi piloto, un viejo y experto marinero llamado Gurulampoko, me aseguró que había una corriente que se dirigía hacia el este y que podíamos tomar rumbo a Silinta, en Misool. A medida que nos fuimos apartando de la tierra el viento arreció y el mar estaba bastante agitado, lo cual hacía balancear y cabecear violentamente nuestro pequeño navío. Al ocazo no habíamos llegado ni a la mitad de la travesía, pero podíamos distinguir Misool perfectamente. Continuamos toda la noche inquietos y, al despuntar el día y mirar a nuestro alrededor con ansia, me di cuenta de que durante la noche nos habíamos desviado muy hacia el oeste, sin duda porque el piloto se había adormilado y no había mantenido la embarcación bastante a favor del viento. Se podían ver las montañas con claridad pero era obvio que no íbamos a llegar a Silinta y tendríamos dificultades para alcanzar la punta del extremo occidental de la isla. El mar estaba alborotado y nuestro prao era continuamente abatido por las olas a sotavento; después de otro día agotador nos dimos cuenta de que no podíamos llegar

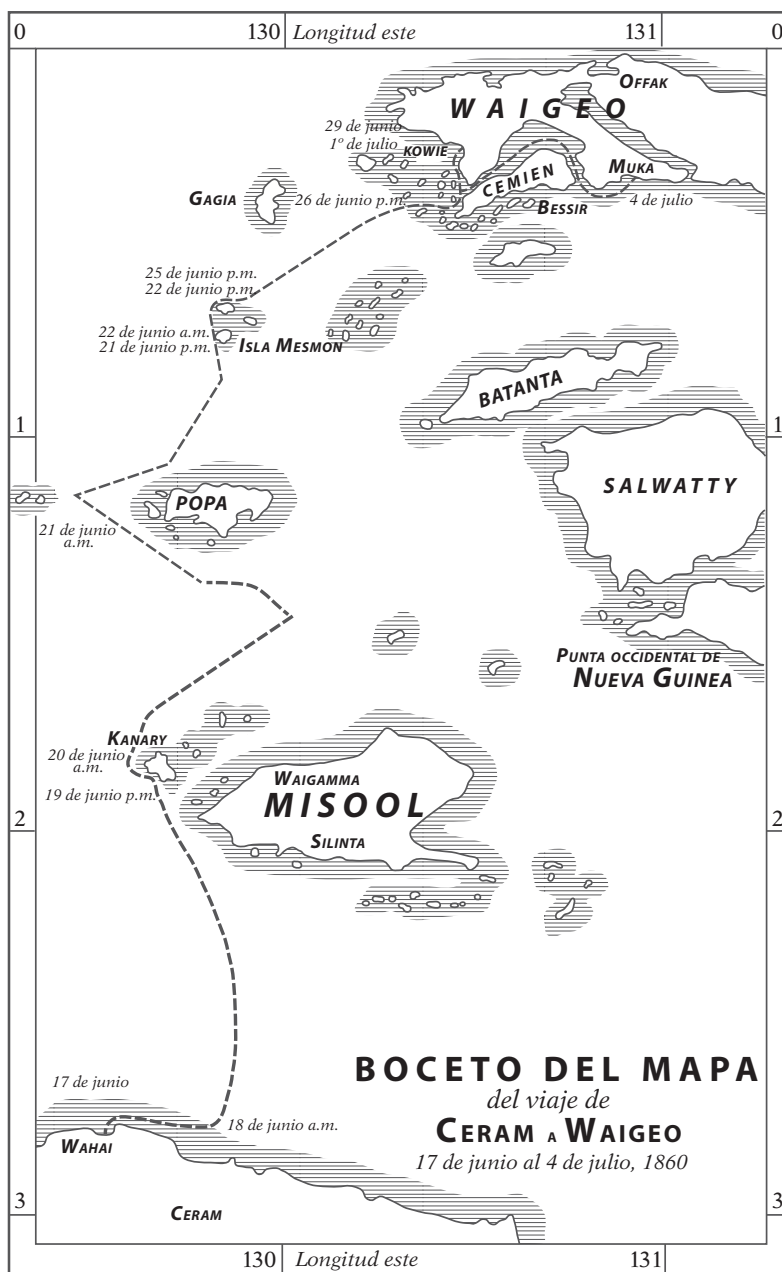


FIGURA XLI.1. Mapa con la ruta del viaje de Wallace a Waigeo desde Ceram.
 Alfred Russel Wallace, dominio público, vía Wikimedia Commons.

a Misool, pero sí podíamos alcanzar la isla de Pulo Kanary, a unos 15 kilómetros al noroeste. Allí podíamos esperar un viento favorable que nos llevara a Waigama, al lado norte de la isla, y visitar a Allen en un pequeño bote.

Hacia las nueve de la noche estábamos al abrigo de esta isla en aguas bastante tranquilas para mi gran satisfacción, porque me había mareado y sentido mal y apenas había comido desde la mañana anterior. Nos acercábamos lentamente a la costa, a la que las tranquilas y oscuras aguas nos hacían saber que podíamos acercarnos tranquilamente, y cuando nos estábamos congratulando de que pronto podríamos atracar y tomar café caliente, una buena cena y disfrutar de un profundo sueño, amainó el viento y tuvimos que sacar los remos. No estábamos a más de 200 metros de la costa cuando noté que no parecía que avanzáramos a pesar de que los hombres remaban recio, sino que derivábamos hacia el oeste y el prao no obedecía al timón porque se abatía continuamente y nos costaba mucho trabajo levantarlo de nuevo. Pronto un alto ondulamiento de las aguas nos hizo saber que estábamos atrapados en una de estas corrientes traicioneras que con tanta frecuencia frustran todos los esfuerzos del viajero en estos mares; los hombres dejaron caer los remos desesperados y en unos minutos nos fuimos a la deriva desde sotavento de la isla a alta mar de nuevo, perdiendo nuestra última oportunidad de llegar a Misool. Izamos el foque, nos quedamos al paio y en la mañana nos encontrábamos a sólo unos kilómetros de la isla pero con un viento tan firme que soplaba desde la dirección en que se encontraba ésta que nos era imposible regresar a ella.

Navegamos hacia el norte con la esperanza de tener pronto un viento más meridional. Al mediodía el mar estaba mucho más en calma y con un viento S.S.E. navegamos en dirección a Salwatty, donde esperaba llegar; allí nos iba a ser fácil conseguir un bote para llevar las provisiones y pertrechos a mi compañero en Misool. Pero este viento no duró mucho sino que fue amainando hasta la calma, cuando empezó a levantarse un ligero viento del oeste con una franja de nubes oscuras que nos volvió a dar esperanzas de llegar a Misool. Pero pronto fuimos decepcionados de nuevo. Un viento del E.S.E. comenzó a soplar otra vez con violencia y siguió durante toda la noche en ráfagas irregulares. Un mar enfurecido y adverso nos hacía cabecear tan despidada e ininterrumpidamente que desconcertó nuestras velas y, a la larga, tuvimos que navegar en su favor sólo con el timón y así evitar que nos hundiera nuestra vela mayor. Después de otra noche deplorable e inquieta, nos dimos cuenta de que habíamos sido arrastrados hacia el oeste de la isla de Popa y, como el viento era de nuevo un poco meridional, navegamos a toda vela para llegar a ella. Así lo hicimos, si bien sin mucho éxito

porque, cuando cambiamos al noroeste, el viento sopló de nuevo muy fuerte desde el E.S.E. y perdimos nuestra última esperanza de encontrar un abrigo hasta que mejorara el tiempo. Para mí era algo muy grave porque no podía predecir cómo reaccionaría Charles Allen si, después de esperarme en vano, decidía regresar a Waihai y allí se enteraba de que yo había partido hacía tiempo y no sabían nada de mí desde entonces. Era difícil que se le ocurriera que habíamos fracasado en llegar a una isla de 65 kilómetros de longitud y llegaría a la conclusión de que o bien nuestra embarcación se había ido a pique o bien mi tripulación me había matado y había huido en ella. Pero como me era físicamente imposible llegar hasta donde él estaba, lo único que me restaba era sacar el mejor partido de mi viaje a Waigeo y confiar en que allí encontraríamos a algunos mercaderes que le podrían transmitir noticias sobre mí de que me encontraba a salvo.

En mi mapa encontré un grupo de tres pequeñas islas a unos 40 kilómetros al norte de Popa y decidí que si era posible nos quedaríamos en ellas uno o dos días. Podíamos dirigir nuestra proa al noreste por el norte, pero un oleaje que venía del este nos arrastró con tanta fuerza fuera de curso y nos fuimos tan a la deriva que tuve que reconocer que era todo lo que podíamos hacer para llegar a las islas. Era bastante complicado mantener la proa en la mejor dirección, ni tan en contra del viento que nos detuviera en nuestro rumbo ni tan suelta como para que nos arrastrara demasiado lejos a sotavento. Dirigí todo el tiempo al timonel personalmente y, con una vigilancia incesante, justo al atardecer conseguí que la embarcación llegara a anclar al abrigo de la punta meridional de una de las islas. Pero el anclaje no era para nada bueno porque había un arrecife de coral que lo bordeaba, seco cuando la marea estaba baja, y tuvimos que fondear más allá sobre un fondo marino cubierto de atolones de coral. Habíamos cabeceado sin cesar durante cuatro días en nuestra pequeña embarcación sin cubierta, con ansiedades y contratiempos continuos, y era un gran alivio disponer de una noche tranquila y relativamente segura. El viejo piloto no había abandonado el timón más de una hora, cuando uno de los demás lo sustituía para que pudiera dormir un poco. Así que decidí que a la mañana siguiente buscaría un puerto seguro y conveniente y descansaríamos un día en la costa.

Cuando por la mañana me di cuenta de que tendríamos que rodear una punta rocosa, quise que mis hombres fueran a tierra y cortaran lianas con las que afirmar la embarcación para que no fuera arrastrada de nuevo a la deriva, pues el viento soplaba directamente de la costa. Pero desgraciadamente me dejé dirigir por el piloto y la tripulación, que afirmaron que era muy fácil y que ellos remarian para rodear la punta en unos minutos. De modo que levaron ancla, empuña-

ron el timón y comenzaron a remar; pero, tal como me había temido, rápidamente fuimos arrastrados lejos de la costa y tuvimos que echar el ancla de nuevo en aguas profundas y a mucha distancia de tierra. Entonces, los dos mejores hombres, un papúa y un malayo, nadaron hacia la playa cada quien con un machete y se adentraron en la selva en busca de enredaderas que sirvieran de cuerdas. Después de una hora el ancla perdió el asidero y comenzó a flotar. Me alarmé mucho y echamos el áncora de repuesto dejando correr todo el cable, hasta que volvimos a estar bastante firmes. Empezamos a angustiarnos por el regreso de los hombres y, cuando íbamos a disparar los mosquetes para llamarlos, los vimos en la playa a cierta distancia, y casi de inmediato nuestras anclas volvieron a resbalar y nos fuimos yendo lentamente a aguas profundas. Tomamos los remos de inmediato pero nos dimos cuenta de que no podíamos contrarrestar el viento y la corriente, y los hombres no oyeron nuestros gritos frenéticos hasta que nos habíamos alejado bastante, pues parecía que estaban buscando mariscos en la playa. Pero muy pronto miraron hacia nosotros y en unos minutos parecieron comprender la situación, porque se lanzaron apresuradamente al agua con la intención de alcanzarnos a nado; sin embargo, regresaron a la playa como temiendo fracasar en su intento. Al principio llevamos las anclas para que no entorpecieran nuestro avance con los remos, pero en cuanto nos dimos cuenta de que no podíamos hacer nada las dejamos colgar de nuevo con toda la extensión de los cables. Esto detuvo mucho nuestro rumbo y nos fuimos alejando de la costa con gran lentitud con la esperanza de que los hombres construirían apresuradamente una balsa o cortarían un árbol de madera blanda y avanzarían hasta nosotros con pagayas, ya que no estábamos a más de 500 metros de la costa. Pero parecía que se habían deschaquetado y gesticulaban insensatamente hacia nosotros, corriendo por toda la playa y después hacia la selva; y precisamente cuando creímos que habían preparado algún modo de hacer el intento de llegar hasta nosotros, vimos el humo de una fogata que habían prendido para cocinar sus mariscos. Era obvio que habían renunciado a cualquier idea de reunirse con nosotros y tuvimos que preocuparnos por nuestra propia posición.

Nos encontrábamos aproximadamente a dos kilómetros de la costa y a medio camino entre dos de las islas, pero nos íbamos lentamente a la deriva hacia el oeste y la única oportunidad que todavía nos quedaba de salvar a los hombres era alcanzar la costa opuesta. Pusimos el foque y empezamos a remar arduamente; pero el viento amainó y nos fuimos a la deriva con tanta rapidez que hasta tuvimos dificultades para llegar a la punta del extremo occidental de la isla. Nuestro único marinero partió a nado a la costa con una cuerda y nos ayudó a remolcar

para rodear la punta y llegar a un fondeadero lo bastante seguro y a salvo, resguardado del viento, aunque a merced de un pequeño oleaje que arrancó el ancla de un tirón y nos dejó bastante inestables. Estábamos en aprietos sin nuestros dos mejores hombres y dudando de si tendríamos fuerzas suficientes para izar la vela mayor. Nos quedaba agua sólo para dos días a bordo y la pequeña y rocosa isla volcánica no prometía muchas posibilidades de encontrar más. La conducta de los hombres en tierra había sido tal que dudábamos que hicieran un serio intento de llegar hasta nosotros, aunque podrían haberlo hecho, pues disponían de dos buenos machetes con los que en un día podían construir una pequeña balsa con batanga en la que cruzar a salvo los tres kilómetros de mar tranquilo, con el viento justo a popa si zarpaban del extremo oriental de la isla teniendo en cuenta la corriente. Sólo me quedaba esperar que fueran lo bastante sensatos para hacer el intento y decidí quedarnos el mayor tiempo posible para darles la oportunidad.

Pasamos una noche muy inquieta por el temor de que se rompiera de nuevo el ancla o el cable de ratán. Por la mañana (día 23), viendo que todo estaba seguro, vadeé a la costa con mis dos hombres dejando a bordo al viejo timonel y al cocinero con un mosquete cargado por si necesitaban llamarnos. Primero caminamos por la playa hasta que nos lo impidieron los acantilados al extremo oriental de la isla, y encontramos un lugar en el que habían asado carne, un caparazón de tortuga todavía grasiento y un poco de leña cortada, cuyas hojas todavía estaban verdes, lo cual mostraba que alguna embarcación había pasado recientemente por allí. Después nos adentramos en la jungla atajando el camino hasta la cima de la colina, pero cuando llegamos no pudimos ver nada debido a lo tupido de la selva. De regreso cortamos algunos bambúes y los afilamos para cavar la tierra en busca de agua en un lugar bajo en el que crecían unos árboles de sagú; pero, cuando íbamos a empezar, Hoi, el hombre de Wahai, nos llamó para decirnos que había encontrado agua. Era una poza profunda entre los árboles de sagú, de arcilla dura y negra y llena de agua dulce pero que olía espantosamente por la cantidad de hojas muertas y los desechos de sagú que habían caído en ella. Concluimos precipitadamente que se trataba de un manantial o que el agua se había filtrado y comenzamos a achicar toda el agua, además de una docena o veinte cubetas de cieno y basuras con la esperanza de tener una buena cantidad de agua limpia en la noche. Después regresé a bordo para desayunar y dejé a mis dos hombres construyendo una balsa de bambú para que nos transportara a la playa y de vuelta a la embarcación sin tener que vadear. No había terminado de desayunar aún cuando se rompió el cable y chocamos contra las rocas. Afortunadamente el tiempo estaba tranquilo y en calma y no hubo daños. Buscamos el ancla y la

levamos, y vimos que el cable se había roto con el roce continuo del coral toda la noche. Si se hubiera soltado en la noche, nos hubiéramos ido a la deriva hasta alta mar sin ancla o podríamos haber sufrido serios daños. En la tarde fuimos a buscar agua al pozo y con gran consternación no encontramos más que un poco de cieno líquido en el fondo, y entonces nos dimos cuenta de que habían hecho el hoyo para recoger agua de lluvia y de que no se volvería a llenar mientras siguiera aquella sequía. Como no sabíamos lo que podíamos sufrir por falta de agua, llenamos nuestro recipiente con esta especie de lodo para que pudiera asentarse. En la tarde, atravesé hasta el otro lado de la isla y encendí una hoguera para que nuestros hombres pudieran ver que todavía estábamos allí.

Al día siguiente (24) decidí emprender de nuevo la búsqueda de agua y cuando bajó la marea rodeé una punta rocosa y llegué hasta el extremo de la isla, sin encontrar ni una señal del mínimo arroyo. Cuando estábamos de vuelta observé un lecho seco y muy pequeño de una corriente de agua y la empecé a recorrer hacia arriba, aunque todo estaba tan seco que mis hombres afirmaron contundentemente que era inútil esperar que allí hubiera agua. Pero un poco más arriba tuve la recompensa de encontrar unos cuantos litros en un pequeño hoyo. Buscamos más arriba en todos los hoyos y canales en los que había señales de agua, pero no pudimos encontrar ni una sola gota más. Envié a uno de mis hombres a buscar un recipiente grande y una taza y seguimos buscando por la playa hasta que encontramos señales de otro curso seco, y al ascenderlo tuvimos la fortuna de descubrir dos hoyos que estaban al resguardo en la roca y que contenían varios galones de agua, suficiente para llenar todos nuestros recipientes. Cuando llegó la taza disfrutamos de un buen trago de agua pura y fría y antes de partir nos habíamos llevado hasta la última gota de la isla.

En la tarde apareció un prao bastante grande a la vista que aparentemente iba rumbo a la isla en la que se habían quedado nuestros hombres y tuvimos alguna esperanza de que los vieran y los recogieran, pero pasó de largo a medio canal y no vio las señales que tratamos de hacerle. No obstante, me sentía más tranquilo respecto al destino de los hombres. En nuestra isla rocosa había mucho sagú y probablemente también habría algo en la isla llana en la que se habían quedado. Tenían machetes y podían talar un árbol y hacer sagú y era muy probable que excavando encontraran agua suficiente. Los moluscos abundaban y podrían arreglárselas bastante bien hasta que alguna embarcación tocara tierra o yo pudiera enviar a alguien en su busca. El día siguiente lo dedicamos a cortar madera, llenar nuestros recipientes con toda el agua que pudimos encontrar y prepararnos para hacernos a la vela por la tarde. Cacé con mi escopeta un pequeño loro muy pare-

cido a la especie común de Ternate y un reluciente estornino diferente a los pájaros afines de Ceram y Matabello. Las únicas otras aves que vi eran palomas de selva y cuervos, pero no conseguí ejemplares.

Como a las ocho de la noche del 25 de junio zarpamos y nos dimos cuenta de que, aun sumando todos nuestros esfuerzos, apenas podíamos izar la vela mayor. Por la noche tuvimos viento favorable y navegamos al noreste y a la mañana nos encontrábamos a unos 30 kilómetros al oeste de la extremidad de Waigeo, con una serie de islas entremedio. Hacia las diez nos topamos con un arrecife de coral y nos alarmamos mucho, pero afortunadamente salimos a salvo. Como a las dos de la tarde llegamos a un extenso arrecife de coral y, cuando navegábamos bordeándolo muy de cerca, de repente amainó el viento y nos fuimos arrastrando hacia él hasta que pudimos manejar la vela mayor, que tuvimos que arriar y dejar que cayera en parte a bordo. Tuvimos muchas dificultades para salir de allí pero finalmente logramos llegar a aguas profundas, aunque con arrecifes e islas a nuestro alrededor. En la noche no sabíamos qué hacer, ya que nadie a bordo sabía dónde nos encontrábamos o qué peligros podían rodearnos, toda vez que el único miembro de la tripulación que conocía la costa de Waigeo se había quedado en la isla. Así pues, aferramos todas las velas y nos dejamos ir a la deriva, ya que estábamos a sólo unos kilómetros de la tierra más cercana. Pero se levantó una ligera brisa y a medianoche estábamos chocando de nuevo contra un arrecife de coral. Como estaba muy oscuro y no sabíamos nada de nuestra posición, sólo podíamos tratar de adivinar la manera de salir de allí y si hubiera soplado un poco más de viento nos hubiera podido hacer trizas. No obstante, en media hora logramos salir y entonces pensamos que lo mejor sería no atracar al borde del arrecife hasta la mañana siguiente. Poco después del amanecer del día 27, al ver que nuestro prao no había recibido ningún daño, nos hicimos a la vela con vientos y ráfagas inciertas, abriéndonos camino entre islas y arrecifes y guiados únicamente por un pequeño mapa, poco correcto y casi inútil, y por una noción general de la dirección que teníamos que tomar. En la tarde encontramos un fondeadero bastante bueno al resguardo de una pequeña isla y allí permanecemos la noche; cace una gran paloma frutera que no conocía y que denominé desde entonces *Carpophaga tumida*. También vi y disparé al raro alción de cabeza blanca (*Halcyon saurophaga*), pero erré el tiro. A la mañana siguiente seguimos nuestro rumbo y gracias a un viento favorable arribamos a las costas de la gran isla de Waigeo. Cuando rodeábamos una punta tropezamos de nuevo con un arrecife de coral con la vela mayor izada, pero afortunadamente el viento había amainado mucho y haciendo un gran esfuerzo logramos salir sanos y salvos.

Ahora teníamos que buscar el estrecho canal entre las islas que sabíamos que estaba por allí para llegar a las aldeas al lado sur de Waigeo. Entramos en una bahía que parecía prometedora y llegamos hasta el extremo, pero ya era el crepúsculo y atracamos para pasar la noche, y como ya nos habíamos acabado toda el agua no pudimos cocer arroz para la cena. A la mañana siguiente temprano (29) desembarcamos entre los manglares y un poco al interior de la isla encontramos agua, lo cual alivió bastante nuestra angustia y nos permitió continuar por la costa en busca de la boca del canal o de alguien que pudiera dirigirnos. Durante los tres días que habíamos pasado entre arrecifes e islas sólo habíamos visto una pequeña canoa que se nos había acercado bastante, y, a pesar de haber visto las señales que hicimos, siguió en otra dirección. Las playas parecían desiertas; no se veía ni una casa, ni una embarcación, ni un ser humano, ni una bocanada de humo. Y como sólo podíamos seguir el curso que nos permitiera el viento siempre cambiante (pues no teníamos manos suficientes para remar un trecho), las perspectivas de llegar a nuestro destino parecían bastante remotas y precarias. Después de llegar al extremo oriental de la profunda bahía en la que habíamos penetrado y no encontrar ningún signo de la boca del canal, viramos hacia el oeste y al atardecer tuvimos la suerte de encontrar una pequeña aldea de siete casas miserables construidas sobre pilotes en el agua. Afortunadamente el *orang kaya* o jefe de la aldea hablaba un poco de malayo y nos informó que la entrada al estrecho en realidad estaba en la bahía que habíamos explorado, pero que no se veía hasta que se estaba muy cerca de la costa. Dijo que el estrecho era muy angosto y serpenteaba por lagos, rocas e islas y que tardaríamos dos días en llegar a la aldea grande de Muka y tres más a Waigeo. Conseguí contratar a dos hombres para que nos acompañaran a Muka y que llevaran una pequeña embarcación para su regreso. Con todo, tuvimos que esperar un día a nuestros guías y yo tomé la escopeta y di un paseo por la selva. El día era húmedo y lloviznoso y sólo cací dos pájaros pequeños, pero vi la gran cacatúa negra y furtivamente una o dos aves del paraíso cuyos fuertes chillidos habíamos oído al acercarnos a la costa.

A la mañana siguiente (1° de julio) abandonamos la aldea con un viento ligero que hizo que nos tardáramos todo un día en llegar a la entrada del canal, parecido a un pequeño río y oculto por una punta prominente, así que no era sorprendente que no lo hubiéramos descubierto entre la tupida vegetación de la selva que recubre estas islas por todas partes hasta el borde del agua. Un poco más al interior, el canal tiene en el fondo salientes de rocas escarpadas; después de serpentear entre ellas unos tres kilómetros, desembocamos en lo que parecía un lago pero en realidad era un profundo golfo que tenía una entrada estrecha en

la costa sur. Este golfo estaba tachonado a lo largo de toda la costa por una serie de isletas de roca, la mayoría en forma de hongo porque el agua ha erosionado la parte inferior de la piedra caliza coralina, muy soluble, y la ha dejado formando salientes de entre tres y seis metros. Las isletas estaban cubiertas de matorrales y árboles de aspecto extraño y en general coronadas de palmeras altas y elegantes que también festoneaban los bordes de las costas montañosas, formando uno de los más singulares y pintorescos paisajes que he visto. La corriente que nos había llevado a través del angosto estrecho se detenía y tuvimos que remar, y esto con nuestro prao corto y pesado era un trabajo lento. Fui varias veces a tierra pero las rocas eran tan escarpadas, afiladas y formadas por tantas celdillas como de colmena que me fue imposible abrirme camino entre la maraña de espesuras que las recubrían por todas partes. Nos tomó tres días llegar a la entrada del golfo y entonces el viento nos impidió seguir avanzando; hubiéramos tenido que esperar tal vez días o semanas cuando, para mi gran sorpresa y gratificación, llegó una embarcación de Muka con uno de los jefes que misteriosamente se había enterado de que yo estaba de camino y había acudido en mi ayuda trayéndonos cocos y verduras. Como conocía la costa a fondo y ahora disponíamos de varios hombres para ayudarnos, logró sacar el prao remando, empujándolo con una pértiga o a vela, y, llegada la noche, nos había conducido salvos a puerto, un gran alivio después de un viaje tan tedioso y desdichado. Llevábamos ocho días entre los arrecifes y las islas de Waigeo, recorriendo una distancia de unos 80 kilómetros. Hacía cuarenta días que nos habíamos hecho a la mar desde Goram.

Inmediatamente después de llegar a Muka, contraté una pequeña embarcación y tres nativos para que fueran en busca de los hombres perdidos en la isla y envié a uno de mis hombres con ellos para asegurarme de que llegaran a la isla correcta. Regresaron en diez días pero, con gran pesar y decepción mías, sin los hombres. Habían tenido mal tiempo y, aunque habían llegado a una isla desde la que se veía aquella en la que estaban mis hombres, no pudieron seguir avanzando. Habían esperado allí seis días a ver si cambiaba el tiempo; cuando se les acabaron las provisiones y el hombre que había enviado para que los acompañara se puso muy enfermo y con pocas esperanzas de vida, emprendieron el viaje de regreso. Como ahora ya conocían la isla, yo estaba decidido a que hicieran otro intento y (mediante un generoso pago en cuchillos, pañuelos y tabaco, junto con muchas provisiones) los persuadí de que volvieran a zarpar de inmediato y lo intentaran de nuevo. Regresaron hasta el 29 de julio porque en el camino se habían quedado unos días en su aldea originaria de Bessir, pero esta vez habían logrado encontrar a los dos hombres, que estaban bastante bien de salud aunque flacos y

débiles. Habían vivido en la isla exactamente un mes; habían encontrado agua y subsistido de las raíces y los tallos tiernos de flor de una especie de bromelia, de moluscos y de unos cuantos huevos de tortuga. Como habían llegado a la isla a nado, sólo llevaban un par de pantalones y una camisa, pero habían construido una choza con hojas de palmera y se las habían arreglado bastante bien. Vieron que los esperé tres días en la isla de enfrente pero no se atrevieron a cruzar por miedo a que la corriente los arrastrara mar adentro, donde hubieran naufragado. Tenían la seguridad de que yo enviaría a alguien en su busca a la primera oportunidad y se mostraron más agradecidos de lo que es habitual en los nativos; en cuanto a mí, me sentí muy aliviado de que mi viaje, aunque bastante desafortunado, no hubiera implicado la pérdida de vidas humanas.

XLII. WAIGEO

(De julio a septiembre, 1860)

LA ALDEA de Muka, en la costa meridional de Waigeo, consiste en una serie de chozas pobres, algunas construidas en el agua y otras en tierra, desperdigadas de un modo irregular en un espacio de unos 800 metros en una bahía poco profunda. A su alrededor hay algunas parcelas cultivadas y una buena cantidad de vegetación secundaria selvática; más allá, a una distancia de también 800 metros, se alza una selva virgen recorrida por sendas que conducen a casas y plantaciones que se encuentran a dos o tres kilómetros al interior. El territorio de los alrededores es bastante llano y en algunos lugares pantanoso; hay uno o dos arroyuelos que recorren la parte posterior de la aldea hasta llegar al mar. Al ver que ninguna casa se ajustaba a mis necesidades y como había comprobado tantas veces las ventajas de vivir cerca de la selva o hasta en medio de ella, conseguí la ayuda de una media docena de hombres; y después de escoger un lugar que estaba cerca de la senda y del arroyo, junto a una higuera muy bella que se alzaba justo en el interior de la selva, hicimos un claro y empezamos a construir una casa. Como no esperaba permanecer tanto tiempo aquí como en Dorey, construí un cobertizo largo, bajo y estrecho, de unos dos metros de altura en un lado y uno y medio en el otro, para el que se requería muy poca madera, y lo levantamos rápidamente. Las velas del prao junto con unos cuantos attaps viejos de una choza abandonada en la selva formaban las paredes, y un buen número de cadjans o esteras de hoja de palma cubrían el techo. Al tercer día la casa estaba terminada y todas mis cosas instaladas y ordenadas para empezar a trabajar, y yo estaba muy contento de haberme acomodado tan pronto y en tan buena situación.

Hasta entonces había hecho buen tiempo, pero en la noche llovió mucho y nos dimos cuenta de que el techo de palma no nos protegía del agua. Al principio la lluvia empezó a gotear, pero después a derramarse encima de todo. Tuve que levantarme en plena noche para poner a salvo las cajas de insectos, el arroz y todos los artículos perecederos y buscar un lugar dónde dormir porque mi cama estaba empapada. A medida que continuaba la lluvia se formaban nuevas goteras, y todos pasamos una noche de insomnio muy mala. En la mañana el sol brillaba

en todo su esplendor y sacamos las cosas a que se secaran. Tratamos de averiguar por qué goteaban los petates y nos pareció descubrir la causa cuando vimos que los habíamos colocado al revés. Los cambiamos todos de arriba abajo y en la tarde todo estaba seco y bien; nos fuimos a la cama y antes de la media noche nos volvieron a despertar los torrentes de agua y las goteras, que nos caían encima peor que nunca. Ya no pudimos volver a dormir en toda la noche y, al día siguiente, volvimos a desmontar el techo y llegamos a la conclusión de que el defecto consistía en que no había pendiente suficiente para las esteras, aunque sí hubiera bastado para el techo usual de attaps. Compré, pues, algunos attaps más, unos nuevos y otros viejos, y en las partes que éstos no cubrían colocamos dos esteras y así conseguimos finalmente que nuestro techo fuera lo suficientemente impermeable.

Por fin podía empezar a trabajar en la historia natural de la isla. Me sorprendió que me dijeran a la llegada que en Muka no había aves del paraíso pero que había muchas en Bessir, donde los nativos las capturaban y preparaban sus pieles. Les aseguré que había oído el canto de estas aves cerca de la aldea pero no creyeron que pudiera reconocerlo. No obstante, la primera vez que fui a la selva no sólo las escuché sino que las vi, y estaba convencido de que había muchas por los alrededores pero eran muy tímidas, y pasó cierto tiempo hasta que pudimos conseguir algunas. Mi cazador disparó a una hembra y un día yo casi le acerté a un macho joven. Se trataba, como era de suponer, de la especie roja poco común *Paradisea rubra*, que sólo habita en esta isla y no se encuentra en ninguna otra parte. Estaba a una altura bastante baja y recorriendo una rama en busca de insectos, de un modo parecido al pájaro carpintero, y los largos y negros filamentos como cintas de su cola colgaban formando una curva doble lo más agraciada que se pueda imaginar. Le apunté con el rifle e iba a usar el cañón de mi escopeta cargado con muy poca pólvora y un cartucho del número ocho para no estropear su plumaje, pero el arma falló y el ave desapareció en un instante entre la espesura de la selva. Otro día vimos no menos de ocho machos en diferentes momentos y les disparamos cuatro veces; pero, aunque cualquier otra ave a la misma distancia casi siempre caía, éstas se escaparon y empecé a pensar que no íbamos a conseguir esta magnífica especie. Con el tiempo, el fruto de la higuera que estaba cerca de la casa empezó a madurar y llegaban muchos pájaros a alimentarse, y una mañana, cuando tomaba el café, vi un ave del paraíso macho que se posaba en la parte alta del árbol. Tomé la escopeta, corrí bajo el árbol y al levantar la vista la vi volar de una rama a otra atrapando frutos aquí y allá; antes de que pudiera apuntar bien para disparar a tanta altura (pues se trataba de uno de los árboles más altos



FIGURA XLII.1. *Ave del paraíso roja* (*Paradisea rubra*). Dibujado en madera por T. W. Wood, dominio público, vía Wikimedia Commons.

de la selva) había desaparecido en la espesura. A partir de entonces visitaban el árbol todas las mañanas, pero se quedaban tan poco tiempo, sus movimientos eran tan rápidos y era tan difícil verlas a causa de los árboles de menor altura que impedían la vista, que sólo después de varios

días de vigilancia, y uno o dos tiros fallidos, logré derribar una: un macho con un plumaje magnífico.

Esta ave difiere mucho de las dos especies más grandes que había conseguido, y aunque carece de la gracia que les confieren sus largas y doradas caudas, en muchos aspectos es más extraordinaria y hermosa. Cabeza, lomo y hombros están recubiertos de un amarillo más vivo, el verde metálico oscuro de la garganta se extiende hasta recubrir la cabeza y en la frente las plumas se alargan y forman dos crestas pequeñas y eréctiles. Las plumas de los costados son más cortas pero de un rojo intenso y terminan en puntas de un blanco delicado; las plumas de la parte de en medio de la cola están representadas por dos largas cintas rígidas y satinadas de color ne-

gro, delgadas y semicilíndricas, que caen graciosamente formando una curva espiral. Obtuvimos otras aves interesantes y como una docena eran completamente nuevas; pero ninguna de belleza extraordinaria, a excepción de la linda palomita *Ptilinopus pulchellus*, que cacé en la misma higuera cerca de la casa junto con otras palomas. Es de un bello color verde en la parte de arriba con la frente del más intenso carmesí, en tanto que la parte inferior es blanca cenicienta y amarillo con franjas rojo violáceo.

La tarde de nuestra llegada a Muka observé lo que parecía un espectáculo de *aurora borealis*, aunque casi no podía creer que fuera posible en un lugar un poco al sur del ecuador. La noche era clara y tranquila y la parte septentrional del cielo presentaba una luz difusa con una sucesión constante de tenues centelleos verticales o parpadeos, idénticos a los de una aurora común en Inglaterra. Al día siguiente el tiempo fue espléndido, pero después fue inusualmente malo, teniendo en cuenta que era la temporada del monzón seco. Durante casi un mes tuvimos lluvias y el sol o no salía o sólo lo hacía una hora o dos cerca del mediodía. Mañana y tarde, casi toda la noche, llovía o lloviznaba y vientos borrascosos con nubarrones negros formaban el programa diario. A excepción de que nunca hacía frío, era el mismo clima que un noviembre o febrero muy malo en Inglaterra.

La población de Waigeo no está formada por verdaderos indígenas de la isla porque en ella no hay alfueros o habitantes aborígenes.¹ Parece que se trata de una raza mestiza, en parte procedente de Gilolo y en parte de Nueva Guinea. Es probable que malayos y alfueros de la primera isla se establecieran aquí y muchos tomaran esposas papúas de Salwatty o Dorey, aunque el influjo de gentes de estos lugares y de esclavos llevó a la formación de una tribu que muestra todas las transiciones desde un tipo casi puramente malayo hasta otro completamente papúa. El idioma que hablan es papúa, que es el que se escucha en todas las costas de Misool, Salwatty, el noroeste de Nueva Guinea y las islas en la gran bahía de Geelvink, lo cual indica cómo se han ido formando los asentamientos costeros. El hecho de que tantas islas entre Nueva Guinea y las Molucas —como Waigeo, Guebé, Popa, Obi, Bacan, así como las penínsulas al sur y al este de Gilolo— no posean tribus aborígenes sino que estén habitadas por pueblos que evidentemente son mestizos y nómadas es una prueba que corrobora de un modo extraordinario el carácter distinto de las razas malaya y papúa y la separación de las áreas geográficas en las que habitan. Si estas dos grandes razas fueran las modificaciones direc-

¹ El doctor Guillemard encontró a algunas gentes que le dijeron que eran verdaderos indígenas. Pero sería difícil determinar la cuestión sin un conocimiento lo bastante completo de todas las islas circundantes y de sus idiomas.

tas una de la otra, tendríamos que encontrar en la región intermedia alguna raza indígena homogénea que tuviera caracteres intermedios. Por ejemplo, entre los habitantes más blancos de Europa y los klings negros del sur de la India; en las zonas intermedias hay razas homogéneas que forman una transición gradual de una a otra; en tanto que en América, aunque hay una transición perfecta del anglosajón al negro, y del español al indio, no hay una raza homogénea que constituya una transición natural de una a otra. En el archipiélago malayo tenemos un excelente ejemplo de dos razas absolutamente distintas, que aparentemente se han ido aproximando una a la otra y se han mezclado en un territorio sin ocupar en una época muy reciente de la historia de la humanidad. Y me siento satisfecho de que ninguna persona sin prejuicios las haya podido estudiar en su lugar sin llegar al convencimiento de que ésta es la verdadera solución al problema y no la opinión aceptada casi universalmente de que se trata sólo de modificaciones de una sola y única raza.

La población de Muka vive en ese abyecto estado de pobreza que casi siempre se encuentra donde abunda el árbol de sagú. Muy pocos se toman la molestia de plantar hortalizas o frutales, viven casi enteramente de sagú y pescado y venden un poco de *tripang* o Carey para comprar las escasas vestimentas que requieren. No obstante, casi todos poseen uno o más esclavos papúas, de cuyo trabajo viven en un ocio prácticamente absoluto saliendo únicamente a pescar un poco o a viajar para comerciar y dar algún aliciente a su monótona existencia. Están bajo el gobierno del sultán de Tidore y cada año tienen que pagar un pequeño tributo en aves del paraíso, Carey o sagú. Para obtener estos productos parten en la estación buena en viaje de comercio a la tierra continental de Nueva Guinea y obtienen algunas mercancías a crédito de algún comerciante de Ceram o Bugi, hacen tratos abusivos con los nativos y ganan lo suficiente para pagar el tributo, quedándoles una pequeña ganancia.

Un país así no es muy agradable para vivir porque, como no hay cosas superfluas, tampoco hay nada para vender; y si no hubiera sido por un comerciante de Ceram que residía allí durante mi estancia, que tenía una pequeña huerta con hortalizas y cuyos hombres pescaban algunas veces una cantidad sobrante de pescado, muchas veces no hubiera tenido que comer. Las aves de corral, frutas y verduras son lujos que raras veces se pueden comprar en Muka; no hay siquiera cocos, tan indispensables para la cocina oriental, y aunque en la aldea hay varios cientos de cocoteros, los habitantes comen el fruto verde para suplir la falta de vegetales que por holgazanería no cultivan. Sin huevos, ni cocos ni plátanos, teníamos muy pocos víveres, y, como el clima turbulento era poco propicio para la

pesca, teníamos que subsistir de las pocas aves comestibles que podíamos cazar y de algún cuscús, o zarigüeya oriental, el único cuadrúpedo que habita la isla, exceptuando al cerdo.

Había cazado sólo dos *Paradisea* en mi árbol cuando dejaron de visitarlo, bien porque el fruto empezó a escasear o bien porque eran lo bastante prudentes para saber que había peligro. Seguimos oyéndolas y viéndolas en la selva pero al cabo de un mes no había podido cazar ninguna más. Como el único objetivo de mi visita a Waigeo era conseguir estas aves, decidí ir a Bessir, donde unos cuantos papúas las cazan y las preservan. Para este viaje alquilé una pequeña embarcación con batanga y dejé a uno de mis hombres para que cuidara la casa y las existencias. Tuvimos que esperar varios días a que hiciera buen tiempo y finalmente partimos un día que amaneció bueno y llegamos por la noche después de una travesía accidentada y desagradable. La aldea de Bessir estaba construida en el agua y en la punta de una pequeña isla. El alimento principal de la población eran obviamente los moluscos, porque había grandes montones de conchas acumuladas en el agua poco profunda que había entre las casas y la tierra, formando un común “conchal prehistórico culinario” para que algún arqueólogo lo explorara en el futuro. Pasamos la noche en la casa principal y a la mañana siguiente fuimos a tierra firme en busca de un lugar en el que alojarme. Esta parte de Waigeo en realidad es otra isla al sur del estrecho canal por el que habíamos pasado para llegar a Muka. Consiste casi toda ella en elevaciones de coral, mientras que la isla septentrional contiene rocas coralinas cristalinas. Las costas eran una cadena de acantilados de piedra caliza de poca altura, erosionados por el agua, de modo que la parte superior formaba un saliente. A distancias diferentes había pequeñas cale-
tas y aberturas por las que descendían arroyuelos que venían del interior, y en una de éstas desembarcamos arrastrando la embarcación hasta un pedazo de playa de arena blanca. Inmediatamente encima había una gran plantación reciente de ñames y plátanos y una pequeña choza que el jefe dijo que podíamos usar si me convenía. Era como una casa de enanos de menos de tres metros cuadrados, alzada sobre postes, con el suelo a poco más de un metro de la tierra y la parte más alta del techo a sólo metro y medio del piso. Como yo mido 1.85 metros en calcetines, la miré con cierto desaliento; pero al ver que las demás casas estaban a bastante distancia del agua, espantosamente sucias y repletas de gente, acepté enseguida la pequeña y decidí sacar de ella el mejor partido posible. Al principio pensé en quitar el piso, lo cual la dejaría con altura suficiente para entrar y salir sin tener que agacharme, pero me di cuenta de que no quedaría espacio suficiente y la dejé tal cual, la hice limpiar a fondo y trasladé mi equipaje. El piso de arriba lo usaba

para dormir y como lugar de almacenaje. En la parte inferior (bastante al descubierto en todo alrededor) instalé una pequeña mesa, ordené mis cajas, coloqué estantes, puse una estera en tierra con mi silla de mimbre sobre ella, colgué otra estera en el costado que daba al viento y comprobé que doblándome y arrastrándome para entrar me podía sentar en la silla sin que la cabeza tocara el techo. Allí viví bastante cómodo seis semanas. Comía y hacía todo el trabajo en mi mesita, teniendo que entrar y salir a rastras y en posición semihorizontal doce veces al día. Después de unos cuantos golpes en la cabeza al levantarme bruscamente de la silla aprendí a adaptarme a las circunstancias. Instalamos un pequeño cobertizo en declive para cocinar afuera y una banca en la que mis muchachos podían desollar las aves. Por la noche yo subía a mi pequeño altillo, ellos extendían sus esteras en el suelo de abajo y ninguno de nosotros refunfuñaba de su albergue.

Lo primero que hice fue mandar a buscar a los hombres que estaban acostumbrados a cazar aves del paraíso. Llegaron varios y les mostré hachas, cuentas, cuchillos y pañuelos explicándoles con señas lo mejor que pude lo que les pagaría por ejemplares recién muertos. La costumbre general es pagar por adelantado pero esta vez sólo un hombre se aventuró a aceptar objetos por valor de dos aves. El resto desconfiaban y querían ver el resultado del primer trato con el hombre blanco forastero, el único que había llegado hasta su isla. Después de tres días mi hombre me trajo la primera ave, un espléndido ejemplar vivo, pero amarrado en una pequeña bolsa y en consecuencia con las plumas de la cola y las alas aplastadas y estropeadas. Traté de explicarle a él y a los otros que lo acompañaban que las quería lo más intactas posible y que tendrían que matarlas o sujetarlas a un palo con un cordel en las patas. Como quedaron aparentemente convencidos de que el trato era justo y de que no tenía intenciones ocultas, hubo seis hombres más que aceptaron objetos en pago; unos por un ave, otros por más y uno hasta por seis. Dijeron que tenían que ir lejos a buscarlas y que regresarían en cuanto las hubieran cazado.

En periodos de días o de una semana, algunos regresaron y me trajeron una o más aves, pero, aunque dejaron de traerlas en bolsas, su condición no era mucho mejor. Como las cazaban bastante adentrados en la selva, casi nunca llegaban con una sola sino que la amarraban por la pata a un palo y la dejaban en su choza hasta que cazaban otra. La pobre criatura hacía violentos esfuerzos por escapar, se metía entre las cenizas o se colgaba de la pata hasta que ésta se le hinchaba y se le semipodría o a veces moría de hambre y atormentada. Una de ellas tenía la hermosa cabeza manchada del betún de una antorcha de damar; otra había esta-



FIGURA XLII.2. *Casa de Wallace en Bessir, Waigeo. Dibujado en madera por Baines, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

do tanto tiempo muerta que el estómago ya empezaba a estar verde. Pero afortunadamente la piel y el plumaje de estas aves es tan resistente y fuerte que aguantan mejor que cualquier otro tipo que se las lave y limpie, y en general pude limpiarlas tan bien que apenas se diferenciaban de las que había cazado personalmente. Me trajeron algunas el mismo día de haberlas cazado y tuve ocasión de examinarlas en toda su belleza y vivacidad. Tan pronto como descubrí que en general me las traían vivas, puse a uno de mis hombres a construir una jaula grande de bambú con orificios para la comida y el agua con la esperanza de poder conservar alguna. Hice que los nativos me trajeran ramas de una fruta que les gustaba mucho y tuve el placer de ver que la comían con fruición, así como cualquier cantidad de chapulines vivos, arrancándoles las patas y las alas y tragándoselos. Bebían mucha agua y estaban en movimiento constante, brincando en la jaula de palo en palo, aferrándose al techo y a los lados casi sin descansar un momento el primer día hasta llegada la noche. El segundo día siempre estaban menos activas, aunque comían tan abundantemente como el anterior, y la mañana del tercer día casi siempre las encontraba muertas en el suelo de la jaula sin causa

aparente. Algunas comían arroz hervido y también frutos e insectos; pero después de varios intentos sucesivos ninguna vivió más de tres días. El segundo o tercer día languidecían y en varios casos empezaban a tener convulsiones y caían de las perchas muriendo unas horas después. Hice el intento con aves jóvenes y con otras en pleno plumaje pero sin éxito, y a la larga acabé renunciando a ello por inútil y concentré mi atención en conservar especímenes en la mejor condición posible.

A las aves rojas del paraíso no las cazan con flechas romas como en las islas Aru y en otras partes de Nueva Guinea, sino que les tienden trampas de un modo muy ingenioso. Hay un yaro trepador grande que tiene un fruto reticulado rojo al que las aves son muy aficionadas. Los cazadores amarran este fruto a un palo resistente en forma de horquilla y se procuran una cuerda fuerte pero delgada. Entonces buscan algún árbol de la selva en el que las aves acostumbren a posarse, se trepan a él y amarran el palo de horquilla a una rama, colocando la cuerda en un nudo de lazo tan ingenioso que cuando el ave llega a comer el fruto les atrapa las patas y, al estirar el extremo del cordel que cuelga hasta el suelo, se suelta de la rama y baja al ave. A veces, cuando el alimento abunda en todas partes, el cazador se sienta desde la mañana hasta la noche bajo el árbol con el cordel en la mano y hasta dos o tres días seguidos sin que llegue ninguna a picotearlo; mientras que, cuando tiene suerte, puede conseguir dos o tres aves en un día. En Bes-sir hay sólo ocho o 10 hombres que practican este arte, desconocido en cualquier otra parte de la isla. Decidí por tanto permanecer allí todo el tiempo posible como ocasión única de obtener una buena serie de especímenes; y aunque estaba casi muriéndome de hambre, ya que todo lo que puede comer un hombre civilizado escaseaba o faltaba por completo, finalmente lo conseguí.

Los vegetales y frutos de las plantaciones de alrededor no bastaban para satisfacer las necesidades de los habitantes y casi siempre los desenterraban o recolectaban antes de que estuvieran maduros. Muy pocas veces pudimos comprar algo de pescado; no había ni una sola ave de corral; y nos teníamos que reducir a vivir de correosas palomas y cacatúas con arroz y sagú, y algunas veces ni siquiera podía conseguir estas aves. Como ya hacía ocho meses que había emprendido este viaje, mi reserva de condimentos, especias y mantequilla estaba agotada y me fue imposible comer la cantidad suficiente de esta insípida y poco apetitosa comida como para mantenerme sano. Adelgacé y me debilité mucho y contraí una curiosa enfermedad conocida (como después supe) con el nombre de fiebre intermitente de la ceja. Cada mañana, inmediatamente después del desayuno, me empezaba un intenso dolor en un pequeño punto de la sien derecha. Se trataba

de una punzada ardiente y aguda, como el peor dolor de muelas, que duraba unas dos horas y generalmente desaparecía al mediodía. Cuando finalmente cesaba, tenía un acceso de fiebre que me dejaba tan débil e incapaz de comer nuestra comida normal que estoy seguro de que salvé la vida gracias a un par de latas de sopa que desde hacía tiempo reservaba para un caso extremo de esta naturaleza. Solía salir a buscar vegetales y encontré el gran tesoro de una parcela de plantas de tomate que crecían silvestres y tenían pequeños frutos del tamaño de grose-las. También hervía la parte de arriba de las plantas de calabaza y de los helechos a modo de verdura y ocasionalmente conseguí algunas papayas verdes. Cuando estaban muy escasos de alimento los nativos, vivían de un alga carnosa que hervían hasta que se ablandaba. También intenté comerla, pero era demasiado salada y amarga para soportarla.

Hacia finales de septiembre fue absolutamente necesario que regresara para poder hacer el viaje de vuelta antes de que acabara el monzón del este. Muchos de los hombres a los que había pagado me trajeron las aves que habíamos acordado. Un pobre tipo tuvo la mala suerte de no conseguir ninguna y muy honestamente me devolvió el hacha que había recibido por adelantado; otro, con el que había acordado seis, me trajo la quinta dos días antes de que partiéramos y se fue inmediatamente a la selva a conseguir la otra. Pero no regresó y cargamos la embarcación; cuando estábamos a punto de zarpar llegó corriendo tras nosotros con un ave y, ofreciéndomela, dijo con gran satisfacción: “Ahora no le debo nada”. Éstos son ejemplos extraordinarios y bastante inesperados de honestidad entre salvajes cuando les hubiera sido muy fácil ser deshonestos sin temor a ser detenidos o castigados.

El territorio alrededor de Bessir era montañoso y escarpado, erizado y dente-lleado de rocas coralinas acolmenadas y con pequeñas barrancas y hondonadas muy peculiares. Muchas veces las sendas pasaban por estas hendiduras rocosas, que en lo más intrincado de la selva eran umbrías y oscuras en extremo y con frecuencia estaban llenas de plantas herbáceas de hojas finas y de curiosas *Lycopodiaceae* de follaje azul. En este tipo de lugares fue donde conseguí muchas de las pequeñas mariposas más bellas, como la *Sospita statira* y la *Taxila pulchra*, la espléndida y azul *Amblypodia hercules* y muchas otras. En las orillas de las plantaciones encontré la elegante y azul *Deudorix despoena* y en las zonas umbrías la maravillosa *Lycaena wallacei*. Allí también conseguí la bella *Thyca aruna*, del más vívido color anaranjado en la parte superior y por debajo intenso carmesí y negro reluciente; y un espléndido espécimen de una *Ornithoptera* verde, absolutamente fresca y perfecta, y una de las glorias de mi colección.

Las aves que conseguí en este lugar, aunque no muchas en número de especies, eran muy interesantes. Obtuve otro ejemplar del raro milano de Nueva Guinea (*Henicopemis longicauda*), un chotacabras grande y nuevo (*Podargus superciliaris*) y una paloma de tierra de lo más peculiar y de un género totalmente nuevo y notable por su pico largo y potente. Ha sido denominada *Henicophaps albifrons*. También tuve el placer de conseguir unos hermosos ejemplares de una paloma frutera grande con una protuberancia en el pico (*Carpophaga tumida*) y comprobar que no se trataba, como se suponía hasta entonces, de una característica sexual, sino que la tenían por igual machos y hembras. Recolecté únicamente 73 especies de aves en Waigeo, pero 12 de ellas totalmente nuevas y muchas otras muy poco comunes. Como además me llevé 24 bellos ejemplares de la *Paradisea rubra*, no lamento mi visita a la isla a pesar de que no satisfizo ni mucho menos mis expectativas.

XLIII. VIAJE DE WAIGEO A TERNATE

(29 de septiembre a 5 de noviembre, 1860)

HABÍA dejado al viejo timonel en Waigeo para que cuidara la casa e hiciera los arreglos necesarios en el prao para navegar: calafatear el fondo, revisar las instalaciones exteriores, el cobertizo de palma y los aparejos. Cuando regresé, la embarcación estaba casi a punto y de inmediato empecé a empaquetar y a prepararme para el viaje. La vela mayor había hecho las veces de uno de los lados de nuestra casa, pero habíamos guardado sobre el techo el foque y la cangreja de popa y, al desplegarlas para ver si necesitaban algunos arreglos, vimos horrorizados que unas ratas habían hecho de ellas su nido y las habían roído en veinte lugares diferentes. Tuvimos que comprar esterilla y hacer velas nuevas y esto nos demoró hasta el 29 de septiembre, día en que finalmente dejamos Waigeo.

Tardamos cuatro días en dejar de ver tierra, pues tuvimos que atravesar por angostos estrechos rodeados de arrecifes y bancos de arena y con muchas corrientes fuertes, de modo que un viento desfavorable nos detenía por completo. Un día, cuando ya estaba casi despejado, una marea y un viento contrarios nos arrastraron 15 kilómetros hacia atrás hasta nuestro fondeadero de la noche anterior. Este retraso nos despertó el temor a quedarnos sin agua si llegábamos a detenernos mar adentro por la falta de viento y decidimos, si es que podíamos, tocar la isla en la que se habían perdido nuestros hombres y que se encontraba directamente en nuestro rumbo. Pero, como de costumbre, el viento era contrario y soplabla en dirección S.S.O. en vez de S.S.E., como hubiera tenido que ser en esta época del año, y todo lo que pudimos hacer fue llegar a la isla de Gagie, donde anclamos a la luz de la luna junto a desnudas colinas volcánicas. Por la mañana intentamos entrar en una profunda bahía donde unos pescadores galela nos dijeron que había agua, pero un viento contrario nos lo impidió. Pero a cambio de un pañuelo nos llevaron en su embarcación y llenamos nuestros recipientes y bambúes. Después fuimos hasta el lugar donde acampaban en la costa norte de la isla para tratar de comprar algo para comer, pero sólo pudimos conseguir tortuga ahumada, negra y dura como pedazos de carbón. Un poco más allá había una plantación que pertenecía a los guebe pero que estaba al cuidado de un esclavo

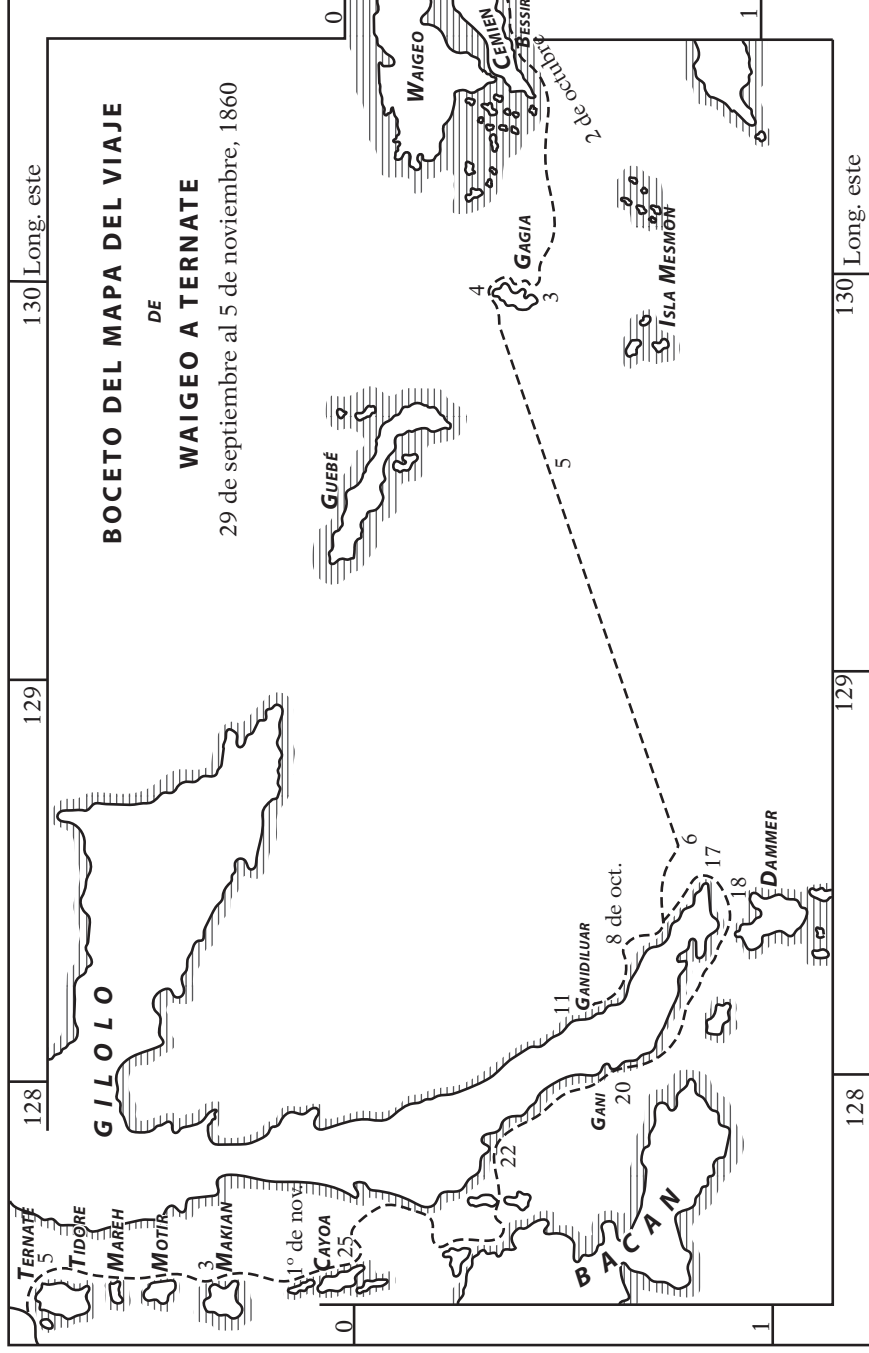


FIGURA XLIII.1. Mapa con la ruta del viaje de Wallace a Ternate desde Waigeo. Alfred Russel Wallace, dominio público, vía Wikimedia Commons.

papúa y al día siguiente compramos unos plátanos y unos cuantos vegetales a cambio de un pañuelo y unos cuchillos. Cuando íbamos a dejar el lugar encontramos que el ancla se había atorado en aguas muy profundas; después de muchos intentos infructíferos nos vimos forzados a cortar el cable de ratán y dejarla allí. Nos quedaba sólo un ancla.

Zarpamos temprano la mañana del 4 de octubre con el mismo viento S.S.O. y empezamos a temer que no fuéramos a lograr alejarnos de la punta meridional de Gilolo. La noche del día 5 fue borrascosa y con truenos, pero después de la medianoche el tiempo se puso tolerable y avanzábamos con un viento ligero buscando la costa de Gilolo, a la que creíamos aproximarnos, cuando oímos un bramido clamoroso y sordo como un fuerte oleaje detrás de nosotros. En poco tiempo el estruendo aumentó y vimos una línea blanca de espuma que venía y que nos pasó rápidamente sin causarnos ningún daño, pues nuestra embarcación se elevó fácilmente sobre la ola. A intervalos breves, nos pasaron diez o doce más a gran velocidad y después el mar quedó completamente plano como antes. Llegué a la conclusión de que debían ser olas de maremoto, y por referencias de antiguos viajeros sabemos que estos mares han estado sometidos a fenómenos similares. Dampier los experimentó cerca de Misool y Nueva Guinea y los describe de la manera siguiente:

Encontramos aquí mareas muy extrañas que corren en oleadas, encrespan el mar y braman tan fuerte que las oíamos antes de que llegaran hasta nosotros cuando estaban a dos kilómetros de distancia. Todo el mar alrededor parecía transtornado y hacía cabecear la embarcación de tal modo que no podíamos dominar el timón. Estas crestas duraban generalmente 10 o 12 minutos y después el mar se quedaba tan quieto y calmado como un plato. Solíamos sondear cuando estábamos en medio de ellas, pero no encontramos suelo ni percibimos que nos arrastraran en ninguna dirección. Una noche tuvimos varias de estas mareas, que principalmente venían del oeste, y como el viento también venía de ese cuadrante las escuchábamos mucho tiempo antes de que llegaran y a veces bajábamos las velas más altas pensando que era una ráfaga de viento. Tenían una gran longitud de norte a sur pero su amplitud no excedía los 200 metros y llevaban un gran paso. Porque aunque teníamos poco viento que nos impulsara, las olas pasaban pronto y dejaban el agua muy tranquila; justo antes de toparnos con ellas encontramos un gran oleaje pero que no rompió.

Algún tiempo después me enteré de que había habido un terremoto en la costa de Gilolo el mismo día que nos encontramos con estas curiosas olas.

Al llegar el día, vimos la tierra de Gilolo a algunos kilómetros de distancia, pero desafortunadamente la punta estaba un poco a barlovento de nosotros. Intentamos poner las velas en viento todo lo que pudimos para rodearla, pero a medida que nos acercábamos a la costa nos íbamos metiendo en una fuerte corriente en dirección norte que nos arrastró tan rápidamente que tuvimos que apartarnos de la costa de nuevo para salir de su influencia. Algunas veces nos acercamos un poco a la punta y revivieron nuestras esperanzas, pero después el viento amainaba y lentamente nos íbamos a la deriva. Cuando llegó la noche estábamos casi en la misma posición que habíamos ocupado en la mañana, así que echamos el ancla con 15 brazas de cable para no ir a la deriva. Sin embargo, la mañana del día 7 nos encontrábamos a gran distancia de la costa y entonces pensamos que nuestra única oportunidad sería acercarnos más a la costa, donde seguramente habría una corriente de regreso y podríamos remar. El prao iba muy cargado y mis hombres no eran muy amantes del trabajo, así que tardamos seis horas para llegar al borde del acantilado que festoneaba la playa; como en cualquier momento el viento podía soplar hacia ella, nuestra situación era muy peligrosa. Afortunadamente, a poca distancia había una bahía de arena en la que una pequeña corriente impedía el crecimiento del coral y en la tarde llegamos a ella y en la noche anclamos. Allí encontramos a algunos hombres galela que cazaban ciervos y cerdos pero no sabían o no querían hablar malayo y pudimos obtener poca información. Descubrimos que a lo largo de la costa la corriente cambiaba con la marea, mientras que como a un kilómetro y medio mar adentro siempre corría en una dirección y en contra nuestra; esto nos dio algunas esperanzas de regresar a la punta, de la que ahora nos separaban unos 30 kilómetros. A la mañana siguiente encontramos que los hombres galela habían partido antes del amanecer, tal vez con cierto temor vago de nuestras intenciones y muy probablemente porque creyeron que yo era un pirata. Durante la mañana pasó una embarcación y sus gentes nos informaron que a corta distancia, más cerca de la punta, había un puerto mucho mejor donde había muchos hombres galela de los que tal vez podríamos conseguir ayuda.

A las tres de la tarde, cuando la corriente cambió, proseguimos, pero como el viento venía en contra pudimos avanzar muy poco. Al crepúsculo llegamos a la entrada del puerto, pero un remolino y una ráfaga de viento nos llevaron mar adentro. Después del atardecer sopló una brisa de tierra y veleamos un poco hacia el sureste. Después calmó y echamos nuestra ancla a 40 brazas para tratar de contrarresar la corriente. Pero fue bastante inútil y la mañana siguiente nos encontrábamos a bastante distancia de la costa y justo en el lado opuesto a nues-

tro anclaje del día anterior, al que llegamos de nuevo remando arduamente. Este día se lo concedí a mis hombres para que descansaran y durmieran, y al día siguiente (10 de octubre) proseguimos a las dos de la mañana con una brisa de tierra. Después de dejarlos colocados a los remos y darles instrucciones de que se mantuvieran cerca de la costa y por ningún motivo se adentraran en el mar, me fui a la parte de abajo de la embarcación porque no me sentía bien. Al despuntar el día vi con gran asombro que estábamos de nuevo mar adentro y me dijeron que el viento poco a poco se había vuelto contrario y nos había arrastrado, sin que ninguno tuviera la sensatez de arriar la vela y remar hacia la costa o avisarme. En cuanto se hizo de día vimos que habíamos retrocedido a la deriva y estábamos de nuevo enfrente de nuestro antiguo fondeadero, y, por tercera vez, tuvimos que remar duro para llegar hasta él. A medida que nos acercábamos a la costa vi que la corriente era favorable y continuamos bordeándola hasta que estuvimos cerca de la entrada del puerto inferior. Cuando nos estábamos congratulando de por fin haberlo conseguido, se levantó una fuerte borrasca del sureste que nos arrastró de regreso y nos hizo imposible la entrada. Como no me gustaba la idea de regresar, decidí intentar anclar y así lo hicimos en agua profunda y cerca de los arrecifes, pero los vientos predominantes eran tales que si no hubiéramos estado anclados nos hubiéramos ido sin dificultad mar adentro. Cuando pasó la borrasca, la corriente había cambiado en contra nuestra y supimos que tendríamos que esperar hasta las cuatro de la tarde, cuando intentamos entrar a puerto.

Con todo, entonces llegamos al punto culminante de nuestras dificultades. El oleaje que producía la borrasca sacudía a tirones el cable y de repente se rompió y hundió en el agua. Nos fuimos mar adentro a la deriva e inmediatamente izamos la vela mayor, pero nos habíamos quedado sin ancla y en un navío tan precariamente tripulado que no iba a poder ser dirigido remando en contra de la más débil corriente o del más ligero viento; en estas condiciones sería una locura acercarnos a estas peligrosas costas, salvo si llegaba una calma total. Además sólo nos quedaba comida para tres días. Había que descartar cualquier otro intento de rodear la punta sin ayuda y enseguida me decidí a ir hasta la aldea de Ganidiluar a unos 16 kilómetros al norte, donde entendimos que había un puerto y podíamos conseguir víveres y unos cuantos remeros más. Hasta entonces, vientos y corrientes se habían opuesto invariablemente a nuestro pasaje al sur y había razón para esperar que ahora nos fueran favorables, ya que habíamos virado nuestro bauprés en dirección contraria. Pero inmediatamente empezó una calma y después una brisa de tierra hacia el oeste que no nos servía, y tuvimos que remar de nuevo durante horas; cuando llegó la noche no habíamos llegado a la aldea. No obstante,

tuvimos suerte de encontrar una caleta profunda y resguardada en la que el agua estaba bastante tranquila y allí construimos un ancla provisional llenando un saco con piedras del lastre y que, bien amarradas en una red de ratanes, nos mantendrían a salvo durante la noche. A la mañana siguiente nuestros hombres fueron a tierra a cortar madera adecuada para hacer áncoras nuevas; al mediodía la corriente cambió a nuestro favor y seguimos hacia la aldea, donde encontramos un fondeadero excelente y al resguardo.

Después de averiguar, nos enteramos de que el jefe habitaba en el otro Gani al lado occidental de la península y era necesario enviar mensajeros que atravesaran el territorio (aproximadamente medio día de viaje) para que le informaran de mi llegada y le solicitaran ayuda. Después conseguí comprar un poco de sagú, algo de carne de venado seca y cocos, todo lo cual alivió enseguida nuestra necesidad de comer algo. En la noche vimos que nuestro saco de piedras nos detenía firmemente y dormimos tranquilos.

Al día siguiente (12 de octubre), mis hombres se pusieron a trabajar para hacer áncoras y remos. El ancla malaya nativa está ingeniosamente construida de una pieza de madera resistente en forma de horquilla, cuya uña está reforzada con ratanes que la amarran al tronco principal, y la pieza cruzada está formada por una piedra plana asegurada de la misma manera. Estas anclas, cuando están bien hechas, se agarran muy firmemente y, como es muy caro el hierro, aún se usan a bordo de los praos pequeños. Por la tarde llegaron los jefes y me prometieron todos los remeros que pudieran conseguir para mi prao y también me trajeron unos huevos y un poco de arroz bastante aceptables. El día 14 hubo viento del norte todo el día; hacía unos días no nos hubiera servido de nada, pero ahora era tentador. El día 16, con todo ya dispuesto, zarpamos al amanecer con dos áncoras nuevas y 10 remeros que sabían de su trabajo. Por la tarde ya estábamos a más de medio camino de la punta y anclamos para pasar la noche en una pequeña bahía. A las tres de la mañana siguiente ordené que levaran ancla, pero el cable de ratán desgastado por las rocas se partió cerca del fondo, y perdimos la tercera ancla de este desafortunado viaje. El día era tranquilo y al mediodía pasamos la punta meridional de Gilolo, para lo que habíamos tardado once días siendo que todo el viaje con este monzón no nos hubiera tenido que ocupar más que la mitad de tiempo. Después de rodear la punta, nuestro rumbo fue exactamente en dirección opuesta al que habíamos llevado y entonces, como de costumbre, el viento cambió y sopló del norte y el noroeste, así que tuvimos que remar kilómetro tras kilómetro hasta la aldea de Gani, a la que no llegamos hasta la tarde del día 18. Un comerciante bugi que residía allí y el senaji o jefe fueron muy amables;



FIGURA XLIII.2. *Ancla malaya. Dibujado en madera por Baines, basado en un bosquejo del autor, dominio público, vía Wikimedia Commons.*

el primero nos ayudó con un ancla de repuesto y un cable y me regaló unas verduras, y el segundo nos amasó tortillas de sagú y me dio un par de aves de corral, una botella de aceite y unas calabazas. Como el tiempo era aún muy inestable, conseguí cuatro hombres más para que nos acompañaran a Ternate, adonde partimos la tarde del día 20.

Tuvimos que seguir remando toda la noche porque las brisas de tierra eran demasiado débiles para permitirnos navegar a vela en contra de la corriente. La tarde del 21 tuvimos una hora de viento favorable que pronto cambió y se convirtió en una fuerte borrasca con lluvia; mis torpes hombres dejaron que la vela mayor se pusiera en facha y la borrasca casi nos hundió, desgarrando la vela y, lo que fue peor, perdiendo una hora de viento favorable. La noche fue calmada y avanzamos muy poco.

El día 22 tuvimos vientos ligeros contrarios. Poco antes del mediodía pasamos con la ayuda de los remos los estrechos de Paciencia, la parte más estrecha del canal entre Bacan y Gilolo. Estos estrechos fueron llamados así por los primeros navegantes portugueses porque las corrientes son muy fuertes y hay tantos remolinos que, incluso con viento favorable, con mucha frecuencia los navíos no pueden cruzarlos. Por la tarde, un fuerte viento del norte (completamente en contra) nos obligó a anclar dos veces. La noche fue calmada y poco a poco nos fuimos deslizand con los remos.

El día 23 tuvimos de nuevo viento en contra o calmas. Cruzamos a la tierra firme de Gilolo siguiendo el consejo de nuestros hombres de Gani, que conocían bien la costa. Justo cuando acabábamos de cruzar hubo otro chubasco del norte con lluvia y tuvimos que fondear al borde de un arrecife de coral para pasar la noche. Como a las tres de la mañana del 24 desperté a mis hombres, pero no soplaban ningún viento que nos ayudara y hubo que remar lentamente. Al despuntar

el día, había una brisa favorable que soplaba del sur pero que duró sólo una hora. El resto del día no tuvimos más que calmas, ligeros vientos en contra y borrascas, por lo que avanzamos muy poco.

El 25 fuimos empujados por la corriente hacia el centro del canal, pero sin avanzar hacia delante. Por la tarde veleamos y remamos hacia el extremo sur de Cayoa y a medianoche llegamos a la aldea. Decidí que nos quedáramos allí unos cuantos días para descansar y reponernos con la esperanza de que el tiempo mejorara. Compré unas cebollas, otras verduras y muchos huevos y mis hombres hicieron tortillas de sagú. Iba todos los días a mi antiguo terreno de recolección en busca de insectos, pero sin mucho éxito. El clima era húmedo y tormentoso y parecía haber un estancamiento en la vida de los insectos. Nos quedamos cinco días, en cuyo periodo murieron doce personas en la aldea, la mayoría simplemente de fiebre intermitente, cuyo tratamiento los nativos ignoran. Durante todo este viaje había sufrido mucho de los labios quemados por el sol, pues había estado expuesto en cubierta todo el primer día para cuidar nuestra seguridad entre los bancos de arena y los arrecifes cerca de Waigeo. La sal del aire los afectó tanto que no cicatrizaban y me dolían cada vez más. Sangraban al menor roce y durante mucho tiempo pude comer sólo con grandes dificultades, pues tenía que abrir la boca mucho y meter cada bocado de comida con el mayor cuidado. Los llevaba siempre cubiertos de ungüento, lo cual era muy desagradable, y me siguieron doliendo constantemente más de un mes, sin mejorar hasta que regresé de Ternate y pude quedarme una semana en casa.

Una embarcación que había zarpado a Ternate al día siguiente de llegar nosotros tuvo que regresar un día después por el mal tiempo. El 31 salimos al fondeadero que había a la entrada del puerto para estar listos para zarpar a la primera oportunidad favorable.

El 1° de noviembre desperté a mis hombres a la una de la mañana y partimos con el viento a favor. Hasta entonces, generalmente había habido calma en las noches, pero esta vez tuvimos un fuerte viento del oeste con lluvias que inclinó el costado del buque y nos obligó a anclar. Cuando pasó, continuamos remando toda la noche, pero el viento en contra contrarrestaba la corriente que nos era favorable y avanzamos muy poco. Poco después del amanecer, el viento arreció y se nos volvió más adverso y, como teníamos una peligrosa costa a sotavento de la que no nos podíamos apartar, tuvimos que virar mar afuera en dirección O.S.O. Esta serie de vientos contrarios y mal tiempo desde que partimos, sin tener un solo día de viento favorable, era muy singular. Mis hombres creían firmemente que había algo que traía mala suerte en la embarcación y me dijeron que antes de

hacernos a la mar tendría que haberle hecho una cierta ceremonia consistente en abrir un agujero en el fondo de la embarcación por el que se derrama un aceite sagrado. No hay que olvidar que era la estación del monzón del sureste y todavía no habíamos tenido ni medio día de viento del sureste desde que salimos de Waigeo. Vientos contrarios, chubascos y corrientes nos arrastraron a merced y a la deriva el resto del día. La noche fue igualmente chubascosa y variable y nos mantuvo trabajando duro en hacer una vela y remando en los intervalos.

A la salida del sol del día 2 nos encontrábamos a mitad del canal de 16 kilómetros entre Cayoa y Makian. Borrascas y chubascos se fueron sucediendo durante la mañana. Al mediodía hubo calma chicha y, después, una ligera brisa del oeste que nos permitió llegar a la aldea de Makian por la tarde. Allí compre unas toronjas (*Citrus decumana*), nuez de la India y café y dejé que mis hombres durmieran una noche.

La mañana del día 3 fue buena y remamos lentamente siguiendo la costa de Makian. El capitán de un pequeño prao que estaba anclado, cuando me vio en cubierta, imaginó de quién se trataba y me hizo señales para que nos detuviéramos, pues me traía una carta de Charles Allen, quien me informaba que había estado en Ternate veinte días y esperaba ansiosamente mi llegada. Era una buena noticia, pues yo estaba igualmente inquieto respecto a él y me levantó el ánimo. Soplaban entonces un ligero viento del sur y pensamos que íbamos a tener buen tiempo. Pero cambió al cuadrante anterior, el oeste; se fueron acumulando densas nubes en el cielo y en menos de media hora teníamos la tormenta más fuerte de todo el viaje. Afortunadamente, bajamos la vela mayor a tiempo, pues de otro modo las consecuencias hubieran podido ser graves. Era un pequeño huracán común y mi viejo timonel bugi comenzó a invocar a “¡Alá, Alá!” para que nos protegiera. Pudimos mantener izado sólo el foque, pero manejándolo con cuidado nos mantuvo a favor del viento y el prao se portó muy bien. Nuestro pequeño bote (comprado en Gani) iba remolcado a popa y pronto se llenó de agua, se rompió y desapareció. Aproximadamente en una hora la furia del viento amainó un poco y en dos horas más pudimos izar la vela mayor, recogerla y dejarla a media asta. Hacia la tarde se despejó, hubo calma y el mar, que había estado bastante encrespado, se calmó. Como yo no tengo mucho de marinero, me había alarmado bastante y hasta el viejo timonel me aseguró que nunca en su vida había estado en una tormenta tan mala como ésta. Esto corroboraba su opinión respecto a la mala suerte del barco y a la eficiencia del aceite bendito que todos los bugis derraman en el fondo de los praos. En esta situación atribuía a sus plegarias que estuviéramos a salvo y que la tormenta hubiera terminado tan rápidamente y me

dijo riéndose: “Así es como siempre hacemos a bordo de nuestros praos; cuando las cosas no marchan, nos ponemos de pie y gritamos nuestras oraciones lo más fuerte que podemos y entonces Tuwan Allah nos ayuda”.

Después de esto tardamos dos días más en llegar a Ternate, con las calmas usuales, borrascas y vientos contrarios hasta el último momento; y una vez hasta tuvimos que regresar a nuestro fondeadero debido a violentas ráfagas de viento cuando ya estábamos cerca de la población. Considerando todo este viaje en este navío desde que dejé Goram en mayo, parecería que mi experiencia en un prao nativo no fue muy alentadora. Mi primera tripulación huyó; perdí dos hombres en una isla desierta un mes; encallamos 10 veces en arrecifes de coral; perdimos cuatro áncoras; las velas fueron devoradas por ratas; nuestro pequeño bote desapareció a proa; estuvimos 38 días de viaje de regreso cuando nos hubiera tenido que tomar 12; nos quedamos sin comida y agua muchas veces; no teníamos lámpara de navegación porque en Waigeo no había ni una gota de aceite cuando partimos; y para coronar, a lo largo de todos nuestro viajes de Goram por Ceram a Waigeo, y de Waigeo a Ternate, que nos ocuparon un total de 78, o tres meses menos 12 días (y en el periodo que se suponía que era la estación favorable), no tuvimos ni un solo día de viento favorable. Estuvimos siempre cerrándonos al viento, luchando siempre contra viento, marea y deriva y en un navío que apenas podía navegar a más de ocho puntos del viento. Cualquier marino admitiría que mi primer viaje en mi propia embarcación fue de lo más desdichado.

Charles Allen había conseguido una buena colección de aves e insectos en Misool, pero mucho menos de los que habría podido reunir si yo no hubiera tenido la mala suerte de no poder visitarlo. Después de esperar una o dos semanas más, estaba prácticamente muriéndose de hambre y regresó a Wahai en Ceram. Con gran sorpresa, allí se enteró de que yo había zarpado hacía dos semanas. Se tuvo que quedar allí más de un mes hasta que pudo regresar a la costa norte de Misool, localidad que le pareció mucho mejor; pero aún no era la temporada de aves del paraíso y, antes de que pudiera conseguir unas cuantas del tipo más común, el último prao estaba listo para zarpar rumbo a Ternate y tuvo que aprovechar la oportunidad, ya que suponía que estaría allí esperándole.

Con esto finalizo el relato de mis viajes. Después fui a Timor y más tarde a Buru, Java y Sumatra, lugares que ya he descrito. Charles Allen hizo un viaje a Nueva Guinea, del que proporcionaré un breve relato en mi siguiente capítulo sobre las aves del paraíso. De regreso fue a las islas Sula y reunió una colección muy interesante que sirvió para determinar los límites del grupo zoológico de

Célebes, como ya lo expliqué en el capítulo sobre la historia natural de esa isla. Su siguiente viaje fue a Flores y Solar, donde consiguió algunos materiales valiosos que he utilizado en mi capítulo sobre la historia natural de Timor. Más tarde fue a Coti, en la costa oriental de Borneo, de cuyo lugar yo estaba muy deseoso de obtener colecciones, pues se trata de una nueva localidad lo más lejos posible de Sarawak y había oído muy buenas cosas de ella. En su regreso a Surabaya en Java hubiera tenido que ir a la isla de Sumba o del Sándalo, totalmente desconocida. Pero tuvo la mala suerte de contraer una fiebre terrible a su llegada a Coti y, después de guardar cama varias semanas, lo llevaron en muy mal estado a Singapur, donde llegó después de que yo había partido a Inglaterra. Cuando se recuperó, consiguió un empleo en Singapur y tuve que prescindir de sus servicios como recolector.

Los tres últimos apartados de mi obra versarán sobre las aves del paraíso, la historia natural de las islas Papúas y las razas humanas en el archipiélago malayo.

XLIV. LAS AVES DEL PARAÍSO

Como hice muchos de mis viajes con el objeto expreso de conseguir ejemplares de aves del paraíso y aprender algo de sus costumbres y distribución, y además soy (hasta donde sé) el único inglés que ha visto estas maravillosas aves en sus selvas nativas y conseguido especímenes de muchas de ellas, me propongo dar a continuación un recuento de mis observaciones y averiguaciones.

Cuando los primeros viajeros europeos llegaron a las Molucas en busca de clavo y nuez moscada, especias raras y preciosas entonces, vieron por vez primera unas aves disecadas tan extrañas y bellas que provocaron la admiración incluso de aquellos vagabundos que viajaban en pos de riquezas. Los comerciantes malayos les daban el nombre de *manuk dewata* o aves divinas; y los portugueses, al ver que no tenían ni patas ni alas y no poder enterarse de nada fidedigno sobre ellas, las llamaron *passaros de sol* o aves del sol, en tanto que los doctos holandeses, que escribían en latín, las llamaron *avis paradiseus*, o ave del paraíso. John van Linschoten es quien nos proporciona estos nombres en 1598 y nos dice que nadie ha visto estas aves vivas porque moran en el aire, siempre en dirección al sol, y nunca se posan en tierra hasta que mueren porque no tienen patas ni alas, como puede verse en las aves que llevan a la India y a veces a Holanda pero que, como su precio es alto, rara vez se ven en Europa. Más de cien años después, William Funnell, que acompañó a Dampier y escribió un relato del viaje, vio ejemplares en Amboina y le dijeron que llegaban a Banda a comer nuez moscada, especia que las intoxicaba y las hacía caer sin sentido hasta que las hormigas las mataban.

Ya en 1760, cuando Linneo denominó a la especie más grande *Paradisea apoda* (ave del paraíso sin patas), en Europa no se había visto todavía ningún ejemplar perfecto y no se sabía absolutamente nada de ellas. Incluso ahora, cien años después, la mayoría de los libros dicen que migran anualmente a Ternate, Banda y Amboina, aunque el hecho es que son completamente desconocidas en estado salvaje en estas islas lo mismo que en Inglaterra. Linneo conoció también una especie pequeña, a la que denominó *Paradisea regia* (ave real del paraíso), y desde entonces se ha dado nombre a nueve o 10 más, todas descritas al principio a partir de ejemplares disecados por los salvajes de Nueva Guinea y en estado más



FIGURA XLIV.1. *Aves del paraíso: real y de 12 filamentos*. Dibujado en madera por Keulemans, dominio público, vía Wikimedia Commons.

o menos imperfecto en general. Ahora en el archipiélago malayo a estas aves se las conoce como *Burong mati* o aves muertas, lo cual indica que los comerciantes malayos nunca las vieron vivas.

Las Paradisaeidae son un grupo de aves de tamaño mediano, afines en su estructura y costumbres a los cuervos, los estorninos y los pájaros fraile australianos, pero se caracterizan por un crecimiento extraordinario del plumaje, al que no iguala ninguna otra familia de pájaros. Algunas especies tienen grandes penachos de delicadas plumas de vivos colores que les salen a cada uno de los lados

del cuerpo por debajo de las alas y en forma de caudas, abanicos o escudos; las plumas de la parte de en medio de la cola muchas veces se prolongan en filamentos que se enroscan en formas fantásticas o adornados con los tonos metálicos más brillantes. En otras especies estas plumas accesorias salen de la cabeza, el lomo o los hombros, y la intensidad del color y el lustre metálico que despliega su plumaje no son igualados por ninguna otra ave a excepción, quizá, del colibrí, y ni siquiera éste lo supera. Generalmente han sido clasificadas en dos familias diferentes, Paradisaeidae y Epimachidae, caracterizada esta última por su largo y grácil pico y por su parentesco con la abubilla. Pero los dos grupos son tan estrechamente afines en cuanto a los rasgos esenciales de estructura y hábitos que los consideraré como si formaran subdivisiones de una familia. Paso a dar ahora una breve descripción de cada una de las especies conocidas y después agregaré algunas observaciones generales sobre su historia natural.

La gran ave del paraíso (*Paradisaea apoda* de Linneo) es la especie más grande conocida y tiene en general alrededor de 45 centímetros desde el pico hasta la punta de la cola. El cuerpo, las alas y la cola son de un vívido color café marrón, más oscuro en el pecho, y que alcanza un tono violeta negruzco o marrón violáceo. Toda la parte de arriba de la cabeza y el cuello es de un amarillo paja sumamente delicado, y las plumas tan cortas y tupidas que parecen felpa o terciopelo; la parte inferior de la garganta hasta el ojo está revestida de plumas escamosas color verde esmeralda con un rico barniz metálico, en tanto que plumas aterciopeladas de un verde todavía más oscuro se extienden formando una banda que cruza la frente y la barbilla hasta los ojos, que son amarillo vivo. El pico es azul plumizo claro y las patas, bastante grandes y muy fuertes y bien formadas, son rosa ceniciento claro. Las dos plumas de la parte media de la cola no tienen barbas, salvo una pequeña en la base al extremo de la punta que forma zarcillos como de alambre, los cuales se despliegan hacia fuera en una elegante curva doble que varía entre 60 y 85 centímetros de largo. A cada uno de los lados, y por debajo de las alas, sale un tupido penacho de plumas largas y delicadas que a veces tienen 60 centímetros de longitud, de un color naranja dorado muy intenso y satinado, pero que hacia la punta se convierte en marrón claro. Este penacho de plumaje lo pueden alzar y desplegar a merced hasta casi ocultar el cuerpo del ave.

Estos espléndidos adornos son totalmente exclusivos del sexo masculino, en tanto que la hembra es en realidad un ave muy simple de aspecto común de color café marrón uniforme que no varía; tampoco posee los dos largos filamentos de la cola y ni una sola pluma amarilla o verde en la cabeza. El primer año los machos jóvenes se parecen mucho a las hembras y sólo se los puede distinguir me-

diente disección. El primer cambio es la adquisición del colorido amarillo y verde en la cabeza y la garganta y, al mismo tiempo, las dos plumas de en medio de la cola crecen unos cuantos centímetros más que el resto pero siguen teniendo barbas a ambos lados. En esta etapa posterior, estas plumas son sustituidas por los largos cañones de plumas desnudos en toda su longitud como en el pájaro ya adulto; pero todavía no hay señales de las magníficas plumas anaranjadas de los lados que más tarde completan el atavío del macho ya perfecto. Para llevar a cabo estos cambios, las aves pasan por tres mudas sucesivas por lo menos; y como las aves que yo encontré estaban en todas las etapas diferentes en la misma época, es probable que tengan sólo una muda al año y que no adquieran todo el plumaje hasta que tienen cuatro años. Durante mucho tiempo se pensó que la bella cauda de plumas duraba sólo un breve periodo en la temporada de cría, pero mi propia experiencia, y la observación de aves de una especie afín que llevé conmigo a Inglaterra y que vivieron dos años en ese país, muestran que retienen el plumaje completo durante todo el año a excepción de un breve periodo de muda, como sucede en muchas otras aves.

La gran ave del paraíso es muy activa y enérgica y parece estar en movimiento constante todo el día. Es muy abundante y se encuentran bandadas de hembras y machos jóvenes con mucha frecuencia. Aunque las aves con pleno plumaje abundan menos, sus fuertes gritos, que se oyen todos los días, prueban que también son muy numerosas. La nota que emiten es “Guauc, guauc, guauc – Guoc, guoc, guoc”, y es tan fuerte y estridente que se oye a gran distancia y constituye el sonido animal más destacado y característico de las islas Aru.

No se sabe cómo anidan pero los nativos me dijeron que construían su nido con hojas colocadas sobre un hormiguero o alguna rama saliente de un árbol alto, y creen que contiene sólo una cría. También se sabe bastante poco del huevo y los nativos aseguran que nunca lo han visto; un funcionario holandés prometió una alta recompensa si le conseguían uno pero no lo logró. La muda es aproximadamente en enero o febrero y, en mayo, cuando el plumaje está en su plenitud, los machos se reúnen en la mañana temprano para exhibirse en el modo singular que ya se ha descrito en las páginas 458 y 459. Este hábito permite a los nativos obtener ejemplares con relativa facilidad. En cuanto descubren que las aves han escogido un árbol en el que reunirse, construyen un pequeño refugio de hojas de palmera en algún lugar adecuado entre las ramas y el cazador se acomoda en él antes del amanecer, armado con su arco y unas cuantas flechas que terminan en una perilla redonda. Un muchacho espera al pie del árbol y cuando llegan las aves al despuntar el día y se han reunido un número suficiente y comenzado la danza, el caza-

dor dispara su flecha roma con tanta fuerza que aturde al ave y ésta cae. Después, el muchacho la captura y mata sin que una sola gota de sangre haya manchado el plumaje. Las demás no se dan cuenta y caen una tras otra hasta que alguna de ellas da la alarma (véase la figura XXXVII.2).

El modo nativo de preservarlas es cortándoles las alas y las patas y después desollando el cuerpo hasta el pico y sacando el cráneo. Se pasa un palo fuerte por dentro del ejemplar hasta que sale por la boca. Alrededor del palo se meten algunas hojas para rellenar el cuerpo y el conjunto se envuelve en una espata de palmera y se diseca en la choza de ahumado. Según este plan, la cabeza, que en realidad es grande, se encoge a un tamaño mínimo, el cuerpo queda también muy reducido y acortado y lo más prominente es el fluctuoso plumaje. Algunas de estas pieles de los nativos están muy limpias y muchas veces les dejan las alas y las patas; pero otras veces están horriblemente manchadas de humo y todas dan una idea muy equivocada de las proporciones del ave viva.

La *Paradisea apoda*, hasta donde podemos saber con seguridad, se limita a la tierra continental de las islas Aru y no se encuentra nunca en las islas de menor tamaño que circundan el bloque central. No se encuentra en ninguna de las partes de Nueva Guinea visitadas por los comerciantes malayos y bugis, así como tampoco en ninguna de las demás islas en que se consiguen aves del paraíso. Pero esto no constituye una prueba contundente, porque sólo en ciertas localidades los nativos preparan pieles y puede ser que abunden en otros lugares sin que nadie se haya enterado. Así pues, es muy probable que esta especie habite la gran masa meridional de Nueva Guinea, de la que se ha separado Aru; mientras que su pariente más cercano, que paso a describir, está confinada a la península noroccidental.

El ave del paraíso menor (*Paradisea papuana* de Bechstein), la *petite émeraude* de los autores franceses, es un ave mucho más pequeña que la anterior aunque muy similar a ella. Se diferencia por su color marrón más claro, que no se oscurece ni vuelve purpúreo en el pecho; por la extensión del color amarillo que recubre toda la parte superior de la espalda y las cubiertas de las alas; por el amarillo más claro de las plumas laterales, que tienen sólo un matiz anaranjado, y por las puntas, que son casi blanco puro; y comparativamente, por la brevedad de los zarcillos de la cola. La hembra se distingue considerablemente de su mismo sexo en la *Paradisea apoda*, pues es completamente blanca en la superficie inferior del cuerpo y, por lo tanto, es un ave mucho más bella. Los machos jóvenes tienen un colorido similar que, al crecer, se vuelve marrón, y para adquirir el plumaje perfecto pasan por las mismas etapas que se han descrito en las especies afines.

Esta ave es la que se usa más comúnmente en los atuendos para la cabeza de las mujeres en este país y constituye también un importante artículo de comercio en el Oriente.

La *Paradisea papuana* tiene una gama comparativamente amplia, pues es la especie común de la tierra continental de Nueva Guinea, así como de las islas de Misool, Salwatty, Jobie, Biak y Sook. En la costa sur de Nueva Guinea, el naturalista holandés Muller la encontró en el río Oetanata, a 136° de longitud este. Personalmente obtuve una en Dorey y el capitán del vapor holandés *Etna* me informó que había visto las plumas entre los nativos de la bahía de Humboldt a 141° de longitud este. Es muy probable, por tanto, que se extienda por toda la tierra firme de Nueva Guinea.

La auténtica ave del paraíso es omnívora y se alimenta de frutos e insectos, y de los primeros prefiere los higos pequeños; de los segundos sus favoritos son los chapulines, las langostas y fasma, así como las cucarachas y las orugas. Cuando regresé a Inglaterra en el año 1862, tuve la fortuna de encontrar dos machos adultos de esta especie en Singapur y, como parecían en buen estado de salud y se alimentaban vorazmente de arroz, plátanos y cucarachas, decidí pagar el altísimo precio que pedían por ellos —cien libras esterlinas— y llevarlos a Inglaterra por vía terrestre a mi cuidado. De regreso a mi país me quedé una semana en Bombay para hacer un alto en el camino y conseguir un avituallamiento de plátanos frescos para mis aves. No obstante, tuve gran dificultad en proporcionarles alimento en insectos, porque en los vapores peninsulares y orientales había muy pocas cucarachas y únicamente poniendo trampas en las bodegas y cazando una hora cada noche en el castillo de proa podía conseguir unas cuantas docenas de estas criaturas, apenas suficientes para una sola comida. En Malta, donde me quedé dos semanas, conseguí muchas cucarachas en un horno de panadería y cuando partí me llevé varias latas de galletas llenas de cucarachas como víveres para el viaje de regreso a Inglaterra. Atravesamos el Mediterráneo en marzo con un viento muy frío y el único lugar a bordo del vapor donde se pudo colocar la jaula estaba a merced de una fuerte corriente de aire que pasaba por una escotilla que permanecía abierta día y noche, y, a pesar de todo, no parece que las aves pasaran frío. Durante la noche del viaje de Marsella a París hubo una fuerte helada y aun así llegaron a Londres en perfecta salud y vivieron en los jardines del zoológico uno y dos años, respectivamente, desplegando con frecuencia sus plumas para admiración de los visitantes. Es evidente, por tanto, que las aves del paraíso son muy resistentes y necesitan aire y ejercicio más que calor. Yo estoy seguro de que si se les pudiera dedicar un lugar de conservación de buen tamaño o si

se las pudiera dejar sueltas en el departamento tropical del Palacio de Cristal o la Gran Casa de Palma en Kew, vivirían en ese país muchos años.

El ave del paraíso roja (*Paradisea rubra* de Viellot), aunque afin a las dos aves descritas hasta ahora, es mucho más diferente de ellas que una de la otra. Tiene aproximadamente el mismo tamaño que la *Paradisea papuana* (de unos 35 centímetros de largo), pero se diferencia en muchos detalles. Las plumas laterales, en vez de ser amarillas, son de un vívido púrpura, y sólo se extienden ocho o 10 centímetros más que la punta de la cola; en cierta manera son rígidas y los extremos curvos hacia abajo y hacia dentro terminan en blanco. Las dos plumas de en medio de la cola, en vez de prolongarse simplemente y estar desprovistas de barbas, se transforman en cintas negras tiesas de un centímetro de ancho, pero son curvas como un cañón de pluma partido por la mitad y parecidas a medios cilindros de asta o barba de ballena. Cuando un ave muerta yace sobre la espalda se ve que estas cintas adquieren una curva o posición que las hace encontrarse en un círculo doble sobre el cuello del ave; pero cuando están vivas cuelgan hacia abajo y adquieren forma de espiral y dibujan una doble curva sumamente elegante. Tienen unos 55 centímetros de largo y siempre llaman la atención por ser el rasgo más llamativo y extraordinario de la especie. El intenso color verde metálico de la garganta se extiende sobre la mitad de la parte frontal de la cabeza hasta detrás de los ojos; en la frente forma una pequeña cresta doble de plumas escamosas que contribuye en gran medida a la vivacidad del aspecto del ave. El pico es amarillo gomaguta y el iris verde oliva negruzco (véase la figura XLII.1).

La hembra de esta especie es de color marrón bastante uniforme pero tiene la cabeza negruzca y la nuca, el cuello y los hombros amarillos, indicando la posición de los colores más vivos del macho. Los cambios de plumaje siguen el mismo orden de sucesión que en las otras especies pero desarrollando primero los colores vivos de la cabeza y el cuello, después los filamentos alargados de la cola y, por último, las plumas rojas de los costados. Conseguí una serie de especímenes que ilustran cómo se desarrollan las extraordinarias cintas negras de la cola, que es algo muy notable. Primero aparecen como dos plumas comunes un poco más cortas que el resto de la cola; la segunda etapa es sin duda la que mostraba un ejemplar de *Paradisea apoda* en el que las plumas se han alargado discretamente y tienen las barbas más estrechas en la mitad; la tercera etapa la muestra un ejemplar que tiene parte de la nervadura central desnuda y termina en una barba en forma de espátula; en otra, la nervadura central desnuda está un poco dilatada y es semicilíndrica y la barba terminal muy pequeña; en una quinta, la cinta córnea totalmente negra ya está formada, pero lleva en su extremo una barba espatulada

café; mientras que en otro ejemplar parte de la cinta negra lleva, sólo en uno de los lados, una estrecha barba marrón. Únicamente después de consumarse estos cambios comienzan a aparecer las plumas rojas de los lados.

Las sucesivas etapas de desarrollo de los colores y el plumaje de las aves del paraíso son muy interesantes por el modo sorprendente en que concuerdan con la teoría de que han sido producidas mediante la simple acción de la variación y la capacidad acumulativa de selección de las hembras, a partir de machos que eran más ornamentales de lo usual.¹ Las variaciones de color son las más frecuentes de todas las demás y pueden ser modificadas y acumuladas por selección humana con gran facilidad. Por lo tanto es de suponer que las diferencias sexuales de color son las que primero se acumularon y fijaron y, en consecuencia, aparecen más pronto en las aves jóvenes; esto es exactamente lo que ocurre en las aves del paraíso. De todas las variaciones en la forma de las plumas del ave, ninguna es tan frecuente como las de la cabeza y la cola. Estas variaciones ocurren más o menos en todas las familias de aves y se producen fácilmente en muchas variedades domesticadas, mientras que los desarrollos inusuales de las plumas del cuerpo son raros en toda la clase de aves y muy rara vez o nunca se han dado en las especies domesticadas. De acuerdo con estos hechos, encontramos que las plumas en forma de escamas de la garganta, las crestas de la cabeza y los largos zarcillos de la cola se desarrollan antes que las plumas que brotan de los costados del cuerpo hagan su aparición. Por otra parte, cuando los machos de las aves del paraíso no han adquirido su plumaje por sucesivas variaciones sino que han sido como son ahora desde el momento en que aparecieron sobre la tierra, esta sucesión se vuelve por lo menos ininteligible para nosotros porque no podemos encontrar la razón de que los cambios no tengan lugar simultáneamente o en orden inverso al que se dan en realidad.

Lo que se conoce de los hábitos de esta ave y cómo la capturan los nativos ya se ha descrito en la página 522.

El ave del paraíso roja es un caso notable de difusión restringida, pues está limitada a la pequeña isla de Waigeo, en el extremo noroccidental de Nueva Guinea, donde sustituye a las especies afines que se encuentran en otras islas.²

Las tres aves que acabamos de describir constituyen un grupo bien definido y que concuerda en todos los puntos de su estructura general, en su tamaño com-

¹ Desde entonces he llegado a la conclusión de que la selección de la hembra no es la causa del desarrollo de las plumas ornamentales en los machos. Véase mi libro *Darwinism* ["Darwinismo"], capítulo x.

² El doctor Guillemard dice que esta especie se encuentra también en la isla de Batanta (*The Cruise of the Marchesa*, vol. II, p. 225).

parativamente grande, en el color marrón del cuerpo, alas y cola y en el carácter peculiar del plumaje ornamental que distingue al ave macho. El grupo se extiende por casi toda la zona habitada por la familia de las Paradisaeidae, pero cada una de las especies tiene su propia región limitada y nunca se encuentra en el mismo distrito que algunas de sus afines cercanas. A estas tres aves pertenece propiamente el título genérico de *Paradisea* o verdadera ave del paraíso.³

La especie siguiente es la *Paradisea regia* de Linneo o ave real del paraíso, que se diferencia tanto de las tres especies precedentes que merece un nombre genérico aparte y por esto fue denominada *Cicinnurus regius*. Los malayos la llaman *burong rajah* o ave real y los nativos de las islas Aru *goby-goby*.

Esta maravillosa avecilla tiene sólo 16 centímetros de largo debido en parte a que tiene la cola muy corta, la cual no supera en longitud a las alas algo cuadradas. La cabeza, la garganta y toda la superficie superior son rojo púrpura satinado muy intenso, color que se va matizando hasta alcanzar un púrpura anaranjado en la frente, en donde las plumas se extienden más allá de las narinas hasta más abajo de la mitad del pico. El plumaje es sumamente brillante y a cierta luz resplandece con un brillo metálico o vítreo. El pecho y el vientre son blanco sedoso, y entre este color y el rojo de la garganta hay una ancha franja verde metálico vivo y un pequeño lunar del mismo color encima de cada ojo. De cada uno de los lados del cuerpo y debajo de las alas sale un penacho de plumas anchas y delicadas de aproximadamente cuatro centímetros de largo y de color ceniciento, pero terminan en una banda ancha verde esmeralda bordeada por dentro por una estrecha línea color ante. Estas plumas quedan ocultas debajo de las alas, pero cuando el ave quiere las puede elevar y desplegar hasta formar un elegante abanico semicircular en cada hombro. No obstante, otro adorno todavía más extraordinario, y si es posible más hermoso, adorna a esta pequeña ave. Las dos plumas de la parte media de la cola se transforman en cañones de pluma muy gráciles, como filamentos, de casi 16 centímetros de longitud, y cada uno de ellos tiene en el extremo, y sólo en el lado interior, una barba color verde esmeralda que se enrosca formando un disco en perfecta espiral que produce un singular efecto de lo más encantador. El pico es amarillo naranja y las patas y piernas de un bello azul cobalto (véase la figura XLIV.1).

La hembra de esta pequeña joya es un ave de color tan simple que a primera vista casi no se puede creer que pertenezca a la misma especie. La superficie superior es color marrón terroso apagado con sólo un ligero matiz rojo anaranjado

³ Desde entonces se han descubierto tres especies nuevas y muy distintas de *Paradisea* en el sudeste de Nueva Guinea, y otras dos formas locales no tan distintas.

en los bordes de las plumas. Por debajo es café amarillento más claro, escamado y rayado con marcas estrechas oscuras. Los machos jóvenes son exactamente idénticos a la hembra y pasan sin duda por una serie de cambios tan singulares como los de la *Paradisea rubra*; pero, desafortunadamente, no pude conseguir especímenes representativos.

Esta exquisita criaturilla frecuenta los árboles pequeños de las partes más tupidas de la selva, alimentándose de frutos diversos, con frecuencia de gran tamaño para un ave tan pequeña. Es muy activa tanto con sus alas como sus patas, y cuando vuela emite una especie de zumbido parecido al de los manequines de Sudamérica. Bate las alas con frecuencia y exhibe el hermoso abanico que adorna su pecho, mientras que los filamentos de la cola ornamentados con una estrella divergen formando una elegante curva doble. Abunda bastante en las islas Aru, y ésta es la razón de que fueran llevadas muy pronto a Europa junto con la *Paradisea apoda*. También se da en la isla de Misool y en todas las partes de Nueva Guinea que han visitado los naturalistas.

Llegamos ahora a la notable avecilla denominada la “Magnífica”, descrita por primera vez por Buffon y denominada *Paradisea speciosa* por Boddaert, la cual, junto con una especie afín, ha sido clasificada por el príncipe Bonaparte en un género aparte con el nombre de *Diphyllodes*, por el particular manto doble que le recubre la espalda.

La cabeza está cubierta de plumas cortas aterciopeladas color café que avanzan por la espalda hasta cubrir las narinas. De la nuca sale una densa masa de plumas amarillo paja de aproximadamente cuatro centímetros de longitud que forman un manto sobre la parte superior de la espalda. Debajo de éste y formando una banda de aproximadamente una tercera parte de pulgada, hay un segundo manto de plumas café rojizo, satinadas y muy vívidas. El resto de la espalda es café anaranjado. La cola y su cubierta son de color bronce oscuro y las alas de un ante anaranjado claro. Toda la superficie inferior está cubierta de un plumaje abundante que brota de los bordes del pecho y es de un rico color verde oscuro con tintes variables de violeta. Hacia la mitad del pecho hay una ancha franja de plumas escamosas del mismo color, en tanto que la barbilla y la garganta son de un bronce metálico vivo. De la mitad de la cola salen dos plumas estrechas de color azul plomizo intenso y de unos 25 centímetros de longitud. Tienen barbas sólo en la parte interior y se curvan hacia fuera hasta formar un doble círculo.

Por lo que sabemos de las costumbres de especies afines, podemos estar seguros de que esta ave alza y despliega su enormemente desarrollado plumaje de



FIGURA XLIV.2. Ave del paraíso “Magnífica” (*Diphyllodes speciosa*).

Dibujado en madera por Keulemans, dominio público, vía Wikimedia Commons.

un modo extraordinario. El conjunto de plumas que tiene bajo la superficie probablemente forma un hemisferio al expandirse, en tanto que el hermoso manto amarillo se eleva hasta conferir al ave un aspecto muy diferente al que presenta en los ejemplares disecados de los nativos que tienen el plumaje aplastado, única forma en que la conocemos. Parece que las patas son azul oscuro.

Esta rara y elegante avecilla se encuentra sólo en la tierra continental de Nueva Guinea y en la isla de Misool.

Una especie todavía más rara y hermosa que esta última es la *Diphyllodes wilsoni*, descrita por Cassin a partir de un ejemplar disecado por los nativos y que se encuentra en el surtido museo de Filadelfia. Después, esta misma ave fue denominada *Diphyllodes respublica* por el príncipe Bonaparte y, más tarde, el doctor Bernstein, quien tuvo la fortuna de conseguir ejemplares vivos en Waigeo, la denominó *Schlegelia calva*.

En esta especie el manto superior es amarillo azufre, el inferior y las alas color rojo, las plumas del pecho verde oscuro y las plumas alargadas de la parte media de la cola son mucho más cortas que en las especies afines. No obstante, la diferencia más especial es que tiene calva la parte de arriba de la cabeza y la piel desnuda es azul cobalto vivo, atravesada por varias líneas de plumas negro aterciopelado.

Tiene aproximadamente el mismo tamaño que la *Diphyllodes speciosa* y no cabe duda de que sólo se encuentra en la isla de Waigeo. La hembra, tal como la representó y describió el doctor Bernstein, es muy similar a la *Cicinnurus regius*,



FIGURA XLIV.3. Ave del paraíso “Espléndida” (*Lophorina atra*). Dibujado en madera por Keulemans, dominio público, vía Wikimedia Commons.

con franjas parecidas en la parte inferior. Podemos concluir por tanto que su pariente más cercana, la Magnífica, es igualmente simple en este sexo, del que todavía no se han conseguido ejemplares.

El ave “Espléndida” del paraíso fue descrita por vez primera por Buffon y denominada por Boddaert *Paradisea atra*, por el color negro terroso de su plumaje. Constituye el género *Lophorina* de Viellot y es una de las más raras y refulgentes de todo el grupo, aunque sólo se la conoce por los ejemplares disecados y mutilados de los nativos. El ave es un poco más grande que la Magnífica. El color tierra de su plumaje es negro intenso, pero con hermosos reflejos bronceados en el cuello y toda la cabeza escamada con plumas verde y azul metálico refulgente. Sobre el pecho tiene un escudo formado por plumas estrechas y bastante rígidas que se alargan mucho hacia los costados y son de un color verde azulado, cubiertas de un barniz satinado. Pero un adorno todavía más extraordinario es el que le sale de la parte posterior del cuello: un escudo de forma similar al del pecho pero mucho más grande y de color negro aterciopelado, barnizado de bronce y púrpura. Las plumas más exteriores de este escudo son un centímetro más largas que el ala, y, cuando el ave lo alza, debe cambiar por completo, junto con el escudo del pecho, su forma y aspecto general. El pico es negro y las patas son amarillas.

Esta maravillosa avecilla habita únicamente en el interior de la península septentrional de Nueva Guinea. Ni yo ni Allen pudimos enterarnos de nada sobre ella en ninguna de las islas ni en ninguna parte de la costa. Es cierto que Lesson la consiguió de los nativos de la costa, pero cuando Allen estuvo en Sorong

en 1861 se enteró de que sólo se encuentra a tres días de viaje hacia el interior. Debido a que estas “aves negras del paraíso”, como las llaman, no son muy valiosas como mercancías, es poco frecuente que los nativos las disequen, y ésta es la razón de que en los varios años que pasé en las costas de Nueva Guinea y en las Molucas no pudiera conseguir ningún ejemplar. Ignoramos por tanto los hábitos de esta ave y también los de la hembra, aunque no cabe duda de que ésta es tan sencilla y poco espectacular como todas las demás especies de esta familia.

El ave del paraíso dorada o de seis filamentos es otra especie rara descrita por primera vez por Buffon, y todavía no se ha conseguido nunca en perfecto estado. Boddaert la denominó *Paradisea sexpennis* y constituye el género *Parotia* de Vieillot. Esta maravillosa ave tiene aproximadamente el mismo tamaño que la hembra de la *Paradisea rubra*. A primera vista el plumaje parece negro, pero a cierta luz resplandece en tonos de bronce y morado oscuro. La garganta y el pecho tienen escamas de plumas anchas y planas de un tono dorado intenso que se transforma en verde y azul a cierta luz. En la parte posterior de la cabeza tiene una ancha franja curva de plumas cuyo esplendor es indescriptible, parecido al viso



FIGURA XLIV.4. Ave del paraíso de seis filamentos (*Parotia sexpennis*).
Dibujado en madera por Keulemans, dominio público, vía Wikimedia Commons.

de la esmeralda y del topacio más que a cualquier sustancia orgánica. Sobre la frente hay un gran manchón de plumas blancas con un brillo satinado y de los lados de la cabeza brotan las seis plumas maravillosas por las que el ave recibe su nombre. Se trata de gráciles filamentos de 15 centímetros de largo con pequeñas barbas ovaladas al extremo. Además de estos adornos tiene un inmenso penacho de plumas cortas a cada lado del pecho que, cuando lo alza, debe ocultar por completo las alas y conferir al ave un tamaño o volumen el doble del real. El pico es negro, corto y bastante comprimido, con plumas que se extienden sobre las narinas como en la *Cicinnurus regius*. Esta singular y esplendorosa ave habita en la misma región que el ave del paraíso Espléndida, y no se sabe nada sobre ella salvo lo que se puede deducir después de examinar los ejemplares disecados por los nativos de Nueva Guinea.

La de ala estándar, llamada *Semioptera wallacei* por G. R. Gray, es una forma totalmente nueva de ave del paraíso que descubrí en la isla de Bacan y que se distingue en especial por un par de plumas largas y estrechas color blanco que brotan entre las plumas cortas que revisten la curva del ala y que el ave puede alzar a voluntad. El color general de esta ave es marrón oliváceo delicado, más oscuro hasta alcanzar un tono oliva bronceado en la mitad de la espalda y que en la corona de la cabeza se transforma en un violeta ceniciento delicado con un barniz metálico. Las plumas, que cubren las narinas y se extienden hacia abajo hasta la mitad del pico, son poco densas y curvadas hacia arriba. Por debajo es mucho más bella. Las plumas como escamas del pecho están bordeadas de un verde azulado vivo, color que recubre completamente la garganta y los costados del cuello así como las largas y puntiagudas plumas que brotan de los lados del pecho y que se extienden casi hasta el extremo de las alas. El rasgo más peculiar del ave y único en su clase consiste, no obstante, en el par de delicadas plumas, largas y estrechas, que brotan de cada una de las alas cerca de la curvatura. Al levantar las plumas de las alas, se puede ver que salen de dos vainas tubulares y córneas que se bifurcan cerca del punto de articulación de los huesos carpianos. Como ya describimos en las páginas 337 y 338, son eréctiles y cuando el ave está excitada las despliega formando un ángulo recto y ligeramente divergente con las alas. Tienen 15 y 16 centímetros de longitud y la superior excede un poco a la inferior. La longitud total del ave es de 28 centímetros. El pico es córneo y color oliva, el iris oliva oscuro y las patas anaranjado brillante.

La hembra es notablemente sencilla, toda color marrón terroso apagado y pálido, con sólo un matiz leve de violeta ceniciento en la cabeza que interrumpe su monotonía general, y los machos jóvenes son idénticos a ella (véase la figura xxx.1).

El ave frecuenta los árboles bajos de la selva y, lo mismo que la mayoría de las aves del paraíso, está en movimiento constante y vuela de rama en rama aferrándose a las ramitas y hasta a los troncos lisos y verticales con casi tanta facilidad como un pájaro carpintero. Emite continuamente un sonido discordante y parecido a un chirrido que en cierta manera está entre el de la *Paradisea apoda* y el canto más musical de la *Cicinnurus regius*. Los machos abren y baten sus alas, elevan las largas plumas de los hombros y despliegan los elegantes escudos verdes del pecho.

La de ala estándar se encuentra en Gilolo y en Bacan, y todos los ejemplares de la isla mencionada en primer lugar tienen el escudo verde del pecho un poco más largo, la corona de la cabeza violeta más oscuro y las partes inferiores del cuerpo más intensamente escamadas de verde. Es la única ave del paraíso que hasta ahora se ha encontrado en la zona de las Molucas, ya que todas las demás se limitan a las islas Papúas y al norte de Australia.

Llegamos ahora a las Epimachidae, o aves del paraíso de pico largo, que, como ya hemos dicho, no se deben separar de las *Paradisea* por la intervención de ninguna otra ave. Una de las más extraordinarias es el ave del paraíso de 12 filamentos, *Paradisea alba* de Plumenbach, clasificada ahora en el género *Seleucides* de Lesson.

Esta ave tiene unos 30 centímetros de largo de las que el pico curvo y comprimido ocupa cinco. El color del pecho y de la superficie superior a primera vista parece casi negro, pero un examen más detenido muestra que no carece de color en ninguna de sus partes y, cuando se mira a diferentes tonos de luz, se ven los tintes más vivos y resplandecientes. La cabeza, recubierta de plumas cortas y aterciopeladas que se extienden sobre la barbilla mucho después de la parte superior del pico, es color bronce violáceo; toda la espalda y los hombros son verde bronceado intenso, en tanto que las alas cerradas y la cola son púrpura violáceo intenso y todo el plumaje tiene un barniz delicado y satinado. La masa de plumas que recubre el pecho en realidad es casi negra con pálidos tonos de verde y morado, pero los bordes exteriores tienen franjas resplandecientes verde esmeralda. Toda la parte inferior del cuerpo es amarillo ante intenso, incluyendo el penacho que brota de los lados y que se extiende cuatro centímetros más que la cola. Cuando se expone el plumaje a la luz, el amarillo se difumina y se convierte en un blanco apagado de cuya característica deriva su nombre específico. Como unas seis de las plumas más interiores de este tipo a cada uno de los lados tienen el nervio central alargado y forman gráciles y negros filamentos que se curvan formando ángulos rectos y que en cierto modo se prolongan hacia atrás hasta una longitud

de unos 25 centímetros, formando uno de esos extraordinarios y fantásticos adornos en los que abunda este grupo de aves. El pico es negro azabache y las patas amarillo vivo (véase la imagen inferior de la figura XLIV.1).

La hembra, a pesar de no ser un ave tan simple como en otras especies, carece de los vivos colores o del plumaje ornamental del macho. La parte de arriba de la cabeza y el cuello son negros y el resto de las partes superiores de un marrón rojizo vivo, mientras que la superficie inferior es completamente amarilla cenicienta y algo negruzca en el pecho, cruzada por franjas negruzcas estrechas y onduladas.

La *Seleucides alba* se encuentra en la isla de Salwatty y en las partes noroccidentales de Nueva Guinea, donde frecuenta los árboles en flor, en especial las palmeras de sagú y los pándanos, cuyas flores liba, porque sus patas, de tamaño inusual y gran potencia, le permiten agarrarse alrededor y por debajo de ellas. Sus movimientos son muy rápidos. Raras veces reposa más de unos instantes en un árbol, tras lo cual vuela en dirección recta y con gran rapidez a otro. Tiene un canto fuerte y chillón que se puede oír a gran distancia consistente en un “cah, cah” que repite cinco o seis veces en escala descendente, y generalmente después de la última nota sale volando. Los machos son de hábitos bastante solitarios, aunque quizá se reúnan en ciertos momentos como la verdadera ave del paraíso. Todos los ejemplares que mi ayudante Allen cazó y abrió, obtenidos durante su último viaje a Nueva Guinea, no tenían nada en el estómago excepto un líquido dulce y marrón, probablemente el néctar de las flores de las que se alimentan. Pero comen tanto frutos como insectos, porque un ejemplar vivo que vi a bordo de un vapor holandés comía cucarachas y papayas vorazmente. Esta ave tenía la curiosa costumbre de reposar al mediodía con el pico apuntando verticalmente hacia arriba. Murió en la travesía a Batavia y yo conservé el cuerpo y formé un esqueleto, el cual muestra indiscutiblemente que en realidad se trata de un ave del paraíso. La lengua es muy larga y extensible pero plana y un poco fibrosa en el extremo, exactamente igual que en las verdaderas *Paradisea*.

En la isla de Salwatty los nativos buscan en la selva hasta que encuentran el lugar donde duerme esta ave, a la que reconocen cuando ven su excremento en el suelo. En la noche trepan al árbol y, o les disparan con sus flechas romas, o hasta llegan a capturarlas vivas con un trazo. En Nueva Guinea las cazan colocando trampas en los árboles que frecuentan, del mismo modo en que se cazan las aves del paraíso rojas en Waigeo y que ya hemos descrito en la página 522.

La gran *Epimachus* o ave del paraíso de cola larga (*Epimachus magnus*) es otra de esas maravillosas criaturas que sólo se conocen a través de ejemplares disecados imperfectamente por los nativos. Por su plumaje oscuro y aterciopelado, bar-



FIGURA XLIV.5. Ave del paraíso de cola larga (*Epimachus magnus*). Dibujado en madera por Keulemans, dominio público, vía Wikimedia Commons.

nizado de bronce y púrpura, se parece a la *Seleucides alba*, pero tiene una magnífica cola de cerca de 60 centímetros de longitud, satinada en la parte superior del azul opalescente más intenso. No obstante, su adorno principal consiste en el grupo de plumas anchas que brotan de los costados del pecho y que se dilatan en el extremo con franjas del azul y verde más vívido y metálico. El pico es largo y curvo, las patas negras y similares a las de las formas afines. La longitud total de esta bella ave es de entre 90 y 120 centímetros.

Esta espléndida ave habita en las montañas de Nueva Guinea y en la misma zona que la Espléndida y que las aves del paraíso de seis filamentos. Me informaron que algunas veces se encuentra también en las cadenas de montañas cerca de la costa. En diversas ocasiones varios nativos me aseguraron que esta ave construye su nido en un agujero bajo tierra o debajo de las rocas y siempre escoge un lugar con dos aberturas para poder entrar por una y salir por la otra. Es poco probable que ésta sea la costumbre del ave, pero es difícil concebir cómo se originó esta historia si no es cierta; y todos los viajeros saben que los relatos de los nativos sobre los hábitos de los animales, por muy extraños que parezcan, casi invariablemente resultan verdad.

El ave del paraíso de pecho escamoso (*Epimachus magnificus* de Cuvier) generalmente está clasificada en la actualidad junto a las aves australianas rifle en el

género *Ptiloris*. Pese a ser muy bellas, estas aves no están adornadas tan llamativamente con plumaje accesorio como las otras especies que hemos descrito, y su adorno principal consiste en un disco más o menos desarrollado en el pecho de plumas rígidas verde metálico y en un pequeño penacho de plumas algo peludas en los costados del pecho. La espalda y las alas de esta especie son negro aterciopelado intenso, apenas barnizadas a cierta luz de un rico púrpura. Las dos plumas anchas de la mitad de la cola son azul verdoso opalescente y de superficie aterciopelada, y la parte de arriba de la cabeza está cubierta de plumas que parecen escamas de acero bruñido. Un gran espacio triangular que cubre la barbilla, la garganta y el pecho está tupidamente recubierto de escamas de plumas que tienen un brillo azul acero o verde y son sedosas al tacto. Este espacio está bordeado por debajo con una estrecha franja de negro a la que sigue un verde bronceado brillante, por debajo del cual el cuerpo está cubierto de plumas peludas de un rico color clarete que se oscurece hasta llegar a negro en la cola. Los penachos de las plumas laterales se parecen en cierta manera a los de las auténticas aves del paraíso, pero son escasos, casi tan largos como la cola y de color negro. Los lados de la cabeza son violeta oscuro y unas plumas aterciopeladas se extienden a cada uno de los lados del pico sobre las narinas.

En Dorey conseguí un macho joven de esta ave en una etapa de plumaje que es sin duda la de la hembra adulta, como sucede en todas las especies afines. La superficie superior, las alas y la cola son café rojizo intenso, mientras que la superficie inferior es color ceniciento pálido con muchas rayas negras estrechas y onduladas. Tiene también una franja pálida sobre el ojo y otra larga y apagada que va desde toda la anchura de la boca abierta hasta cada uno de los lados del cuello. Esta ave tiene 35 centímetros de largo, pero los ejemplares de macho adulto disecados por los nativos sólo tienen unos 25 centímetros por el modo en que le meten la cola para que el plumaje ornamental del pecho sobresalga lo más posible.

En Cape York, al norte de Australia, hay una especie estrechamente afín, la *Ptiloris alberti*, cuya hembra es muy similar al macho joven que acabo de describir. Los hermosos pájaros rifle de Australia, que se parecen mucho a estas aves del paraíso, se llaman *Ptiloris paradiseus* y *Ptiloris victoriae*. El ave del paraíso de pecho de escamas parece estar confinada a la tierra firme de Nueva Guinea y es más común que varias de las demás especies.

Hay otras tres aves de Nueva Guinea que algunos autores clasifican junto con las aves del paraíso y que, debido a su espléndido plumaje casi igualmente ex-

traordinario, merecen ser mencionadas aquí. La primera es la urraca del paraíso (*Astrapia nigra* de Lesson), un ave del tamaño de la *Paradisea rubra* pero con una cola muy larga barnizada de un color violeta muy intenso. La espalda es negro bronceado, las partes inferiores verdes y la garganta y el cuello bordeados de plumas dispersas y anchas de un tono bronce intenso, aunque en la parte superior de la cabeza y en el cuello resplandecen en un tono verde esmeralda. Todo el plumaje en torno a la cabeza es alargado y eréctil y cuando el ave viva lo despliega debe causar un efecto apenas superado por cualquiera de las verdaderas aves del paraíso. El pico es negro y las patas amarillas. Me parece que la *Astrapia* es una especie intermedia entre las *Paradisaeidae* y las *Epimachidae*.

Hay una especie afín de cabeza desnuda y carunculada, que fue denominada *Paradigalla carunculata*. Se cree que habita junto con la anterior en el interior montañoso de Nueva Guinea, pero es muy poco común y el único ejemplar que se conoce está en el museo de Filadelfia.

La oropéndola del paraíso es otra bella ave que en la actualidad se clasifica a veces junto con las aves del paraíso. Los antiguos naturalistas la denominaron *Paradisea aurea* y *Oriolus aureus* y ahora generalmente se clasifica en el mismo género que el ave regente de Australia (*Sericulus chrysocephalus*). No obstante, la forma del pico y la naturaleza del plumaje a mí me parecen tan diferentes que tiene que constituir un género distinto. Esta ave es casi completamente amarilla, a excepción de la garganta, la cola y parte de las alas y la espalda, que son negras, pero se caracteriza principalmente por una cantidad de plumas largas color anaranjado brillante que le cubren el cuello hacia abajo hasta la mitad de la espalda, casi como el collar de un gallo de pelea.

Esta hermosa ave habita en la tierra firme de Nueva Guinea y se encuentra también en Salwatty, pero es tan poco común que sólo pude conseguir un imperfecto ejemplar disecado por los nativos, y de todos modos no se sabe nada de sus hábitos.

Ahora daré una lista de todas las aves del paraíso que se conocen en la actualidad y de los lugares en que se cree que habitan. Los nombres con asterisco han sido descubiertos después de la primera edición de mi libro.

1. *Paradisea apoda*. Gran ave del paraíso. Islas Aru y parte central de Nueva Guinea.
2. *Paradisea papuana* (o *P. minor*). Ave menor del paraíso. Noroccidente de Nueva Guinea, Misool e islas Jobie.
3. *Paradisea rubra* (o *P. sanguinea*). Ave roja del paraíso. Waigeo y Batanta.

4. *Paradisea decora*. * Islas de Entrecasteaux. Esta bella especie tiene plumas rojas y bastante más abundantes que la *P. rubra*, que tiene en la base una serie de plumas más cortas de un rojo más oscuro. El pecho es de un suave tono lila y la cabeza y la garganta casi como la *P. papuana*.
5. *Paradisea raggiana*. * Sudeste de Nueva Guinea. Esta especie es parecida a la *P. apoda* pero con plumas rojas.
6. *Paradisea guilielmi* II. * Nueva Guinea alemana. La cabeza, cuello y garganta son verdes y la espalda amarilla. Aún no se conocen machos adultos.
7. *Paradisea novoeguineae*. * Una forma de *P. apoda* que habita la parte meridional de Nueva Guinea.
8. *Paradisea finschi*. * Una forma de *P. papuana* que se encuentra en el sudeste de Nueva Guinea.
9. *Cicinnurus regius*. Ave real del paraíso. Toda Nueva Guinea, Misool, islas Aru.
10. *Diphyllodes speciosa* (o *D. magnifica*). Ave del paraíso Magnífica. Noroeste de Nueva Guinea y Misool.
11. *Diphyllodes wilsoni* (o *D. respublica*). Magnífica roja. Isla de Waigeo.
12. *Diphyllodes chrysoptera*. * Sudeste de Nueva Guinea. Pariente de la Magnífica pero de colores más ricos y variados.
13. *Diphyllodes jobiensis*. * Una forma afín de la isla Jobie.
14. *Diphyllodes hernsteini*. * Otra especie con alas rojas y corona marrón procedente de las montañas Horseshoe al sudeste de Nueva Guinea.
15. *Diphyllodes guilielmi* III. * Una especie espléndida con la espalda anaranjada y roja y un abanico de puntas verdes como el ave real, procedente del este de Waigeo.
16. *Lophorina atra* (o *L. superba*). Ave del paraíso Espléndida. Montañas Arfak, noroeste de Nueva Guinea.
17. *Lophorina minor*. * Una especie más pequeña de las montañas Astrolabe al sudeste de Nueva Guinea; difiere en la forma del collar y también algo en el color.
18. *Parotia sexpennis*. Ave del paraíso dorada. Montañas Arfak en el noroeste de Nueva Guinea.
19. *Parotia lamesi*. * Una especie representativa procedente de las montañas Astrolabe en el sudeste de Nueva Guinea y que difiere ligeramente en colorido y en la forma de las plumas del pecho.
20. *Semioptera wallacei*. Ala estándar de Wallace. Islas de Bacan y Gilolo.

21. *Epimachus magnus* (o *E. speciosus*). Ave del paraíso de cola larga. Noroeste de Nueva Guinea.
22. *Epimachus macleayi*. * Una forma levemente diferente procedente de las montañas Astrolabe, sudeste de Nueva Guinea.
23. *Epimachus meyeri*. * Otra especie afín de las montañas Horseshoe, sudeste de Nueva Guinea. Sólo se conoce la hembra.
24. *Epimachus ellioti*. * Una especie menos llamativa. Localidad desconocida.
25. *Seleucides alba* (o *S. nigricans*). Ave del paraíso de 12 filamentos. Noroeste a sudeste de Nueva Guinea.
26. *Ptiloris (Craspedophora) magnifica*. Ave del paraíso de pecho escamoso. Toda Nueva Guinea.
27. *Ptiloris alberti*. Ave del paraíso del príncipe Alberto. Norte de Australia.
28. *Ptiloris paradisea*. Ave rifle. Este de Australia.
29. *Ptiloris victoriae*. Ave rifle de la reina Victoria. Noreste de Australia.
30. *Ptiloris (Craspedophora) intercedens*. * Una especie procedente del sudeste de Nueva Guinea, estrechamente afín a la *P. magnifica*.
31. *Astrapia nigra*. Urraca del paraíso. Montañas Arfak, noroeste de Nueva Guinea.
32. *Paradigalla carunculata*. Urraca del paraíso carunculada. Montañas Arfak.

Las especies enumeradas a continuación son tan diferentes a cualquiera de las conocidas previamente que se han de clasificar en nuevos géneros:

33. *Drepanornis albertisi*.
34. *Drepanornis cervinicauda*.
35. *Drepanornis bruijnii*.

(Las tres anteriores constituyen un grupo de aves bastante pequeñas y no muy adornadas procedentes de diversas partes de Nueva Guinea.)

36. *Astrarchia stephaniae*. Una espléndida ave procedente de las montañas Owen Stanley, afín a la urraca del paraíso.
37. *Paradisornis rudolphi*. Montañas Horseshoe al sudeste de Nueva Guinea. Es pequeña pero se distingue por sus plumas laterales azul vivo y las plumas alargadas de la parte media de la cola, que tienen pequeñas puntas espatuladas color azul.

En mi *Studies Scientific and Social* ["Estudios científicos y sociales"], vol. 1, cap. xx, doy imágenes de las especies mencionadas en último lugar y de otras tres aves del paraíso procedentes de las montañas de Nueva Guinea. Una de ellas, *Pteridophora alberti*, es tal vez la más extraordinaria de esta maravillosa familia, con apéndices largos y parecidos a helechos de un bello color azul que le salen del rabillo del ojo.

Estas y otras especies elevan el número de aves del paraíso a 50 y de éstas, 40 se sabe que habitan la gran isla de Nueva Guinea. Pero si consideramos que las islas que ahora están unidas a Nueva Guinea por un mar poco profundo forman en realidad parte de ella, llegaremos a la conclusión de que 23 de las aves del paraíso pertenecen a aquel territorio, en tanto que tres habitan las partes septentrional y oriental de Australia y una las Molucas. No obstante, todas las especies más extraordinarias y espléndidas están enteramente confinadas a la región papúa.

Aunque dediqué tanto tiempo a la búsqueda de estas maravillosas aves, conseguí sólo cinco especies durante mi estancia de muchos meses en las islas Aru, Nueva Guinea y Waigeo. En su viaje a Misool, Allen no logró ni una sola especie adicional, pero ambos supimos de un lugar llamado Sorong, en la tierra continental de Nueva Guinea y cerca de Salwatty, donde nos dijeron que se podían obtener todas las clases de estas aves que deseáramos. Decidimos por tanto que Allen tenía que visitar el lugar y tratar de llegar hasta el interior con los nativos que cazaban y desollaban aves del paraíso. Zarpó en el pequeño prao que yo había pertrechado en Goram y, por mediación del residente holandés en Ternate, el sultán de Tidore envió un oficial y dos soldados para que lo acompañaran y protegieran además de proporcionarle ayuda para conseguir hombres y llegar hasta el interior de la isla.

A pesar de todas estas providencias, en ese viaje Allen tuvo dificultades que ninguno de nosotros dos había enfrentado hasta entonces. Para entender este tipo de problemas hay que tener en cuenta que las aves del paraíso son un artículo de comercio y constituyen el monopolio de los jefes de las aldeas costeras, que las consiguen a bajo precio de los montañeses y se las venden a los mercaderes bugis. Además, entregan cada año al sultán de Tidore parte de ellas en tributo. Por tanto los nativos se sienten muy celosos frente al forastero, en especial si éste es europeo, que interfiere en su comercio y sobre todo si se adentra al interior para hacer tratos con los propios montañeses. Piensan obviamente que va a hacer que suban los precios en el interior y que descienda la oferta a la costa, en gran desventaja suya; también creen que les elevarán el tributo si un europeo se lleva

una cantidad de las especies menos comunes; y tienen además un vago temor, por otra parte muy natural, de que haya algún objetivo oculto en el hombre blanco que llega a su país después de tantas dificultades y gastos sólo a conseguir aves del paraíso, que ellos saben que se pueden comprar en abundancia (las amarillas comunes, que son las únicas que valoran) en Ternate, Macasar o Singapur.

Sucedió pues que, cuando Allen llegó a Sorong y explicó su intención de ir en busca de aves del paraíso al interior, le plantearon múltiples objeciones. Le dijeron que era un viaje de tres o cuatro días a través de pantanos y montañas; que los montañeses eran salvajes caníbales y que con toda seguridad lo matarían; y por último, que no encontraría a un solo hombre en la aldea que osara ir con él. Después de varios días de discusiones, como aún persistía en su intento y les mostró la autorización del sultán de Tidore para ir adonde le placiera y recibir todo tipo de ayuda, acabaron por conseguirle una embarcación para la primera parte del viaje río arriba; al mismo tiempo, enviaron órdenes privadas a las aldeas del interior para que se negaran a venderle víveres y así obligarlo a regresar. Al llegar a la aldea en que tenían que abandonar el río y adentrarse al interior, los costeños que lo acompañaban regresaron y dejaron que Allen se las arreglara como pudiera. Allí recurrió al oficial de Tidore para que lo ayudara y le consiguiera hombres en calidad de guías y que le acarrearan su equipaje a las aldeas de los montañeses. Pero esto no fue fácil de lograr. Hubo una disputa y los nativos, negándose a obedecer las imperiosas órdenes del oficial, sacaron sus cuchillos y lanzas para atacarlo a él y a sus soldados; el propio Allen se vio obligado a intervenir para proteger a los que habían ido para cuidar de él. El respeto debido a un hombre blanco y la oportuna distribución de unos cuantos regalos solucionaron el asunto; al mostrarles los cuchillos, hachuelas y cuentas que estaba dispuesto a entregar a los que lo acompañaran, se restableció la paz y al día siguiente, después de caminar por un territorio tremendamente escarpado, llegaron a las aldeas de los montañeses. Allen permaneció allí un mes sin ningún intérprete a través del cual entender alguna palabra o comunicar alguna necesidad. No obstante, con signos, regalos y un trueque bastante generoso, se desenvolvió bastante bien y algunos lo acompañaron todos los días a cazar a la selva y recibieron un pequeño regalo cuando la cacería había sido fructífera.

Pero en el importante asunto de las aves del paraíso poco pudo hacerse. Sólo encontraron una especie más, la *Seleucides alba*, de la que ya había obtenido un ejemplar en Salwatty, aunque se enteró de que las otras especies, de las que les mostró dibujos, se encontraban a dos o tres días de viaje más al interior. Cuando envié a mis hombres desde Dorey hasta Amberbaki, les contaron exactamente la

misma historia: que las especies más raras sólo se encontraban a varios días de viaje hacia el interior entre escarpadas montañas, y que las pieles las preparaban tribus salvajes que la gente de la costa no había visto jamás.

Parecería que la naturaleza hubiera tomado precauciones para que sus tesoros más preciados no llegaran nunca a ser demasiado comunes y, de este modo, no valorados en su justa medida. Esta costa septentrional de Nueva Guinea está expuesta a los oleajes del océano Pacífico y es muy accidentada y sin abrigos. El territorio es rocoso y montañoso, cubierto por todas partes de una densa selva que, con sus ciénegas, precipicios y serranías de riscos, ofrece una barrera casi infranqueable al ignoto interior; las gentes son salvajes peligrosos en la etapa más primitiva de barbarie. En un territorio así y entre esas gentes se encuentran estos maravillosos productos de la naturaleza, las aves del paraíso, cuya exquisita belleza en forma y color y extraña profusión de plumaje están calculadas para provocar el asombro y la admiración de los miembros más intelectuales y civilizados de la humanidad y proporcionar inagotables materiales al estudio del naturalista y a las especulaciones del filósofo. Así terminó mi búsqueda de esas hermosas aves. Cinco viajes a las diferentes partes de la zona en que habitan, los preparativos y la realización de cada uno de ellos me ocuparon la mayor parte de un año y me produjeron sólo cinco especies de las catorce que se sabe que existen en el distrito de Nueva Guinea. Las especies que obtuve son las que habitan las costas de Nueva Guinea y sus islas, ya que el resto parecen estar estrictamente confinadas a las cadenas montañosas de la parte central de la península del norte. Nuestra búsqueda en Dorey y Amberbaki, cerca de uno de los extremos de esta península, y en Salwatty y Sorong, cerca del otro, me permitieron determinar con alguna certidumbre el país nativo de esas raras y maravillosas aves de las que aún no se han visto buenos especímenes en Europa.

Debe considerarse en cierto modo extraordinario el hecho de que durante cinco años de residencia y de viajes por la isla Célebes, las Molucas y Nueva Guinea nunca haya tenido ocasión de comprar ejemplares disecados de la mitad de las especies que Lesson, cuarenta años atrás, obtuvo en unas cuantas semanas en los mismos territorios. En mi opinión, todas las especies, salvo las especies comunes del comercio, son mucho más difíciles de conseguir que hace veinte años y lo atribuyo principalmente a la búsqueda a que han estado sometidas por los funcionarios holandeses a través del sultán de Tidore. Los jefes de las expediciones anuales para recolectar el tributo tenían órdenes de obtener todas las especies raras de aves del paraíso; y como pagan poco o nada por ellas (ya que basta que digan que son para el sultán), en el futuro los jefes de las aldeas costañas se negarán

a adquirirlas de los montañeses y se reducirán en cambio a las especies más comunes, que son menos buscadas por los aficionados pero que constituyen una mercancía más valiosa. Las mismas causas son las que llevan a los habitantes de regiones no civilizadas a ocultar minerales u otros productos naturales por miedo a que los obliguen a pagar un tributo mayor o les impongan una nueva y pesada tarea.

XLV. HISTORIA NATURAL DE LAS ISLAS PAPÚAS

NUEVA GUINEA, junto con las islas unidas a ella por un mar poco profundo, forman el grupo Papúa, que se caracteriza por un gran parecido en sus formas particulares de vida. Como en los capítulos sobre las islas Aru y las aves del paraíso ya he dado algunos detalles de la historia natural de la zona, aquí me limitaré a trazar un esbozo general de sus productos animales y de sus relaciones con los del resto del mundo.

Nueva Guinea tal vez es la isla más grande del globo, siendo un poco mayor que Borneo. Tiene casi 2 250 kilómetros de longitud y en la parte más ancha 640, y parece cubierta por todas partes de las selvas más exuberantes. Casi todos los productos naturales de la isla que se conocen hasta ahora proceden de la península noroccidental y de unas cuantas islas agrupadas en torno a ella.¹ Éstas no constituyen ni una décima parte de la superficie total de la isla y están tan separadas de ella que su fauna podría ser en cierta manera diferente. Aun así, han producido (con una exploración muy parcial) no menos de 250 especies de aves terrestres, casi todas desconocidas en cualquier otro lugar, y contienen algunas de las tribus aladas más singulares y bellas. Huelga decir cuánto interés agrega esto a la porción en gran parte desconocida de esta gran isla, la más extensa *terra incognita* que todavía queda por explorar al naturalista y la única región en la que quizá se puedan encontrar todavía nuevas e inimaginadas formas de vida. Me alegra decir que ahora existen posibilidades de que este gran territorio deje de seguir siendo totalmente desconocido para nosotros. El gobierno holandés ha otorgado un buque de vapor con un buen equipo para que transporte a un naturalista (Rosenberg) y a sus ayudantes a Nueva Guinea, donde van a pasar varios años circunnavegando la isla, remontando sus grandes ríos, adentrándose lo más posible en el interior y formando extensas colecciones de sus productos naturales.²

Los mamíferos de Nueva Guinea y las islas adyacentes que se han descubierto hasta ahora son sólo 17 en número. Dos son murciélagos, uno es un cerdo de

¹ Esto dejó de ser cierto después de que se formaron numerosas colecciones en la Nueva Guinea alemana y en la inglesa (la parte del sudeste), que han duplicado con creces el número de especies de aves.

² Los viajeros más importantes de la historia natural que visitaron desde entonces Nueva Guinea son los italianos Beccari y D'Albertis, los alemanes Meyer y Finsch, H. O. Forbes y varios coleccionistas ingleses y alemanes.

una especie endémica (*Sus papuensis*) y el resto son marsupiales. Los murciélagos son sin duda mucho más numerosos, pero sobran motivos para creer que en cualquier territorio nuevo donde se descubran mamíferos éstos pertenecerán al orden de los marsupiales. Uno de ellos es un auténtico canguro, muy similar a algunos de los de Australia, de tamaño mediano y notable por ser el primer animal de esta clase que los europeos hayan visto. Habita Misool y las islas Aru (se encuentra una especie afín en Nueva Guinea) y Le Brun lo vio y describió en 1714 a partir de especímenes vivos en Batavia. Otra criatura mucho más extraordinaria es el canguro de árbol, del que se conocen dos especies en Nueva Guinea. Estos animales no difieren exageradamente en forma de los canguros terrestres y no están perfectamente adaptados a la vida arbórea, ya que se desplazan con lentitud y no parece que se muevan firmemente en la rama de un árbol. Carecen de la capacidad de saltar con la cola muscular, pero en otros aspectos parece que el animal está mejor adaptado para caminar en *terra firma*. Es probable que esta imperfecta adaptación se deba al hecho de que en Nueva Guinea no hay carnívoros y ningún otro enemigo del que estos animales tengan que huir trepando rápidamente. También habitan Nueva Guinea cuatro especies de cuscús y la pequeña zarigüeya voladora; y hay otros cinco marsupiales pequeños, uno de ellos del tamaño de una rata y que se caracteriza porque entra en las casas y devora los víveres.³

Las aves de Nueva Guinea ofrecen el mayor contraste posible con los mamíferos, ya que son más numerosas, más bellas y poseen formas más nuevas, extrañas y elegantes que las de cualquier otra isla del globo. Además de las aves del paraíso, a las que ya hemos dedicado espacio suficiente, posee otras aves extrañas que, vistas por un ornitólogo, sirven para distinguir a esta isla como una de las divisiones primarias de la Tierra. Entre sus 30 especies de papagayos se cuentan la gran cacatúa negra y la pequeña nasiterna de cola rígida, el gigante y el enano respectivamente de toda la tribu. El *Dasyptilus* de cabeza calva es uno de los papagayos más singulares que se conocen, en tanto que la hermosa y pequeña *Charmosyna* de cola larga y la gran variedad de loros de vistoso colorido no tienen paralelo en ninguna otra parte. Nueva Guinea posee unas 40 especies distintas de palomas, entre las que están las magníficas palomas de corona, tan conocidas ahora en nuestras pajareras y destacadas por su tamaño y belleza; el curioso *Trugon terrestres*, que se asemeja al *Didunculus* de Samoa, aún más extraño; y un nuevo género (*Henicophaps*) descubierto por mí que posee un poderoso pico

³ Entre los mamíferos más interesantes que se han descubierto desde entonces se cuenta una especie de *Echidna*, afín al hormiguero con púas australiano.

muy distinto al de cualquier otra paloma.⁴ Entre sus 16 alciones se encuentra el curioso *Macrorhina*, de pico de gancho, y una *Tanysiptera* roja y azul, la más bella de este hermoso género. Entre sus pájaros de percha están el bello género de estorninos parecidos a los cuervos de plumaje brillante (*Manucodia*), el peculiar cuervo de colorido pálido (*Gymnocorvus senex*), el papamoscas anormalmente rojo y negro (*Peltops blainvillii*), los curiosos papamoscas con pico en forma de barca (*Machaerirhynchus*) y el elegante abadejo-papamoscas azul (*Todopsis*).

El naturalista se formará una idea más clara de la variedad y el interés de los productos de ese país si se le da a conocer que sus aves terrestres pertenecen a 108 géneros, de los cuales 29 son endémicos, en tanto que 35 pertenecen a esa zona limitada que abarca las Molucas y el norte de Australia, cuyas especies han derivado completamente de Nueva Guinea. Aproximadamente la mitad de los géneros de Nueva Guinea se encuentran también en Australia y como una tercera parte en la India y en las islas indomalayas.

Un hecho muy peculiar que hasta ahora no se ha destacado lo suficiente es la presencia entre las aves de Nueva Guinea de un elemento malayo puro. Encontramos dos especies de *Eupetes*, un curioso género malayo afín a los culibancos de agua de cola de horquilla; dos de *Alcippe*, una forma india y malaya de abadejo; un *Arachnothera*, muy semejante a los pájaros fraile cazadores de arañas de Malaca; dos especies de *Gracula*, los *Mynhas* de la India, y un singular y pequeño *Priornochilus* negro, un frutero de pico de sierra, pariente de la forma malaya, aunque quizá de un género distinto. Ahora bien, ninguna de estas aves ni nada afín a ellas se da en las Molucas ni en Célebes o Australia (salvo una excepción); y como en general se trata de aves de vuelo corto, es muy difícil imaginar cómo o cuándo han cruzado el espacio de más de 1 500 kilómetros que ahora las separa de sus parientes más cercanos. Estos hechos apuntan a cambios a gran escala en tierra y mar a un ritmo que, medido con el tiempo que se requiere para que haya un cambio de especie, habría que calificar de rápido. Si especulamos sobre estos cambios, no resultará difícil ver cómo han podido penetrar en Nueva Guinea oleadas parciales de inmigración y cómo puede haber quedado borrada toda huella de su paso por la subsiguiente desaparición de la tierra intermedia.

De lo que nos enseña el estudio de la geología nada es más cierto o impactante que la suma inestabilidad de la superficie terrestre. En el suelo que pisamos encontramos por todas partes pruebas de que lo que es tierra ha sido mar y de

⁴ En la actualidad se sabe de casi 90 especies de palomas que habitan Nueva Guinea y las islas Papúas adyacentes, en tanto que la tribu de los papagayos ascendió en la misma zona a 80 especies aproximadamente. Se conocen casi 900 especies de aves papúas.

que allí donde ahora se extienden los mares hubo en otro tiempo tierra; y este cambio de mar a tierra y de tierra a mar ha tenido lugar no sólo una o dos veces sino una y otra vez a lo largo de incontables épocas del pasado. Ahora bien, el estudio de la distribución de la vida animal sobre la superficie actual de la Tierra nos lleva a considerar ese constante intercambio de tierra y mar —la formación y destrucción de continentes, el surgimiento y la desaparición de islas— como una poderosa realidad que siempre y en todas partes se ha estado llevando a cabo y que ha sido el agente principal en determinar el modo en que ahora se agrupan los seres vivos y se esparcen por la superficie de la Tierra. Cuando nos encontramos continuamente con estas pequeñas anomalías de distribución como la que acabamos de describir, nos damos cuenta de que la única explicación racional de ellas está en esas repetidas elevaciones y depresiones que han dejado su huella en rasgos misteriosos, pero a pesar de todo inteligibles, en el rostro de la naturaleza orgánica.

Los insectos de Nueva Guinea son menos conocidos que las aves pero son casi igualmente notables por sus formas sutiles y brillante colorido. Los espléndidos Ornithopterae verdes y amarillos abundan mucho y probablemente se extendieran desde esta isla hacia el oeste hasta llegar a la India. Entre las mariposas pequeñas hay varios géneros particulares de Nymphalidae y Lycaenidae, notables por su gran tamaño, singulares marcas y brillante colorido. La más grande y hermosa de las palomillas nocturnas de alas transparentes (*Cocytia d'urvillei*) se encuentra en Nueva Guinea, así como la gran y elegante palomilla nocturna verde (*Nyctalemon orontes*). Los escarabajos nos proporcionan muchas especies de gran

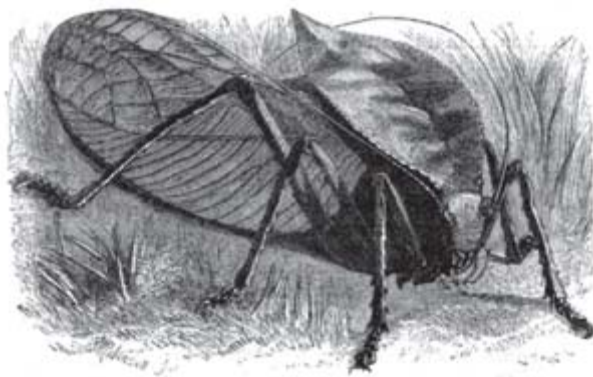


FIGURA XLV.1. Gran saltamontes de escudo. Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

tamaño y con un brillo metálico extremo, entre las que se encuentra el *Tmesisternus mirabilis*, un escarabajo longicornio de color verde dorado; los escarabajos de rosal *Lomaptera wallacei* y *Anacamptorhina fulgida* desmesuradamente brillantes; uno de los más bellos Buprestidae, el *Calodema wallacei*, y varios y bellos gorgojos azules del género *Eupholus*, son quizá las especies más llamativas. Casi todos los demás órdenes nos ofrecen formas grandes o extraordinarias. Ya hemos mencionado las extrañas moscas de cuernos, y entre los Orthoptera los grandes saltamontes de escudo son los más sobresalientes. La especie que se representa aquí (*Megalodon ensifer*) tiene el tórax cubierto con un gran escudo triangular de seis y medio centímetros de largo y con púas, los bordes serrados, una superficie en cierta manera ondulante y hueca y una línea tenue a la mitad que lo hace muy semejante a una hoja. Las lustrosas coberturas de las alas (que cuando están desplegadas por entero miden de uno a otro extremo 23 centímetros) son de un bello color verde, con un veteado tan hermoso que imitan con gran exactitud a algunas de las grandes y brillantes hojas tropicales. El cuerpo es corto y en la hembra termina en un ovíscapo largo y curvo en forma de sable (que no se ve en el corte), y las patas recubiertas de fuertes espinas. Estos insectos son indolentes en sus movimientos y dependen para su seguridad de su semejanza con el follaje, del escudo espinoso y las coberturas con púas de las alas y las patas.

Las grandes islas al este de Nueva Guinea son muy poco conocidas, pero el hecho de que haya loros escarlata, que apenas existen en Australia, y cacatúas afines a las de Nueva Guinea y las Molucas muestra que las islas pertenecen al grupo Papúa. Así pues, podemos definir el archipiélago malayo como aquel que se extiende al este hasta las islas Salomón. Por otra parte, Nueva Caledonia y las Nuevas Hébridas parecen tener mayores semejanzas con Australia; y el resto de las islas del Pacífico, aunque muy pobres en todas las formas de vida, poseen una serie de particularidades que nos obligan a clasificarlas como un grupo aparte. Aunque para mayor facilidad siempre he separado las Molucas como un grupo zoológico distinto de Nueva Guinea, al mismo tiempo he destacado que su fauna deriva principalmente de esta isla, lo mismo que la de Timor deriva primordialmente de la de Australia. Si tuviéramos que dividir la región australiana sólo con fines zoológicos, habría que formar tres grandes grupos: uno que comprende Australia, Timor y Tasmania; otro, Nueva Guinea con las islas que hay desde Buru hasta el grupo de las Salomón; y el tercero que abarcaría la mayor parte de las islas del Pacífico.

La relación de la fauna de Nueva Guinea con la de Australia es muy estrecha. En donde mejor se nota esto es en los mamíferos, por la abundancia de marsu-

piales y la casi total ausencia de todas las demás formas terrestres. En las aves es mucho menos sorprendente, aunque la relación sigue siendo muy clara, ya que todas las formas extraordinarias del viejo mundo que están ausentes en una lo están también en la otra, como en el caso de faisanes, guacos, buitres y carpinteros; en tanto que cacatúas, papagayos de cola ancha, podargos y las grandes familias de pájaros fraile y pavos de penacho, junto con muchas otras, que abarcan no menos de 24 géneros de aves terrestres, son comunes a ambos territorios y están totalmente confinadas a ellos.

Cuando tomamos en cuenta la asombrosa disimilitud de ambas regiones en todas las condiciones físicas que alguna vez se supuso que determinaban las formas de vida —Australia, con sus abiertas planicies, desiertos pedregosos, ríos secos y clima templado y variable; Nueva Guinea, con sus frondosas selvas, uniformemente caliente, húmeda y siempre verde—, esta gran similitud en sus productos es casi pasmosa y apunta de modo inconfundible a un origen común. La semejanza no es ni mucho menos tan marcada en los insectos y la razón de ello es que esta clase de animales depende de modo mucho más inmediato de la vegetación y del clima que las aves y los mamíferos, muy superiormente organizados. Los insectos tienen medios mucho más eficaces de distribución y se han difundido ampliamente en toda zona favorable a su desarrollo y reproducción. Los Ornithopterae gigantes se han difundido desde Nueva Guinea por todo el archipiélago, llegando hasta las faldas del Himalaya; en tanto que los elegantes Anthribidae de cuernos largos se han extendido en dirección opuesta, de Malaca a Nueva Guinea, pero debido a las condiciones desfavorables no se pudieron establecer en Australia. Por otra parte, en este país se ha desarrollado una variedad de abejorros y Buprestidae que frecuentan flores y cantidades de gorgojos grandes y singulares de los que sólo algunos se han adaptado a las húmedas y umbrías selvas de Nueva Guinea, donde se encuentran formas totalmente diferentes. No obstante, hay algunos grupos de insectos, que constituyen lo que parecerían los restos de la antigua población de las partes ecuatoriales de la región australiana, que siguen aún confinados a ella. Se trata de la interesante subfamilia de coleópteros longicornios, Tmesisternitae; uno de los géneros de Buprestidae con marcas más bellas, *Cyphogastra*; y los hermosos gorgojos que forman el género *Eupholus*. Entre las mariposas tenemos los géneros *Mynes*, *Hypocista*, *Elodina* y las singulares *Drusilla*, con manchas en forma de ojo, de las que sólo una especie se sigue encontrando en Java pero en ninguna otra de las islas occidentales.

Las facilidades de distribución de las plantas son todavía mayores que las de los insectos y, en opinión de eminentes botánicos, en esta ciencia no pueden tra-

zarse regiones tan bien definidas como en zoología. Las causas que favorecen la difusión en este caso son más potentes y han conducido a tal mezcla en las floras de regiones adyacentes que en la actualidad sólo se pueden detectar divisiones amplias y generales. Estas observaciones tienen una repercusión importante en el problema de la división de la superficie de la tierra en grandes regiones que se distinguen por la diferencia radical de sus productos naturales. Ahora sabemos que esta diferencia es el resultado directo de una larga y continua separación con barreras más o menos infranqueables. Y como los anchos océanos y los grandes contrastes de temperatura son las barreras más insuperables para la dispersión de todas las formas terrestres de vida, las divisiones primarias de la tierra sirven en lo sustancial para todos los organismos terrestres. Pero, por muy diversos que sean los efectos del clima, por muy desiguales que sean los medios de distribución, éstos nunca llegarán a borrar por completo los efectos radicales de un aislamiento largo y prolongado, y tengo la firme convicción de que cuando la botánica y la entomología de Nueva Guinea y las islas aledañas se lleguen a conocer tan bien como sus mamíferos y aves, estos compartimientos de la naturaleza indicarán también las radicales distinciones entre las regiones indomalaya y austromalaya del gran archipiélago malayo.

SÉPTIMA PARTE

RAZAS HUMANAS

XLVI. LAS RAZAS HUMANAS EN EL ARCHIPIÉLAGO MALAYO

ME PROPONGO concluir esta narración de mis viajes al Oriente con una breve descripción de mis puntos de vista sobre las razas humanas que habitan las diversas partes del archipiélago, sus principales características físicas y mentales, sus afinidades mutuas y con las tribus vecinas, sus migraciones y su origen probable.

Dos razas muy contrastadas habitan el archipiélago: la malaya, que ocupa casi exclusivamente la mayor parte de la mitad occidental, y la papúa, con su centro en Nueva Guinea y varias de las islas adyacentes. Entre estas dos zonas hay tribus que son también intermedias en sus características principales y a veces resulta interesante determinar si pertenecen a una u otra raza o se han formado a través de la mezcla de ambas.

La malaya es sin duda la más importante de estas dos razas y la más civilizada, la que ha entrado más en contacto con los europeos y que por sí sola tiene su propio lugar en la historia. Las que podríamos llamar verdaderas razas malayas, distinguiéndolas así de otras que meramente tienen un elemento malayo en su lengua, presentan una uniformidad considerable en características físicas y mentales, en tanto que, por otra parte, muestran grandes diferencias en civilización e idioma. Consisten en cuatro grandes tribus semicivilizadas, en algunas no tan grandes y en una serie de otras que se podrían calificar de salvajes. Los malayos propiamente dichos habitan la península malaya y casi todas las regiones de la costa de Borneo y Sumatra. Todos hablan la lengua malaya o dialectos de la misma, escriben en caracteres arábigos y son de religión mahometana. Los javaneses habitan Java, parte de Sumatra, Madura, Bali y parte de Lombok. Hablan javanés y las lenguas kawi, que escriben en caracteres nativos. Ahora son mahometanos en Java, pero brahmanes en Bah y Lombok. Los bugis son los habitantes de la mayor parte de Célebes y parece que hay un pueblo similar en Sumbawa. Hablan las lenguas bugis y de Macasar, con dialectos, y tienen dos tipos diferentes de caracteres para escribirlas. Todos son mahometanos. La cuarta gran raza es la de los tagalas en las islas Filipinas, acerca de los que puedo decir muy poco ya que no he visitado esas islas. Muchos de ellos en la actualidad son cristianos y hablan español, así como su lengua nativa, el tagala. Los malayos de las Molucas, que habitan princi-

palmente en Ternate, Tidore, Bacan y Amboina, podría decirse que forman una quinta división de los malayos semicivilizados. Son todos mahometanos, pero hablan una diversidad de lenguas extrañas que parecen compuestas de bugis y javanés junto con lenguas de las tribus salvajes de las Molucas.

Los malayos salvajes son los dayaks de Borneo; los bataks y otras tribus salvajes de Sumatra; los jakúns de la península malaya; y los aborígenes del norte de Célebes, de las islas Sula y de parte de Buru.

El color de todas estas tribus diversas es café rojizo claro, con algún matiz oliváceo, y no varía en un grado importante en toda una extensión de territorio tan vasta como la Europa del Sur o meridional. El cabello también es constante, invariablemente negro y lacio, y de una textura bastante tosca hasta el punto de que cualquier tonalidad más clara o cualquier rizo o bucle es prueba casi contundente de la mezcla con alguna sangre extranjera. El rostro está casi desprovisto de barba y el pecho y las extremidades carecen de vello. La estatura es bastante uniforme y siempre mucho más baja que la del europeo promedio; el cuerpo es robusto, el pecho bien desarrollado, los pies pequeños, gruesos y cortos, las manos pequeñas y bastante delicadas. El rostro es un poco ancho y con tendencia a plano; la frente bastante redondeada, las cejas bajas, los ojos negros y muy ligeramente oblicuos cuando lo son; la nariz es bastante pequeña, no prominente, pero recta y bien formada, el ápice un poco redondo, las narinas amplias y levemente al descubierto; los pómulos son bastante prominentes, la boca grande, los labios anchos y bien delineados pero no salientes, la barbilla redonda y bien formada.

Según esta descripción habría poco que objetar respecto al grado de belleza y, pese a todo, en conjunto los malayos no son bellos. En la juventud, no obstante, son con frecuencia bien parecidos, y muchos de los muchachos y muchachas hasta los doce o quince años son muy agraciados y algunos tienen un rostro que, a su manera, es casi perfecto. Me inclino a pensar que pierden mucha de su belleza debido a los malos hábitos y al modo irregular de vida. Desde muy temprana edad mastican betel y tabaco casi sin cesar; sufren de muchas privaciones y de exposiciones a la intemperie en las expediciones de pesca y otras; su vida transcurre con frecuencia entre el hambre y el festín, el ocio y el trabajo excesivo, y esto produce un envejecimiento prematuro y rudeza en las facciones.

El carácter del malayo es impasible. Da muestras de reserva, apocamiento e incluso timidez, lo cual en cierto grado es atractivo y hace pensar al observador que el carácter feroz y sanguinario que se imputa a la raza es una exageración excesiva. No es expresivo. Sus sentimientos de sorpresa, admiración o miedo nun-

ca los manifiesta abiertamente y es posible que no los sienta con gran intensidad. Es lento y circunspecto en el habla y da muchos rodeos para introducir el tema que ha venido expresamente a conversar. Éstos son los rasgos principales de su naturaleza moral y se manifiestan en todos los actos de su vida.

Los niños y las mujeres son tímidos y chillan y corren ante la sorprendente visión de un europeo. En compañía de los hombres son callados, tranquilos y obedientes en general. Cuando está solo el malayo es taciturno; ni habla ni canta. Cuando varios reman en una canoa, a veces cantan una tonada monótona y quejumbrosa. Es prudente en no ofender a sus iguales. No se pelea fácilmente por cuestiones de dinero; no le gusta pedir con demasiada frecuencia, ni siquiera el pago de sus deudas justas, y a menudo renuncia a ellas antes que pelearse con su deudor. La burla repugna profundamente a su talante porque es especialmente sensible a las faltas de etiqueta o a cualquier interferencia a la libertad personal propia o de otra persona. Como ejemplo mencionaré que muchas veces me fue muy difícil hacer que un criado malayo despertara a otro. Lo llama lo más fuerte que puede pero apenas lo toca y mucho menos sacude a su camarada. Con mucha frecuencia tuve que despertar personalmente a algún dormilón en viajes por tierra o mar.

Las clases altas malayas son sumamente corteses y poseen la tranquila desenvoltura y dignidad de los europeos mejor educados. Aun así, esto es compatible con una indiferente crueldad y desprecio por la vida humana, aspecto que constituye el lado oscuro de su carácter. No es sorprendente, por tanto, que diferentes personas cuenten impresiones totalmente diversas de ellos; uno los alaba por su sobriedad, urbanidad y buen carácter; otro los insulta por su impostura, deslealtad y crueldad. El antiguo viajero Nicolo Conti escribió en 1430:

Los habitantes de Java y Sumatra superan a cualquier otro pueblo en crueldad. Para ellos matar a un hombre es una guasa y no hay ningún castigo para tal acción. Cuando alguien compra un sable y quiere probarlo, acomete con él a la primera persona que encuentra y se lo clava en el pecho. Los transeúntes examinan al herido y elogian la habilidad de la persona que lo hirió si le introdujo el arma directamente.

Sin embargo, Drake dice del sur de Java: “La gente (lo mismo que sus reyes) son personas muy afectuosas, honestas y justas en sus tratos”; y Crawford dice que los javaneses, a los que conocía a fondo, son “gentes pacíficas, dóciles, sobrias, simples e industriosas”. Por otra parte, Barbosa, que los vio en Malaca alrededor de 1660, dice: “Son un pueblo de gran ingenio, muy sutiles en todos sus

tratos; muy maliciosos, grandes impostores que raras veces dicen la verdad; dispuestos a realizar todo tipo de iniquidades y a sacrificar su vida”.

El intelecto de la raza malaya parece bastante deficiente. Son incapaces de algo más que las simples combinaciones de ideas y tienen poco gusto o energía para adquirir conocimientos. Su civilización, tal cual es, no parece indígena, ya que está estrictamente confinada a aquellas naciones que se convirtieron a las religiones mahometana o brahmánica.

Ahora voy a trazar un esbozo también breve de la otra gran raza del archipiélago malayo, la papúa. La típica raza papúa es en muchos aspectos el extremo opuesto de la malaya y ha sido descrita con mucha imprecisión hasta ahora. El color del cuerpo es café tiznado oscuro o negro, a veces muy próximo al negro azabache de las razas negras pero sin igualarlo nunca. Sus matices de piel son más variados que en la raza malaya y a veces su color es café pardo. El cabello es muy particular, pues es áspero, seco y ensortijado y crece en pequeños mechones o rizos que en la juventud son muy cortos y compactos pero que después crecen bastante y forman la cabellera espesa y rizada que es orgullo y gloria de los papúas. El rostro está adornado con una barba también rizada como el cabello de la cabeza. Brazos, piernas y pecho están más o menos revestidos de vello de naturaleza similar.

En estatura el papúa supera definitivamente al malayo y es tal vez igual o incluso más alto que el promedio de los europeos. Las piernas son largas y delgadas, las manos y los pies más grandes que los de los malayos. El rostro es un poco alargado y la frente aplanada; las cejas muy prominentes; la nariz grande, más bien arqueada y alta, la base gruesa, las narinas anchas y con los orificios ocultos debido al alargamiento de la punta de la nariz; la boca es grande, los labios gruesos y prominentes. En conjunto, el rostro tiene un aspecto más europeo que el del malayo debido a la nariz grande; y la forma particular de este órgano, con las cejas más prominentes y el tipo de cabello de la cabeza, de la cara y del cuerpo, nos permite distinguir a las dos razas a primera vista. Observé que la mayoría de estos rasgos característicos son tan visiblemente destacados en niños de diez a doce años como en los adultos, y la singular forma de la nariz siempre sobresale en las figurillas que tallan para adornar sus casas o como amuletos que llevan colgando del cuello.

En mi opinión, las características morales del papúa lo distinguen tan obviamente del malayo como su forma y facciones. Es impulsivo y expresivo en palabras y actos. Sus emociones y pasiones se expresan en gritos y risas, en alaridos y brincos. Las mujeres y los niños participan en todas las conversaciones y no parece alarmarles la presencia de forasteros o europeos.

El intelecto de esta raza es muy difícil de juzgar, pero yo me inclino a calificarlo de más alto que el de los malayos a pesar de que los papúas no han dado nunca ningún paso hacia la civilización. Hay que recordar, no obstante, que durante siglos los malayos estuvieron influidos por inmigraciones —hindúes, chinos y árabes—, mientras que la raza papúa sólo estuvo sometida a la influencia muy parcial y local de los comerciantes malayos. El papúa tiene mucha más energía vital, lo cual ayudaría enormemente sin duda a su desarrollo intelectual. Los esclavos papúas no muestran inferioridad de intelecto comparados con los malayos sino más bien lo contrario, y en las Molucas con frecuencia se les promueve a puestos de bastante confianza. El papúa tiene más sentido del arte que el malayo. Decora su canoa, su casa y casi cada utensilio doméstico con elaboradas tallas, costumbre que rara vez se encuentra entre las tribus de la raza malaya.

Por otra parte, en efectos y sentimientos morales, los papúas parecen muy deficientes. Suelen ser violentos y crueles en el trato con los niños, mientras que los malayos son casi invariablemente amables y suaves, y apenas interfieren en los deseos y diversiones de sus hijos, dándoles plena libertad a cualquier edad que la reclamen. Pero estas relaciones tan pacíficas entre padres e hijos se deben sin duda en gran medida al carácter indiferente y apático de la raza, que no lleva nunca a los miembros más jóvenes a enfrentarse seriamente a sus mayores, en tanto que la disciplina más rigurosa de los papúas puede que se deba sobre todo al mayor vigor y energía mental que siempre, tarde o temprano, conduce a la rebelión del más débil contra el fuerte, a los pueblos contra sus gobernantes, al esclavo contra su amo y al niño contra su padre.

Por tanto parece que, ya sea en la contemplación de su conformación física, de sus características morales o de sus capacidades intelectuales, las razas malaya y papúa ofrecen notables diferencias y sorprendentes contrastes. El malayo es bajo de estatura, de piel morena, pelo lacio, imberbe y lampiño de cuerpo. El papúa es más alto, de piel negra, cabello crespo, barbudo y velludo.



FIGURA XLVI.1. Amuleto papúa. Dibujado en madera por Robinson, dominio público, vía Wikimedia Commons.

El primero es de rostro ancho, nariz pequeña y cejas planas; el segundo es de rostro alargado, nariz grande y protuberante y cejas prominentes. El malayo es esquivo, indiferente, poco expresivo y callado; el papúa es descarado, impetuoso, excitable y bullanguero. El primero es solemne y raras veces se ríe; el segundo es alegre y le gusta reírse; el uno esconde sus emociones y el otro las manifiesta.

Después de describir con bastante detalle las grandes diferencias físicas, intelectuales y morales entre los malayos y los papúas, vamos a considerar a los habitantes de las numerosas islas que no concuerdan mucho con ninguna de ambas razas. Las islas de Obi, Bacan y las tres penínsulas meridionales de Gilolo carecen de una verdadera población indígena, pero la península septentrional está habitada por una raza nativa, la denominada alfuros de Sahoe y Galela. Estas gentes son muy diferentes a los malayos y también a los papúas. Son altos y bien formados, con rasgos papúas y cabello rizado; tienen barba y vello en las extremidades, pero son casi tan claros de color como los malayos. Son una raza industriosa y emprendedora, cultivan arroz y hortalizas y son infatigables en la búsqueda de caza, pescado, *tripang*, perlas y caparazones de tortuga.

En la gran isla de Ceram también hay una raza indígena muy similar a la del norte de Gilolo. Buru parece que contiene dos razas distintas: una baja y de rostro redondo, con fisonomía malaya, que probablemente llegara de Célebes pasando por las islas Sula; y otra raza más alta y barbuda, parecida a la de Ceram.

Más al sur de las Molucas está la isla de Timor, habitada por tribus mucho más cercanas al verdadero papúa que las de las Molucas.

Los timorese del interior son color café pardo o negruzco, con cabello tupido y crespo y la nariz grande papúa. Son de estatura media y figuras bastante gráciles. El vestido universal consiste en un paño largo enrollado a la cintura, cuyos extremos con flecos cuelgan por debajo de la rodilla. Se dice que estas gentes son muy ladronas y las tribus siempre están en guerra entre sí, pero no son muy temerarios ni sanguinarios. La costumbre del tabú, aquí llamada *pomali*, está muy generalizada y protegen de la depredación árboles frutales, casas, cosechas y propiedades de todo tipo mediante esta ceremonia, por la que sienten gran veneración. Una rama de palmera colocada a través de una puerta abierta muestra que la casa es tabú y esto es una protección mucho más eficaz frente al robo que un gran número de barrotes. En Timor, las casas son diferentes a las de la mayoría de las otras islas; parece que fueran todo techo, pues el cobertizo de palma cuelga más abajo de las paredes más bajas y llega hasta el suelo, excepto cuando se recorta en él una entrada. En algunos lugares del extremo occidental de Timor

y en la pequeña isla de Semaú las casas se parecen más a las de los hotentotes, pues tienen forma de huevo, son muy pequeñas y poseen una puerta de sólo un metro de altura. Están construidas sobre el suelo, en tanto que las de las zonas orientales se alzan sobre postes a algunos centímetros del suelo. Por su talante excitable, su modo de hablar en tono alto y su proceder espontáneo, los timorese se parecen a los habitantes de Nueva Guinea.

En las islas al oeste de Timor, hasta Flores y la isla del Sándalo, se encuentra una raza muy similar que también se extiende al este hasta Timor-laut, donde empieza a aparecer la verdadera raza papúa. No obstante, las pequeñas islas de Savu y Rotti, al oeste de Timor, se destacan por poseer una raza particular y en cierto modo peculiar. Es un pueblo muy hermoso, con facciones bellas y que en muchas características se parece a la raza producto de la mezcla de hindú o árabe con malayo. Son distintos de las razas timorese o papúa y hay que clasificarlos en la división etnológica occidental del archipiélago más que en la oriental.

La totalidad de la gran isla de Nueva Guinea, las islas Kai y Aru, junto con Misool, Salwatty y Waigeo, están habitadas exclusivamente por los típicos papúas. No encuentro huellas de ninguna otra tribu que habite el interior de Nueva Guinea, pero en algunos lugares la gente de la costa está mezclada con las razas más morenas de las Molucas. La propia raza papúa parece extenderse por las islas al este de Nueva Guinea y llega hasta las Fiyi.¹

Quedan por describir las razas negras y de cabello crespo de las Filipinas y de la península malaya, los primeros llamados negritos y los segundos semangs. Nunca he visto a estos pueblos personalmente pero, a partir de las numerosas y precisas descripciones que se han publicado de ellos, no me resulta difícil contentarme con la idea de que tienen poca afinidad o parecido con los papúas, con los que se les ha asociado hasta ahora. En los rasgos más importantes difieren más de los papúas que de los malayos. Son de estatura enana, alcanzando un promedio de 1.40 a 1.45 metros de estatura, o sea, 20 centímetros menos que los malayos, en tanto que los papúas son definitivamente más altos que los malayos. La nariz se representa invariablemente como pequeña, achatada o respingona en el ápice, en tanto que el rasgo más universal de la raza papúa es tener la nariz prominente y grande, con el ápice hacia abajo, tal como se representa siempre en sus toscos ídolos. La cabellera de estas razas enanas coincide con la de los papúas, pero también con la de los negros africanos. Los negritos y los semangs son muy

¹ En la península sudoriental de Nueva Guinea hay algunas tribus indudablemente polinesias llamadas motu que probablemente se establecieron en un periodo temprano y se mezclaron más o menos con los papúas nativos.

iguales en características físicas unos a otros y a los isleños de Andaman, pero difieren de un modo notable de todas las razas papúas.

Un estudio detenido de estas diversas razas, comparándolas con las de Asia Oriental, las islas del Pacífico y Australia, me ha llevado a asumir un punto de vista relativamente simple en cuanto a su origen y afinidades.

Si trazamos una línea (véase la figura v.1) que empieza al este de las islas Filipinas, sigue por la costa occidental de Gilolo, atraviesa la isla de Buru y rodea el extremo occidental de Flores para después regresar por la isla del Sándalo, incluida Rotti, dividiremos el archipiélago en dos partes, cuyas razas tienen particularidades muy marcadas que las distinguen. Esta línea separa a la raza malaya y a todas las asiáticas de los papúas y de todos los habitantes del Pacífico; y aunque a lo largo de la línea de unión ha habido intermigración y mezcla, en conjunto la división es casi tan obvia y contrastada como la división zoológica correspondiente del archipiélago en una región indomalaya y en otra austromalaya.

Explicaré brevemente las razones que me llevaron a considerar cierta y natural esta división de las razas oceánicas. No cabe duda de que la raza malaya en su conjunto se asemeja mucho a las poblaciones de Asia Oriental, desde Siam hasta Manchuria. Quedé muy asombrado cuando en la isla de Bali vi a comerciantes chinos que habían adoptado la vestimenta de ese país y de que apenas pudiera distinguírseles de los malayos. Por otra parte, he visto a nativos de Java que, en lo que concierne a fisonomía, pasarían fácilmente por chinos. Así pues, tenemos de nuevo las tribus malayas más típicas que habitan una parte del continente asiático, junto con aquellas grandes islas que, poseyendo las mismas especies de mamíferos grandes que las partes adyacentes del continente, es muy posible que hayan formado una parte del territorio conectado a Asia durante el periodo humano. Los negritos son, sin duda, una raza bastante distinta a la malaya, pero, aun así, como algunos habitan una parte del continente y otros las islas Andaman en la bahía de Bengala, hay que aceptar que muy probablemente su origen es asiático y no polinesio.

Ahora bien, en las partes orientales del archipiélago, y comparando mis propias observaciones con las de los viajeros y misioneros más dignos de confianza, descubro en todas las islas al este, hasta las Fiyi, una raza idéntica en todos sus rasgos fundamentales a la papúa. Más allá de estas islas, se extiende por todo el Pacífico la raza morena polinesia o algún tipo intermedio. Las descripciones de esta raza muchas veces coinciden exactamente con las características de los indígenas morenos de Gilolo y Ceram.

Hay que hacer mención especial del estrecho parecido que existe entre las razas polinesias morenas y las negras. Sus facciones son casi idénticas, a tal punto que los retratos de un neozelandés o un tahitiano servirían para representar a un papúa o a un timorés, ya que las únicas diferencias son el color más oscuro y el cabello más rizado de estos últimos. Ambas son razas altas. Coinciden en su amor por el arte y en el estilo de sus decoraciones. Son enérgicas, expresivas, festivas y amantes de la risa, y en todos estos aspectos difieren ampliamente del malayo.

Creo, por tanto, que las numerosas formas intermedias que se dan en las innumerables islas del Pacífico no son meramente el resultado de un mestizaje de estas razas, sino que, hasta cierto punto, son verdaderamente intermedias o de transición; y que el moreno y el negro, el papúa, los nativos de Gilolo y Ceram, el habitante de Fiyi, los de las islas Sandwich y los de Nueva Zelanda, son todos formas diversas de una gran raza oceánica o polinesia.

Sin embargo, es posible y quizás hasta probable que los polinesios morenos fueran originalmente el resultado de un mestizaje de malayos, o alguna raza mongol de tez más clara, con los oscuros papúas. Pero, si es así, el mestizaje tuvo lugar en una época tan remota y ha estado tan reforzado por la influencia continua de las condiciones físicas y la selección natural, que ha determinado la conservación de un tipo especial adaptado a esas condiciones y que se ha convertido en una raza determinada y estable sin ningún signo de cruce, y la cual manifiesta tal preponderancia de las características papúas que como mejor se puede clasificar es como una modificación del tipo papúa. La existencia de un elemento decididamente malayo en las lenguas polinesias no tiene nada que ver con una conexión física tan antigua, sino que, en suma, es un fenómeno reciente que tuvo su origen en las costumbres trashumantes de las principales tribus malayas. Esto lo prueba el hecho de que encontremos términos modernos de las lenguas javanesa y malaya que se usan en Polinesia apenas modificados por peculiaridades de la pronunciación que se reconocen fácilmente, y no sólo raíces malayas que se pueden detectar a través de las elaboradas investigaciones de los filólogos, como hubiera sido el caso si su introducción fuera tan remota como el origen de una raza muy diferente, una raza tan distinta de la malaya en sus características mentales y morales como en las físicas.

En relación con esta cuestión, es importante subrayar la armonía que existe entre la línea de separación de las razas humanas del archipiélago y la de las producciones animales del mismo territorio, a las que ya me he referido y he ilustrado abundantemente. Es cierto que las líneas divisorias no coinciden con exacti-

tud, pero en mi opinión es notorio y algo más que una simple coincidencia el hecho de que atraviesen la misma zona y se aproximen tanto una a otra. No obstante, si es cierta mi suposición de que la región donde puede trazarse ahora la línea divisoria de las zonas zoológicas indomalaya y austromalaya estuvo ocupada en el pasado por un mar mucho más ancho que el actual, y si en ese periodo existía el ser humano en la Tierra, encontraremos una buena razón para que ahora coincidan las razas que habitan las regiones asiática y del Pacífico y en parte se crucen en las proximidades de esta línea divisoria.

Hace poco el profesor Huxley sostuvo que los papúas son más afines a los negros africanos que a cualquier otra raza. El parecido tanto físico como mental entre ellos me sorprendió muchas veces, pero las dificultades para aceptarlo como probable o posible me impidieron conceder hasta el momento todo el peso a esas similitudes. Consideraciones geográficas, zoológicas y etnológicas hacen que sea casi cierto que, si estas dos razas tuvieron en algún periodo un origen común, sólo pudo haber sido en una época mucho más remota que cualquiera de las que hasta ahora se han atribuido a la antigüedad de la raza humana. E incluso si se pudiera comprobar su unidad, esto no afectaría en nada a mi razonamiento respecto a la estrecha afinidad de las razas papúa y polinesia y a la radical distinción de ambas respecto de la malaya.

Polinesia es preeminentemente una zona de sumersión y sus extendidos grupos de arrecifes de coral señalan la posición de antiguos territorios e islas. Las ricas y variadas producciones de Australia y Nueva Guinea, aunque extrañamente aisladas, también indican una extensa zona de tierra en la que se desarrollaron formas muy especializadas. Por tanto es muy probable que las razas humanas que en la actualidad habitan estos territorios sean las descendientes de las que habitaron esos continentes e islas. Ésta es la suposición más simple y natural que se puede hacer. Y si encontramos cualquier signo de afinidad directa entre los habitantes de cualquier otra parte del mundo y los de Polinesia, de ningún modo se desprende que estos últimos deriven de los primeros. Indudablemente es cierto que existen pruebas de amplias migraciones entre las islas del Pacífico y de que produjeron una comunidad de lenguas desde el grupo Sandwich hasta Nueva Zelanda, pero no disponemos de ninguna prueba de una migración reciente desde ningún territorio vecino a Polinesia, puesto que en ninguna otra parte se encuentra una población que se parezca lo suficiente a la raza polinesia en sus principales características físicas y mentales.

Si el pasado de la historia de estas diversas razas es oscuro e incierto, el futuro no lo es menos. Los verdaderos polinesios, que habitan las islas más lejanas del

Pacífico, están indudablemente condenados a una pronta extinción. Pero la raza malaya, más numerosa, parece bien adaptada para sobrevivir cultivando la tierra, aun cuando su territorio y su gobierno hayan pasado a manos de los europeos. Si el flujo de la civilización se dirigiera a Nueva Guinea, no cabría duda de la pronta extinción de la raza papúa. Un pueblo guerrero y enérgico, que no se sometiera a la esclavitud nacional ni a la servidumbre doméstica, tendría que desaparecer ante el hombre blanco con tanta certidumbre como el lobo y el tigre.

Mi tarea ha concluido. He trazado con más o menos detalle un esbozo de mis errancias de ocho años por las mayores y más frondosas islas que adornan nuestra superficie terrestre. He tratado de transmitir mis impresiones del panorama, de su vegetación, sus producciones animales y sus habitantes humanos. Me he detenido bastante en los diversos e interesantes problemas que plantean al estudio de la naturaleza. Antes de despedirme de mis lectores, deseo hacer algunas observaciones sobre un tema de aún más interés y de mayor importancia, el cual me fue sugerido por la contemplación de la vida salvaje y en virtud de que, en mi opinión, el hombre civilizado puede aprender algo del salvaje.

La mayoría de nosotros creemos que las razas superiores a las que pertenecemos han progresado y siguen haciéndolo. Si es así, debe de haber algún estado de perfección, alguna meta final que puede que nunca alcancemos, pero a la que el verdadero progreso nos debería acercar. ¿Cuál es ese estado social idealmente perfecto hacia el que la humanidad siempre se ha dirigido y sigue dirigiéndose? Nuestros mejores pensadores sostienen que es un estado de libertad individual y autogobierno que sólo es posible alcanzar mediante el desarrollo igual y el equilibrio justo de las partes intelectuales, morales y físicas de nuestra naturaleza; un estado en el que estaremos ajustados tan perfectamente a una existencia social, sabiendo qué es lo correcto y al mismo tiempo sintiendo un impulso irresistible a hacer lo que sabemos que es bueno, que todas las leyes y castigos resultarán innecesarios. En un estado así todo ser humano tendría una organización intelectual lo bastante equilibrada para comprender la ley moral en todos sus detalles y no necesitaría de otros motivos además de los libres impulsos de su propia naturaleza para obedecer esa ley.

Ahora bien, es algo muy notable que entre pueblos que se encuentran en un estado tan atrasado de civilización hallemos cierta aproximación a ese estado social perfecto. He vivido con comunidades salvajes en Sudamérica y en el Oriente que carecen de leyes y tribunales, salvo la opinión pública de la aldea expresada libremente. Todo hombre respeta escrupulosamente los derechos de su prójimo

y rara vez o nunca se infringen. En esas comunidades todos son casi iguales. No existe ninguna de las amplias distinciones de educación e ignorancia, riqueza y pobreza, amo y siervo, que son el producto de nuestra civilización; no existe en absoluto esa extendida división del trabajo que, aunque aumenta la riqueza, produce también intereses en pugna; no existe esa implacable competencia y lucha por la existencia, o por la riqueza, que la densa población de los países civilizados inevitablemente crea. Por tanto, está ausente toda incitación a los grandes delitos y los pequeños son castigados, en parte mediante la influencia de la opinión pública, pero fundamentalmente por ese sentido natural de justicia y de los derechos del prójimo que hasta cierto punto parece consustancial a toda raza humana.

Ahora bien, aunque hemos progresado enormemente trascendiendo el estado salvaje en logros intelectuales, no hemos avanzado en la misma medida en los morales. Es cierto que entre esas clases que no tienen necesidades que no puedan ser fácilmente cubiertas, y entre las cuales tiene una gran influencia la opinión pública, se respetan plenamente los derechos de los demás. También es cierto que hemos ampliado enormemente la esfera de esos derechos e incluido en ellos la fraternidad entre los hombres. Pero no está por demás decir que la gran masa de nuestras poblaciones no ha trascendido para nada el código moral salvaje y en muchos casos ha retrocedido con respecto a él. La moralidad deficiente es la gran mácula de la civilización moderna y el mayor obstáculo para un verdadero progreso.

En el siglo pasado, y en especial en los últimos treinta años, nuestros progresos intelectuales y materiales fueron demasiado rápidos como para que cosechemos todo el beneficio que nos pueden reportar. Nuestro dominio de las fuerzas de la naturaleza ha provocado un acelerado crecimiento de la población y una vasta acumulación de la riqueza; pero esto ha acarreado un grado de pobreza y delito y ha fomentado el desarrollo de tantos sentimientos sórdidos y de tantas pasiones furibundas que bien puede cuestionarse si el nivel mental y moral de nuestra población no ha descendido en promedio y si el mal no ha preponderado sobre el bien. Comparado con nuestro asombroso progreso en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, de administración de la justicia, de educación nacional, y el conjunto de la organización social y moral, permanecen en un estado de barbarie.² Y si seguimos dedicando nuestras principales energías a la utilización de nuestro conocimiento de las leyes de la naturale-

² Véase la nota del autor en la p. 585.

za con el objetivo de extender aún más nuestro comercio y riqueza, los males que necesariamente acompañan a éstos cuando se persiguen con excesivo denuedo pueden alcanzar dimensiones tan gigantescas que quedará fuera de nuestras posibilidades el mitigarlos.

Hemos de reconocer claramente que la riqueza, el conocimiento y la cultura de *unos pocos* no constituyen la civilización y que por sí mismos no nos hacen avanzar hacia el “estado social perfecto”. Nuestro inmenso sistema de manufactura, nuestro gigantesco comercio, nuestras apiñadas ciudades y poblaciones favorecen y renuevan sin cesar una cantidad de miseria humana y de delincuencia *absolutamente* mayor que la que ha habido hasta ahora. Crean y mantienen en penalidades perpetuas a un ejército que aumenta constantemente y cuyo destino le es mucho más difícil de soportar en contraste con los placeres, las comodidades y el lujo que ven por todas partes en torno a ellos y que no pueden abrigar la esperanza de disfrutar; en este aspecto estas gentes están mucho peor que el salvaje rodeado de su tribu.

No es un resultado del que vanagloriarse o sentirse satisfecho, y hasta que no haya un reconocimiento más generalizado de este fracaso de nuestra civilización —resultado ante todo de nuestra negligencia en el fomento y desarrollo profundo de los sentimientos benévolos y de las facultades morales de nuestra naturaleza, y en permitir que ejerzan una mayor influencia en nuestra legislación, nuestro comercio y toda nuestra organización social— no alcanzaremos, en lo que concierne al conjunto de la comunidad, una superioridad verdadera o importante sobre los salvajes de la mejor clase.

Ésta es la lección que he aprendido a través de mis observaciones del hombre incivilizado. Y ahora digo adiós a mis lectores.

NOTA DEL AUTOR

Los que creen que nuestra condición social es rayana en la perfección calificarán mis palabras anteriores de severas y exageradas, pero para mí son las únicas que se nos pueden aplicar en verdad. Somos el país más rico del mundo y, aun así, una veinteava parte de nuestra población la constituyen indigentes de parroquia y una treceava delincuentes reconocidos. Añádanse a éstos los criminales que evaden el arresto y los pobres que viven sobre todo o en parte de la caridad privada (que, según el doctor Hawkesley, gasta siete millones de libras esterlinas anuales sólo en Londres), y podemos estar seguros de que más de una décima parte de nuestra población son pobres y criminales. A ambas clases las mantenemos ociosas o en trabajos no productivos, y cada delincuente cuesta cada año en nuestras cárceles más que los salarios de un probo trabajador agrícola. Permitimos que más de cien mil personas conocidas por no tener más medios de subsistencia que el delito permanezcan en libertad y abusen de la comunidad, y que muchos miles de niños crezcan ante nuestros propios ojos en la ignorancia y el vicio para abastecer de diestros criminales a la generación venidera. A esto, en un país que se precia de su acelerado crecimiento en riqueza, de su enorme comercio y de gigantescas manufacturas, de sus habilidades mecánicas y de su conocimiento científico, de su civilización superior y de su cristianismo impoluto, no puedo sino denominarlo un estado de barbarie social. También nos preciamos de nuestro amor a la justicia y de que la ley proteja tanto a ricos como a pobres, aunque seguimos manteniendo las multas monetarias como castigo e incluso propiciamos el hacer de la justicia una cuestión monetaria; en ambos casos una injusticia bárbara o la negación de la justicia a los pobres. Es más, nuestras leyes hacen posible que por la simple inobservancia de una forma legal, y contrariamente a su deseo e intención, la propiedad de un hombre pueda pasar completamente a un extraño, desposeyendo a sus propios hijos. Ha habido casos así con la aplicación de las leyes de la herencia de la propiedad de tierras; el hecho de que entre nosotros sea posible una injusticia tan antinatural pone de manifiesto que nos encontramos en un estado de barbarie social. Éste es un ejemplo más que justifica mi utilización del término. Permitimos la posesión absoluta del suelo de nuestro país y privamos de derechos legales de existencia sobre la tierra a la inmensa ma-

yoría que no lo posee. Un gran terrateniente podría convertir legalmente toda su propiedad en bosque o en coto de caza y expulsar a todo ser humano que hasta entonces hubiera vivido en él. En un país densamente poblado como Inglaterra, donde cada hectárea tiene su propietario y su ocupante, esto significa el poder de destruir legalmente al prójimo; que este poder exista y pueda ser ejercido por los individuos, aunque sea en menor grado, indica que en lo que concierne a la verdadera ciencia social estamos todavía en estado de barbarie.

APÉNDICE

SOBRE LOS CRÁNEOS Y LAS LENGUAS DE LAS RAZAS HUMANAS EN EL ARCHIPIÉLAGO MALAYO

Cráneos

Hace algunos años se creía que el estudio de los cráneos era la única base segura para la clasificación del ser humano. Hay colecciones inmensas de ellos, han sido medidos, descritos y representados, y ahora empieza a ganar terreno la opinión de que para este fin en especial son de escaso valor. El profesor Huxley ha manifestado contundentemente sus opiniones al respecto y en la nueva clasificación que propone no concede casi ningún peso a la información que proporcionan los cráneos. También es cierto que, aunque la craneoscopia ha sido estudiada con asiduidad durante muchos años, no ha producido ningún resultado comparable al trabajo y la investigación invertidos en ella. No se ha publicado nada que se acerque a una teoría sobre la excesiva variación de los cráneos ni se ha encontrado ninguna clasificación inteligible basada en ellos.

El doctor Joseph Barnard Davis, quien ha coleccionado cráneos humanos constantemente durante muchos años, acaba de publicar un trabajo notable titulado *Thesaurus Craniorum*. Se trata de un catálogo de su colección (con mucho, la más extensa que existe), clasificada por países y razas e indicando procedencia y características especiales de cada espécimen; y, a modo de descripción, proporciona una elaborada serie de mediciones, 19 en total cuando se completan, con las que se pueden hacer comparaciones de gran precisión y determinar los límites de la variación.

Este interesante y valioso trabajo me ha proporcionado los medios para determinar por mi cuenta si las formas y dimensiones de los cráneos de las razas orientales apoyarían o refutarían de algún modo la clasificación que he hecho de ellas. Con fines comparativos la serie total de 19 mediciones hubiera sido demasiado engorrosa. Por lo tanto, seleccioné sólo tres que me parecieron adecuadas para comprobar la capacidad de la craneoscopia a este respecto. Éstas son: 1) la capacidad del cráneo; 2) la proporción entre anchura y longitud en una escala de 100; 3) la proporción entre altura y longitud en una escala de 100.

El doctor Davis da estas dimensiones casi en todos los casos y me han facilitado abundancia de material. Primero tomé las *medias* de los grupos de cráneos de la misma raza procedentes de diferentes localidades, tal como las proporciona el propio doctor Davis, y pensé que así podría detectar diferencias características de las grandes divisiones de malayos y papúas. Pero ciertas anomalías me indujeron a observar la magnitud de la variación individual, y resultó tan enorme que me convencí de inmediato de que ni siquiera una colección tan vasta podía proporcionar un promedio digno de confianza. Daré ahora unos cuantos ejemplos de estas variaciones, utilizando los términos capacidad, anchura:longitud, y altura:longitud para las tres dimensiones comparadas. En capacidad comparé sólo cráneos masculinos para no introducir la diferencia sexual de tamaño. En las otras dimensiones proporcionadas hice uso de los dos sexos para obtener un promedio más amplio, ya que en mi opinión estas proporciones no varían definitivamente según el sexo y muchas veces se dan los dos extremos sólo en las series de especímenes masculinos.

MALAYOS. Trece cráneos masculinos de Sumatra tenían: capacidad de 61.5 a 87 onzas de arena; anchura:longitud .71 a .86; altura:longitud .73 a .85. Diez cráneos masculinos de la isla Célebes variaban así: capacidad de 67 a 83 onzas; anchura:longitud de .73 a .92; altura:longitud de .76 a .90.

En toda la serie de 86 cráneos malayos procedentes de Sumatra, Java, Madura, Borneo y Célebes la variación es enorme. Capacidad (66 cráneos) de 60 a 91 onzas de arena; anchura:longitud de .70 a .92; altura:longitud de .72 a .90; y estos extremos no pertenecen a especímenes anormales aislados sino que existe una gradación regular entre ellos que se perfecciona a medida que aumenta el número de ejemplares comparados. Así pues, aparte del cráneo extremo dolicocefálico (70) en el grupo malayo supuestamente braquicefálico, hay otros que tienen anchura:longitud de .71, .72 y .73, de modo que se puede pensar con toda razón que con más ejemplares obtendríamos una forma de cráneo aún más estrecha. Así pues, al cráneo más grande, 91 onzas, le siguen otros de 87 y 88.

El cráneo más grande en una extensa serie de cráneos ingleses, escoceses e irlandeses era de sólo 92.5 onzas.

PAPÚAS. En la colección hay sólo cuatro auténticos cráneos papúas y varían considerablemente (anchura:longitud de .72 a .83). Pero si tomamos a los nativos de las islas Salomón, Nueva Caledonia, Nuevas Hébridas y las Fiyi como si fueran definitivamente de raza papúa, tenemos una serie de 28 cráneos (23 masculinos)

que nos da: capacidad de 66 a 88; anchura:longitud de .65 a .85; altura:longitud, de .71 a .85; o sea, casi idénticos a algunos de los grupos malayos, de modo que no proporcionan puntos de diferencia claros.

Los polinesios, australianos y negros africanos también muestran gamas muy amplias de variación, como puede verse en el siguiente resumen de las dimensiones de los cráneos de estas razas y de las precedentes:

<i>Total de cráneos</i>	<i>Individuo</i>	<i>Género masculino</i>	<i>Capacidad en onzas</i>	<i>Anchura: longitud</i>	<i>Altura: longitud</i>
83	malayos	66	60 a 91	.70 a .92	.72 a .90
28	papúas	23	66 a 80	.65 a .85	.71 a .85
156	polinesios	90	62 a 91	.69 a .90	.68 a .88
23	australianos	16	59 a 86	.57 a .80	.64 a .80
72	negros	38	66 a 87	.64 a .83	.65 a .81

Las únicas conclusiones a las que podemos llegar a partir de este cuadro son que los australianos tienen los cráneos más pequeños de todos y los polinesios los más grandes; los negros, malayos y papúas no difieren perceptiblemente en tamaño. Y esto concuerda muy bien con lo que sabemos de su actividad mental y de su capacidad para la civilización.

Los australianos tienen los cráneos *más largos*, seguidos de los negros y después de los papúas, polinesios y malayos.

Los australianos también tienen los cráneos *más bajos*, seguidos de los negros; los polinesios y los papúas son considerablemente más altos e iguales, y el cráneo malayo es el más alto.

Por lo tanto, parece probable que si dispusiéramos de una serie mucho más numerosa de cráneos los promedios nos proporcionarían datos raciales bastante dignos de confianza, aunque, debido a la amplia gama de variación individual, no nos serían de ninguna utilidad en ejemplos aislados y ni siquiera cuando sólo pudiéramos comparar cantidades no muy altas.

En lo que se refiere a esta serie, parece que concuerda con las conclusiones a las que yo llegué a partir de características físicas y mentales observadas personalmente. Estas conclusiones sucintamente son: que los malayos y los papúas son dos razas radicalmente distintas; y que los polinesios son más afines a estos últimos, aunque probablemente tengan alguna mezcla de sangre malaya o mongol.

Lenguas

Durante mis viajes por las islas del archipiélago recogí un número considerable de vocabularios en regiones poco visitadas hasta entonces. Representan unas cincuenta y siete lenguas distintas (sin incluir el malayo y el javanés comunes), y creo que más de la mitad son bastante desconocidas para los filólogos, en tanto que de las otras lenguas sólo se han registrado algunas palabras sueltas. Desafortunadamente casi la mitad se han perdido. Hace algunos años presté toda la serie al difunto John Crawford, pasaron unos meses y me olvidé de pedirle que me la devolviera; después supe que en este tiempo había cambiado su residencia y que se habían extraviado los libros que contenían veinticinco de los vocabularios. Nunca se pudieron recuperar. Como se trataba de cuadernos de notas viejos y muy desgastados, probablemente acabaron en la basura junto con otros papeles inservibles. Previamente a esas anotaciones había copiado nueve palabras comunes en toda la serie de lenguas, y éstas son las que ahora proporciono junto con los treinta y un vocabularios restantes completos.

Después de experimentar la dificultad de determinar satisfactoriamente cualquier palabra que no sea sustantivo o algunos cuantos de los adjetivos más comunes en los lugares donde los pueblos son completamente salvajes y poseen un conocimiento imperfecto del lenguaje de la comunicación, seleccioné unas ciento veinte palabras y en la medida de lo posible me he apegado a ellas de principio a fin. Después de la palabra [consignada aquí en español (T.)] doy el término malayo para compararlo con las otras lenguas. En lo que concierne a la ortografía, en general adopto el modo continental en que suenan las vocales, con algunas modificaciones. Así pues:

<i>Grafía inglesa</i>	<i>Sonido</i>
a	ah
e	a
i, ie	ee
ei	i
o	o
ü	é, éh
ü	oo

Estos sonidos destacan más al final de una sílaba; cuando van seguidos de consonante, los sonidos son casi iguales a la pronunciación usual. Así, “api”

se pronuncia *appee*, en tanto que “minta” se pronuncia *mintah*. La *ũ* corta se pronuncia como *er* en inglés, pero sin rastro alguno de la gutural. Las sílabas largas, cortas y acentuadas se marcan según el modo característico. Geográficamente las lenguas están agrupadas del oeste al este; y las que pertenecen a las mismas islas o a islas adyacentes se han mantenido juntas en la medida de lo posible.

Confieso que no soy capaz de sacar muchas conclusiones de estos vocabularios. Mi opinión es que las lenguas se han ido modificando tanto por la prolongada intercomunicación entre las islas que las semejanzas entre palabras no son prueba de afinidad entre la gente que las utiliza. Muchas de las similitudes más definidas se remontan a la onomatopeya orgánica. Éste es el caso del predominio de la *g* (fuerte), *ng*, *ni*, en palabras que significan “diente”; de la *l* y la *m* en las que significan “lengua”; de *nge*, *ung*, *sno*, en las que significan “nariz”. Otras son simplemente palabras comerciales, como *salaka* y *ringgit* (palabra malaya para dólar) para plata, y *mas* para oro. El grupo de lenguas papúas parece distinguirse por combinaciones más ásperas de letras y por palabras monosilábicas que terminan en consonante, que pocas veces o nunca se encuentran en el grupo malayo. Algunas de las tribus que son declaradamente de raza malaya, como los pueblos de Ternate, Tidore y Bacan, hablan lenguas que son definitivamente de tipo papúa; y esto, en mi opinión, es el resultado de haber inmigrado originalmente a esas islas en pequeños números y, al casarse con mujeres nativas, haber adquirido una parte considerable de su lenguaje, que posteriores oleadas migratorias de malayos se vieron obligados a aprender y a adoptar si se establecían en el país. Como en mi narración casi no he mencionado algunos de los nombres de las tribus cuyas lenguas proporciono ahora, voy a dar una lista de ellas con las notas explicativas que creo que pueden resultar útiles al etnólogo y después dejaré que los vocabularios hablen por sí solos.

LISTA DE LOS VOCABULARIOS RECOGIDOS
(Los que llevan asterisco se perdieron)

1. MALAYO. El malayo coloquial común como lo hablan en Singapur; escrito en caracteres árabigos.
2. JAVANÉS. Javanés coloquial o bajo como lo hablan en Java; escrito en caracteres nativos.
3. SASSAK.* Lo hablan los indígenas de Lombok, que son mahometanos y de raza malaya pura.

4. MACASAR.* Se habla en la zona meridional de Célebes cerca de Macasar; se escribe en caracteres nativos. Mahometanos.
5. BUGI O BUGIS.* Se habla en una gran parte de Célebes meridional; se escribe en caracteres nativos diferentes a los de Macasar. Mahometanos.
6. BUTON. Se habla en Buton, una isla grande al sur de la isla Célebes. Mahometanos.
7. SALAYER. Se habla en Salayer, una pequeña isla al sur de Célebes. Mahometanos.
8. TOMORÉ.* Lo hablan en la península oriental de Célebes y en Bacan emigrantes que se han establecido allí. Paganos. *Nota:* Los pueblos que hablan estas cinco lenguas de Célebes son de tipo malayo puro y (todos excepto el último) son iguales en civilización a los verdaderos malayos.
9. TOMOHÓN.* Aldea en la meseta de Minahasa
10. LANGOWEN.* Aldea en la meseta de Minahasa.
11. RATAHAN.* Aldea cerca de la costa sureste de Minahasa.
12. BELAN.* Aldea cerca de la costa sureste de Minahasa.
13. TANAWANKO.* En la costa occidental de Minahasa.
14. KEMA.* En la costa oriental de Minahasa.
15. BANTEK.* Se habla en un barrio de Menado.
16. MENADO. En la ciudad principal.
17. BOLANG-ITAM. Una aldea en la costa noroccidental entre Menado y Licou-pang. *Nota:* Estas nueve lenguas (9-17 de esta lista), junto con muchas otras, las hablan en la península noroccidental de Célebes los pueblos llamados al-furos, que son de raza malaya y parecen tener afinidades con los tagalas de las Filipinas a través de los isleños de Sanguir. Estas lenguas están cayendo en desuso y el malayo se está convirtiendo en el medio universal de comunicación. La mayoría de estos pueblos se han convertido al cristianismo.
18. ISLAS SANGUIR Y SIAU. Dos grupos de islas entre Célebes y las Filipinas. Sus habitantes llevan una vestimenta singular que consiste en una túnica suelta de algodón que les cuelga desde el cuello casi hasta los pies. Se parecen físicamente a la población de Menado.
19. ISLAS SALIBABO, también llamadas TALAUT. Este vocabulario me lo dictó de memoria el capitán Van der Beck (véase la p. 356).
20. ISLAS SULA. Están situadas al este de Célebes y sus habitantes parecen ser malayos del tipo moluco. Son mahometanos.
21. CAJELI. Población en la parte oriental de Buru. Son afines a los nativos de Ceram. Son mahometanos.

22. WAYAPO. Población en la parte oriental de Buru. Son afines a los nativos de Ceram.
23. MASSARATTI. Población en la parte oriental de Buru. Son afines a los nativos de Ceram.
24. AMBLAU. Isla un poco al sureste de Buru. Mahometanos.
25. TERNATE.* La isla más septentrional de las Molucas. Sus habitantes son mahometanos de raza malaya, pero algo mezclados con los indígenas de Gilolo.
26. TIDORE. La isla que está junto a las Molucas. Sus habitantes son indiferenciales de los de Ternate.
27. ISLAS CAYOA.* Un pequeño grupo al norte de Bacan.
28. BACAN.* Habitantes como los precedentes. Mahometanos y de un tipo malayo similar.
29. GANI. Aldea en la península meridional de Gilolo. Habitantes malayos-molucos. Mahometanos.
30. SAHOE.* Aldea al norte de Gilolo. Sus habitantes se llaman alfuros. Son indígenas de tipo polinesio, de tez morena pero cabello y rasgos papúas. Paganos.
31. GALELA.* Aldea al norte de Gilolo. Sus habitantes se llaman alfuros. Son indígenas de tipo polinesio, de tez morena pero cabello y rasgos papúas. Paganos.
32. LIANG. Aldea en la costa norte de Amboina. Varias otras aldeas cercanas hablan la misma lengua. Son mahometanos o cristianos y parecen mestizos de malayo y polinesio,
33. MORELLA Y MAMALLA. Aldeas al noroeste de Amboina. Sus habitantes son mahometanos.
34. BATU-MERAH. Barrio de Amboina. Habitantes mahometanos y de tipo malayo-moluco.
35. LARIKI, ASILULU, WAKASIHO. Aldeas al occidente de Amboina habitadas por mahometanos. Se dice que originalmente llegaron de Ternate.
36. SAPARUA. Isla al este de Amboina. Habitantes del tipo polinesio moreno y que hablan la misma lengua que los de la costa de Ceram, situada enfrente.
37. AWAIYA. Aldea en la costa meridional de Ceram. Habitantes indígenas del tipo polinesio ahora cristianos.
38. CAMARIAN. Aldea en la costa meridional de Ceram. Habitantes indígenas del tipo polinesio ahora cristianos.
39. TELUTI Y HOYA. Aldea en la costa meridional de Ceram. Habitantes mahometanos y mestizos de papúa moreno o polinesio y tipo malayo.
40. AHTIAGO Y TOBO. Aldea en la costa meridional de Ceram. Habitantes mahometanos y mestizos de papúa moreno o polinesio y tipo malayo.

41. AHTIAGO. Alfuros o indígenas del interior de esta población. Paganos y de tipo polinesio o papúa moreno.
42. GAH. Alfuros de Ceram oriental.
43. WAHAI. Habitantes de gran parte de la costa septentrional de Ceram. Mahometanos de raza mestiza. Hablan varios dialectos de esta lengua.
44. GORAM.* Pequeñas islas al este de Goram. Habitantes de raza mestiza y mahometanos.
45. MATABELLO. Pequeñas islas al sureste de Goram. Habitantes de tipo papúa moreno o polinesio. Paganos.
46. TEOR. Pequeña isla al sureste de Matabello. Habitantes de raza alta de papúas morenos. Paganos.
47. ISLAS KAI.* Pequeño grupo al oeste de las islas Aru. Habitantes papúas negros auténticos. Paganos.
48. ISLAS ARU.* Grupo al oeste de Nueva Guinea. Habitantes papúas auténticos. Paganos.
49. MISOO (costa). Isla al norte de Ceram. Habitantes papúas con mezcla de malayos molucos. Semicivilizados.
50. MISOO (interior). Habitantes papúas auténticos. Salvajes.
51. DOREY.* Costa norte de Nueva Guinea. Habitantes papúas auténticos. Paganos.
52. TETO.* Habitantes que parecen estar entre los auténticos papúas y los papúas morenos. Paganos.
53. VAIQUENO, TIMOR ORIENTAL.* Habitantes que parecen estar entre los auténticos papúas y los papúas morenos. Paganos.
54. BRISSI, TIMOR OCCIDENTAL.* Habitantes que parecen estar entre los auténticos papúas y los papúas morenos. Paganos.
55. SAVU*. Isla al oeste de Timor. Habitantes de raza mestiza y con mucho del tipo hindú.
56. ROTTI.* Isla al oeste de Timor. Habitantes de raza mestiza y con mucho del tipo hindú.
57. ALLOR.* Isla entre Flores y Timor. Habitantes de tipo papúa oscuro.
58. SOLOR.* Isla entre Flores y Timor. Habitantes de tipo papúa oscuro.
59. BAJAU, BAJU O GITANOS DEL MAR. Tribu nómada de pescadores de tipo malayo que se encuentra en todas las partes del archipiélago.

Nueve palabras en cincuenta y nueve lenguas del archipiélago malayo

Español	Agua	Blanco	Diente	Fuego	Grande	Lengua	Nariz	Negro	Pequeño
1. <i>Malayo</i>	Ayer	Pütih	Gigi	Api	Bösar	Lídah	Idong	Itam	Kichil
2. <i>Javanés</i>	Banyu	Pütéh	Untu	Göni	Gedé	Ilát	Irong	Iran	Chili
3. <i>Sasak (Lombok)</i>	Aie	Pütih	Gigi	Api	Ble	Ellah	Idong	Bidan	Bri
4. <i>Macasar</i>	Yéni	Kebo	Gigi	Pepi	Lompo	Lelah	Kamürong	Leling	Chadi
5. <i>Bugis Célebes</i>	Uwál	Mapöte	Isi	Api	Marája	Lila	Ingok	Malotong	Becho
6. <i>Buton</i>	Mánu	Mapöti	Nichi	Whá	Monghi	Lilah	Oánu	Amáita	Kidikidi
7. <i>Salayer</i>	Aer	Pütih	Gigi	Api	Bakéh	Lilah	Kumor	Hitam	Kedi
8. <i>Tomoré</i>	Mánu	Mopöti	Nisinto	Api	Owhosi	Elunto	Hengénto	Moito	Odidi
9. <i>Tomohón</i>	Rano	Kuloh	Baan	Api	Tuwón	Lilah	Ngerun	Römdum	Koki
10. <i>Langowan</i>	Rano	Kuloh	Ipan	Api	Wanko	Lilah	Ngilung	Wölin	Toyaan
11. <i>Ratahan</i>	Aki	Mawuroh	Isi	Pütong	Loben	Rilah	Irun	Mahitum	Iok
12. <i>Belang</i>	Tivi	Pütih	Mopon	Sölu	Musolah	Lilah	Niyun	Möhónde	Mohintek
13. <i>Tanawanko</i>	Rano	Köloh	Wáan	Api	Súla	Lilah	Ngerun	Römdum	Koki
14. <i>Kema</i>	Dorr	Pütih	Waang	Api	Súla	Dilah	Ngerun	Hirun	Koki
15. <i>Bantek</i>	Akéi	Mabida	Isy	Pütung	Ramoh	Dilrah	Idung	Maitung	Kokonio
16. <i>Menado</i>	Akéi	Mabida	Ngisi	Pütung	Raboh	Lilah	Idong	Maitung	Dodio
17. <i>Bolang-Itam</i>	Sarugo	Mopotih	Dongito	Püro	Morokaro	Dila	Djunga	Moitomo	Moisiko
18. <i>Sanguir</i>	Aki	Mawérah	Isi	Pütun	Labo	Lilah	Hirong	Maitum	Aniáu
19. <i>Salibabo</i>	Wai	Mawiralt	Püton	Bagewa		Maitu	Kadodo		
20. <i>Sula</i>	Wai	Bóti	Nihi	Api	Ea	Maki	Ne	Miti	Mahé
21. <i>Cajeli</i>	Waili	Umpoti	Nisini	Ahú	Lehai	Mahmo.	Nem	Metan	Koi
22. <i>Wayapo</i>	Wai	Boti	Nisi	Bána	Bagut	Maän	Nien	Miti	Roit
23. <i>Massaratfi</i>	Wai	Boti	Nisinin	Bána	Haat	Maanen	Nieni	Miti	Roi

Nueve palabras en cincuenta y nueve lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Agua	Blanco	Diente	Fuego	Grande	Lengua	Nariz	Negro	Pequeño
24. <i>Amblaw</i>	Wai	Purini	Nisnya-teha	Afu	Plaré	Munartea	Neinya téha	Kameichei	Bakoti
25. <i>Ternate</i>	Namo	Bobodo	Ingin	Uku	Lamu lamu	Aki	Nunu	Kokotu	Ichi ichi
26. <i>Tidore</i>	Aki	Bubulo	Ing	Uku	Lamu	Aki	Un	Kokótu	Kéni
27. <i>Cayoa</i>	Woya	Bulam	Hahlo	Lötan	Lol	Mod	Usnod	Köda	Kötu
28. <i>Bacan</i>	Paisu	Putih	Gigi	Api	Rá	Lidah	Hidom	Ngóa	Dikit
29. <i>Gani</i>	Waiyr	Wölan	Afod	Lötan	Talalólo	Imöd	Usnut	Kirkudu	Wai-waio
30. <i>Sahoe</i>	Namo	Bödo	Ngedi	Uhuh	Lamu	Yeidi	Ngünu	Kokótu	Cheka
31. <i>Galéla</i>	Aki	Daari	Ini	Uku	Elamo	Nangaládi	Ngvno	Tatataro .	Dechéki
32. <i>Liang</i>	Wehr	Pötiñ	Niki	Aów	Nila	Meka	Hiruka	Méte	Koi
33. <i>Morella</i>	Wehl	Pötiñ	Nikin	Aów	Hella	Meka	Laka	Méte	Ahuntai
34. <i>Batu-merah</i>	Weyl	Pötiñ	Nindiwa.	Aow	Enda-á	Nurnawa	Ninura	Meteni	Ana-á
35. <i>Lariki</i>	Weyl	Pötiñ	Niki	Aow	Era	Méh	Iru	Méte	Koi
36. <i>Saparua</i>	Wai	Pötiñ	Nio	Háo	Ilahil	Mé	Iri	Meteh	Ihilih
37. <i>Awaiya</i>	Wæli	Pötile	Nisi-mo	Aousa	Iláhe	Mei	Nua-mo	Meténi	Olihil
38. <i>Camarian</i>	Wæli	Pötiñ	Nikim	Hao	Eráámei	Meérn	Hili-mo	Méti	Kokanéii
39. <i>Teluti</i>	Welo	Pötiñ	Lilico	Yafo	Elau	Mecolo	Olicolo	Méte	Anan
40. <i>Altiago</i> (mahometanos)	Wai	Babut	Nifan	Yaf	Aiyuk	Melin	Ilin	Memétan	Nelak
41. <i>Altiago</i> (alfueros)	Waiin	Pötiñ	Nesnim	Wahum	Poten	Ninúm	Ilhum	Meten	Anaanin
42. <i>Gah</i>	Arr	Maphutu	Niskonina	Aif	Bobuk	Lemukonina	Sonina	Miatan	Wota wota
43. <i>Wahai</i>	Tólun	Pöteh	Lesin	Aow	Maína	Mé	Inóre	Meten	Kiti
44. <i>Goram</i>	Arr	Mehöti	Nisium	Hai	Bobok	Kelo	Suwerá	Meta metan	Tutuün

Nueve palabras en cincuenta y nueve lenguas del archipiélago malayo (finaliza)

Español	Agua	Blanco	Diente	Fuego	Grande	Lengua	Nariz	Negro	Pequeño
45. Matabello	Arr	Maphöti	Nifoa	Eli	Leleh	Tumoma	Wiramáni.	Meten	Enéna
46. Teor	Wehr	Séüp	Nifin	Yaf	Lén	Men	Gilinkani	Miten	Fek
47. Kai	Wehr	Neah	Oin	Youf	Lih	Nefan	Nirun	Metan	Kot
48. Aru	Wehr	Eren	Mulu	Ow	Jinny	Gigi	Djurul	Böré	Sie
49. Misool (costa)	Wayr	Büs	Kalilin	Lap	Sala	Aran	Shong gulu	Mülmetan	Gönam
50. Misool (interior)	Boo	Kelif	Yap	Klen	Aran	Mot mobi	Bit	Senpoh	
51. Dorey	Waar	Püper	Nasi	Yoor	Iba	Kaprendi	Snori	Paisim	Besarbamba
52. Teto	Vé	Müty	Nian	Hahi	Bot	Nañal	Inur	Metan	Lüik
53. Vaiqueno	Hoi	Möty	Nissy	Hai	Naiki	Icmal	Inu	Meta	Aná
54. Brissi	Oü	Möty	Nissin	Ai	Naaik-Bena	Man	Panan	Metan	Ana
55. Savu	Uiloko	Pödi	Ngütu	Ai	Moneái	Weo	Hewonga	Meddi	Anaiki
56. Rotti	Oée	Föla	Nissi	Hai	Matua, Malóa	Máan	Idun	Ngéo	Anoána, Loaána
57. Alíor	Wé	Böráka	Ulo	Api	Bé	Wewelli	Niru	Mité	Kaái
58. Solor	Wai	Burang	Ipa		Api	Belang	Ewel	Irung	Mitang
59. Bajau, Baju (Gitanos del Mar)	Boi	Potih	Gigi	Api	Basar	Délah	Uroh	Lawon	Didiki

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo

<i>Español</i>	<i>Acete</i>	<i>Agrio</i>	<i>Agua</i>	<i>Ala</i>	<i>Amarillo</i>	<i>Arco</i>	<i>Arroz</i>	<i>Ave</i>	<i>Ave de corral</i>	<i>Azul</i>
1. <i>Malayo</i>	Minyak	Másam	A'yer	Sayap	Kōning	Pánah	Brās	Bōrung	A'yam	Bíru
2. <i>Javanés</i>	Lōngo	A'sam	Banyu	Sewíwi	Kuning	Panah	Bras	Manok	Pitek	Biru
6. <i>Buton</i>	Mínak	Amopára	Mánu	Opáni	Mákuni	Opána	Bai	Manumanu	Mánu	Ijan
7. <i>Salayer</i>	Minyak	Kusi	Aer	Kapi	Didi	Panah	Biras	Burung	Jangan	Láo
16. <i>Menado</i>	Rana	Maresing	Akéi	Panidey	Madidihéy		Bogáséh	Mánu	Mánu	Mabidu
17. <i>Bolang-Itam</i>	Rana	Morosomo	Sarúgo	Poripikia	Morohago	Bugasa	Manoko	Mano	Morono	
18. <i>Sanguir, Sian</i>	Lana	Naloso	Aki	Tula	Ridihi	Bowáséh	Manu	Manu	Biru	
19. <i>Salibabo</i>		Wai	Maririkah	Papite	Boras	Manu urutang	Manu	Biru		
20. <i>Sula</i>	Wági	Manlil	Wai	Sóba	Kuning	Djúb	Bíra	Mánu	Mánu	Biru
21. <i>Cajeli</i>	Nielwíne	Numnino	Wáili	Ahiti	Urn póro	Panah	Hálai	Manúi	Tehúi	Biru
22. <i>Wayapo</i>	Newiyn	Dumilo	Wai	Ahit	Konin		Hála	Manúti	Téput	Biru
23. <i>Massaratti</i>	Newiny	Dumwilo	Wai	Panin	Koni	Pánat	Pála	Mánúti	Téputi	Biru
24. <i>Amblaw</i>	Nivehöi	Numliloh	Wai	Aféti	Umpotoi	Busu	Fála	Manúe	Rufúa	Biroi
26. <i>Tidore</i>	Guróho	Logi	Aki	Fila fila	Kuráchi	Jobi jobi	Bira	Namo bangow	Toko	Rúru
29. <i>Gani</i>	Nimósu	Manil	Waiyr	Nifako	Madímal	Pusi	Samasi	Manik	Manik	Biru
31. <i>Galela</i>	Gosóso	Daktopi	Aki	Gulupúpo	Decokuráti	Ngámi	Itámo	Namo	Tóko	Biru

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Acete	Agrio	Agua	Ala	Amarillo	Arco	Arroz	Ave	Ave de corral	Azul
32. <i>Liang</i>	Neerwiyn	Marino	Weyr	Aina	Poko	Husur	Allar	Tuwi	Mano	Mala
33. <i>Morella</i>	Neerliyn	Marino	Weyl	Ihóti	Poko	Husul,	Allar	Mano	Manu	Mala
34. <i>Batu-merah</i>	Wakéli	Amokinino	Weyl	Kihoá	Apoo	Apúsu	Allái	Burung	Máno	Amála
35. <i>Lariki</i>	Nimimein	Marino	Weyl	I'ho	Poko	Husur	Hála	Mano	Mano	Mála
36. <i>Saparua</i>	Warisini	Marirno	Wai	Ihol	Pocu	Husu	Hálal	Mano	Mano hena	Lala
37. <i>Awaiya</i>	Wallasini	Maalino	Wäeli	Teyhóli	Poporóle	Husúli	Hála	Mantúe	Manulúma	Meteni
38. <i>Camarian</i>	Wallisini	Maaríno	Wäeli	Ihóri	Pocu	Husúli	Hála	Mánu	Mánu	Lála
39. <i>Teluti</i>	Fofótu	Malim	Wélo	Hihóno	Poko	Osio	Fála	Manúo	Manuo	Lala
40. <i>Ahtiago y Tobo</i>	Kül	Manil	Wai	Yeón	Ununing	Bánah	Fála	Nióva	Tófi	Biru
41. <i>Ahtiago (alfuros)</i>	Félim	Kounirn	Wai-im	Uninim	Husööm	Hálim	Manuwan	Towim	Masounanini	
42. <i>Gah</i>	Gúa	Mateibi	Arr	Wákul	Kunukunu	Usulah	Faasi	Manok	Manok	Biri
43. <i>Wahai</i>	Héli	Manino	Tólun	Kaheil	Masikuni	Helu	Allan	Malok	Malok	Marah
45. <i>Matabello</i>	Gúla	Matil	Arr	Olilifi	Wuliwulan	Lóburr	Fáha	Mánok	Monok	Biru
46. <i>Teor</i>	Hip	Metiloi	Wehr	Fanik	Kúni	Fun	Paser	Manok	Manok	Biru
49. <i>Misool (costa)</i>	Majulu	Embisin	Wayr	Kufeu	Kumenis	Fean	Fás		Kakep	Melah
50. <i>Misool (interior)</i>	Menik	Pep		Fieh	Flo	Aan	Fás		Tekayap	
59. <i>Baju</i>	Mángo	Gúsuh	Boi	Kapéna	Kuning	Panah	Buas	Mano	Mano	Lawu

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Barco	Blanco	Blando	Boca	Bueno	Cabeza	Caja	Caliente	Camarón	Camino
1. <i>Malayo</i>	Praṽ	Pōtīh	Lúrnbt	Múlbt	Baik	Kapála	Púti	Pánas	Udong	Jálan
2. <i>Javanés</i>	Prau	Puté	Gárno	Sánkum	Butje	U'ndass	Krobak	Páuas	Uran	Malaku
6. <i>Buton</i>	Būnka	Mapúti	Marobá	Niānga	Marápe	Obaku	Buėti	Mopáni	Meláma	Dára
7. <i>Salayer</i>	Lopi	Puti	Lumut	Bawa	Baji	Ulu	Puti	Bumbung	Doñ	Lalan
16. <i>Menado</i>	Sakaen	Mabida	Marobo	Mohong	Sahenie	Timbónang	Mabida	Matéti	Udong	Dalren
17. <i>Balang-Itam</i>	Bolato	Mopotih	Murumpito	Ņganga	Mopia	Urie		Mopaso	Ujango	Lora
18. <i>Sanguir, Sian</i>	Sakaen ,	Mawirah	Musikomi	Mohon	Mapiah, ma holi	Tumbo	Bantali	Matúti	Udong	Dalin
19. <i>Salibabo</i>	Kasáneh	Mawirah			Mapyia					
20. <i>Sula</i>	Lótu	Boti	Maóma	Beióni	Pia	Náp	Burúa	Baháha	U'ha	Aya
21. <i>Cajeli</i>	Waä	Umpóti .	Namlomo	Nvüm	Ungano	Olum	Bueti	Poton	Ulai	Lalani
22. <i>Wayapo Bouru</i>	Wága	Bóti	Lómo	Muen	Dagósa	Uluñ fatu	Buėti	Dapóto	Uran	Tuhun
23. <i>Massaratti</i>	Wága	Bóti	Lumlóba	Naónen	Dagósa	Olun	Buėti	Dapótoni	Uran	Tóhoni
24. <i>Amblaw</i>	Waa	Purini	Maloh	Numátéa	Parei	Olimbukói	Poroso	Umpána	Ulai	Lahuléa
26. <i>Tidore</i>	Oti	Bubúlo	Bóleh	Móda	Láha	Defólo	Barúa	Sasáhu	Búrowi	Lolinga
29. <i>Gani</i>	Wög	Wulan	Ikbt	Sumut	Fiar	Poi	Barua	San	Nike	Lolan
31. <i>Galela</i>	Déru	Daári	Damúdo	Nangúru	Talóha	Nangasáhi	Barua	Dasáho	Dódi	Néko

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Barco	Blanco	Blando	Boca	Bueno	Cabeza	Caja	Caliente	Camarón	Camino
32. <i>Liang</i>	Haka	Putih	Apoka	Hihika	Ia	Uruka	Buėti	Putu	Méter	Lahan
33. <i>Morella</i>	Haka	Putih	Polo	Soōka	Ia	Uruka	Buėti	Loto	Metar	Lalan
34. <i>Batu-merah</i>	Háka	Putih	Maluta	Suara	Amaisí	Ulūra	Saūpa	Aputu	Metáli	Laláni
35. <i>Lariki</i>	Sepó	Putih	Máro	Ihi	Mai	Uru	Buėti	Pútu	Mítal	Lalan
36. <i>Saparua</i>	Tala	Putil	Maru	Nuku	Malopi	Uru	Ruōwai	Kuno	Mital	Lalano
37. <i>Awaiya</i>	Siko	Putile	Mamouni	Ihi mo	Aólo	Ulu mo	Pvēti	Maóuso	Mítali	Laláni
38. <i>Camarian</i>	Tála	Putih	Máru	So	Mái	Ulu	Buėti	Pútu	Mítali	Lalani
39. <i>Teluti</i>	Yalopei	Putih	Málu	Hihico	Fia	Oyúko	Huėti	Pútu	Mutáyo	Latina
40. <i>Ahtiago y Tobo</i>	Wáha	Babút	Mamálin	Vudin	Komúin	Yúlin	Kúnci	Bafánat	Filían	Lólan
41. <i>Ahtiago (alfuros)</i>	Waim	Putih	Mulisinín	Tafurnum	Komia	Uluakátim	Husum	Asála	Hoim	Lalim
42. <i>Gah</i>	Wína	Maphutu	Malúis	Lonina	Guphín	Luníni	Kuincha	Mofánas	Gurun	Lään
43. <i>Wahai</i>	Polútu	Puteh	Mulumu	Siuture	Ia	U lure	Kapai	Mulai	Bokoti	Olarnatan
45. <i>Matabello</i>	Sóa	Maphúti	Malúis	Ilida	Fia	Aluda	Udiss	Ahúan	Gúrun	Laran
46. <i>Teor</i>	Hól	Sélup	Máfon	Huin	Phien	Ulin	Fud	Horip	Gurun	Lagain
49. <i>Misool (costa)</i>	Owé	Bus	Umblo	Gulan	Fei	Kahutu	Bus	Benis	Kasána	Lelin
50. <i>Misool (interior)</i>	Owáwi	Boo	Rum	Mot po	Ti	Mullud	Boo	Pelah	Kasana	Má
59. <i>Baju</i>	Bido	Potih	Lúmah	Boah	Alla	Tikolo	Puti	Panas	Dóah	Lalan

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Cara	Carne	Casa	Cenizas	Cera	Cerdo	Ciervo	Coco	Cuchillo	Cuerpo
1. <i>Malayo</i>	Mōka	Dáging	Rúmah	Hábō	Lilin	Bábi	Rōsa	Klāpa	Písau	Bádan
2. <i>Javanés</i>	Ral	Dáging	Umah	A'vu	Lilin	Chilong	Rusa	Krambil	Lading	Awah
6. <i>Buton</i>	Célebes del sur	Oroku	Bánna	Orápu	Taru	Abáwhu	Orusa	Kalimbúngo	Pisau	Karóko
7. <i>Salayer</i>		Rupa	Sapu	Umbo	Pantis	Babi	Rusa	Nyóroh	Pisau	Kaleh
16. <i>Menado</i>	Célebes del norte	Duhn	Balry	Abō	Tadu	Bahi	Rusa	Bángoh	Pahegy	Dokoku, aoh
17. <i>Balang-Itam</i>		Paio	Bore	Awu	Tajo	Rioko	Rusa	Bongo	Piso	Botanga
18. <i>Sanguir, Sian</i>		Gáti	Bali	Henáni	Lilin	Bawi	Rusa	Bángu	Pisau	Badan
19. <i>Salibabo</i>			Bareh			Bawi	Nyu	Lari		
20. <i>Sula</i>		Lúgi	U'ma	Aftúha	Tócha	Fati	Munjangan	Núi	Kóbi	Kóli
21. <i>Cajeli</i>	Buru	Uhamo	Lúma	Aptai	Lilin	Babúe	Mōnjangan	Niwi	Iliti	Batum
22. <i>Wayapo</i>		Pupan	Húma	Aptai	Fafu	Mōnjangan	Niwi	Irit	Fatan	
23. <i>Massaratti</i>		Pupan lalin	Húma	Ogotín	Fafú	Mōnjangan	Niwi	Katánan	Fatanin	
24. <i>Amblaw</i>		Ufnati lareni	Lúmah	Lávu	Lilin	Bawu	Munjaráni	Niwi	Kamarasi	Nanau
26. <i>Tidore</i>		Gái	Fola	Fika	Tócha	Sóho	Munjangan	Igo	Dari	Róhi
29. <i>Gani</i>	Gilolo	Gonaga	U'm	Tapin	Tócha	Boh	Munjangan	Niwiitwan	Kobit	Badan
31. <i>Galela</i>		Nangabío	Nangaláki	Kapok	Tócha	Titi	Munjangan	Igo	Díha	Nangaróhi

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Cara	Carne	Casa	Cenizas	Cera	Cerdo	Ciervo	Coco	Cuchillo	Cuerpo
32. <i>Liang</i>	Hihika	Isi	Rumah	Awmáti	Kina	Hahow	Munjangan	Nier	Seé	Nanáka
33. <i>Morella</i>	Uwaka	Isi	Lumah	Armatei	Lilin	Hahu	Munjangan	Niwil	Seéti	Dada
34. <i>Batu-merah</i>	Amboina Uwaro	Isíva	Lumá	Howaluxi		Hahu	Munjangan	Niwéli	Opiso	Anáro
35. <i>Lariki</i>	U'wa	Isi	Rumah	Aow matei	Lilin	Hahu	Munjangan	Nimil	Séi	Anána
36. <i>Saparua</i>	Wáni	Isini	Rumah	Hamatanyo	Riruah	Hahul	Rusa	Muóllo	Seit	Inawallah
37. <i>Awáiya</i>	Wámu mo	Waoúti	Lóuma	Ahwotoí,	Lilin	Háhu	Maiyáni	Liwéli	Amasáli	Sanawála
38. <i>Camarian</i>	Wamo	Luma	Hao matei	Lilin	Hāwhúa	Maiyánani	Niwéli	Seiti	Patani	
39. <i>Teluti</i>	Facólo	Isicolo	Uma	Yafow matán	Ninio	Hahu	Meisakano	Nuélo	Seito	Hatáko
40. <i>Ahtiago y Tobo</i>	U'fan	Isin	Umah	Laftain	Lilin	Wār	Rúsa	Núa	Tuána	Whátan
41. <i>Ahtiago (alfures)</i>	Uhúnam	Isnum	Feión	Laf teinim	Fafuim	Tusim	Nuim	Macousim	Nufánim	
42. <i>Gah</i>	Funonína	Sesiún	Lúme	Aif tai	Lilin	Bóia	Rusa	Niöla	Tuka	Rísi
43. <i>Walai</i>	Matalalin	Héla	Luman	Tókar	Lilin	Hahu	Mairáran	Láten .	Tuluangan	Hatare
45. <i>Matabello</i>	Omomaniá	Ahí	Orúma	Aow lómi	Lilin	Boör	Rúsa	Dar	Mirass	Watan
46. <i>Teor</i>	Matinóin	Henin	Sarin	Yaf leit		Faf	Rusa	Nör	Isowa	Telimin
49. <i>Misool (costa)</i>	Tunah	Wamut	Kom	Gelap	Telilin	Boh	Mengangan	Nea	Cheni	Badan
50. <i>Misool (interior)</i>	Mutino	Mot nut	Dé	Geni		Boh	Menjangan	Nen	Yeaóí	Padan
59. <i>Baju</i>	Rúa	Isi	Rumah	Habu		Góh	Paíow	Salóka	Pisau	Badan

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

<i>Español</i>	<i>Dedo</i>	<i>Día</i>	<i>Diente</i>	<i>Dulce</i>	<i>Duro</i>	<i>Esposa</i>	<i>Esposo</i>	<i>Estrella</i>	<i>Flor</i>	<i>Frío</i>
1. <i>Malayo</i>	Jári	Ari (Siang)	Gigi	Mánis	Kras	Bini	Láki	Bintang	Bunga	Dingin, tijok
2. <i>Javanés</i>	Jári	Aivan	U'ntu	Lögi	Kras	Sen wedo	Bedjo	Lintang	Kembang	Adam
6. <i>Buton</i>	Saranga	Héo	Nichi	Maméko	Tobo	Orakenana	Kalipopo	Obunga	Magári	
7. <i>Salayer</i>	Karaami	Allo	Gigi	Tuni	Teras	Balni	Burani	Bintang	Bunga	Dingin
16. <i>Menado</i>	Talrimido	Roü	Ngisi	Manisy	Maketihy	Gagijan	Gagijannee	Bitüy	Burány	Madadun
17. <i>Bolang-Itam</i>	Sagowari	Unuveno	Dongito	Mogingo	Murugoso	Wure	Taroraki	Matitie	Wringonea	Motimpia
18. <i>Sanguir, Sian</i>	Limado	Rókadi	Isi	Mawangi	Maküti	Sawa	Kapopungi	Bitúin	Lelun	Matuno
19. <i>Salibabo</i>				Babineh	Essah	Kanumpitah				
20. <i>Sula</i>	Kokowana	Dawíka	Níhi	Mina	Kadiga	Nifáta	Túa	Fatúi	Saia	Bagóa
21. <i>Cajéli</i>	Limam kokon	Gáwak	Nisim	Emminei	Namkana	Sówom	Umlanei	Tölin	Mnúrü	Numniri
22. <i>Wayapo</i>	Wangan	Dówa	Nisi	Dumina	Lumé	Gefina	Mori	Tölu	Tatan	Damóti
23. <i>Massaratti</i>	Wangan	Liar	Nisinen	Durianaa	Digiwi	Finha	Gebhá	Tólóti	Kao tutun	Dabridi
24. <i>Amblaw</i>	Lemnati kokoli	Laei	Nisnyatéa	Mina	Unkiweh	Elwinyo	Emanow	Maralai	Kakali	Komorti
26. <i>Tidore</i>	Gia marága	Wellusita	Ing	Mámi	Futúro	Foyá	Nau	Ngóma	Hatimoóto siya Góga	
29. <i>Gani</i>	Odeso	Balanto	Afod	Gamis	Maséti	Mapín	Mondemapin	Betól	Bunga	Makufin
31. <i>Galéla</i>	Rarága	Taginita	Ini	Damúti	Daputúro	Mapidéka	Maróka	Ngóma	Mabúnga	Damála

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

<i>Español</i>	<i>Dedo</i>	<i>Día</i>	<i>Diente</i>	<i>Dulce</i>	<i>Duro</i>	<i>Esposa</i>	<i>Esposo</i>	<i>Estrella</i>	<i>Flor</i>	<i>Frío</i>
32. <i>Liang</i>	Rimaka hatu	Kikir	Niki	Masasu	Makána	Mahina	Mahinatima malona Marin	Powta	Periki	
33. <i>Morella</i>	Limaka hatui	Alowata	Nikin	Masusu	Makana	Mahina	Amolono	Marin	Powti	Periki
34. <i>Batu-merah</i>	Limawa kukualima	Watiéla	Nindiwa	Kaséli.	Amakana	Mahinai	Mundai	Alanmatána	Kahuka	Muti
35. <i>Lariki</i>	Lima hatu	Aoaóa	Niki	Masúma	Makána	Mahina	Malona	Mari	Kupang	Periki
36. <i>Suparua</i>	Utún	Kai	Nio	Mosuma	Makanah	Pipina	Manowa	Mareh	Kupar	Puriki
37. <i>Awaiya</i>	Saäti	Apaláwe	Nisi mo	Emási	Uru	Mumahéna Manowai	Oóna	Lahówy	Pepéta	
38. <i>Camarian</i>	Tarüni		Nikim	Masóma	Makána	Nimahína	Malóna	Umáli	Kupáni	Maríki
39. <i>Teluti</i>	Limaco humilo	Kila	Lilico	Sunsuma	Unté	Nihina	Ihina manowa	Meléno	Tifin	Plikekéko
40. <i>Ahtiago y Tobo</i>	Uin	Matalima	Nifan	Merasan	Kakówan	Invína	Imyóna	Töi	Futin	Bäidik
41. <i>Ahtiago (alfueros)</i>	Tai-imara likéluni	Pliia	Nesnim	Mocolá	Ifnéinin	Ifnéinin sawanim	Kohim	Eiheitnum Makáríki		
42. <i>Gah</i>	Numonin tutulo	Malal	Nisikonina	Masárat	Kaforat	Bina	Bulana	Tilassa	Fuis	Life
43. <i>Wahai</i>	Kukur	Kaseiella	Lesin	Moléli	Mukola .	Pinan	Pulahan	Teën	Loen	Mariri
45. <i>Matabello</i>	Taga tagan	Larnumwás	Nifóa	Mateltelátan	Máitan	Ahéwá	Helameranna	Tóin	Ai woi	Aridin
46. <i>Teor</i>	Limín tagin	Liléw	Nifin	Mínek .	Keherr	Wewina	Wehoin	Tokun	Pus	Giridin
49. <i>Misool (costa)</i>	Kanin ko	Seasan	Kalifin	Krismis	Umtoo	Pin	Man	Toen	Gáp heu	Kablují
50. <i>Misool (interior)</i>	Kanin ko	Kluh	Kelif	Mis	Nel	Ji yu	Mo man	Náh	Ioh	Pátoh
59. <i>Baju</i>	Erike	Lau	Gigi	Manis	Kras	Lako	Ndáko	Kúliginta	Bunga	Jérnih

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Fruta	Fuego	Gato	Grande	Hacha	Hierro	Hoja	Hombre	Horniga	Hueso
1. <i>Malayo</i>	Búa	A'pi	Köching	Bösar	Párang	Busi	Dañ	Orang láklaki	Sümüt	Túlang
2. <i>Javanés</i>	Wowóan	Gúni	Kuehing	Gedé	Parang	Wusi	Godong	Wong lanan	Sümüt	Bálong
6. <i>Buton</i>	Bakena	Whá	Ombutá	Moughí	Kapuru	Asé	Tawána	Omani	Oséa	Obúku
7. <i>Salayer</i>	Bua	Api	Miaó	Bákeh	Berang	Busi	Taha	Tau	Kalihara	Boko
16. <i>Menado</i>	Bua	Pötung	Tusa	Raboh	Kompilang	Wasey	Daun	Taurnata esen	Singeh	Duhy
17. <i>Balang-Itam</i>	Bunganea	Puro	Ngeäü	Morokaro	Boroko	Oäse	Lungianeá	Roraki	Tohomo	Tula
18. <i>Sanguir, Sian</i>	Buani	Putún	Miau	Labo	Pedah	Wasi	Decaluni	Manesh	Kíaso	Buko
19. <i>Salibabo</i>	Buwah	Puton	Miau	Bagewa	Galéleh		Tomatá			
20. <i>Sula</i>	Kao fua	Api	Näo	Eá	Péda	Müm	Kao hósá	Maona	Kokoi	Hoi
21. <i>Cajeli</i>	Bñan	Ahū	Sika	Léhai	Tolie	Awin	Atétun	Umlanai	Mosisin	Lolimo
22. <i>Wayapo</i>	Filan	Bána	Sika	Bágut	Tódo	Kawil	Kroman	Gemana	Fosisin	Rohin
23. <i>Massaratti</i>	Fñan	Bána	Mäo	Haat	Katüen	Momul	Kóman	Anamhána	Misisin	Rohin
24. <i>Amblaw</i>	Buani	Afu	Mau	Plaré	Laiey	Awí	Lai obawai	Remau	Kakai	Koknatéa
26. <i>Tidore</i>	Hatimoóro sopho	U'ku	Tusa	Lámu	Péda	Búsi	Hatimoóro merow	Nonán	Bifi	Yóbo
29. <i>Gani</i>	Sapu	Lútan	Tusa	Talalólo	Barakas	Busi	Nilonko	Mon	Laim	Momud
31. <i>Galala</i>	Masópo	Uku	Bóki	Elámo	Táito	Dodiódo	Misóka	Anów	Golúdo	Kovo

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Fruta	Fuego	Gato	Grande	Hacha	Hierro	Hoja	Hombre	Hormiga	Hueso
32. <i>Liang</i>	Húa	Aow	Túsa	Nila	Lobo	Taä	Ailow	Malona	Umu	Ruri
33. <i>Morella</i>	Hua	Aow	Sie	Hella	Lopho	Ta	Ailow	Malono	Oön	Luli
34. <i>Batu-merah</i>	Aihuána	Aow	Temai	Enda-a	Ikúti	Saëi	Aitëti	Mundai	Manisiá	Lulivá
35. <i>Lariki</i>	Ai hua	Aow	Sia	Ira.	Lopo	Mamūr	Ai rawi	Malona .	Aten	Ruri
36. <i>Saparua</i>	Hwányo	Hao	Siah	Ilahil	Lopo	Mamōlo	Laun	Tumata	Sumakow	Riri
37. <i>Awaiya</i>	Huváiy	Aotúsa	Maōw	Iláhe	Aáti	Mamóle	Laini	Tumata	Tumúe	Lila
38. <i>Camarian</i>	Huwái	Ha©	Sia	Eraámei	Lopo	Mamóle	Airówi	Tumata	Simukáo	Nili
39. <i>Teluti</i>	Huan	Yáfo	Sia	Elau	Lopo	Momollo	Daun	Manusia	Phóino	Toicólo
40. <i>Ahtiago y Tobo</i>	Vian	Yáf	Sikar	Aiyuk	Béda	Momün	Lan	Muána	Fóin	Lúin
41. <i>Ahtiago (alfuros)</i>	Eifuanurn	Wáham	Láfim	Poten	Tafim	Momolin	Eilünim	Muruleinum	Löim	
42. <i>Gah</i>	Woya	Aif	Shika	Bobuk	Péde	Momúmi	Lino	Beláne	Niéfer	Lului
43. <i>Walhai</i>	Huan	Aow	Sika	Máina	Tulumaina	Héta	Totun	Ala híeiti	Isalema	Luni
45. <i>Matabello</i>	Woi imotta	Efi	Odára	Leléh	Béda	Momúmo	Arehin	Marananna	Otúma	Lúru
46. <i>Teor</i>	Phuin	Yaf	Sika	Lén	Funén	Momúm	Chafen	Meránna	Singa singat	Urut
49. <i>Misool (costa)</i>	Gapeah	Lap	Mar	Sala	Keio	Seti	Kaluin	Motu	Kamili	Kaboom
50. <i>Misool (interior)</i>	I'po	Yap	Miau	Klen	Yeu	Leti	Idun	Mot	Kumlih	Mot bom
59. <i>Baju</i>	Bua	Api	Miau	Basar	Bádi	Bisi	Daun	Lélah	Sumut	Bákas

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Huevo	Humo	Ir	Isla	Lanza	Lengua	Luna	Lluvia	Madera	Madre
1. <i>Malayo</i>	Tùlor	Àsap	Pürgi	Pùlo	Tòmbak	Lidiah	Bòlan	Hùjan	Káyù	Ma
2. <i>Javanés</i>	U'ndok	Kukos	Lungo	Pulo	Tombak	l'lat	Wulan	Hudan	Kayu	Mbo
6. <i>Buton</i>	Ontólo	Ombu	Lipano	Liwúto	Pandáno	Lilah	Búla	Wáó	Okao	Inaná
7. <i>Salayer</i>	Tanar	Minta	Lampa	Pulo	Poki	Lilah	Bulan	Bosi	Kaju	Undo
16. <i>Menado</i>	Natu	Püpösy	Máko	Mapuroh	Budiak	Lilah	Bulrang	Tahíty	Kalun	Inany
17. <i>Balang-litam</i>	Natu	Obora	Korunu	Riwuto		Dila	Wura	Oha	Kayu	Leyto
18. <i>Sanguir, Sian</i>	Tuloi	Dako	Toadi	Malehan	Lilah	Buran	Tahiti	Kalu	Intungi	
19. <i>Salibabo</i>	Ma puréteh Taranusa									
20. <i>Sula</i>	Metélo	Apfé	Láka	Pási	Pedwihi	Máki	Fasina	Húya	Kaô	Nieía
21. <i>Cajeli</i>	Telon	Melún	Oweho	Núsa	Tombak	Mahmo	Bòlani	U'lani	Aow	Inámo
22. <i>Wayapo</i>	Télo	Fénen	Iko	Núsa	Néro	Maan	Fhulan	Dekat	Kaó	Neína
23. <i>Massaratti</i>	Telo	Fenen	Wiko	Nusa	Nero	Maanen	Fhulan	Dekati	Kaó	Neína
24. <i>Amblaw</i>	Rehöi	Mipéli	Buoh	Nusa	Tuwáki	Munartéa	Bular	Ulah	Ow	Ina
26. <i>Tidore</i>	Gósi	Munyépho	Tagi	Gurumongópho	Sagu-sagu	Aki	O'ra	Béssar	Lúto	Yaiya
29. <i>Gani</i>	Toli	Iáso	Tahn	Wáf	Sagu-sagu	Imód	Pai	Ulan	Gagi	Mamo
31. <i>Galala</i>	Magosi	Odópo	Notági	Gurongópa	Tombak	Nangaládi	O'sa	Húra	Góta	Maówa

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Huevo	Humo	Ir	Isla	Lanza	Lengua	Luna	Lluvia	Madera	Madre
32. <i>Liang</i>	Muntiro	Kunu	Oi	Nusa	Taha	Meka	Hulanita	Hulan	Ayer	Ina
33. <i>Morella</i>	Mantirhui	Aowaht	Oi	Nusa	Tupa	Méka	Hoolan	Hulan	Ai	Inaö
34. <i>Batu-merah</i>	Munteloá	Asaha	Awái	Nusa	Sapolo	Numáwa	Huláni	Huláni	Ai	Inao
35. <i>Lariki</i>	Momatiro	Aow pöt	Oi	Nusa	Topar	Méh	Haran	Haran	Ai	Ina
36. <i>Saparua</i>	Tero	Poho	Ai	Nusa	Kalēi	Me	Phulan	Tiah	Ai	Ina
37. <i>Awaiya</i>	Telüli	Wellí	Aeó	Misa	Soláni	Méi	Phuláni	Uláne	Ai	Ina
38. <i>Camarian</i>	Terúni	Poöti	Azo	Nusa	Sanoko	Meëm	Wuláni	Uláni	Ai	Ina
39. <i>Teluti</i>	Tin	Yafoin	Itai	Nusa	Tupa	Mecólo	Hiano	Gia	Lyeii	Inaü
40. <i>Ahtiago y Tobo</i>	Tólin	Numi	Ako	Tübil	Tüba	Mélin	Phulan	U'lan	A'i	Aina
41. <i>Ahtiago (alfures)</i>	Tolnim	Waham rapoi	Teták	Tuplim	Leis-ánun	Ninum	Melim	Roim	Ai-im	Inái
42. <i>Gah</i>	Tolor	Kobun	Ketángo	Tubr	Oika	Lemukoni-na	Wuan	U'an	Kaya	Nina
43. <i>Wahai</i>	Latun	Honin	Aou	Lusan	Tite	Me	Hulan	Ulan	Ai	Ina
45. <i>Matabello</i>	Atulú	Ef ubun	Fanów	Tobör	Galla galla	Tumomá	Wulan	Udáma	A'i	Nína
46. <i>Teor</i>	Telli	Yaf mein	Takek	Lowánik	Gala gala	Mén	Phulan	Hurani	Kai	I'na
49. <i>Misool (costa)</i>	Tolo	Las	Jog	Yef	Chei	Aran	Pet	Golim	Gáh	Nin
50. <i>Misool (interior)</i>	Tolo	Yap hoi	Bo	Ef	Dei	Aran	Náh	Golim	Ei	Nin
59. <i>Baju</i>	Untello	Umbo	Moleh	Pulow	Wijah	Délah	Bulan	Huran	Kayu	Máko

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Malo	Mano	Mar	Mariposa	Miel	Mono	Mosca	Mosquito	Mujer	Nariz
1. <i>Malayo</i>	Jáhat	Tángan	Laut	Küpöküpü	Mádu	Múnyeet	Lálah	Nyámok	Purumpuan	Idong
2. <i>Javanés</i>	Olo	Tángan	Segóro	Küpu	Mádu	Budéss	Lálah	Nyámok	Wong wedo	Irong
6. <i>Buton</i>	Madúki	Olima	Andal	Kumberá	Ogora	Róke	Oráli	Burótok	Bawine	Oánu
7. <i>Salayer</i>	Seki	Lima	Laut	Kolikoti	Ngongnou	Dáre	Katinali	Kasisili	Baini	Kumor
16. <i>Menado</i>	Dalruy	Rilma	Sási	Karinboto	Madu	Bohen	Ralngoh	Tenie	Tauratababiney Hidong	
17. <i>Balang-Itam</i>	Moiatu	Rima	Borango	Wieto	Teoka	Kurango	Rango	Kongito	Bibo	Jjunga
18. <i>Sanguir, Sian</i>	Lai	Lima	Laudi	Kalibumbong		Babah	Lango	Túni	Mahoweni	Hirong
19. <i>Salibabo</i>	Reoh	Tagaroang				Babinch				
20. <i>Sula</i>	Busár	Lima	Mahi	Maápa		Mía	Kafini	Samábu	Fina	Né
21. <i>Cajeli</i>	Nakté	Limámo	Olat	Lahen	Madu	Kessi	Bena	Suti	Umbinei	Nem
22. <i>Wayapo</i>	Dabóho	Fahan	Olat	Lahei		Kess	Féna	Múmun	Gefineh	Nien
23. <i>Massaratti</i>	Dabóho	Fahan	Masi	Tapalápat		Féna	Seúgeti	Fíneh	Nieni	
24. <i>Amblaw</i>	Behei	Lemnattia	Lanti	Koláfi	Násu	Kess	Béna	Sphúre	Remau elwinyo	Néinya téha
26. <i>Tidore</i>	Jira	Gia	Nólo	Kopa kopa	Mía	Gúphu	Sisi	Fofoyá	Un	
29. <i>Gani</i>	Lekat	Komud	Wólat	Kalibobo	Nok	Búbal	Nini	Mapin	Usnut	
31. <i>Galela</i>	Atoró	Gia	Teow	Mimálitki	Mangópa	Mía	Gúpu	Gumóna	Opedéka	Ngúno

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Malo	Mano	Mar	Mariposa	Miel	Mono	Mosca	Mosquito	Mujer	Nariz
32. <i>Liang</i>	Abia	Rimak	Mit	Kakópi	Niri	Sia	Lari	Séne	Mahina	Hirúka
33. <i>Morella</i>	Abia	Limaka	Met	Pepeul	Keret	Aruka	Lali	Sisil	Mahina	Iúka
34. <i>Batu-merah</i>	Akahia	Limáwa	Lauti	Kupo kupo	Késs	Henai	Sisili	Mainai	Ninúra	
35. <i>Lariki</i>	Abia	Lima	Lautan	Lowar lowar	Miropenah	Rúa	Pénah	Sün	Mahina	I'ru
36. <i>Saparua</i>	Abia	Rimah	Sawah	Kokohan	Madu	Rua	Upenah	Sonot	Pipina	Iri
37. <i>Awaiya</i>	Abia	A'la	Lauhaha	Koröli	Helimah	Kesi	Pepénah	Manisie.	Mahina	Nua mo
38. <i>Camarian</i>	Ahié	L'imamo	Lauhaha		Násu	Kesi	Upéna	Senóto	Mahina	Hilimo
39. <i>Teluti</i>	Abia	Limacolo	Towein	Tutupúno	Penaün	Lúka	Upéna	Sumóto	Ihina	Olicolo
40. <i>Ahtiago y Tobo Ceram</i>	A'vet	Niman	Tási	Bubúmaí	Músa	Lókar	Lákar	Minis	Vina	I'lin
41. <i>Ahtiago (alfuros)</i>	Kafetáia	Tai-imara	Taisin		Lukas	Meiram	Phenem	Manis	Ifnéinin	I'lnum
42. <i>Gah</i>	Nungalótuk	Numoniña	Tasok	Kowa kowa	Nasu musun	Lék Langar	Umiss	Binei	Sonina	
43. <i>Wahai</i>	Ahátí	Mimare	Laut	Kohátí	Kinsumi	Yakiss	Mumun	U'muti	Pina hieti	Inore
45. <i>Matabello</i>	Ráhat	Dumada lomia	Táhi	Obaoba	Limlimur	Léhi	Wéger	U'muss.	Felelára	Werámani
46. <i>Teor</i>	Yat	Limin	Hoak	Kokop	Lek	Omiss	Rophun	Mewina	Galinkani	
49. <i>Misool (costa)</i>	Lek	Kanin	Sol	Kalabubun	Fool	Kamumus	Pin	Shong gulu		
50. <i>Misool (interior)</i>	Leak	Mot mor	Belot		Fool	Kelang	Owei	Mot yu	Mot mobi	
59. <i>Baju</i>	Ráhat	Tangan	Medilaut	Titúe	Mondo	Langow	Sisil	Dindah	Uroh	

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Negro	Niño	Noche	Ojo	Oreja	Oro	Padre	Pelo	Pequeño	Perro
1. <i>Malayo</i>	Itam	Añak	Málam	Máta	Telinga	Más	Bápa	Rámbut	Kichil	A'ujing
2. <i>Javanés</i>	Iran	Anak	Bungi	Móto	Küping	Mas	Baba	Rambut	Chili	Asu
6. <i>Buton</i>	Amaita del sur	Oánana	Moromó	Máta	Talinga	Huláwa	Amana	Bulwa	Kidikídi	Muntóa
7. <i>Salayer</i>		Anak	Bungi	Mata	Toli	Bulain	Ama	Uhu	Kédi	Asu
16. <i>Menado</i>	Maitung del norte	Dodio	Máhri	Mata	Túri	Bolraong	Jama	Uta	Dodio	Kapuna
17. <i>Balang-Itam</i>		Anako	Gubie	Mata	Boronga	Bora	Kiamat	Woóko	Moisiko	Ungu
18. <i>Sanguir, Sian</i>	Maitun	Anak	Hubbi	Mata	Toli	Mas	Yaman	Utan	Aniou	Kapúna
19. <i>Salibabo</i>	Ma-itu	Pigi-nench				Bulawang			Kadodo	Assu
20. <i>Sula</i>	Miti	Ninána	Bohúwi	Háma	Telinga	Famaká	Nibaba	Oga	Mahe	Asu
21. <i>Cajeli</i>	Métan	Añai	Petū	Lamūmo	Telilan	Blawan	Añam	Buloni	Köi	Aso
22. <i>Wayapo</i>	Miti	Nánat	Béto	Raman	Telingan	Balówan	Náma	Folo	Roit	Asu
23. <i>Massaratti</i>	Miti	Naánati	Béto ‘	Ramani	Linganani	Hawan	Náama	Olofólo	Roi	Asu
24. <i>Amblaw</i>	Kame tchei	Emlúmo	Pirue	Lumatibukói	Herenatia	Bulówa	Amao	Olnáti	Bakoti	Asu
26. <i>Tidore</i>	Kokótu	Ngófa	Sophúto	Lau	Ngan	Guráchi	Baba	Hútu	Kéni	Káso
29. <i>Gani</i>	Kitikúdu	Untúna	Becórno	Umtowt	Tingét	Omas	Bápa	Iklet	Waiwáio	Iyór
31. <i>Galala</i>	Tatatáro	Mangópa	Daputo	Láko	Nangów	Gurachi	Nambába	Hútu	Dechéki	Gáso

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Negro	Niño	Noche	Ojo	Oreja	Oro	Padre	Pelo	Pequeño	Perro
32. <i>Liang</i>	Méte	Niana	Hatoru	Máta	Terina	Halowan	Ama	Kaiola	Koi	Asu
33. <i>Morella</i>	Méte	Wana	Hatolu	Mata	Telina	Halowan	A'ma	Keitile	Ahúntai	Asu
34. <i>Batu-merah</i>	Meténi	Opaliána	Hulaniti	Matava	Telinawa	Halowani	Kopapa	Huá	Aná-á	Asu
35. <i>Lariki</i>	Méte	Wári	Halometi	Mata	Terina	Halowan	Ama	Keo	Koi	Asu
36. <i>Saparua</i>	Meteh	Anahei	Potu	Mata	Teréna	Halowan	Ama	Uwóhoh	Ihñhil	Asu
37. <i>Awaiya</i>	Meténi	Wána	Müte	Mata mo	Terina mo	Halowáni	Ama	Uwolefha mo	Olñhil	Asu
38. <i>Camarian</i>	Méti	Ana	Améti	Máta	Terinam	Halowani	Ama	Keóri	Kokaneñi	Asúa
39. <i>Teluti</i>	Méte	Anan	Humoloi	Matacolo	Tinacóno	Hulawano	Amacolo	Keulo	Anan	Wasu
40. <i>Ahtiago y Tobo</i>	Memétan	Inianak	Matabüt	Mátan	Likan	Masa	láman	Ulvú	Nélak	Yás
41. <i>Ahtiago (alfueros)</i>	Meten	Anavim	Potöñ	Mátara	Telikeinlüm	Masen	Amái	Uluñüm	Anaanin	Nawang
42. <i>Gah</i>	Miatan	Dúia	Garagaran	Matanina	Tanomulino	Mas	Mama	Uka	Wota wota	Kafúni
43. <i>Wahai</i>	Meten	A'la	Manemi	Mata	Teninare	Hulaän	Ama	Húe	Kiiti	Asu
45. <i>Matabello</i>	Meten	Enéna	Olawa'ha	Matáda	Tilgár	Mása	Ieí	U'a	Enena	Afúna
46. <i>Teor</i>	Miten	Anik	Pogaragara	Matin	Karin	Mas	A'ma	Wuláfün	Fek	How
49. <i>Misool (costa)</i>	Mulmetan	Kachun	Maléh	Tün	Tenaan	Plehan	Mám	Peleah	Gunam	Yes
50. <i>Misool (interior)</i>	Bit	Wai	Mau	Mut morobu	Mot na	Phean	Mám	Mutlen	Senpoh	Yem
59. <i>Baju</i>	Lawön	Anáko	Sangan	Mata	Telinga	Mas	Uáh	Buli tokolo	Didiki	Asu

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Pescado	Peste	Petate	Pie	Piel	Piojo	Plata	Plátano	Pluma	Puerta
1. <i>Malayo</i>	Ikan	Tieng	Tikar	Káki	Kúlit	Kütö	Pérak	Písang	Böla	Pintu
2. <i>Javanés</i>	Iwa	Soko	Klosso	Sikil	Kölit	Kütu	Perak	Gudang	Wölu	Lawang
6. <i>Buton</i>	Ikáni Célebes del sur	Otúko	Kiwaru	Oei	Okulit.	Okútu	Riáli	Olóka	Owhú	Obámba
7. <i>Salayer</i>		Palayaran	Tupur	Bunkin	Balulan	Kutu	Salaka	Loka	Bulu	Pintu
16. <i>Menado</i>	Maranigan Célebes del norte	Dihí	Sapie	Raédai	Pisy	Kutu	Salraka	Lénsa	Mombulru	Raroangen
17. <i>Balang-Iram</i>		Panterno	Boraru	Teoro	Kurito	Kutu	Ringit	Pagie	Burato	Pintu
18. <i>Sanguir, Sian</i>	Kína	Dihí	Sapieh	Laidi	Pisi	Kutú	Perak	Busa	Dokoí	Pintu
19. <i>Salibabo</i>	Inásah	Pari-arang	Blátah		Timokah	Salaba				
20. <i>Sula</i>	Kéna	H'ii	Saváta	Yiéi	Koli	Kóta	Salaka	Fía	Nifóa	Yamáta
21. <i>Cojeli</i>	Iáni	Ateoni	Apine	Bitim	Usum	Olta	Siláka	Umpúlué	Bolon	Lilolono
22. <i>Wayapo</i>	Ikan	Katehan	A'tin	Kadan	Usam	Kóto	Siláka	Fiat	Fulun	Káren
23. <i>Massaratfi</i>	Ikan	Katéheni	Kátini	Fitinen	Okonen	Koto	Silaka	Fúati	Folun	Henólóni
24. <i>Amblaw</i>	Ikiani	Hampowne	Arimi	Beernyáti atani	Tinyau	Uru	Siláka	Biyeh	Boloi	Sowéni
26. <i>Tidore</i>	Nyan	Ngasu	Junúito	Yóhu	A'hi	Túma	Saláka	Koi	Gógo	Móra
29. <i>Gani</i>	Ian	Li	Kalása	Wed	Kakutu	Kútu	Salaka	Lókka	Lonko	Nára
31. <i>Galala</i>	Náu	Golingáso	Jungúto	Nandóhu	Makáhi	Gáni	Salaka	Bóle	Ló	Ngóra

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Pescado	Peste	Petate	Pie	Piel	Piojo	Plata	Plátano	Pluma	Puerta
32. <i>Liang</i>	Iyan	Riri	Päi	Aika	Urita	Utu	Pisiputi	Kula	Huru	Metenüre
33. <i>Morella</i>	Iyan	Lili	Hilil	Aika	Ulitri	Utu	Salaka	Kula	Manuhru	Metenulu
34. <i>Batu-merah</i>	Iáni	Lili	Towai	Aiva	Asáva	Utu	Salaka	Iáni	Hulúni	Lamáta
35. <i>Lariki</i>	Ian	Leilein	Paíl	Ai	U'sa	Kutu	Salaka	Kóra	Manhúru	Metöuru
36. <i>Saparua</i>	Ian	Riri	Pai	Ai	Kutai	Utu	Salaka	Kúla	Huruni	Metoro
37. <i>Awaiya</i>	Iáni	Lili	Kailii	Ai	Lelutini	U'tu	Salaka	Würi	Hulúe	Aleáni
38. <i>Carnarian</i>	Iáni	Lili	Paílí	Ai	Wehúi	U'tua	Salaka	U'ki	Phulúi	Metanorúi
39. <i>Teluti</i>	yáno	Hili	Pai-ilo	Yaicólo	Lilicolo	Utu	Salák	Peléwa	Wiesolo	Untaniyún
40. <i>Altiago y Tobo</i>	I'an	Fólan	Láb	Yái	Ikulit	Tinan	Salaka	Föd	Fulin	Lolamatan
41. <i>Altiago (alfuros)</i>	I'em	Faolnim	Lapim	Wáira	Kutim	Salaka	Salaka	Phitim	Toholirn	Motólnim
42. <i>Gah</i>	Ikan	Usa	Kiël	Kaeniña	Likito	Kutu	Salak	Fúdia	Veölöhr	Yébuteh
43. <i>Wahai</i>	Ian	Hinin	Kihu	Ai	Unin	U'tun	Seláka	Uri	Hulun	Olarnatan
45. <i>Matabello</i>	I'an	Faléra	I'ra	Owéda	Aliti	U'tu	Saláha	Phúdi	Alolú	Fidin
46. <i>Teor</i>	Ikan	Pe'érr	Fira	Yain	Holit	Hut	Slaka	Mók	Phulin	Remátin
49. <i>Misool (costa)</i>	Ein	Fehan	Tin	Kanin pap	Kine	Ut	Sulöp	Talah	Guf	Batal
50. <i>Misool (interior)</i>	Ein	Felian	Tin	Mat wey	Mot kehin	Uti	Salup	Máh	Gan	Bala
59. <i>Baju</i>	Déiah	Tikala	Tepoh	Nai	Kulit	Kutu	Salaka	Pisang	Bore	Boláwah

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

<i>Español</i>	<i>Raíz</i>	<i>Rata</i>	<i>Río</i>	<i>Rojo</i>	<i>Sal</i>	<i>Saliva</i>	<i>Sangre</i>	<i>Serpiente</i>	<i>Sol</i>	<i>Una (del dedo de la mano)</i>
1. <i>Malayo</i>	A'kar	Tíkus	Sungei	Mérah	Gáram	Lúdah	Dárah	U'lar	Máta-ári	Kúkū
2. <i>Javanés</i>	Oyok	Tíkus	Sungei	Abang	Uyah	I'du	Güte	Ulo	Sungingi	Köku
6. <i>Buton</i>	Koleséna del sur	Bokóti	uve	Meraí	Gára	Ovilu	Oráh	Sávha	Soremo	Kuku
7. <i>Salayer</i>		Blaha	Balang	Eja	Sela	Pedro	Rara	Saa	Mata-alo	Kanuko
16. <i>Menado</i>	Hámu	Barano	Rariou	Mahamu	Asing	Edu	Daha	Katoün	Mala roú	Kanuku
17. <i>Balang-Itam</i>		Wakatia	Ongagu	Mopoha	Simuto	Due	Dugu	Noso	Unu	Kamiku
18. <i>Sanguir, Sian</i>	Pungenni	Balango	Sawán	Hamu	Asing	Udu	Daha	Katóan	Kaliha	Kanuko
19. <i>Salibabo</i>	Maramutah Allo									
20. <i>Sula</i>	Kao akar	Saáfa	Sungei	Mia	Gási	Bihú	Póha	Túi	Léa	Kowóri
21. <i>Cajeli</i>	Alamúti	Boti	Wai lé	Unmila	Sasi	Bulai	Lála	Nehei	Léhei	Uloimo
22. <i>Wayapo</i>	Boti	Wai fatan	Miha	Sasi.	Púhah	Raha	Niha	Hangat	Utlobin	
23. <i>Massaratti</i>	Kao lahin	Tíkuti	Wai	Miha	Sasi	Fúha	Ráha	Wao	Lia	Logini
24. <i>Amblaw</i>	Owáti	Púe	Waibatang	Meháni	Sasieh	Rnbunatéa	Hahanatéa	Nife	Laei	Hernenyati
26. <i>Tidore</i>	Hatimoóto	Múti	Wai	Kohóri	Gási	Gidi	Yán	Yéya	Wángi	Gulichifi
29. <i>Gani</i>	Niwolo	Lüf	Waiyr	Mecoit	Gási	Iput	Sislor	Bow	Fowé	Kuyut
31. <i>Galéla</i>	Lúpu	Lúpu	Siléra	Desoéla	Gási	Kivi	Larahnangow	Inhiar	Wangi	Gitipi

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Raíz	Rata	Río	Rojo	Sal	Saliva	Sangre	Serpiente	Sol	Una (del dedo de la mano)
32. <i>Liang</i>	Wāata	Maláha	Weyr	Kao	Tasi	Tehula	Lala	Nia	Riamata	Terēina
33. <i>Morella</i>	Eiwaāti	Malaha	Weyl hatei	Kao	Tasi	Tehula	Lala	Nia	Liamátei	Tereiti
34. <i>Batu-merah</i>	Ai	Puēni		Awow	Tási	Tohulá	Lalai	Niēi	Limatáni	Kuku
35. <i>Lariki</i>	Ai waat	Maláha	Wai hatei	Kao	Tasi	Tohural	Lala	Niar	Liamáta	Terein
36. <i>Saparua</i>	Aiwaári	Mulahah	Walil	Kao	Tasi	Tohulah	Lalah	Niar	Riamatani	Teri
37. <i>Awaiya</i>	Lamuti	Walaláh	Waliláhe	Meranáte	Tasíe	Tohulah	Lalah	Tepéli	Líamatei	Tali
38. <i>Camarian</i>	Hai waári	Maláha	Waliráhi	Kaō	Tasíe	Tohtulah	Lála	Nía	Liamatei	
39. <i>Teluti</i>	Yai	Maiyaha	Wailolún	Kao	Lósa	Apícolo	Láia	Nifar	Liamatan	Talicólo
40. <i>Ahtiago y Tobo</i>	(Ai) waht	Meláva	Wailálan	Dadow	Másin	Béber	Láwa	Búfin	Liamátan	Seliki
41. <i>Ahtiago (alfiuros)</i>	Ai liléharn	Sikim	Wailanim	Lahanin	Teisim	Pito	Lahim	Koioim	Léum	
42. <i>Gah</i>	Akar	Karúfei	Arr lehn	Merah	Sile	Gunisia	Lalai	Tekoss	Woleh	Wuku
43. <i>Wahai</i>	Tamun	Mulahan	Tolo maina	Mosina	Tasi	Aito	Lasin	Tipolum	Leān	Talahikun
45. <i>Matabello</i>	Ai áha	Arófa	Arr s̄pas̄a	Ulúli	Síra	Ananihi	Lárah	Tofágin	Olēr	Asiliggir
46. <i>Teor</i>	Woki	Fudartúa	Wehr fofowt	Futifúli	Siren	Munini	Larah	Urubai	Lew	Limin kukin
49. <i>Misool (costa)</i>	Gaka watu	Keluf	Wayr	Mamé	Lesin	Clif	Lomos	Pok	Seasan	Kasebo
50. <i>Misool (interior)</i>	Aikówa	Quóh	Weyoh	Shei	Garam	Tefoo	Lemoh	Pok	Kluh	Kok nesib
59. <i>Baju</i>	Tikus	Ngusor	Merah	Garam	Lijah	Lahah	Ular	Matalon	Kuku	

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

<i>Español</i>	<i>Venir</i>	<i>Vientre</i>	<i>Uno</i>	<i>Dos</i>	<i>Tres</i>	<i>Cuatro</i>	<i>Cinco</i>	<i>Seis</i>	<i>Siete</i>	<i>Ocho</i>
<i>1. Malayo</i>	Mári	Prút	Sátu	Dúa	Tiga	Ámpat	Lima	Ánam	Tújoh	Delápan
<i>2. Javanés</i>	Marein	Wütan	Sa, sawiji	Loro	Talu	Papat	Lima	Nanam	Pitu	Wola
<i>6. Buton</i>	Maivé	Korpo .	Saangu	Ruano	Taruáno	Patánu	Limánu	Namano	Pituáno	Veluáno
<i>7. Salaye</i>	Maika	Pompon	Sedri	Rua.	Tello	Ampat	Lima	Unam	Tujoh	Karna
<i>16. Menado</i>	Simépu	Tijan	Esa	Dudua	Tateru	Pa	Rima	Num	Pitu	Walru
<i>17. Bolang-Itam</i>	Aripa	Teo	Soboto	Dia	Toro	Opato	Rima	Onomo	Pitu	Waro
<i>18. Sangui, Sian</i>	Dumahi	Tian	Kusa	Dua	Tellon	Kopa	Lima	Kanum	Kapitu	Walu
<i>19. Salibabo</i>	Maranilh		Sembäow	Dua	Tetálu	Apátah	Delima ,	Annuh	Pitu	Waru
<i>20. Sula</i>	Mái	Téna	Hía	Gahú	Gatíl	Gariha	Lima	Gané	Gapitu	Gatahúa
<i>21. Cajeli</i>	Omai	Tihumo	Silei	Lua	Tello	Há	Lima	Ne	Hito	Walo
<i>22. Wayapo</i>	Ikamai	Tihen	Umsiun	Rua	Tello	Pá	Lima	Né	Pito	Etrúa
<i>23. Massaratti</i>	Gumáhi	Fukanen	Nostiúni	Rua	Tello	Pa	Lima	Né	Pito	Trúa
<i>24. Amblaw</i>	Buoma	Remnati kuroi	Sabi	Lua	Relu	Faä	Lima	Noh	Pitu	Walu
<i>26. Tidore</i>	Ino keré	Yóru	Remoi	Malófo	Rangi	Raha	Runtóha	Rora	Tumodi	Turfkángi
<i>29. Gani</i>	Mai	Tutut	Lepso	Leplu	Leptol	Lepfoht	Leplim	Lepwonan	Lepfit	Lepwal
<i>31. Galela</i>	Nehino	Poko	Moi	Sinuto	Sāngi	Iha	Matóha	Butánga	Tumidingi .	Itupangi

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Venir	Vientre	Uno	Dos	Tres	Cuatro	Cinco	Seis	Siete	Ocho
32. <i>Liang</i>	Uimai	Hétuáka	Sa	Rua	Tero	Hani	Rima	Nena	Itu	Waru
33. <i>Morella</i>	Oimai	Tiáka	Sa	Lua	Telo	Hata	Lima	Nena	Itu	Waru
34. <i>Batu-merah</i>	Omai	Tiáva	Wása	Luá	Telua	Atá	Limá	Nená	Ituá	Walúa
35. <i>Lariki</i>	Mai	Tia	Isa	Dua	Toro	Aha	Rima	Noo	Itu	Waru
36. <i>Saparua</i>	Mai	Teho	Esa	Rua	Toru	Haä	Rima	Nooh	Hitu	Waru
37. <i>Awaiya</i>	Alowei	Tia	Lai-isa	Lvüa	Te-elu	AOata	Lima	Nóme	Witu	Waru
38. <i>Camarian</i>	Mai	Tiámo	Isái	Lúa	Tello	Aä	Lima	Nome	Itu	Walu
39. <i>Teluti</i>	Mai	Teocólo	San	Lua	Toi	Fai	Lima	Noi	Fitu	Wagu
40. <i>Ahtiago y Tobo</i>	Kulé	Tian	San	Lua	Töl	Fet	Lima	Num	Fit	Wal
41. <i>Ahtiago (alfueros)</i>	Dak Lápar	Tapura	Esá	Elúa	E'ntol	Enháta	Enlima	Enói	Enhít	Enwol
42. <i>Gah</i>	Mai	Toniña	So	Lotu	Tolo	Faat	Lim	Wonen	Fiti	Alu
43. <i>Walhai</i>	Mai	Tiare	Sali	Lua	Tolo	Ati	Nima	Lomi	Iru	Alu
45. <i>Matabelio</i>	Gomari	Abúda	Sa	Rua	Tolu	Fata	Rima	Onam	Fitu	Allu
46. <i>Teor</i>	Yef man	Kabin	Kayée	Rúa	Tel	Faht	Lima	Nem	Fit	Wal
49. <i>Misool (costa)</i>	Jog mah	Nan	Katim	Lu	Tol	Fut	Lim	Onu m	Fit	Wal
50. <i>Misool (interior)</i>	Bo mun	Mot ni	K'tim	Lu	Tol	Fut	Lim	Onu m	Tit	Wal
59. <i>Baju</i>	Paituco	Bútah	Sa	Dua	Tiga	Ampat	Lima	Nam	Tujoh	Dolapan

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (continúa)

Español	Nueve	Diez	Once	Doce	Veinte	Treinta	Cien
1. <i>Malayo</i>	Sambilan	Sapúloh	Sapúloh sátu	Sapúloh dúa	Dúa pùloh	Tiga pùloh	Sarátus
2. <i>Javanés</i>	Sanga	Pulah	Swalas	Rolas	Rongpuluh	Talupuluh	Atus
6. <i>Buton</i>	Célebes del sur	Sioánu	Sapúloh sano	Sapúlohruano	Ruapulo	Tellopulo	Sáatu
7. <i>Salayer</i>		Kasa	Sapuloh sedrú	Sapuloh rua	Ruampuloh	Tellumpuloh	Sabilangan
16. <i>Menado</i>	Célebes del norte	Sio	Mapulroh			Mahasu	
17. <i>Bolang-Itam</i>		Sio	Mopuru				Gosoto
18. <i>Sanguir, Sian</i>		Kasiow	Mapurosa	Mapuro dua	Duampuloh	Tellumpulo	Mahásu
19. <i>Salibabo</i>		Sioh	Ressa	Ressa dua	Dua puroh	Tetalu puroh	Ma rasu
20. <i>Sula</i>		Gatasia	Poha di ha	Poha di gahú	Poha gahú	Poha gatíl	O'ta
21. <i>Cajeli</i>	Buru	Siwa	Boto lesile	Betele dua	Botlua	Bot telo	Bot ha
22. <i>Wayapo</i>		Eshía	Polo geren en sium	Polo geren rua	Porúa	Potéllo	U'tun
23. <i>Massaratti</i>		Chía	Polo tem sia	Polo tem rua	Porúa	Potello	U'tun
24. <i>Amblaw</i>		Siwa	Buro lani sebi	Bör lan lua	Borolua	Borélo	Uruni
26. <i>Tidore</i>		Sio	Nigimói	Nigimói seremoi	Negimelopho	Negerangi	Ratumoi
29. <i>Gani</i>	Gilolo	Lepsin	Yagimso	Yagimso leplu	Yofálu	Yofatol	Utinso
31. <i>Galéla</i>		Sio	Megió	Megió demoi	Menohallo	Muruangi	Rátumoi

Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas del archipiélago malayo (finaliza)

Español	Nueve	Diez	Once	Doce	Veinte	Treinta	Cien
32. <i>Liang</i>	Sia	Husa	Huséla	Husa lua	Huturúa	Hutáro	Hutúna
33. <i>Morella</i>	Siwa	Husá	Huselali	Husa lua	Huturua	Hutatilo	Hutún
34. <i>Batu - merah</i>	Siwá	Husa	Husalaisa	Husalaisa lua	Hotulua	Hotelo	Hutunsá
35. <i>Lariki</i>	Siwa	Husa	Husael	Husendua	Hutorua	Hutóro	Hutón
36. <i>Saparua</i>	Siwa	Husani	Husani lani	Husani elarua	Huturua	Hutoro	Utúni
37. <i>Awaiya</i>	Siwa	Hutōsa	Sinleōsa	Sinbā	Hutulúa	Hutuēlo	Utúni
38. <i>Camarian</i>	Siwa	Tineín	Salaise	Salalua	Hutulua	Hututello	Hutunérs
39. <i>Teluti</i>	Siwa	Hútu	Mesilee	Hutulelua	Hutulúa	Hututoi	Hutún
40. <i>Atiango y Tobo</i>	Siwa	Vōta	Vut sāilan	Vut sailan lōa	Vut lua	Vut tol	Utín
41. <i>Atiango (alfuros)</i>	Ensiwa	Fotusa	Fotusa elése	Elelúa	Fotolúa	Fotol	Hutnisá
42. <i>Gah</i>	Sia	Ocha	Ochoa le se	Husa la lua	Otoru	Otōlu	Lutcho
43. <i>Wahai</i>	Sia	Husa	Husa lesa	Ocha silot	Hutu a	Hutu tololu	Utun
45. <i>Matabello</i>	Sia	Sow	Terwahel	Ternorua	Teranrua	Terantolo	Rátua
46. <i>Teor</i>	Siwer	Hutá	Ocha kilu	Arúa	Oturúa	Otil	Rása
49. <i>Misool (costa)</i>	Si	Lafu	Lafu kutim	Fufu lu	Lufu lu	Lufu tol	Uton
50. <i>Misool (interior)</i>	Sin	Yah	Yaht tem metim	Yah mulu	Ya luh	Yatol	Toon
59. <i>Baju</i>	Sambilan	Sapuloh	Datus				

ÍNDICE ANALÍTICO

- abejaruco: 232, 284; australiano, 177; de cresta rosada, 164
- abejas: cazadores de, 214-216; cera de, de Timor, 213
- Abel, doctor Clarke, su descripción errónea: 91
- acacias, en el archipiélago: 37, 213
- ácaros, mordeduras de: 313, 361
- Aeschynanthus*, plantas trepadoras en Borneo: 107
- agua, escasez de: 509
- Ahtiago, aldea: 363, 593, 594
- Ahtiago y Tobo, vocabulario: 593
- Alcedo dea*: 333, 453
- alciones: 60, 177; de cola de raqueta, 339; en las Molucas, 395-396; en Nueva Guinea, 563; especie rara de, 308-309; *Todiramphus diops*, 345. Véase también halcones
- alfiler, objeto extrajo para los nativos: 388
- alfuros: de raza papúa, tipo predominante en Ceram, 366; verdaderos indígenas de Gilolo, 324, 576
- Alí, sirviente del autor: 323-324, 328, 337; sirviente principal del autor, 409
- Allen, Charles, asistente del autor: 77; carta recibida de, 533; consigue trabajo en Singapur, 112; encuentra empleo y deja al autor durante cuatro años, 112; enviado con las colecciones a Sarawak, 92; noticias de, 323, 327, 377, 382, 533; su viaje a Sorong y sus dificultades, 557-558; sus andanzas, 534; sus colecciones, 534; sus dificultades, 382; vuelve a reunirse con el autor, 313
- allor, vocabulario: 594
- Amahay, bahía de: 357-358, visita a, 361
- Amberbaki, viajes a: 496, 498, 558-559
- amblau, vocabulario: 593
- Amboina, isla de: 33; actividad vespertina del autor en, 307; belleza del paisaje, 306; carácter general de la gente, 310-311; choza del autor en, 306-307; colección de conchas y peces en, 312; descripción de, 303; erupciones en tiempos remotos, 304; especímenes en, 308-309; hábitos y costumbres, 310-314; loro de, 360; mapa de, 305; salida del autor de, 355; se establece el cultivo de clavo en, 319; viaje de Banda a, 303
- amok, curiosa forma de suicidio en Lombock: 193
- Ampanam: 173; aves, 174; causa del fuerte oleaje en, 181-182
- ancla malaya: 530-531
- Andaman, islas, en la bahía de Bengala: 578
- animales, distribución de, clave de la historia de la Tierra: 162-167, 217-225; geográfica, 481-483
- anonáceos, árboles en Borneo: 107
- Anthribidae, especies de: 332, 355, 399, 401, 566
- árabes, en Singapur: 53
- arado nativo: 240-241
- arándanos, en Java: 138
- arañas: 462; inmenso número y variedad en Aru, 431
- árbol del pan (frutipán), excelencia del: 314
- árboles frutales en Ternate: 317
- ardillas: 44-45, 160; en Borneo, 70; en Célebes, 287; en Palembang, 144
- arfaks, de Nueva Guinea: 491-493, 496
- Arjuna, monte: 123, 125
- armas, de guerra: 465; fabricación en Lombok, 187-189
- Arndt, alemán residente en Coupang: 202
- arquitectura: ruinas en Java, 124; ruinas de templos, 126-127
- arrack, demanda de: 269, 436, 455, 476
- arte, amor rudimentario entre los salvajes por el: 500
- Aru, islas: 36; adornos de las viviendas, 461; adornos personales, 460; animales domésticos, 461-462; animales nocivos, 461-462; arqueros expertos, 453; arrack como lujo, 447; aspectos naturales y vegetación, 483-484; aves, 439-446; baratura de los artículos de comercio europeos, 470-472; belleza de la forma humana, 459; captura de insectos, 428-429; carácter misterioso del autor, 464-465; comerciantes de, 429-430; comercio, 437, 475-476; como gran isla llamada Tanabasar, 478; curiosidad de los habitantes, 456-457; delincuencia, 471; diario de viaje, 409-415; dieta, 446-447; esbozo de su geografía física, 478-480; especímenes recolectados en, 477; esteras y cajas, 461; existencia monótona, 446-447; expedición fructífera en, 477; exploración de las selvas, 428; hábitos de los nativos, 446-448; inmensa variedad de vida animal, 431-432; lengua, 448; leyendas sobre, 463; llegada a, 425-426; mapa de, 440;

- mercancías de intercambio, 430; mezcla de razas, 448; mujeres de, 459-460; nominalmente gobernadas por las Molucas, 438; partida de, 477; pequeñas islas a su alrededor, 478; piratas en la costa de, 434-435; prueba de que formaron parte de Nueva Guinea, 482-483; segunda residencia en Dobbo, 466; temporadas de lluvia y secas, 476-477; utensilios domésticos, 447, 461; viaje de Macasar en embarcaciones nativas, 405-406; viaje y residencia en, 439-441; viviendas miserables, 447; vocabulario, 594
- aurora borealis*, observada en Muka: 517
- Australia: gran diferencia con los productos naturales de Asia, 44; semejanza con la división austromalaya del archipiélago: 44
- australianos, sobre los cráneos de: 589
- austromalayo: división en el archipiélago, 39; semejanza cercana con Australia, no con Asia, 44. Véase también indomalayas, islas
- ave del paraíso, gran: 442; belleza de su plumaje, 441; reflexiones sobre, 443; sus costumbres, 444
- ave del paraíso, nueva variedad de: 337; denominada *Wallace's Standard Wing*, 338
- aves: bellos ejemplares de, 177, 273; cazadores de Dorey, 491; colección de Buru de, 390; colección obtenida en Waigeo, 524; comparación del número de especies entre el grupo de islas Molucas y Europa, 393-394; de las islas Papúa, 562-563; de Nueva Guinea, 562; diferentes sonidos de, 444; en Ampanam, 174; en Bali, 45, 173; en Lombok, 45; en India, 394; en Malaca, 60; escasez de, 350; fiestas de baile llamadas *sácaleli*, 458; géneros y especies, 562-563; jóvenes cazadores de, 175; *Lycocorax*, 395; mimetismo en las, 398-399; número de especies en el grupo de islas Molucas, 393; numerosas especies en las islas Aru, 453-454, 480; que sólo viven en lo más recóndito de la selva, 480-481; regente de Australia, 554; rifle de Australia, 552-553, 556; *Semioptera*, 395; variedades insulares, 352
- aves del paraíso: 29; Allen viaja a Sorong, en Nueva Guinea, en busca de, 557-558; auténticas, 541; cambios de plumaje, 539, 542-543; captura de, 434; como artículo de comercio, 557-558; descripción de, 516-517, 538-539, 542, 544; dificultad para atraparlas, 515-516; dificultades para conseguir las: 559-560; *Diphyllodes wilsoni*, 546; en Nueva Guinea, 498, 553-554; en Waigeo, 515, 519; Epimachidae, o de pico largo, 538, 550; *Epimachus magnificus*, o de pecho escamoso, 498, 552, 556; *Epimachus magnus*, o de cola larga, 551-552, 556; especímenes obtenidos en sus selvas nativas, 477; éxito de caza, 520-521; extensión que ocupan, 46, 541; final de la búsqueda de, 559; historia y hábitos, 536-538; "Espléndida", 547, 549, 555; lista de todas las, conocidas y los lugares donde se cree que habitan, 554-556; métodos de caza, 521, 539-540; modos de preservarlas, 540; negociación con cazadores de Bessir de, 520; no sobreviven en jaulas, 522; *Parotia sexpennis*, la dorada o de seis filamentos, 548, 555; *Ptiloris alberti*, 553; 556; *Ptiloris paradiseus*, 553, 556; *Ptiloris victoriae*, 553, 556; se alimentan de cucarachas, 541; *Seleucides alba*, 551, 556, 558; *Semioptera wallacei*, la de ala estándar, 338, 549-550, 555; su gran belleza, 458-459, 538; su nombre en diferentes países, 536-537. Véase también *Paradisea*
- Awaiya, aldea: llegada a, 357, 361; vocabulario: 593
- Ayer-panas, residencia en: 61, 65
- babirusa (ciervo porcino): 275; cráneo de, 286, 390; de Célebes encontrado también en Buru, 392
- babuino: de Bacan, 285, 345; de las Molucas, 391
- Bacan, isla: 33; bosquejo de mapa de, 526; camino a las minas de carbón, 336-337; casa del autor en las afueras de, 335-336; dificultades de alojamiento, 335; distintas razas, 339-340; elementos de historia natural en, 343-344; gran variedad de superficie y de suelo, 350; hábitos domésticos, 342; llegada a, 334; murciélagos fruteros en, 342; música y baile, 342; paseo en la selva, 343; robos en, 341; selva virgen, 336; temporada de lluvias, 341; viaje a, 328; visita al sultán, 336; vocabulario, 593; volcanes, 330
- Baderoon, sirviente del autor: 409; su propensión al juego, 474
- bajau, vocabulario: 594
- Bali, isla: 33; ausencia de selva, 37; belleza de los alrededores, 172; con Lombok, únicas islas en que se conserva la religión hindú, 171; diferencias entre Lombok y, 45; ganado y aves, 172, 217-218; ubicación de Lombok y, 171. Véase también Bileling
- Ball, inglés residente en Java: 124
- bambú: como piso, 103; como puentes, 99-100, 103-104, 109; uso del, 84, 97, 102
- Banda, isla: 33; aspecto de la ciudad, 298; aves y mamíferos, 302; carácter volcánico de, 298-299; grupo de islas, 414; nativos de, 301-302; primera impresión de, 297; producción de nuez moscada, 319; viaje de Macasar a, 297-298; vista del volcán, 298-299

- barba, corte de la: 469-470
 barrenillo de la madera: 472
 Baso, sirviente del autor: 409
 Batanta, mapa de: 504
 Batavia: llegada a, 132; comercio y hoteles, 132-133
Batrachostomus crinifrons: 352
 batu-merah, vocabulario: 593
 Batuasa, aldea: 363
 Beck, capitán Van der: 357, 592; gran conocedor de lenguas, 355-356
Belideus ariel: 346, 393
 bengalíes en Singapur: 53
 Bernstein, doctor: 282, 327; recolecciones para el museo de Leiden, 345
 Bessir, aldea: 512, 515; alojamiento miserable en, 520-521; alrededor montañosa y escarpado, 524; escasez de comida, 522-523; métodos de caza, 521; negociación con cazadores de aves del paraíso, 520; viaje a, 519
 Bileling: casa de un chino en, 171; llegada desde Singapur, 171
 Bontyne, monte: 410
 Borneo: como centro de la gran curva de volcanes, 36; como territorio selvático, 37, 46; en ella cabrían todas las islas británicas y quedarían rodeadas por un mar de selva, 32; faisanes en, 130, 162, 164; llegada a, 66; orangután que habita Sumatra y, 86; viaje por el interior de, 91. Véase también Sarawak
 Borotoi, aldea malaya: apariencia de la gente, 95-96; el autor divierte a los niños, 96; partida a Budw, 96; reunión para observar al autor, 95; reunión para ver comer al autor, 96
 botánico, búsqueda de un: 350
 Bow y Bedé, campos de oro chinos en Borneo: 66
 Brambanam, antigua aldea de Java: 127-128
 Brentidae: 345; abundancia en Aru, 473; belicosidad de los, 473
 brissi, vocabulario: 594
 Brooke, sir James: en Sarawak, 66; carácter de su gobierno, 114, 117-118; invitación al autor, 109; mariposa denominada en su honor, 69; mediciones de un orangután, 90; suprime la piratería, 348
 Budw, aldea malaya: 96, recepción de los nativos con danzas, 97; visita a Senankan, 97
 bugis, marineros: carácter pacífico de los, 437-438; comerciantes en el Extremo Oriente, 376-377; vocabulario: 592
 búhos, en Célebes: 283
 Buitenzorg, cerca de Batavia: clima, 133; jardines botánicos, 133; sistema de cultivo, 134
 Bukit-tima: carácter del anfitrión jesuita, 55; casa de misión, 55-56; estancia en, 54-55
 Buprestidae, diferentes especies de: 332, 345, 387; familia, 424
 buque de correo holandés: vida a bordo del, 123
 Buru, isla: dos razas distintas en, 389, 576; colección de aves, 390; dificultades en el viaje, 385; escarabajos encontrados en, 387; mapa de, 305; montañas de, 413; simplicidad ignorante de los nativos, 388-389; visita a, 382
 Buton, isla: 410-411
 buton, vocabulario: 592
 cacatúas: 44-45, 221, 362, 396, 434, 454, 467, 511, 562; en Aru, 444-445; en Lombok, 175, 178, 218; *Microglossum aterritum*, 446; sus hábitos, 445-446
 Cajeli, puerto de: descripción del, 383; excursión en, 384-385; rajá de, 384; regreso a, 386, 390; vocabulario, 592
 cálaos: en Célebes, 248, 284; en Molucas, 360; en Sumatra, 155-156
Calornis neglecta: 373
 camarian, vocabulario: 593
 canguros: 44, 89, 469, 481; de árbol, 487, 494, 497, 562; de tierra, 497, 562
 Carabidae: 254, 304, 345, 501
Carpophaga: 273, 285; *concinna*, 302, 373, 419; *perspicillata*, 349
 Cayoa, islas: 330, 532; frutas y otros productos, 333; habitantes de, 333; mezcla de razas, 333; vocabulario, 593
 Célebes, islas: 32; aves de, 281-285; hermosas aldeas en, 258-259; historia natural, 281-294; mamíferos, 285-287; nativos de, 389; norte de, 33; semejanzas con Australia, 44; territorio selvático, 37;
 Cepa, aldea: 361
 Ceram: alfueros de raza papúa como tipo predominante, 366; comercio y productos naturales, 377; cristianismo en, 357; desierto total en zoología, 364; dificultades en el viaje, 503, 505-506; escuelas y maestros, 356; gran zona de sagú en, 378; habitantes, 356-357; mapas de, 367, 504; raza papúa en, 366; selva virgen, 360; selvas, 359; trayectos por la costa, 361; una raza indígena en, 576; viaje al interior, 359; viaje a Waigeo desde, 503; visita a, 355
 cerámica, instrumento tallado para hacer: 499
 cerdos: facilidad para nadar, 392; salvajes, 45, 175, 223, 246, 248, 286
Charmosyna placensis, loro de Djilolo: 324, 339
 chinos: bazar, 54; comercio y oficios, 54; en Singapur, 53-54; jesuitas entre los, 54-55

- ciempiés: 462
 conchas y peces, colección inigualable de: 312
Cerambyx, encontrado en Buru: 387
Ceyx cajeli: 390
 ciempiés: 462
 ciervos: 45; *Rusa hippelaphus* de Java, 285; único rumiante en las Molucas, 392
 civetas: 45, 159, 223, 346; en las Molucas, 391; malayas, 285
 cobertizo para dormir: 359
 cobre, supuestamente abundante en Timor: 208
 cocoteros: como lujo, 370; en Bacan, 343; en Kai, 419; en Matabello, 369
Cocytia d'urvillei, palomilla de vuelo diurno: 324, 428, 564
Coelogyne, flores de: 106
 comercio: como la magia que mantiene a todos en paz, 437; considerable en Dobbo, 476; en Lom-bok, 193; ética del, 471; genio del, trabajando para la civilización, 437-438
 cometa de 1858: 329-331
 contrastes geológicos: 33; descubrimientos y conocimiento sobre los cambios en la distribución del agua, la tierra y las formas de vida, 41-42
 coral, arrecifes de: alrededor de Goram, 372; en Kilwa-ru, 377; peligrosos, 510
 Córcega y Cerdeña, productos naturales peculiares: 41
 corrientes violentas: 331
 Coti, en la costa de Borneo: 535
 cotorra de cola larga (*Palaeornis longicauda*): 145
 Coupang: como sospechosos ante las autoridades, 185; comportamiento del pumbuckle, 186-187; frío recibimiento en, 185; población de, 202; llegada a, 185
 cráneos, de las razas humanas en el archipiélago mala-yo, 587; mediciones del autor, 587-589
 craneoscopia, no ha dado resultados certeros: 587
 cristianismo, en Ceram: 35
 Cuba y Yucatán, aunque cercanos, sus productos naturales son diferentes: 42
 cucaburra sonriente de Australia: 177
 cucarachas, como alimento de aves del paraíso: 541
 cuculillos: en Malaca, 60; en Célebes, 283
 Curculionidae: 345
 cuscús de cola prensil: 45
Cuscus maculatus: 454
Cuscus ornatus: 346, 393-394
Cynogale bennettii, en Borneo: 70
Cynopithecus nigrescens: 248, 345, 391
 damara, resina, producida en una selva de árboles in-mensos: 348-349
 Dampier, estrechos de: 487
 Darwin, Charles, su teoría de las islas oceánicas: 224-225; teoría de los medios naturales de diseminación, 42, 140, 152
 Davis, doctor Joseph Barnard, su colección de cráneos humanos: 587-588
 dayak: beneficios durante el gobierno de Brooke, 117-118; carácter moral, 113-114; caza de cabezas, 114; comunidad, 82; construcción de casas y puentes, 103; control pobacional, 115-116; cultivos, 96-97; descripción del mias, 87-88; diversiones de los jóvenes, 113-114; forma de trepar a los árboles, 83-84; honestidad de los, 114; los dayak de la co-lina nunca se acercan al mar, 114; mayor capaci-dad mental que los malayos, 113; ociosidad de los hombres, 116; su carácter comparados con otras razas, 113; trabajo de las mujeres, 116; voracidad de los perros en, 85
 Dili, capital portuguesa en Timor: 204, 383; cultivos a gran altura, 207; descripción de, 205; deterioro de la moralidad, 213; malos resultados tras la ex-ploración de una supuesta mina de cobre, 208-209
 divisiones, dos divisiones naturales del archipiélago malayo, véase austromalayo
 Djapannan, aldea en Java: 130-131
 Djilolo: aldea, aves y selvas, 324-325, 339; residencia principal de los sultanes de Ternate, 324
 Dobbo: artículos de intercambio, 430; artículos euro-peos baratos en, 470-471; aspecto animado de, 467-468; ausencia de leyes, 437; ceremonia fune-raria, 474; comercio, 455, 476; comerciantes, 429-430; delincuencia, 471; descripción de, 436-437; dificultades para conseguir casa, 427; diver-sidad de razas en, 437; el autor se recupera de una larga enfermedad, 472; genio del comercio trabajando, 437; llegada a, 426-427; mapa de, 440; mercancías, 436-437; modales y costum-bres, 437; mortalidad en, 474; partida de, 439; peleas de gallos y fútbol en, 469; preparativos para la partida, 474; segunda residencia en, 467
 Dodinga, aldea: fuerte portugués en, 323-324
 Doleschall, doctor, en Amboina: 303; su colección de moscas y mariposas, 304
 Dorey, puerto y aldea: 488-489; arte rudimentario en, 500; caza de aves, 491; construcción de una casa en, 489-491; descripción de, 492-493; enferme-dad prolongada del autor, 495-496; escarabajos y mariposas en, 500-501; expectativas frustradas en, 501-502; habitantes de, 489, 491-492; nume-rosas especies de escarabajos, 500-501; partida de, 502; vocabulario, 594

- Duivenboden, señor: 277, 351; conocido como rey de Ternate, 315; su carácter, 315
- duriano (durión): 82-83, 157; árbol de, 101; excelente sabor del, 101; peligros cuando caen del árbol, 102
- Earl, George Windsor, *Sobre la geografía física del sudeste de Asia y de Australia*: 39
- Elaphomia*: 493-495
- elefantes, en Malaca: 65
- embarcaciones: descripción de, 365; dificultades para construir, 374-375; dificultades para obtener, 364; construidas en las islas Kai, 373, 420-421
- Empugnan, pequeña aldea malaya: 93. *Véase también* Tabokan
- enfermedades del autor y de sus hombres: 231-232, 238, 472, 495-496
- enladrillado, excelente muestra en Modjo-pahit: 124
- eral glacial: 140-141
- Erythrina*: 474
- escarabajos: 130; barrenillo de la madera, 472; de brazos largos, 313, 399; clases diferentes de longicornios, 56; de las Molucas, 399; descubrimiento de numerosas especies, 69, 332-333, 339, 355; diversas especies, 399-401; diversas especies de *Lo-maptera*, 332; encontrados en Buru, 387; gran número y nuevas especies recolectadas en las minas de carbón de Simunjon, 67-68, 304; *Lo-maptera papua*, 424; numerosas especies en Nueva Guinea, 500-501; 700 especies recolectadas en Singapur, 56; nuevas especies, 501; tabaco a cambio de, 422; terreno adecuado para recolectar, 68, 345; una especie rara, 313
- esclavos: emancipación de los, 321; en Gilolo, 320-321; en Goa, 235; en Ternate, 320
- escorpiones: 462
- españoles, conquistadores y colonizadores extraordinarios: 425
- especies: comercio de, en las Molucas, 318; enormes ganancias, 318; monopolio holandés de, 300, 318
- especies: distribución geográfica, 481-482; entomológicas, 333
- esteras y cajas fabricadas en Aru: 461
- eucaliptos, árbol común en Timor: 37
- eurilaimo rojinegro: 60
- Eurystomus azureus*: 339
- faisanes: argus, 64; en Sumatra y en Borneo, 130, 162, 164
- fauna: en el grupo Papúa, 565-566; en las Molucas, 393-395
- Filipinas, islas: 33, razas negras y de cabello crespo de las, 577; volcanes activos y extintos, 35
- Flores, isla: 33; ausencia de selva en, 37
- flores, en Borneo: 106-107. *Véase también* plantas; vegetación
- frutas insípidas del archipiélago malayo: 371
- fuego mediante fricción: 334
- Funnel, William: 536; su viaje a Amboina en 1705, 303-304
- fútbol en Dobbo: 469
- Gadioca, príncipe de Lombok: 187; bienvenida al autor, 189-190; su fiesta, 189
- Gagie, isla: 525
- gah, vocabulario: 594
- Galápagos, islas, especies endémicas: 41
- galela, nativos de Gilolo: 334, 340; vocabulario, 593
- gallos, peleas de: en Dobbo, 469; en Goa, 235
- gallos de la jungla, en Java: 131; origen de todas nuestras aves de corral, 178
- gamelang, banda indígena: 126
- Ganidiluar, aldea, conocimiento de los nativos de la costa: 531; reparaciones y viveres obtenidos en, 529-530; vocabulario, 593
- Garo, joven cocinero: 328
- gatos: montes en Borneo, 70; salvajes, 44; *Viverra tangalunga*, 285, 391-392; *Viverra zibetha*, 346
- Geach, ingeniero de minas de Dili: 204; aloja al autor, 205; su informe sobre las supuestas minas de cobre, 208-210
- Geoffroyus cyanicollis*: 339
- geografía física, *véanse* los distintos archipiélagos
- geología, estudio de la: 563-564
- Gilolo, isla: 33, 527; descripción de, 315; esclavos en, 320-321; manifestaciones volcánicas, 326; mapa de, 526; montañas y costas de, 315; visita a, 320-321, 323; terremotos en, 527
- gitanos del mar, vocabulario: 594
- Goa. búsqueda de casa en, 236-237; casa del autor, 239-240; colecciones en, 233-234; descripción de, 238; el autor causa terror a animales y personas, 238-239; el rajá en una pelea de gallos, 235; enfermedad del autor, 238; esclavos en, 235; fiebres en, 231-232; hijas del rajá, 235; intrusión en, 234; invitan al autor un café muy malo, 231; nativos de, 238-239; preferencia por postes curvos, 240; visita al rajá, 231
- Goldmann, hijo del gobernador de las Molucas: 275-276
- Goram, islas: 365; arrecifes de coral alrededor de, 372; comercio, 377; comercio principal, 373; dificultades

- des con los trabajadores, 374-375; especulaciones geológicas sobre, 372-373; forma de navegación de los praos, 410-411; mapa de, 367; partida de, 376; pobreza de los rajás, 373; raza de comerciantes en, 373; regreso a, 372; vocabulario, 594
- Grammatophyllum*, orquídea gigante: 158
- gran saltamontes de escudo: 564-565
- gubbong*, palma: 178
- Gudong, aldea malaya, conducta de las mujeres al ver a un europeo: 92
- Gunong Prau, extensas ruinas en: 128-129
- Gunong Sari, excursión a: 189-190
- Haan, De, entomólogo holandés: 149
- halcones, en Célebes: 283
- Halcyon saurophaga*: 510
- Har, aldea: 417
- Hart, capitán inglés residente en Dili: 204
- helechos: 108; colección de, 109; colección reunida en Borneo, 106; de gran tamaño, 434; descubrimiento de un elegante, en Ceram, 360; *Dipteris horsfieldii*, 63; ilustración de, 108; inmeso número y variedad de, 136-138; *Matonia pectinata*, 63; raros del monte Ofir, 62
- Helix pyrostoma*: 325
- Henicophaps albifrons*: 524
- Hestia d'urvillei*: 428
- Himalaya, los, en miniatura en Borneo: 98-99
- holandeses: despotismo paternal de los, 267-269; en Java, 119-120; en Malaca, 59; esfuerzos por mejorar la vida de los amboinenses, 358; establecimiento de su influencia en los mares malayos, 318; sistema de cultivo, 268-269; trabajo de las mujeres y, 270
- Hooker, doctor: 98; *Flora Indica*, 157
- hormigas: nocivasm 462; plaga de, en Dorey, 501-502
- Hoya, aldea: 361; vocabulario: 593
- Humboldt, bahía de: 497; habitantes de, 499
- Huxley, profesor: 580; sobre el cráneo de diferentes razas, 587
- Inchi Daud*, un malayo amboinés: 175
- indomalayo, archipiélago: animales con pezuñas, 160; aves, 161-162; carnívoros, 159; conjuntos de monos, 159; división del, 41; evidencias de que alguna vez formó parte del continente asiático, 43-44; historia natural de las islas, 157-159; mamíferos, 159
- Inglaterra: condición social, 585; delincuencia, 585; estado de barbarie social, 585-586
- insectos: asombro de los nativos ante el trabajo del autor, 332; belleza y número de, 399; colecciones de, 247-248, 254, 273, 332; comparación entre distintas islas, 288-294; en Amboina, 307; en Célebes, 287-288; en las islas Papúa, 564-566; en las minas de carbón de Simunjón, 68-69; en las Molucas, 399-401; en Nueva Guinea, 501, 564-565; en Timor, 205-206; escasez de, 346-347; gran variedad de, 352; hormigas, 234-235, 462; intercambiados por tabaco, 422; irritación causada por, 458; plagas de, 458, 462; raros en Dorey, 493-494
- instinto, falta de: 472-473
- Irlanda: 32
- islas occidentales, semejanzas con Asia: 44
- islas volcánicas y no volcánicas: extensión y curso del cinturón volcánico, 33, 36, 48; contrastes, 33-36
- Jahi, aldea en Borneo: 92-93
- Japón, colección de dibujos de plantas: 304, 306
- Java, islas: 32-33; antiguo mausoleo en, 126; aumento de la población, 122; aves e insectos propias de, 43-44; colección de Wonosalem y Djapannan, 131; 45 volcanes en, 35; excelente sistema de gobierno holandés en, 119; historia y civilización, 123; javaneses, 53; juicio llevado a cabo en, 131; quizá la isla tropical más bella del mundo, 122-123; relación entre los jefes nativos y la población, 120-121; religiones brahmánica y mahometana en, 123; residencia en, 119; ruinas en, 124, 126-127; sistema de cultivo, 119-121; territorio selvático, 37; viaje al interior, 123; vocabulario, 591
- jesuitas franceses en China: economía y austeridad de los, 55; éxito de los, 54-55; su trabajo a conciencia, 55; un misionero amigo del autor, 55
- Jobie, gran isla de: 376, 497
- Johnson, su medición del mias: 91
- Jong, su leyenda en Aru: 456
- Jumaat, sirviente del autor: 486; muerte de, 499
- jungla, plantas espinosas en la: 178
- Kai, islas: 36; chozas en, 418; colecciones en, 424; comercio y productos, 419-420; construcción de embarcaciones, 373, 420-421; contraste de carácter entre malayos y habitantes de, 425; dos clases de gente en, 424-425; exploración de, 418; forma de negociar, 422; idioma, 425; llegada a, 414; mapa de, 440; nativos de, 416-417; no se conoce el dinero, 422; palomas grandes en, 418-419; selvas magníficas, 420; vista de las montañas, 425; vocabulario, 594

- Kákas, aldea: 270
Kallima paralekta: 150
 kanary, árbol: 349, 446
 Kasserota, aldea: dificultades durante el viaje, 346-347; visita a, 346
 Kayan, río, en Borneo: 98
 Kediri, ruinas en: 129
 Keffing, isla: 365
 kema, vocabulario: 592
 Kilwaru, arrecifes de coral: 377; ciudad pequeña, 365; isla de, 376-377; metrópoli de los comerciantes bugis, 376; mucho tráfico en, 365
 Kissa-laut, largo retraso en: 364
 klings de India, en Singapur: 53
 Kobror: mapa de, 440; visita de nativos de, 460
kora-kora, embarcación usada en el regreso a Ternate: 353; otros pasajeros en la, 353-354; una serpiente en la, 354
 Kwammer, isla: 365
- lagartos, gran variedad en Aru: 332
 Lahagi, nativo de Ternate: 328
 Lahi, nativo de Gilolo: 328
 Laiemu, aldea: 363
 Langundi, aldea: 347; estancia de 10 días en, 349
 lansat, fruta de Sarawak: 109
 Lariki, Asilulu y Wakasiho, vocabulario de: 593
 Latchi, piloto: 328
 lechuza (*Strix rosenbergii*): 283
 Lempias, aldea en Célebes: 274
 lémur volador en Sumatra: su comportamiento, 154
 lenguaje, revuelto en Malaca: 59
 lenguas de las razas humanas en el archipiélago malayo: 590-591; lista de vocabularios recopilados, 591-594; vocabularios, 590
 leyendas tradicionales: 463-465
 leyes, existencia o no de: 437
 liang, vocabulario: 593
 Licoupang, aldea en Célebes: 275
 liliáceas en las selvas de Kai: 423
 Linschott: descripción de Malaca, 58; sobre frutos de Dorey, 100
 Lobo Raman, aldea: 145
Lomaptera, especies de: 332
Lomaptera papua: 424
 Lombok, ausencia de selva: 37
 Lombok, isla: 33, 396; castigos por robo e infidelidad, 191-192; celos, 192; censo en, 195; dificultades en la recolección, 179; dificultades para hacer el censo, 196; estratagema del rajá, 196-197; éxito de la estratagema, 199-200; fabricación de armas en, 187-189; excursión al interior de, 183; peregrinaje del rajá a Gunong Agung (gran montaña de fuego), 196-198; riego, 184-185; semejanzas con Australia, 44; usos y costumbres de la gente, 183
 longicornios, descubrimiento de numerosas especies: 69, 333, 339, 355, 399
 Lorok, aldea: 144-145
 loros: *Eos rubra*, 308; escasez en Ceram, 362; *Lorius garrulus*, 339; *Trichoglossus flavoviridis*, 283
 luz fosfórica, remolinos de: 410
 Luzón, isla: 32
Lycocorax, en las Molucas: 395; *morotensis*, 327
 Lyell, sir Charles, teoría de los medios naturales de disseminación: 42
- Macasar, en Célebes: 229; comercio con Aru, 406; descripción de, 229-230; diario de viaje, 410-415; dificultades para recolectar, 230-231; estación de lluvias, 405; partida de, 406-407, 409; primera ciudad holandesa visitada por el autor, 229; regreso desde Aru a, 477; traslado a Goa, 235; valor de los cargamentos de, 476; vocabulario, 592
 macis, obtenido en Nueva Guinea: 318
 Madagascar, isla, muestras de su separación de África: 42
 Madeira, escarabajos de: 352
 madreperlas, uno de los productos principales del comercio de Aru: 479
 Maguindáno, piratas de: 348
 mahometano, sacerdote en Dobbo: 474
 mahometanos: en Ceram, 356-358, 361; en Kai, 424-425; en Singapur, 53; malayos, 117, 171, 311
 Makariki, aldea: 330; visita a, 358
 Makian, isla: 33; costas de, 330, 533; erupciones volcánicas, 34-35; visita a, 354; volcanes, 330
 Malaca, aves: 60; carácter y lenguaje de la población, 59-60; comercio, 59; descripción de Linschott, 58-59; elefantes en, 65; ocupaciones de los habitantes, 60; y el monte Ofir, 58
 Malang, ruinas en: 129
 malaya, península, no es volcánica: 36
 malayo, archipiélago: 315; descripción del autor de las razas en el, 571-572; fuerte contraste entre malayos y papúas, 571; malayos como la raza más importante en el, 571; raza polinesia, 578-580; razas negras y de cabello crespo de las Filipinas y de la península malaya, 577; sobre los cráneos de las razas humanas, 587-589; raza particular e interesante que sólo se encuentra en el archipiélago malayo, 29; tribus de Timor, 576; una raza indí-

- gena en Ceram, 576; vista general de origen y afinidades, 578-579
- malayo, archipiélago: geografía, 29; aguas poco profundas, 42-47; conexión entre las islas, 31; definición y límites, 31; división en dos partes, 30, 39; extensión, 37-38; extensión y variedad, 28-29; productos naturales desconocidos en otros lugares, 29. *Véanse también* austromalayo; islas; razas malayos: aldeas, 145-146; carácter de los, 425, 432-433, 572-576; características físicas y mentales, 571-572; casa del gobernador malayo en Gudong, 92; contrastes y diferencias con los papúas, 417, 433, 577; de Bacan, 339; destrucción por la actividad volcánica, 33-36; distintas tribus de, 571; en Singapur, 53; lenguas, 590-591; raza de Ternate, 320; salvajes, 571; sobre los cráneos de, 588-589; vocabulario, 591
- maleos, aves singulares: descripción de, 276-277; en Célebes, 275; lugar de anidamiento, 276-277; sus huevos, 276-277
- mamíferos: de las islas Papúa, 561-562; de las molucas, 391, 393; de Nueva Guinea, 561-562; del grupo Timor, 221-224; en Célebes, 285-287; y otros cuadrúpedos de las islas indomalayas, 163-164, 391
- manantiales: calientes en Célebes, 271-272; de jabón en Oeassa, 202-203
- mangostán: 82, 102, 157, 317; de Sarawak, 100, 109
- Manipa, isla: 389
- Mansinam, isla: 487, 489
- Manowolko, isla más grande del grupo de Goram: 365; descripción de, 366; mapa de, 367; población y razas, 366, 368; regreso a, 372
- Manuel, portugués sirviente del autor: 175; su filosofía, 180-181
- mar, contrastes en la profundidad del: 39, 45
- mareas, fenómenos extraños: 527
- Mareh, isla: 329-330
- mariposa de alas de pájaro: 429; su belleza y esplendor, 343; en las Molucas, 399
- mariposa hoja, en vuelo y reposo: 151
- mariposas: 29; captura de, 360, 428-429; comparación entre las de Célebes y otras islas, 288-291; de calibrador, 136; dificultades para capturar, 422; *Drusilla catops*, 428; en Amboina, 304, 307, 313; en Aru, 428-429; en Bacan, 339; en Célebes, 232-233; en Kai, 423; en Sumatra, 148-150; en Timor, 205-206; escasez de, 350; especies en Borneo, Sumatra y Java, 165; especies nuevas, 61, 339, 360; familia extraña de, 149-152; género *Pieris*, 360; hermosos ejemplares, 69, 234, 250, 307, 339, 422; *Hestia d'urvillei*, 428; *Idea tondana*, 250; *Kallima paralekta*, 150; lugares donde el autor obtuvo las más bellas, 524; *Ornithoptera brookeana*, 69; *Pieris*, 360; recolectadas en Singapur, 56-57; *véase también* *Ornithoptera*; *Papilio*
- Maros, río: 244; ausencia de flores, 251-252; cascadas del, 249, 251, 253, 275; efectos de las, 253; precipicios, 250, 253; sequía seguida de fuertes lluvias, 254
- marsupiales: de las islas Papúa, 454, 461-462, 562; en Aru, 481; en Célebes, 287; en el archipiélago malayo, 39; en las Molucas, 391-393
- massaratti, vocabulario: 593
- Matabello, islas: 368-369; aldeas, 370; cocoteros en, 369; comercio, 369; frutos silvestres, 371; ideas extrañas sobre la guerra rusa, 371; peligros durante el viaje, 369; sus ideas sobre los turcos, 371; vida salvaje en, 370; vino de palma como lujo en, 370; vocabulario, 594
- Mataram, capital de Lombok: 183
- mausoleo antiguo en Java: 126
- Max Havelaar, o las subastas de café de la Compañía Neerlandesa de Comercio*: 121
- Maykor, mapa de: 440; río: 478
- Megachile pluto*: 353
- Megamendong, monte: camino en el, 134; colecciones de, y de los alrededores, 135-142; residencia en, 134-135
- Megapodidae, pequeña familia de aves de Australias e islas de alrededor: 176
- Megapodius*, constructor de montículos: 333; de las Molucas, 396
- Megapodius wallacei*, nueva especie de ave: 397
- Melaleuca cajuputi*: 384
- melifágidos: 44-45, 47, 60
- Menado: en Célebes, 390; aldeas hermosas, 258-259; belleza de, 256; en el distrito de Minahasa, 56; los habitantes eran salvajes hasta hace poco, 257-258; raza pura en, 256-257; se emprende el cultivo de café, 258; una casa nativa, 259; vocabulario, 592. *Véase también* Rurúkan
- Menyerry, aldea malaya: 99-100
- Mesman, caballero holandés en Célebes: 229; cultivos en Macasar, 242, 244-246; hospitalidad de, 246-247; su finca e instalaciones, 242; su hermano, 244; vida campestre, 246
- Mesmon, isla, mapas de: 504, 526
- mias, nombre nativo del orangután y como se les llama en este libro: 29, 70; alimenta al pequeño con cuchara, 75; apariencia como un bebé, 75; capturas de, 77-85; cadáver seco de un, 81; captura de un ejemplar pequeño, 73; comida de los, 88; cui-

- dados del pequeño, 73-74; curiosa forma de desplazamiento por la selva, 87; descripción de varios, 89-91; ejemplares en un museo, 72-73, 79; el autor dispara a un, 71-72; el pequeño jala la barba del autor, 73; en Borneo, 70, 86; en Sumatra, 87, 153-154; es raro que bajen al suelo, 88; lanza ramas a sus enemigos para defenderse, 72-73, 83, 85; le salen los dientes al pequeño, 76; madre sustituta del pequeño, 74-75; mias adultos rara vez se ven en compañía, 88; mias atacado por nativos, 79; modo de trasladarse por los árboles, 81; mono de labio superior hendido como compañía del pequeño, 75-76; muerte del pequeño, 76; preparación de las pieles y los esqueletos, 85; primera captura de una hembra (ahora está en el museo de Derby), 72-73; primera introducción del autor a los, 71; refugio durante la noche, 87; sólo cocodrilos y pitones atacan a los, 89; su fuerza aun heridos, 72; su hora de levantarse en la mañana, 87; superior a sus enemigos, 88-89; sus hábitos en selva virgen, 86-87; tamaño y proporciones del, 79, 85-86, 89-90; un mias construye su refugio, 80-81
- Microglossum aterrimum*: 446
- microscopio, asombro de los nativos al observar a través del: 350-351
- Mimeta, bouruensis*: 398; *forsteni*, 398
- mimetismo en las aves: 398-399
- Minahasa, mapa de: 261; nativos de, 268
- Mindanao, nativos de: 392
- misioneros: 487; comerciantes, 488
- Modjo-kerto, ciudad de Java: 124
- Modjo-pahit (Java), altorrelieve regalado al autor, 124-125; excelente muestra de enladrillado en, 124; relieves antiguos, 124; ruinas, 124
- Mohnike, doctor en Amboina: 303; su colección de escarabajos, 304; su colección de dibujos de plantas japonesas, 304, 306
- Molucas, las: 37, 314; abundancia y belleza de la vida animal, 401; animales carnívoros, 391-392; cálaos en, 360; casos de mimetismo en, 397-398; casuario de las, 397; conformadas por tres grandes islas, 391; descripción del mar de, 477; extensión y situación geográfica, 391; fauna, 393-395; historia natural de, 391; insectos, 399-401; mamíferos, 391-393; *Megapodius* en, 396-397; partida final de, 390; ricas sobre todo en aves, 395-396; territorio selvático, 37
- Monarcha, chrysomela*: 434; *loricata*, 390; *telescopthalma*, 434
- monos: 44; abundancia y variedad en las orillas del río Simunjon, 82; en Sumatra, 152-154; mono de labio superior hendido como compañía de un pequeño mias, 75-76
- monzón del sudeste, en el archipiélago malayo: 37; en el mar de Banda, 364
- morella y mamalla, vocabularios: 593
- Morty, isla: 33, 327, 391, 395
- moscas, ciervo de Nueva Guinea (*Elaphomia*): 493-495; enjambres en Dorey, 502
- mosquitos: 361, 458, 462
- Motir, isla: 329-330
- Muka, aldea, *aurora borealis* vista en: 517; bajo el gobierno del sultán de Tidore, 518; construcción de una choza en, 513; descripción de, 511-512; en ocasiones el autor no tiene qué comer, 519; partida de, 519; pobreza extrema en, 518-519
- Muntok, principal ciudad de Banca: 143
- murciélagos: 160, 391, 562; en Bacan: 342; fruteros: 342, 346
- Museo Británico, ejemplar de mias en el: 83
- Museo de Derby, ejemplar de mias en el: 73, 79, 84
- Misool, mapa de: 504; vocabulario: 594
- naturalistas, placeres de los: 247-248
- Nectarinea: auriceps*, 339; *proserpina*, 390
- negritos, raza malaya: 577
- negros africanos, sobre los cráneos de: 589; vocabulario, 594
- Neys, nativo de Menado: 256, 258
- Nicobar*, paloma muy bella: 349, 351
- Nueva Bretaña: 33
- Nueva Guinea, o Papúa, actividad volcánica: 36; arfaks, 491-493, 496; asesinatos en, 375-376; aves de, 553-554, 562-563; aves del paraíso en, 498, 553-554; fauna de, 565-566; fauna de las Molucas derivada de, 394-395; bahía de Humboldt, 497, 499; con las islas unidas a, forman el grupo Papúa, 561; insectos, 501, 564-565; insectos raros, 493-494; mamíferos, 561-562; mapa de la punta occidental de, 504; misioneros comerciantes en, 487-488; mosca ciervo de, 494; papuanos de la costa y serranos, 492, 496; parecida a Borneo, 46; peligros del comercio de, 375; plaga de moscas, 502; plantas, 566-567; población, 489, 491-492, 496-497; poco conocidas las grandes islas al este de, 565; puerto y aldea de, 488-489; quizá es la isla más grande del globo, 561; semenzanza con Australia, 39, 565-566; territorio selvático, 37; viaje a, 486-487. Véase también Papúas, islas
- nuez moscada: belleza del árbol, 299; comercio de,

- 300; de Nueva Guinea, 318; en Banda, 319; monopolio de la, 300
nutrias: 45, 70
- Oeassa, habitantes de: 203; manantiales de jabón en, 202-203
- Ofir: cima del monte, 64; flora de, 62; gran faisán argus, 64; *Padang-batu*, o "campo de piedras", 63; viaje al monte, 61-63; vista desde la cima, 64. Véase también plantas del monte Ofir
- Ondor, aldea principal de Goram: 372
- orang kaya* (hombre rico), enfermedad del: 448; jefe de la tribu dayak, 93-94
- orang sirani, nombre dado a los cristianos descendientes de portugueses: 320, 339, 342-343
- orangután, véase mias
- Ornithoptera brookeana*, llamada en honor de sir James Brooke: 69; *croesus*, 344; de las Molucas, 399; especies de, 247, 343; *poseidon*, 429; *priamus*, 304, 313, 399; *remus*, 234; verde, 524
- orquídeas: en flor: 66, 106; *Grammatophyllum*, 158; *Phalaenopsis grandiflora*, 423
- Ossong, aldea: 364
- Otto y Geisler, misioneros comerciantes: 487-488
- Paciencia, estrechos de: 531
- Pacífico, razas del: 578-579; línea geográfica que separa las, 579-580
- pájaros carpinteros: 45, 131; de Célebes, 283; en Sumatra, 164
- palabras, nueve en 59 lenguas del archipiélago malayo: 595-597
- palabras, 117 en 33 lenguas del archipiélago malayo: 598-621
- Palembang, ciudad: 143; camino hasta Bencoolen, 144; jóvenes de, 144
- palmas: belleza de las, 280; de azúcar, 245-246, 248
- palomas: *Carpophaga concinna*, 302, 373, 419; *Carpophaga*, 273, 285; *Carpophaga perspicillata*, 349; de cresta violeta de gran tamaño, 418; de selva, 480, 510; en Célebes, 284-285; en Malaca, 60; en Nueva Guinea, 562; especies endémicas, 290; fruteras, 141, 246, 339, 396, 469; *Henicophaps albifrons*, 524; *Macropygia*, 165; *Nicobar*, 349, 351; verdes, 176, 345, 349. Véase también *Ptilonopus*
- palomillas: abundancia en las montañas de Sarawak, 111; en Borneo, 109; lista de capturas en distintos climas, 110; modo de capturarlas, 110; observaciones sobre las formas de captura, 111-112
- Pandanaceae*, en la costa de Bacan: 348
- Pangerango y Gedeh, montañas: subida a la cima de, 135-136
- Panghu, aldea: 271-272; aves e insectos en: 273
- papagayos: *Eclectus grandis*, 333; en Célebes, 283, 290; en Nueva Guinea, 562; *Geoffroyus cyanicollis*, 339; lengua de cepillo, 308
- Papandayang, erupción del volcán: 33
- papeles perdidos: 65
- Papilio aenomaus*, 205; *androcles*, 250; *androgeus*, 149; *antiphus*, 149; *arjuna*, 135; bellos ejemplares de, 358; *blumei*, 262; *cöon*, 135, 149-150; *deiphobus*, 399; *demolion*, 291; *doubledayi*, 149; *euchenor*, 423; *gambrius*, 360, 399; *gigon*, 291; *liris*, 205; *macedon*, 247; *memnon*, 148-149; *miletus*, 247, 291; *polyphontes*, 149; *rhesus*, 247; *sarpedon*, 291; *telephus*, 247; *theseus*, 149; *ulysses*, 304, 339, 345, 399, 452, 458; *wallacei*, 345
- papúa, raza, en Ceram: 366
- Papua Kowiye, tribus sanguinarias en: 375
- papúas, los: 326; afines a los negros de África, 580; aspecto físico, 574, 577; carácter de los, 432-433, 573; características morales e intelectuales, 574-575; comparados con los malayos, 417, 424, 574; del archipiélago malayo, 571; islas habitadas sólo por, 577; lenguas, 591; ornamentos personales, 460; primera vez que el autor los ve en su territorio, 416; salvajismo de los, 416; sobre los cráneos de los, 588-589
- Papúas, islas, aves: 562-563; fauna relacionada con la de Australia, 565-566; geología, 563-564; historia natural, 561; insectos, 564-566; islas más grandes del este de Nueva Guinea, 565; mamíferos, 561-562; marsupiales, 454, 461-462, 562
- Paradigalla carunculata*: 554, 556
- Paradisea, alba*: de 12 filamentos, 550; *apoda*, la especie más grande conocida llamada así por Linneo, 536, 538, 540, 542, 545, 550, 554; *atra*, 547; *aurea* (*Oriolus aureus*), 554; *decora*, 555; *finschi*, 555; *guilielmi*, 555; *novoguineae*, 555; obtenida en pleno plumaje, 458; *papuana*, la especie menor, 540-542, 544, 554; *raggiana*, 555; *regia*, su gran belleza, 443, 536, 544; *rubra*, 515-516, 524, 542, 545, 548, 554; *seppemis*, 548; *speciosa*, la "Magnífica", 545-546, 555. Véase también aves del paraíso
- pavorreal de Java: 129-130, 141, 164
- pavos de penacho: 44-45, 285, 480, 566
- peces, estanques de: en Gunong Sari, 190-191; voladores, 414
- Pelah: malas referencias de, 386; viaje a, 386-387
- Penrissen, montaña, en el nacimiento del río Sarawak: 99

- pericos: 204; rojos, 396
 perros, hambrientos: 461-462
 Peters, residente en Awaiya: 357
Phalaenopsis grandiflora: 423
 pichones, véase palomas
Pieris, género: 360
 pinos de tornillo (*Pandanus*): 82, 483; en la costa de Bacan, 348
 piratas, ataques y saqueos de: 434-435; en la costa de Aru, 434-435; en la costa de Bacan, 348; sir James Booke los suprime en la costa de Borneo: 348
Pitta: *celebensis*, 248, 390; *concinna*, 177; *gigas*, 324; *novae-guineae*, 452
 plantas de hojas de cántaro: agua en las, 63; en Borneo, 106, 157
 plantas: cingiberáceas, 64, 93, 138, 157; de montaña, 347
 plantas del monte Ofir: 62-63; cingiberáceas, 64; en la montaña Pangerango, 135-136; rododendros, 64
 Polinesia, zona de sumersión: 580
 polinesios: razas, 579-580; sobre el cráneo de los, 589
pomali, o tabú: 211, 576
 Popa: dificultades cerca de, 506-508; mapa de: 504
 portugueses, conquistadores y colonizadores extraordinarios: 425; de Malaca en Singapur, 53; desprecio hacia su gobierno en Timor, 211-212; en Malaca, 58-59; expulsados de Ternate por los holandeses, 317-318
 prao, embarcación nativa de Macasar: 406-408; capitán y propietario, 412; confort en, 426; defectos peligrosos de la, 412-413; tripulación, 408, 411-412
Primula imperialis en Java: 138-139
 producciones naturales: contrastes en el archipiélago malayo, 41; medios naturales de diseminación, 42; peculiaridades en algunos lugares, 41-42; suposiciones de diseminación natural, 47; un caso exactamente paralelo en el archipiélago malayo, 47-48
Ptilinopus: *aurantiifrons*, 480; *celebensis*, 249; *cinctus*, 207; *coronulatus*, 480; *diadematus*, 302; *gularis*, 284; *iogaster*, 345; *perlatus*, 480; *porphyreus*, 164-165; *pulchellus*, 517; *roseicollis*, 141; *superbus*, 345. Véase también palomas
Ptilor alberti, del norte de Australia: 553
 pumbuckle (jefe), en Lombok: 185
 Raffles, Stamford, *History of Java*: 127
 rana de árbol voladora, en Borneo: 69-70; ilustración de, 71
 ranúnculos, en Java: 138
 ratahan, vocabulario: 592
 razas: contraste de, 49; dos distintas en el archipiélago, malayos y papúas, 49-50, 571-572; en Timor, 576-577; negras y de cabello crespo de las Filipinas y de la península malaya, 577; indígena en Ceram, 576; lenguas, 590-591; opiniones de Humboldt y Pritchard sobre, 49; polinesios negros y morenos, 579; reflexiones generales sobre, 581-582; vista general sobre origen y afinidades, 578-579; sobre los cráneos, 587-589
 razas oceánicas, división natural de las: 578
 riego en Lombok: 184-185
 rinocerontes: en Java, 123, 141; en Malaca, 65; en Sumatra, 43, 154, 159-160
 robos: en Bacan, 341; juicio y castigo por, 438
 roca coralina: 331-332, 419, 457, 478
 Rosemberg, naturalista alemán: 358, 382, 497, 561
 Ross, inglés residente en Lombok: 183, 185
 rotti, vocabulario: 594
 Rowan, montañas: 99
 Ruatan, río de Ceram, dificultades para cruzar: 359
 Rurúkan, aldea, la más elevada de Minahasa: 260; misioneros en, 266; plantaciones de café, 260; vegetación, 262-263
Rusa hippelaphus de Java: 285
 sagú, árbol: 378; convertido en alimento, 381; en Kai, 419; lavado del, 380
 sagú, pan de: horno, 380-381; modo de prepararlo, 378
 sagú, zona en Ceram oriental: 378
 Sahoe, aldea: 325; sus habitantes diferentes de las demás razas malayas, 326; vocabulario, 593
 Salayer, estrechos de: 410; vocabulario, 592
 Salibabo, islas, viaje a: 356; vocabulario, 592
 Salomón, islas: 31, 33, 565
 Salwatty, isla: 551; mapa de, 504
 sándalo, árbol en Timor: 37, 213, 405
 sanguijuelas en la selva de Malaca: 61-62
 Sanguir, islas: 33, 35, 274; vocabulario, 592
 saparua, vocabulario: 593
 sapi-utan: 276; descripción del, 285-286
 Sarawak: afluentes del río Sadong, 66; Brooke hospeda al autor en, 66; campos de oro y minas de carbón, 66; gobierno de Brooke, 117-118; llegada desde el interior a, 100; nacimiento del río, 99
 sassaks, aborígenes de Lombok: 191; vocabulario, 591
 savu, vocabulario: 594
 Seboran, monte: 98
 selva sombría, árboles en la: 106-107; de gran tamaño, 348-349; instintos en la, 279
 selva virgen, 324-325; en Ceram, 360

- Semabang, casa dayak en: 82; descripción de, 82; viaje a, 82
- Semioptera*: 395
- Senankan, aldea malaya: 97
- Senna, aldea malaya: 97; descripción de sus habitantes, 99-100
- serpientes: a bordo, 354; de gran tamaño, 307-308, 387-388; en Amboina, 307-308; en Maros en la época de lluvias, 254
- Serwatty, isla: 33
- siamang, simio: 153, 159
- siau, vocabulario: 592
- Silinta: en Misool, 503; en el mapa, 504
- Simia*: morio, 83-84; *satyrus*, 70. Véase también mias
- Simunjon, río: 66; buena colección de insectos en, 69; carácter de la isla, 54-56; estrechez del, 82; llegada a Semabang, 82; minas de carbón, 68-69; monos en las orillas del, 82; viaje río arriba, 82
- Singapur, bosquejo de: 53; chinos en, 53-54; comercio, 53-54; habitantes de distintas razas en, 53; misioneros jesuitas, 54-55; trampas para tigres, 56; vegetación e insectos, 56-57
- Sodos, aldea malaya: 99-100
- solor, vocabulario: 594
- Sorong, en Nueva Guinea: dificultades en, 558; territorio difícil, 558-559; viaje de Allen a, 547-548, 557-558
- St. John, *Life in the Forests of the Far East*: 90
- Sula, islas: 389, 534; vocabulario, 592
- Sula fiber*: 414
- Sumatra: aldeas malayas en, 145-146; en la línea del cinturón volcánico, 33; faisanes en, 130; mias en, 86, 153-154; territorio selvático, 37; volcanes en, 35
- Sumbawa, isla: 33; ausencia de selva en: 37
- Surabaya, principal ciudad y puerto oriental de Java: 123-124
- tabaco a cambio de insectos: 422
- Tabokan, aldea malaya: 93; diversiones en, 94-95; jóvenes se reúnen a observar al autor, 93; retrato de un joven dayak, 94; vestimenta, 93; visita al *orang kaya* (hombre rico), 93-94
- Tamilan, aldea: 361
- Tanakaki, isla: 409
- Tanyisiptera*: *acis*, 390; *doris*, 327; especie, 453; *galatea*, 491 *hydrocharis*, 454; *isis*, 339; *nais*, 308, 310; roja y azul, 563
- Teluti, aldea: 362-363
- teluti y hoya, vocabularios: 593
- Teor, isla: 369, 414; vocabulario, 594
- Ternate, isla: 33; árboles frutales en, 317; boceto de mapa, 526; cartas de presentación para Duivenboden, 315; casa del autor, 316-317; ciudad, 315; comercio de especias, 318-319; destrucción de árboles de especias, 318; dificultades durante el viaje, 528-529, 532-533; emancipación de esclavos en, 321-322; fuerte, 317; influencia holandesa en, 317-318; llegada a, 315, 354; montañas, 315, 317; palacio del sultán, 317; pobreza en artículos usados por los europeos, 486; poder y magnificencia de los antiguos sultanes, 317-318; regreso en *ko-ra-kora* a, 353; terremotos en, 316, 319-320; tres razas muy bien diferenciadas en, 320; viaje de Waigeo a, 525; vocabulario, 593
- terremotos: en Gilolo, 527; en Ternate, 316, 319-320
- teto, vocabulario: 594
- Therates*: *flavilabris*, 248; *labiata*, 424
- tiburón, como alimento: 411, 430
- Tidore, isla: 33; aldea, 329; cono volcánico, 315; sultán de, 518; vocabulario, 593
- tigres: ataques a humanos, 130; en Malaca, 65; en Singapur, 56; trampas para, 56
- Timor: árboles más comunes, 37; ausencia de selva, 37; extensión geográfica, 201; habitantes de la montaña, 210-211; razas, 576-577; razas de las islas al oeste de, 577; valor económico de, 212; vocabulario, 594; volcán, 35
- Timor, grupo de islas: aves, 217-221; fauna, 221-223; historia natural, 217; mamíferos, 221-224
- Tobo, aldea: 363
- Todiramphus diops*: 345
- Tomboro, erupción del volcán: 33
- Tomohón, aldea: 259; vocabulario, 592
- Tomoré, colonia de: 340, 345, 347; habitantes de, en Célebes oriental, 389; vocabulario, 592
- Tondano, aldea en Célebes: 258; cascada, 265-266
- Tower, inglés residente en Menado: 256
- Tricondyla aptera*: 424
- tripang*, productos de: 377
- tripulación del autor lo abandona: 378
- trogón: 45, 164; barbudo, 162; *Harpactes reinwardtii*, 135; mexicano, 69; orientales, 60
- Tropidorhynchus*: *bouruensis*, 398; *fuscicapillus*, 327; *subcornutus*, 398; *timoriensis*, 174, 204
- Tropidorhynchus* de las Molucas, fuerza y actividad de: 399
- turcos, ideas sobre los, en el archipiélago malayo: 371
- Untowan, montañas: 69
- Uta, isla: 369

- vaiqueno, vocabulario: 594
Vanda lowii, planta de Borneo: 106-107
 vegetación: afín a la europea en Java, 139; contrastes en el archipiélago malayo, 37; de Célebes, 262; de Timor, 213-214
 vida animal, abundancia y belleza en las Molucas: 401
 violetas, en Java: 137-138
Viverra: tangalunga, 285, 391-392; *zibetha*, 346
 vocabularios recogidos: 591-594
 volcanes: 33-36; cambios en la tierra por el surgimiento de, 331-332; de lodo, 271; en Amboina, 303; en las islas malayas, 330; vista en Bali, 298
 Vorkai, río: 478

 Wahai, aldea: 364; llegada a, 382; vocabulario, 594
waidono, jefe del distrito en Java: 124, 126
 Waigeo, isla: 36; aves del paraíso, 515, 519; boceto del viaje, 526; colección obtenida en, 524; dificultades durante el viaje, 528-529, 532-533; dificultades para acercarnos a, 511; lengua papúa hablada en, 518; llegada a, 514; mal clima en, 517; mapa de, 504; raza mestiza en, 517; rescate de los hombres perdidos, 512-513; viaje de Cerman a, 503; viaje de, a Ternate, 525

 Wamma, isla: 427; aldea, 428
 Wangi-wangi, isla: 410
 Wanumbai, aldea: 451; alojamiento en, 451-452; curiosidad de los nativos, 455-456; el autor como un misterio, 464; guerra entre nativos, 465; leyenda sobre, 463; partida de, 465-466; salvajismo de los habitantes, 452, 475
 Warus-warus, aldea: 378; alrededores de, 382
 Warzbergen, capitán, consigue casa al autor: 427-428
 Watelai, aldea: 450; canal, 449, 478; río, 448-449
 Wayapo, aldea: 386; vocabulario, 593
 Waypoti, casa del autor en, 386-387; ignorancia de los nativos, 389; ubicación de, 386
 Wokan, isla: 433; mapa de, 440
 Wonosalem, camino de: 126; colección de, 131; famoso por sus pavorreales, 129; ruinas en, 126-127; ubicación, 129

 Zollinger, naturalista holandés, sobre Bali: 217
 zorzales: aguzanieve, 172; belleza de los, 177; de alas cortas, 480; de hoja, 45; de tierra, 162, 164, 177, 191, 248, 324, 395, 452; fruteros, 45; género *Criniger*, 292; *Geocichla erythronota*, 284. Véase también *Pitta*

ÍNDICE GENERAL

<i>Sumario</i>	7
<i>Prólogo</i>	9
<i>Prefacio a la primera edición</i>	21
<i>Prefacio a la décima edición</i>	25

Primera Parte GEOGRAFÍA FÍSICA

I. <i>Definición y límites</i>	31
II. <i>Extensión del archipiélago y las islas</i>	32
III. <i>Contrastes geológicos</i>	33
IV. <i>Contrastes de vegetación</i>	37
V. <i>Contrastes en la profundidad del mar</i>	39
VI. <i>Contrastes en las producciones naturales</i>	41
VII. <i>Contrastes de razas</i>	49

Segunda Parte ISLAS INDOMALAYAS

VIII. <i>Singapur</i>	53
IX. <i>Malaca y el monte Ofir</i>	58
X. <i>Borneo. El orangután</i>	66

XI. <i>Borneo. Viaje al interior</i>	92
XII. <i>Borneo. Los dayaks</i>	113
XIII. <i>Java</i>	119
Brambanam	127
Borobodo	128
Gunong Prau	128
XIV. <i>Sumatra</i>	143
XV. <i>Historia natural de las islas indomalayas</i>	157

Tercera Parte
EL GRUPO TIMOR

XVI. <i>Bali y Lombok</i>	171
XVII. <i>Lombok. Usos y costumbres de la gente</i>	183
XVIII. <i>Lombok. De cómo el rajá tomó el censo</i>	195
XIX. <i>Timor</i>	201
XX. <i>Historia natural del grupo Timor</i>	217

Cuarta Parte
EL GRUPO CÉLEBES

XXI. <i>Célebes I</i>	229
XXII. <i>Célebes II</i>	244
XXIII. <i>Célebes III</i>	256
XXIV. <i>Historia natural del grupo Célebes</i>	281

Quinta Parte
LAS MOLUCAS

XXV. <i>Banda</i>	297
XXVI. <i>Amboina</i>	303
XXVII. <i>Ternate</i>	315
XXVIII. <i>Gilolo</i>	323
XXIX. <i>Viaje a las islas Cayoa y Bacan</i>	328
XXX. <i>Bacan</i>	335
XXXI. <i>Ceram, Goram y las islas Matabello</i>	355
Manowolko, grupo Goram	366
Islas Matabello	368
Goram	372
De Goram a Wahai en Ceram	376
XXXII. <i>Buru</i>	383
XXXIII. <i>Historia natural de las Molucas</i>	391

Sexta Parte
EL GRUPO PAPÚA

XXXIV. <i>De Macasar a las islas Aru en un prao nativo</i>	405
XXXV. <i>Las islas Kai</i>	416
XXXVI. <i>Las islas Aru. Estancia en Dobbo</i>	427
XXXVII. <i>Las islas Aru. Viaje y estancia en el interior</i>	439
XXXVIII. <i>Las islas Aru. Segunda estancia en Dobbo</i>	467

XXXIX. <i>Las islas Aru. Geografía física y aspectos de la naturaleza</i>	478
XL. <i>Nueva Guinea. Dorey</i>	486
XLI. <i>Viaje de Ceram a Waigeo</i>	503
XLII. <i>Waigeo</i>	514
XLIII. <i>Viaje de Waigeo a Ternate</i>	525
XLIV. <i>Las aves del paraíso</i>	536
XLV. <i>Historia natural de las islas Papúas</i>	561

Séptima Parte

RAZAS HUMANAS

XLVI. <i>Las razas humanas en el archipiélago malayo</i>	571
<i>Nota del autor</i>	585
<i>Apéndice</i>	587
Sobre los cráneos y las lenguas de las razas humanas	
en el archipiélago malayo	587
Lista de los vocabularios recogidos	591
Nueve palabras en cincuenta y nueve lenguas	
del archipiélago malayo	595
Ciento diecisiete palabras en treinta y tres lenguas	
del archipiélago malayo	598
<i>Índice analítico</i>	623

En 1854 Alfred Russel Wallace, un apasionado naturalista, emprendió un increíble viaje de ocho años al archipiélago malayo, que derivaría en uno de los diarios de exploración más influyentes de la historia. A lo largo de sus páginas nos aventuramos en el descubrimiento de un nuevo y excitante mundo a través de la mirada biológica y antropológica de este explorador británico, quien realizó una exhaustiva exposición de la geografía y geología de las islas; el estudio de su flora y fauna —a partir del cual Wallace logró establecer los límites entre Asia y Oceanía—; una descripción de las etnias que habitan el archipiélago, sus idiomas, hábitos y organización social, además de esbozar la historia natural de los principales grupos de islas que visitó durante su travesía. Estas observaciones afianzaron las ideas evolucionistas de Wallace, lo que le permitió desarrollar una teoría de la evolución de las especies por medio de la selección natural de manera simultánea a la de Charles Darwin.



CIENCIA Y TECNOLOGÍA



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA
1934-2024



CONAHCYT
CONSEJO NACIONAL DE HUMANIDADES
CIENCIAS Y TECNOLOGÍAS